

PREMIO PRIMAVERA DE NOVELA 2008

# NUDO DE SANGRE

EL TESORO ESCONDIDO DE LOS INCAS



AGUSTÍN  
SÁNCHEZ VIDAL



Una noche de 1573 el fantasmal Buque Negro, al que se atribuyen las misiones secretas de los jesuitas, desembarca en las costas españolas su carga clandestina, procedente del Perú.

Dos siglos después, en 1780, el ingeniero militar Sebastián de Fonseca y la princesa inca Umina se verán alcanzados de lleno por aquel suceso. El misterioso blasón familiar de Sebastián, con un misterioso nudo, siempre le ha hecho sospechar que había algo misterioso entre sus antepasados. Envueltos en una maraña de intrigas que se prolongan hasta los Andes, emprenden la búsqueda de la Ciudad Perdida de Vilcabamba y sus fabulosos tesoros.

Nudo de sangre aún a lo mejor de la novela histórica y la de aventuras, superando de un modo deslumbrante ambos géneros, para ofrecer un apasionado homenaje a la cultura andina que desarrolla con eficacia y talento las convenciones clásicas del género. En ella se mezclan con acierto y solvencia las claves propias de este tipo de narrativa: la acción, el enigma, el viaje, el peligro, el misterio, el amor



Agustín Sánchez Vidal

## Nudo de sangre

El tesoro escondido de los incas

ePub r1.0

xelencio 021117

Título original: *Nudo de sangre*  
Agustín Sánchez Vidal, 2008

Editor digital: xelenio  
ePub base r1.0





Un hombre se propone la tarea de dibujar el mundo. A lo largo de los años puebla un espacio con imágenes de provincias, de reinos, de montañas, de bahías, de naves, de islas, de peces, de habitaciones, de instrumentos, de astros, de caballos y de personas. Poco antes de morir, descubre que ese paciente laberinto de líneas traza la imagen de su cara.

Jorge Luis Borges

## Prólogo

---

# El Buque Negro

*Costa de Andalucía, 1573*

El pescador hizo girar el timón de la barca y previno a sus dos hijos, que faenaban a proa. La red hervía, repleta. La luna llena, alzada en lo alto de la noche, restallando en las escamas de los peces, hacía innecesaria la luz del farol.

Al doblar la roca advirtió el enorme navío, enteramente negro, de las velas al casco. Se sobrecogió al verlo surgir fantasmal entre la calima. Fondeaba en un lugar sosegado de olas, meciéndose sigiloso y sombrío, apagados los fanales de posición.

Había oído hablar del Buque Negro. Se le veía aquí y allá, cómplice de opacas misiones secretas. Sin dejar rastro. «Los jesuitas y sus manejos», se murmuraba. Una araña negra recorriendo incansable su tela bien tejida. Otros sostenían que frecuentaba las costas al servicio del mejor postor, embarcando y desembarcando lo que nunca debería ser declarado en puertos o aduanas.

Cuando el pescador apagó la luz ya era demasiado tarde. Les acometió aquel bote con los remos silenciados, las palas envueltas en trapos. Salió de entre un peñón, abordándolos por la proa, con un crujido de astillas.

Trató de avisar a sus hijos. Pero no pudieron reaccionar. Rodaron contra el fondo, donde fueron pasados a cuchillo.

Los asaltantes se dirigieron entonces hacia él. Poco pudo su bichero contra la espada que le atravesó el costado. En los estertores de la conciencia creyó oír las protestas de un hombre y la voz de una mujer gritando en un extraño idioma. No el de moros o berberiscos, sino otro no usado en aquellas costas. Y la réplica de un marinero:

—¡Que se callen la india y el jesuita!

El pescador se desplomó sobre la caña del timón. Luego, contra el estribo. Las olas lamieron su rostro, la sangre goteó hasta oscurecer los reflejos metálicos de los peces mientras aleteaban para escapar de la red que se hundía. Cuando sus cordajes desaparecieron bajo el agua, las presas se dispersaron despavoridas. Y con ellas cesó toda señal de vida.

# **Primera Parte**

---

## **El Nudo Gordiano**

## La Mestiza

*Madrid, 1780*

Hacia mucho tiempo que Sebastián de Fonseca no entraba en ningún teatro. Menos aún en aquél. Y jamás lo habría hecho de no pedírselo su padre de un modo tan apremiante.

Esa tarde no las tenía todas consigo, llevaba años rehuendo el lugar y el momento. Trató de sobreponerse. Irguió la cabeza, asentando en el aire sus rotundos rasgos, el inconfundible perfil de acusadas facciones, impetuoso el mentón, los pómulos prominentes, la piel atezada, el pelo muy negro, la nariz bien armada y abierta de faldones.

Como buen cortejo, atravesó la puerta prestando el brazo a Frasquita, atento a sus indicaciones. Se la veía orgullosa de él. No todas las mujeres podían contar con un bizarro y apuesto militar como Sebastián, al que sacaba la edad en más de diez años. Estaba doblemente contenta al no tener que asistir a la función con su esposo, que le espantaba amigas y chismes.

Se hablaba, claro, de los chichisbeos o cortejos que cada una tenía. De cómo un marido ilustrado y moderno había de mirar para otro lado cuando su mujer adoptaba uno de aquellos pisaverdes de guardia. Pues las casadas desatendidas bien necesitaban un perrillo de aguas, un mono o galán que las distrajera. Era como si en Madrid se hubiera aposentado un nuevo duende o diablo cojuelo que iba y venía, bullendo, brincando, zarandeando los deseos, sin saberse al final si aquello era vicio, virtud, moda o, simplemente, España. Como era de temer.

Se acercó Águeda, quien tras estampar dos besos en el aire cerca de las mejillas de Frasquita se dirigió a Sebastián:

—Hace tiempo que no te veía, y menos en un teatro... —Al advertir aquí el gesto de contrariedad de su amiga, cambió el rumbo y le preguntó—: ¿De dónde sales?

—De los montes de Torrero.

—Pertenece al término de Zaragoza —le aclaró Frasquita.

—No sé si pertenecen es la palabra adecuada —matizó Sebastián—. Torrero está por encima de la ciudad. Es como su acrópolis.

—¿Y qué hacías allí?

—Trazar los planos y perfiles para el Canal Imperial de Aragón.

—Es lo bueno que tenéis los ingenieros militares, que viajáis mucho y se os ve oreados, con buen color. Claro que tú siempre has sido atezado de piel... Por cierto, ¿a qué viene tanto revuelo con este estreno?

—Sólo sé que presentan la refundición de una comedia de Tirso de Molina, y que la han titulado *El nudo gordiano* —replicó Frasquita.

Despidió a Águeda, que se fue camino de otro corrillo. Sacó un pomo de opalina y lo agitó antes de esparcir el perfume por el cuello y reprochar a su cortejo:

—Te veo un poco ausente.

—Preocupado, más bien.

—Por volver aquí, ¿verdad?

—Bastaría con eso. Además, tengo que hablar con Cañizares, el director de la compañía de comedias. Mi padre me dio un recado para entregárselo en mano.

—Ve, pues. Te espero.

La aprensión de Sebastián aumentó al ver entre la concurrencia al marqués de Montilla, acechando entre displicente y desafiante. Resultaba inconfundible, con aquellas cicatrices que surcaban su rostro, vinculándolos de forma inseparable y de por vida. En realidad, su presencia no debería extrañarle. Era un hombre muy bien relacionado en la corte, nunca desaprovechaba una ocasión así para hacer sociedad. Pero contribuía, y mucho, a ensombrecer su regreso a aquel teatro, tras tantos años en que ni siquiera se atrevió a pasar ante su fachada, tratando de ahuyentar en vano los tristes sucesos cuyo recuerdo le asaltaba ahora.

Cuando intentó entrar en los camerinos, se tropezó con un inusitado despliegue de la guardia ante el que se estrelló cualquier razonamiento. Y al dar un rodeo, para esquivarlo, advirtió que todos los accesos y salidas del edificio estaban vigilados, a la espera de una llegada inminente.

Al verlo regresar antes de lo previsto, Frasquita lo interrogó con la mirada, separándose del corrillo para preguntarle:

—¿Qué sucede?

—La guardia ha tomado el teatro. Algo raro está pasando.

En ese momento un ujier anunció la presencia del secretario de Estado, el conde de Floridablanca. Un murmullo de sorpresa recorrió el salón, agitado de extremo a extremo por el nervioso reacomodo de los grupos para agolparse, escoltando la alfombra central.

—¿Estabas al tanto de que venía el primer ministro? —le preguntó Sebastián.

—No. Tampoco entiendo este secretismo, a no ser que lo hagan por seguridad. Y si asiste Floridablanca, también lo hará mi marido.

Apareció en ese momento el conde, con no poca prosopopeya.

—¿Has visto? —le cuchicheó Frasquita al oído, tras saludar al ministro con una inclinación de cabeza—. Cada día está más amojamado. No me extraña que se lleve tan bien con Onofre.

Se refería a su esposo, Onofre Abascal, hombre de confianza de Floridablanca para las cuestiones más reservadas y que ahora lo flanqueaba por la izquierda.

Pero Fonseca no miraba al secretario de Estado, sino a quien éste honraba cediéndole la derecha. Una joven morena y esbelta, negrísimo los cabellos, los ojos levemente oblicuos, de mirar espacioso, la boca fresca, de arrasadora sensualidad, la piel entre cobre y canela, como sólo podían tenerla las mestizas. Una belleza que cortaba el aliento, haciendo que el ánimo quedara suspendido y el tiempo dejara de correr. Por primera vez en años se removían en su interior sentimientos que había supuesto muertos para siempre.

—¿Quién es? —preguntó a Frasquita.

—Se sabe muy poco de ella, llevan su visita con gran cautela. Sólo conozco su nombre, Umina, y que es una princesa inca. Muy rica, por cierto.

—¿Qué hace aquí, tan lejos de su país?

—Al parecer ha venido a España para apoyar sus reclamaciones, buscar papelotes y probanzas. Documentos de éstos.

—Ya. Y Floridablanca va y aparece con ella en público en el estreno de una comedia que trata de los hermanos Pizarro y la conquista del Perú.

—Algo así.

La mestiza iba seguida de un indio fornido, de gran estatura, uniformado de lacayo para la ocasión, la librea a juego con su ama. Ésta llevaba una capa de armiño abierta, dejando entrever un espléndido vestido de terciopelo rojo. Se ajustaba la tela al talle mediante dos filas de disciplinadas esmeraldas que ascendían a modo de botones, deteniendo sus rigores ante la inminencia del generoso escote, un alarde de piel morena prolongado por los hombros casi desnudos, hasta rematar en la gracilidad del cuello.

A Sebastián le fascinaba su forma de moverse, proyectando el pecho y la figura. En otro momento anterior de su vida, pocas cosas le decían más de una mujer. No se había cansado, entonces, de admirar el brío que desprendían a su paso las modistillas y majas madrileñas. Era como si esa energía desplegada al caminar moviera la Tierra, haciéndola girar sobre su eje. Parecían ser ellas, al echarse cada día a la calle, quienes proporcionaban al mundo un propósito.

Eso había sido antes de que sucediera aquella desgracia. Ahora, tras tanto tiempo, regresaba a él esa misma sensación. Se preguntó si sus ojos, fijos en Umina, no dejaban traslucir en exceso tales ansias. Estaba en primera fila, y al pasar junto a él, casi rozándolo, la joven le sostuvo la mirada, como si hubiese visto un fantasma o un viejo conocido.

—¡Será descarada! —saltó Frasquita cuando hubo desfilado todo el séquito de Floridablanca.

Camino de su reservado, se volvió hacia Sebastián y le previno:

—Ten cuidado. Aún no estás preparado para una mujer así.

—¿A qué te refieres?

—Demasiado peligrosa. Aunque ahora la veas tan peripuesta, creo que es una estupenda amazona cuando se echa al monte. El otro día la llevaron de cacería y a punto estuvo de dejar a Floridablanca sin piezas que cobrarse. Al parecer, donde pone el ojo, pone la bala.

El palco de Frasquita caía directamente sobre el escenario. Tras ayudarla a acomodarse, el ingeniero trató de localizar a la mestiza. Estaba en la galería central, junto al secretario de Estado, que se disponía a presidir la función. Al otro lado, Onofre. Y detrás, el gigantesco lacayo indio, que acababa de retirarle de los hombros la capa de armiño.

En ese momento sonó una estrepitosa obertura de timbales y clarines mientras se descorría el telón. A Frasquita sólo le dio tiempo a preguntarle:

—¿Tu padre te ha dado a leer la obra, *El nudo gordiano*?

—No, ya había entregado la última copia. Llegué ayer a Madrid. He venido a matacaballo, porque me preocupó su mensaje. No las tiene todas consigo. Quiere que esté a su lado y le ponga al tanto de esta representación.

—Por lo que me ha contado Onofre, la comedia se basa en la trilogía de Tirso de Molina sobre los Pizarro.

—Creo que mi padre ha ayudado al director de la compañía para resumirla en una sola pieza.

—El burlador de Sevilla es la que deberían refundir. La de don Juan Tenorio. Ésa sí que daría dinero.

—Yo me conformo con que los indios no sean tan de opereta como en *Los Incas de Marmontel*.

—Hicieron bien en prohibirla el año pasado. No sólo ofendía a España, sino a la humanidad entera y al sentido común.

Callaron para escuchar a los personajes. Los diálogos iniciales informaban sobre los antecedentes del caso, a mediados del siglo XVI. Se hablaba del estado en que quedaba el Perú tras la muerte de Francisco Pizarro y las conspiraciones de su hermano Gonzalo. Llevaba la voz cantante éste, interpretado por Cañizares, el director de la compañía de teatro. Se dirigía a su sobrina Francisca, la primera mestiza, hija de la unión de su difunto hermano con una noble de la casa real inca.

Invocaba Gonzalo la voluntad de sus partidarios, incitándolo a desposarla para coronarse ambos reyes del Perú e independizar el país del emperador Carlos V. Para ello, le mentaba a Alejandro Magno, trazando el paralelismo que justificaba el título de El nudo gordiano. Sin embargo, él se proponía ser fiel a la Corona de España.

Pensó Sebastián que ése era el mensaje que convenía ahora, dos siglos después, cuando Perú andaba de nuevo revuelto y los pretendientes revoloteaban por la corte, como aquella mestiza.

«Ahora entiendo por qué Floridablanca ha encargado esta refundición a través de Onofre —se dijo—. Pero ¿cómo se ha prestado mi padre a ayudar a Cañizares, aunque sea de tapadillo? ¿A qué se mete en estos pleitos?».

Apartando la mirada del escenario, dirigió su catalejo de bolsillo hacia Umina y pudo observar el interés con que la joven seguía aquella representación.

Volvió de nuevo a la comedia cuando se percató del absoluto silencio que recababa en el público.

No era para menos. Cañizares, en el papel de Gonzalo Pizarro, hablaba del tesoro de los incas. Recordaba que éstos lo habían escondido en 1533, tras la entrada de su hermano en el Perú. Y su sobrina Francisca le daba la réplica en su papel de diablo tentador. Le instaba a unir sus fuerzas, casarse con ella e instaurar su propia dinastía, recuperando las fabulosas riquezas. Se había quedado en suspenso todo el concurso de espectadores al escuchar tan atrevidas palabras. Y aún más al proclamar aquella primera mestiza, desafiante:

*«España intente  
quitarme la corona de la frente».*

Hubo cuchicheos en la sala. Un tangible malestar. Al ingeniero le interesaba la reacción de Umina, cuyo rostro ocupaba todo el ocular de su catalejo. Nadie en todo el teatro parecía más inquieto que ella.

«Me pregunto —se dijo Fonseca— si alguien tan astuto como Floridablanca no expone ahora a esta otra mestiza en público para tantear la situación».

Quizá la joven pensara lo mismo, especialmente cuando Gonzalo Pizarro alzó la voz y propuso a su sobrina:

*Si te ven entronizada,  
te traerán con mano grata  
los tesoros de oro y plata  
que conservan escondidos.*

Apartó Fonseca el catalejo para mirar con el ojo desnudo hacia abajo, donde se extendía el escenario. Y vio que el actor y director se había adelantado hasta el proscenio para dar mayor énfasis a sus palabras. Lo tenía a escasa distancia, y desde arriba pudo observar cómo abría los brazos para

subrayar los versos. Un silencio absoluto se produjo en la sala cuando declaró, a modo de confidencia, que el secreto de esos tesoros lo había traído a España una mujer. Alguien que había venido desde el Perú en un barco pintado todo él de negro, desde el casco hasta las velas.

Notó Sebastián que algo no encajaba allí. Se preguntó en qué había consistido exactamente la refundición de Tirso llevada a cabo por su padre. Los versos que ahora recitaba Cañizares no mantenían la misma prosodia. Eran un añadido improvisado.

Frasquita, que había tomado su catalejo, se lo devolvió recomendándole:

—Mira la cara de Floridablanca.

El ingeniero comprobó que el secretario de Estado se había demudado, acentuando el ceño entre sus ojos opacos y estancados. Ahora mismo comentaba el asunto con Onofre, tan alarmado como él. Y tras ambos apareció el viejo enemigo de su familia, el marqués de Montilla. Su rostro, como recomido de viruelas, aún resultaba más inquietante a través de la lente.

«¿Qué hace ahí ese intrigante? Algo está pasando», se dijo.

Fonseca estaba encima del escenario, y a tan corta distancia era imposible ignorarlo. Sobre todo al observar el comportamiento de la actriz que interpretaba a Francisca Pizarro. No conseguía dar la réplica a su interlocutor y miraba hacia el apuntador, igual de perplejo e incapaz de ayudarla.

Pero Cañizares parecía haberlo previsto. Se hacía las objeciones a sí mismo, supliendo el diálogo de ella, con versos que distaban de estar a la altura de los originales. En su papel de Gonzalo Pizarro, el director de la obra se preguntaba cómo podían los incas haber transmitido ese secreto de sus tesoros si no conocieron la escritura. Y se respondía a renglón seguido que ellos llevaban sus registros mediante cuerdas y nudos. Si no se le prestaba crédito, se disponía a mostrarlo tan pronto mudaran el decorado, que pintaba muy a lo vivo el lugar del Perú donde habían sido escondidos, el llamado Ojo del Inca.

Cañizares pronunció estas tres últimas palabras con gran intención, cerrando su parlamento, y acompañándolas de un energético gesto para que el tramoyista bajase el telón.

Mientras se procedía al cambio de escenario, Sebastián volvió de nuevo su catalejo hacia Umina. Estaba muy inquieta. Atendía distraídamente a la conversación que le procuraban el conde de Floridablanca y Onofre Abascal. Pero en cuanto ellos la dejaron libre un solo segundo, llamó con un gesto al fornido indio que la custodiaba. Éste se inclinó hacia ella y la mestiza pareció darle instrucciones al oído.

Rebulló el guardaespaldas en la sombra, alejándose hacia el fondo del palco. Abrió la puerta para salir al corredor. Una raya de luz tajó su rotundo perfil indígena y desapareció de la vista.

Se volvió el ingeniero hacia Frasquita, que no había cesado en sus comentarios. Como el resto del público, aguardaba expectante a que se reanudase la función.

—Necesito mi rapé —le solicitó ella.

Estaba Fonseca buscando la cajita de porcelana cuando sintió que se apagaban los murmullos en la sala. Habían subido el telón. Y oyó el grito de su dama, pronto multiplicado en otros lugares del teatro. Señalaban hacia el escenario. Miró hacia abajo, en aquella dirección.

«¡Oh, no, otra vez no!», pensó al ver el macabro espectáculo que se ofrecía a sus pies.

---

## Montilla

Su primera reacción fue de parálisis, un sobrecogimiento que le oprimió el pecho.

«Nunca debí haber regresado», se dijo Sebastián, apartando la mirada.

Se acordó entonces de su madre. De aquel día en que, todavía muy niño, lo tomó de la mano y lo sacó de casa para enseñarle a conquistar el miedo. Había habido una riada en sus tierras andaluzas. Flotaban los cadáveres en el agua terrosa, los pellejos amoratados, hinchados por los gases. Le hizo recorrer el pueblo de arriba abajo, ayudando, ofreciendo consuelo, obligándolo a mantener los ojos abiertos.

—Si los cierras ante lo que te asusta, serás un juguete de tus temores —le dijo—. Si aprendes a mirarlo todo de frente, por muy terrible que sea, nada podrá amedrentarte.

Volvió la vista hacia el escenario, que se extendía bajo su palco. Roto el cuello, un hombre colgaba bamboleándose como un pelele. Los murmullos de los asistentes lo habían identificado de inmediato. Era Cañizares, el director de la compañía de teatro.

Mientras cerraban el telón, Frasquita lo había tomado de la mano.

—Sebastián, ¿te encuentras bien?

Debía darse prisa. En cuanto la guardia hubiese puesto a salvo al ministro Floridablanca, acordonarían la escena, impidiéndole el paso.

—Discúlpame —pidió a su dama.

Calculó la altura, tomó impulso y saltó sobre las tablas, que amortiguaron su caída con un crujido sordo.

Al pasar tras la cortina sorprendió a los cómicos, absurdamente vestidos de indios y conquistadores, tratando de desembarazar el cadáver. No era tarea fácil. Cañizares había sido ahorcado de forma muy cruel. Un nudo le estrangulaba el cuello, mientras la soga amordazaba y rompía la boca hasta desencajar las mandíbulas, para dar otra vuelta a la cabeza y terminar saltándole los ojos. Una muerte horrible, grotesca, que anulaba cualquier atisbo de dignidad.

Salvado el sobresalto de tan espeluznante visión, reparó en el nudo empleado, por el que todavía goteaba la sangre. Era más que peculiar: un núcleo con cuatro bucles, como las alas desplegadas de una mariposa. De los dos inferiores colgaban sendos saquitos de tela.

Los actores no se atrevían a abrirlos. Fonseca se arrodilló junto al cadáver y desató uno de ellos. Contenía un polvo blanco. Lo olió y probó al tacto, dejándolo escurrir entre los dedos. Parecía cal. Y en cuanto al otro, ofreció muchas menos dudas: dentro había un puñado de habas. Los presentes lo miraron, sorprendidos.

En ese momento apareció la guardia, rodeándolos y apartando a los comediantes, para dejar paso a Onofre.

Al ver al ingeniero agachado junto al muerto, el recién llegado lo interrogó con la mirada. Pero al bajarla hasta el nudo y comprobar el contenido de los dos saquitos, se quedó lívido. Le entraron sudores fríos.

—Sebastián, no puedes estar aquí —dijo Abascal en un tono que intentaba ser amistoso y sólo conseguía delatar su nerviosismo.

Asintió Fonseca mientras se enderezaba y salía del escenario.

Camino del vestíbulo se preguntó si aquella forma de ahorcamiento tenía algo que ver con la escritura de cuerdas y nudos de los incas a la que se había referido Cañizares en su último parlamento, a propósito de los fabulosos tesoros del Perú. En ese caso, ¿qué relación guardaban éstos con aquella muerte? ¿A quién podía interesar la ejecución del actor y director de un modo tan público?

Entró que en el bolsillo guardaba el pliego de su padre para el cómico. Buscó un rincón solitario y rasgó el lacre. El mensaje decía, escuetamente: «*Cañizares, ten mucho cuidado si a la obra asiste una mestiza que ha venido del Perú*».

Se estremeció. ¿Qué implicación tenía Juan de Fonseca con todo aquello? Era de dominio público que se trataba de un gran erudito muy aficionado al teatro. Pero casi nadie conocía la ayuda prestada a Cañizares en la refundición de la obra de Tirso. ¿Disponía Onofre de aquel dato? Pocas cosas escapaban a su escrutinio.

Su progenitor se lo diría. No había podido acudir por estar impedido en casa, en una silla de ruedas. Debía informarle de inmediato.

En el vestíbulo el revuelo era considerable. El conde de Floridablanca y la mestiza que lo acompañaba habían desaparecido. Allí le esperaba Frasquita para preguntarle por lo sucedido. Le ahorró los detalles más macabros.

—Te ha impresionado mucho, ¿verdad? —se anticipó ella, adivinando el espanto en sus ojos—. No deberías haber venido.

Se entendían con medias palabras. Los dos sabían bien de lo que hablaban. De aquella otra muerte en escena. De María Ignacia, La Chispa, la cómica que le había sorbido el seso con su sal, garabato, donaire, aquel modo de templar las tonadillas. Su primer amor, impedido por el rancio linaje de los Fonseca, por las advertencias de su padre y superiores militares, que le previnieron sobre los devastadores efectos de un matrimonio así para su carrera militar. Y María Ignacia, mientras interpretaba el papel de un suicidio fingido, se había matado en escena, en aquel mismo teatro, delante de él.

Ése fue el trance, no tan lejano, en el que acudió Frasquita al quite, impidiendo que se hundiera en la desesperación. Sacándolo por Madrid con el pretexto de ser él quien la acompañaba a ella. Intentando parecer más liviana de lo que era. Obligándolo a frecuentar a otras mujeres, poniéndole cebos tan deseables que hubieran hecho feliz a cualquiera de su edad y posición. Pero no al ingeniero. Un encenagado y confuso bloqueo de emociones lo atrapaba como un blindaje. Primero pudo parecer que le protegía. Luego se vio que lo estaba agostando por dentro, propulsándolo hacia el trabajo con destructivo perfeccionismo. Secuelas, quizá, de su educación jesuítica, aquel arraigado sentimiento de responsabilidad y culpa inculcado por la Compañía.

—Debo ver a mi padre de inmediato —se excusó Sebastián—. ¿Podrás regresar a casa por tus propios medios?

—Tengo el coche a la puerta, no te preocupes.

Como las desgracias nunca vienen solas, en ese momento apareció el marqués de Montilla. El indeseable vecino de sus posesiones andaluzas, rival en los negocios de la familia y enemigo acérrimo de los Fonseca. Se conocían desde niños. Habían sido amigos, compartiendo juegos hasta tener un encontronazo cuando el marquesito trató de arrojarlo contra una chumbera y, en el forcejeo, fue

Montilla quien cayó de bruces sobre sus espinas. El rostro llagado se infectó, quedando con aquellas cicatrices indelebles, más propias de los enfermos de viruela.

De allí surgió en él un odio a muerte. Desde entonces, solían evitarse. Pero ahora el marqués no parecía tener tal intención, ostentando sus opiniones en voz tan alta y de modo tan estridente como el pañuelo que llevaba al cuello.

Sebastián le oyó despotricar contra las inútiles obras hidráulicas y otras ocupaciones viles, en clara referencia a lo que venían siendo sus últimos encargos como ingeniero. Montilla parecía conocerlos al detalle, pues acababa de hacer una alusión hiriente a sus trabajos en el Canal Imperial de Aragón. Se había dejado los ojos en aquel proyecto que debería prolongarse hasta el Mediterráneo y que quizá algún día lograra comunicar ese mar con el Cantábrico. De modo que cuando el marqués se volvió hacia él, estaba más que furioso.

—¿No lo ve usted así, señor de Fonseca? —le preguntó en tono despectivo.

—En mi opinión ese canal es de las pocas cosas que permiten pensar en España como país europeo.

Soltó Montilla una risita hiriente. Y sabedor de que todos estaban pendientes de ambos, apostilló:

—¿De veras? ¿Cree que si así fuera permitirían participar en ese proyecto a alguien con sus antecedentes?

Frasquita había tomado la mano de Sebastián en la suya para apretársela e indicarle que no cediera a la provocación tan patente que trataba de tenderle aquel botarate. Sus palabras tajaban con doble filo. Podía referirse a los antecedentes de los Fonseca, que habían tomado el partido de los vencidos en la Guerra de Sucesión que a principios del siglo había enfrentado a los partidarios del candidato austriaco contra los Borbones. Pero también a su doloroso asunto con María Ignacia.

Por desgracia, Montilla se dio cuenta del gesto de familiaridad de Frasquita y fue todavía más lejos al decir, embadurnando cada palabra con veneno:

—Claro que lo de usted más parece afición a rondar corrales ajenos. No tuvo bastante con la caza menor y la farándula y ahora parece andar a la caza mayor. Tenga cuidado, que ahí ya entran astas y cuernos.

Aquella grosera alusión a su cortejo no le atañía sólo a él, afectaba de lleno al honor de su dama. Y antes de que ésta pudiera evitarlo, Sebastián ya había largado a Montilla un sonoro bofetón de cuello vuelto.

El marqués no se inmutó demasiado. Parecía esperarlo. Se limitó a decirle, acariciándose la maltratada mejilla:

—Espero que sepa mantener ese ímpetu fuera de aquí, lo va a necesitar. —Y bajando la voz de modo que sólo lo oyera él, le preguntó—: ¿Conoce las caballerizas? —Ante el gesto de asentimiento del ingeniero, prosiguió—: Allí le espero.

Fonseca iba a intentar posponer el duelo. Debía advertir antes a su padre de lo sucedido en el teatro. Pero se dio cuenta de que su negativa sería malinterpretada. Sólo quedaba cruzar los hierros.

—Estaré a su disposición —le dijo.

Frasquita se lo llevó aparte para rogarle:

—No vayas, por Dios. Ese hombre tiene un duelo cada semana. Ya conoces su fama con la espada.

—Sabes que odio estas cosas tanto como tú. Pero si no voy, nadie volverá a mirarme a la cara. Tendría que pasarme los días rehuyendo a ese malnacido. Y tú también.

## Duelos y Quebrantos

Un aire de conspiración envolvía a los presentes. Sabían lo que se jugaban. Aquellos desafíos estaban castigados con pena de muerte y confiscación de bienes de los responsables.

Sebastián de Fonseca se despojó del sombrero, el capote y los guantes. Sopesó la espada hasta apaciguar el tacto y familiarizarlo con el frío del acero. La tarde iba ya vencida y quería acabar cuanto antes. De lo contrario, si el duelo se prolongaba, su padre empezaría a impacientarse. No le gustaba aquello. Tenía todo el aspecto de una encerrona, como comprar mercancía a fardo cerrado.

Asintió en señal de conformidad a la pregunta del juez y se situó frente al marqués de Montilla. Su adversario tensaba una sonrisa torva, mirándole, taimado, desde detrás de algún plan preconcebido.

Lo último que deseaba el ingeniero era lucirse en semejante trance. Quería liquidar pronto asunto tan desatinado, impropio de cualquier persona civilizada.

Dicho esto, sabía manejar su arma. Aunque procurase no desenvainar sin buenas razones, había aprendido esgrima con los jesuitas y practicado con regularidad en el ejército.

Le bastó con observar a su oponente para calibrar ante quién se encontraba. Otra vez frente a frente, como cuando eran niños. Sólo que ahora iba de veras. No se distrajo demasiado siguiendo el curso de la espada. Era su cara y posición lo que escrutaba, pues de ellas se deducían estrategias y propósitos. Sobre todo de los ojos. Los de Montilla eran afilados, calculadores, destacaban en aquel rostro roído por las cicatrices. Y lo que ellos no decían lo proclamaban la seca e insidiosa mueca de la boca y la seguridad de sus pies sobre el suelo. Todo ello le reveló un hombre avieso, de impulsos fingidos, pero mucho más frío de lo que aparentaba. Con aquel desdén jactancioso que buscaba sacar de sus casillas al adversario.

Los primeros entrechoques, éstos que sirven para medir el temple y filos del enemigo, le confirmaron que se encontraba ante alguien temible.

Sabía cómo actuar en tales casos. Si trataba de arrastrar a su terreno a un espadachín tan diestro, sólo conseguiría ponerlo en guardia. Por el contrario, si aparentaba ceder, siguiéndolo al suyo, y le obligaba a ir más allá, cada vez más allá, forzándolo a hacer el doble de lo que pensaba, se desorientaría.

No tardó en hallar el talón de Aquiles de su oponente: el equilibrio. Al rompérselo, Fonseca lo estaba obligando a girar sin pausa, hasta cansarlo. Y en uno de los giros, en que trastabilló un segundo, lo aprovechó para retener la espada, girarla en dirección a Montilla y herirlo en la mano derecha. Su rival empezó a chorrear sangre, y el juez de campo se interpuso para examinar el corte y advertir:

—Señor marqués, no podrá usted sostener la espada mucho más tiempo. ¿Se da por vencido?

Todos esperaban que así fuera: un duelo a primera sangre. Pero Montilla estaba lejos de reconocer su derrota. Y dirigiéndose a Sebastián, lo retó:

—Sea: no podré continuar con la espada. Pero sí con la pistola. Ahí no valdrán arrepentimientos ni dejar las cosas a medias.

El ingeniero se negó, rotundo. Ni por un momento se le había pasado por la cabeza un duelo a

muerte de un modo preconcebido. Y estaba haciéndose tarde. Debía informar de inmediato a su padre sobre lo sucedido en el teatro. Fue hasta el lugar donde había dejado el capote, se lo puso sobre los hombros y empezó a calzarse los guantes.

Pero el marqués había tomado su pistola. Se le cruzó en la puerta, apuntándole con ella. Y no bombeaba cuando le amenazó:

—O se defiende, o le descerrajo un tiro aquí mismo.

Fonseca consultó al anfitrión para saber si le parecía procedente aquel cambio de planes.

—Mejor en el granero —les rogó el dueño del lugar.

Los gruesos muros del recinto amortiguarían el ruido de los disparos, impidiendo que fueran escuchados por los agentes de la autoridad.

Se encendieron algunos faroles, para compensar la pérdida de luz que acompañaba al declinar de la tarde. Se examinó el lugar y se midieron las distancias. Cargaron las armas y echaron el turno a suertes. La moneda lanzada al aire otorgó a Montilla el primer disparo. Aquello tomaba un cariz preocupante.

Los dos contendientes ganaron sus posiciones. Una vez en la suya, Sebastián se puso de perfil, tenso. Su contrario hizo lo propio, apretando un pañuelo contra la mano herida y tomándose su tiempo para apuntar.

Pasó un rato interminable hasta que se oyó la detonación: un estallido seco, amplificado por el rebote en los gruesos muros. Sebastián sintió un mordisco en la frente. Luego, calor, y el brotar de la sangre, que le hizo tambalearse. Montilla lo había alcanzado.

Sin embargo, no llegó a caer. Trató de mantenerse firme. Sus padrinos lo sujetaron mientras examinaban y limpiaban la herida. La bala sólo le había rozado. Ahora le correspondía disparar a él.

¿Qué hacer? Vio al marqués enfrente, descajado el rostro, más patético aún por el maquillaje con que trataba de enmascarar sus cicatrices. ¿Cómo matar a un hombre, por muy botarate que fuese, por unas palabras innobles, llenas de baba contra él y su dama? Por otro lado, ¿cómo arriesgarse y darle de nuevo la espalda?

Trató de aclarar su vista e ideas. Alzó la pistola, y al apuntar a Montilla, éste se cubrió el rostro con las manos. Todos los ojos estaban pendientes del ingeniero, preguntándose por qué tardaba tanto en disparar. De pronto se oyó una voz en el patio.

—¡Sebastián de Fonseca!

Un muchacho entró corriendo, perseguido por los criados de la casa y ante el desconcierto de los asistentes, que creían asegurado el secreto del duelo.

—¡Deja de gritar, mocosito! —le reprendió el anfitrión mientras miraba a los criados, enfurecido, para preguntarles—: ¿Cómo lo habéis dejado entrar?

—No hemos podido evitarlo, señor —contestó uno de ellos—. Dice que es asunto muy grave y urgente.

—¿Más que esto? —preguntó señalando la escena que se desarrollaba ante ellos.

—Se trata del padre del señor de Fonseca —insistió el muchacho encaminándose hacia Sebastián.

El ingeniero bajó el arma y pidió que lo dejaran avanzar.

—¿Cómo ha sabido mi padre que estaba yo aquí y cómo lo has sabido tú? —le preguntó.

—Me han enviado al teatro, de allí a casa de su dama, y ella me ha mandado a este lugar. Vengo de parte de Moncho, el mayordomo. Dice que vaya usted al palacio de inmediato.

Sebastián miró a su oponente, que había seguido todo aquello con la natural zozobra. Alzó la pistola, apuntándole. Y el marqués corrió a esconderse tras los antiguos pesebres.

Volvió a sopesar el ingeniero la decisión que debía tomar, ahora agravada por la nueva noticia. Aquel hombre no iba a perdonarle nunca lo que se disponía a hacer.

Bajó el arma y disparó al suelo. Luego arrojó la pistola, que resonó amortiguada sobre las briznas de paja. Y se fue a toda prisa.

## Mojiganga

El palacio de los Fonseca no estaba lejos. Pero lo parecía. La llovizna dificultaba el avance entre la multitud que abarrotaba las calles. Era carnaval, y bullía en ellas un enjambre turbulento. Cualquier pretexto era bueno para proceder a aquella desafortada ocupación de lo público, tan hispana. Lo mismo daba una ejecución como un tentadero de mulas o modas, un auto de fe como unos titiriteros.

Hubo de salvar la desbaratada concurrencia de landós, berlinas y otros coches con conductores ebrios tambaleándose en el pescante, blasfemando al verse atrapados en el permanente atasco, bordoneados por nubes de mendigos.

Esquivó los mascarones, unos disfrazados de moros, otros de indios y los más de madrileños, profesión ya abundante en aquella España plagada de presagios y alpargatas.

No entendía muy bien aquel empeño demente de la alta nobleza por mezclarse con majos, chulos, chisperos y picaros que vivían de cacarear lástima en las escaleras de las iglesias. Eran ganas de dar alas a la envidia, aquella impaciencia de igualdad a la baja que emponzoñaba a sus paisanos.

Llegó al fin a la plaza donde se alzaba el palacio de los Fonseca. Aunque sólo tenía que atravesarla, no iba a resultar fácil. Una muchedumbre alborotada jaleaba los jeribeques de una mojiganga en un tablado. Podía ver su casa al otro lado, con su señorial arco de entrada, donde destacaba el hueco dejado por el escudo de piedra que debieron quitar de la fachada cuando les fue retirado el título nobiliario. Un escudo tan grande como su orgullo y, ciertamente, mucho mayor que sus caudales a esas alturas de las malas administraciones padecidas por su patrimonio.

No reparó en aquel perdonavidas de esquina y taberna, arropado en su capa basta de pardomonte. Acariciaba una navaja sepultada en la faja, y al pasar el ingeniero hizo una señal en dirección al palacio.

Calibró Sebastián cómo atravesar aquella marea humana, atenta a la mojiganga. Presidía ésta un diablo que trotaba de aquí para allá, golpeando a los niños con una vejiga de cerdo hinchada y levantando las faldas a las mozas. El avance era desesperantemente lento. Las gentes se revolvían contra él al tratar de abrirse paso cuando se oyó un tambor de los usados por la milicia en las retretas.

—¡Dios, Dios! —se escuchó entre siseos, recabando silencio.

Todo se paralizó de pronto, congelando en el aire el carrasqueo de matracas y cencerros. La plaza se trocó en una de aquellas estampas devotas que mostraba el agua suspendida durante la travesía del mar Rojo por los israelitas. La multitud se apartó, abriendo un pasillo. Los que iban tocados se quitaron sombreros y otros aparejos cabeceros, hincándose de hinojos en el suelo encharcado. Y nadie cayó de rodillas con más devoción que el mojigango que hacía de diablo: dejó de perseguir chiquillos o levantar faldas y se santiguó, acorazándose el pecho a cruces y musitando una oración.

Sebastián intentó aprovechar aquella calma chicha para avanzar por el camino tan providencialmente despejado, como un nuevo Moisés. Pero no tardó en recibir un cúmulo de insultos. Sobre todo al escucharse el tintineo de una campanilla e irrumpir en la plaza una compañía de soldados. Al verlo de pie, pues era el único que no se había postrado, el sargento que iba al frente de la tropa se dirigió a él, gritándole que se arrodillara.

Entonces entendió lo que pasaba y se temió lo peor. La razón de aquella repentina bonanza venía

tras el sargento: un sacerdote bajo el palio acarreado por cuatro acólitos, precedidos por el niño doctrinero que tocaba la campanilla. Llevaba aquel cura el viático a un moribundo. Y, como bien sabía cualquier cristiano, todo aquél que se lo topara u oyera el tintineo debía abandonar lo que estuviese haciendo y rendir homenaje al Santísimo.

Le dio un vuelco el corazón cuando creyó que se dirigían al palacio de los Fonseca. Por el recado de su mayordomo, supuso que el agonizante era su padre. Y se lanzó como una exhalación tras el cura.

No contaba con el celo del sargento, que lo interceptó, ordenando a sus hombres que lo detuviesen.

Fonseca no podía permitirlo. Ya había perdido demasiado tiempo. De modo que echó mano a la espada. Media docena de fusiles apuntaron a su pecho. La gente se apartó, trazando un semicírculo en torno suyo.

En ese momento se oyó una voz detrás de la tropa.

—¿Qué está pasando aquí?

Los soldados se abrieron para dejar el camino expedito a un oficial, que se dirigió al sargento pidiendo una explicación.

—Es este sujeto, señor —explicó—. Se ha alzado del suelo mientras pasaba el Santísimo.

El sacerdote salía ya de la plaza, encaminándose en otra dirección. Y Sebastián se creyó en el deber de explicar, señalando el palacio:

—Supuse que ese viático se dirigía a mi casa.

—¡Claro, Sebastián de Fonseca! —dijo el alférez. Y añadió, encarándose con su subordinado—:

Cuádrese ante este hombre, sargento, es capitán de ingenieros.

El oficial lo tomó por el brazo, añadiendo con una sonrisa de complicidad:

—No has cambiado nada.

Ante su sorpresa por aquel tuteo y trato familiar, su interlocutor continuó:

—Yo también soy seminarista. Fuimos compañeros de cámara con los jesuitas, en el Real Seminario de Nobles del Colegio Imperial, antes de que esa cómica te espantara los amigos. Tú te has escabullido haciendo canales y presas, pero yo no. Aquí me tienes, siempre dispuesto a echar una mano a los antiguos compañeros.

Fonseca farfulló unas palabras de excusa para dirigirse hacia el palacio. Las prisas no le permitieron ver aquella máscara de carnaval que le acechaba en la oscuridad. Bajo el capote verde de cabriolé con que se resguardaba de la lluvia, vestía de esqueleto. Y su rostro estaba cubierto por una calavera.

Tan pronto traspasó la puerta y entró en el salón, el mayordomo le previno:

—Por aquí, señor. En la habitación roja. Hemos tenido que forzar la puerta, porque no contestaba a nuestras llamadas.

Corrió hacia allí, angustiado. Aquella estancia le producía escalofríos de niño. Y seguía haciéndolo. Era donde el cocinero sacrificaba a las bestias, por decisión de su madre, que no soportaba el sufrimiento de los animales. La pintaron de rojo para disimular la sangre y, desde entonces, aparecía a menudo en los peores sueños de Sebastián, ligada a la muerte de ella. Al fallecer,

en el mismo accidente de coche en el que su padre quedó impedido en una silla de ruedas, habían convertido la sala en gabinete de trabajo, por estar en la planta baja y evitar así las escaleras.

Entró de un modo tan precipitado que tropezó con la bañera allí instalada. Cuando se enderezó, el olor que le vino al pronto no fue la mezcla de ámbar y almizcle con que se perfumaba su progenitor, sino uno mucho más acre y espeso. La habitación roja volvía a hacer honor a su agobiante historial. Bajo la lámpara de flecos aparecía el cuerpo de su padre tendido en el suelo, en medio de un gran charco de sangre.

## El Mensaje

Juan de Fonseca empezaba a tener el rostro pálido, desvaído tras los estertores de la muerte. Los ojos espantados, vidriosos, acentuaban el incrédulo rictus de la boca, desbaratada por un dolor insuportable. Otros destrozos daban a entender un ensañamiento inmisericorde. Las uñas de la mano derecha habían sido arrancadas de forma particularmente atroz. No tirando de ellas hacia adelante, sino hacia atrás, desollando cinco tiras de piel que se unían en la muñeca, para arrastrarlas luego hasta el antebrazo.

—¡Dios mío! —sollozó Sebastián doblándose contra una silla—. Ahora entiendo por qué me pidió que viniera a Madrid tan de improviso. ¡Ojalá hubiéramos tenido anoche tiempo para hablar!

Lo había visto muy preocupado. Pero no quiso insistir, por el cansancio que advirtió en él y porque le prometió contárselo todo con calma. Juan de Fonseca nunca le habría pedido que se apartase de sus obligaciones, y menos que volviera a aquel teatro, de no mediar causa grave. Sin duda no se esperaba un desenlace así, ni tan precipitado.

Le dolió un final tan terrible e injusto para su pobre padre, que tantas veces intentó aproximarse a él en los últimos tiempos, sin conseguirlo. Un hombre que se había ido encogiendo a medida que él crecía, hasta dar en alguien extraño dentro de su propia casa.

Se reprochó no haberle ayudado a sobrellevar más y mejor su terrible soledad. Cuando, falto quizá de nada mejor en que sustentar sus días, cayó en el extravío de revolver papeles y rondar sus obsesiones como mulo ciego que voltea la noria. Con ello se tornó más corto de vista y parco en palabras, ese apocamiento asiduo y medroso de quien no emplea los ojos y la voz más allá de cuatro paredes. El retraimiento ante los ultrajes de la edad y la tristeza por todas las cosas que ya no llegaría a conocer ni compartir con su difunta esposa, a la que adoraba.

Sebastián observó el nudo que le estrangulaba el cuello. Aún podían adivinarse los retortijones del cuerpo al intentar respirar, las manos ensangrentadas aferradas a la cuerda. Quizá porque el asesino hubo de apresurarse en el último momento, cuando Moncho llamó a la puerta y, al no abrirle su señor ni oír su voz, fue en busca de ayuda para forzarla.

Le sorprendió la forma del nudo. Tenía cuatro bucles, igual que el que rompiera el cuello al director de la compañía de teatro. De uno de ellos colgaba un saquito de papel recio, con un grabado impreso en el que aparecían dos sacerdotes bajo el anagrama de los jesuitas. O mucho se equivocaba, o el de la izquierda era el fundador de la orden, San Ignacio de Loyola. Y detrás había unos indios.

Al abrirlo vio que contenía un puñado de sal. Recordó la cal y las habas de las bolsas suspendidas del cuello del cómico. Parecía obra de la misma mano.

Luego observó que su padre aún había podido escribir algo con su sangre en el suelo donde yacía tendido. Le costó leer aquella palabra. La primera letra podía reconocerse como una q. La segunda, una u. La tercera, el simple trazado de una I mayúscula. Le seguía una p. Y la última volvía a ser otra u.

«QUIPU», leyó.

Nunca había oído nada semejante. Ignoraba su significado, si es que quería decir algo. En cualquier caso, no le aclaraba nada de lo que allí estaba sucediendo. Absolutamente nada.

El ingeniero cubrió el cuerpo con la manta que su padre solía llevar sobre las piernas. Se dirigió a los criados, respetuosamente atentos junto a la puerta, para pedirles que lo dejaran solo, y la cerró tras ellos. Trataba de controlarse, examinar el lugar del crimen antes de avisar a la policía, para establecer sus propias conclusiones.

Por de pronto, y a juzgar por la posición y recorrido de la silla de ruedas, a Juan de Fonseca parecían haberlo sorprendido trabajando en su amplia y peculiar mesa. Tras el accidente que tanto había reducido su movilidad, tuvo que acondicionar aquel gabinete revistiendo la habitación de estanterías bajas, con su bien nutrida biblioteca al alcance de la mano.

En el rincón del fondo se desplegaba aquella mesa, cerrando la estancia, sobre un breve estrado de madera con rampa de acceso. Era un mueble enorme, construido de encargo por un maestro ebanista. Se apoyaba en las tres paredes, descendiendo desde ellas en plano inclinado hasta el centro, donde se abría el hueco para la silla. Estaba presidida por un reloj empotrado, que le ayudaba a administrar mejor el tiempo. Tanto, que a menudo se hacía servir la comida allí mismo.

Donde acababa el plano inclinado de la mesa, al apoyarse en las tres paredes del fondo, arrancaban hacia arriba otros tantos casilleros que su padre empleaba para clasificar sus esquelas, aquellas tiras de papel que algunos habían empezado a llamar fichas. En ellas iba apuntando palabras y datos sobre los asuntos en apariencia más diversos, manteniendo gran reserva al respecto. Debajo, hasta el suelo y a modo de zócalo, se abrían cajoneras igualmente ordenadas.

Ahora, todo estaba invadido por papeles y notas dispersas. A primera vista, parecían tomadas para la obra de teatro en la que había colaborado con el recién asesinado director de la compañía. Y las preguntas surgían, inevitables: ¿qué relación guardaban con El nudo gordiano? ¿Era ése el motivo de la muerte de ambos?

«¡Tenía que haber hablado anoche con mi padre, sin más tardanza!», se dijo mientras, presa de la rabia, golpeaba varias veces aquel mueble.

Apenas habían transcurrido unos segundos cuando oyó que le respondían. Trató de calmarse, creyendo ser víctima de una alucinación. Pero los golpes se repitieron. Le costaba creerlo: parecían venir del suelo.

## El Topo

¿De dónde procedían exactamente aquellos golpes? Sebastián de Fonseca examinó la tarima. Tomó la espada, pegó la oreja y esperó, conteniendo la respiración. Allí abajo había alguien. Alguien que intentaba salir. Tanteó la mesa en busca de huecos.

Observó con asombro lo que sucedía a sus pies. Uno de los faldones verticales de aquel mueble se estaba descorriendo junto con un tramo horizontal del estrado, a modo de trampilla. Y no tardó en asomar la cabeza de un hombre, emergiendo literalmente del suelo. Un hombre de edad ya avanzada, demacrado, canecidos el pelo y la barba.

Se agachó, inclinándose hacia él, y le puso en la garganta el filo de la espada, inmovilizándolo en el agujero.

Su interlocutor no parecía esperar aquel maltrato. Lo miró desde abajo, con ojos temerosos, reprochándole, entre toses:

—¿No me conoces?

El rostro de Sebastián debió de responderle de modo elocuente. También su espada, que no aflojó la presión sobre el cuello ni le dejaba salir. Todo eso lo impulsó a añadir, antes de que fuera demasiado tarde:

—Soy tu tío Álvaro.

El ingeniero parpadeó atónito antes de contestar:

—Imposible.

Su tío Álvaro de Fonseca, sacerdote de la Compañía de Jesús, había sido su preceptor en el Seminario para Nobles del Colegio Imperial que los jesuitas mantenían en Madrid. Pero llevaba casi trece años fuera de España. Hubo de ir al exilio en 1767, al ser expulsada la Orden. Siguió, pues, apretando la espada.

Desde su vulnerable posición, aquel hombre entendió que si no se explicaba de inmediato, allí mismo sería muerto. De manera que dijo:

—Las águilas vuelan solas y los grajos en bandadas.

A Sebastián le costó unos segundos asumir aquel refrán. Ése había sido el lema que su tío le inculcaba como tutor, el secreto que compartían, la consigna a la hora de tomar cualquier decisión.

Álvaro suspiró, aliviado, al comprobar el reconocimiento de su sobrino.

—Nunca salí de España —aseguró—. He estado escondido aquí todos estos años.

—¿Dónde?

—En la vieja bodega.

Recordó el ingeniero que su padre había hecho obra en aquella parte de la casa, con el pretexto de sanearla al trasladar allí su biblioteca y gabinete. Las fechas coincidían con la expulsión de los jesuitas.

—Entonces, ¿este armatoste se hizo para disimular la trampilla?

—No sólo por eso. La mesa tiene su propia razón de ser.

—Ya... —admitió Sebastián mientras intentaba asumir los estragos que las privaciones habían hecho en el rostro de su tío, al que siempre había conocido impecablemente vestido y afeitado—. Y

sólo lo sabía mi padre.

—El decreto de expulsión castiga con pena de muerte la ocultación de un jesuita o cualquier otra complicidad. Mi hermano no podía comprometer a nadie más que a sí mismo. —Y al reparar en el modo en que lo miraba su sobrino, añadió—: Lamento mi aspecto, comprendo que te costara reconocerme. Estaba a punto de cumplir los cincuenta cuando me encerré en esta bodega. Ahora soy un anciano.

—Pero ¿cómo se ha podido acomodar ahí abajo? —le preguntó mientras lo ayudaba a salir de su escondrijo.

—No sabes lo que ha sido para mí procurar no hacer ruido por la noche, enrollando la almohada en la cara cuando tosía. O estar siempre en el temor de caer enfermo. Tu padre intentó pasarme en alguna ocasión un brasero. Pero un día me descuidé y hubo un incendio, que Juan tuvo que fingir arriba para tapan el de abajo y acarrear agua.

Claro que mucho más han sufrido nuestros hermanos expulsos. Y ningún desterrado es el mismo cuando vuelve a casa.

—Antes de que termine de salir de ahí debe saber que acaban de matar a mi padre —le previno.

Al enderezarse sobre la tarima, Álvaro de Fonseca vio la manta que escondía el cadáver de su hermano. Se abalanzó hacia allí.

—Es inútil, tío. Está muerto y es mejor que no lo vea —insistió Sebastián, tratando de retenerlo.

Álvaro no le hizo caso. A pesar de las advertencias, alzó la manta para ver el cuerpo de su hermano.

—¡Juan, Dios mío! ¿Qué te han hecho?

Lo vio dudar sobre los auxilios espirituales que serían procedentes. Entrecortado por el llanto, empezó a musitar el oficio de difuntos. Después, extendió la manta para cubrirle el rostro.

Agradeció la mano de Sebastián, que lo ayudó a levantarse, y se fundió con él en un abrazo. El ingeniero le hizo sentarse en una silla y corrió a atrancar la puerta.

Álvaro movía la cabeza, balbuceando elogios sobre el coraje de su hermano menor, que no había hablado, a pesar de las torturas. Pues de lo contrario lo habrían sorprendido a él en su escondrijo.

—No sólo lo ha hecho por mí, sino también por ti —aseguró a su sobrino—. Sabía bien que si encontraban a un jesuita en casa, la culpa se extendería a tu persona.

Por lo que fue diciendo, supo Sebastián que nadie conocía mejor que Álvaro los sacrificios de su hermano para cuidarle. A él, que lo había despreciado tan a menudo, con aquella aristocrática suficiencia jesuítica, considerándolo un calzonazos porque se dejaba gobernar por su mujer, todo un carácter. Quizá por celos de que ella administrase la herencia familiar, que había pasado a Juan al entrar Álvaro en religión. Otra razón más por la que su hermano se había sentido obligado a acogerlo y socorrerle.

Tanto tiempo enfrentados para terminar en su vejez discutiendo como lo hacían de niños, cuando el palacio de los Fonseca era todavía casa rica. Cuando jugaban con sus soldados de terracota, aquella milicia del barro en que uno tomaba el partido de Carlos de Austria y otro el de Felipe de Borbón, y cada cual, afecto a su bando, armaba fortalezas y ciudadelas, con no poco estropicio. Por lo que un día echaron sus ejércitos por la ventana, entre lloros de ambos, que hacían por una vez causa común.

Hubo que curarles la pena con un hartazgo de chocolate, y de ahí pasaron ya a la afición de los libros.

Concluido aquel entrechoque de recuerdos y reproches, se enjugó las lágrimas, volviéndose hacia su sobrino para preguntarle:

—¿Cómo ha sido?

—No lo sé. Yo estaba fuera, en el teatro. Allí también hubo muerto.

Le contó lo sucedido a Cañizares. Y alzó la manta que cubría el cuerpo de su padre para mostrarle el suelo, donde había escrito aquella palabra con su propia sangre: QUIPU.

Pero su tío no sólo reparó en ella. Examinó también el saquito de papel recio que contenía la sal y el grabado con que había sido confeccionado.

—Ahora comprendo por qué Juan estaba tan asustado —dijo con rostro sombrío.

—¿Por qué?

—Alguien me está buscando. Lo torturaron para que denunciase mi paradero.

Y como Sebastián lo siguiera interrogando con la mirada, continuó:

—Yo estuve en tiempos en el Perú.

—No sabía nada.

—He tenido mis razones para ocultarlo. Ahora veo que hice bien. Aunque quizá no lo suficiente.

Han dado con la pista.

Luego, señalando el lugar donde se hallaba la sangrienta inscripción, añadió:

—QUIPU significa nudo.

—¿Significa?

—Es una palabra quechua, la lengua de los indios del Perú. Y hay algo más. Quechua quiere decir *soga*.

Sebastián estaba perplejo, preguntándose qué clase de ajuste de cuentas con el pasado se desarrollaba ante sus ojos. Y tratando de entenderlo deprisa, para saber qué pasos debía dar o evitar de inmediato.

Mostró a Álvaro la cuerda con la que habían estrangulado a su padre, preguntándole:

—¿Se refiere a una *soga* y a un nudo como éstos?

—Sólo he visto un quipu en toda mi vida, cuando estuve en Lima, y aunque también estaba hecho de cuerdas y nudos, era bien distinto. Al parecer los hay de diferentes clases, según la información que en ellos queda registrada. Por lo que me has contado de Cañizares, en este caso el mensaje parece claro: una mordaza y los ojos saltados, para avisar a quienes pretenden hablar demasiado sobre ese lugar llamado el Ojo del Inca.

—¿Y mi padre?

—Un cruel castigo contra la mano de quienes escriban secretos inconvenientes. Aunque creo que hay más... —hizo una pausa, se quedó pensativo y añadió—: Una acusación de estar vinculado a la Compañía de Jesús, por ese dicho tan conocido: «Ahorca a un jesuita y se escapará con la *soga*».

—Maldita la gracia del tal refrán.

—Dímelo a mí, que es a quien va dirigido.

—No le entiendo.

—Alguien sabe que estoy escondido en Madrid, pero no dónde. Quieren obligarme a salir. La traducción de ese mensaje sería: «Sal, jesuita». Lo de «sal» por el saquito de sal. Y lo de «jesuita» por el grabado con el que está hecho el saquito. Lo tenía en mi despacho del Colegio Imperial, lo traje de

Lima. Ese alguien intenta reunir las pistas que conducen al tesoro de los incas y no se detendrá ante nada.

—Pero ¿quién?

En ese momento se oyó un ruido en el pasillo que daba a la trasera del palacio.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Álvaro, sobresaltado.

—Viene del callejón. Escóndase, por Dios.

## El Broche

La ventana del pasillo estaba abierta y el batiente golpeaba agitado por la corriente de aire. Sebastián entró en su habitación, abrió la alacena y empuñó uno de los pistoletos que allí guardaba, cargado y cebado.

Al asomarse al callejón le asaltó la negrura del pasaje, tenuemente iluminado por el farol ceñido al edificio. Le bastó su luz para atisbar aquella sombra, alejándose.

Saltó sin pensárselo dos veces y corrió tras el fugitivo. El suelo estaba resbaladizo por el barro. A medida que se acercaba a la plaza pudo distinguir el peculiar capote cabriolé de color verde que entorpecía la carrera de quien huía. Sebastián forzó el paso y logró agarrar la larga prenda sujeta al cuello, obligando a su dueño a parar en seco.

Se volvió la sombra, desafiante. Cayó sobre ella la luz del farolón de la esquina, revelando su disfraz de esqueleto, la cara hecha calavera. Aprovechando la sorpresa que esta visión había producido en el ingeniero, reaccionó con gran agilidad. Agitó el cabriolé con un movimiento rápido, como de látigo, y le golpeó en el rostro con el remate, salpicándole los ojos de barro.

Cuando Sebastián logró rehacerse, era demasiado tarde. Se limpió de un manotazo, alargó la pistola y le dio el alto. Pero el fugitivo había entrado ya en la plaza, donde seguía celebrándose el carnaval.

«Demasiada gente para disparar», se dijo.

Corrió tras él, tratando de abrirse paso. Cuando consiguió llegar al otro extremo, lo había perdido de vista. Distinguió un nutrido grupo de la milicia urbana, bien armado y provisto de linternas. Su primer impulso fue dirigirse a aquella policía para preguntarles. Sin embargo, lo pensó mejor y se detuvo. Si entraba en detalles, debería hablarles del asesinato de su padre. Y si registraban la casa, corría el riesgo de que encontrarán a su tío. Primero había que hacer salir a éste, antes de denunciar el caso.

Al desandar el camino y entrar de nuevo en el callejón vio brillar algo en el suelo, en el mismo lugar donde aún podía apreciarse el resbalón del intruso. Se agachó y recogió una pieza metálica: la mitad de un broche de plata, seguramente arrancado al tirar de la capa.

Una vez en el gabinete y atrancada la puerta, llamó a Álvaro para que saliese de su escondrijo.

—No he podido verle la cara, llevaba una máscara. Pero he encontrado esto en el suelo, y creo que es suyo —dijo mostrándole la pieza de plata.

—Abre ese cajón de la derecha y alcázame la lupa que hay en él —le pidió su tío.

Tras examinarla, añadió:

—No cabe duda. Aquí está la marca del platero, el contraste y quintado. Es de Lima.

—Ahora, tío, ya saben su paradero. Tiene que ponerse a salvo, cambiar de escondrijo. Tome lo imprescindible para esta noche y yo le iré haciendo llegar el resto más tarde, con algunas provisiones.

—Pero ¿dónde?

—En los almacenes de sogas que tenemos junto a la ribera del Manzanares. No se usan y allí estará seguro.

—¿Me estás pidiendo que salga a la calle?

—Es carnaval. Pasará usted inadvertido.

Álvaro de Fonseca pareció sopesar lo que su sobrino le proponía. Asintió al cabo, no sin antes anunciarle:

—Si es así, he de darte algo.

Entró en su escondrijo y no tardó en volver. Su tío se enderezó mostrándole un libro encuadernado en piel.

—¿Qué es esto?

—Una Crónica del siglo dieciséis. Un documento extremadamente valioso. Nunca debes perderlo de vista ni dejarlo al alcance de extraños. Me temo que es lo que anda buscando ese asesino.

Mientras hacían los preparativos para dirigirse al nuevo escondite, siguió explicando a Sebastián:

—El autor de esa Crónica es un tal Diego de Acuña, un escribano que trabajó en el Perú como secretario e intérprete de quechua. Estuvo presente en la expedición de los españoles contra los últimos incas rebeldes de Vilcabamba, en mil quinientos setenta y dos. También asistió a la captura y ejecución de Túpac Amaru, con quien terminó la dinastía que allí reinaba. Cualquier información sobre el tesoro de los incas hubo de pasar por sus manos.

—¿Cómo es que ha llegado esa Crónica a su poder?

—A través de uno de nuestros antepasados, el maestro de quechua de Diego de Acuña, el jesuita Cristóbal de Fonseca.

—¡Otro jesuita!

—Los Fonseca siempre hemos estado vinculados a la Compañía de Jesús. Ese manuscrito es una herencia más, y tu padre lo utilizó para escribir la obra de teatro El nudo gordiano. Porque el gran misterio de los incas es cómo lograron transmitir sus secretos si carecían de escritura. Y hay quien piensa que lo hacían mediante esas cuerdas y nudos, los quipus.

—Eso mismo fue lo que dijo el director de teatro inmediatamente antes de ser ahorcado. Pero ¿cómo es posible escribir así? —En otro momento hablaremos de eso.

Álvaro de Fonseca no pudo evitar una última mirada al cuerpo de su hermano:

—¡Pobre Juan! ¡Qué pocas alegrías le ha dado la vida estos últimos años...! ¿Qué vas a hacer ahora?

—Tan pronto haya acompañado a usted al almacén he de dar aviso del crimen al alcalde.

—No muestres ese grabado por nada del mundo, sospecharán que hay jesuitas de por medio. Guárdalo tú. Y también el nudo con que lo han estrangulado.

---

## La Trama

Sebastián de Fonseca terminó de leer el elogio fúnebre con el ánimo derrengado y los ojos aporreados de tristeza. Dobló el pliego, alzó la vista y repasó la nutrida asistencia. Era un día frío, soleado, bajo aquel limpio y hermoso cielo madrileño que tanto amó su padre.

Las palabras que acababa de pronunciar no le pertenecían. Él no poseía aquel talento retórico. Como casi todo el mundo, se encasquillaba al hablar en público. Las había escrito su tío Álvaro. En su emocionada evocación transmitía una imagen del difunto inédita para el ingeniero. La de aquel hombre ilusionado que un día fue antes de quedarse postrado en una silla de ruedas y darse a papeles o libros en busca de razones para vivir, internándose en un pasado familiar que le abrumaba. Una conmovedora despedida en la que el jesuita supuraba todo lo que hubiese querido decirle en vida.

Aquel adiós también sacudía la sensibilidad de los presentes. Calibró hasta qué punto había vivido engañado. Creía que su padre representaba un orden fenecido y antiguo, arrumbado por las nuevas costumbres. Pero aquel entierro lo desmentía. Era un hombre querido. Quizá ignorado por gacetas y papeles noticiosos; muy presente, sin embargo, en el espíritu y corazón de los mejores, tanto de gentes sabias como las más sencillas de su casa y servidumbre. Lo que algunos dictaminaban como mal gobierno de sus economías, ellos lo reputaban por generosidad.

Mientras el sacerdote despedía el féretro con una última rociada de misereres, latines y agua bendita, pensó en la triste suerte de su progenitor, en su vida llena de contrariedades. Ahora entendía su amargura, al venírsele encima la carga de Álvaro, con quien nunca se llevó bien. Juan hubo de ser el guardián de un hermano mayor que siempre lo tuvo en menos. Y que a través de aquel elogio fúnebre se corroía macerado en remordimientos.

Cuando el cura hubo terminado, pasaron a consolarle los concurrentes. Agradeció a Frasquita y a su marido, Onofre Abascal, que, a pesar de su alto rango, esperasen hasta el final para hacer un aparte. Los notó inquietos, con miradas de inteligencia entre los esposos. Se les notaba preocupados por el alcance de los acontecimientos que habían empezado a precipitarse y amenazaban con ir a peor.

Frasquita estuvo tan afectuosa como de costumbre.

—Ten mucho cuidado, por Dios —terminó advirtiéndole.

Insistió en ello Onofre. Aunque lo suyo era distinto, algo cargado de suspicacias y sobrentendidos. Porque Sebastián no podía referirse a su tío Álvaro, cuya existencia debía mantener oculta. Por mucha amistad que hubiera habido entre las dos familias, ambas partes sabían que la otra no podía decir toda la verdad. Demasiados intereses en juego.

—No es el momento más adecuado, pero me temo que no lo habrá mejor —aseguró Onofre con semblante grave—. A estas horas, medio Madrid habla de tu duelo con el marqués de Montilla... —y aquí hizo una intencionada pausa para añadir—: Aunque oficialmente nada nos consta.

—Le estoy muy reconocido, señor.

—No me des las gracias. Tampoco me hace feliz la idea de encausar a Montilla. Tiene demasiados agarraderos. Tú también deberías considerarlo así, y prestar más atención en lo sucesivo. Te encuentras en una situación delicada. Cualquier otro contratiempo te pondrá las cosas muy difíciles.

Y no sé si podría intervenir yo de nuevo.

Mientras regresaba a casa, dándole vueltas a las palabras de Abascal, se acordó inevitablemente de su tío. Debía llevarle provisiones al nuevo escondrijo y ponerlo al corriente del funeral y del entierro.

Tomó todo tipo de precauciones en el camino del palacio al viejo almacén a donde lo condujera. Dejó el caballo prevenido en el corral de un figón donde había encargado la comida, para no alertar a la servidumbre.

El barrio de Lavapiés hacía honor a su nombre, surcado ahora por los arroyos que bajaban desde la parte más desigual y costanera de la calle de Atocha, cobrando brío tras las últimas lluvias. Entre aquel laberinto de casas le sería más fácil extraviar a quien pretendiera seguirlo. Cuando le parecía que alguien llevaba el mismo trayecto que él durante un tiempo excesivo, daba un largo rodeo hasta perderlo de vista, comprobando de soslayo que nadie le vigilaba.

Llegó al fin ante el almacén de sogas. Pero no entró directamente. Dio la vuelta a los edificios, echó un último vistazo en torno suyo y sólo se dirigió a la puerta trasera tras comprobar que no había ni un alma. Recogió dentro la montura y bajó a buscar a su tío.

Al entrar en el sótano le asaltó la sensación de humedad, el olor a moho. Mientras le tendía las nuevas mantas, reparó en su mal aspecto.

—Apenas he podido dormir —le confesó el jesuita.

Se dio cuenta Sebastián de que no se debía sólo a la incomodidad o la preocupación, sino también al miedo. Álvaro estaba aterrado. Había desaparecido aquella seguridad en sí mismo, mucho más que un barniz, que a sus ojos de niño y adolescente lo hicieran aparecer investido de una autoridad incontestable. Las adversidades habían mellado su altanería, sumiéndolo en algo parecido a la humildad. O quizá la humillación.

—Si me encuentran y me someten a tormento no podré decirles gran cosa —se lamentó—. Y yo no tengo el valor de tu pobre padre. Antes no me habría importado, estaba enterrado en vida. Pero ahora que he salido, respirado el aire de nuevo, no quiero morir, sobrino.

—Cálmese, no va a morir. Con el entierro de hoy ya hemos tenido bastante. ¿Podría guardar esto como recuerdo? —Le mostró el pliego con el elogio fúnebre.

—Tuyo es —asintió el sacerdote.

Le contó Sebastián la ceremonia, quién había asistido, el efecto de las palabras contenidas en aquel papel. Álvaro cabeceaba, musitando monosílabos lastrados por el cansancio.

Tras ello, el ingeniero sacó la fiambrera, la servilleta, la hogaza, el pollo asado, la botella y el resto de provisiones que había tenido la precaución de encargar. Tendió luego a su tío uno de los vasos y lo llenó de vino.

Poco a poco, el destemplado jesuita fue saliendo de su estado de postración, mientras daba buena cuenta de la comida.

—¿Le puedo hacer una pregunta, tío?

—Tú dirás.

—No se me va de la cabeza la última palabra que escribió mi padre con su propia sangre.

—¿Quipu?

—Me contó usted que significa nudo en quechua, que a su vez quiere decir sogá. ¿No había una

cuerda con un nudo en el viejo escudo de los Fonseca?

—Así es —confirmó su tío mientras apuraba un trago de vino.

—Y resultaría bien visible desde la calle, porque antes estaba en la fachada, sobre el portón.

—Sí, ahora ese escudo debe andar arrumbado por algún patio del palacio... No tenía sentido mantenerlo desde el momento en que los Borbones aparearon a los Fonseca de sus títulos nobiliarios.

—¿Qué representaba?

—Al parecer, el nudo gordiano, el que cortó Alejandro Magno. Un laberinto de cuerdas fuertemente enlazadas. Se decía que aquél que lograra desatarlo sería el dominador de toda Asia. Alejandro lo intentó. No pudo. Entonces, sacó la espada y lo cortó de un tajo.

—¿Cuándo se incorporó al escudo familiar?

—En mil quinientos setenta y tres. —Y ante la sorpresa de Sebastián por lo preciso de la fecha, añadió—: El año del Buque Negro.

—Eso también salía en la obra de teatro.

—Otra leyenda. El barco se ha relacionado con la Compañía de Jesús, aunque me malicio que cumplía todo tipo de misiones secretas que nos achacaban a nosotros cuando resultaba conveniente. Pero hay algo que sí es cierto: en ese navío regresó a España desde el Perú uno de nuestros antepasados, Cristóbal de Fonseca, el jesuita que había enseñado quechua a Diego de Acuña, el autor de esa Crónica que te entregué.

—¿Y mi padre lo sabía?

—Desde luego. Él estaba convencido de que era el origen de la fortuna familiar. Por eso tenía tanto interés en esa Crónica.

—¿Cree entonces que ese nudo del escudo podría ser una señal?

Dudó Álvaro antes de responder. Y cuando lo hizo, se notaba el tiento con que escogía sus palabras:

—No sé qué decirte... Una señal, ¿para qué, o para quién? Los malpensados no lo toman por ningún nudo gordiano, sino por algo más prosaico, el modo en que los Fonseca se han ganado la vida con su negocio de sogas. Nuestra familia nunca ha tenido uno de esos blasones llenos de leones rampantes o moros degollados. Durante mucho tiempo hemos sido los principales proveedores de jarcias para los buques de la Armada. Los cordajes de la mitad de ella han salido de nuestros obradores.

—Y hay otros interesados en hacerse con el negocio... Como el marqués de Montilla, el vecino de nuestras posesiones andaluzas.

—¿Te refieres al padre o al hijo?

—A los dos —admitió Sebastián.

—Ahora que lo dices, el padre fue quien más batalló para que se retirara el escudo de la fachada del palacio de los Fonseca. Nunca dejó de pleitear, alegando que habíamos sido desleales con la Corona y, sin embargo, nos llevábamos tantos encargos oficiales de cordelería. Algunos quisieron ver su mano detrás del accidente de coche que costó la vida a tu madre y dejó inválido a tu padre. Aunque nada pudo probarse...

—Acabo de batirme en duelo con el hijo.

La alarma descompuso el rostro del jesuita.

—¿Cómo se te ha ocurrido ese disparate?

—No pude evitarlo. Me provocó en público.

Calló Álvaro largo rato, rumiando sus inquietudes. Y al darse cuenta de que su sobrino hacía amago de irse, quiso darle conversación. No deseaba quedarse solo.

—¿Has empezado a leer la Crónica?

—No he llegado muy lejos —reconoció Sebastián—. Está llena de abreviaturas, y la letra de ese Diego de Acuña es endemoniada.

—Te ayudarán los apuntes que fue tomando tu padre. Él dedicó mucho tiempo, esfuerzos y consultas a hacerse con ese texto.

—Hay demasiadas cosas que se me escapan. Quizá sea la lejanía de lo que habla, el Perú de hace dos siglos. ¿Por qué es tan importante ese documento?

—Ya te lo dije. Su autor sirvió como intérprete durante la campaña que terminó en mil quinientos setenta y dos con la toma por los españoles de Vilcabamba, el último reducto donde resistían los incas. Debíó conocer dónde escondieron sus tesoros.

—¿Y contó esos secretos en la Crónica?

—Eso, al menos, creía tu padre. Aunque ignoraba el modo en que pudo hacerlo, para que no cayeran en manos de cualquiera.

—¿Empleó alguna clave?

—No lo parece. El problema es que los incas carecían de escritura. Como ya te dije, hacían sus registros y llevaban sus cuentas con cuerdas y nudos llamados quipus. ¿Entiendes ahora por qué escribió Juan esa palabra?

—Muy a medias. ¿Nadie los ha logrado descifrar?

—No, hasta el momento. Lo sabríamos, porque ha sido uno de los grandes objetivos de la Compañía de Jesús. Siempre ha habido jesuitas trabajando en ellos, revolviendo archivos.

—Entonces no será tan difícil, es cuestión de seguir esa pista.

—Te equivocas. A finales del siglo dieciséis el Tercer Concilio de Lima declaró los quipus objetos de idolatría, y se ordenó que todos fueran destruidos. Si alguno se ha salvado, será pura casualidad. Por eso resultan tan valiosos.

—O sea, que cuando mi padre eligió esa palabra, estaba diciendo muchas cosas.

—¿Qué habrías hecho tú si no pudieras escribir más que una palabra antes de morir? Recurrirías a la que, con el mínimo de letras, proporcionara más pistas sobre el asesino y lo que buscaba.

—Dijo usted que había visto uno en Lima, ¿verdad? ¿Cómo era?

—Cuando estaba enrollado podría pasar por un zurriago o un colgajo de sogas muy finas, no habría llamado la atención de nadie que no supiera de qué se trataba. Sin embargo, cuando se desplegaba se convertía en una cuerda principal, de unos dos pies de larga. De ella colgaban como flecos hilos más finos, de un palmo y pico, diferentes colores y hechuras, con nudos. Gracias a éstos podían llevar sus cuentas.

—¿Igual que nosotros con los ábacos?

—Más o menos. Al parecer, los incas los usaban para inventariar todo su imperio: habitantes, tierras, provisiones... Tu padre sostiene en sus notas que tenían catalogada hasta la última sandalia. Y que era un Estado de una eficacia extraordinaria.

—Imposible hacerlo sin escritura —insistió Sebastián.

—Habría que encontrar esos quipus y saber descifrarlos. Quizá sea ésa la misión encomendada

por tu padre. Desde luego, en la Crónica que te di hay continuas alusiones a ellos, y a uno en concreto, como tendrás ocasión de ver. Por eso Juan pensaba que en ese manuscrito se encierra la solución, si se lee atando cabos.

—¿Atando cabos?

—Clasificando su lectura mediante los casilleros de su mesa de trabajo. Hay un pliego de papel en la Crónica donde lo explica. Búscalo y verás.

—Pero ese quipu que investigaba mi padre, ¿es una cuerda con nudos, como la que me ha descrito usted? ¿O es un texto dentro de la Crónica que habla de él o los describe?

—No lo sé. El quipu era la pieza que le faltaba a tu padre para poder enhebrar como en una red todo lo que se cuenta en ese manuscrito. Quizá una especie de mapa. Si escribió esa palabra, también fue para advertirte que por ahí vendría el peligro, que eso es lo que andan buscando sus asesinos. Ahora ya tienes la Crónica, pero te falta esa pieza para poder entender su final. En cualquier caso, este quipu del que estamos hablando debía de ser uno muy especial. Tan especial que en mil quinientos setenta y tres lo trajo a España, en un barco clandestino, una mujer que quedó al cuidado de ese antepasado nuestro, Cristóbal de Fonseca. Una mujer a quien los incas de Vilcabamba pudieron haber confiado la supervivencia de lo más valioso de su cultura.

—¿Todo a una baza? Muy desesperados tenían que estar.

—Se encontraban en una situación nueva para ellos que les obligaba a algo excepcional. Imagínate uno de los mayores imperios de la historia que de la noche a la mañana se sabe al borde de su extinción, debido a una partida de ciento setenta y tantos aventureros españoles al mando de Francisco Pizarro. Los indios más bravos no lo aceptan, logran refugiarse en un reducto inexpugnable, Vilcabamba, donde resisten treinta y seis años. Eso supone una última prórroga para preservar su civilización, los tesoros y secretos mediante los cuales han conseguido hacerse con una naturaleza tan indómita como la de los Andes. Y en ese tiempo y espacio limitados tienen que dejar un mensaje que perdure y sobreviva a los españoles. Un mensaje que no sea detectado, interceptado y destruido por los invasores. Ahí es donde entra su enigmático sistema de cuerdas y nudos. Podían pasarlo delante de los ojos de los conquistadores, en sus tejidos y vestidos de diario, sin que éstos sospecharan que se trataba de archivos vivientes. Pero había que confiar la clave a alguien.

—¿Cómo han llegado usted y mi padre a conocer toda esta historia, incluido lo del Buque Negro?

—Porque yo era el archivero del Colegio Imperial. En su sección de acceso más restringido se conservaban los papeles del viaje de ese barco en mil quinientos setenta y tres. Y el día de nuestra expulsión alguien fue a tiro derecho a por ellos.

—Y ahora ese alguien los tiene en su poder.

—No, no los encontré, porque yo los había llevado un par de años antes al Perú, para compulsarlos allí con los del archivo de los jesuitas en Lima. Un viaje de propio. Quería que me tradujeran algunos documentos en quechua.

—Entonces, quienes hace trece años andaban en Madrid tras esos papeles el día de la expulsión de los jesuitas, debieron pensar que no los encontraron porque usted los había escondido.

—Por eso me buscan ahora. Si saben que me he comunicado contigo, también te buscarán a ti, y correrás el mismo peligro que mi hermano Juan. Piénsatelo bien antes de seguir con todo esto...

—No puedo dejar impune lo que le han hecho a mi padre.

—Está bien...

Calló un instante el sacerdote. Dudó antes de decidirse a continuar. A revolver aquella vieja historia. ¿Hasta qué punto le obligaba el juramento de confidencialidad, una vez extinguida la Compañía de Jesús? Imposible ocultarla a Sebastián, dejándolo indefenso. Y si no lo hacía ahora, quizá no hubiese otra oportunidad para transmitir tan tristes acontecimientos.

## El Plan del Inca

Así fue como Álvaro de Fonseca se decidió a reconstruir para su sobrino lo sucedido trece años antes. Los sobresaltos de la madrugada del primero de abril de 1767, cuando la tropa armada procedió a acordonar y tomar el Colegio Imperial de los jesuitas en Madrid. Y, tras ello, a secuestrar sus bienes, quedando los padres presos, custodiados por un retén.

—Como luego supimos, todo se había preparado minuciosamente. Y en especial la ocupación de nuestro colegio, una de las joyas de la Compañía. La primera medida que tomó el juez tan pronto le franqueamos la puerta principal fue poner centinela doble en la torre, de modo que nadie pudiera dar aviso tocando la campana. Otro tanto se hizo en toda salida que comunicase con la calle, anulando cualquier contacto exterior.

—Bien se nota que el plan lo había urdido un militar, el conde de Aranda.

—La segunda provisión fue requerir al rector del colegio para que mandara levantar a toda la comunidad y la reuniese en la sala capitular. Allí nos fue leída la orden de expulsión y, de inmediato, los padres fueron conducidos a los carruajes dispuestos para transportarlos al puerto de mar más próximo. Cada religioso sólo podía llevar consigo su ropa de uso y su breviario.

—¿No hubo amotinamiento?

—¿Qué mayor motín que Aranda en el poder? Además, cualquier resistencia estaba castigada con pena de muerte. Y una de las normas de la Compañía es acatar las órdenes sin rechistar, «estar contento con la suerte de Marta».

—Me hago cruces de cómo pudo escapar usted.

—En principio, no era ésa mi intención, créeme. Tras la expulsión de las personas, a la que se había dado prioridad para evitar revueltas, vino la organización de los equipajes y documentos, más complicada. Hubo que nombrar algunos coadjutores. Yo fui uno de ellos. Me ordenaron permanecer en el Colegio, en calidad de archivero. Hicieron un registro minucioso de mi despacho. Y su actitud se volvió apremiante y hostil cuando encontraron ese grabado.

—¿Qué grabado?

—El que luego utilizaron, llenándolo de sal, para colgarlo al cuello de tu padre. Por eso, al verlo, entendí lo que se nos venía encima.

—¿Cómo sabe que es el mismo?

—Me lo entregó en Lima el encargado del archivo de los jesuitas. Tiene un defecto de impresión que sólo se da en ese ejemplar. Reproduce un cuadro original del siglo diecisiete que estaba en la iglesia de la Compañía de Jesús en Cuzco, la antigua capital de los incas. Es una especie de alegoría o apoteosis. Dentro de la Orden se conoce como la Monarquía Cristiana del Perú. O, en clave, el Plan del Inca.

—¿El Plan del Inca?

—Ahora verás por qué. Si te fijas bien, verás que en él hay dos jesuitas. El de la izquierda es san Ignacio de Loyola.

—Eso me había parecido.

—Y el de la derecha, san Francisco de Borja.

—O sea, que tenemos al fundador de la Compañía de Jesús junto a otro de sus santos principales. ¿Y por qué hay unos indios al fondo?

—Ahí se están apadrinando dos bodas. La primera, entre Martín García de Loyola, el sobrino de san Ignacio, y la sobrina y heredera del último emperador de los incas, Túpac Amaru. La segunda boda es entre la hija de ese matrimonio y un nieto de san Francisco de Borja.

—O sea, que, en cierto modo, es el cruce entre las genealogías de los Incas y los dos principales santos jesuitas.

—No sólo eso: a Martín García de Loyola le concedieron la mano de la sobrina de Túpac Amaru como premio por haber capturado a éste en mil quinientos setenta y dos, tras la toma de Vilcabamba. Y los descendientes de esas uniones son los herederos más directos de la casa real inca reconocidos por la Corona de España.

—Creo que ahora entiendo por qué se llama a ese grabado el Plan del Inca.

—Siempre se ha dicho que ponía en imágenes las ambiciones de los jesuitas para hacerse algún día con el antiguo trono y, a la larga, toda la América del Sur. A ello se aludía veladamente en El nudo gordiano.

—Yo no vi nada de eso en la obra de teatro.

—Por lo que me has contado, no la dejaron pasar adelante. La comedia contenía muchos otros mensajes como ése, con alusiones al tesoro de los incas. Claves que tu padre deseaba tantear en público, buscando un destinatario que, era de suponer, asistiría a la obra. Alguien que, al percibir los guiños que había entremetido en los diálogos, trataría de averiguar a quién se debían y ponerse en contacto con él.

—Pero el texto bien tendría que pasar la censura y ser leído por Onofre Abascal, que se la había encargado al director.

—Esas alusiones no estaban en el texto original. Juan debió de introducir nuevos diálogos a última hora, porque antes no se mencionaba ese lugar donde se dice que estaba el tesoro, el Ojo del Inca. Esos cambios sólo se los había contado a Cañizares, que debía recitarlos personalmente sobre el escenario.

—¿Tiene usted idea de por qué hizo mi padre esos cambios?

—Creo que sí. Recibí la visita de una mujer que venía de allí, de Perú, según me contó Juan.

—¿Una mestiza? —preguntó Sebastián. Y ante las dudas de Álvaro, añadió—: ¿Iba con un indio muy fuerte?

—Sí, Juan mencionó al indio.

—Mi padre me dio una nota para que se la entregara a Cañizares, previniéndole respecto a esa mujer. Estaba en el teatro. La vi muy inquieta. Y el indio se ausentó del palco poco antes de que ahorcaran al director a telón caído, durante el cambio de tramoya.

—¿Entiendes ahora por qué debo prevenirte?

—Déjeme hacerle otra pregunta. Me acaba de decir que en mil setecientos sesenta y siete, cuando tuvo lugar la ocupación del Colegio Imperial, alguien buscaba en Madrid los papeles del Buque Negro y los documentos relacionados con Perú.

—En efecto.

—En tal caso, cabe suponer que ese alguien lleva años tras el rastro. Y otro tanto debió hacer allí, en Lima, cuando expulsaron a los jesuitas y tomaron sus archivos.

—Así fue. Pero tampoco encontré nada, porque yo les avisé.

—¿Y cómo lo consiguió?

—Sobornando a uno de los tripulantes del barco en el que iba hasta Perú la orden de expulsión. Para entonces, ya me había escondido en el palacio de los Fonseca, y encargué a nuestro capataz en las tierras de Cádiz, Paco el Soguero, que localizara y pagara bien a uno de aquellos marineros. Además de eso, tu padre y Paco me ayudaron a dejar una serie de pistas falsas para hacer creer a las autoridades que yo había escapado por ese mismo puerto, valiéndome de la proximidad de nuestras posesiones gaditanas. Gracias a ello perdieron el rastro, mientras se acondicionaba la bodega para mi escondrijo.

Calló un momento el jesuita y se quedó mirando al ingeniero, esperando que amainara la agitación que adivinaba en su interior. Fue éste quien rompió el silencio para preguntarle:

—¿Llegó a leer usted esos documentos del Buque Negro?

—Claro. Por eso sé que junto a nuestro antepasado Cristóbal de Fonseca vino una mujer desde el Perú.

—¿Qué pasó con ella?

—Su estancia en España fue secreta. Murió aquí, y él la enterró en las tierras de la familia, cerca de Cádiz.

—¿Alguien más sabe eso?

—Tengo la impresión de que lo están rastreando ahora, cuando el trono inca vale más que el oro: la suerte de todo un continente, porque los planes para la independencia pasan por restaurar ese trono a través de quien demuestre su mayor legitimidad como descendiente. Ese alguien no se detendrá ante nada, y nuestra familia es su principal pista. Por eso creo que nos están investigando tan estrechamente.

—¿Quién nos está investigando?

—No lo sé. Nuestro antepasado Cristóbal de Fonseca ya tuvo problemas en su día. Fue encarcelado y se perdieron sus papeles. Siempre se negó a confesar el paradero de la tumba de esa mujer, porque en ella había datos muy reveladores. Quizá el mapa de la ciudad perdida de Vilcabamba y del tesoro de los incas.

—Una tumba es ideal para esconder un secreto.

—En cualquier caso, hay algo en los antecedentes de nuestra familia que no conocemos bien.

—A mí ya me lo han restregado por la cara cada vez que he pedido ascensos en el ejército.

—Y yo tuve que emplearme a fondo para hacer valer tus probanzas de nobleza y que pudieras ingresar en el Colegio Imperial. Alguien que conoce ese pasado de los Fonseca lo está aprovechando en beneficio suyo y contra nosotros.

Sebastián echó un vistazo al lugar y preguntó a su tío:

—Debo irme. ¿Necesita algo más?

—Quería pedirte algo muy personal... —titubeó.

—Adelante.

—Tiene que ver con mi estancia en Perú. Temo que me han localizado a través de la correspondencia que he mantenido con un antiguo discípulo limeño. Fue a él a quien mandé en mil setecientos sesenta y siete ese aviso de la expulsión de los jesuitas, la carta que Paco el Soguero encomendó a uno de los tripulantes del barco que llevaba la orden hasta Lima.

—¿Cuál es el nombre de ese discípulo?

—¿Es necesario que lo diga? —se resistió Álvaro.

—A mí, sí, tío. A mí, sí.

Y por el recelo que velaba su voz, y el temor de su mirada, vino a entender el ingeniero que algo había sucedido allí que seguía pesando como una losa en la vida y conciencia del jesuita.

—Se llama Gil de Ondegardo. Es archivero, habla quechua y me ayudó con los documentos en ese idioma que llevé a Perú.

—¿Sigue allí?

—Sí. Cuando se expulsó a la Compañía de aquel país lo dejaron quedarse, porque abandonó la Orden. Ahora temo por él. Hace tiempo que no tengo noticias tuyas. Sospecho que han interceptado las cartas que cruzábamos. Sé que decidió borrar todo rastro de su pasado como jesuita. Y por ello le he enviado la correspondencia a través de María de Ondegardo, quien, a juzgar por el nombre, ha de ser su madre. El remite lo firmaba mi hermano Juan, para no infundir sospechas. Ahora le he escrito esta carta que ves aquí, previniéndole. Quiero que se la entreguen en mano, de un modo seguro y con gran discreción, igual que entonces, a través de Paco el Soguero. ¿Querrás hacerlo?

—Cuenta con ello. La encomendaré a alguien de confianza que viaje hasta Cádiz.

—No es necesario. Paco está ahora aquí, me lo dijo tu padre. Vino a mostrarle unas nuevas sogas que tratan de vender a la Armada. Me temo que han ahorcado a Juan con una de ellas. El te explicará todo eso de primera mano.

—El mayordomo, Moncho, supongo que sabrá dónde se aloja.

—Seguro. ¿Has guardado la cuerda con la que estrangularon a mi hermano?

—Claro. Hice lo que me dijo.

—Deberías enseñársela a Paco. Nadie sabe más de nudos.

Su tío lo despidió con un emocionado abrazo, mientras le pedía:

—Ten cuidado, Sebastián, ten mucho cuidado.

Al salir del almacén y darle el aire en la cara, estaba anonadado por las responsabilidades que se le venían encima. No sólo eso. A pesar de las precauciones tomadas para que no le siguieran, tenía la impresión de ser vigilado.

## Paco el Soguero

Aquel hombre abrió su navaja con un movimiento seco y preciso, empuñándola con la mano derecha. En la izquierda sostenía la cuerda, desplegando su peculiar nudo armado de cuatro bucles. La tensó con gran pericia, hebra por hebra, entre los dedos, tanteándola con las yemas. Y no escapó a su escrutadora mirada la desorientación que se advertía en el comportamiento de Sebastián.

Puso la soga bajo la nariz del ingeniero. No entendió éste lo que pretendía de él. Hubo de insistirle. Tras husmearla de arriba abajo, reconoció Fonseca:

—No huelo nada.

—Ahí está el detalle —le aseguró Paco el Soguero—. Esta cordelería suele alquitranarse para protegerla de la humedad. Al hacerse en caliente, quema el hilo. Ha habido que buscar otro modo. Algunos usan la imprimación en frío, con un trozo de estopa. Pero tampoco es el caso.

Lo miró Sebastián de hito en hito, sin saber a dónde quería ir a parar. El capataz prosiguió:

—Y, sin embargo, esta cuerda está impermeabilizada. Note cómo resbala la navaja cuando se intenta cortar.

Eso bien lo sabía él, pues tuvo que hacer lo propio con su espada. Paco debió de notar la perplejidad en sus ojos, por lo que separó una hebra con la navaja:

—Es cera, ¿lo ve? —siguió explicando su interlocutor—. Difícil de cortar, porque está encerada. Esto es novedad.

—¿Novedad?

—No se usa en España. Sólo es costumbre en la marina de Malta. Y estamos probándolo nosotros. No sé si resultará, ésta es la primera partida. Me preocupa que atraiga demasiado a las ratas y se dediquen a roer las cuerdas.

—O sea que nadie más la fabrica, sino nosotros. ¿Y quién lo sabe?

—Todo el mundo. Hubo que hacer pruebas de resistencia ante muchos testigos y registrar los resultados en un asiento del astillero de La Carraca, cerca de Cádiz. El cordaje que se usa en cables y jarcia debe ser muy resistente. Esta cuerda es de la mejor, no rompió hasta colgarle cuarenta y un quintales y dos arrobas.

—De manera que si se sometiese a algún perito, todo apuntaría al obrador de los Fonseca.

—Yo mismo se la traje a su padre hace pocos días. Tenemos encargada una partida para la Armada, que necesita aparejar un navío de línea. Pero no podremos atender el pedido sin provisión de fondos.

—¿Y qué me puedes decir del nudo?

Paco se agachó de nuevo. Con la punta de la navaja fue siguiendo el trenzado, haciendo algunas muescas, apretando aquí, aflojando allá. Tras un largo examen, sacudió la cabeza y se creyó en la obligación de explicarle:

—Trato de ver cómo está hecho, en qué orden se han tramado las hebras. Y cómo se han deformado... Es obra de alguien muy diestro, que urde con gran rapidez, para lo complicado que es. Me atrevería a decir que sólo lo podría hacer así la persona que lo ha inventado.

—¿Cómo puedes saber eso?

—Los nudos llevan la firma del que los hizo. Se ve cuando se han trazado de arriba abajo, de izquierda a derecha, o al revés. Y los de estrangular no llegan a una docena. En este caso, es regular hasta aquí —y señaló con la punta de la navaja toda la primera vuelta de uno de los lazos—. Luego utiliza un atajo para este ensamblaje, que lo tensa. Es algo muy bien pensado.

—¿Qué concluyes, entonces? —le apremió Sebastián.

—Nunca había visto un nudo como éste. No es de pescador, ni de marinero, ganadero o cualquier otro oficio que yo conozca. Quizá de tejedor... Pero no de por acá. Es una variedad, con cuatro bucles, del nudo de sangre.

—¿Nudo de sangre?

—El mejor para unir dos cabos y que no se note. Lo conocen unos pocos marineros, que guardan el secreto.

Paco, que había navegado muchos años, le explicó entonces la importancia que alcanzaban los nudos en aquel trabajo. De uno bien hecho a otro mal urdido podía depender la propia vida, e incluso la suerte de toda la tripulación en un barco. Cientos de hombres. Nadie estaba tan a merced de los nudos como los marinos, y por eso habían inventado diez veces más que todos los demás oficios juntos.

—Un barco mediano tiene varias leguas de cuerda, y un buen gaviero debe conocer cada pulgada de las jarcias, porque son inspeccionadas de continuo y han de ser repuestas a cada momento.

El soguero evocó las largas travesías, en las que si algo sobraba era tiempo y cuerdas. ¿Cómo no inventar nudos? A un marinero se le juzgaba por ellos desde el momento en que subía a un navío, con sólo poner el pie en la cubierta y ver el trenzado de las empuñaduras de su baúl o saco. Cualquier gaviero sabía que si era capaz de inventar uno bueno, aquella obra salida de sus manos y su ingenio se extenderían en unos pocos años por todo el mundo. De ahí que el modo de ejecutarlo se conservara en secreto. Sólo se proporcionaba a cambio de otro nudo igualmente raro o valioso.

—Yo he contado con una ventaja, gracias a mi trabajo en el astillero de La Carraca. Y es que por allí pasan muchos barcos, para armar, carenar, reponer jarcia y vela. Además, he ido frecuentando otros oficios: cesteros, zapateros, cirujanos y, por supuesto, tejedores.

—¿Qué tiene de particular el nudo de sangre?

—Parece tan sencillo que ni se nota, pero se cuentan con los dedos de la mano quienes saben hacerlo bien. Es la prueba de fuego de cualquier nudo, la unión de dos cabos de modo que parezcan uno y funcionen como tal, desnudos, sin nudos.

Sebastián se acordó de lo sucedido en el teatro, cuando el director de la compañía apareció ahorcado. Y preguntó a Paco:

—Hace falta una gran seguridad de ejecución, ¿verdad?

—Mucha.

—Entonces, aquél que ha trenzado este nudo domina un modo diferente.

—Del todo. Este nudo es muy distinto de lo que gastamos por aquí.

—Y al usar una de nuestras nuevas jarcias quien lo hizo demostró conocer bien nuestro negocio.

—Me temo que sí.

—Alguien, quizá, como el marqués de Montilla —sugirió Fonseca.

—Él suele competir con nosotros en los encargos para los barcos de la Armada Real, pero no lo sé —dijo el capataz, prudente.

—¿Estarás muchos días en Madrid?

—Dadas las circunstancias, hasta que disponga el señor lo contrario.

Sebastián le puso la mano en el hombro con un gesto de reconocimiento, para indicarle que podía marcharse.

Cuando se quedó solo, le asaltó una primera sospecha: el encontronazo con Montilla en el teatro no había sido algo casual, sino muy intencionado. El marqués debía de estar ayudando a alguien que lo necesitaba para distraerle a él, mientras sonsacaban a su padre.

Tuvo un terrible presentimiento.

---

## El Pronóstico

Dobló la esquina del abandonado almacén de sogas y reparó en la puerta trasera. Estaba abierta. «Yo la dejé bien cerrada», trató de convencerse Sebastián a sí mismo.

Saltó del caballo y se dirigió hacia allí a toda prisa.

Tan pronto hubo entrado gritó angustiado, llamando a su tío.

Nadie respondió.

Le inquietaba la oscuridad. Tras sacar su mechero buscó a tientas la bujía. Le temblaba la mano por la premura y sólo logró encenderla al cabo de varios intentos.

Resbaló al bajar por la estrecha escalera de madera. Estaba cubierta de barro. Barro reciente, con huellas aún frescas.

Cuando llegó abajo se le aceleró el pulso de un modo instintivo. Olfateaba el peligro. Sobre todo al ver a su tío, tendido en el suelo.

No contestó a su llamada. No se movió.

Y al acercarse vio alrededor del cuello lo que tanto se temía. Aquel nudo, el mismo nudo de sangre con cuatro bucles con el que habían estrangulado a su padre y ahorcado al director de la compañía de teatro.

Sólo que ahora no había ninguna sutileza. Todo era apresurado y brutal. Álvaro de Fonseca aún tenía los ojos abiertos, dilatados por el pánico.

«¡Dios mío! —se dijo tras agacharse y cerrarle los párpados—. Otra boca que han acallado para que no dijese lo que sabía».

Trató de calmarse, examinar la situación con detenimiento, antes de mover el cadáver.

Al acercarse la bujía descubrió una hoja impresa enrollada en uno de los bucles del nudo. Pertenecía a unos viejos almanaques que le resultaban familiares. Quizá uno de los pronósticos de Torres Villarroel. En ella podía leerse: «Un magistrado que con sus astucias ascendió a lo alto del valimiento se estrella desvanecido en desprecio de aquéllos que lo incensaban... Un ministro es depuesto por no haber imitado en la justicia el significado del enigma. Ciertos genios turbulentos trastornan una corte, pero algunos son condenados a muerte».

Poco más pudo hacer. En ese momento oyó el relincho de su caballo y un formidable estruendo. Estaban echando abajo la puerta que había atrancado tras de sí.

Desvainó la espada instintivamente. Pero era la de montar, pesadísima para manejarla a pie. De poco le valió. Un primer hombre había bajado por la escalera, apuntándole con dos pistolas. Y no tardó en verse flanqueado por otros tres. Tras ellos, un quinto parecía dirigir sus movimientos.

Quienquiera que lo hubiese planeado, le había tendido una buena encerrona. La trampa era doble: tanto podían acusarle del asesinato de un indocumentado como de esconder a un jesuita, según les conviniese. Era la gota que colmaba el vaso, la que estaban esperando sus enemigos. Alguien se había encargado de proporcionársela.

Le ataron los brazos a la espalda, tan apretados que no tardaron en cosquillearle, por la mala circulación de la sangre. Después le metieron un trapo en la boca y lo amordazaron. Finalmente, le cubrieron la cabeza con un capuchón negro. Sin ningún miramiento le hicieron subir las escaleras a

empellones, lo arrastraron por la calle y lo arrojaron al interior de un coche que arrancó de inmediato.

No parecían alguaciles o agentes de la autoridad, que ya habría sido grave. No llevaban ningún uniforme, ni se ajustaban a los procedimientos habituales de la policía.

Traqueteó el carro por calles y plazas. Al principio, podía sentir los adoquines, oír de tanto en tanto algún grito, voces, el trote de caballerías, un par de calesas. Después, estos indicios de urbe y gente se fueron espaciando, el suelo se volvió más irregular y parecieron hallarse en despoblado. Se preguntó a dónde lo llevaban y con qué propósito.

Se detuvo, finalmente, el vehículo. Abrieron y lo hicieron bajar. Dos hombres muy fuertes, uno a cada lado, lo sostenían por los brazos, llevándolo en volandas. Oyó otras voces, el desapacible chirrido de una puerta que le hicieron atravesar.

Sintió los pasos sobre los baldosines desportillados. Caminaron un largo trecho, hasta detenerse.

Hubo allí descender de cerrojos, otra puerta que se abrió y un brusco empujón que lo lanzó sin contemplaciones contra el suelo. Una vez en él, le pusieron grilletes en manos y pies, sujetándolo a la pared.

Era un lugar frío y húmedo. Nada podía ver, pero tuvo la seguridad de hallarse en un calabozo clandestino. Y aunque no parecía haber nadie más, sintió el olor de los vómitos y orines. El indescriptible hedor del miedo. También oía las idas y venidas por los pasillos, los gritos, los golpes, los espeluznantes aullidos de las torturas.

Tal como se temía, no le iba a ser dada la asistencia de ningún alguacil, ningún alcalde de casa y corte o juez de lo criminal para instruir el caso, practicar diligencias, examinar testigos, informes y señas. Ningún escribano para tomar testimonio, despachar posta y requisitorias. Ningún funcionario de la cárcel, centinelas u otros ministros de justicia que vinieran a concluir lo que procediese. Y ni rastro del libro de detenidos.

«Me temo que no saldré de aquí con vida», pensó recostándose contra un rincón.

Trató de ordenar en su cabeza las pistas de todo lo que estaba sucediendo, intentando trazar un plan.

No tardaron en sonar pasos en el corredor. Pasos rectos, ordenados, a tiro derecho. Se detuvieron delante de su puerta y oyó cómo se descorrían los cerrojos. Venían a por él.

Abrieron los grilletes de sus pies y la barra de hierro que le sujetaba las manos a las argollas de la pared. Antes de sacarlo de la celda, le quitaron el capirote y la mordaza. Luego, volvieron a calzarle el capuchón y lo sacaron a empellones. Lo arrastraron de nuevo por el pasillo, hasta una habitación.

Aunque nada veía, al entrar sintió el calor. Procedía de su izquierda. Y del frente le vino una voz grave, hablando a su misma altura. Debía de ser el encargado del interrogatorio. Por los ruidos que sintió a la derecha dedujo que su interlocutor estaba sentado en una mesa y que alguien se disponía a tomar nota de sus palabras.

—Iré al grano, quiero ese documento —le dijo aquel hombre.

El documento no podía ser otro que la Crónica. Sin embargo, Sebastián no quería dar pasos en falso.

—¿A qué documento se refiere?

—Lo sabe usted muy bien: ése del siglo dieciséis que ahora obra en su poder.

Parecían tenerlo más que averiguado. Iba a ser inútil todo intento de ganar tiempo. Pero tenía que hacerlo.

—Son varios los documentos de esa época que obran en mi poder.

Notó el desconcierto en su interrogador. Pudo sentir también cómo movía ligeramente la silla en la que se sentaba. Y un leve murmullo, que le llegaba entrecortado a través de la capucha. Como si consultase a otra persona. Alguien que no quería hablar y parecía dirigir todo aquello desde la sombra.

Al fin, su interlocutor volvió a la carga:

—¿De qué trata el resto de esos documentos?

—No lo sé. No he tenido tiempo de leerlos.

Hubo una pausa, sin duda para consultar. Tras ello, el interrogador se dirigió a él de nuevo:

—Pues también quiero el resto. Pero sin que falte una sola página de esa Crónica.

—No podré entregársela si no me suelta. Sólo yo sé dónde está.

Esta vez aquel hombre no necesitó hacer ninguna consulta. Parecía haberse dado cuenta de sus intentos dilatorios. Y calculó que dejarle en manos del verdugo aceleraría aquel trámite que había planeado rápido y sin contemplaciones.

Debió de hacer algún gesto al ejecutor, porque Sebastián pudo sentir en el lado izquierdo el avivar de las llamas con un fuelle y el chirrido de la piedra esmeril. Estaba afilando sus instrumentos antes de ponerlos al rojo vivo, supuso.

Sintió sobre sí unas manos grandes y ásperas que lo levantaron. Le quitaron la casaca y le arrancaron la camisa, desgarrándola en un santiamén. Lo inclinaron bruscamente hacia delante, pasando la barra de los grilletes que aherrojaba sus manos por una argolla sujeta a un grueso tronco. Eso le obligaba a una incómoda posición, inclinado hacia delante. Oyó el entrecruce de los hierros en el brasero y pudo sentir luego el metal al rojo, muy próximo a su rostro. Allí lo mantuvo el verdugo, a la espera de las instrucciones del interrogador.

¿Qué hacer? Sabía bien que lo matarían tan pronto les entregase la Crónica. Pero si no hablaba, el resultado sería el mismo, con un largo tormento añadido.

—Esperad —dijo—. Traed recado de escribir.

Sintió que el verdugo se alejaba. Luego volvió junto a él y lo arrastró con silla y todo hasta hacerlo tropezar contra una mesa. Pudo oír también que salía alguien de la habitación antes de que le quitaran la capucha y el grillete de la mano derecha.

Cuando al fin pudo ver, tenía frente a él a un hombre de unos cuarenta años. Su rostro, impenetrable, daba trazas de estar más que acostumbrado a aquellos trámites. Otro individuo de más edad, en un flanco de la mesa, prestó al ingeniero su recado de escribir. A la izquierda, el verdugo se mantenía a la espera, con los brazos cruzados. A sus espaldas sabía de la presencia de otros dos individuos armados. La habitación estaba débilmente alumbrada por un farol. Había otro sobre la mesa, a cuya luz había ido tomando sus notas el secretario y ahora empezó a escribir Sebastián.

No hizo largo. Apenas unos pocos renglones. El hombre que estaba enfrente lo interrogó con la mirada y el ingeniero le pasó el papel. Cuando lo hubo leído, tendió la mano hacia él. Sebastián revolvió en sus calzones, echó mano a la faltriquera y pareció buscar algo. Lo sacó, al fin, acercándolo a la luz del farol, mientras decía a su interlocutor:

—Esta llavecita corresponde a la alacena que hay en mi habitación. Enviad a alguien al palacio de

los Fonseca y decidle que entregue a Moncho, el mayordomo, esa nota que acabo de escribir. Él se encargará de darle el documento.

A pesar de la impavidez que parecía gastar, el interrogador apenas ocultaba su desprecio: ni siquiera habían empezado con él, y ya había cedido. Pasó el papel y la llave al escribano e hizo una señal para que se llevaran de allí al ingeniero.

De nuevo en la celda, el tiempo se le hizo interminable. Permaneció atento al abrir y cerrar de puertas, a las nuevas llegadas que trataba de adivinar, a los pasos que resonaban en el corredor. Hasta que, de nuevo, notó que se encaminaban hacia allí. Acababan de detenerse frente al calabozo. Rezó para que todo hubiera salido según sus planes.

## Nudos Hechos

Se oyó el girar de la llave, la puerta se abrió, y una silueta que le resultaba familiar se recortó en el umbral, a contraluz de la linterna.

—¿Sebastián de Fonseca?

Por la voz, y por el rostro que se mostró al adelantar la lámpara hacia él, vio que se trataba de Onofre Abascal, interesándose por su estado.

—¿Te encuentras bien?

—No me han hecho nada todavía.

El recién llegado se volvió hacia uno de sus hombres y le ordenó que liberasen al ingeniero. En cuanto los dejaron solos le dijo:

—He venido tan pronto me avisó tu mayordomo. ¿Cómo estabas tan seguro de que Moncho te entregaría?

—Él sabe que los dos pistoletas con incrustaciones de nácar que hay en la alacena de mi habitación fueron el regalo que usted me hizo cuando alcancé el grado de capitán. Al abrirla con la llavecita que les entregué no encontré ningún documento, sino las armas. Aquello no cuadraba, y yo no me iba a equivocar en algo así. Supuse que le apretaría las tuercas al escribano y le obligaría a confesar cómo había llegado a su poder la llave. Y luego lo pondría todo en conocimiento de usted.

Mientras se encaminaban hacia la puerta, Abascal añadió:

—Lamento lo sucedido a tu tío, cuando apenas te habías repuesto de lo de tu padre.

—¿Cómo se ha enterado? —le preguntó Sebastián, con una mezcla de sorpresa e inquietud.

—Mis informadores están por todas partes, a pesar de que algunos se empeñen en ir por libre, e incluso orillarme con mensajes amenazadores.

—¿Cree usted que la muerte de Cañizares, la de mi padre y la de mi tío son obra de la misma mano?

Onofre parecía reacio a hablar allí.

—Ven conmigo en el coche —le pidió.

Dentro del vehículo, Abascal se tomó su tiempo antes de proseguir. Se le notaba muy preocupado:

—Sebastián, no sabes dónde te estás metiendo. Si te dejas implicar, ya nunca saldrás de esto. Tienes que dejarlo ahora, ahora mismo.

—¿Podría ser más explícito, señor?

—Alguien lo está embrollando todo a la medida de sus intereses.

—¿Montilla?

—No, por Dios. Alguien mucho más listo, capaz de enviar mensajes a varias bandas, aprovechando las conspiraciones de aquí y las que se ciernen sobre el Perú.

—¿Tan importante es lo que allí sucede que nos salpica a nosotros?

—La suerte de aquella colonia equivale a la de toda América del Sur. Y los Fonseca parecéis estar en el punto de mira.

—Soy el primer sorprendido.

—No te culpo. Tú no estás familiarizado con el espionaje. Para dedicarte a esto tienes que pensar una cosa y decir la contraria hora tras hora, día tras día. No es oficio fácil. Por un lado, hay un juego con unas supuestas reglas que se libra por encima de la mesa. Por debajo, hay otro bien distinto, a puñalada limpia. Pero, como los tahúres, sólo se ofrecen guiños y señales a quien uno quiere o debe avisar.

—Puedo entenderlo si me lo explica.

Onofre Abascal se revolvió en el asiento, incómodo. Debería añadir que un político sólo se manifiesta con medias palabras, que tanto podían querer decir algo como lo contrario, para cubrirse la retirada. Y sabía bien que Sebastián no iba a prestarse, sin más, al seguimiento de órdenes o instrucciones a ciegas. Sin embargo, cuanto menos supiera del caso, mejor para todos. Incluso para el propio ingeniero. De manera que siguió tanteando lo que le transmitía, para decirle:

—En aquellas tierras hay un gran descontento, con varios pretendientes que pleitean para ser reconocidos herederos del trono de los incas. Eso habrá removido papeles que hasta ahora sólo servían para criar polvo. Y luego están los ingleses... —e hizo una pausa muy intencionada para concluir—: Y los jesuitas.

—¿Qué tienen que ver ellos?

—Hace tiempo que mantenemos un estrecho espionaje en Inglaterra. Hemos detectado muchos movimientos sospechosos de naves. Fragatas que desde allí parten oficialmente para Guinea, pero luego son avistadas en Brasil o Patagonia, donde alegan que han sido desviadas por un temporal. Y están repletas de cajones con armas. Sabemos también que sesenta oficiales de su Armada aprenden español de labios de un tal Harris, que dice ser de Liverpool, y en realidad es un jesuita de Bilbao.

—Ignoraba que los ingleses apoyaran las rebeliones peruanas.

—Nosotros lo hicimos con sus trece colonias en Norteamérica, hasta que se independizaron de Gran Bretaña. Ahora quieren pagarnos con la misma moneda, ayudando a emanciparse a los territorios hispanos en el sur de aquel continente. Y la palanca más poderosa para lograrlo es el trono de los incas. Una legitimidad anterior a la Corona española.

—¿Piensa, entonces, que lo que está sucediendo aquí y ahora es obra de espías ingleses?

—Podrían estar detrás. O bien agentes españoles a su servicio... Por eso he de saber, con toda claridad, qué tenían que ver tu padre y tu tío con esa historia del tesoro de los incas.

Aquél era el punto en que había sido interrumpida la obra de teatro El nudo gordiano por el expeditivo sistema de ahorcar al protagonista y director. Sebastián se dio cuenta de inmediato de lo comprometido de aquella pregunta. Pocas personas tan bien informadas como Onofre. Éste tenía que conocer la participación de su padre en la redacción de la pieza. ¿Y la visita que le había hecho aquella mestiza, Umina? ¿Qué más sabía Abascal de los Fonseca, sobre todo después de la aparición de Álvaro en su escondrijo?

—Ojalá pudiera contestarle —se escabulló.

—Tú sabrás lo que haces —le previno—. Porque después de los ingleses, en la línea de sospechosos vienen los jesuitas y sus partidarios. Toda la antigua maraña de la Compañía que era de Jesús, hasta que se la llevó el diablo, y que ahora es clandestina, para mayor complicación. No me digas que los Fonseca no tenéis nada que ver.

—Lo crea o no, hasta la muerte de mi padre yo desconocía la presencia en Madrid de mi tío Álvaro.

—Por Dios, Sebastián, eso no se lo cree nadie.

—Pues así es. ¿No le pasa a usted igual con quienes están actuando a sus espaldas, como los de ese lugar del que acaba de sacarme?

—No es lo mismo. Dentro del gobierno hay distintas facciones. Tenemos adversarios que no verían con malos ojos que fracasásemos, para hacerse ellos con el poder. Y otro tanto sucede con estos asuntos de ultramar. Nosotros preferimos a los criollos e indígenas menos extremistas, haciéndoles concesiones para evitar males mayores, aislando a quienes buscan independizarse de España.

—¿Y por eso el apoyo a esa mestiza?

—Es mejor que esté con nosotros que con nuestros enemigos.

—Lo entiendo. Pero ¿qué tiene que ver todo eso con la muerte de mi padre, de mi tío y de Cañizares?

—¿Acaso no estaban claros los indicios en esa comedia? Y quien usa esos nudos en los asesinatos lo hace para avisar a una serie de gentes que se mantenga al margen, sin estorbar sus intrigas. A Cañizares, para acallarlo y dar a otros un aviso público. Entre ellos, a mí mismo.

—¿A usted?

—Sí. A mí. ¿A quién te crees que amenazan con esta hoja?

Y le mostró el pronóstico que habían dejado sobre el cuerpo de su tío: «Un magistrado que con sus astucias ascendió a lo alto del valimiento se estrella desvanecido en desprecio de aquéllos que lo insababan... Un ministro es depuesto por no haber imitado en la justicia el significado del enigma. Ciertos genios turbulentos trastornan una corte, pero algunos son condenados a muerte».

—Es el horóscopo del almanaque en el que Torres Villarroel anunciaba el motín de Esquilache, que se achacó a una conspiración de los jesuitas.

Y como viera que Fonseca no parecía entenderle, prosiguió:

—¿Sabes lo que es el procedimiento de nudo hecho? —Ante la negativa del ingeniero, continuó —: Es la instrucción previa de diligencias dirigidas a la comprobación de un hecho punible cometido por un funcionario.

—Las leyes no son mi fuerte.

—En plata, sirve para proteger a un funcionario público, presumiendo la inocencia hasta que se prueben sus corruptelas. Obliga a atenerse a los hechos desnudos, al «nudo hecho». Me están amenazando.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque aquél que ahorcó a Cañizares ató al nudo un saquito con habas y otro con cal: «habas» y «cal» equivale a Abascal, mi apellido.

Sebastián recordó, en efecto, el color livido de Onofre en el teatro, y los sudores fríos que le entraron al ver los dos saquitos.

—Está utilizando una técnica jesuítica —dijo Sebastián intentando hacerse cargo de la mente del asesino—. Es la composición de lugar para fijar los mensajes mediante unas imágenes y escenas que impresionen y ayuden a grabarlo. ¿No será el asesino un jesuita?

—Quizá un renegado. Ya lo había pensado. Pero también puede ser alguien que los conoce bien y anda tras su rastro. O trata de colgarles el muerto.

—¿Alguien que anda tras el rastro de los jesuitas en general?

—De un grupo de jesuitas, en particular —replicó Onofre—. Entre los que parecía contarse tu tío. Y que conocen algo que les relacionaba con Perú y el tesoro de los incas.

«Eso explicaría muchas cosas», pensó Sebastián. Como el saquito de sal sobre el cadáver de su padre, ese «Sal, jesuita» que enseguida había entendido Álvaro. Recordó el mensaje de Juan de Fonseca a Cañizares, previniéndole contra aquella mestiza, Umina. Difícilmente podría haber cometido ella sola aquellos asesinatos, aunque pareciera una mujer de armas tomar. Pero si ayudada por su gigantesco guardaespaldas indio. ¿Y qué buscaba el asesino, ella o cualquiera que fuese? Tras su detención e interrogatorio, habían pocas dudas: la Crónica de Diego de Acuña, aquel documento que alguien trajo a España en 1573 en el Buque Negro. Y donde, al parecer, se contenía el paradero del tesoro de los incas. Siempre que se supiera leer.

Habían llegado al edificio donde se hallaba el despacho de Onofre. Al entrar, éste dio instrucciones a su ayudante para que le remitiera unos papeles. Se llegaron luego hasta la habitación donde trabajaba y le pidió que se sentase, parapetándose frente a él tras la ordenadísima mesa.

—¿Y ahora? —preguntó el ingeniero.

—Estás en una situación muy delicada. Cuando aún no había conseguido yo echar tierra sobre tu duelo con Montilla, apareces implicado en la muerte de un familiar que era jesuita y estaba clandestinamente en Madrid, escondido en vuestras propiedades. Alguien ha tenido buen cuidado de vincularlo con las otras dos muertes y uno de los asuntos que más preocupa a la Corona: las conspiraciones en Perú.

—Yo no tengo nada que ver, soy una de las víctimas.

—No estoy hablando de lo que yo sé o de lo que yo creo, sino del testimonio que contra ti han levantado los alguaciles, debidamente instigados por alguien que tiene mano y quiere, de paso, perjudicarme a mí. Gente muy influyente en la corte. El apellido Fonseca tampoco te va a ayudar a salir con bien, eres un blanco muy vulnerable. He tenido que negociar duramente antes de poder rescatarte.

Sebastián se lo esperaba. Ahora venía la segunda parte. Miró a Onofre, esperando la andanada. Y éste no se anduvo con rodeos:

—Otras personas importantes tenían planes muy distintos contra ti. Yo he comprometido mi cargo para ayudarte, y seré el primero en pagarlo si sale mal. En tal caso, además, quedarías abandonado a tu suerte... He logrado librarte de lo peor, con la condición de que abandones la Península.

—¿El destierro? —saltó Fonseca.

—No, no es eso. No habrá ninguna constancia de oficio. Yo me limitaré a escribirte una carta de recomendación, amistosa, para que la puedas usar llegado el caso.

—¿A dónde ha pensado usted enviarme?

—A las islas Canarias.

—¿Y por cuánto tiempo?

—Hasta que escampe.

—Ya —asumió Sebastián con amargura—. Eso quiere decir que me puedo ir despidiendo de volver a Madrid en muchos años.

Onofre trató de animarle:

—Vamos, vamos, no es para tanto.

Y abriendo el badulaque de su expediente, leyó:

—«Genealogía del solicitante, Sebastián de Fonseca, quien la expone bajo fe de juramento ante notario y en presencia de tres testigos, precisando respecto a sus abuelos y pares que todos han sido y son cristianos viejos, limpios de toda mala raza de moros, judíos ni conversos, antes bien tenidos y reputados por hijosdalgos...».

Pasó adelante hasta llegar a su hoja de servicios, que examinó y leyó:

—«Sebastián de Fonseca. Circunstancias que concurren en este oficial: noble, salud robusta, soltero, talento despejado... Comisiones que ha desempeñado: Proyecto para el Canal Imperial y hacer el Ebro navegable desde Zaragoza hasta el mar Mediterráneo...».

—Ya lo ve usted —le interrumpió Sebastián—, lo mío son las obras hidráulicas... No sé si lo más adecuado para las Canarias.

—Algo saldrá... Están haciendo los levantamientos topográficos de Tenerife. Podrías ayudar. —Aquí inició una nueva inflexión en su voz para decir, con gravedad—. Pero tendrás que llevar dinero y mantenerte con tus propios recursos. Deberás recaudarlo de inmediato, en tus posesiones andaluzas, mientras vas de paso para embarcarte en Cádiz.

—Luego ¿ya es en firme?

Onofre asintió mientras iba pasando las hojas de un grueso expediente que tenía encima de la mesa y consultaba un globo terrestre.

—Por tu propio bien tengo intención de comprometerme a que dejes la Península en el primer barco que zarpe. Veamos lo que hay... Se está preparando una expedición a las islas de Santo Tomé, Fernando Poo y Annobon, para instalarse en el comercio de esclavos negros. Pasará por las Canarias, y el comisario de matrícula podría buscarte una plaza.

Onofre rellenó la orden que ya tenía prevenida y se la entregó.

—Deberás dirigirte a Cádiz y ponerte a disposición del comandante general del departamento. Ten cuidado con esa ciudad. Es un hervidero de espías.

—¿Y Montilla? —preguntó Sebastián, para conocer el rasero con el que se le medía.

—Montilla no se ha estado quieto desde el duelo y se ha adelantado a cualquier amonestación, ofreciéndose a pasar a Perú con una expedición científica que él mismo reclutará y pagará de su bolsillo.

—Muy listo, el bribón. Sabe que la Corona no tiene un duro y que no le rechazarán una oferta así. De ese modo se autodestierra con destino al lugar que le interesa, tomando la iniciativa. Pero él tampoco nada en la abundancia. Alguien lo financia.

—Desde luego. Y ese alguien tendrá a mano un grupo de hombres bien pertrechado que se moverá en el Perú con total libertad en un momento en que se han restringido severamente los salvoconductos para entrar en aquel país.

Sebastián se enfureció al observar el cinismo de Onofre.

—¿Sabe usted tan bien como yo a qué se van a dedicar! Buscarán el tesoro de los incas.

—Muy bien —reconoció Abascal—. ¿Crees que se puede rechazar un ofrecimiento así?

Calló Fonseca. En su fuero interno se preguntaba de qué lado estaba Onofre, aparte de defender sus propios intereses, como de costumbre. La amistad de sus familias siempre le había parecido más

de su madre con Frasquita que de su padre con Abascal, con quien nunca simpatizó. A ningún marido celoso le amargaba el dulce de librarse del cortejo de su mujer, un chichisbeo que iba por ahí batiéndose por ella y vástago de una familia mal vista en la corte. No era lo mejor para sus ambiciones políticas que el ingeniero anduviese metido en líos, poniéndolo en evidencia. Como mínimo, le alegraría tenerlo lejos por una buena temporada. O quizá para siempre.

Además, ¿qué relación tenía Onofre con Umina? ¿No sería ella quien financiaba a Montilla, para que la apoyase a su vez, cuando estuviera en el Perú?

—¿Y esa mestiza del teatro? ¿Dónde anda? —preguntó Sebastián.

—Nada puedo decirte.

—Bien habrá usted de saberlo.

—Nada puedo decirte por razones de seguridad —insistió Onofre con frialdad.

—¿Y mi seguridad? Acabo de librarme de una encerrona. ¿Y si fuera ella quien estuviese detrás de todo esto?

—¡Basta! No olvides que he sido yo quien te ha librado de esa encerrona. Ya es hora de que abandones especulaciones inútiles y pienses en los demás y en las razones del Estado al que sirves.

Guardaron un tenso silencio, roto por Onofre al tocar la campanilla.

—Que lleven a su casa al señor de Fonseca —ordenó a su ayudante.

Mientras entraba en el coche, Sebastián se dio cuenta de que si no reaccionaba a tiempo, todo lo sucedido quedaría impune, como si nada hubiera pasado. Que a él lo desterrarían, que Montilla arruinaría el negocio de su familia, y no volverían a levantar cabeza. Se acordó de las palabras de su tío al referirse a los jesuitas expulsos: «Ningún desterrado es el mismo cuando vuelve a casa».

## Tejiendo el Manto del Mundo

En circunstancias normales, habría pasado a ver a Frasquita sin hacerse anunciar. Pero después de su agria conversación con Onofre Abascal prefirió guardar las formas. Mientras regresaba la doncella, observó que la casa estaba en obras. Había yeseros enrasando los techos y repasando los frisos. Se doraban los corredores principales y cambiaban las indianas de las paredes para sustituirlas por papeles pintados más a la moda. Desembalaban nuevos muebles: mesas, taburetes, canapés. Y en un ventrudo aparador lucía una vajilla de porcelana a la chinesca, adquirida en la fábrica que el conde de Aranda había abierto en Alcora.

Vio salir a un peluquero francés de los más caros, quien se despidió de la doncella encareciéndole los cuidados que debía observar con el peinado a la celosa que acababa de hacerle a su ama. Uno de aquellos tocados artísticos que indicaban el estado de ánimo de su portadora, y en el que se había aplicado durante tres horas y media. La muchacha cerró la puerta tras él y condujo a Sebastián a presencia de su señora.

Frasquita se hallaba en su estancia más íntima, desconocida hasta para su joven cortejo. Una habitación un tanto anticuada, que le servía de costurero, y donde ahora se había refugiado mientras duraban las obras. Era un estrado a la vieja usanza, uno de aquellos gineceos donde las mujeres de la casa entretejían sus confidencias en tiempos de Maricastaña. Ella lo había adaptado a sus necesidades, y ahora se sentaba en un escabel a la morisca, haciendo encaje de bolillos. A su lado, sobre un cojín de terciopelo con galón dorado, descansaba el perro faldero regalado por Sebastián.

—Iba a merendar. ¿Quieres una jícara de chocolate? —le ofreció ella, solícita. Y ante la negativa del joven, prosiguió—: ¿Un bizcocho? —señaló la bandeja que reposaba sobre una mesita baja de taracea.

—Prefiero un café de moca.

Frasquita hizo una señal a la doncella, que regresó poco después con melindres, compota surtida, horchata y garrapiñada. El jubón y el corpiño con que iba ataviada la muchacha realizaban la gracilidad de su talle y escote. A la señora de la casa no le pasó desapercibida la coquetería de la azafata, ni el agrado con que la miraba Sebastián mientras ella depositaba la taza de café en la sotacopa.

«Son de la misma edad», pensó con un deje de tristeza mientras tendía a su cortejo un gran vaso de agua con un cuadrado de esponjoso azúcar rosado.

Detrás del ingeniero, colgadas en la pared, un par de siluetas los mostraba a ambos frente a frente. Se las había hecho un silueteador ambulante apodado el Rey de la Tijera, que las trabajaba en el Retiro cuando aún eran novedad. Allí estaba el inconfundible y rotundo perfil de Sebastián, y ella misma, en los inicios de su cortejo.

—Siento que lo del duelo con el marqués de Montilla haya terminado sabiéndose por ahí... —tanteó el joven.

—Estas cosas son como las ollas: cuanto más las tapas, más hierven —dijo Frasquita, tratando de restarle importancia—. Olvídate de todo eso y cuéntame cuándo te vas, y cómo queda el palacio. ¿Necesitas algo?

—Estoy intentando poner la casa en orden, pero me gustaría que ayudaras a Moncho, el

mayordomo. No me fio del administrador.

—Tu madre decía que ese hombre es como los médicos peseteros que entretienen la llaga para poder comer. Administrador que administra, y enfermo que se enjuaga, algo traga...

—Y mi padre ya sabes el desastre que era para llevar las cuentas...

Dejó Frasquita la almohada de los encajes de bolillo y le pidió que la ayudara a devanar una madeja de lana.

—A tu difunto padre se le vinieron encima de golpe todos los fracasos familiares. No se lo reproches. Muchos le volvieron la espalda por el ostracismo de vuestra familia, que sólo tu madre contrapesaba.

Ante el silencio de Sebastián, lo tomó de la mano, afectuosa, tratando de animarlo:

—Me consta que sabes cuidar de ti mismo, pero no sé hasta qué punto estás preparado para lo que te espera. Tú crees que sí, porque has tenido de joven desengaños de viejo. Yo no estoy tan segura. Y eso que lo aprendí todo con tu madre. Sobre la vida social, quiero decir. Ella te me encomendó para que yo hiciera lo mismo contigo. No como un hijo, sino como un hombre. Sabía que te faltaba malicia. Y me advirtió: «Es mejor que lo desbraves tú que alguna lagarta de ésas que andan sueltas por Madrid. Que sepa cómo se las gastan las mujeres». Yo he hecho lo que he podido. Al menos, conoces nuestras tramoyas. Que no son para tanto.

Fue a decir algo el joven. Pero Frasquita le indicó con un gesto que tuviera cuidado con la madeja que estaban devanando, y prosiguió:

—Tú conociste el salón de tu madre siendo muy niño, tocasteis juntos alguna vez. Daba mucha risa verte con aquel violín que era casi más grande que tú. No pudo resistir la tentación de presentarte a sus amistades, y ella misma te acompañó con el clavicordio inglés, que tanto le gustaba. Estuviste muy bien, hasta Boccherini te elogió. Quizá otros salones de Madrid le ganaran en pompa, pero su colección de partituras no la igualaba ni la duquesa de Osuna.

—He dejado la música. ¿Por qué me lo recuerdas?

—Porque debes saber que ése y otros esfuerzos que hacía tu madre eran para romper el ostracismo social de tu padre. Y le servía para financiar lo que verdaderamente le interesaba, sus labores humanitarias. Tu madre patrocinó una de las Escuelas Patrióticas donde se enseñaba a las mujeres a coser, bordar y tejer.

Y como leyerá en sus ojos que Sebastián seguía sin entender a dónde quería ir a parar, continuó:

—De ahí salían muchas jóvenes con una buena formación, y eso animó a tu madre a apoyar el Montepío de Hilazas, para ofrecer trabajo a las obreras después de esas enseñanzas. Una de aquellas discípulas resultó tan aplicada que hoy lleva un centro parecido que tu madre creó en sus tierras, cerca de los astilleros de Cádiz. Se llama Lucía. Una moza muy despierta. Y honrada a carta cabal. Deberías ir a verla.

—Tendré que hacerlo. He de cobrar las rentas pendientes antes de marchar al destierro.

—No sólo por eso, sino también para que veas en qué andaba metida tu madre. Esas sociedades filantrópicas que patrocinaba fueron una de las acusaciones de los Montilla para que no se les asignaran encargos por parte de la Armada. Y para que se retiraran los títulos de nobleza a los Fonseca o eliminar de la fachada de vuestro palacio el escudo, con ese nudo que a ella tanto le inquietaba.

—¿Me estás diciendo que mi madre pertenecía a alguna sociedad secreta?

—Ésas fueron las insinuaciones que se levantaron contra ella. La masonería femenina trabaja con tejidos, del mismo modo que la masculina lo hace con la arquitectura. Pero no era eso. Fue el único modo que encontró para meterse en el negocio de las sogas. Y las acusaciones de andar en manejos turbios hicieron que quitara de la vista ese nudo del escudo.

—¿Por qué?

—Temía que fuera una señal para alguien o un pretexto para muchos. Y, por la misma razón, también se quitó del medio este cuadro, que tanto apreciaba. Me lo traspasó a mí, y me encargó que volviera a tus manos cuando te casaras. Iba a ser su regalo de bodas.

Señaló Frasquita un lienzo que colgaba en la pared, tras ella.

—No lo veo bien, hay poca luz.

—Arrima ese candelabro y aviva las mechas —le pidió, señalando un hachón de cera de cuatro pabilos—. Toma, no te quemes los dedos —añadió tendiéndole una despabiladora de plata.

Sebastián tomó el candelabro y fue recorriendo el lienzo. La luz resbaló a lo largo de aquel elevado torreón que lo presidía, en el centro del cuadro. Era hermético y hexagonal como una colmena, aunque había sido despojado de su parte frontal para mostrar el interior. Y en lo más alto se hallaban encerradas unas mujeres uniformadas, afanándose sobre un bastidor común y continuo, pegado a la pared. Tejian con el hilo que brotaba de un atamor, aquel hornillo o destilatorio que un alquimista revolvía con su vara mientras leía en un libro.

En realidad, la torre no era del todo hermética, pues en seis de sus lados contaba con estrechas troneras a la altura de los telares. Y el tejido así urdido se descolgaba por las ranuras y desbordaba en cascadas hasta el suelo, donde se extendía en todas direcciones perdiéndose en el horizonte, vistiendo el mundo, proveyéndolo de tierras, bosques, montes y lagos, ciudades y mares... Todo ese tapiz brotaba de aquellas manos femeninas como un manantial, formando el manto terrestre.

El detalle de los rostros mostraba a unas doncellas que parecían trabajar en trance, sonámbulas. Excepto una que permanecía alerta. Y que no tejía con el hilo que segregaba el atamor custodiado por el maestro alquimista. Lo hacía con su propio pelo, como si a través de los cabellos vertiera sueños y anhelos. Siguiendo su mirada, se observaba el objeto de su atención. Debajo de la torre había un trovador, con el laúd terciado al hombro, respondiendo al alerta de la muchacha. El altísimo edificio le resultaba inaccesible, pero él se mantenía atento, esperando una señal de la joven. Ella había previsto un desgarrón en el manto terrestre, para que se escondiese su amor. Allí debía aguardarla, hasta que pudiera reunirse con él y huir juntos en un barco que los esperaba cerca de la costa. Era un buque negro, que tendía al viento sus velas y jarcias, impaciente. Como si aquella mujer se hubiera propuesto la tarea de poblar el espacio con provincias, montañas, bahías y naves a la medida de sus deseos, tejiendo un puente entre un pasado perdido en el olvido y un destino que sólo podía averiguar escribiéndolo en el telar.

—¡Qué extraño cuadro! —exclamó Sebastián—. Es como una iniciación. ¿Por qué te lo encomendó?

—Ya te lo he dicho. Por lo mismo que mandó retirar el escudo de los Fonseca, con ese nudo. Temía que diese pistas a alguien.

—Pero mi madre no era una mujer dada a especulaciones.

—No. Ése era tu padre. A ella le gustaba trabajar a pie de obra. Las mujeres tenemos un modo distinto de enfrentarnos a estas cosas.

—Y los nudos, ¿qué papel cumplen los nudos en la masonería femenina?

—Representan un agarradero con la tradición, para no extraviarse. Cuando se empieza un tejido, el primer nudo es para una tela como la piedra de la fundación para un edificio. Pero ya te digo que tu madre era una persona muy de tejas abajo, muy pragmática.

Sebastián estaba tan perplejo que no sabía cómo asimilar todo aquello. Bebieron ambos en silencio. Frasquita le habló con frases entrecortadas, cargadas de sobrentendidos. Y por todo lo que le fue diciendo, comprendió el difícil papel que trataban de cumplir aquellas mujeres que, como su madre años antes, se habían visto arrastradas al centro del escenario social por el empuje renovador del siglo. Cuando había empezado a abominarse de unos varones rehenes de las antiguas costumbres de celos y celosías, los estambres pardos, las calzas atacadas y la golilla almidonada.

Comprendió la fatiga de mantenerse en el orden antiguo, aquellos rancios galanes ventaneros, grandes tañedores de rejas, que paseaban la calle entre un brujulear de vidrios emplomados, con damas encerradas detrás como polillas. Y a las que luego, ya casadas, querrían ver rodilla en reclinatorio, royendo santos, forradas de escapularios y sepultadas en estameñas e hipocresías.

—Si de algo nos enorgullecíamos tu madre y yo era de haber arrastrado a los hombres a algunas tareas de las mujeres, de procurar felicidad en este valle de lágrimas, un poco de alegría en esta vida severa que nos imponen las costumbres y el honor de nuestros maridos. Tu madre decía que las mujeres tejen mientras los hombres tajan. Que nuestra cháchara va extendiendo una red que une el mundo y lo hace menos hosco. Ni los predicadores ni otros oficios públicos hablan de la felicidad. Y alguien tiene que poner un buen semblante y templar los ánimos cuando arrecian las borrascas. Todo eso lo aprendí de tu madre. ¿Crees que no me doy cuenta de las injusticias y los atropellos lo mismo que tú?

Calló de nuevo, aunque en sus ojos pudo leer Sebastián lo no dicho, y el fraude a que se habían visto sometidas por el matrimonio. Apenas empezaban a caminar por sí mismas cuando les pusieron un collar de hierro a fin de que mantuviesen la cabeza tan derecha por fuera como ociosa por dentro. Les pensaron la cintura con cotillas, aquellos corsés de ballenas para criar buen talle. Luego vinieron los lances y cortejos para el apareamiento. Galanteos, coplas bajo el balcón, desabroches de confianzas, requiebros de carroza a carroza en el paseo del Prado, puestas en la hilera de coches como mercancía en escaparate. Después, cuando hubieron sido entregadas a un hombre mediante dote y sacramento, verse reducidas a botín, convertidas en matronas virtuosas o parturientas. Acopladas al gusto del marido, tascando en soledad el recuerdo de una hermosura que se iba marchitando a medida que procreaban hasta gastar la pizarra.

Lo peor, con todo, no fue eso, que ya padecieron sus madres y abuelas. Peor fue el patético esfuerzo de ponerse al día. El desviarse por recibir en casa con decoro y organizar una tertulia. Aprender las más endemoniadas contradanzas, como la del caracol o el molinillo. Bailes pensados para lucir un cuerpo joven. Frasquita se había sentido en ese incómodo filo de quien ya no lo es, y sabe que nunca volverá a serlo, y que los mozos seguirían con sus escarceos, esquivándola ya, socialmente muerta, orillándola hacia esas cunetas de la invisibilidad, por muchos empellones que le

diera al abanico.

—Y en eso llegaste tú, Sebastián. A ti te debo una prórroga, mi segunda juventud. Tú has sido atento en extremo. Alguien, por fin, se ocupaba de mí...

A Frasquita tampoco le hacían mucha gracia los petimetres y currutacos a la moda, esos ridículos pisaverdes que apestaban a perfumes franceses, chisgarabises ociosos que sólo sabían componer la figura, vivarachear coliseos y revolverlo todo.

—Basta y sobra con un caballero atento que te alcance el estribo del coche —decía ella—, que te acompañe en las compras y tenga algún talento para decirte qué tal te queda una cinta o tocado, con esa paciencia que ningún marido tiene con su mujer, aunque la malgaste con una pelandusca. Y menos Onofre, demasiado atareado siempre.

Todo eso se acababa ahora. Volverían sus rutinas de reñir a las criadas, dar las órdenes del día, dictar al paje media docena de recados inútiles, jugar al parchís con las amigas... Le quedarían, si acaso, los conciertos sacros de la Cuaresma, el reparto de ropa usada a los pobres, las óperas o zarzuelas, algún honesto espectáculo de volatines o sombras chinescas...

Poco más: las cenizas y rescoldos de una juventud cada vez más lejana, evocada en los largos inviernos mientras se abandonaba a las modorras del brasero. Esa factura de tedio que la presencia a su lado del joven ingeniero había mantenido a raya, pero que ahora se desplomaba en toda su abrupta crueldad. El fraude del recogimiento, el consuelo del estrado, aquella tarima de corcho donde se le irían las horas entre agujas y encajes de bolillo, enhebrando sus vidas en los mundillos de los cojines, tejiendo descascarillados rumores.

—Estoy entrando en esa edad en que las mujeres nos volvemos invisibles, mientras que vosotros los hombres os ponéis interesantes.

Sebastián no podía evitar las lágrimas que Frasquita contenía a duras penas. Sólo sentía cariño y gratitud hacia ella, y lloraba ahora por la inocencia y pureza de su relación, y la indefensión en que ambos quedaban. Era como cortar un segundo cordón umbilical, una hermosa complicidad entre ambos que cercenaba todo un período de sus vidas. Aquel momento, después de sus estudios en los jesuitas y su formación de ingeniero, en que —tras su distanciamiento del ejército— ella le había enseñado a verlo todo de otra manera. A recuperar una fe en el género humano de la que no andaba por entonces muy sobrado. Cuando, tras el suicidio de María Ignacia en el escenario, delante de él, sus emociones se habían quedado atrapadas por aquella coraza que las secaba, impidiéndole manifestarlas. A su lado había vuelto a sentir las entrañas, pero ahora se veía abandonado a su suerte en plena convalecencia.

Frasquita no podía más. Le resultaba imposible seguir con aquella conversación ni un solo segundo. Y quiso despedirse:

—A tu madre le preocupaba lo impulsivo que podías llegar a ser si se te dejaba de la mano. Sé prudente, prométeme que lo serás.

—Te lo prometo. —Calló un momento, para reponerse, y quiso quitarle hierro a aquel adiós poniendo la mano sobre el cojín con el que Frasquita hacía encaje de bolillos—: Lo juro sobre esto. ¿Cómo se llama?

Frasquita se espantó un par de lágrimas furtivas con el dorso de la mano. Trató de sonreír

mientras deslizaba un desmayado susurro:

—Mundillo. Todo mi mundo, a partir de ahora.

---

## La Mesa Detective

Dejó a un lado la lezna de zapatero y cortó con las tijeras el resistente bramante enhebrado en ella. Repasó las juntas. A la legua se echaba de ver que era una chapuza. Pero cumpliría. Necesitaba llevar encima la Crónica en todo momento, como le había pedido su tío Álvaro. Y había confeccionado una bolsa de hule, un envoltorio impermeable para sujetarla en bandolera por dentro de la ropa, de modo que no estorbara sus movimientos.

En ésas andaba cuando advirtió que caía una hoja suelta del manuscrito encuadernado en piel. Al examinarla, reconoció de inmediato la diminuta y ordenada letra de su padre. Bajo el título *Genealogía de los Incas* trazaba en ella un resumen de los reyes que habían gobernado aquel imperio hasta la llegada de los españoles. Juan de Fonseca la había elaborado para no extraviarse en la lectura de la Crónica. Y Sebastián la guardó, con el propósito de usarla para ese mismo fin cuando tuviera un momento de respiro.

Probó entonces a sacudir el libro, por si entre sus páginas quedase algún otro apunte, además de las notas dejadas en los márgenes. Su tío le había hablado de unas hojas donde su hermano explicaba el funcionamiento de la mesa que presidía la habitación roja. Y fue así como vinieron a caer otros dos folios escritos por Juan de Fonseca con apretados caracteres. A pesar del desconcierto que le provocaron en un principio, terminaron interesándole vivamente. En su encabezamiento ponía QUIPU, la palabra que le había encomendado, escribiéndola con su propia sangre.

Y debajo había añadido: «TECHO (tecton) - TEXTIL-TEXTO: Clasificadores de la mesa detective».

Se quedó perplejo. En alguna ocasión había preguntado a su padre por el artefacto. Pero esquivaba responderle, con el pretexto de que aún era muy joven para entenderlo. En aquellas dos hojas parecía describirse el sistema operativo utilizado en su trabajo diario.

Decidió trasladarse hasta el gabinete.

Una vez allí, se sentó en la silla de Juan de Fonseca, tratando de ver el mueble tal y como él lo había hecho durante años.

Reparó en los tres bloques en que se distribuían los casilleros que lo remataban, al adaptarse a las tres paredes del rincón que, enfrente, cerraban la habitación.

Su padre había ido distribuyendo pequeños billetes de papel en aquellos clasificadores. Nunca entendió con qué criterio. Ahora, le bastó un somero examen para comprobar que las anotaciones contenidas en las fichas remitían a la Crónica de Diego de Acuña. Mediante ese sistema, el documento era desmontado en su disposición original para luego ser recompuesto dentro de una extensa red de relaciones cuidadosamente sistematizadas.

Sin duda era a aquello a lo que se refería Álvaro al asegurar que su hermano buscaba una lectura entre líneas para reconstruir aquel QUIPU que, según les constaba, se contenía en ella. Y lo hacía del mismo modo que un pintor utiliza el punto de fuga para establecer su perspectiva: un horizonte inalcanzable que, no obstante, orienta todos los esfuerzos y lineamientos, otorgándoles sentido.

Así, y según aquellas notas de su padre, los casilleros que remataban la mesa, adosados a la pared de la izquierda, respondían al término TECHO, al que había añadido entre paréntesis tecton, de donde procedía. Y en los clasificadores allí agrupados había ido distribuyendo todo lo relacionado con lo

tectónico, lo ceñido y sujeto al terreno: accidentes, montañas, fuentes o cuevas; pero también lo arquitectónico, habitáculos, construcciones, pueblos y ciudades. Techos.

El segundo bloque de casilleros, el que ocupaba la pared frontal, respondía al término TEXTIL, y contenía las fichas de palabras que aludían a los tejidos, cuerdas o nudos. Y, de modo muy especial, a los QUIPUS.

En el bloque de casilleros de la derecha, bajo la advocación de TEXTO, se agrupaban, en fin, las palabras vinculadas a la escritura.

Hasta allí, todo parecía responder a una lógica muy precisa. Incluso él, que no tenía ni de lejos la formación de su padre en latín y griego, alcanzaba a entenderlo. Para que no cupiesen dudas, lo explicaba en aquellos dos folios introductorios, a manera de protocolo para sus clasificaciones.

Juan de Fonseca partía de una sorprendente afirmación, a propósito de Diego de Acuña: «Cuenta el autor de esta Crónica que los naturales de las tierras del Perú piensan y hablan en quechua, que significa sogas o hilo. Por tanto, para ellos hablar equivale a tejer, entrelazar palabras. Y lo mismo tejen sus casas y techos que sus telas o sus cuentas y memoria, preservándolas mediante cuerdas y nudos, que llaman quipus. Sostiene Acuña que con ellos podían trazar mapas. Y desde las rebeliones de Vilcabamba ningún lugar parecía estar más en su mente que el llamado Ojo del Inca. Por eso construyeron para él un *mapa*-quipu, al que señalaron con un nudo desplegado en cuatro bucles, en las Cuatro Direcciones de aquel imperio, hasta adquirir la forma de una mariposa con las alas abiertas. Lo sorprendente del caso, que no alcanzo yo a explicar, es que ese mismo nudo se halla en el escudo de los Fonseca, y también en una de las tumbas de nuestras tierras de Cádiz. Y ambos datan al menos de hace dos siglos».

«¡Aquí está! —se dijo Sebastián—. Éste debe de ser ese QUIPU tan especial al que se refería mi padre al escribir la palabra con su propia sangre. También, lo que andaba buscando. Y la causa de su muerte».

A partir de esta anotación dejada en los dos folios de apretada letra, Juan de Fonseca resumía sus consultas a una serie de eruditos y corresponsales extranjeros con los que se carteaba. Y así había establecido esas tres categorías, TECHO (tecton) -TEXTIL-TEXTO, palabras que procedían de un ancestro común. De manera que no eran casuales los parecidos entre tejado y tejido, o textil y texto. Su padre lo explicaba a renglón seguido. Antes de cualquier otra cosa, los hombres hubieron de buscar un cobijo, simples cuevas, accidentes tectónicos. Luego, cuando el terreno no se lo brindaba y tuvieron que fabricarlo con sus propias manos, hubieron de convertirse en carpinteros, aprendices de arqui-tectos, trezando ramas o estructuras de madera. Pues las primeras paredes hubieron de ser vallas o esteras de caña o mimbre, para delimitar la propiedad y proteger contra el calor o el frío. Por eso, si se desea cubrir o encubrir algo se habla de pro-tejer o proteger, que es tanto como pro-techar, ponerle techo. Si se pretende desvelarlo, se hablará de *de-tectar*, que es tanto como des-techar, dejar algo sin techo, al descubierto. Y añadía que quizá en el futuro se llamase detectores o detectives o los que a tal se dedicasen, a *detectar*, destectar o descubrir. Y que esta mesa suya era, a su modo, una mesa detective, porque perseguía averiguar la Crónica más allá de su primera superficie de palabras, hasta dar con la estructura que escondía en su interior, manteniéndola sujeta.

Volvía luego su padre a la historia, evolución y especialización de las palabras. Sostenía que si la

misma trama utilizada para construir se aplicaba a otros usos, de modo más sutil y menudo, resultaba un textil, un tejido, una tela, que muchos pueblos seguían utilizando como cobijo, con tiendas de campaña. Del tejado se había pasado al tejido, que también servía para el suelo, en las alfombras, y para las paredes, en los tapices, con sus propios motivos y figuras. Y esta urdimbre o modo de sujetar las imágenes y figuras en el telar se reveló providencial para amarrarlas en la memoria de las gentes, en el tapiz de sus mentes.

Al ser estos textiles portátiles, aumentó la utilidad de las tramas para componer motivos, urdir símbolos, organizar los relatos que pasaban de boca en boca. Y de ese modo los tejidos también permitieron crear una red e impronta mental, una retícula con la que organizar el mundo exterior e interior a través del lenguaje, hasta erigirse en el más importante pautado de la conciencia humana.

Ponía como ejemplo los trazos o tramas que hacemos sobre el papel mientras asistimos distraídos a una conversación. Esos círculos, cuadrados y retículas parecen aflorar espontáneamente desde lo más profundo de nosotros, como el más remoto y arcaico de los alfabetos. Un lenguaje universal sepultado allí abajo. Las redes del pensamiento vagando vacías por zonas abisales, pescando embriones de conceptos.

Por eso, pensaba Juan de Fonseca, hablamos de la trama de un relato, para organizarlo en una urdimbre: el hilo de Penélope, el tapiz mágico de Sherezade... Tamar una historia sólo era una función especializada de nuestra capacidad textil. Del mismo modo que nos referimos al hilo de un discurso, o al nudo de una cuestión, o de una pieza de teatro, o al desenlace de una historia. Y si pensamos por tramas, si necesitamos organizar nuestras ideas por redes, ¿por qué no escribir con hilos y nudos? ¿Por qué no tejer los textos? ¿No es lo que hacemos cuando anudamos un pañuelo o un hilo alrededor de un dedo, para acordarnos algo? O al rezar el rosario: sólo son nudos en una cuerda, pero si se conoce lo que significan, también sirven para evocar una historia.

Algunos pueblos aplicaron todo eso a la escritura. Fue el paso del textil al texto. Pues bien, los incas no procedieron así: organizaron sus comunidades —su territorio, red de calzadas, lugares de la memoria, ritos, calendarios— a partir del tejido, sin el indeseable intermediario de la escritura. Se dice que ésta había sido prohibida por uno de sus emperadores a raíz de las catástrofes que se extendieron por el reino. Y, así, no recorrieron el mismo camino que otras culturas. Evitaron separar los tejidos de la tierra que les daba el ser. Quisieron mantener la unidad de los mismos trenzados y tramas que servían tanto para hacer construcciones o urdir tejidos como para preservar las historias a las que encomendaron su memoria como pueblo.

Terminaba su alegato Juan de Fonseca apelando a lo titánico de aquel empeño. En pocos lugares la Naturaleza se había mostrado tan indómita como en los Andes. En pocos lugares hubieron de luchar tanto los hombres para ponerla de su parte. Pero no la violentaron más de lo necesario. A partir de ahí, su padre trataba de rastrear esa lógica. Intentaba anudar todas estas relaciones para entender cómo lograron los incas mantener la memoria de su legado. Y poder, así, adentrarse en sus archivos, descifrar sus quipus...

«Ahora comprendo mejor su último mensaje, aquel QUIPU que escribió con su propia sangre», se dijo un abrumado Sebastián.

No se sentía capaz de colmar aquel abismo. Leer la Crónica con semejante perspectiva estaba al alcance de un formidable erudito como Juan de Fonseca, bien asistido de la ayuda de su hermano Álvaro, de otros corresponsales y del trabajo de muchos años. Pero él no era hombre de letras, y

aquello lo desbordaba por completo...

Sintió un carraspeo detrás de él. Se volvió, y allí estaba Moncho.

—El administrador, señor —le anunció el mayordomo.

—Hazle pasar a mi despacho. Iré enseguida.

## Tiempo de Aflicción

Cuando entró en su gabinete, se encontró con aquel hombrecillo inquieto como rabo de lagartija. Sebastián le pidió que se sentara, y el administrador revolvió en su cartapacio tratando de ordenar los papeles que traía consigo. Arrebujó, sacó, metió, y dijo al fin:

—No traigo buenas noticias, señor. En realidad, está usted en la ruina.

—¿Cómo que en la ruina? ¿Y este palacio?

—El palacio no bajará de los doscientos cincuenta mil reales. Pero se halla hipotecado con todos sus enseres. Nada se podrá tocar, fuera de los libros y algún otro objeto personal.

—¿Qué pasa con las tierras de mi padre?

—Hace tiempo que no rinden cuentas. Son trigales muy parcelados, secano de poco valor. Las viñas quizá lleguen a los cincuenta y cinco mil reales. Tienen lagar, bodega, casa con huerto. Y administrador propio, que disfruta de la casa a costa del cargo. Hace demasiado tiempo que no se le visita, aquello está un poco manga por hombro. Si fuese usted en persona, otro gallo nos cantara.

—¿Y las de mi madre?

—Esas tierras creo que están bien administradas, por esa muchacha que ella misma educó, Lucía. Seguro que allí podrá usted encontrar con qué subsistir durante su... —hizo un pausa, buscando otra palabra que no fuese «destierro»—... ausencia. Paco el Soguero le dará los detalles, pero creo que el negocio de jarcias y velas va viento en popa.

Todo esto lo había ido acompañando el administrador de abundantes papeles, comprobantes y otras contabilidades, hasta sepultarle en ellos. Paseó su mirada Sebastián por aquella montaña, deshecho en perplejidades.

—¿Dónde está el montante que podrá liquidarme usted?

—Aquí, señor —y señaló la cantidad de veinticinco mil reales.

—¿Eso es todo? —bramó—. ¿Para esto lo tenía mi padre de administrador?

Se levantó y paseó, tratando de calmarse. Ganas le daban de estrangularlo.

—Señor, ahí está justificado hasta el último ochavo.

Intentó entender Sebastián aquel galimatías. Pero ¿qué sabía él de cómo iba la arroba de cebada, el celemin de trigo, el quintal de lana? No tenía tiempo para despedir a aquel bellaco y contratar a otro que sería igualmente ladrón. Ya iba a dar por terminada la entrevista, cuando vio que el administrador no se movía de su asiento. Lo interrogó con la mirada, y su interlocutor añadió:

—Quedan las deudas, señor.

—¿Qué deudas?

—La servidumbre. No podemos mantener la que hay ahora, faltando vuestro padre, y con usted ausente. Sólo debería permanecer en la casa un pequeño retén. Creo que Moncho los ha reunido para que pueda dirigirles la palabra y, según lo que acuerde, despachar luego con ellos. Aquí traigo las cantidades que se les deben.

—Dígame el total y ahórreme los detalles.

—Son cerca de diez mil reales.

—¿Quiere decir que sólo quedarán en limpio quince mil reales? Tomó la lista que le tendía el

administrador y la examinó, consternado.

—Está bien, vamos allá.

La servidumbre se hallaba reunida en el salón. Todo eran caras largas. Se escuchaba algún sollozo ahogado. Moncho mandó guardar silencio cuando Sebastián hizo amago de hablar.

—Siento que todo lo sucedido os afecte también a vosotros. Ya conocéis la situación en la que queda mi hacienda. Sólo quiero deciros que nadie será despedido hasta que no encuentre otro trabajo...

Hubo un murmullo en el que se mezclaban las protestas de fidelidad, las palabras de agradecimiento y nuevos sollozos. El administrador aprovechó la confusión para decir al oído del joven:

—Señor, no va a ser posible cumplir esa promesa...

El ingeniero continuó, sin hacer caso de tal advertencia:

—Una amiga de la familia, la señora de Abascal, averiguará entre su casa y conocidos quiénes andan buscando servicio. Ella y Moncho se encargarán de asignarlo a los que permanezcan aquí. Ahora bien, a aquéllos que tengan otros planes yo los recibiré uno por uno en mi gabinete.

Pasó primero su vieja aya, que recordó con ojos aceitosos cómo le había tenido en sus brazos de niño y mil fatigas más. La apreciaba Fonseca muy de veras, e hizo callar al administrador cuando pidió a la anciana que abreviara, por haber tantos esperando. Ella entonces alegó sentirse ya muy baldada para trabajar y le concedió el joven una buena cantidad.

Parecido fue el resto. Unos deseaban volver al pueblo, y le contaron sus planes para unos terrenos que habían comprado con sus ahorros. Otros eran más jóvenes, y en sus perspectivas entraba cambiar de ciudad y de aires... No tuvo corazón para negarles lo que le pedían.

Cuando se hubieron quedado solos, el administrador estaba desesperado:

—Señor, no le han quedado ni siquiera tres mil reales. Apenas tendrá para el viaje hasta sus tierras de Cádiz. Y quiera Dios que allí no le suceda como a su padre, que en gloria esté. Cada vez que la madre de usted lo veía marchar a Andalucía para recaudar rentas me decía: «Temo que, en vez de volver con la bolsa llena, a su regreso seremos varios miles de reales más pobres».

De aquel modo, Sebastián, que había convocado a su administrador para ir por lana, comprobó con estupor cómo salía trasquilado. Tras despedirse de él, quiso echar un último vistazo a los papeles, y le llamó la atención un certificado militar. Lo firmaba el sargento mayor del regimiento de caballería de Borbón y Montesa. En él se daba cuenta de la entrega de cincuenta caballos, que Juan de Fonseca aportaba a la milicia. No se trataba de ganado de tiente y desecho, sino de potros de remonta bien seleccionados, con todo el equipamiento para los jinetes. Su coste lo dejó atónito.

—¡Cien mil reales de vellón! ¡Una fortuna! —exclamó.

El resto del documento no tenía desperdicio. Aquel desembolso hubo de mermar las ya magras finanzas de su padre. Sin embargo, éste no había dudado en acometerlo, en un patético esfuerzo para que mejorase la posición de su hijo en el ejército.

«¡Pobre padre mío! —pensó, conteniendo las lágrimas a duras penas—. Gastó lo poco que le quedaba para allanarme el camino y remover los obstáculos que se oponían a mi ascenso a capitán».

Había más. Un dispendio considerable afectaba a su hermano Álvaro de Fonseca, a quien no sólo hubo de atender Juan día a día durante años, encerrado en aquel sombrío caserón. También había sacado al jesuita de un crucial apuro durante su estancia en Lima.

«¿Qué le pasó a mi tío en el Perú?», se preguntó.

Otros papeles daban buena cuenta de las dificultades para lograr las probanzas de nobleza que habían vuelto a pedirle a Sebastián a raíz del ascenso. Tampoco le habían salido gratis a su padre. De allí se deducían las gratificaciones para los informantes de aquellas pesquisas. Éstos habían viajado por sus tierras de Cádiz hasta la casa solar de la familia, y también a otros lugares de España, rastreando su línea genealógica, reuniendo partidas de bautismo, casamiento y entierro, buscando testigos que dieran fe de la hidalguía y demás títulos que amparaban a los Fonseca. Y entre ellos un informe heráldico que hacía constar la extrañeza por el nudo gordiano que ostentaban sus blasones y que no se correspondía con aquel apellido.

«¿Qué problemas parece siempre haber con los Fonseca?», se lamentó mientras salía al patio para despejarse.

Porque nada de eso sucedía con el linaje materno. Y vinieron a su memoria las palabras de su tío Álvaro, quien ya se había encontrado con los mismos obstáculos al hacerlo ingresar en el Seminario de Nobles y tener que acreditar su rango aristocrático.

Examinó el viejo escudo de piedra berroqueña arrumbado contra una esquina del patio, acariciando con los dedos el nudo que lo ornaba, preguntándose qué conjuro escondía para haber desatado tantos conflictos al cabo de tantos años.

Dedicó el resto de la jornada a despedirse del que debería haber sido su hogar, aunque de hecho sólo lo fuera durante la infancia. Pues, una vez crecido, sus estudios y carrera de ingeniero militar lo habían llevado de aquí para allá.

Donde las alfombras no cubrían el suelo brotaba de las duelas de castaño aquel delicado olor a especias. Al aspirarlo, le resultaba imposible no acordarse de su madre, que había instaurado la costumbre de frotar las tarimas con naranjas agrias traídas de sus tierras andaluzas, maceradas con clavo y laurel.

En el gran salón de música destacaba el clavecín que ella había tañido, y su retrato en la pared. Se la veía junto al propio Sebastián de niño, con un gracioso casacón de terciopelo. Era la imagen de un niño feliz, los ojos brillantes y confiados, los labios sensibles.

Aquella evocación lo apremió para volver a las urgencias del presente. Cuando hubo revisado su equipaje, se acostó temprano, aunque tardó en dormirse, en aquel examen diario aprendido en los jesuitas, tratando de ordenar lo sucedido. No siempre lo llevaba a buen puerto ese recorrido por el interior de sí mismo, el acarreo y aluvión de la memoria, con su desarreglado desfile de imágenes, donde no faltaba su buena ración de espantos.

Entendió entonces que estaba entrando en otra etapa de su vida, cuando ya hay que contar con el tiempo y averiguar un destino. La senda que se extendía delante quizá fuese menor que la dejada atrás. Muertos los padres, empezaba a sentir sobre sí todo el peso de los recuerdos; ahora éstos quedaban a su cargo. Entraba en el turno de sustentar su linaje, pasar al otro lado de la vertiente. Aquél en que, con suerte, le sería dado corregir algún error, tantear segundas oportunidades.

Reparó en la trampa que sobre él se cernía y le vino a las mientes la máxima ignaciana: «En tiempo de aflicción, no hacer mudanza». En las circunstancias presentes, parecía un sarcasmo. Pocos días antes llevaba una existencia tan apacible que todo apuntaba en derechura a una carrera sin

excesivos sobresaltos. Y, de pronto, un implacable mecanismo, un azar ciego y tortuoso, parecía haberse puesto en marcha contra los Fonseca.

Antes de embarcarse en Cádiz, tomando la nave que le llevaría a su destierro, tenía que atender dos necesidades: en primer lugar, recaudar dinero de sus tributarios; y, después, localizar el lugar donde estaba enterrada aquella mujer que dos siglos antes había venido en un buque desde el Perú, junto con su antepasado el jesuita Cristóbal de Fonseca.

## La Tumba Emplomada

El viaje de Sebastián y Paco transcurrió sin incidentes, gracias a la protección brindada por la columna militar a la que se unieron. Tuvo, si acaso, el inconveniente de no poder leer la Crónica, como hubiera deseado. Sucedió que el oficial al mando de la compañía, al conocer su rango, se empeñó en invitarle cada noche a su tienda para cenar, beber y hacer tertulia. Y habría sido descortés negarse.

Las primeras posesiones de los Fonseca se encontraban en las tierras gaditanas de frontera. El pueblo en el que entraron había conocido tiempos mejores. Ahora, desmoronado en sus antiguas murallas, tanteaba el terreno desparramándose en un caserío encalado, con un minúsculo convento de clarisas y un calvario retrepado por un cerro de nombre Borreguero, hasta alcanzar la ermita allí alzada.

—¿Crees que se podrá sacar algo en limpio? —preguntó a Paco mientras enfilaban la única calle digna de tal nombre.

—Han sido advertidos de su visita. Pero ya sabe el señor cómo se las gastan estas gentes. Ellos ponen cara de agonía a todo lo que sea tributar.

Tan pronto sobrepasaron las primeras hileras de casas corrió a rodearlos multitud de muchachos pelones. Todo lo que mamaron parecían gastarlo en mocos.

Echó a repicar la campana del convento mientras los recién llegados afrontaban la casa de apeo, donde se habían concentrado sus tributarios para darles la bienvenida. Al frente de ellos estaba el administrador, a quien se había enviado la noticia, con el recado especial de hacer arqueos y rendir cuentas.

Pasaron todos a cumplimentarle y darle el pésame por la muerte de su padre y de su tío. Pero no desaprovecharon para ir dejando resmas de memoriales escritos. Paco el Soguero no salía de su asombro. Y como preguntara Fonseca al administrador qué papeles eran aquéllos, le explicó el aludido:

—Aquí todos se hallan en alguna necesidad.

—Pero ¿cómo? —estalló Sebastián—. ¿Es que no os han comunicado la situación en la que queda la casa tras la muerte de mi padre y mi destierro?

—Ha sido grande la sequía, señor. Además, hemos tenido que cerrar las viñas con una tapia, para que el ganado de los vecinos no se extraviara dentro. Luego, no ha sido buen año para el cereal...

—¿Y la serranía? —le interrumpió Paco, que ya empezaba a verlo venir.

—La serranía no le hace comparación. Hay poca tierra, es áspera y fragosa. Los montes son suelos flojos...

Paco no pudo contenerse y se enfrentó a él de modo muy violento. Fonseca lo refrenó, y se dijo para sí mismo que nada de aquello habría pasado si él no hubiera faltado de allí durante tanto tiempo. Y la simple inspección de los campos le había bastado para comprobar que la sequía no era ningún pretexto, sino una cruda realidad.

Entró en eso un muchacho para advertirles de que lo esperaban en el convento las monjas de Santa Clara, que tanto habían repicado. Anunciaban así la misa, oficiada por el alma de sus difuntos

padre y tío.

Fueron allá. La capilla mayor era más que decente, y durante la ceremonia se dejó oír sin excesivo tormento un bajón y un violín que gobernaban el canto de las religiosas, junto a otro coro de niños escolanos, que echó fuera el oficio de difuntos como quien echa los bofes. Tras la misa, aprovechó Sebastián para departir con la madre superiora y examinar las tumbas, sin encontrar otras que las de la propia comunidad y una tía abuela cuya fallecida cincuenta años antes de unas tercianas fulminantes mientras veraneaba en el lugar. Pero ésa no era la que andaba buscando.

Pasaron luego al refectorio del convento. Allí sacaron bizcochos, mistela y su pliego de peticiones, demandándole hartos dineros para retejar. Con ellas venía, en calidad de redactor del pliego, el licenciado Castaño, «presbítero y maestro de escuela», como se presentó a sí mismo, para designar su doble función de misacantano en las clarisas y encargado de la enseñanza en el pueblo. Era aquel cura tan viejo que otro en su lugar se habría caído a pedazos, desencuadrándose por el camino. Pero no él, a quien todavía se le veía ágil, tieso y colorado.

—¿Cuántos años tiene usía? —preguntó Sebastián.

—Voy a cumplir los setenta. Y aún me siento con fuerzas para echarme al monte en una burra albardada que tengo, con mi chupa, sombrero redondo, escopeta y lebre, para dar cuenta de la caza que se levante.

«¡Qué brava gente la de estos predios!», pensó Sebastián.

También a él le preguntó por la tumba, procurando no dar más datos de los necesarios. Pero el cura no recordaba que hubiese ninguna con esas señas en la ermita que remataba el cerro Borreguero, ni en ningún otro lugar de su jurisdicción.

Trajeron aviso de la casa de apeo, donde lo esperaban a comer.

—¿Es buena cocinera el ama? —preguntó al ver que por vez primera iba a sacar algo en limpio de allí.

—Lo es, señor. Y aún lo sería más si hubiera qué echar a la olla.

Como había leído en un viejo novelón, comieron todos y no comió ninguno. Pues habían matado un carnero tan abollado en años y zozobras, que más parecía resumen de camello.

Se despidieron sin otra cosa de sustancia. Y a medida que iban dejando atrás las lindes de sus primeras posesiones, Paco le advirtió que pasarían junto a las de su vecino, el marqués de Montilla, a través de algunas sendas comunales de servidumbre.

Incluso sin las explicaciones del capataz, las diferencias con aquella digna escasez que dejaban atrás saltaban a la vista. Ahora, familias enteras pedían limosna al borde del camino. El soguero insistía a Sebastián para que no se detuviese, por no ser gentes a su cargo, y evitar conflictos.

—¿Cómo es que se hallan reducidos a ese estado? —preguntó.

—Por las levas —le respondió Paco.

—¿Y tenemos que pasar por aquí necesariamente?

—No hay otro remedio si el señor debe hablar con Hermógenes. —Y al darse cuenta de que su amo no reconocía aquel nombre, añadió—: Así es como se llama el marinero por quien me ha preguntado, aquél a quien encomendé la carta que me confió su padre hace años, para un barco que iba a Perú.

En efecto, había insistido al soguero para localizar al hombre que, según su tío Álvaro, llevó a Lima en 1767 el aviso de la expulsión de los jesuitas. Aquella carta iba dirigida al archivero Gil de

Ondegardo, en cuyo poder obraban los papeles del Buque Negro. Y él mismo guardaba ahora, dentro de la Crónica, la que su tío le había confiado antes de morir, para idéntico destinatario, aunque en la dirección figurase el nombre de su madre, María de Ondegardo.

—Hermógenes es el mejor carpintero de ribera de estos contornos —le explicó Paco—. Y vive en esa casa.

Señalaba una tan humilde que más debía ser llamada choza.

Quando se aproximaban, les salieron al encuentro una mujer y sus cinco hijos, de los que el menor no alcanzaría los seis años. Rompió ella a llorar al reconocer a Paco, y al preguntarle éste la causa le contestó que Hermógenes había sido movilizado de nuevo, tras regresar de un largo viaje en barco, y no sabía dónde estaba confinado.

El soguero hizo un aparte con Sebastián.

—Señor, esta mujer y sus hijos quedan sin ningún sustento, en el mayor desamparo.

—¿Qué podemos hacer nosotros?

—Quizá ofrecerles algún acomodo en sus tierras, en el pueblo donde acabamos de comer.

—De acuerdo, así se lo diré —convino el ingeniero.

—No, por Dios, no lo haga usted, ni se identifique —le rogó Paco—. Se sabría de inmediato, llegaría a oídos del marqués de Montilla que un Fonseca se ha entrometido en sus tierras. Todo serían problemas. Déjeme que sea yo quien se lo diga, si no tiene el señor inconveniente.

—Dale también esto —añadió Sebastián tendiéndole con disimulo un doblón de a ocho, de los últimos que le quedaban.

Regresaron al camino de servidumbre y prosiguieron su andadura. A través de lo que iban viendo pudo comprobar Sebastián que en aquellas propiedades los arrendatarios y jornaleros eran tratados de muy distinto modo al que había observado en las posesiones de los Fonseca. En éstas se cumplían de modo estricto las leyes.

Por el contrario, los Montilla, fiados sin duda de sus influencias en la corte, que les permitían levantar pleito tras pleito, se habían resistido a aplicar a sus braceros aquellos beneficios. Y muchos se trasladaban a las tierras de los Fonseca. Algo que el marqués consideraba desleal. Paco le explicó uno de los métodos de aquel bellaco para quitarse de en medio a quienes se le oponían o estorbaban: reclutar a los cabecillas para las milicias. No había dudado en enviarlos a otros lugares, incluso a América, contradiciendo las normas que prohibían movilizar a padres de familia muy cargados de hijos, por quedar éstos en abandono.

—Todo esto no ha hecho sino aumentar las viejas inquinas entre los Montilla y los Fonseca —concluyó el soguero.

Se enfureció Sebastián al considerar que la última sangría de aquellos campos la había llevado a cabo el marqués para su recluta de la expedición con destino a América.

Paco le pidió prudencia.

—La situación del señor ya es bastante delicada. Tampoco debe permanecer aquí. En cuanto se sepa que hemos prestado oídos a una familia, otras saldrán a buscarnos por los caminos. Y Montilla tendría una buena excusa para acusarlo de alborotar sus dominios. Me ha hablado usted de esa tumba que anda buscando. Creo que debería visitar el castillo. En su oratorio hay varios enterramientos.

—¿Alguna lápida tiene un nudo como el que viste el otro día? —le preguntó Sebastián.

—No lo recuerdo. Pero su padre sentía gran apego por esa capilla. Allí fue donde se casó con la

madre de usted. Y donde me ordenaba llevar los alijos que yo recogía en la bahía de Cádiz.

—¿Qué clase de alijos?

—Lo ignoro. Iban en cajas emplomadas que los barcos tiraban por la borda antes de pasar la aduana. Dejaban como señal una boya lastrada, yo salía con una barca, los recuperaba y luego los depositaba en el castillo. Don Juan me pidió que le guardara los emplomes para sellar una de las tumbas.

—Tenemos que visitarlo.

—Le prevengo, señor, que está muy abandonado. —Alguien quedará.

—Los guardeses, algún vecino. Es tierra peligrosa, por los bandoleros.

Al cabo de un polvoriento trecho avistaron lo poco que aún permanecía en pie del arrumbado castillo de los Fonseca. A través de un precario sendero subieron hasta el peñasco sobre el que se asentaba.

Cuando llamaron a la puerta tardaron en responder. Abrieron al fin, tras ver a Paco. Y tan pronto conocieron la identidad de Sebastián se deshicieron en explicaciones. El ingeniero trató de ir al grano. Todo inútil. Ellos continuaron con su cháchara mientras sostenían las riendas de las monturas y Paco conducía a Fonseca hasta la capilla.

Cuando los guardeses comprendieron a dónde se dirigían, entraron, por fin, en materia:

—Alguien con un recado de parte de su padre ha visitado el oratorio.

—¿Qué aspecto tenía? —preguntó Sebastián tratando de refrenar su contrariedad.

La descripción fue premiosa y de escasa utilidad. Apenas le habían podido ver el rostro, llevaba un pañuelo para protegerse del polvo. Pero bastó con el capote. Era la guardesa quien había reparado en aquel inconfundible cabriolé verde que Sebastián tuvo entre sus manos en el callejón del palacio de los Fonseca mientras el presunto asesino de su padre escapaba por la ventana. Se le había adelantado de nuevo.

Al entrar en la capilla vio varias tumbas en las paredes. Las recorrió desde la entrada hasta la cabecera de la iglesia. Ninguna de ellas se correspondía con la que andaba buscando. Fue al volver sobre sus pasos por el crucero cuando se percató de una losa emplomada que yacía en el suelo. Habría pasado desapercibida de no estar marcada con el nudo de sangre, el mismo del escudo de los Fonseca. Se encontraba a los pies del altar donde se casaran sus padres. Y habían pocas dudas: acababan de husmear en ella, rompiendo el sellado hermético del plomo.

Paco le ayudó a descorrerla.

No se veía ataúd alguno. Ni ningún cuerpo.

—La tumba está vacía... Y, sin embargo, parece haber algo en el fondo... Ve a por un candil.

El capataz se lo trajo, inclinándose para mejor iluminar la oquedad.

—Ésa es una de las cajas que traje desde la bahía —le informó. Se introdujo en la tumba. Y al abrir el cofre le sorprendió su contenido.

—¡Libros! Son libros.

Tomó el primero que halló a mano. Se trataba de uno de los volúmenes de la Enciclopedia Francesa, el octavo. Al hojearlo pudo leer: «Aunque llegue a estallar una revolución germinada en algún rincón remoto de la Tierra, o incluso incubada en el centro mismo de los países civilizados, provocando la desaparición de las ciudades y la dispersión de los pueblos y sumiendo todo en la ignorancia y las tinieblas, nada se habrá perdido si se conserva un solo ejemplar de esta obra».

Grandilocuentes palabras que debían de haber servido a su padre de inspiración. Porque junto al tomo octavo pudo ver que se conservaban los restantes. Juan de Fonseca había enterrado todo un juego de la enciclopedia en su castillo, impresionado por tan monumental labor. Y, según todos los indicios, se había casado con su madre con los pies asentados sobre él, quizá pensando ya en su descendencia.

Le conmovió tanta ingenuidad, tanta fe en el progreso, la razón y el futuro que habían soñado para su único hijo. Una fe que se correspondía con aquella juventud de ambos, en que habían unido sus vidas por encima de la oposición de sus respectivas familias. La de su padre, por ser los Fonseca demasiado linajudos para admitir en su seno a unos advenedizos, por muy ricos que fuesen. Y la de su madre, por estar los Fonseca demasiado significados políticamente para ser un buen partido.

Pero esta conmoción le duró poco a Sebastián. Porque al revolver el resto de los volúmenes algo silbó como una flecha y fue a clavarse en su mano. Antes de que pudiera darse cuenta cabal, sintió un doloroso mordisco.

Paco reaccionó de inmediato. Sacó su navaja y de un solo tajo la partió en dos. Mientras remataba la faena aplicando con furia el tacón de su bota, le advirtió:

—Es una víbora. Alguien la ha metido aquí. Y está preñada, cuando el veneno es más fuerte.

Tras hacerle una cura de urgencia, limpiando la herida, el soguero supo de inmediato lo que debía hacer. Allí no podrían cuidar de él. Debía llevarlo sin tardanza al obrador del valle, que contaba con médico y botica. Sólo pedía que no tuvieran un mal tropiezo en el camino infestado de bandoleros.

---

## Lucía

Lucía, la encargada, no estaba en la casa, sino en el hospicio, y hasta allí fueron a buscarla. Era un edificio magnífico que su madre había transformado en refugio para los huérfanos de la comarca. Desde que se entraba por la puerta se ensanchaba el ánimo al ingresar en un claustro amplio y soleado, de airosos arcos, decorado con pinturas al fresco de despaciosa ejecución. Una escalera con dos derrames gobernaba los tránsitos hasta el corredor. Y los artesonados no le iban a la zaga, hasta el punto de preguntarse cualquier visitante cómo era posible que mientras en Madrid se apagaba la hacienda de los Fonseca aquí brillara en todo su esplendor, permitiendo hacerse una idea de lo que debía haber sido la familia en tiempos de mejor capacidad y gobierno.

Todo el obrador era un alivio para el cuerpo y el ánimo. Así lo comprobó Sebastián cuando se hubo recuperado y pudo pasear por la vega. Entendió entonces el amor de su madre por aquellas tierras, bien surtidas de huertas y alamedas, un arroyo demorado en acequias, molino y dos norias, con su despeñadero.

Vinieron a hallar a la encargada junto a unas niñas, a las que mostraba el manejo del telar. No era mujer a la que pudiera calificarse de hermosa. Ni siquiera bonita. Pero tenía algo especial que brotaba de muy adentro. Cojeaba ligeramente y, a pesar de ello, se movía con un donaire natural. En su persona parecían aunarse, sin transición, un deje de melancolía —que asomaba en lo más sombrío y profundo de su mirada y en su sonrisa tarda— y un indomable talento para la organización. Esa energía de las personas, en apariencia frágiles que han debido sobreponerse a las adversidades a fuerza de voluntad.

También observó Sebastián el cambio que experimentaba Paco en su presencia, el abandono de una cierta hosquedad, trocada en timidez y delicadeza al dirigirse a aquella joven. Permanecía atento a sus menores movimientos como el más cumplido de los cortejos.

Quiso Lucía que vieran los talleres. Entraron primero en el de los paños. Dio unas palmadas en medio de la larga crujía de telares, para que sin abandonar sus trabajos fueran saludando al ingeniero, que tanto les favorecía con su visita. Alegaba el alma ver aquellas dos filas de chicos y chicas cardando lana, sacando estambre y tejiendo.

—Aquí se trabajan los paños —les explicó—. En aquéllos, las bayetas. En los del fondo, albornoces y costales.

Cuando Sebastián preguntó por la abundante presencia de niñas, que igualaba e incluso superaba a la de los varones, tuvo especial interés Lucía en detenerse delante de un tablero donde había hecho copiar con letra de buen tamaño las recientes resoluciones y reales cédulas por las que se ordenaba que bajo ningún pretexto se embarazase a las mujeres la enseñanza de todas aquellas labores.

—Además del oficio de tejedoras —explicaba Lucía—, las muchachas también son instruidas para el servicio doméstico y el matrimonio. Si se casan, se les otorga dote y se les rompe la bata.

—¿Romper la bata?

—Es el modo de manifestar su emancipación de esta casa. Pero muchas prefieren seguir trabajando aquí.

Cerraba la gran nave un descendimiento, una talla de no mala mano donde se veía a José de

Arimatea y los suyos bajar con unas sogas desde la cruz el cuerpo exangüe de Cristo. No pudo separar Sebastián la vista, por no haber encontrado en el lugar otras imágenes religiosas. Reparó en ello Lucía, y se creyó en el deber de aclarar:

—Es un paso procesional, el de los cordeleros. Nuestros operarios lo llevan durante la Semana Santa. La idea fue de su madre de usted, para dar a conocer nuestros productos y recaudar fondos de las personas caritativas.

Pasaron luego al cuarto del batán, desde donde salieron a las huertas.

—Junto con la vega de Granada, aquí se cultiva el mejor cáñamo de Andalucía, y algunos dicen que de Europa —continuó Lucía—. Peto nos ha costado lo suyo que nos lo compren ya elaborado, que vale más. Su madre gastó mucho dinero para venderlo a los astilleros de Cádiz en forma de jarcias y lonas, que multiplica su valor.

Si Paco escuchaba todas estas explicaciones con orgullo poco disimulado, Sebastián estaba asombrado. Todo el ir y venir de barcos veleros que salvaban el Atlántico y las colonias dependía de aquel trabajo que allí se hacía, para capturar el viento, sujetarlo y embriarlo.

Anunció la joven que con ello ya estaba visto todo, y que si gustaba pasar a su oficina, le mostraría los libros de contabilidad y los proyectos.

Por la mirada de complicidad que se dirigieron Paco y Lucía, se dio cuenta de que aquél iba a ser el momento de la verdad.

Le explicó la encargada el modo en que su madre se había valido para mantener aquel patrimonio de su familia a salvo de las represalias sufridas por los Fonseca por su alineamiento austracista. Habían aprovechado las leyes del marqués de la Ensenada para especializarse en la elaboración de tejidos, cordelería y jarcias para navíos. Su madre utilizó sus influencias para que a través de Paco el Soguero les hicieran llegar muestras de todas las clases de lonas utilizadas en las fábricas de la bahía de Cádiz, en las proximidades del astillero de La Carraca, así como los modelos de peines de sus telares.

—Ahora, todo está cambiando, y nuestra supervivencia dependerá de que sepamos adaptarnos. Más en concreto de que logremos hacernos con el concurso que se ha convocado para un nuevo tipo de barco que necesita la Armada. Si no lo conseguimos, quedaremos orillados. Hemos de entregar las jarcias comprometidas la semana que viene, y sólo así cobraremos lo que nos deben. Es allí, al astillero de La Carraca, donde deberá ir el señor junto con Paco para recibir ese dinero.

Como viera la muchacha que el asunto parecía interesar a Fonseca, pasó a explicarle los proyectos para el futuro. El conocimiento de la joven era apabullante. Sabía al dedillo cuánta jarcia llevaba un barco, cuánto cáñamo hacía falta para fabricarla, cuántos salarios de oficiales y aprendices... Y, sobre todo, a cuántos huérfanos podría mantener con aquel dinero que Sebastián había ido a reclamarle. El ingeniero reconoció en todo ello el modo de administrar de su madre, y se admiró de la buena cabeza de la muchacha.

—¿Qué se necesitaría para llevarlo a cabo? —le preguntó el ingeniero.

—Más telares. Y adaptar los antiguos con peines más anchos. Estamos ahorrando lo que podemos para comprarlos. De lo contrario, perderemos las contratas, muchos de estos obreros y niños quedarán mano sobre mano y todo será hambre. Es nuestra gran oportunidad. Si perdemos este encargo, no sobreviviremos a la competencia del marqués de Montilla.

Cuando esa noche regresó a la habitación de huéspedes donde le habían alojado, Sebastián abrió la

ventana para ventilar el ambiente, viciado por un brasero de picón. Estuvo largo rato asomado al patio interior, donde se extendía un emparrado. Y cuando cerró la ventana y se acostó, empezó a darle vueltas a todo aquello. Un dilema le impedía dormir: aquel dinero que debía cobrar en los astilleros sería su última oportunidad para disponer de alguna renta en su destierro. Pero dejaría aquel lugar descapitalizado, en serios apuros.

Además, en un aparte, Paco se había atrevido a confesarle lo que no dijera Lucía: que ése era el montante con el que contaban para su proyecto. Tampoco le había pasado desapercibido a Sebastián el modesto cuarto donde el capataz iba guardando sus cosas, que trasladaba hasta el obrador desde su lugar de trabajo más habitual, el astillero de La Carraca. Sin duda esperaba hacerse con aquel encargo, que iba a significar años de estabilidad y trabajo, para proponer matrimonio a la joven.

Sebastián de Fonseca y Paco el Soguero acordaron separarse en El Puerto de Santa María. Allí el capataz haría noche con el carromato, para esperarle con las jarcias que debían entregar y cobrar a la mañana siguiente, en el cercano astillero de La Carraca. Por su parte, el ingeniero tomó una de las naves que cruzaban la bahía, con la intención de presentarse en Cádiz y hacer valer la carta de Onofre Abascal que le permitiría embarcar rumbo a las islas Canarias.

Estaba ya el día vencido, pero claro y despejado. La cálida luz que iba de retirada reverberaba creando una visión mágica de la ciudad al resplandecer en los edificios de piedra ostionera y en los pináculos de cerámica vidriada que adornaban los pretilos de las azoteas. Se reflejaba luego en las paredes encaladas, alternando con el azulón, ocre y rosa, hasta trenzarse y destrenzarse con el cabrilleo de las olas. La ciudad era tan hermosa como la recordaba, con un puerto que había ido ganando en magnificencia, crecido en nuevas obras que alcanzaba a distinguir a medida que se acercaba la barca donde era conducido.

Un alegre grupo de jóvenes reía y armaba jarana, a pesar del incómodo techo que impedía permanecer de pie en buena parte de ella. Hasta que llegaron a los bajos. En ese momento, el piloto alzó la voz y dijo con tono grave y solemne:

—Recemos por las almas de quienes han perecido en este lugar.

Se hizo un silencio absoluto. Sólo se escuchaba, si acaso, el musitar de las oraciones, mientras un grumete pasaba su gorra e iba recogiendo algunas monedas de cobre, que se gastarían en decir misas por las ánimas del purgatorio. Los bancos de arena cambiaban de lugar a menudo, causando todos los años no pocas víctimas.

Tan pronto hubo terminado esta colecta, se reanudaron las risas y bromas, con más brío que antes. Para entonces ya estaban llegando al muelle. Remaron los marineros a flor de agua y palanquearon hasta poner la proa a poco más de una vara. Luego tendieron una plancha con guardamancebos para que el pasaje ganara tierra. Hubo de poner orden entre los mozos de cordel que se disponían a saltar a bordo del bote y hacerse cargo a empujones de los baúles, maletas y alforjas.

Sebastián se presentó en la comandancia, y allí le comunicaron que debía esperar al menos un par de días para tomar el barco con destino a las Canarias. Estaba terminándose el plazo del pregón para convocar a los interesados en fletar mercancía, firmar los contratos correspondientes, pasar revista a la carga y otros trámites de la aduana.

Decidió buscar alojamiento en una de las posadas junto al puerto, en la zona de San Francisco, con su continuación en la calle Nueva. Era un lugar lleno de tiendas y cantinas, una Babilonia cosmopolita, repleta de extranjeros. Cuando él había vivido allí, los empleados foráneos eran tantos que sólo los franceses tenían más de cincuenta casas de comercio. Y desde entonces habían aumentado considerablemente.

Al pasar por la puerta de la aduana le mortificó ver a aquellos marineros veteranos que, a falta de otro sustento, mutilados o viejos, sobrevivían lustrando botas. Se detuvo junto a un anciano gaviero, la barba cana, los ojos vencidos, que trataba de ganarse la vida dándose al títore, haciendo nudos de truco. Triste final para quienes habían gastado sus años de juventud surcando los mares.

Encontró cama en una posada de no mal avío, y después de haberse acomodado salió a tomar el aire y buscar dónde cenar. Iba a aproximarse a un figón del que salía un prometedor olorcillo cuando le llamaron la atención dos perfiles inconfundibles: el marqués de Montilla y aquella figura del capote verde a lo cabriolé.

«¡Qué casualidad!», pensó, mientras se pegaba a una pared.

Los siguió discretamente hasta la muralla, en la que se internaron tras el baluarte de la Candelaria. Conocía bien la zona, había estudiado allí, en el vecino pabellón de ingenieros militares. Subió hasta lo más alto y pudo ver a los otros dos hombres que les esperaban. Llevaban éstos capas bastas, de abrigo, y desde una tronera alcanzó a escucharlos. Tenían acento extranjero, pero eso no era raro en la ciudad.

Los cuatro abandonaron el lugar para internarse por una zona solitaria, donde Fonseca hubo de seguirlos a cierta distancia.

Cuando llegaron a una explanada, y creyeron no ser escuchados por nadie, los forasteros hablaron más alto y seguido. Entonces tuvo pocas dudas: eran ingleses.

«¿Espías?», se preguntó Sebastián.

Continuó tras ellos hasta verlos entrar en uno de los comercios cercanos: una librería propiedad de un francés. La ciudad contaba con una veintena de aquellos establecimientos. En sus tiempos, era el mejor lugar para lograr obras prohibidas.

A través del cristal de un amplio ventanal que le servía de escaparate pudo ver desde la distancia, pero no oír, cómo discutían aquellos cuatro hombres.

Se acercó más, tratando de parecer un transeúnte casual. Y al pasar frente a la puerta tropezó con una botella que rodó sobre el adoquinado. Se escondió de inmediato en la esquina. Y desde allí, a cubierto en la sombra, pudo ver cómo Montilla se dirigía hasta el ventanal y hacía visera con la mano para otear el exterior, desconfiado. Luego, corrió la cortina, impidiendo cualquier visión desde el exterior.

La luz continuó encendida, y Sebastián esperó y desesperó hasta verla apagarse, al cabo de un buen rato. Sin embargo, nadie salió por la puerta. Entonces, una sospecha se abrió paso en él.

Dio la vuelta al bloque de casas y se apercibió de la salida trasera. Por allí se habían escapado.

## La Carraca

Mientras se acercaban al astillero, Paco el Soguero fue explicando a Sebastián de Fonseca lo que convertía aquel lugar en invulnerable por mar y por tierra. Estaba situado en el fondo del saco de la bahía de Cádiz, en sus últimos esteros, allí donde las marismas y otros anegadizos maceraban el terreno pantanoso. Un barrizal inaccesible por tierra para cualquier ejército, que perecería sin remedio engullido en sus fangos. Sin embargo, los canales que lo atravesaban eran lo bastante anchos y profundos como para permitir la navegación. No bajaban de las cinco brazas en pleamar, y tres y media en bajamar. Allí cabían barcos de buen calado si se contaba con un piloto experto o con un práctico que se pusiera al timón.

En cuanto a la entrada desde el mar, lo defendían las fortificaciones de Cádiz, los fuertes de San Sebastián, Santa Catalina y San Felipe en una primera instancia, y la segunda línea de artillería formada por las baterías del Puntal y Matagorda, que dividían la bahía en dos. Todos ellos, así como la isleta y castillo de Sancti-Petri, hacían temerario cualquier ataque a través del agua.

El capataz detuvo el carromato ante el control del cuerpo de guardia. Lo conocían bien. Apenas ojearon la orden de entrega de las jarcias y llevaron a cabo una rutinaria inspección de la carga.

Penetraron en el astillero y se llegaron hasta la Plaza de Armas. Bordearon las viviendas antes de detenerse frente a la administración. Entraron hasta la contaduría para registrar el ingreso y esperar a que recibiera la entrega el delegado del ingeniero comandante.

Mientras éste llevaba a cabo el inventario, acompañado de un inspector, el soguero pidió a Sebastián que lo siguiera:

—¿Se acuerda de Hermógenes, señor? El carpintero reclutado a la fuerza por Montilla.

—Hablamos con su mujer, ¿no es cierto? La que malvivía con sus cinco hijos.

—La misma. Pues sospecho que podría encontrarse en este lugar. Él es uno de los mejores carpinteros de ribera. Y aquí se reparan y ponen a punto los barcos que han de salir para América. Fuimos viejos compañeros de navegación hace muchos años, y me gustaría localizarlo para contarle lo sucedido y decirle que su familia ha sido acogida en las tierras de usted.

Pasaron junto a la iglesia, el hospital y la botica, la tienda y la taberna. Dejaron atrás la residencia de oficiales y el parque de artillería. El astillero a pleno rendimiento impresionaba por su actividad industrial. Se asombró el ingeniero del esfuerzo necesario para lograr el ajuste de piezas tan diversas, tendiendo sobre todo el reino aquella vasta red capaz de captar y encarrilar tal multitud de materiales.

Paco lo sujetó por el brazo para prevenirle sobre el terreno en el que entraban. Estaba inclinado hacia el agua y embarazado por tablones destinados a la construcción de un par de naves de gran calado. Las quillas se hallaban orientadas de norte a sur, para que las maderas recibiesen la misma insolación por sus dos flancos, evitando de ese modo asimetrías en las deformaciones. Observó los esqueletos de las embarcaciones, la levedad de su perfil, la pureza de líneas.

El capataz saludó a un oficial amigo suyo, y se detuvo para tantearle, calculando cuándo debería tener lista la siguiente entrega de aparejos:

—¿Qué tal lleváis ese barco?

—Aún queda faena. Estamos esperando a que nos traigan más madera de Málaga para seguir

hasta la primera cubierta.

—¿Y este otro?

—Para darle impulso necesitaríamos cien personas trabajando, entre aserradores y peones... Y se nos han llevado el mejor carpintero que teníamos.

—¿Hermógenes? —le preguntó Paco.

—Lo teníamos apalabrado. Se iba a quedar una temporada en tierra. Y al parecer ha sido movilizado de nuevo —y bajó la voz para decirle—: Entre nosotros, esto me huele mal. Han vallado una parte del astillero y la mantienen muy vigilada. No dejan pasar a nadie y todo lo llevan con mucho secreto. Sospecho que Hermógenes anda por allí.

—¿Dónde está esa valla?

—¿Sabes del acueducto? El que trae el agua de boca desde la isla de León, junto a la explanada para trabajar las velas y el cobertizo de guardar la estopa.

—Sí, sé cuál dices.

—Pues tienes que atravesarlo, y también el cocedero de brea. Y allí ya te encontrarás con la barrera. No te dejarán pasar a los muelles de carga y descarga.

—¿Junto a las atarazanas de cordelería?

—Las mismas.

Se despidieron del carpintero para dirigirse hacia allí. Tal y como les habían indicado, lograron llegar hasta el canal de resistencias, donde se ensayaba el aguante de los cascos, según las instrucciones de Jorge Juan. Pudieron ver también a otros artesanos que alzaban cometas con distintos tejidos, para estudiar la acción del viento sobre las velas. Pero no lograron ir más allá. Se había vallado la zona, instalando casamatas para la tropa. Y una patrulla los echó atrás.

—Nunca había visto nada así —dijo Paco a Sebastián mientras retrocedían—. Podemos hacer una cosa, si le parece, señor: iremos a cobrar el género que hemos entregado, antes de que cierren la administración; mataremos el tiempo en la taberna tomando algo, con la excusa de celebrarlo, que desde luego es para hacerlo, con lo que tardan en pagar; y esperaremos un par de horas, hasta que se ponga el sol. Entonces intentaremos localizar a Hermógenes, cuando haya acabado el turno de trabajo y sepamos dónde descansa.

Así lo hicieron. Tras salir de la administración, por vez primera en mucho tiempo se vio Fonseca con una abultada bolsa en las manos.

—Guárdelo bien, señor —le dijo Paco tras entregárselo—. Hay mucho trabajo detrás de ese dinero.

Y por el deje de tristeza, si no de amargura, con el que dejó caer aquellas palabras entendió Sebastián cuántas esperanzas había depositado el capataz en aquel cobro.

Cuando hubo caído la luz salieron de la taberna para regresar hasta la zona destinada a almacenes y pertrechos. Paco saludó al pequeño equipo que en ese momento se disponía a abandonar su faena y concluir la jornada de trabajo.

En cuanto a la guardia que controlaba el acceso a la valla, había sido reducida a un pequeño retén. Les bastó alejarse de los soldados que lo componían para saltar la empalizada al abrigo de la oscuridad, ocultándose en el primer galpón que encontraron en aquella zona restringida.

Había luz en el almacén donde entraron, una lámpara sobre la mesa que presidía la improvisada oficina. Se preguntaron quién podría estar utilizándola. No se veía a nadie. Examinó Paco los papeles esparcidos sobre el tablero y mostró a Sebastián la hoja de estado de un navío. Por la anotación que llevaba en la cabecera lo estaban avituallando con urgencia, bajo las instrucciones generales de «Comisión Reservada».

—Son las que se redactan para una misión secreta, cuando no se quiere revelar el destino —dijo Fonseca en voz baja, apenas audible.

Se hurtaban allí muchos otros pormenores que habrían sido preceptivos en un cometido ordinario. Pero eso no era obstáculo para un ojo tan experto como el de Paco. Por los pertrechos y otros detalles dedujo que se trataba de un navío de línea de setenta y cuatro cañones.

—Mucho buque es éste, el que están preparando, señor. La dotación de un barco así no baja de los seiscientos hombres.

Mientras el ingeniero se mantenía alerta, por si regresaba el ocupante de aquel galpón, revisó su capataz el inventario de víveres y tonelería: las raciones entelas de la Armada, las barricas de agua, pipas de vino, aceite y vinagre.

—Con estas provisiones tienen al menos para cuatro meses sin hacer escalas, un viaje para cruzar el océano.

—Entonces, se dirigen a América —afirmó Fonseca.

—Ese tiempo es el que cuesta llegar a Tierra Firme. A Panamá.

—La ruta más corta para el Perú.

Según todos los indicios, aquél era el barco en el que iría la expedición de Montilla. Pero tenían que asegurarse. Y una idea empezó a germinar en la mente del ingeniero.

Cuando hubieron comprobado que no había nadie en la explanada que conducía al navío, salieron del almacén y se acercaron hasta él con todo sigilo, resguardándose en los suministros esparcidos a lo largo del patio. Desde su escondrijo pudieron ver el nombre de la nave, África, y su imponente perfil recortándose contra el cielo rojizo del atardecer. Los oficios habían terminado su labor, y quienes ahora se hallaban a bordo andaban ocupados en el embarque de pertrechos.

—Van a levar anclas de inmediato —dijo Paco—. Están cargando ya los equipajes.

Fonseca sacó el pequeño catalejo que llevaba en el bolsillo y fue inspeccionando aquella carga a medida que la colocaban en las plataformas de madera sujetas a unos fuertes cables, que amarraban al cabrestante para alzarlas sobre la cubierta del navío e introducir las en la bodega. En ese momento, acercaron un farol hasta una de ellas, para comprobar la sujeción. Y a su luz pudo ver varios baúles con el escudo de Montilla.

—Desde luego, el marqués va a bordo... —comentó Sebastián—. Espera, ¿qué es eso? —añadió mientras enfocaba el catalejo.

Se refería a un equipaje al que habían enrollado aquel inconfundible capote cabriolés verde con el broche roto, el que llevaba el presunto asesino de su padre cuando se enfrentó a él en el callejón del palacio de los Fonseca.

—Paco, quiero hacerte una pregunta: ¿encontrarás a Hermógenes sin que nadie te ayude en la vigilancia?

—Espero que sí, señor. ¿Por qué?

—Ahora te lo explicaré. Antes, dime: ¿podría salir ese barco a mar abierta con los vientos que

hay ahora?

—Sin duda. En esta bahía se puede navegar con todos los vientos menos los del noroeste. Sólo un temporal que soplara desde esa dirección lo impediría. Y no es el caso.

—Entonces, tienes que ayudarme para que me esconda entre la jarcia que hemos entregado, y que veo allí, preparada para cargar.

—Pero, señor, eso es una locura.

—¿Crees que es más cuerdo ir a la comandancia para que me lleven a las Canarias, o a Dios sabe dónde...? ¿Querrás hacerlo?

Asintió el capataz con un gesto de resignación.

Estaba la partida de sogas ya cerca del punto de carga, y hubieron de acercarse con mucho cuidado. Una vez sobre la plataforma de madera que habría de alzar el cabrestante, Paco rodeó a Sebastián con las jarcias de tal modo que quedara oculto entre ellas.

Cuando el capataz ya se despedía, Fonseca le tendió la mano. Y no iba de vacío, sino que le entregaba la bolsa con el montante en metálico recién cobrado.

—Toma, para que se lo des a Lucía. Nadie lo administrará mejor.

—Señor, se queda usted sin nada... No podemos permitirlo.

—Lo habéis ganado con vuestro sudor... Y vete, que ya vienen.

Las sirgas se tensaron y la tarima comenzó a subir lentamente, hasta ser alzada por encima del barco. Giró el cabrestante, dejándola suspendida sobre la cubierta superior. Los estibadores tiraron de los cabos hasta centrarla en la escotilla principal del navío, pegada al palo mayor. Y, a una señal, empezaron a bajarla.

Escondido entre las jarcias, Sebastián trató de mantener el equilibrio mientras la plataforma descendía, pasando a través de la segunda cubierta, la más alta. Después, la primera, más profunda. Finalmente, el sollado, la parte del barco que se correspondía con la línea de flotación, hasta entrar en la bodega y topar con el tablado para los cables. Y allí quedó, sepultado en lo más hondo de las entrañas del buque.

## Segunda Parte

---

### El Sueño sin Memoria

## La Joven India

Lo despertaron los tres cañonazos y la frenética actividad de la marinería para levar anclas. Vinieron luego las órdenes para soltar trapo, entre los pitidos del contra maestre. Al fin, quedó el navío libre y se sintió la resistencia del agua en los costados. Crujió el casco al abrirse paso. Rechinaron los palos por el impulso en las velas superiores a medida que iban cargando viento. Se les fueron uniendo las demás, entre el zumbido de aquella maraña de aparejos, hasta sonar como un instrumento bien afinado. El África navegaba hacia mar abierto.

Antes de que cerrasen las escotillas Sebastián había logrado hacerse con un farol. Lo encendió para explorar los dominios que le eran accesibles, todo el oscuro mundo de la bodega, sumido en el mar, bajo las olas. Ascendían hasta él los tufos de la sentina, la cloaca donde iban a parar las aguas residuales de la lluvia y el lavado de los puentes, las filtraciones del casco y las evacuaciones de animales y hombres. Allí formaban un charco anegado de ratas, podre y detritos fermentados.

Comprobó en primer lugar los accesos por donde pudieran sorprenderle los tripulantes que bajaban de las cubiertas. En la parte trasera del navío estaba la escalera de popa, pegada al palo de mesana. Era la más vigilada, por conducir al rancho de la santabárbara y al polvorín. Afortunadamente, quedaba fuera de sus dominios. Por ese lado no le molestarían.

Venía luego, avanzando hacia proa, la escalera central, junto al palo mayor. Se dividía a su vez en dos bajadas a la bodega. Una de ellas conducía a la despensa, y sería la más utilizada por el cocinero y sus pinches. Pero la otra, a proa del palo mayor, junto al tablado de los cables y del ancla donde le habían dejado, era de poco uso. Y allí decidió hacer su escondrijo, porque al pasar más adelante, hacia proa, se hallaban la escalera más frecuentada por los marineros, la que conducía a la cocina. De ella salía un olor tentador al hornear el pan y a la hora de la comida.

Tras este somero control sólo le quedaba aprovisionarse. Encontró a mano barriles de carne y pescado salados, legumbres y frutos secos, aceitunas, queso, pasas de Málaga... No faltaba de nada, aunque debería ajustarse a los recipientes que iban abriendo los dispenseros, pues todos estaban cuidadosamente numerados. Hizo acopio de alimentos, tomando un poco de aquí y otro poco de allá, para que no se notase la merma, y los fue llevando hasta su escondrijo entre las jarcias. Desde aquella posición central podía controlar los movimientos de cualquiera que bajase hasta la bodega.

Pasados los primeros agobios, que no fueron pocos, contaba con un refugio más o menos seguro. Se consoló pensando que podría sobrevivir en aquella bodega repleta de casi todo lo necesario, excepto aire libre y la luz del sol. Había conocido calabozos peores. Debería resistir sin ser visto al menos hasta que rebasasen la longitud de las islas Canarias. Caso de ser descubierto antes, corría el riesgo de que lo llevaran a su destierro, o lo encomendasen a otra nave con aquel rumbo.

Ahora le sobraba tiempo, algo de lo que había andado escaso por los últimos acontecimientos. Y podía volver su atención hacia aquella Crónica donde se hallaban las claves de lo que estaba sucediendo.

Tanteó la bolsa de hule que llevaba sujeta a su cuerpo, sacó el volumen encuadrado en piel y se dispuso a leerlo en días sucesivos. En aquel trance, agradeció la previsión de su padre, quien había insertado una hoja donde se resumía lo sucedido en el Perú antes de que el autor de aquella Crónica,

Diego de Acuña, comenzase su relato, para no perderse en sus meandros y recovecos.

Los antecedentes inmediatos se iniciaban en 1527, con la muerte del último emperador inca antes de la llegada de Francisco Pizarro. Se llamaba Huayna Cápac, y con él había alcanzado su cénit aquel reino. Diego de Acuña se hacía eco de un sueño profético que le sobrevino al monarca, dejándolo profundamente inquieto. Pues versaba sobre el fin del Incario, tal y como le confirmaron los astrólogos imperiales.

Al ser la suya una dinastía que se proclamaba hija del Sol, le sucedería como al propio astro, que al cabo de doce meses cambiaba su ciclo. Pues del mismo modo —dijeron a Huayna Cápac— declinaría su estirpe tras el duodécimo Inca, su sucesor. Y así, en lugar de nuevas conquistas, prefirió esforzarse en consolidar lo logrado. En especial debía preservarse a toda costa el Punchao, el ídolo de oro que representaba el sol naciente y en cuyo pecho se guardaba la más preciada reliquia de aquel imperio, el polvo de los corazones de todos sus reyes. Si conservaban memoria de ellos, nadie podría abatir sus ánimos. Y un nuevo ciclo solar y dinástico comenzaría para remontar otra vez hacia lo más alto.

Quiso Huayna Cápac por ello prevenir las voluntades de sus súbditos, aunándolas en torno a su primogénito. Y cuando éste iba a nacer, mandó forjar una maroma o cadena de oro tan gruesa como el brazo de un hombre y tan larga que daba toda la vuelta a la plaza mayor del Cuzco. Su peso era tal que seiscientos indios de los más vigorosos apenas podían levantarla. En sus fiestas solemnes la llevaban como si sujetaran una gran serpiente, uno de sus animales más sagrados, por representar la sabiduría surgida del seno de la tierra. Así, aquella enorme cadena de oro enlazaba a sus súbditos, manteniéndolos unidos, en previsión de lo que se avecinaba. Y para mejor fijarlo en la memoria de su pueblo bautizó a su hijo con el nombre de Huáscar, que en su lengua quiere decir maroma o cadena.

No anduvo desencaminado. A pesar de todas sus precauciones, las desgracias profetizadas en el sueño empezaron poco después de su muerte, cuando el reino se dividió entre los partidarios de sus hijos Huáscar y Atahualpa. El primero contaba con el apoyo del sur y la capital del imperio, Cuzco. El segundo, con el norte y la ciudad de Quito. Fueron éstos, los quiteños, quienes ganaron aquella guerra civil. Tras conquistar el Cuzco, Atahualpa tomó sangrientas represalias contra sus habitantes, persiguiendo con gran saña a la nobleza, en un exterminio sistemático. Y también a los sabios que preservaban la historia antigua, a quienes eliminó haciéndoles ingerir grandes cantidades de chiles muy picantes. Pretendía así destruir la memoria y linajes de quienes le habían precedido, fundando una nueva dinastía.

Habría conseguido su propósito de no producirse la invasión de Francisco Pizarro, quien en 1533 lo tomó prisionero en Cajamarca. Prometió liberarlo si sus súbditos llenaban dos habitaciones de oro y plata. Y así lo hicieron ellos. Pero, en lugar de mantener su palabra, los españoles mataron a Atahualpa. Previamente, desde su encierro, éste había ordenado la ejecución de su hermano Huáscar, al que sus leales mantenían encarcelado.

Muertos aquellos dos hijos de Huayna Cápac, Pizarro hubo de entronizar a un tercero, Manco Cápac. El propósito de los españoles era manejarlo como a una marioneta. Y la misma intención abrigaba el nuevo Inca respecto a ellos, utilizándolos para deshacerse de otros aspirantes al trono, asentarse en el Cuzco y vengarse de los quiteños, que lo habían convertido en un fugitivo. Hasta que,

harto de las humillaciones a las que se veía sometido de continuo, tramó un engaño para escapar.

Se valió para ello del más poderoso señuelo que podía ofrecerles: el tesoro de los incas. Pensaban los invasores que él también llenaría dos habitaciones de oro y plata, como su antecesor. Manco Cápac no los desengañó. Les aseguró que sus súbditos tenían ingentes riquezas, que habían escondido a no cumplir Pizarro su palabra. Él prometía traérselas si gozaba de libertad de movimientos. Cegados por la codicia, en 1536 lo dejaron partir de Cuzco.

Manco Cápac no regresó con oro, sino con un poderoso ejército, dispuesto a sitiar y reconquistar la ciudad. Había convivido con los españoles, conocía sus costumbres, armas y artes de guerra. Sin embargo, a pesar de su empeño y bravura, no consiguió tomarla. Al cabo de un año hubo de retirarse al noroeste, a lo más profundo de la sierra, donde los dominios incas lindaban con la selva. Allí se hizo fuerte en la nueva capital de Vilcabamba, a unas treinta y cuatro leguas de Cuzco, entre los ríos Apurímac y Urubamba. Una región estratégica por su proximidad al Cuzco y a la sierra central, pero muy difícil de franquear. Su territorio era accidentado en extremo, protegido por estrechos valles y abruptas defensas. Y desde aquel reducto hostigó a los invasores hasta su muerte. Dejó tres hijos varones que ocuparon su puesto sucesivamente: Sayri Túpac, Tito Cusi y Túpac Amaru.

Llegado este punto, Sebastián observó que su padre había hecho un pequeño esquema genealógico:

Huayna Cápac (el último Inca antes de Pizarro y padre de):

—Huáscar (ejecutado por orden de Atahualpa)

—Atahualpa (ejecutado por Pizarro)

—Manco Cápac (primer Inca de Vilcabamba y padre de):

—Sayri Túpac

—Tito Cusi

—Túpac Amaru (el último Inca de Vilcabamba)

Allí, anotaba Juan de Fonseca, estaba la clave de lo que ahora sucedía, dos siglos después. O, al menos, sus orígenes. En aquella arboladura de linajes y en la voracidad por las riquezas escondidas se encontraba la fuente de todos los problemas posteriores. Bastaba entrelazar estas querellas genealógicas de los incas con las guerras civiles de los españoles en sus sucesivos repartos del poder y del botín para asistir al laborioso parto de un nuevo país, el Perú.

Vilcabamba se mantuvo en pie de guerra hasta que en 1557 Sayri Túpac, de talante pacifista, aceptó firmar un tratado con los españoles. Tras ello, se estableció cerca de Cuzco, en aquella porción del río Urubamba que llaman valle de Yucay, unos antiguos pantanos desecados y colonizados por su abuelo, Huayna Cápac. Pero murió al cabo de cuatro años. Su hermano Tito Cusi, más ambicioso, había permanecido en la sierra porque no se fiaba de los españoles, a los que acusó de haber envenenado a Sayri Túpac. En consecuencia, se proclamó nuevo Inca, declarándose en rebeldía hasta su muerte en 1571. Entonces, llegó al Perú un nuevo virrey, Francisco Álvarez de Toledo, quien perseguía la pacificación por las buenas o por las malas. Y con ese objeto se desplazó hasta Cuzco, sin saber que entre tanto había muerto Tito Cusi y subido al trono su hermano Túpac Amaru.

Era, pues, este último quien reinaba a principios de 1571, cuando los sublevados de Vilcabamba llevaban ya treinta y cinco años resistiendo a los españoles. Ahí empezaban los hechos narrados por Diego de Acuña, aquel joven intérprete y secretario asignado al séquito del virrey para su estancia en

la antigua capital inca.

Su relato evocaba una noche en la que, alta ya la madrugada, rondaba las cercanías de la Plaza de Armas del Cuzco.

Al pasar por una callejuela, escuchó un alboroto. Y al acercarse pudo ver a unos soldados españoles, aquellos temibles veteranos bien cursados en guerras y lides. Pertenecían a la guardia de alabarderos del virrey. Estaban borrachos y rodeaban a alguien a quien el intérprete no podía ver. Pero sí oír. Eran gritos de mujer.

Molestaban a una joven india. Por la actitud y voces de la soldadesca entendió que acababan de hacerle la llamada prueba de la capa. Consistía ésta en acercarse por detrás y golpear por sorpresa en el trasero con una capa enrollada. Pretendían con ello averiguar si una adolescente estaba preparada para conocer varón. Si tras el golpe se mantenía en pie, se la consideraba madura.

En una palabra, se disponían a violarla. La prueba de la capa no era en este caso sino un modo de embromarla. Aunque tuviera todavía el aspecto de una muchacha, se trataba de una mujer hecha y derecha. Bien se traslucía en su resolución al defenderse, con uñas y dientes, como si en ello le fuera la vida. Gritaba en quechua para que la soltasen. Y a cada palabra suya respondían ellos con carcajadas, exigiéndole que hablara en cristiano.

Aun sabiendo que era una temeridad, Diego no dudó en sacar su espada y arremeter contra los soldados. Se volvieron éstos, perplejos: nadie se atrevía a interponerse en el camino de un alabardero. Hubo un amago de resistencia por parte del primero con el que se enfrentó. Pero algo debió de ver aquel bellaco que le aconsejó la huida, tambaleándose. Pensó al principio el intérprete que había sido la firmeza y furia que brillaban en sus ojos. Algo más hubo de haber, sin embargo, porque tras él también salieron corriendo sus compañeros, sin atreverse a plantar cara.

Quedaron los dos jóvenes en la solitaria calleja, frente a frente. Envainó Diego, y tendió su mano a la muchacha india, que la rehusó, desconfiada. Por el contrario, se pegó a la pared, aún jadeante.

Trató de tranquilizarla hablándole en español. Y al comprobar que no respondía a sus preguntas, lo hizo en quechua.

Se quedó ella sorprendida de que conociera su idioma. Pero, aun así, tampoco contestó a sus palabras.

Le insistió Diego para aconsejarle que regresara a casa antes de que volviesen sus asaltantes con refuerzos. El mismo la acompañaría, si necesario fuere.

Ella continuó guardando silencio, la mirada fija en la suya, el resuello agitándole el pecho. No parecía una india del común. Al joven escribano le sobrecogió la orfandad que vio en ella. Unos ojos en sombra viva, ocultos tras el largo cabello negro, dejando entrever el rostro más hermoso que nunca se le había concedido. Le sacudió de pies a cabeza una honda sensación de desamparo, esa devastadora fragilidad emanada de la belleza o de la magia que pueden desvanecerse en cualquier momento.

Al preguntarle dónde vivía, ella bajó la mirada. Cuando alzó los ojos fue para fijarlos tras él. Un atisbo rápido, furtivo, que no pasó desapercibido a Diego de Acuña.

Al volverse, el intérprete y escribano aún alcanzó a ver a un indio que acechaba oculto en la esquina. Se dirigió hacia aquel edificio. Y al doblarlo vio que no estaba solo. Un nutrido grupo de indígenas se alejaba ya, poniéndose fuera de su alcance. Entendió entonces por qué los soldados habían escapado sin plantarle cara, al advertir aquella indiada al acecho.

Se preguntó quién era aquella joven que, en la misma noche, parecía suscitar a la vez tanto interés entre españoles e indios. Bastaba verla para entender que estaba ante una persona de calidad. Entonces, ¿cómo es que andaba a esas horas por la calle?

Al regresar hasta ella para trasladarle tales inquietudes, la muchacha había desaparecido. Cuando quiso reaccionar, ya era tarde.

Inútil seguir su pista. Aún no conocía bien la ciudad.

Ya se iba a retirar cuando vio algo en el suelo. Se agachó para recogerlo. Era una fina cuerda roja con nudos. Parecía un adorno de los usados por los indios. Sin duda pertenecía a la joven. Se le había caído en la refriega. La única pista con la que contaba. La guardó cuidadosamente.

«¿Qué ha sido ese ruido?», se preguntó Sebastián interrumpiendo la lectura.

Apagó el farol. Sin embargo, y en contra de sus cálculos, la bodega no quedó completamente a oscuras. Una escotilla se abrió sobre él y una luz tenue se colaba hasta la sentina.

Cuando se hubo acostumbrado a la penumbra, pudo ver unos ojos que brillaban, inquietantes. Iban hacia el lugar donde se encontraba, avanzando hacia su escondrijo. Se encogió hasta ocupar un resquicio mínimo, conteniendo la respiración. Pero aquellos ojos seguían acercándose. Alguien lo había descubierto.

## El Quipu Rojo

Trato de pasar desapercibido entre la maraña de cables. Desde allí podía seguir el curso de aquellos ojos que avanzaban hacia él con extraña fijeza. Lo más sorprendente era que el tamaño del intruso no aumentaba. Se apretó contra las jarcias, con la esperanza de que el recién llegado no lo hubiese visto y pasara de largo. No fue así. Ahora ya estaba a su lado, y mantenía un extraordinario sigilo.

Al asomarse vio que era un gato. En realidad, una gata. Sabía que todos los barcos llevaban a bordo uno de aquellos animales de forma preceptiva para evitar que las ratas royeran los aparejos o la comida. Aquélla debía de ser la gata del África y, como todo miembro de esa especie, su sentido territorial parecía muy acusado. Entendió ahora por qué no había visto más que sus ojos, inmensos. Su pelo era completamente negro, excepto un pequeño mechón blanco en el pecho.

Tras varios maullidos, reclamando explicaciones al invasor de sus dominios, se había sentado sobre los cuartos traseros, lamiéndose una pata para librarse de algún olor indeseado. Cuando hubo acabado de acicalarse debió de notar que aún persistía el tufo que la perturbaba y pareció sentirse atraída por la Crónica, que el ingeniero sostenía en la mano. Olisqueó el libro de arriba abajo. Pensó al principio Sebastián que quizá se debiera a la piel de la encuadernación. Pero no. Era su interior. Y no se trataba del papel, sino de la tinta, que intentó lamer antes de que él se lo impidiese, cerrando el volumen.

«¿Qué siglo éste —pensó— en el que hasta las gatas son ilustradas!».

Sopesó qué hacer con ella. No creía que el animalito denunciase su presencia. Por el contrario, podía ser un formidable aliado.

«¿Quién conoce mejor las tripas de un barco que su gata titular?», se dijo.

Por la minucia con que estaba examinando ahora el escondrijo, parecía desempeñar su cometido a conciencia, pulgada a pulgada, detectando cualquier objeto u olor fuera de su sitio. No debía de ser trabajo fácil el suyo. Pero el animal se orientaba con todo aplomo en aquella barahúnda, adentrándose sin vacilar entre los toneles.

Tras el solitario encierro de las primeras jornadas, llegó a apreciar sus visitas. Era muy hogareña y apegada a aquellos palitroques, así como a la compañía de los humanos. Hasta que un día, observando sus movimientos, que ya empezaba a conocer bien, se decidió a seguirla, para llevar a cabo una exploración más detenida que las precipitadas y huidizas que había intentado hasta entonces.

Comenzó por la bodega, tramo por tramo, dirigiéndose desde el centro del barco hacia la popa. Tras el palo mayor se extendía la despensa, con las barricas de provisiones que ya conocía. Hasta que no pudo continuar porque se tropezó con algo insólito: una pared de ladrillo. Protegía la santabárbara, donde se almacenaban los barriles de pólvora. El lugar más vigilado. Aunque, por fortuna para él, los accesos no caían por ese lado, sino más atrás, por la escalera de popa.

Retrocedió, desandando su camino en dirección a proa. Tras el tablado de los cables, donde había hecho su escondrijo, se extendía la bodega de aguada, con su voluminosa tonelería. Estaba luego el

compartimento de la leña, los barriles de alquitrán y otros de mayor peso que no alcanzó a identificar. Al acercar la nariz a ellos, percibió un olor aún más acre que le resultó desconocido, y no dejó de inquietarle. Ahí tuvo que detenerse. El tabique que clausuraba la bodega por el extremo de proa le impedía llegar hasta el palo de trinquete.

Tranquilizado con este nuevo escrutinio, volvió a su escondrijo. Y en los días sucesivos siguió leyendo la Crónica, avivado su interés por la historia que allí relataba Diego de Acuña.

Continuaba el escribano contando lo sucedido en la ciudad de Cuzco durante el año 1571. Tras salvar a aquella joven india del acoso de los soldados españoles, la buscó los días siguientes por toda la ciudad. Había desaparecido.

Trató de olvidarla sumergiéndose en sus tareas como secretario e intérprete. Su trabajo se había multiplicado al tener que asumir varias de las funciones de su maestro de quechua, el jesuita Cristóbal de Fonseca.

«Hay una nota de mi padre en el margen —observó Sebastián—. Y dice: Con este antepasado de nuestra familia hubo de empezar la implicación de los Fonseca en los hechos que aquí se relatan».

Seguía dando cuenta Diego de las muchas horas que pasaba sirviendo como intérprete para los asuntos con los indios. Y un día le llamó la atención el comportamiento de un curaca, como llamaban a los jefes o caciques de un territorio. Denunciaba la ocupación de sus mejores tierras por un encomendero, uno de aquellos hacendados españoles que lo había despojado de la herencia de sus antepasados. Y para demostrarlo aportaba testimonios de considerable antigüedad.

Eso era justamente lo que despertó la atención de Acuña, el sistema de registro de tales títulos de propiedad. El cacique no venía solo. Lo flanqueaba un hombre mayor que se mantenía detrás de él, atento a sus instrucciones. Y a medida que el curaca necesitaba datos y argumentos, aquel mayordomo se los iba facilitando, mientras repasaba con sus manos unas cuerdas llenas de nudos.

No le dio entonces mayor importancia. Hasta que al cabo de algún tiempo la expedición militar de la que formaba parte se quedó sin provisiones en tierras apenas holladas por españoles. Hubieron de recurrir a uno de aquellos depósitos incas bien surtidos de alimentos, que los naturales trasladaban a donde eran necesarios en años de escasez, para evitar las hambrunas. El indio que estaba al cuidado del almacén les entregó varias cargas de maíz, de mejor o peor grado. Y Diego, que era su interlocutor, vio que cogía unas cuerdas y en ellas desataba unos nudos, mientras que los ataba en otras.

Le preguntó por qué lo hacía, y se quejó aquel hombre de los españoles, que vaciaban los depósitos sin volver a llenarlos. Un comportamiento muy diferente del observado por el ejército inca, que pasaba de una punta a otra del imperio utilizando sus propios cuarteles y almacenes, teniendo los soldados terminantemente prohibido bajo pena de muerte tomar nada de los territorios que atravesaban. Por eso él llevaba un cuidadoso inventario de los bienes allí acumulados, anotando todo lo que entraba y salía mediante esos quipus o nudos que ataba y desataba en sus cordeles. Pues era su oficio el de quipucamayó, que quiere decir el que es diestro en quipus.

Cuando regresó a Cuzco fue a ver a su maestro, Cristóbal de Fonseca, y le relató lo ocurrido. El jesuita no ocultó su preocupación. Le advirtió que esas cuerdas y nudos que había visto, los llamados quipus, eran el modo de escritura de los naturales de aquellas tierras. Valiéndose de ellos iban asentando lo que sabían sobre sí y sus mayores. Y lo tenían tan por verdad que se matarían con quien lo pusiera en duda u otra cosa les dijese.

Acceder a su conocimiento era como adentrarse en el corazón del imperio inca. Allí quedaba

noticia de las genealogías de sus reyes y gentes, los sucesos históricos, los efectivos humanos y agrícolas, la distribución de la tierra... Todo estaba registrado en aquellos cordeles, hasta la última sandalia.

Y como advirtiera la incredulidad en el rostro de su pupilo, añadió Cristóbal de Fonseca que se lo explicaría, con tal de que le prometiese discreción absoluta. Cuando Diego así lo hubo jurado, le contó el jesuita que él también había mantenido un fuerte escepticismo a ese respecto. Durante mucho tiempo no había concedido a aquel asunto la importancia debida. Sin embargo, los nobles incas y los caciques podían pagar los servicios de sus propios quipucamayos, que venían a ser sus cronistas y archiveros. Y cuando tenían que hacer una reclamación, echaban mano de ellos, pues eran capaces de leer un quipu con la misma diligencia que un escribano español los folios de un registro de propiedades. Eso es lo que había sucedido con aquel curaca al que se refería Acuña.

Se quedó perplejo Diego, porque aquel sistema le parecía muy rudimentario y sujeto a error como para encomendarle cuestiones de tanta enjundia.

No tardó en desengañarle Cristóbal de Fonseca. Le aseguró que se había hecho la prueba de someter los mismos quipus a la interpretación de distintos quipucamayos que no se conocían entre sí. Y los habían leído de la misma forma. Sin duda llevaban sus registros mediante ellos, aunque los españoles sólo vieran una confusa maraña de cuerdas y nudos.

Por eso le había pedido discreción, porque en casos así los quipus se convertían en un problema muy serio, cuando entraban en conflicto con la propiedad de tales tierras o minas, herencias y títulos, en los que había de por medio ingentes riquezas. Y si la propiedad eran palabras mayores, más todavía la Historia, de donde resultaba la legitimidad de aquella. Y cuando algunos españoles empezaron a entender la gravedad del negocio —concluyó Cristóbal de Fonseca—, se dedicaron a destruir los quipus que encontraban a su paso.

Le agradeció Diego sus informaciones y, ya bien prevenido, continuó con su trabajo de intérprete. Hasta un buen día en que le encomendaron acompañar a un recaudador de impuestos por el camino real que unía Cuzco con la costa. Al atravesar un despoblado, cayeron sobre ellos unos indios armados, rebeldes de Vilcabamba que bajaban de la sierra a embarazar el comercio y los senderos. El recaudador y su escolta murieron en el ataque. A punto estuvo Acuña de seguir la misma suerte. Uno de los asaltantes ya alzaba contra él su arma con ese propósito. Pero reparó en aquella fina cuerda anudada, de color rojo, que se le había caído a la muchacha india. Desde entonces la llevaba al cuello, por creerla un adorno. Al verla ahora aquel indio cimarrón se detuvo, retrocedió, la señaló a sus compañeros como si se tratase de un talismán. Y respetaron la vida del joven escribano.

Hubo de asumir que aquel objeto no era mero ornato. Debía de contener algún valioso mensaje. Quizá fuese, a su modo, algo parecido a un quipu. Uno muy especial.

Lo corroboró poco después, cuando en el transcurso de unas reclamaciones a Diego se le entreabrió la camisa y un viejo indio alcanzó a ver aquella cuerda anudada. El anciano lo miró y remiró. Y pudo oír su exclamación, con una mezcla de sorpresa y admiración: «¡Yahuar quipu!». Palabras que en quechua significaban nudo de sangre.

Notó Acuña que los naturales empezaron entonces a hablarle de forma muy distinta, diciéndole cosas que nunca habrían confiado a un español. No podía orillar semejante oportunidad. Cuando hubo terminado su trabajo, buscó al anciano y le dio las señas de la muchacha, contándole las circunstancias del encuentro. Pero el viejo indio cambió por completo de actitud. Escurrió el bulto y

llamó a sus hijos para que se lo llevaran de allí.

Todo esto puso todavía más en ascuas al intérprete. Por un lado, se fijó en cómo trabajaban los quipucamayos, que hasta entonces le habían pasado desapercibidos, pues los tomaba por hiladores u otros oficios comunes. Se admiró de su prodigiosa retentiva, así como de la velocidad y seguridad con que leían sus quipus, sin que nadie acertara a saber ni a explicar cómo lo lograban. Y empezó a sospechar que, en contra de lo que se pretendía, no era aquél un recurso tosco, propio de salvajes, sino muy afinado, por más que en el tiempo presente anduviera constreñido, receloso y a la defensiva.

Ahora que era capaz de distinguir un quipu de unas simples cuerdas, se percataba también de cómo los quemaban los españoles más avisados. Y empezó a lamentar con toda su alma que se desaprovechase semejante oportunidad. Allí, al alcance de la mano, se extendía por todo el territorio una red de cuerdas y nudos que encerraba los secretos y recuerdos de aquellas gentes, tejidos en un gigantesco tapiz. También sus tesoros más escondidos. Pero como los españoles no podían entenderlos, les causaban innumerables quebraderos de cabeza. Y llegó un momento en que bastaba que algún indígena lo blandiera al iniciar un pleito para que se ordenase su destrucción. Diego era escribano, sabía bien lo que esto significaba. Quemar aquellas cuerdas nudosas que los quipucamayos veían arder con lágrimas en los ojos era lo mismo que arrasar los archivos y libros de un pueblo, con la irreparable extirpación de su memoria.

Los indios se le confiaban cada vez más. Y lo que oyó de labios de aquellas gentes sencillas le conmovió hasta lo más hondo. Era el desolador relato de familias o aldeas enteras desbaratadas y ruinas, reducidas a la miseria, despojo tras despojo, abuso tras abuso. El escribano nunca volvería a ser el mismo.

Era la política del virrey Toledo. Todo el modo de vida de aquellas gentes se estaba desmoronando por sus planes para sacar a los indios de sus campos y reducirlos a poblaciones. Estimaba el nuevo gobernante que no era conveniente dejar a los naturales derramados por montes y quebradas, adorando a sus ídolos. En lugar de ello pretendía asentarlos en poblados con traza y orden, haciéndoles llevar un vivir político y entrado en razón.

Diego vio a menudo escenas desgarradoras de familias que se aferraban gritando a sus casas, a sus campos, a las tumbas de sus abuelos y a las cunas de sus hijos. Aquel mundo que lo era todo para ellos, donde cada roca y cada manantial eran venerados y tratados con respeto inmemorial. Y de donde los arrancaban por la fuerza, tras arrasar sus hogares, para llevarlos a lugares lejanos, trazados a cordel, con su iglesia, cabildo, cárcel y una casa para cada familia, con puerta a la calle para mejor ser vigilados.

Más de una vez, al caer la tarde, sacaba fuerzas de flaqueza para visitar a su maestro Cristóbal de Fonseca, pues le sabía muy comprometido con la causa de los indios. A menudo había escuchado en sus labios aquella máxima de la Compañía, opuesta a las conversiones forzadas: «Hay que hacer hombres antes que cristianos». El jesuita le recomendaba paciencia. Aunque por sus gestos, por su expresión —todo lo no dicho, pero sí sobrentendido—, no se le escapaba su distanciamiento del virrey Toledo.

Tampoco facilitaba las cosas el capitán de la guardia virreinal, Martín García de Loyola. Se esperaba otra actitud del sobrino nieto del mismísimo san Ignacio. La Orden había depositado en él muchas esperanzas. Pero don Martín parecía atender primero a sus intereses, y luego al resto, muy

en último término.

«Aquí está, Martín de Loyola —se dijo Sebastián—. El que aparecía en el grabado genealógico de los jesuitas».

El ingeniero intentó apartar de su memoria el recuerdo de su padre muerto, con aquella imagen donde se ilustraba el Plan del Inca de la Compañía de Jesús. Aquella Monarquía Cristiana del Perú que en la hora presente parecía cobrar tan inusitada importancia a los ojos de quienes pretendían restaurar el trono incaico para emancipar aquel virreinato de España.

Pero aún tenía mayor trascendencia lo que se contaba a continuación en la Crónica. La semblanza que Diego de Acuña trazaba del sobrino de san Ignacio era todo menos halagüeña. Y eso debía de haber convertido aquel documento en objeto de controversia. Porque allí se desmentía punto por punto la imagen idealizada que la Compañía había pretendido preservar de un personaje tan vinculado a ella como el sobrino de su fundador.

A juzgar por lo que Diego escribía en su Crónica, a don Martín no le gustaba la deferencia con la que el virrey se dirigía hacia él. Loyola ya estaba prevenido en su contra por las informaciones recibidas de los soldados de su guardia a quien ahuyentara el intérprete, en defensa de la joven india. Supo luego la familiaridad con que los indios despachaban con el joven escribano, confiándole problemas y preocupaciones que no solían salir de los indígenas. Y aún se puso más a la defensiva cuando llegó a sus oídos que había salido indemne de un ataque en el que sólo respetaron su vida, achacando todo aquello a un talismán que poseía.

De ese modo, el sobrino de san Ignacio empezó a hostigar al intérprete y a urdir rumores sobre su complicidad con los naturales. De todo lo cual vino a deducir Acuña que aquel quipu rojo contenía secretos que debía averiguar a toda costa.

Intentó recabar la ayuda de varios quipucamayos, pero todos se negaron, temerosos. Esto le preocupó y, aunque siguió llevándolo sobre sí, tuvo buen cuidado de que no estuviese a la vista. Su única esperanza ahora, para calibrar el alcance de tales indicios, era volver a encontrar a la joven india. Y aquel nudo de sangre era el único vínculo que parecía mantenerlo unido a ella.

«¡Qué extraño es todo esto!», pensó Sebastián cerrando el libro.

Llegado a este punto necesitaba asimilar su lectura. Y, en primer lugar, la referencia a los quipus que allí hacía Diego de Acuña. Éste parecía intuir el valor de aquellos nudos y cuerdas tejidos por los archiveros de los incas. Y en especial aquel quipu rojo, en torno al cual parecían girar tantos intereses. Juan y Álvaro de Fonseca sin duda se habían dado cuenta al leer la Crónica. Máxime cuando allí aparecía su antepasado, el jesuita Cristóbal de Fonseca.

«¿Y qué relación puede tener con esa mesa detective que se le ocurrió armar a mi padre?», se preguntó.

Porque, según su tío, Juan de Fonseca la había hecho para entender y descifrar los quipus. Sobre todo, el QUIPU al que aludía en su último mensaje, escrito con su propia sangre, que debía remitir a aquel tan especial que parecía obsesionar a Acuña.

«¿Era eso lo que quería decir Álvaro, cuando aseguraba que el quipu estaba en la Crónica?».

Oyó voces, que lo obligaron a interrumpir estas consideraciones. Se asomó a la escotilla y vio que descendían hasta la bodega dos marineros. Apagó el farol y se escondió.

Los dos tripulantes bajaron en paralelo, agarrándose a las muescas talladas, a manera de precarios peldaños, en las columnas que sostenían los mamparos de la bodega.

Cuando hicieron pie en el tablado donde se encontraba el ingeniero, recuperaron la linterna que habían dejado colgada y comenzaron a inspeccionar el lugar.

Parecían revisar las provisiones, echando mano de una lista que llevaba uno de ellos en un papel y que el otro iluminaba.

«Me temo que han detectado las mermas en los barriles —se dijo—. Ahora sospecharán que hay un polizón a bordo».

## La Casa de las Serpientes

—¿Qué sabes de ese pasajero que se oculta? —preguntó uno de los marineros.

Al escucharlo Sebastián, tan cerca del escondrijo donde no osaba rebullir, se sobresaltó de tal forma que estuvo a punto de delatar su presencia.

—Daría cualquier cosa por saber quién es —respondió el otro.

—¿No has llegado a verlo?

—Me tocaba guardia en el astillero cuando vino en una silla de manos. Era de noche, y en ese momento el barco estaba casi desierto. Sólo puedo decirte que el nuevo capitán lo esperaba, y bien prevenido.

—O sea, que podría pasearse entre nosotros, como si tal cosa.

—Vete tú a saber, con todos esos civiles que llevamos a bordo. Claro que también puede viajar en la zona de popa, con los oficiales.

—Ya. Pero ahí no nos dejan entrar.

—Creo que han puesto unas mamparas para aislar uno de los camarotes de los capellanes. Las ajustó ese carpintero que trajeron. ¿Has estado en su taller?

—Sí, pero no vi nada especial.

—Pues debajo de su banco, tapada con una tela, hay una maqueta de madera de este navío. En ella se ven los cambios que ha hecho.

—Quizá sepa algo Miguelito, el paje.

—¿Para qué, si no, lleva todos los días la comida en una bandeja?

—Quizá.

—Creía que era para el capitán.

—Demasiada para un solo hombre. Y éste come como un pajarito, por lo que me han dicho.

De esta conversación, y de lo que siguió, dedujo Sebastián que no se referían a él, en contra de lo que en un principio había temido, sino a otro pasajero que viajaba a bordo del África. Recordó el equipaje con el cabriolé verde y el broche de plata roto que había visto embarcar.

«¿Por qué mantienen aparte a ese personaje, con tanto secretismo? —se preguntó—. Sin duda ha de ser el asesino de mi padre y de tío Álvaro».

Tenía que encontrarlo. Pero los comentarios de los dos marinos dejaban poco lugar a dudas sobre la dificultad de acceder a la zona de popa donde parecía estar alojado. Un lugar del que le separaban los camarotes de la oficialidad y la más estricta de las guardias, la de la santabárbara, donde ni siquiera dejaban acercarse a la tripulación.

Se oyó en ese momento el silbato del contra maestre. Los dos hombres terminaron de llenar con víveres una cesta de mimbre y se alejaron para subir por donde habían bajado.

Cuando la bodega hubo recuperado la calma, se asomó Fonseca, encendió el farol e inspeccionó el lugar cuidadosamente. Se alegró al comprobar que todo estaba en orden. Incluso habían abierto nuevos toneles, entre ellos uno de manzanas, otro de arenques y un tercero de nueces, que pondrían alguna variedad en su dieta. Rehízo el cobijo y se dispuso a seguir leyendo la Crónica.

Lo que allí escribía Diego de Acuña daba buena idea de lo mucho que le había impresionado aquella hermosa joven india a la que salvara del acoso de la soldadesca de Martín de Loyola. La buscaba por todos lados, en las calles y plazas, en los mercados e iglesias. Alcanzaba a reconocer un rasgo aquí, un gesto allá, entre las muchachas que pasaban. Pero sólo lograba verla entera en sus sueños y duermevelas.

Hasta que un día, muy temprano, camino de sus asuntos, se topó con uno de los alabarderos que la habían hostigado aquella noche del encuentro.

Trató el otro de rehuirle. Diego le cortó el paso. Le advirtió que no buscaba pelea, que sólo quería encontrar a la muchacha india.

Pretextó el soldado desconocer quién era ella. La habían visto salir a hurtadillas de una casa, entraron en sospechas y la siguieron.

Le pidió entonces que le mostrara aquella casa.

A regañadientes, lo acompañó hasta las cercanías de la Plaza de Armas. Una vez allí, le señaló una mansión de piedra gris de la más fina y ajustada cantería inca. La llamaban la Casa de las Serpientes, por las tallas en piedra de estos animales que flanqueaban su fachada. En su edificación se habían aprovechado terrenos y materiales del Amaru Cancha, el palacio de Huayna Cápac. Bien sabía Acuña que amaru significaba serpiente.

Le sorprendió que, a pesar de lo temprano de la hora, el lugar estuviese repleto de curiosos. Una muchedumbre se agolpaba ante la noble fachada, para escuchar al pregonero de la ciudad de Cuzco. Era uno de aquellos mestizos muy españolados, en el ejercicio de uno de los escasos cargos públicos accesibles a los de sangre mezclada.

Con su cansino sonsonete iba desgranando la relación de pertenencias, muebles y vestidos, que parecía saberse de memoria. La subasta afectaba a bienes de considerable valor.

Uno de los asistentes a la puja informó a Acuña de que se disponían a desalojar la casa de todo su contenido. Al parecer, los alguaciles llevaban intentándolo varios días. Pero no habían podido proceder porque en su interior se hallaba atrincherada una vieja india con su servidumbre.

Calló su informante en ese momento, y señaló hacia la casa, para advertirle que acababa de entreabrirse la puerta.

Diego se volvió hacia allí y comprobó que, en efecto, así era.

Se produjo un silencio total en la plaza, a la espera de lo que por allí saliese.

Apareció entonces una mujer menuda y frágil. Abandonaba la penumbra cubriéndose los ojos con la mano para protegerse del sol, aún rasante. Y todo en ella eran puros rasgos indios, atropellados por el tiempo.

Al advertir el gran concurso de gentes, la anciana se escabulló por un lateral, pegada a la pared. Los enormes sillares incas que componían el muro la hacían parecer todavía más insignificante.

Nada dijo al pregonero. Nada a los alguaciles que la esperaban. Tampoco contestó a las llamadas de sus dos esclavos, que salían tras ella de la casa y fueron retenidos e incautados de inmediato.

Diego vio cómo su diminuta figura se perdía en el tránsito de una callejuela mientras a sus espaldas comenzaban a vaciar la casa y añadían a la subasta sendos lotes para vender a los dos esclavos.

No tardó mucho en encontrarla. La halló entre los desharrapados mendigos que esperaban el alivio de alguna caridad en el pórtico de la iglesia de San Francisco.

Cuando se acercó, ella lo miró de un modo inexpresivo. Le habló el joven en español. Como no

parecía entenderle, volvió a hacerlo, esta vez en quechua. Brillaron un momento los ojos de la mujer. Fue sólo una leve chispa en aquella mirada infinitamente triste y desconfiada que se escondía entre las arrugas de su rostro. Parecía sorprendida de que un español tan joven y buen mozo conociera su lengua. Pero nada quiso responder.

Entonces, el intérprete no lo dudó. Le mostró el quipu rojo.

La actitud de la anciana cambió de improviso. Pareció salir de su letargo. Un gesto de inquietud animó su semblante. Y le preguntó de dónde lo había sacado.

Volvió a guardarlo Acuña, diciéndole que sólo le respondería si ella contestaba a su vez a las preguntas que iba a hacerle.

La mujer dudó. Parecía confusa, intentando encajar aquello en la nueva situación a que se había visto reducida tras la expulsión de su casa.

Asintió al fin, resignada. Le preguntó si había sido él quien pocos días antes ayudara a una joven india, librándola de los soldados españoles que la hostigaban.

Respondió Diego que sí. Y le preguntó dónde estaba ahora aquella muchacha.

Lo miró la anciana, y pareció sopesar lo anhelante de su pregunta. Le pidió un respiro con un gesto de la mano, que giró en abanico, mirando alrededor, dándole a entender que no era aquél el lugar más adecuado para ocuparse de tales cuestiones.

Le preguntó Acuña si tenía dónde pasar la noche. Cuando ella le respondió que no, le tendió el brazo para ayudarla a levantarse, entre la curiosidad de los otros mendigos. Él le aseguró que podría encontrarle un acomodo decente.

Estaba pensando, una vez más, en acudir a Cristóbal de Fonseca. Y, efectivamente, los jesuitas lo sacaron del apuro acogiendo a aquella anciana, a pesar de que su mentor no se encontraba en ese momento en la ciudad.

Fue allí, una vez aposentada y templada con un generoso tazón de caldo, donde ella le contó su increíble historia. En un principio, Diego se había dispuesto a escucharla para averiguar, al cabo, el paradero de la joven india de sus desvelos. Pero su sorpresa no conoció límites al saber la identidad de aquella frágil viejecita.

Se llamaba Quispi Quipu, que significa nudo libre. Y era hija de Huayna Cápac, el último emperador inca que reinaba antes de la llegada de los españoles. Aquél que murió antes de conocer la conquista de su reino por los invasores, aunque conjeturándola tanto en su cuerpo como en su ánimo. Porque murió de viruela, la enfermedad traída por los conquistadores, y desconocida de los indios, que ninguna defensa tenían contra ella. Aquél que había soñado que tras su persona vendría el duodécimo inca de la dinastía y con él se acabaría el imperio de sus mayores.

«Ya empiezan a aparecer las mujeres», se dijo Sebastián.

Sacó su lápiz, para recapitular:

—Esta viejecita llamada Quispi Quipu es hermana de los fallecidos Huáscar, Atahualpa y Manco Cápac. Y tía de los tres herederos que se habían criado en Vilcabamba: Sayri Túpac, Tito Cusi y Túpac Amaru.

Tomó la hoja donde su padre había trazado el esquema genealógico y añadió el nombre de la nueva hija de Huayna Cápac:

Huayna Cápac (el último Inca antes de Pizarro y padre de):

—Huáscar (ejecutado por orden de Atahualpa)

- Atahualpa (ejecutado por Pizarro)
- Manco Cápac (primer Inca de Vilcabamba y padre de):
- Sayri Túpac
- Tito Cusi
- Túpac Amaru (el último Inca de Vilcabamba)
- Quispi Quipu

Volvió luego a la Crónica de Diego de Acuña y, al igual que él, se estremeció con la aperreada historia que aquella mujer contaba al intérprete. Y con la maraña de guerras civiles libradas por indios contra indios, españoles contra españoles, todos contra todos.

Su vida se confundía con el final de un imperio y el nacimiento de otro país sobre sus cenizas, tal como lo venían contando los anales. Pero éstos los habían escrito los vencedores, para variar. Mientras que a través de su voz podía oírse a quienes no parecían tener otra memoria y escritura que aquellas cuerdas anudadas llamadas quipus. Y su relato era como ver un tapiz por el envés, asistiendo a los entrelazos de la trama.

Sin duda que su nombre, Quispi Quipu, nudo libre, no era casual, del mismo modo que no lo era el de Huáscar, que en quechua quería decir maroma o cadena, en alusión a aquella monumental serpiente de eslabones de oto que el padre de ambos, Huayna Cápac, había mandado hacer para conmemorar el nacimiento de su primogénito. Quizá temiese este emperador que los varones despeñaran al país en innumerables degollinas, y aquella mujer estuviera destinada a cumplir su propia misión. Porque ellas desempeñaban a menudo un papel tan combativo como el de los hombres en el embrollo de líneas bastardas, descendencias cruzadas y disputas genealógicas de los incas. Si éstos peleaban en los campos de batalla, no menos feroces eran las intrigas de las princesas en los palacios.

A ella misma le fueron concedidas pocas ocasiones para tales intrigas, siguió contando aquella mujer en un tono monocorde, sin apenas dejar traslucir emoción alguna. En las guerras civiles entre sus dos hermanos que siguieron a la muerte de su progenitor, ella estaba en Cuzco con el perdedor, Huáscar. Cuando Francisco Pizarro entró en la capital, sólo tenía doce años. En un principio, los españoles la respetaron, por ser tan tierna. Además, acababan de nombrar Inca a su tercer hermano, Manco Cápac, que le tenía gran afecto.

Dos años más tarde, la farsa de Manco como inca títere no se sostenía. Lo humillaban como a un prisionero, maltratándolo de continuo para que les revelara el paradero del tesoro de los incas. Y en especial el Punchao, el idolo del sol naciente esculpido en oro, que estaba en su templo de Cuzco. Los naturales lo habían escondido de la codicia de los españoles.

Para que no lo siguieran maltratando, Manco les prometió traerles más oro del que podían imaginar si lo dejaban en libertad para ir a buscarlo. Así lo hicieron finalmente. Pero en lugar de regresar con el tesoro de los incas, reunió un numeroso ejército con el que puso cerco a la capital durante más de un año.

Se detuvo la anciana al evocar aquel triste momento, pensando sin duda en la aciaga suerte de la hermosa ciudad donde se encontraban. Primero saqueada por las tropas de Quito comandadas por Atahualpa. Luego, por los españoles. Más tarde incendiada por los incas rebeldes. Maltratada, finalmente, por los conquistadores.

Pero no tardó en sobreponerse y recuperar su tono impasible.

Al cabo de un año, Manco levantó el cerco para internarse en las sierras del noroeste, a treinta y cuatro leguas de Cuzco. Y mientras él se hacía fuerte en Vilcabamba, ella quedó abandonada en una ciudad donde había sido princesa. Ahora la capital se hallaba en manos de los españoles, que la transformaron de arriba abajo, convirtiendo los palacios de los Incas en sus mansiones particulares, y los antiguos templos en iglesias o conventos.

Lejos quedaban aquellos días en que su padre había sido señor de todo aquel reino y nadie de fuera del círculo de la familia real podía tener trato, palabra ni contacto alguno con ellas, las princesas. Ahora malvivían medio muertas de hambre, infestadas por la sífilis. A menudo, cuando iba por la calle, Quispi Quipu tenía que volver la mirada para no ver a sus parientes o sus antiguas compañeras de juegos infantiles convertidas en prostitutas para sobrevivir. Ella misma hubo de merodear por la ciudad a la deriva, procurando no ser reconocida, yendo de casa en casa con un cuenco y una vela, en busca de un puñado de maíz tostado con el que sustentarse.

Si se libró de correr la misma suerte de sus compañeras nobles, fue porque contó con la protección del obispo de Cuzco, que supo quién era al socorrerla en una de estas caridades. Tan terrible situación le movió a escribir a Carlos V para mediar por ella. Tuvo el emperador uno de sus raros ataques de generosidad, menos frecuentes en él que los de gota. Y así fue como le devolvieron las ricas tierras que habían sido de su madre. Con esa dote, el prelado le aconsejó que se casara con un español en busca de fortuna, alguien retirado de ambiciones, que la protegiera. Ella le dio largas, no tenía prisa por caer bajo la tutela de otro dueño.

Gracias a su nueva situación pasó a vivir de acuerdo con su rango, y se sintió con ánimos para reanudar los mensajes y contactos con su hermano Manco Cápac, que se hallaba en Vilcabamba, y con el que se sentía muy unida, hasta el punto de que él llegó a bajar en alguna ocasión de incógnito, para mantener varios encuentros. Durante uno de ellos le expuso un atrevido plan que iba a cambiar su vida y que debía mantener en el mayor de los secretos. Tanto, que nunca se lo había contado a nadie. Ni se lo desvelaría ahora a él, a Diego de Acuña, de no obrar en su poder aquel quipu rojo, pieza imprescindible para tales designios.

Un año después, todo se precipitó, continuó contando Quispi Quipu. Su hermano Manco fue asesinado por unos españoles a los que había acogido con ánimo de negociar, y que lo apuñalaron delante de su segundo hijo, Tito Cusi. Éste sólo contaba diez años de edad y nunca olvidó aquella terrible escena, pues también trataron de matarlo tirándole un tajo que lo alcanzó y le dejó una gran cicatriz.

Quispi Quipu recibió la noticia puntualmente en una de las embajadas clandestinas desde Vilcabamba. El mismo mensajero que la informaba de la muerte de Manco le traía un último recado suyo, con instrucciones muy precisas para el fruto de los encuentros que había mantenido con su hermano poco antes.

Diego de Acuña se había quedado muy sorprendido al escuchar esto, creía no haber oído bien. Pero sí, la viejecita se lo confirmó. Estaba hablando de un hijo suyo y de Manco Cápac. Los reyes incas se casaban con sus propias hermanas, para asegurar la línea más directa y de mayor legitimidad. El mensaje de su difunto hermano le encomendaba que mantuviera consigo y en secreto a ese hijo que había engendrado en ella para preservar la estirpe de los reyes incas, por si caía Vilcabamba.

Su esperanza era tener un varón. Pero lo que nació del vientre de Quispi Quipu fue una niña. Al principio, le pareció un contratiempo que fuera una mujer. Luego se dio cuenta de que si llegaban a

morir los tres hijos de Manco Cápac que resistían en Vilcabamba, aquella niña sería más fácil de preservar y no se perdería el linaje, que retoñaría de su mano como un nuevo Punchao, el sol naciente. A las mujeres no era tan raro perdonarles la vida para casarlas con españoles, un pretexto legal que permitía acceder a sus tierras y posesiones.

Calló un momento Quispi Quipu para mirar a Diego. No estaba desbarrando —le aseguró—, sino contestando a la pregunta que le hiciera en un principio. Porque aquella hija suya con Manco era la joven que él había salvado del acoso de los soldados de Martín de Loyola.

Se llamaba Sirax. Y ese quipu rojo que ahora tenía Acuña era el que le había encomendado su hermano en su mensaje póstumo, el Yahnar quipu, el nudo de sangre que acreditaba los vínculos de aquella descendiente con la casa real. El símbolo de legitimidad para el heredero, el legado que pasaba de uno a otro, y que cada cual debía actualizar según lo sucedido durante su reinado. Por allí enfilaban sus secretos, que en aquel preciso momento se centraban en las previsiones de Manco Cápac para que no se perdiera su línea dinástica.

«El Plan del Inca», se dijo Sebastián, interrumpiendo la lectura.

Volvió a tomar el lápiz y sacó la hoja con el esquema de su padre.

«Otra mujer —pensó—. Quizá vamos llegando ya al pleito en el que andamos metidos».

Y añadió en el lugar correspondiente a la hija secreta de Manco y Quispi Quipu:

Huayna Cápac (el último Inca antes de Pizarro y padre de):

—Huáscar (ejecutado por orden de Atahualpa)

—Atahualpa (ejecutado por Pizarro)

—Manco Cápac (primer Inca de Vilcabamba y padre de):

—Sayri Túpac

—Tito Cusi

—Túpac Amaru (el último Inca de Vilcabamba)

—Quispi Quipu: Sirax

«¿Qué es, entonces, el Plan del Inca? —se preguntó—. ¿Y qué tiene que ver con el que achacan a los jesuitas ahora, dos siglos después? Porque así es como llaman a esa Monarquía Cristiana del Perú, el proyecto de la Compañía para independizar América del Sur».

Sin duda quienes estaban actuando en el presente con violencia tan extremada tenían alguna respuesta a estas preguntas.

No se le iba de la cabeza la conversación de los dos marinos sobre aquel pasajero que había subido a bordo en una silla de manos y a quien suponía propietario del equipaje con el cabriolé verde. Lo que estaba leyendo le apremiaba a localizar al individuo en cuestión, que debía conocer las claves de todo aquello. Tan cierto como eso era, sin embargo, que carecería de una perspectiva adecuada hasta concluir aquella Crónica. Tarea ardua, aunque cada vez se encontrara más familiarizado con su letra.

Ése era el dilema en que se debatía. En cualquier caso, estaba cansado, el cuerpo entumecido por la humedad, los ojos enrojecidos por la lectura. Y debía seguir conociendo el barco. Si tenía que arriesgarse, era mejor hacerlo en aquel momento, cuando nadie sospechaba de su presencia en aquel lugar. O eso creía él.

## El Dilema

Sebastián decidió aventurarse fuera de la bodega, subiendo hasta el sollado, que se extendía por encima de ella a lo largo de la línea de flotación. Carecía por ello de aberturas al mar, dividiéndose en paños, compartimentos separados por mamparas, para almacenar provisiones, las pertenencias del escribano, las herramientas del calafate, el carpintero u otros oficios.

Al estar más transitado que la bodega, debía proceder con una cautela extrema.

Se hallaba el ingeniero junto a la escalera de proa cuando oyó en los peldaños el tamborileo de unos pies que descendían, menudos y ágiles. Se escondió rápidamente tras unos baúles allí estibados, y desde su improvisado observatorio vio pasar a un niño que rondaría los diez años. Con toda probabilidad bajaba desde la segunda cubierta, la de la cocina, pues llevaba una bandeja de comida. Se dirigía hacia popa. Y tras él iba la gata, por si caía algo en el camino.

No tardó en observar una extraña conducta en el muchacho. Porque al llegar a la altura del palo mayor abandonó el sollado valiéndose de la escalera que allí había, para subir hasta la primera cubierta, como si quisiera evitar algún encuentro inesperado. Por el contrario, la gata pretendió seguir el trayecto más lógico, sin dejar aquel nivel, y se quedó maullando en dirección a Sebastián de un modo que bien a las claras manifestaba su desconcierto.

Poco después, volvió a bajar el muchacho hasta el sollado, tomando de nuevo el camino hacia la popa. La impresión que producía era que trataba de despistar a cualquiera que hubiese podido verle.

Aquello era tan extraño que el ingeniero decidió seguirlo hasta donde le fuera posible.

No consiguió ir muy lejos. Pronto se interpuso un tabique de madera. El niño llamó con los nudillos para que le abriesen desde el otro lado. Apareció entonces uno de los guardianes de la santabárbara y le hizo señal de que entrase, cerrando la puerta tras él.

«Muchas precauciones son éstas —se dijo Sebastián—. ¿No será ése el lugar dónde va el misterioso pasajero del que hablaron los dos marinos?».

Imposible saberlo, por el momento. Decidió dar por concluida la primera exploración fuera de la bodega, para volver a ella y a su escondrijo.

Una vez allí, se dispuso a continuar la lectura de la Crónica, interrumpida en aquel punto en que la hija de Huayna Cápac, Quispi Quipu, declaraba a Diego de Acuña la identidad de la joven india a quien había salvado del acoso de los soldados españoles.

La anciana intentó cumplir lo mejor posible el encargo hecho por su hermano Manco Cápac en previsión de su muerte. Los enviados de éste le habían encarecido que mantuviera al hijo de ambos aislado en su pequeña corte cuzqueña, donde sólo se hablaba quechua y se observaban escrupulosamente las costumbres de los antiguos incas. Le pedían que educara al heredero en los usos de su pueblo, evitando la contaminación por los invasores.

Cuando nació el descendiente y resultó ser una niña, se dio cuenta de que aquellos propósitos resultarían más difíciles de cumplir. No por su parte, pues Quispi Quipu se había negado en todo momento a aprender el idioma español, sino por las circunstancias. Y en especial por una nueva

guerra civil entre los invasores. Otra más, promovida con tanto brío y furia que parecía en ellos un estado natural de convivencia. Gonzalo Pizarro se alzó en armas contra Carlos V, acaudillando el descontento por las nuevas leyes para proteger a los indios, que limitaban los privilegios de los encomenderos. La sublevación fue aplastada y se instauró un nuevo orden.

Hasta ese momento había afrontado su suerte estoicamente. Pero ahora no estaba sola, tenía a su hija. El obispo de Cuzco, que la protegía, le aconsejó convertirse al cristianismo y casarse con un soldado español paisano suyo. Un veterano, viudo, que aportaba al matrimonio un hijo anterior, bien crecido. Era lo único que aportaba. Con el tiempo, llegó a tener con él un niño, que se llamó Pedro, como su padre, para no devanarse los sesos. Al menos, aquel hombre cansado de guerras la dejaba en paz, no se metía en sus cosas. Su único vicio era el juego. Desconocía por completo que ella hubiera tenido a Sírax con su hermano Manco Cápac, y tomaba a la niña por una más del frondoso e inescrutable vivero indígena de su mujer, de sus parientes o criadas.

Mientras contaba todo esto a Diego, la anciana debió de notar la impaciencia en sus ojos. El intérprete quería saber más de la joven, y le preguntó por qué le había puesto aquel nombre, que le sonaba a tejedora.

Ella le explicó que era un apodo por su habilidad con el telar. Sírax había llegado a conocer a la perfección la mayor parte de los tejidos, nudos y trenzados, incluidos los quipus.

Las cosas cambiaron en Vilcabamba tras la muerte de su hermano Manco Cápac, a quien sucedió el hijo mayor, Sayri Túpac. Concedor el virrey español de su buen talante, pidió ayuda a Quispi Quipu para que le ayudara a firmar la paz con su sobrino. Éste, que aún no había cumplido los veinte años, se rindió en 1557. Dejó en Vilcabamba a sus hermanos Tito Cusi y Túpac Amaru y recibió a perpetuidad, para él y sus descendientes, las tierras del valle de Yucay, cerca de Cuzco, que habían pertenecido a su abuelo, Huayna Cápac.

Para preservar la mayor legitimidad en el linaje, de acuerdo con la tradición, Sayri Túpac se había casado con su hermana, y necesitaron una dispensa especial del Papa, que negoció Felipe II. Pronto tuvieron una hija, de quien Quispi Quipu fue la madrina. Y como el nombre cristiano de ésta era Beatriz, ése fue el que recibió en el bautismo la nueva heredera, viniéndose a llamar así Beatriz Clara Coya.

«Mi padre ha puesto aquí una nota al margen», se dijo Sebastián interrumpiendo la lectura.

En efecto, Juan de Fonseca había escrito: «Ésta es la princesa que andando el tiempo se casó con Martín de Loyola, el sobrino de san Ignacio, y aparece en el grabado genealógico que vincula a los jesuitas con la casa real inca».

Ahora, el elenco estaba completo para el drama. Aquello era, con toda probabilidad, lo que habría querido mostrar su padre en El nudo gordiano, si la pieza de teatro se hubiese representado íntegra.

Volvió a tomar el lápiz, sacó la hoja con el esquema de Juan de Fonseca y colocó en su lugar correspondiente a la hija de Sayri Túpac:

Huayna Cápac (el último Inca antes de Pizarro y padre de):

- Huáscar (ejecutado por orden de Atahualpa)
- Atahualpa (ejecutado por Pizarro)
- Manco Cápac (primer Inca de Vilcabamba y padre de):
- Sayri Túpac (padre de): Beatriz Clara Coya
- Tito Cusi

- Túpac Amaru (el último Inca de Vilcabamba)
- Quispi Quipu: Sírax (hija secreta de Manco Cápac)

Aún continuó leyendo un buen trecho, hasta concluir la historia de Quispi Quipu. Todo se complicó en su vida a partir de 1561, cuando el joven Sayri Túpac murió en su encomienda de Yucay. Su hermano Tito Cusi, que se había quedado en Vilcabamba porque no se fiaba de los españoles, acusó a éstos de haberlo envenenado, rompiendo el tratado de paz.

Y ella se quedó en Cuzco atrapada entre las dos herederas que habrían podido reconocer los españoles: su sobrina nieta, Beatriz Clara Coya, de la que tenía que responder como madrina, y su hija Sírax, habida por ella misma con Manco Cápac, y cuya identidad debía mantener en secreto. Si la revelaba, quizá la matasen; si no la revelaba, quedaría apartada de la línea sucesoria.

En ese dilema, su guía fue el Plan del Inca esbozado por su padre Huayna Cápac y actualizado por su hermano Manco. Y su mejor garantía era aquel quipu rojo que en el momento presente obraba en poder de Diego, y cuyo alcance iba a tratar de explicarle, para concluir. También, para que entendiera el intérprete cuánto le comprometía su posesión.

Porque a todo ello había que añadir lo sucedido en el Perú tras la llegada del último virrey, Francisco Álvarez de Toledo. Un funcionario al filo de los sesenta años, avellanado, frío e implacable. Como cualquiera de sus antecesores, su primer objetivo era apaciguar el foco rebelde de Vilcabamba. Sin embargo, y a diferencia de ellos, tanto le daba conseguirlo por las buenas como por las malas, con tal de obtener una rápida y definitiva rendición de aquel reducto cuya existencia representaba una afrenta para su gobierno. Ahora, Quispi Quipu era prescindible. No la necesitaban como mediadora con sobrino alguno.

Para entonces ya estaba su marido enfermo. Aquel viejo soldado español que le habían impuesto no tardó en morir. Fue en ese momento cuando se enteró de que, lejos de haberle servido como protección, aquel hombre sólo le dejaba deudas. Ya tuvieron buen cuidado de hacérselo saber la nube de acreedores que apareció de inmediato para reclamarlas. Al no reconocerlas ella, pues no le constaban, la demandaron. Hubo cruce de apelaciones. Ir y venir de papeles a España a lomos de barcos y chupatintas. Aconsejada por quienes aún la querían bien, decidió apelar al mismo rey Felipe II. Hasta que, agotados todos los trámites, llegó el momento de dictar sentencia.

Ese día se había vestido con las topas españolas que su marido la había obligado a llevar cuando comparecían juntos en público, para no avergonzarse demasiado de ella. Aunque añadió un rebozo indio al que tenía mucho apego, ciñéndolo a su cuerpo enjuto para arroparlo.

En el tribunal, la hicieron esperar de pie. El abogado volvió a explicarle, en quechua, que su difunto esposo había hipotecado todas sus propiedades. Ella le contestó que si eso era cierto, lo hizo sin su conocimiento. Pero él le mostró papeles en los que figuraba su marca. Siempre aquellos paños blancos, en los que los españoles lo asentaban todo, con negros garabatos llenos de garras y patas, que parecían librar alguna batalla. Afirmó que la habían engañado. No hablaba español. Menos aún sabía leer o escribir. Se limitó a hacer lo que le ordenaba su marido.

El alcalde de la ciudad, que presidía el tribunal, le comunicó que todas sus propiedades debían ser embargadas para cubrir las deudas con sus acreedores.

Tres días, uno tras otro, acudió el pregonero de la ciudad de Cuzco a anunciar el remate ante su puerta. Tres días, uno tras otro, llegó a primera hora de la mañana, cuando ya esperaba la muchedumbre ante la austera fachada de piedra gris. Y desgranó, para vergüenza suya, la relación de

sus pertenencias, muebles y vestidos.

Fueron subiendo las pujas cuando aún permanecía dentro de la casa. Se había atrincherado, tras ordenar a su esclavo negro que atrancara las puertas y ventanas con lo que tuvieran a mano. Llamó a sus parientes para que la ayudasen. Hasta que una criada fue a comunicarle que su hijo Pedro acababa de abandonar la casa huyendo por las azoteas, dejándola sola ante aquel trance del desahucio. Esta noticia hizo que se derrumbara. Mandó quitar las barricadas y abrir la entrada principal.

Entonces fue cuando Diego la había visto salir, demudada, aún más frágil y encogida.

Hubo una razón añadida para su resistencia: pocos días antes un mensajero de Vilcabamba le trajo un recado de su sobrino Túpac Amaru. En él le comunicaba que su hermanastro Tito Cusi acababa de morir, siendo entronizado él como nuevo Inca. Y, sabedor de sus problemas y de la existencia de Sírax, reclamaba a ésta a su lado.

Por ello había salido la joven de casa, para reunirse de noche con los indios enviados por Túpac Amaru. Y entonces fue cuando Diego la había salvado del acoso. Era aquél un momento decisivo, el de poner en cumplimiento el Plan del Inca. Cuando ella, como había convenido con su hermano Manco Cápac, invistió a Sírax con el quipu rojo.

Ésa fue la razón por la que se quedó petrificada al verlo al cuello de Diego. Y pedía ahora al intérprete que le jurase, por lo más sagrado, que se lo devolvería a su hija Sírax en cuanto tuviera ocasión.

Cuando Acuña le preguntó cómo podría hacerlo, la anciana le aseguró que el quipu lo llevaría hasta la joven. No le era posible decirle cómo ni cuándo, pero podía estar seguro. Aquel talismán trazaba su propio camino, sirviendo como salvoconducto.

Debía hacerlo él, porque ella, Quispi Quipu, estaba obligada a permanecer en el Cuzco. Había apelado a Felipe II para recuperar sus posesiones, y no podía malograr el pie que tenía puesto en la legalidad española, gracias a su bautismo, el matrimonio con el soldado español y el hijo habido con él. Irse de aquella ciudad sería tanto como renunciar a todos esos sacrificios y al patrimonio de sus mayores, aceptando y reconociendo la legitimidad del espolio.

Allí terminaba el relato de aquella mujer, tal y como lo recogía Diego de Acuña. Éste había añadido, en un postscriptum, que Quispi Quipu sobrevivió pocos meses a tanta amargura. Él había estado en su entierro. Un millar escaso de indios acompañó por las calles de Cuzco el destantalado ataúd de la última hija superviviente del emperador inca Huayna Cápac, hasta depositarlo en el convento de Santo Domingo. Había pedido ser sepultada en su cripta, construida en las ruinas del Templo de Sol que los incas veneraban como el lugar más sagrado de todo su imperio.

«¡Qué triste historia!», pensó Sebastián cerrando el manuscrito encuadernado.

No permaneció mucho tiempo dándole vueltas. Antes bien, se dijo: «Creo que ha llegado el momento de entrar en acción».

Buscó en la cartera de cuero la carta que le había encomendado su tío Álvaro para que la hiciera llegar al archivero limeño. La metió dentro de la Crónica e introdujo ésta, a su vez, en la bolsa de hule que la protegía de la humedad. Y la escondió luego en un lugar seguro, teniendo buen cuidado de mantenerlo aparte y a distancia del lugar donde dormía, de modo que no la encontraran si descubrían éste.

Hechas estas providencias, se dispuso a subir al sollado. Su objetivo era el pañol del carpintero. Según uno de los marineros cuya conversación había sorprendido, allí se guardaba una maqueta del barco con los arreglos hechos para alojar a aquel pasajero que había subido a bordo en una silla de manos. Y, como ahora sabía, aquel compartimento se encontraba en el sollado, cerca de la escalera de proa.

Cuando asomó la cabeza para salir hasta aquel nivel no había nadie a la vista. Recuperó el farol, se deslizó hasta la escalera y se detuvo ante la puerta corredera del pañol del carpintero. Al abrirla y recorrer su interior con la vista observó el estricto orden que allí reinaba. Los tabiques que le servían de pared estaban repletos de cajones para guardar clavos, martillos, sierras y otros utensilios.

Sebastián los repasó con la vista hasta encontrar lo que andaba buscando. Bajo el banco, tapada por una tela, estaba la maqueta del barco. En ella aparecía el África seccionado por la mitad, a todo lo largo de la quilla, mostrando de ese modo sus entrañas.

Lo que más le llamó la atención fue una zona de la popa marcada con pintura roja. Eran las reformas que había tenido que hacer el carpintero para aislar uno de los dos camarotes de los capellanes.

—«¿Es aquí donde va ese pasajero al que tratan de esconder?», se preguntó.

Seguramente, pues coincidía con el lugar al que debía llevar la comida el pajecillo que vio con una bandeja. Se trataba del camarote de estribor, el que quedaba a la derecha de la popa del navío, mirando en dirección a proa. Como contaban con otro en el lado opuesto de babor, podían acomodar allí al cura de a bordo, dejando éste a disposición de quien se pretendía ocultar.

En ese momento oyó un ruido. Apagó el farol de inmediato, porque se escuchaban claramente los pasos de alguien que bajaba por la escalera de proa. Quizá se encaminase en la otra dirección.

Hubo de aceptar que venía hacia allí. Ya había notado algo raro al bajar los peldaños, un tamborileo distinto del habitual. Y ahora se lo confirmó el ruido que hacía el recién llegado al caminar sobre el suelo del sollado: era un renquear desacompañado y asimétrico que se detuvo ante la puerta del pañol donde él se encontraba.

Sebastián se escondió a toda prisa bajo el banco donde estaba la maqueta del barco, tomó la tela que antes la cubría y se tapó con ella. Agarró, además, un afilado formón, para utilizarlo como arma improvisada si fuera necesario.

Se temió lo peor cuando oyó murmurar a aquel individuo:

—¿Quién habrá dejado entreabierta esta puerta?

La terminó de descorrer el recién llegado, entró en el pañol, puso el farol sobre el banco y se dedicó a examinar el lugar. Por la familiaridad con que lo hacía, no era otro que el propio carpintero.

Debajo del banco, el ingeniero levantó uno de los extremos de la tela que le cubría y desde su escondrijo pudo ver que el visitante sólo tenía una pierna, apoyando la otra en una pata de palo.

El intruso volvió a coger su farol, un martillo y unos clavos y se dispuso a irse. Se preguntó Fonseca cómo se las arreglaría él para salir de allí si lo dejaba encerrado. Se tranquilizó, pensando que herramientas no le iban a faltar.

Y ya se disponía el carpintero a correr la puerta cuando apareció un huésped inesperado. Era la gata, en su incesante patrullar.

—Vamos, Luna, sal fuera, que tengo que cerrar —le ordenó el carpintero.

Pero la gata no hizo ningún caso. Entró en el pañol y empezó a cabecear, alzando la nariz en

dirección al banco bajo el que se escondía Sebastián. Algo había olisqueado.

Se dirigió hacia él a tiro derecho. Adelantó la zarpa para tantear la tela y tiró de ella. Asustada por la caída del lienzo, que se le venía encima, la gata salió como alma que lleva el diablo. Y dejó al ingeniero al descubierto, ante los asombrados ojos del carpintero, quien reaccionó de inmediato atrancando la puerta por fuera.

## Sobrevivir a Bordo

Los dos soldados que custodiaban a Fonseca lo subieron hasta la cubierta del alcázar de popa y lo introdujeron en la cámara alta. En la mesa aguardaban con gesto adusto el capitán Valdés, que mandaba la nave, y su segundo oficial, dispuesto a tomar nota de cuanto allí se dijese. Comprobó, desazonado, que también se hallaba presente el marqués de Montilla. Su mortal enemigo no podía ocultar su satisfacción y, a diferencia del sobrio uniforme del comandante, había acudido con espadín, reloj de oro y otros adornos.

En un rincón, ajena a todo el estropicio organizado por ella, la gata Luna se acicalaba con parsimonia bajo la vértebra de ballena que le servía de cobijo.

Entró el carpintero. Y lo que más sorprendió a Sebastián fue que al responder a las preguntas del consejo no mencionase la maqueta del barco junto a la cual le encontraría. Caso de hacerlo, habría complicado la situación del ingeniero. Aquel hombre era quien más agraviado podía sentirse por la invasión de sus dominios, quien contaba con mejores razones para acusarle y esquivar así cualquier responsabilidad. Sin embargo, parecía no querer testificar contra él.

«¿Me está protegiendo? —se preguntó—. ¿Y por qué habría de hacerlo? Es muy extraño».

Llegó en ese momento el contramaestre, solicitando permiso para entregar la cartera de cuero encontrada en el lugar de la bodega donde se escondía Sebastián.

Se tranquilizó el ingeniero al comprobar que no habían hallado la Crónica, y se felicitó por su previsión de ponerla aparte, en su propia bolsa de hule.

El comandante sacó la carta de Onofre Abascal recomendándole dejar la Península. Y tras leerla se la pasó a Montilla y al segundo oficial, para que tomara nota de ella.

—Señor de Fonseca —dijo Valdés—, en ese documento se apunta como destino las islas Canarias. Desde luego, no menciona este barco. Quizá usted mismo pueda explicar su presencia a bordo.

Sabía bien Sebastián que nadie iba a creer sus palabras. Sin embargo, tenía que intentar algún pretexto plausible.

—Quedé atrapado entre las jarcias que entregaba mi obrador, me golpeé y caí sin sentido. Cuando desperté ya estaba encerrado en la bodega.

—No esperará que nos traguemos esas patrañas —intervino Montilla, con furioso desprecio.

Valdés atajó al marqués para proseguir con sus preguntas, manteniendo todas las formalidades:

—¿Y por qué no se mostró a nosotros tan pronto volvió en sí?

—Por lo que está sucediendo ahora —señaló a Montilla—. Porque nadie iba a creerme. Esperaba una ocasión propicia para dejar el barco, un puerto próximo, si el destino era cercano. Podrían haber sido las propias Canarias, donde suelen hacer escala las naves que parten de Cádiz...

Tampoco resultaban de recibo semejantes excusas, y empezaron a discutir qué hacer con él. Montilla era partidario de dejarlo con algunas provisiones en una isla abandonada, donde al desembarcar no comprometerían el secreto de su misión. Pero el comandante se negó en redondo:

—Este hombre es un militar, un oficial de ingenieros. Lo entregaré en Tierra Firme, para que interpreten esta carta como consideren oportuno, y lo reciban allí o bien lo embarquen en un navío

que regrese por las islas Canarias.

Accedió Montilla a regañadientes:

—Sea, a condición de que haga el resto del viaje amarrado en el sollado, con grilletes.

Valdés le contradijo de nuevo.

—Pienso entregarlo sano y salvo, no hecho una piltrafa.

Quando hubieron terminado de dar forma legal al acto y firmado los presentes, Valdés esperó a que todos saliesen para pedir a Sebastián que lo acompañara a su camarote. Tuvo allí la deferencia de servirle vino y embutidos, tranquilizándolo respecto a su suerte.

—Espero hacer el resto del viaje sin contratiempos o problemas con algún buque inglés. Andamos en guerra con ellos, y se rumorea que han preparado una flota para atacar nuestras posesiones en América.

—Comandante, ¿puedo preguntarle a dónde nos dirigimos?

—Ya lo dije. Tierra Firme vale tanto como Panamá.

—¿Cuánto nos queda de viaje?

—Mes y pico si no hay novedad. Una vez que desembarque allí la expedición científica que llevamos a bordo y parte de la tropa, lo entregaré a las autoridades españolas.

—Si deciden devolverme, ¿regresaré con usted?

—No. El África se queda allí de momento. En el viaje de ida tengo instrucciones de no entablar combate bajo ningún otro concepto que no sea la estricta defensa. Pero tras haber desembarcado a esas tropas y los civiles, ya será harina de otro costal. A partir de ese momento pasaremos a la ofensiva, entorpeciendo los planes de los ingleses para el lago de Nicaragua y río de San Juan, donde los comerciantes de Londres pretenden abrir un paso entre los océanos. También abordaremos toda nave sospechosa y perseguiremos el contrabando.

Con esta muestra de confianza, creyó el comandante Valdés que podía volver a la carga. Y lo hizo mirándole directamente a los ojos mientras le decía:

—Yo soy nuevo en este navío, he debido encargarme de él a última hora, y no me he hecho todavía con su tripulación ni todo lo que sucede a bordo. De manera que se lo preguntaré otra vez: ¿cuáles han sido sus verdaderas razones para embarcarse como polizón?

O sea que Valdés no había creído ni una de sus palabras, aunque no lo manifestara en público. Seguramente para no seguir el juego de Montilla, por más que simulase respetar su opinión, debido a las influencias del marqués cerca de la corte y del secretario de Marina. Evitaba así tensar las relaciones con alguien que contaba con su propia gente, aquellos cincuenta hombres de la expedición científica. La convivencia en un barco durante tanto tiempo tenía que ser complicada. Estaban entre caballeros y debían guardar las apariencias.

Durante unos segundos Sebastián mantuvo la mirada y consideró la posibilidad de contarle lo sucedido. Le parecía aquel hombre de fiar, y allí se estaba abriendo ante él una oportunidad única para entrar a fondo en los secretos de aquel navío, y en especial del pasajero que transportaban con tantas precauciones.

«Pero ¿qué le digo? —pensó—. ¿Que a bordo va el asesino de mi padre? En mi situación, ¿estoy en condiciones de acusar a alguien?».

Calibró lo arriesgado de esa confidencia, la complicada historia que había detrás, la reacción de Montilla. Y, en última instancia, concluyó: «Tiempo tendré de decírselo cuando conozca mejor en

qué terreno me nuevo».

De modo que prefirió guardar silencio, reafirmando en su versión inicial.

—Ya se lo he dicho, comandante.

Movió la cabeza Valdés, muy contrariado. Cerró la botella de vino con un seco golpe en el tapón y remató, frío, cortante:

—Me decepciona, Fonseca. Creo que conoce al marqués de Montilla, quien sin duda librará su propio informe de cuanto aquí suceda. No puedo ser más condescendiente con usted. Y como responsable último de este barco, y ahora de su persona, he de pedirle que se atenga estrictamente a las normas que le expondrá el contraмаestre. Nada podré hacer si comete usted la más mínima imprudencia. Porque no sólo está Montilla, sino toda su tropa, y la propia tripulación. Usted es militar, sabe bien que deberá ganarse su respeto. Y no le resultará fácil. Los hombres de mar llevan una vida muy dura, no les gustan los polizones. Ahora, preséntese al contraмаestre para que le provea de un equipo reglamentario y le asigne un hueco donde dormir.

No exageraba. Pronto tuvo oportunidad de comprobar la escasa simpatía de los marineros hacia los polizones. Era el contraмаestre hombre de muy malas pulgas, un gallo viejo, duro de espolones. Tras hacer esperar a Sebastián, volvió con un vestuario completo, que fue entregándole junto con un petate.

Luego lo llevó hasta el lugar donde tendría que acomodarse. Bajaron a la segunda cubierta por las escaleras cercanas a la proa. El cocinero, pinches y marmitones los vieron pasar mientras atizaban el fuego del panzudo fogón de hierro, asentado sobre las zapatas que reforzaban la robusta tablazón del suelo.

Pero no se detuvieron. Su guía descendió por el siguiente tramo de la escalera hasta llegar a la primera cubierta, la más honda, que se extendía sobre el sollado. Se internaron hacia el fondo, en dirección a proa, junto al palo de trinquete. Llegados a éste, el contraмаestre le señaló un sombrío agujero, apenas iluminado por la luz de un farol. Su llama vacilaba debatiéndose en espasmos agónicos por la falta de aire respirable. Imposible asignarle un lugar más incómodo.

Al llegar la noche pudo comprobar la estrechez del lugar. Todo él andaba muy embarazado por los cañones de la primera batería. Y entre las piezas de ésta tendían sus coyotes los marineros, balanceándose como jamones al oreo. Estaban apretados unos contra otros, sin dejar otro resquicio que un pasillo para el tránsito, tan estrecho que debían recorrerlo de perfil.

Mientras se dirigía hacia su hamaca pudo notar la hostilidad en las miradas. Y por los comentarios que escuchó tuvo la seguridad de que Montilla había hecho correr entre los suyos la especie de que llevaban a bordo un señorito al que convenía bajar los humos.

Enseguida reparó en aquel individuo del gorro rojo. Bracamoros, lo llamaban. Estaba flanqueado por un compinche mequetrefe, Zambullo, y otro gordo y bajo, a quien por su aspecto apodaban Tonelete. Era Bracamoros el que más recio hablaba, amparado en su enorme corpachón, tan alto y ancho que parecía no haber en su coy.

Avanzaba Sebastián por el estrecho pasillo, medio encorvado, para no dar con la cabeza en las vigas. Y al pasar junto a su puesto, el gigantón le puso la zancadilla. Trastabilló el ingeniero, que intentó guardar el equilibrio, entre las risas de los componentes de la expedición. Y consiguió no caer.

No se inmutó. Continuó andando, como si nada hubiese sucedido.

Cuando llegó a su agujero, intentó montar la hamaca. Mientras llevaba a cabo estas operaciones, su cabeza no paró de maquinar. Aquel grandullón del gorro rojo parecía ser el gallo del corral, aunque el cerebro quizá lo pusiera Zambullo y las gracias corrieran por cuenta de Tonelete.

Sebastián tenía muy claro que no duraría mucho si no les plantaba cara. En el momento en que se apagaran los faroles, se encontraría en un espacio con el que no estaba familiarizado. Y su vida no valdría un camino.

El problema era el entumecimiento y la debilidad: aún no se había recuperado de su estancia en la bodega.

Tomó una decisión. Tras dejar montada la hamaca, desanduvo el camino, para subir a cubierta.

Al pasar a su altura, por el estrecho pasillo, Bracamoros hizo amago de volver a ponerle la zancadilla, y bastó este simple gesto para que sus compañeros lo celebraran con grandes risotadas.

Pero Sebastián no se había limitado a esquivar la pierna del bravucón. Había tomado buena nota de cada detalle.

Cuando salió a cubierta, la paseó arriba y abajo, llenando los pulmones de aire limpio, y tomando aliento antes de bajar. Para entonces, ya había trazado un plan.

Tan pronto asomó en el enrarecido dormitorio, su vuelta fue acogida con siseos y burlas de los expedicionarios de Montilla, que le hicieron temer lo peor. No se equivocaba. Al llegar a la altura de Bracamoros, éste le dijo, contoneándose e imitando los gestos de un petimetre:

—¿No puede dormir el señorito? ¿No le gusta nuestra compañía?

Sebastián se detuvo, se irguió cuanto lo permitía la estrechez del techo y se acercó a él. Cuando se le enfrentó, cara a cara, sus narices estaban tan cerca que casi se tocaban. Y alrededor suyo se hizo un silencio absoluto. Entonces, con total dominio de sí mismo, sin ninguna prisa ni atropello, dijo al gigantón, masticando las palabras sílaba a sílaba:

—No me gustan los bravucones...

Hubo un respingo de asombro contenido que estalló en apresurados comentarios cuando añadió:

—Y no me gustas tú.

El golpe que lanzó Bracamoros contra Sebastián podría haberlo descabezado de no apartarse con un rápido movimiento. El mismo quiebro que le permitió apalancar las piernas de su adversario sin darle tiempo a reaccionar. Luego, aprovechando el propio impulso de su atacante, que lo había desequilibrado, le propinó un puñetazo en pleno rostro, haciéndolo caer dentro de su hamaca.

Una vez allí, no le dio tregua ni un instante. Utilizó el coy como una honda. Estiró con todas sus fuerzas del extremo que tenía más cerca, y lo balanceó hasta hacerle cobrar impulso. Cuando estimó que era suficiente, lo soltó, y su contrincante salió despedido, estrellándose contra un cañón.

El impacto fue terrible. La cabeza de Bracamoros sonó como una sandía al abrirse de golpe. Y la hamaca cayó sobre él, desmayada y cubierta de sangre.

Nadie se movió. Tal era la conmoción de la marinería. Sebastián no perdió la compostura. Dio la espalda al magullado adversario y se dirigió con calma hasta el puesto que le habían asignado. No tuvo necesidad de abrirse paso. Los hombres se apartaban solos. Una vez allí, se volvió hacia los expedicionarios y les dijo:

—¿Qué clase de compañeros sois vosotros? Ya que tanto os divertíais con él, al menos podríais socorrerle.

Con parsimonia se descalzó y puso sus botas bajo el coy. Comprobó entonces que no era fácil subir a la hamaca. Si se tomaba poco impulso, no se llegaba arriba. Y si se tomaba demasiado, se caía por el otro lado.

«No la vayamos a fastidiar ahora que los tengo apaciguados, y me dé el costalazo del novato», pensó.

Hubo de aprender a subir primero una pierna, luego impulsarse con la otra y darse la vuelta calculando bien el espacio donde tumbarse, para no desequilibrar el coy. Y desde allí, estirándose y encogiéndose, como lombriz que avanza o persona que nada, logró por fin asentar la cabeza en la almohada.

Apagaron la luz. Comenzó entonces la titánica tarea de conciliar el sueño entre aquel desconcierto de ronquidos y otras sinfonías más desapacibles. No iba a resultar fácil dormir en aquel horno enrarecido, al que ni siquiera aliviaban las mangas de ventilación. Carente del más mínimo oreo, un vaho espeso, un hedor pestífero, como de muladar, abofeteaba las narices.

Se apiñaban allí más de doscientos hombres. Todos expeliendo los malos humores y tufos que el cuerpo produce en tales circunstancias. Las hamacas estaban tan juntas que se podrían coser unas a otras sin moverlas una pulgada. Y se barruntaba el gran trajín de piojos, pulgas, chinches y otras plagas de bestias menudas.

En este duermevela, mientras trataba de conciliar el sueño entre el rechinar de las cuadernas de barco, se acordó de la Crónica, que había dejado escondida en la bodega. Tenía que recuperarla. Echaba de menos aquellos momentos en que se sumergía en otras vidas, cuya larga sombra aún se prolongaba sobre los Fonseca. Pero, sobre todo, debía conocer la continuación de la historia.

Por otro lado, allí dentro, en aquélla o en la otra cubierta, iba el asesino de su padre y de su tío. Aún no calibraba el peligro al que se expondría mientras estuviese en cubierta o demás lugares frecuentados. Pero sí el riesgo de alguna cuchillada en lo más solitario y apartado del barco, algún empujón para arrojarlo al mar en un momento inadvertido o el ataque en plena noche. Y nadie iba a socorrerlo en tal caso.

Su primer objetivo ahora sería sobrevivir durante las próximas semanas.

## La Máquina del Viento

Apenas pegó ojo en toda la noche. Y cuando ya se había dormido, de puro agotamiento, tuvo que levantarse bien de mañana. La primera necesidad fue ir a los excusados. Los jardines, como se decía a bordo. Vio con desolación que debía hacer fila, por contar sólo con cuatro para todos los marineros, y no estarle permitido a éstos utilizar las dos cabinas, reservadas a los oficiales de mar. Los mandos de guerra y el comandante tenían sus propios jardines a popa, unos retretes mucho más resguardados y cómodos, le dijeron.

Tras el alivio, preguntó cómo podía afeitarse. Le recomendaron, con sarcasmo, que si no tenía compromisos sociales ineludibles se esperara al sábado, día dedicado por todos al aseo más común. Y que encomendase esta tarea al barbero. Estaba acostumbrado al cabeceo del barco y por unas monedas se podía uno poner en sus manos sin demasiado riesgo de ser desollado.

Vino luego el desayuno, que era de chocolate. Y no del todo mal servido, aunque se echaban en falta más vasos en que remojar el bizcocho, harto duro. Se consoló viendo que no se quedarían cortos de carne fresca, a la vista de las cabras que andaban sueltas, los bueyes que mugían en un cercado de cubierta y las aves de corral enjauladas en los botes auxiliares. Pero no tardó en saber que estaban reservados a la oficialidad y a los enfermos.

La noche mal tenida y la falta de costumbre en la navegación le hicieron amodorrarse al sol contra un cañón de cubierta. Se durmió arrullado por el ruido de las olas, los cordajes que vibraban al viento, los crujidos de las maderas, los chillidos de las gaviotas... Todos aquellos beneficios del aire libre, cargado de salitre, que ya casi había olvidado.

Cuando se despertó, más despejado, miró alrededor para calibrar la tripulación repartida por todo el bateo. ¿Cómo saber quién era, entre ellos, el hombre al que buscaba?

La supervivencia en el viaje iba a depender de no dar un paso en falso, de dejar bien averiguada la nave con todos sus precisos recovecos, escaleras y cubiertas, horarios y costumbres, para que no le sorprendieran de improviso. Y, una vez reconocido el terreno, localizar al asesino. O, en su defecto, aquel baúl con el cabriolé verde y el broche roto que había visto embarcar. A través del equipaje podría conocer su identidad y quizá sus propósitos.

Pronto vino el contra maestre a advertirle, con muy rudas maneras, que no estorbara a los marineros cuando andaban ocupados en el mantenimiento del buque. Tan pronto escuchara el silbato de señales para hacer alguna maniobra debía recogerse y dejar expedita la cubierta. Y en ningún caso podría pasar del palo mayor en dirección a popa. Todas sus necesidades a bordo las tenía cubiertas en la mitad del barco que daba a proa, y el quebrantamiento de esas órdenes estrictas le acarrearía muy graves consecuencias. Quedaba advertido.

Volvió, pues, Sebastián a su posición inicial, y a examinar a los hombres que se afanaban en la navegación. Mucha tropa era aquélla. En una primera estimación, calculó que la marinería rondaba los trescientos tripulantes. La guarnición de soldados no bajaba de los doscientos setenta. Y a ellos había que sumar al menos otros cincuenta, entre la expedición científica y otros civiles.

«¡Más de seiscientas personas a bordo! —resopló—. ¿Por dónde empezar?».

Aún andaba en estas dudas cuando sonó la campana que señalaba la comida del mediodía. Y hubo

de aprender que se hacía ésta por tumos, aparejando en cada cubierta unos tablones a modo de mesas y banquillos improvisados, entre los cañones, en los mismos huecos donde por la noche se montaban las hamacas. Llegada la hora, se agrupaban los tripulantes por ranchos, de entre ocho y doce hombres, que venían a coincidir con los servidores de cada cañón. Y uno de la mesa, el rancharo, hacía fila en la despensa, cargaba las raciones de todos, las llevaba al cocinero y una vez condimentadas las recogía en las perolas. Luego, bajaba hasta la cubierta donde le esperaban los compañeros, y la iba sirviendo en sus cuencos de madera.

Su problema era dónde comería él, que no pertenecía a ningún grupo. Hubo de esperar al final para tratar de conseguir su propia ración. Pero el cocinero se negaba a hacerlo, por no atenerse a la costumbre. Andaba en esos tiras y aflojas cuando llegó un muchacho, con su marmita:

—¿Qué pasa, señor? —preguntó a Sebastián.

El ingeniero creyó reconocer al paje a quien había visto llevar a popa la bandeja de comida, con mucho sigilo. Señaló al cocinero, que no quería servirle. Y éste se sintió en el deber de explicar:

—No está en ningún rancho.

—¿Es eso cierto? —preguntó el niño a Fonseca.

Asintió éste.

—Comerá con nosotros. Le haremos un hueco... Ponme aquí su ración —dijo al cocinero señalando la marmita.

Mientras bajaban hasta la mesa, Sebastián intentó ayudarle con la perola. Pero el niño se negó:

—Me arreglo bien, no se preocupe. Me llamo Miguel, y soy paje de escoba y de la pólvora —explicó con una sonrisa que, a pesar de estar velada por una sombra de tristeza, le iluminaba la cara.

—¡Paje de escoba y de la pólvora! —se admiró el ingeniero—. Dicho así suena como un título nobiliario.

—Es que cuando no hay combate he de barrer la cubierta, pero cuando toca cebar los cañones llevo los cartuchos de pólvora desde la santabárbara —respondió con esa absoluta seriedad de los niños arrastrados a llevar vida de adultos.

Llegaron ante la tabla que servía de mesa a sus compañeros de rancho. Cuando éstos vieron a Sebastián, nadie se movió en el asiento para hacerle sitio. Hasta que se oyó una voz que le resultó familiar que dijo:

—¿Es que habéis olvidado la vieja hospitalidad?

Era el carpintero, Hermógenes. Escucharon sus palabras con respeto, pero nadie se movió ni una pulgada. Tuvo que ser Miguel quien le cediera su lugar en el banco mientras él se acomodaba entre dos marineros. Nada dijeron éstos al muchacho, al que parecían tener gran afecto.

Comieron en silencio. Fonseca fue el primero en levantarse para ayudar al pequeño Miguel a recoger los cuencos y la marmita mientras los hombres desmontaban las improvisadas mesas y se dispersaban.

Sebastián aprovechó entonces para acompañar a Hermógenes hasta su pañol. Y cuando hubieron entrado en él le preguntó:

—¿Por qué me dejó encerrado primero, pero luego no declaró contra mí?

—Porque al principio no sabía quién era usted.

—¿Me conoce, entonces?

—Conocí a su padre, que se portó muy bien con mi familia. Removió cielo y tierra cuando yo era un mocoso para que me permitieran entrar como grumete en un navío de la Armada, junto con otros dos compañeros.

Aquella historia le sonaba a Sebastián.

—¿No sería uno de ellos Paco el Soguero? —preguntó.

—El mismo —respondió Hermógenes—. Y el tercero, el padre de Miguelito. Juan de Fonseca atendió a nuestras familias cuando fuimos reclutados tres de los muchachos de aquellas tierras que entonces le pertenecían. Paco trabajaba en las gavias, el padre de Miguelito era carpintero y yo su ayudante. En un combate, éste murió, y yo quedé herido. Paco fue quien salió mejor librado. Se retiró a los astilleros y, junto a mi pierna, yo perdí el mejor amigo. Cuando me ofrecieron ocupar el puesto del padre de Miguel, no lo dudé. Le había prometido que también me haría cargo de su hijo. Todavía es paje, pero será un gran marinero. No tiene malicia, se desvive por cumplir bien su trabajo para poder pasar a grumete y a gaviero cuando crezca.

Se acordó Sebastián de lo que le contara su tío Álvaro, de la carta que confió a Paco el Soguero para que la hiciese llegar a Lima a través del primer barco que zarpara rumbo al Perú.

—¿Fue usted quien en mil setecientos sesenta y siete llevó a Lima un aviso que le confió Paco?

—Sí, eso fue en septiembre de mil setecientos sesenta y siete. La carta llevaba un nombre...

—¿Gil de Ondegardo?

—Eso es. Inconfundible el apellido. Aunque yo me limité a entregarla al padre portero de San Pablo, la casa de los jesuitas.

—Le agradezco la confianza. Y, viniendo a lo que sucede en este navío, ¿por qué está tan preocupado el comandante Valdés?

—No conoce a la tripulación, que tampoco lo siente como suyo. Se ha incorporado al barco a última hora.

—¿Y el anterior capitán?

—Tuvo un accidente, y el segundo oficial esperaba ser nombrado para sustituido. Pero llegó este encargo de la noche a la mañana y hubo que cambiar muchos planes, entre ellos los míos, porque me negaron el permiso que tenía para quedarme en tierra. Luego están ese tal marqués de Montilla, el segundo oficial y el contraestre, que le hacen mal ambiente a Valdés, a pesar de que se trata de un marinero muy hábil.

—¿Da mucho trabajo el África? —preguntó Sebastián señalando la maqueta que había bajo el banco.

—No es mal barco, aunque sobrelleva mal que se trabaje a barlovento.

Y al irle explicando Hermógenes sus hechuras fue entendiendo Sebastián el monumento al ingenio humano que representaba un navío de setenta y cuatro cañones. Equivalía a una pequeña población flotante, con sus ciento noventa y seis pies de largo y cuarenta y ocho alcanzados en la parte más ancha. Cualquier espacio era aprovechado para las necesidades de una larga estancia.

Salieron a cubierta y le fue enseñando la variedad de maderas de que se componía. Allí, desparramados por aquella formidable mole y máquina del viento, se habían empleado más de tres mil árboles.

Mostraba el carpintero un conocimiento tan pormenorizado de su oficio que Sebastián se atrevió

a tantearle sobre la expedición científica que llevaban a bordo.

—No sé qué decirle, señor —le confesó Hermógenes rascándose la barba—. Ellos dicen que acuden en ayuda de una comisión anterior que está en el Perú desde hace dos años, para herborizar y conocer mejor el cultivo de algunas plantas. Y que llevan ahora un encargo del secretario de Marina para hacerse con un pino muy bueno para mástiles.

—¿Y usted lo cree?

—Los mástiles son la parte más costosa de un barco. Deben soportar el peso del velamen, que aumenta cuando llueve y está mojado. Han de resistir el tirón del viento y las tempestades más violentas. Sin un buen mástil, un barco no es nada. Los mejores vienen de Rusia y Polonia, y eso los encarece aún más. De modo que sería una gran noticia poderlos obtener en el Perú.

—¿Conoce a toda la gente que va en esa expedición de Montilla?

—A algunos. Cada cual viene de su lugar y doctrina.

—Y éstos que conoce, ¿son carpinteros?

—Sólo dos de ellos. Los demás ni siquiera entienden las palabras más comunes con que se nombra la tablazón. Tampoco saben darme las señas de muchos carpinteros de ribera que conozco.

—Bueno, quizá no lleven en la profesión tantos años como usted.

—Deberían sonarles sus nombres, porque la matrícula del personal de mar se actualiza a menudo, pata que se sepa quiénes están activos o retirados. También deberían conocer el censo de árboles de la bahía de Cádiz.

—O sea, que usted no se fiaría de ellos, ni de otros que van en este barco de tapadillo...

Trataba así Sebastián de llevar la conversación hasta el punto que le interesaba. Y aún hizo varios amagos para que Hermógenes le hablara de las modificaciones que había introducido en el camarote de estribor previsto para uno de los capellanes, donde temía que fuese el pasajero oculto. Sin embargo, el carpintero no entró al trapo, limitándose a responderle:

—Yo sólo le digo, señor, que de esos cincuenta expedicionarios, la mayor parte no son lo que dicen ser. Y si yo estuviera en su lugar, tomaría mis precauciones. ¿Conoce el nudo de saco?

—No. ¿Qué es, un truco?

—Sirve para saber si se puede confiar en los vecinos que duermen junto a uno.

Uniendo la acción a la palabra, tomó una bolsa que allí había y le enseñó a hacerlo.

—Como tantos otros, es muy sencillo una vez que se conoce. En apariencia se trata de un nudo llano, y quien abre la bolsa vuelve a cerrarla con esa variedad, sin advertir la diferencia con el que le acabo de enseñar. De ese modo, si usted la cierra con un nudo de saco y lo que se encuentra es un nudo llano, es que alguien ha estado rebuscando en sus cosas.

## Gente para Todo

Al cabo de los días había logrado hacerse una idea bastante ajustada de las costumbres del barco. Por la mañana reinaba gran actividad a bordo. Tras la comida del mediodía, las tardes eran más tranquilas. Hasta que se repartía una frugal cena, se apagaba el fogón y se iniciaba el cambio de guardia, para armar la nocturna, con sus relevos de modorra, modorrilla y alba.

Más difícil resultó hacerse con sus rincones. Tal y como le había prevenido Hermógenes, el navío de línea era todo un mundo. Fonseca había seguido con detenimiento las idas y venidas de la tripulación al sollado y la bodega. Tenía intención de visitar aquellos lugares lo antes posible, para recuperar la Crónica e inspeccionar los equipajes. El único modo de reconocer al asesino de su padre y de su tío pasaba por allí, localizando el baúl con el capote de cabriolé verde y el broche de plata roto.

El traje era tal que sólo le pareció factible por la noche. Y también entonces el riesgo sería muy alto. Durante ese turno se dejaban alistados los cañones de la batería alta, despojados de sus tapabocas, por si hubiera que repeler algún ataque de improviso. Moverse por cubierta en la oscuridad sería muy peligroso. Si no le descerrajaban un tiro, podrían verle. Y su enemigo, el marqués de Montilla, tendría una buena excusa para exigir que lo encerrasen el resto del viaje en el sollado, cargado de grilletes. No sobreviviría. Matarle sería la cosa más fácil del mundo.

Apenas podía confiar en otra ayuda que no fuera la de Hermógenes y Miguelito, con su comportamiento hartó humano, incluso infantil, como cuando hablaban de la gata del barco, su gata Luna. No sólo la tenían por muy ratonera y cumplidora de su oficio. Estaban orgullosos del animalito porque en una ocasión, cuando aún no andaban en guerra con Gran Bretaña, habían coincidido en puerto con un barco de ese país. Y estando las dos naves amarradas muy juntas, casi cubierta con cubierta, intentó abordarla el gato del navío vecino, rubio y a rayas, muy dispuesto y farruco él. No contaba con lo suya que era la gata, que no se avino a cortejos. Salió al encuentro de su pretendiente en la tabla que habían puesto para facilitarles el galanteo. Rechazó sus avances y lo despachó a zarpazos de modo tan fiero que el gato inglés hubo de volver por donde había venido, con el rabo entre las patas.

El lance quedó como ejemplo para repeler un abordaje británico. Y a ambos se les notaba puerilmente vanos de Luna. Como si les hubiera sido fiel a ellos, en lugar de traicionarles con su enemigo secular. Claro que la gata no podía quejarse de cómo era correspondida. La consideraban la única hembra que podía contonearse por cubierta sin que se alborotase la tripulación.

Hermógenes le invitó a pegar la hebra con los toreros que iban a Lima para las fiestas en honor del nuevo virrey, que sería recibido en breve. Aunque no era un apasionado del espectáculo, vio Fonseca que los diestros y sus allegados eran gente cabal. Y en especial quien parecía llevar la voz cantante, Manuel Romero, el Jerezano. Éste, mientras se explicaba, llamó a uno de sus subalternos y le ordenó traer una damajuana del vino amontillado que llevaban consigo para abreviar el charco.

—A ver, espabilate y trabaja un poco —le dijo.

A lo que el otro le espetó, con esa gracia única que habría resultado ofensiva en cualquier otro que no fuese andaluz:

—¿Cómo voy a trabajar si soy de Cádiz?

—Pero si tú no naciste allí...

—Los de Cádiz nacemos donde nos peta.

Le contó el Jerezano que ya había estado antes en Perú, y guardaba un gran recuerdo de aquel lugar y sus gentes.

—¿Hay plaza de toros en Lima? —preguntó Sebastián.

—Y bien hermosa. La de Acho. Con un diámetro que no bajará de las ochenta y cinco varas castellanas, capaz de unos diez mil espectadores. No la hay mejor en toda España.

—¿Son bravas las reses?

—Mire esta cicatriz. Es recuerdo de Rompeponchos, un rabón retinto de Bujama, que a punto estuvo de rajarme por la mitad. Yo lo miraba con calma, por ver si las astas andaban derechas o corniveletas, y calcular el lance. Me decía a mí mismo: «Ándate con cuidado, Manuel, que aunque ese toro es tuerto del cuerno izquierdo, por el derecho mide bien y le entra al bulto sin vacilar. Conque no despistes y déjale andar en querencias hasta que humille». Me enganchó en el quite, aunque mereció la pena, porque el gentío aprobó mi faena.

—O sea, que los limeños entienden.

—Ellos son mezclados, en esto como en tantas cosas. Lo mismo estoquean a la navarra que a la verónica, a la rondeña que a la sevillana, porque dicen que lo hacen a la criolla, y que para ellos de la cerviz al rabo todo es toro.

Le pareció a Sebastián que a esas alturas del amontillado y de la conversación ya estaba en condiciones de comentar al diestro:

—Tiene usted una cuadrilla bien bregada, a lo que veo.

—Vienen conmigo desde que empecé.

Eso es lo que quería saber. Pensó que allí no estaba emboscado su adversario. Pero bien podía camuflarse entre los soldados o la expedición científica. De modo que se despidió.

Cuando se hubo quedado solo, tuvo Fonseca la sensación de que lo vigilaban, de que alguien tomaba buena nota de todos sus movimientos. Miró a su alrededor, a lo largo de la cubierta, donde se alineaban los cañones. Luego, hacia las escaleras del castillo de proa, el alcázar de popa, el cercado de los animales, los botes auxiliares, la maraña de cables y velas...

Quizá fueran imaginaciones suyas, y en realidad todo lo que veía era normal, lo esperable en aquel lugar y momento. Junto a él algunos marineros se espulgaban al sol y otro se sometía a los cuidados del barbero. El contador y el dispensero echaban cuentas a proa, delante de Miguelito, que en ese momento hacía de centinela para dar la vuelta a la ampolleta del reloj de arena cada media hora. Debajo, y a cubierto del sol, el capellán instruía a pajes y grumetes en la doctrina cristiana. En el alcázar de popa el segundo oficial corregía a un cadete en su uso del sextante. Y tras él Valdés debía de discutir con el contramaestre algún detalle de las jarcias, porque señalaban hacia arriba y luego a un lado, y después al otro, con movimientos ceremoniosos y mecánicos, como los autómatas de un reloj.

Todo era así de normal. Pero Sebastián tenía la sensación de que alguien con pleno control sobre sus movimientos, a quien ni siquiera conocía, estaba atento tanto a sus andanzas como a sus conversaciones. Y se dio cuenta de que podían dispararle en algún ejercicio, dejar caer un bulto sobre

él desde lo alto, arrojarlo al mar si era sorprendido a solas en los excusados, atacarle en un rincón escondido...

No podía seguir a merced de su adversario. Tenía que pasar a la ofensiva. Observó el cabeceo de la nave, el ímpetu de las olas. Preguntó a Hermógenes algunos detalles que aún no tenía claros. Pegó la oreja cuando se hablaba del estado de la mar para esa noche... Sabía que la luna estaba en cuarto menguante, lo que facilitaría sus propósitos, pues dispondría de alguna luz, pero no tanta como para que pudiera ser descubierto fácilmente. Tenía que cerciorarse. Iba a hacer algo descabellado, muy peligroso, tanto si salía bien como si salía mal. Pero le era imposible esperar más. O desaprovechar el factor sorpresa, el único a su favor.

## El Pasajero Oculto

Había llegado el momento de plantar cara al asesino de su padre y de su tío. ¿Quién sino él podía ser aquel viajero oficialmente inexistente, pero en cuyo beneficio se tomaban tantas medidas de seguridad? Todo apuntaba en esa dirección: los rumores sobre el personaje embarcado en silla de manos que había oído en boca de los dos marinos; la bandeja de comida que llevaba Miguelito; los arreglos de Hermógenes para aislar el camarote de estribor destinado a uno de los dos capellanes; la prohibición absoluta de acceder a aquella zona...

Esto último obligaba a Sebastián a tomar la decisión más arriesgada, al impedirle sobrepasar el palo mayor en dirección a popa. Y el peligro aumentaba tras caer la noche y picarse el mar.

Ahora ya no le era posible dar marcha atrás, una vez levantado de su hamaca, vestido y calzado con el pretexto de ir a los excusados. Tenía que actuar rápido. La escasa luna iluminaba lo justo. Claro que, a cambio, también podrían verle a él.

Subió a la segunda cubierta y avanzó hasta llegar junto a la puerta que daba a proa, girando con tiento la argolla de la manija. Solía haber allí un hombre de guardia, y se asomó para establecer su posición. Esperó a que se alejara hacia el otro extremo y salió entonces, cuidando que la hoja no batiese con el ventarrón que azotaba la delantera del barco.

Saltó el pasamanos, descolgándose hasta el costado del navío. Allí, suspendido sobre las olas, el cabeceo era pavoroso. El aire le golpeaba el rostro con violencia. Tenía que pegarse al casco para retroceder hacia popa, con los brazos aferrados a la borda del castillo de proa y los pies apoyados en las portas por donde asomaban los cañones. Pudo percibir la aspereza de las juntas, las cicatrices de la madera.

Mientras lo hacía hubo de mantenerse atento a los marineros que montaban allí la guardia. Los dos hombres se hallaban en el otro lado, el de babor, conversando con el que vigilaba la proa. Pero no tardarían en volver a estribor, donde él se encontraba.

Había estudiado con detenimiento el lateral del navío por donde efectuaba ahora su arriesgado recorrido. Y sabía que cada uno de los tres grandes mástiles contaba con un juego de gruesos cables, los obenques, que los sujetaban a los dos lados del casco, amarrados a un resistente voladizo horizontal de madera, la mesa de guarnición. Aquellos tres salientes eran los únicos escondrijos bajo los que podría guarecerse si los vigilantes se asomaban por la borda.

Se dirigió hacia la parte trasera del barco oculto bajo la primera mesa de guarnición que tenía por delante, la del palo de trinquete. Todo fue bien en el primer tramo. Los guardias estaban en el otro costado, el voladizo resultó ser sobradamente firme y los herrajes que lo reforzaban por debajo aguantaron bien su peso.

Los problemas surgieron cuando los bajos de su pantalón se engancharon en las bisagras de la tronera de un cañón, en la que apoyaba los pies. Quedó colgado de los dos brazos, embarazado de ellos, sin poderse mover ni desengancharse. El barco dio un bandazo brusco que estuvo a punto de lanzarlo despedido. Y, para colmo, oyó sobre él a los vigilantes, que regresaban a estribor y se asomaron a la borda, justo encima de él.

El golpe de mar le había salpicado. Sus manos resbalaban. Rezó para que aquellos hombres se

fueran pronto al otro lado. Pero siguieron allí.

Sólo le quedaba un recurso antes de que le fallaran las fuerzas: el ancla, que habían sujetado al lateral del casco, atravesándola en diagonal. Si se soltaba del voladizo para sujetarse al asta del ancla, podría descender desde la posición en que se encontraba y desenganchar los pantalones de la bisagra de la tronera. Tendría que hacerlo con todo cuidado, evitando cualquier ruido con la porta del cañón, pues al otro lado dormían los tripulantes. Él lo sabía bien, y a que era allí donde tenía su hamaca.

Separó la mano derecha de la mesa de guarnición del trinquete y la bajó hasta el ancla. Aunque ésta se movió, parecía bien sujeta. Luego, hizo lo propio con la izquierda. Pero no logró liberar el pantalón. Se colgó con ambos brazos del asta del ancla, sujetándose fuerte, para balancear los pies y poder soltar los bajos de la prenda.

Lo consiguió, al fin. Pero fue a costa de mover el ancla y quedar colgado en el vacío. Hubo de aguantar el fuerte tirón de los miembros entumecidos, todo su cuerpo hecho péndulo, mientras los guardias, al oír el ruido, buscaban una linterna de mano para acudir allí y examinar el lugar. Si no lograba esconderse antes de que volvieran con la luz, estaría perdido.

Sacando fuerzas de flaqueza, se estiró a lo largo, bajo los herrajes que reforzaban los bajos de la mesa de guarnición. No podría soportar mucho tiempo aquella posición tan forzada.

Contuvo el aliento mientras la guardia comprobaba con un bichero la sujeción del cable del ancla. El afilado gancho pasó junto a su rostro una y otra vez. A punto estuvieron de rebanarle la prominente nariz.

Al fin, parecieron darse por satisfechos. Y tras unos momentos de respiro, para recuperar fuerzas, esperó a que se alejaran hacia el otro costado antes de encaminarse de nuevo hacia la popa.

Era la parte del navío con mayor vigilancia, donde se alojaba la oficialidad. También la más iluminada, por los grandes fanales que marcaban su posición.

La mala suerte quiso que se encendiera una luz muy cerca de él, en la balconada trasera. A través de los ventanales vio a alguien en camisa, con un farol, camino del retrete de oficiales. Una vez allí, aquel tripulante desvelado se sentó en el beque, dispuesto a aliviarse.

Sebastián dudó, pero sólo durante unos segundos. Subió hasta lo alto de las cristaleras de popa. Ahora estaba en el lugar más arriesgado del barco, a unos pocos pasos de donde dormían Montilla y los oficiales. Se había metido en la boca del lobo.

Era demasiado peligroso quedarse allí. Reparó en el chinchorro que colgaba en la trasera, una pequeña embarcación de servicio sujeta a dos pescantes. Éstos sobresalían de la borda, manteniéndola separada del buque. Trepó por uno de los estribos hasta introducirse en el pequeño bote.

Desde allí podía controlar lo que sucedía en la popa sin ser visto. Y tan pronto abandonó el oficial los retretes y desapareció de su vista, vio una nueva luz en la que hasta entonces no había reparado. Salía exactamente del camarote que estaba buscando.

No se lo pensó dos veces. Tomó uno de los cabos que había dentro del bote, lo ató con firmeza al estribo del que pendía y se dispuso a descolgarse para llegar al camarote.

Una vez que hubo descendido a la altura de la primera cubierta se encontró con un problema: el cierre de la popa no era recto, sino oblicuo, se inclinaba hacia dentro, quedando demasiado lejos. Tuvo que balancearse, primero lentamente, luego con mayor fuerza, esquivando las cadenas del timón, apartándose hacia el costado de estribor, hasta que consiguió pegarse al casco.

Con el movimiento del navío era difícil calcular bien el impacto, y chocó contra él con un golpe

sordo. Se sujetó a los adornos tallados en la madera, esperando que nadie lo hubiera oído.

Luego se sintió con fuerzas suficientes para asomarse a la tronera del cañón guardatimones, que había sido retirado para servir como ventana del añadido al camarote de estribor del capellán. Por fin iba a enfrentarse con su enemigo.

Lo que vio le dejó estupefacto.

Su sorpresa fue tal que no se apercibió de que alguien había salido por la otra tronera, situada detrás de él. Y cuando se quiso dar cuenta, un fornido brazo lo sujetaba por el cuello, atenzándolo e impidiéndole respirar.

## El Espejo de Obsidiana

Lo que menos esperaba encontrar a bordo era una mujer.

Pero eso era justamente lo que se le ofrecía a través de la ventana del camarote. Una mujer bañándose de un modo lento, demorado, con el placer que daría a cualquiera poder saludar un barriño de agua en semejantes circunstancias. La pierna derecha, perfecta del muslo a los hoyuelos del tobillo, sobresalía de la tina mientras su dueña la iba recorriendo con una esponja enjabonada. Al hacerlo, tensaba el esbelto cuello, bajo el pelo recogido, y su pecho subía y bajaba al ritmo del energético frotamiento.

Deslumbrado por la visión de aquel espléndido cuerpo de piel canela, tardó unos segundos en darse cuenta de que se trataba de Umina, la mestiza que viera en el teatro durante la representación de El nudo gordiano.

Seguía produciéndole la misma fascinación, y se maldijo a sí mismo por ello. Iba en contra de los principios que le habían inculcado sobre el linaje, la limpieza de sangre, estirpes y blasones. Pero le daba igual. Incluso estando en peligro, incluso abrigando la sospecha de ser ella la responsable de la muerte de su padre y de su tío, no podía evitar una suerte de atracción animal que le brotaba de lo más profundo. Con razón se decía que una mujer desnuda es una mujer armada.

Y a partir de esa visión no le costó mucho entender quién lo sujetaba por el cuello desde detrás, asomado a la tronera del cañón de popa. Tenía que ser su guardaespaldas, aquel indio de tan temible aspecto que ahora mismo ya lo arrastraba hacia el interior de la nave.

Hubo de dejarle hacer, o allí mismo le habría partido el pescuezo. Aquel hombre no había dicho ni una sola palabra. No lo necesitaba, su fuerza era descomunal. Y así, bien sujeto, lo empujó hasta llevarlo a presencia de la joven.

Estaba en sus manos, ella lo sabía. Esbozó una sonrisa poco tranquilizadora mientras indicaba a su guardián que no hiciese ruido, sosteniendo la puerta para que introdujera a Sebastián en el camarote.

Lo primero que notó al entrar fue el olor. El agradable perfume, acostumbrado como estaba al tufo de la marinería. La mestiza se había puesto encima un albornoz, y tan pronto lo tuvo delante colocó frente al asombrado rostro de Fonseca un espejo de piedra negra pulimentada con marco de plata. Era el mismo que estaba utilizando en el baño, y debía de haberlo visto a través de él, pues se hallaba de espaldas.

Retrocedió al toparse con su reflejo tan de improviso. Se sorprendió al verse a sí mismo contra la superficie de obsidiana, aquel tragaluz redondo y sombrío como un cráter. Le costaba reconocerse en el hombre oscuro, de rasgos endurecidos, más rotundos aún de lo habitual, que parecía observarle desde el otro lado. Como si lo hiciera desde otro tiempo, desde otra raza.

—Mírese bien —le espetó ella—. Este espejo perteneció a Sirax.

Era del todo imposible que la mestiza supiera lo que él había estado leyendo durante las últimas semanas. ¿Cómo conocía, entonces, la historia de aquella princesa inca? Y si era la responsable de la muerte de su padre y de su tío, ¿cómo era capaz de mantener aquella increíble sangre fría? Porque hablaba con una voz clara, bien modulada. Y su acento, suave, delicado, sedoso incluso, contrastaba

con la firmeza que podía adivinarse en toda su persona.

—¿Quién es usted? —se revolvió Sebastián—. ¿Y por qué ha matado a mi padre?

De nada le valió su ímpetu. El indio lo inmovilizó sin apenas esfuerzo, manteniendo la presa sobre el cuello, mientras su dueña se tomaba tiempo para responder:

—Ah, ya veo. Cree que he sido yo.

—¿Quién, si no, visitó a mi padre la víspera de su muerte?

—Fui para prevenirle.

—Amenazarlo, querrá decir.

—Hablamos de Sirax y de Diego de Acuña —le respondió ella, mirándolo con intención, a la espera de sus reacciones—. Y de esa Crónica. Le avisé, le di pistas para demostrarle que conocía la historia... Lo mismo que trato de hacer ahora con usted... Pero no me hizo caso, ni soltó prenda... Espero que no caiga en el mismo error.

—¿Qué pistas?

—Le hablé de Vilcabamba, de un lugar llamado el Ojo del Inca, donde se encontraba el tesoro. Ahora me doy cuenta de que le dije más de lo debido. Pero ¿quién podía imaginar que su padre cometería la imprudencia de poner todo eso en boca de un actor, en presencia de medio Madrid?

—Quizá no tuvo otro remedio...

—Claro que lo tuvo. Le aconsejé que no se metiera. Y lo mismo le digo ahora a usted. Debe abandonar cuando todavía está a tiempo. Entrégueme esa Crónica y déjeme hacer a mí. Usted es ajeno a todo esto.

—¿Ajeno? Han asesinado a mi padre y a mi tío.

—Igual que le pasará a usted si sigue adelante.

—¿Me está amenazando?

—¡Por Dios, qué tozudez! Yo no he matado a nadie. Y no tiene ninguna necesidad de pasar por todo esto.

—¿Y usted sí?

—Sí, yo no puedo remediarlo.

—Tendrá que darme una buena razón.

—¿Sabe dónde vivo en Cuzco...? En la Casa de las Serpientes. Le suena, ¿verdad?

Se quedó asombrado Sebastián: la casa donde comenzaba la historia de Quispi Quipu. Donde había vivido su hija Sirax mientras era una niña.

—¿Cómo sabe todo eso? ¿Se lo contó mi padre antes de que usted lo matara?

—Yo no lo maté —atajó ella, empezando a perder la paciencia—. Y si vuelve a decir esa estupidez, denunciaré al comandante de este barco lo que ha intentado hacer.

—Tanto da. Se lo ordenó a este pedazo de carne sin bautizar —dijo refiriéndose al indio que lo sujetaba por el cuello.

—Se llama Qaytu, y está bautizado, tiene un nombre cristiano, que no hace al caso. Lo que importa es que tampoco él mató a su padre. Si sé todo eso es porque mi madre descende de la familia real inca. Y yo también. De Quispi Quipu.

Y como Sebastián hiciera gesto de no creer ni una palabra, ella suspiró resignada, abrió un cajón y rebuscó entre sus papeles.

—Es usted igual que su padre... Espero que le valga con este documento, uno de los que he

llevado a España para mis reclamaciones. Supongo que ha leído en esa Crónica que Quispi Quipu, antes de ser despojada de sus tierras y de la Casa de las Serpientes, había recurrido ante el rey Felipe II. Pues bien, después de ser desahuciada, cuando ya habían sido rematados todos sus bienes, a punto de morir, llegó a su poder este real decreto que comienza así —leyó—: «Don Felipe, por la gracia de Dios Rey de Castilla, de León, de Aragón, de las Dos Sicilias, de Jerusalén, de Navarra, de Granada, de Toledo, de Valencia, de Galicia, de Mallorca, de Sevilla, de Cerdeña, de Córdoba, de Córcega, de Murcia, de Jaén, de los Algarves, de Algeciras, de Gibraltar, de las islas de Canarias, de las Indias y las tierras firmes del mar Océano, conde de Flandes y del Tirol...».

—Si se hubieran ahorrado toda esa batería de títulos —la interrumpió Sebastián—, quizá la justicia española habría llegado a tiempo.

—Lo mismo pensé yo. Por una vez estamos de acuerdo —afirmó Umina, con una leve sonrisa.

Y siguió leyendo aquel documento que, en sustancia, restituía a Quispi Quipu todos sus bienes. De modo que aquella viejecita expulsada de la Casa de las Serpientes pudo rehacer su hacienda al dictar testamento. En él dejaba aquella mansión a sus herederos, con el resto de sus posesiones.

—Reconocerá que, al menos, esta antepasada mía trató de mantener su dignidad —concluyó Umina.

—¿Por quién lo dice?

—Por otros descendientes de la casa real inca, que viajaron a España para entrevistarse con el rey y, una vez en Madrid, gastaron más allá de sus posibilidades para impresionar a los cortesanos, que siguieron despreciándolos. Felipe II no les concedió nada, y algunos terminaron muriendo en la cárcel, llenos de deudas, suspirando por aquel Perú donde no podían regresar.

—No fue el caso de Beatriz Clara Coya, la sobrina de Quispi Quipu, a la que casaron con el sobrino de san Ignacio, Martín de Loyola.

—Desde luego. Tuvieron una hija, Ana María Coya de Loyola, que heredó una inmensa fortuna y se casó en Madrid con Juan de Borja, que también era muy rico, y nieto de otro santo jesuita, san Francisco de Borja. Incluso llegaron a emparentar con los descendientes de san Francisco Javier. ¿Conoce la pintura de sus desposorios con las princesas incas?

—A través de un grabado, el Plan del Inca.

—La Monarquía Cristiana del Perú que tramaron los jesuitas. No contaban con los dos escollos que les traería este siglo nuestro. En mil setecientos treinta y nueve se extinguió la descendencia de los Loyola-Borja con las princesas incas. Y en mil setecientos sesenta y siete los jesuitas fueron expulsados de España y del Perú. Ahora alguien trata de recuperar ese plan por otros procedimientos.

A Sebastián le costaba aceptarlo, pero aquello parecía cuadrar. Umina adivinó sus pensamientos e hizo un gesto a Qaytu para que lo soltara.

—De modo que usted vive en la Casa de las Serpientes —tanteó el ingeniero.

—Con mi madre. Ella es la legítima propietaria. Y también de esa Crónica. Los Fonseca sólo son sus depositarios temporales.

—Pues llevamos dos siglos con el depósito.

—Ahora la necesito yo. Por esa razón hablé con su padre, para reclamarla. Y por eso le proporcioné esa información durante nuestra entrevista, para demostrarle que no lo engañaba.

—¿Fue usted quien subió a bordo de este barco en una silla de manos?

—Sí, ¿quién se lo ha contado?

—Una conversación casual. Si tan legítimos son sus derechos, ¿por qué se esconde?

—Por seguridad. Para que no me pase como a mi hermano, a quien asesinaron hace un par de años en Lima cuando se disponía a tomar el barco con destino a España.

—¿Quién lo mató?

—Seguramente la misma persona que a su padre y a su tío. Alguien al servicio de los encomenderos peruanos, que nunca han consentido que prosperasen las denuncias contra sus abusos. Y los peores son los dueños de los obrajes.

—¿Los obrajes?

—Son fábricas de tejidos donde mantienen esclavizados a los indios. Peores que las minas. Las denuncias que allí se hacen se pierden por el camino. España queda muy lejos. Y todos los que han intentado informar de primera mano de los atropellos que se cometen han muerto antes de llegar a Madrid. También esta vez habrán enviado a alguien para evitarlo. Nunca han permitido que trascendiesen los datos que les comprometían. Y ahora que las cosas andan revueltas, con el Perú entre dos virreyes, mucho menos. Yo soy la primera que está consiguiendo sobrevivir.

—De momento.

—Pues sí. Al menos Floridablanca me ha expresado su apoyo, exhibiéndome en público. Y por eso se ha hecho creer que sigo en España revolviendo documentos que apoyen mis reclamaciones. Si alguien sabe que Qaytu y yo vamos aquí, nuestra vida no valdrá nada. Si lo que busca es al asesino de su padre, habrá de hacerlo en esa otra dirección. Mal que le pese, somos aliados.

Como viera que el ingeniero aún dudaba, añadió:

—No sea tan orgulloso e imprudente como su padre. Yo no estoy contra los Fonseca. Nuestro enemigo común es otro. Sabe que podría denunciarle al comandante de este barco, el único que tiene constancia firme de nuestra presencia a bordo. Y eso sería catastrófico para usted.

Nada dijo Sebastián. Se mantuvo callado para ver a dónde quería ir a parar la mestiza.

—Si yo le dijera al capitán del barco lo que usted acaba de hacer —le aseguró ella—, dudo que llegase vivo a Panamá. Y entonces, ¿de qué le serviría esa Crónica que esconde?

Pensó Sebastián que, de todos modos, no le iba a valer de nada cuando llegaran al continente, lo metieran en un navío de retorno y se lo llevaran para desembarcarlo en las Canarias. Se la arrebatarían de inmediato.

—Escúcheme —continuó ella—. Ese documento sólo es útil para alguien que conozca bien Perú. Siento decírselo con tanta crudeza, pero usted bastante tiene ahora con sobrevivir.

Desde luego, era una mujer con las ideas claras.

—¿Qué clase de acuerdo quiere proponerme? —le preguntó, al cabo, el ingeniero.

—Usted me trae esa Crónica y yo hago como que no ha estado aquí, en este camarote.

—Déjeme algunos días para recuperarla. Y hablamos.

Se dispuso a marcharse, buscando en la sombra el cabo de cuerda por el que había bajado hasta allí.

—Pero ¿qué hace? —le preguntó ella.

—Tengo que volver a mi hamaca. Si me echan de menos, darán la voz de alarma y se pondrán a buscarme.

—¿Y cómo piensa regresar?

—Por donde he venido. Sujetándome donde pueda a lo largo del casco.

—¿En plena noche? ¿Así es como ha llegado hasta aquí?

—Por el interior sería imposible. En cuanto saliera de aquí me toparía con la guardia de la santabárbara.

—Es usted un insensato —se asombró ella—. Ya es un milagro que haya conseguido llegar. Forzar la suerte dos veces tan seguidas sería un suicidio. Le ayudaremos a volver.

—¿Ah, sí? —preguntó Sebastián con escepticismo.

—Sí, pero no será gratis —le contestó ella—. Hay una condición.

—Usted dirá...

—Ya se lo he dicho. Sólo quiero lo que me pertenece: la Crónica. Ese documento no está seguro en sus manos, y yo tengo tanto derecho a leerla como usted... Ahora puede irse, para que no lo echen de menos. Si lo atrapan aquí, también me comprometería a mí. Qaytu le indicará un camino más seguro para regresar a su hamaca. Él no puede hablar, pero lo hará por gestos.

—¿Qué camino es ése?

—Uno que me indicó el comandante Valdés por si hubiese algún imprevisto y tuviéramos que escondernos.

Abrió la mestiza la puerta, llamó al indio y le dijo algunas palabras en su idioma. Qaytu hizo un gesto a Sebastián para que lo acompañara.

Lo llevó hasta un lugar donde había un tabique que separaba aquel recinto del resto del navio. Era la modificación del barco que viera en el pañol de la carpintería de Hermógenes.

Fuera, detrás del tabique de madera, el espacio estaba despejado para tener acceso a los cañones de popa y también para que pudiera hacer su recorrido semicircular la caña del timón, que se movía en lo alto, cerca del techo.

El indio abrió un escotillón en el centro del barco, pegado a la quilla, detrás del timón. Para sorpresa de Sebastián, daba a un hueco que lo comunicaba con el sollado. Era el pañol del condestable, donde el maestro cañonero guardaba escobillones, mechas y baquetas. La propia curva de la quilla, por el interior, servía de escalera para bajar.

Qaytu abrió una puerta corredera y le hizo gestos para que entrase en un pasadizo. Cuando lo hubo hecho, le entregó el farol. Sebastián lo tomó con la mayor desconfianza. Y tras cerrar el indio la puerta a sus espaldas, no las tuvo todas consigo.

Se internó en aquel estrecho conducto, preguntándose a dónde iría a parar. Tras atravesar el navio todo a lo largo, llegó hasta lo que parecía la salida, con su manija de arrastre. Se colocó junto a ella e intentó abrirla. Pero le resultó imposible. Dejó el farol en el suelo para tirar con todas sus fuerzas, con las dos manos. Y consiguió moverla algunas pulgadas. Se detuvo cuando oyó el desapacible chirrido, que podría llamar la atención de la guardia o despertar a quienes dormían encima, sus compañeros de la primera cubierta.

Apagó la linterna, tanteó el depósito de aceite y sopló hasta enfriarlo lo suficiente como para tomar algunas gotas con los dedos. Untó las correderas y esperó a que el lubricante hiciera su efecto.

Comprobó que podía abrir la puerta con menos alboroto. Al salir, se halló junto a la escalera de proa, iluminada por una débil luz. Corrió con tiento la puerta tras de sí, dejando el farol dentro del

pasadizo. Y empezó a subir los peldaños, evitando cualquier ruido.

Cuando asomó la cabeza en la primera cubierta la encontró despejada y tranquila. Ahora debía dirigirse a su puesto lo antes posible, para no despertar sospechas.

Al tumbarse en su hamaca no pudo conciliar el sueño, por la tensión que todavía le embargaba. Su mente estaba sumida en la mayor confusión. Si Umina no era la responsable de la muerte de Juan y Álvaro de Fonseca, ¿qué significaba el mensaje que le había dado su padre para el director de la obra de teatro, previniéndole contra la mestiza?

¿Quién era el asesino, entonces? ¿Por qué estaba haciendo todo aquello? ¿Conocía también los sucesos del pasado, lo que estaba escrito en la Crónica, del mismo modo que lo sabía Umina? ¿Y dónde se alojaba en aquel barco? Porque él había visto subir su equipaje a bordo. Lo más lógico es que viajase con el propio Montilla, en la zona de popa, la más confortable, vedada al ingeniero y a la marinería. O entre la gente de marqués, los componentes de la expedición. Pero éstos eran unos cincuenta, y cuando averiguase la identidad de aquel hombre ya le habría dado tiempo a actuar de nuevo. Tenía que localizar su equipaje para, a través de él, saber quién era.

En cuanto a la mestiza, su parentesco y descendencia de Quispi Quipu explicaban su conocimiento de muchos de los detalles que su padre, su tío y él mismo habían tenido que ir recomponiendo a través de documentos como la Crónica. Ahora bien, en ese caso, ¿qué había en el libro que tanto parecía interesar a Umina? Tenía que saber cómo continuaba la historia de aquella joven india llamada Sirax y el cronista Diego de Acuña, averiguar qué más secretos encerraba.

Éste fue el último propósito y conclusión a los que llegó antes de caer rendido, sin darse cuenta de que alguien había seguido todos sus movimientos al detalle.

## La Partida de Ajedrez

Al día siguiente Sebastián fue a ver a Hermógenes para comunicarle su propósito de bajar a la bodega. Por el camino se preguntó qué debía contarle sobre sus averiguaciones más recientes y qué sabía ya el carpintero. Éste habría deducido la razón de sus modificaciones en el camarote de popa, concebidas para alojar a alguien. Pero no tenía por qué saber de quién se trataba. No podía mencionarle la presencia de la mestiza a bordo, ni mostrarse muy explícito al pedirle ayuda. Se limitaría a asegurarle que necesitaba recuperar un objeto olvidado en su anterior escondrijo de polizón.

Al trazar juntos un plan supo que el estrecho corredor por el que había regresado a su hamaca desde el camarote de Umina era el llamado callejón de combate. El carpintero lo conocía bien. Se trataba de un ajustado pasadizo de mantenimiento que recorría los dos costados del barco de popa a proa. Daba la vuelta a casi todo el navío, pegado al casco a la altura del sollado. Servía para reparar los agujeros hechos por los cañonazos más peligrosos, los recibidos en la línea de flotación. Durante los combates, Hermógenes se afanaba a lo largo de aquel pasillo, junto a sus ayudantes y los calafates, para taponar las vías de agua producidas por los proyectiles enemigos.

El ingeniero le pidió que se quedase vigilando en la escalera de proa mientras él bajaba a la bodega. Así pudo llegarse hasta el lugar donde escondiera la bolsa de hule que contenía la Crónica. Se la sujetó al pecho, manteniéndola toda la mañana escondida entre la ropa. Y por la tarde decidió reunirse con Umina para cumplir su parte del trato.

Gracias al callejón de combate ahora podía atravesar el barco sin temor a que lo sorprendieran quebrantando las órdenes de no sobrepasar el palo mayor. Llegó de esa forma hasta el extremo posterior del navío, el pañol del condestable, y subió por las ensambladuras de la quilla que formaban una escalera natural al trazar por el interior la curva de la popa. Permaneció atento a los ruidos hasta asegurarse de que sólo se oían los movimientos de Qaytu, el escolta de la mestiza.

Intentó abrir la trampa, pero estaba sujeta y bloqueada desde el otro lado. Golpeó con el puño y esperó. No tardó en abrirse y asomar el rostro del indio, que lo miró con actitud interrogante.

—Vengo a ver a Umina.

Lo ayudó a salir, haciéndole gesto de que esperase allí, en su cubículo, mientras él la consultaba.

Volvió al punto para indicarle que pasase al camarote.

Sebastián mostró la Crónica a la joven, que no disimuló su satisfacción, ofreciéndole asiento. En señal de gratitud añadió una copa de aguardiente que le alegró el ánimo.

Acostumbrado a la penosa lectura de aquel libro en la bodega, era un descanso leerla allí, con luz natural y en tan buena compañía. Además, la joven le iba explicando detalles que a él se le escapaban, al desconocer el Perú y las costumbres de los incas.

También facilitaba las cosas la narración de Diego de Acuña, que tomaba un aire más directo y personal tras haber relatado el fallecimiento de Quispi Quipu, cuyo testimonio le venía guiando en las páginas anteriores. Contaba ahora el intérprete y escribano su primer y ansiado viaje a Vilcabamba, formando parte de la comisión enviada por el virrey Francisco de Toledo a mediados de 1571, para tantear la paz.

A pesar de la áspera oposición de Martín de Loyola, Diego formaba parte de aquella embajada. Necesitaban un intérprete. Y se había corrido la voz de las buenas relaciones de Acuña con los indios. También, su posesión de un talismán que inspiraba gran respeto a los indígenas. Esperaban que su protección se extendiera a quienes iban con él.

Tras varias jornadas a lo largo del valle del Urubamba cruzaron el río por el puente de Chuquichaca. De inmediato les salieron al encuentro los rebeldes, rodeándolos por encima de unos riscos. Ya contaban con ello. Traían prevenidos obsequios para el Inca, que aceptaron de buen grado los naturales. Pero no los dejaron pasar adelante. Tampoco volver atrás, ordenándoles que esperasen allí. Vino al cabo de algún tiempo un capitán con doscientos indios, pidiéndoles que los acompañaran, aunque sin asegurarles que lograrán ver al Inca. Diego dedujo que querían preservar a su rey de cualquier emboscada, escarmentados por lo sucedido a Atahualpa con Pizarro y a Manco Cápac con los españoles traidores que lo apuñalaron. Serían montaraces, pero desde luego tenían buena memoria, no podía negarse.

Describía Acuña la ruta hasta llegar a los alrededores de Vilcabamba, donde se desató una furiosa tormenta que embarró los precarios senderos, haciendo más penosa la marcha por entre avalanchas, charcales y el retumbar de los truenos que resonaban en las quebradas al multiplicar sus ecos.

Cuando llegaron a su destino, los recibió uno de los consejeros del Inca y les ordenó que acampasen, en espera de su decisión de concederles audiencia. Había cesado la tormenta y empezaba a brillar el sol. Al entreabrirse la bruma, desgajándose entre los picachos, la nueva capital se mostró en todo su esplendor. Estaba asentada sobre dos montañas, amansadas sus laderas en andenes, escalinatas y explanadas. A lo largo de ellas se alzaban templos, palacios y galpones que aún parecían más majestuosos por lo bravío del escenario y la pujanza de una naturaleza tan erguida. Por uno de los costados las poderosas fortificaciones se asomaban a un precipicio inaccesible, en cuyo fondo resonaba el río tumultuoso, crecido ahora por la reciente lluvia. Al otro lado se abría a un valle de exuberante fertilidad, por donde rodaban los jirones de niebla hasta entremeterse en la selva, tupida en su vegetación de un intenso verde esmeralda. Todo lo cual invitaba al descanso incluso al más fiero de los soldados.

Estaban los españoles ociosos en la espera. Diego mataba el tiempo jugando al ajedrez con el oficial al mando de la escolta. Era éste un veterano de muchos años y no menos humos, a quien Martín de Loyola había tomado a su servicio como hombre de confianza para compensar su inexperiencia de recién llegado. Tan cumplido concepto tenía de sí mismo aquel veterano que rehusaba firmar con su nombre a secas y le añadía el apellido De la Entrada, pues era uno de los ciento setenta y tantos que habían hecho morder el polvo a Atahualpa en Cajamarca. Desde aquel suceso legendario se veía a sí mismo como una suerte de nuevo aristócrata, y lo tenía en mucho encomio y reconcomio. No parecía muy amenazador a primera vista. Sin embargo, era magro y furo en extremo, y muy temido por lo imprevisible de sus arranques de cólera.

Sucedió pues que, enfrentado al ajedrez con él, tocó Diego una de sus propias torres, pero por tropiezo, sin intención de jugarla. No lo entendió así su rival, que exigió aplicar el principio de «pieza tocada, pieza jugada». Y se la comió con su caballo, apartándola de un manotazo. Volvió a cogerla del suelo Acuña, para reponerla en su casilla, sobre el tablero, haciendo volver grupas al caballo de su adversario.

Por los ojos del veterano supo que aquello se ponía feo. Pudo notar que el oficial buscaba su

daga, como al descuido. Sabía Diego cómo se las gastaba. En una ocasión había clavado la mano de otro contrincante en la mesa de juego, acusándolo de usar dados trucados.

Trincó Diego la mano derecha cerca de su puñal, acariciando el pomo, y quedaron los dos en suspenso, tanteando los aceros mientras se miraban a los ojos atentos al menor movimiento en falso del adversario.

Entonces, el oficial tomó la torre impugnada y la arrojó con todas sus fuerzas por encima de un muro muy alto que allí se alzaba. Sabía bien lo que acababa de hacer, pues aquella muralla marcaba el arranque de la ciudadela de los incas, quienes habían vetado a los españoles traspasarla bajo ningún concepto.

—¿Veis cómo se ha perdido la pieza? —dijo—. A ver si ahora os sirve de algo ese talismán que lleváis encima —añadió el veterano dirigiéndose a toda la concurrencia, que esperaba en vilo la respuesta de Diego.

Era Acuña hombre de paz, pero en absoluto de los que se rendían a las primeras de cambio. Por cuestión de amor propio, decidió recuperar la torre, aunque para ello tuviera que saltar la pared.

Creyó al principio que podría escalarla como había hecho con otras, valiéndose de un par de dagas. Y pidió otra prestada. Sin embargo, no hubo forma de encajar en aquel muro la hoja de un cuchillo. Tal era la perfección con que estaban tallados sus sillares, tan cuidadosamente acoplados, que no cabía entre ellos ni un alfiler.

En este intento se fue alejando del grupo, tratando de encontrar algún lugar más accesible. No lo halló, y aún se alejó más. Buscaba ahora ver a dónde conducía aquella impenetrable pared. También, ayuda para salvarla. En la distancia se fueron amortiguando los gritos de sus compañeros, hasta que los perdió de vista y dejó de oírlos.

Empezó a remontar una colina, siempre flanqueado por el muro. Y llegó así a un estrecho sendero a media ladera, desde donde se accedía a una garganta con grandes galgas, pedruscos dispuestos sobre un tajo cortado a pico. Se almenaba el muro en aquel lugar, dotándose de cuatro torres de defensa de mucho respeto. Observó que los pedruscos iban montados en unas plataformas, para dejarlos caer con el simple impulso de una palanca contra quienes pretendieran entrar por aquel desfiladero.

Había en el lugar un pequeño bosque. Y un árbol alto y frondoso yacía desplomado sobre el muro, debido seguramente a la tormenta del día anterior. Era la oportunidad que estaba esperando. Se subió a él, y comenzó a trepar por aquella improvisada escalera que le conduciría hasta lo alto de la muralla. Encendido en su amor propio como iba, no se dio cuenta de que pasaba por encima de un hueco abierto en el tronco. Sintió algo pegajoso que le embadurnaba la camisa. Era miel. Cuando se dio cuenta ya zumbaban alrededor las abejas, furiosas.

Desde lo alto del muro pudo atisbar a cierta distancia una alberca de agua humeante. Y a los pies de la muralla algunos matorrales que amortiguarían su caída. El acoso del enjambre le impulsó a saltar desde lo alto. No salió mal librado. Pero las abejas, atrapadas entre sus ropas, seguían atacándolo sin tregua.

Se incorporó y corrió hacia el estanque. Entre el vaho que brotaba de la superficie y los picotazos que le propinaba el enjambre, apenas podía ver nada. Ni siquiera calcular la profundidad. Sin pensárselo dos veces, se tiró al agua.

Contra todo pronóstico, las abejas siguieron acosándolo. Peor aún: ahora tenían ayuda. Porque apenas asomó la cabeza entre el vaho, alguien empezó a golpearla de un modo inmisericorde.

Tanto, que no tardó en ser engullido por aquel líquido espeso, sofocante, que se le colaba por entre los resuellos impidiéndole respirar. Se iba a ahogar si nada lo remediaba...

Sebastián de Fonseca se sobresaltó al oír en ese momento las campanadas que marcaban la hora de la cena.

—No deben echarme de menos —dijo a Umina mientras acompañaba sus palabras con el gesto, casi mecánico, de cerrar la Crónica para guardarla en la bolsa de hule que colgaba de su pecho.

—Me parece bien que se vaya ahora —aprobó la mestiza—. Pero esto se queda aquí —añadió señalando el volumen. Y como viera que el ingeniero parpadeaba, incrédulo, dispuesto a ofrecer resistencia, añadió—: ¿O se ha olvidado de nuestro trato?

Aquello era lo más parecido a un chantaje. Sin embargo, ella llevaba razón. Fonseca se había comprometido a que la Crónica quedara en rehenes, como garantía de su discreción.

Se la entregó. Y cuando ya se alejaba, muy digno él, como caballero que ha cumplido su palabra, aún pudo oír a sus espaldas la despedida de la joven, diciendo le con retintín:

—Para la continuación, no tiene más que volver. Ahora ya conoce el camino.

Qaytu le abrió la escotilla del pañol del condestable que le permitiría llegar hasta el callejón de combate.

Mientras regresaba, y a medida que se acercaba a proa, pudo oír el creciente alboroto de la tripulación, afanándose para llevar las raciones desde la cocina hasta los ranchos.

Cuando hubo atravesado todo el barco y llegó a la puerta corredera de proa, calculó si sería prudente salir tan cerca de la despensa en plena cena. Se oían voces, el trasiego de los rancheros que iban a por los suministros. Lo pensó y concluyó que antes de salir debía abrir un pequeño resquicio en la portezuela para controlar la situación.

Desde allí vio la fila que hacían los hombres en la despensa. No podía salir, de pronto, como si tal cosa. Ahora bien, si no lo hacía, lo echarían de menos, lo buscarían, y sería peor. ¿Cómo unirse a ellos?

Espерó un largo rato, que se le hizo interminable, hasta que vio aparecer dos figuras familiares que venían a cargar las raciones. Eran Hermógenes, el carpintero, y Miguel, el pajecillo. A la vista de su posición en la cola, y del ritmo de ésta, calculó que en unos minutos tendrían que acercase a la barrica de madera donde se tomaba la guarnición de galleta. Estaba situada en el rincón de la despensa que tenía más a mano, la más cercana a la portezuela del callejón de combate dentro del cual se encontraba.

Aguardó a que Hermógenes se aproximara y cuando estuvo a su alcance sacó la mano para tirar de su pata de palo.

El carpintero se sobresaltó, pero miró hacia él y captó la situación de inmediato. Dejó caer las galletas que llevaba en la mano, se agachó hasta ponerse a su altura, mientras las recogía, y se acercó hasta la portezuela para susurrar:

—Le enviaré a Miguelito. Espere a que él le dé la señal.

Aún tardó un buen rato el pajecillo, porque hubo de hacerlo cuando el camino estaba despejado. Tras avisarle, vigiló la estancia y la escalera mientras Sebastián salía de su agujero. Luego subieron hasta la cocina a recoger el rancho y bajaron a la mesa. El carpintero le guiñó el ojo mientras cenaban.

«¡Por los pelos!», pensó Sebastián.

Pero el alivio se transformó en preocupación cuando fue hasta su coy para dormir. Al revisar el petate comprobó que alguien había estado revolviendo sus cosas. Aunque habían intentado respetar el orden en que él las había dejado, el cierre enseñado por Hermógenes había sido modificado. Lo que ahora tenía su bolsa de lona no era el nudo de saco hecho por él, sino un simple nudo llano.

«Lleva razón Umina —se dijo—. Es mejor que sea ella quien guarde la Crónica. Si yo la dejara aquí o la llevara encima, ya me la habrían robado».

Esa noche, mientras todos conciliaban el sueño, alguien rebullía entre las hamacas. No se trataba de ningún marinero que iba a los excusados. No se dirigía hacia las escaleras, sino que se arrastraba sigiloso hasta el fondo de la cubierta, donde estaba el ingeniero. A la leve luz del farol de la escalera podía verse que sujetaba una fina cuerda con los dientes.

Aquel hombre avanzaba con gran tiento para no hacer ruido ni despertar a nadie. Y cuando hubo llegado a la altura de Fonseca, se alzó del suelo, tomó la cuerda con ambas manos y se inclinó sobre él con la intención de estrangularlo.

## Callejón sin Salida

Sebastián dormía tendido a lo largo del coy. Lo hacía sin camisa, por el sofocante calor que impregnaba la cubierta. Y su cuello quedaba al descubierto. El hombre centró la cuerda, la tensó tirando con fuerza de los dos extremos, y se abalanzó contra él.

Antes de que lo atrapara, el ingeniero alzó el afilado formón que había tomado de la carpintería y solía tener prevenido durante la noche. Con un giro seco y preciso lo clavó en el brazo izquierdo de su atacante, acertando de lleno. Reprimió éste un grito de dolor. El impacto fue tan fuerte que lo hizo caer a un lado, contra el tabique de madera que los separaba de la proa.

Mientras los compañeros se despertaban, trató de incorporarse en la hamaca para perseguir a su agresor. Éste se había retirado hasta el lugar por el que accediera, la escotilla del pañol del contra maestre abierta en el suelo. Arrastrándose a la desesperada, consiguió llegar a ella.

Intentó seguirle Fonseca. Pero su enemigo logró bajar hasta el sollado, atrancando desde allí para cerrarle el paso.

«Desde luego, lo tenía bien planeado», pensó Sebastián mientras golpeaba con rabia la trampilla.

—¿Qué pasa ahí? —le preguntó uno de sus vecinos.

—Nada —se disculpó—. Un mal sueño. Me caí.

Era mejor dejarlo estar. Ahora su adversario tenía una marca que no podría ocultar.

Por la mañana buscó a alguien con una herida en el brazo izquierdo. Y durante todo el día se mantuvo atento a cuantos se cruzaban en su camino. Ni rastro.

«¿Qué está sucediendo aquí?», se dijo, con extrañeza.

Claro que a su oponente le bastaba con mantenerse a popa, más allá del palo mayor, para quedar fuera de su alcance.

Se planteó denunciar al comandante Valdés lo sucedido, pero lo desechó de inmediato. No sabía de parte de quién se pondría el capitán, y cuanto menos problemática resultara su estancia a bordo, mejor. Aquello estaba tomando un sesgo muy preocupante.

«Tengo que hablar con Umina, y prevenirla».

A su padre lo habían matado tras entrevistarse con ella. Y otro tanto intentaban hacer ahora con él.

«A alguien no parece sentarle demasiado bien que los Fonseca nos pongamos en contacto con esa mestiza».

¿Temían, quizá, algún nuevo pacto entre los descendientes de la familia real inca y quienes podrían pasar por partidarios de los jesuitas?

¿O era la Crónica? ¿Qué contenía aquel libro, que parecía causar tantos problemas?

Visitar a Umina de inmediato implicaba tomar una decisión muy arriesgada: utilizar el callejón de combate en pleno día. Era una imprudencia hacerlo por la mañana, cuando mayor era la actividad del barco y cuando no podría contar con la ayuda de Hermógenes, que estaba ocupado.

Aun así, lo hizo. Cometió aquella imprudencia.

Bajó al sollado con grandes precauciones, se metió en el callejón de combate, lo recorrió pegado al casco hasta llegar a popa, subió por el pañol del condestable y llamó a la escotilla para que le abriera

Qaytu.

Cuando el sorprendido indio le hubo conducido hasta el camarote de la joven, Fonseca la puso al corriente de lo sucedido, pidiéndole que le contara la continuación de aquella Crónica. Y ella, que había avanzado en la lectura, se dispuso a resumírsela allí donde se habían quedado en su encuentro anterior.

Diego de Acuña seguía relatando lo sucedido dentro del estanque al que se arrojara para evitar los picotazos del enjambre, sin conseguir otro alivio que unos muy contundentes golpes en la cabeza. Como si el agua caliente de la alberca, lejos de aplacar a las abejas, les hubiese traído refuerzos.

A punto ya de ahogarse, comprobó el intérprete que cesaban, de pronto, las hostilidades. Incluso le ayudaban a mantenerse a flote.

Le costó creer lo que veía. Su atacante no era otra que Sírax, aquella joven india a quien había salvado del acoso de la soldadesca y a la que había estado buscando en el Cuzco todos aquellos meses. La hija secreta de Manco Cápac y Quispí Quipu.

La había sorprendido en el baño. Y allí estaba ahora, su hermoso rostro enmarcado por el largo pelo negro, una aparición irreal entre los vapores del agua, los picotazos de las abejas y las contusiones en la mollera que padecía el aturdido intérprete.

En una de sus manos la joven blandía un espejo de obsidiana engastado en plata, con el que lo había golpeado. En la otra sostenía el quipu rojo que Diego llevaba bajo la camisa y ella había perdido durante su huida. Gracias a él lo reconocía ahora.

La joven se hizo cargo de la situación rápidamente.

—¡Quítate la ropa! —le ordenó.

Y como viera que él dudaba, añadió:

—Quítatela y arrójala lejos. Si no, las abejas te acribillarán.

Cuando se hubo despojado de la camisa, tirándola sobre la hierba, el enjambre se alejó de inmediato.

Se quedó mirando a la joven como si acabara de asistir a un acto de brujería. Y se produjo un cierto embarazo entre ambos al sentir que compartían de modo tan imprevisto la intimidad del baño.

Ella se limitó a decirle:

—Tenías a la reina del enjambre dentro de la camisa. Ven que te frote las picaduras con barro. Es bueno para esas heridas. Se dejó hacer Diego, balbuciendo:

—No sabía que hubiera aquí abejas... No he visto... —el intérprete buscó en su memoria la palabra «colmena» en quechua, sin encontrarla— casas para las abejas.

—¿Casas para las abejas? —rió ella—. Unas se meten en los troncos de los árboles. Otras en huecos de las rocas... Donde pueden.

—Entonces, no las domesticáis.

—Viven libres, y basta con no tocar a la reina para que no te hagan nada cuando tomas su miel —dijo con una sonrisa llena de intención.

Mientras le terminaba de poner barro en los picotazos, admiró Diego aquel baño termal. El amplio estanque, acotado por grandes losas, se abría en una terraza entre muros de piedra con nichos trapezoidales. Uno de los lados, el del fondo, se hallaba abocado a la pura roca. Desde el risco se

descolgaba la flor del inca. Y a través de orificios tallados vertían chorros de agua caliente, exhalando vahos que se mezclaban con el sofocante perfume de las flores.

Le preguntó Diego qué hacía allí. Ella le contó cómo la habían traído desde el Cuzco aquellos indios que viera en la ciudad. Y al llegar a Vilcabamba comprobó con sus propios ojos lo que le costaba creer de oídas: que el segundo hijo de Manco Cápac, Tito Cusi, había muerto, y que su lugar en el trono lo ocupaba ahora Túpac Amaru. Era éste quien la había reclamado junto a él.

Cuando Diego le preguntó por el nuevo Inca, Sirax le informó que su hermano era muy distinto de los belicosos generales y fanáticos sacerdotes que lo rodeaban, heredados de su antecesor. Le aseguró que se trataba de un hombre conciliador, pero muy firme en su empeño de sostenerse en aquellas breñas para mantener la dignidad. Un guerrero valeroso, tenaz y convencido de su causa. Un legítimo príncipe inca, educado desde niño como tal. El único que podía salvar los restos del imperio y reconstruirlo tal y como era antes de la llegada de los españoles. Conocía bien a éstos, y no le deslumbraban ni le intimidaban. No le tentaba renegar de sus costumbres para cambiarlas por las de los invasores. Se lo pensaba mucho antes de tomar las armas. Y cuando abrazaba esa decisión, era para hacerlo con determinación.

A su vez, Acuña hubo de ponerla al tanto de lo sucedido desde que ella faltaba del Cuzco. La joven conocía la muerte de su madre, Quispí Quipu, y su triste fin. No pudo evitar los sollozos mientras él le contaba sus conversaciones con la anciana tras ser desalojada de la Casa de las Serpientes. Diego salió entonces del agua para buscar algo con que arroparla en aquel momento de dolorosos recuerdos. Y tomó lo primero que vio a mano, una tela de muy peregrina hechura.

Sirax le pidió que no la tocara, sino que la dejase en su sitio.

—Nadie puede vestir esa ropa, fuera del Inca —le explicó—. La acabo de tejer para él.

—Nunca había visto nada igual. ¿De qué está hecha?

—De pelo de murciélago —respondió la joven.

—¿Es posible? —se asombró el intérprete—. Se necesitarán muchos.

—Cerca de aquí hay una cueva llena de ellos —y señaló hacia la montaña que dominaba la terraza.

Mientras se envolvía en una toalla, le advirtió:

—Debes marcharte. Van a venir a buscar esa tela. Y también a mí.

Como viera que el enjambre había abandonado ya su camisa, Diego la recuperó. Tras tantearla ella entre los dedos, le preguntó:

—¿Quién la ha tejido?

—Mi madre.

—Teje como yo. Las mujeres españolas tejen igual que nosotras.

Dijo estas palabras no sin extrañeza, como quien acaba de descubrir un atajo, un afán común o lenguaje universal.

—¿Dónde están acampados los tuyos y cómo has llegado hasta aquí? —se interesó la joven.

—Siguiendo el muro de defensa.

—¿Has visto las torres?

—Sí, he saltado esa pared poco antes de llegar a ellas, sirviéndome de un árbol.

—Entonces habrás visto las plataformas con galgas, esos grandes pedruscos que protegen el tajo en la montaña. Nadie debe saberlo. Tampoco lo que te he contado sobre la muerte de Tito Cusi y la

subida al trono de Túpac Amaru. Prométeme que no se lo dirás a los tuyos, y yo a mi vez juro que no diré nada a los míos sobre tu presencia aquí. Si supieran que conoces estas noticias, no te dejarían salir con vida y quizá os matasen a todos.

—Te lo prometo —dijo Diego en tono solemne.

—Hazlo sobre este quipu rojo, que tanto representa para nosotros.

No acababa de saber Diego si cuando decía nosotros se refería a los incas o a ellos dos. Pero juró sin dudarlo, poniendo la mano en aquellas cuerdas y nudos.

Ella le señaló por dónde podía regresar con menor peligro:

—Debes subir hasta la cima y buscar una senda que baja por su extremo. Te conducirá hasta un tajo en la montaña que hay detrás, en forma de media luna. Evita una cueva cercana, porque encierra grandes peligros. Pero si te vieras obligado a entrar en ella, camina sólo por los lugares donde haya murciélagos. Son los únicos pasos seguros.

La joven apretó contra su pecho aquel quipu rojo que tanto parecía representar para ella.

—Gracias por devolvérmelo —se despidió.

Trepó Diego hasta lo alto de la montaña y descendió por la otra vertiente. Allí le pareció distinguir el desfiladero que la tajaba en forma de media luna. Sin embargo, se extravió al tomar el sendero de bajada. Y lo interceptaron unos centinelas indios que se abalanzaron sobre él, maniatándolo codo con codo.

Mientras lo conducían hasta la ciudadela se dio cuenta de la gravedad de su situación. No hacía falta ser soldado para entender que había violado todas las prohibiciones imaginables para impedir que los españoles conocieran la disposición interna de aquel lugar. Ahora se había convertido en un problema. Ni siquiera sus compañeros querrían responder por él, para no parecer cómplices de quien podía ser tomado por un espía, debido a su insensata actuación.

Llegaron hasta el núcleo de la fortaleza, bien protegida gracias al precipicio inaccesible que iba trazando el profundo cañón excavado por el río. Entraron en una plaza tan amplia que los indios corrían en ella a su sabor los caballos capturados a los españoles. Se asombró de encontrar tan buenos jinetes.

En el camino hasta el palacio que dominaba la explanada se veían cientos de guerreros. Algunos se acercaron a Diego para amenazarlo, llamándole barbudo, ladrón y cobarde. Le decían que lo matarían allí mismo, y avanzaban hacia él amagando lanzadas, arrimándole los filos del arma por el costillar. Se burlaban anunciándole que allí mismo se lo comerían crudo mientras le señalaban las cabezas de siete españoles clavadas en unas estacas. Pertenecían a los renegados asesinos de Manco Cápac.

Uno de los capitanes más fieros, adornado con brillantes plumas y aperos de plata, hizo alarde del tambor de su compañía, conseguido desollando a uno de sus enemigos de arriba abajo. Uno de los lados del parche era la espalda, el otro la barriga, y por los lados colgaban la cabeza, los pies y las manos disecados, todo él hecho timbal.

Tras tan alentador recibimiento entraron en el palacio. Un edificio hermoso, bien techado al modo inca, con sus puntiagudos tejados entretejidos. Al pasar por la entrada principal pudo apreciar la buena mano con que estaban talladas las puertas de oloroso cedro y el salón adornado con muy competentes pinturas. No parecían tan salvajes.

Quedó allí en medio Diego, en el silencio de la tensa espera. A sus espaldas podía oír los gritos de la chiquillería, el revoloteo y los cantos de los pájaros. Y en las raras pausas de sosiego llegaban en

oleadas los difusos tumultos de la selva, como un telón de fondo que brotara de sus atribulados pensamientos.

Frente a él se alzaba un estrado y dosel con el estandarte real, el suelo cubierto por alfombras de vicuña. A un lado, en el lugar de honor, un ídolo de oro. Enseguida entendió Diego que se trataba del Punchao, la reliquia más preciada del imperio, por contener el polvo de los corazones de todos los emperadores incas. Era el protector de Vilcabamba, su oráculo principal. Y mientras permaneciese en manos de los incas, éstos serían dueños de su propio destino.

Al cabo de un buen rato salió Túpac Amaru. No llegaría a los treinta años de edad. Era robusto y bien formado, noble de faz, la mirada franca y directa. Su presencia imponía. Los lóbulos de sus orejas estaban agujereados, y llevaba diadema, collarín y coracinas. Ceñía sobre la frente la mascaipacha, una gruesa borla a modo de corona. Su camisa era tan fina y brillante que no acertó a adivinar con qué material podría estar hecha. Hasta que reconoció que era la tejida por Sírax con pelo de murciélago. Portaba al cinto un puñal ricamente alhajado sobre un mandil púrpura. Las rodillas iban adornadas con cintas multicolores y los tobillos con cascabeles de plata. En el pecho, un disco de oro representando el sol. Completaba sus atributos con el báculo emplumado y la maza dorada.

Preguntó el Inca por la presencia allí de aquel español. Alegó uno de los generales que había sido sorprendido dentro de los límites expresamente vedados a la embajada del virrey. Lo reputó por uno de sus espías, y se mostró partidario de no dejarlo salir con vida.

Otro tanto opinaba el villacumu o sumo sacerdote, que parecía la persona de mayor rango después del Inca, y de gran ascendiente sobre éste. Para que no cupieran dudas sobre lo que opinaba al respecto, recordó el trato dado a los frailes que los españoles habían enviado a bautizarlos y el uso que habían hecho de sus cálices u ornamentos eclesiásticos. Y como muestra señaló una de las bolsitas para coca que habían confeccionado con ellos, donde aún se apreciaban las cruces de una casulla.

Pero el Inca parecía templado y ecuánime. Pidió más testimonios. Nadie contestó. Y ya iba a sentenciar el caso cuando detrás de Túpac Amaru se oyó una voz que Diego reconoció de inmediato:

—No es un espía, sino un intérprete que habla perfectamente nuestra lengua si le dais ocasión. Me salvó en el Cuzco, y gracias a él he recuperado esto.

Era Sírax, y en su mano llevaba el quipu rojo. Alzándolo, añadió:

—No se puede matar a alguien que ha venido hasta aquí con semejante salvoconducto. Además, sé muy bien cómo entró, porque estaba yo tejiendo en la terraza de palacio cuando me mostró este quipu. Fui yo quien le abrió la puerta, para que me lo entregara. No es, por tanto, un enemigo, sino alguien que nos ha prestado un gran servicio.

Se oyeron gritos de protesta. Sólo faltaba por ver ahora si el Inca estaría dispuesto a poner el testimonio de su hermana por encima del parecer del sumo sacerdote.

Túpac Amaru levantó la mano para pedir silencio.

—Sírax lleva razón —dijo—. Si él la salvó de esos soldados, y le ha traído el Yahuar quipu, bien merece hospitalidad, y no maltrato. Digo, pues, que sea dejado en libertad —sentenció—. Pero debemos ser prudentes, como pide nuestro sacerdote. Y después de lo sucedido no recibiremos a esa embajada del virrey que espera a las puertas.

«Esto no es un Inca, es otro Salomón», pensó Diego mientras dirigía sus ojos hacia lo alto para despedirse de Sírax, que se había retirado hacia el fondo.

Se la encontró de nuevo al salir del palacio, cuando ya lo conducían hasta la muralla que lo separaba de la embajada española. Trató de preservar en la memoria aquel modo en que se movía la joven india, con la levedad de un sueño, el hermoso rostro enmarcado por el borbotón de su pelo negrísimo.

«¿La volveré a ver alguna vez?», se preguntó.

Sólo había podido estar junto a ella en momentos tan breves como relámpagos, cargados de desasosiego. Sin embargo, eran esos fugaces instantes, con su candente intensidad, los que nutrían la vida del intérprete durante meses.

Ahora mismo, le inquietaba aquel quipu que tanto parecía significar para su gente. También para su propia suerte y la de la joven, como un lazo que los atara de forma indisoluble...

—¡Qué diferente es esta Crónica cuando me la cuenta usted! —hubo de reconocer Sebastián a Umina.

—Es el aguardiente que le he dado —sonrió ella.

No se trataba de un mero cumplido. Visto a través de los ojos de la mestiza, todo aquel mundo fenecido y antiguo dejaba de ser letra muerta. Sus paisajes y costumbres se alzaban desde el fondo de los siglos para entrelazarse con un rumor de gentes, volviendo a cobrar vida.

Y de este modo, en encuentros sucesivos, fueron conociendo la historia de Sirax y Diego de Acuña.

Hasta que un día en que acababan de recorrer juntos el libro, y el ingeniero tenía que volver a la zona de proa, ella le previno:

—Tenga cuidado, el comandante Valdés me ha advertido de que nos acercamos al mar Caribe, y allí nudean los encuentros con barcos enemigos, piratas y corsarios. Me ha pedido que Qaytu y yo nos recluyamos en un espacio más angosto, recuperando de ese modo los cañones guardatimones que habían apartado de la popa para que utilizáramos sus portas como ventanales.

Se despidió Fonseca y se encaminó al callejón de combate, como tenía por costumbre. Atravesó el barco sin mayor novedad, valiéndose de aquel atajo. Pero al llegar al extremo, en la parte delantera de la nave, comprobó que no podía salir:

«Esta maldita puerta corredera no se abre», se dijo apretando los dientes, aplicándose a ella con las dos manos.

A pesar de hacerlo con todas sus fuerzas, no cedió ni un ápice.

«Alguien la ha atrancado por fuera, desde el otro lado».

Estaba atrapado en aquella ratonera.

Dejó de forcejear cuando se dio cuenta del precioso tiempo que así perdía. Su única posibilidad era andar el camino y regresar a popa, para pedir ayuda a Umina y salir a través del mismo lugar por el que acababa de entrar.

Corrió por el angosto pasadizo todo lo rápido que le permitía aquella incómoda posición, agachado y procurando no golpearse la cabeza en los travesaños del techo ni tropezar con los obstáculos esparcidos por el suelo.

«¡Ojalá no sea demasiado tarde!».

Si su implacable enemigo lo estaba vigilando, tendría que llegar a la escotilla antes que él.

Cuando por fin logró acceder al pañol del condestable, situado en la línea de flotación, junto a la

popa, estaba sudoroso y con el corazón golpeándole en el pecho.

Respiró hondo antes de subir por los maderos que trazaban el perfil interno de la quilla, a modo de peldaños.

Al llegar al último de ellos lo utilizó como apoyo para empujar hacia afuera la trampilla que se alzaba sobre su cabeza. No pudo moverla.

Hizo acopio de fuerzas y lo intentó de nuevo. Y hubo de rendirse a la evidencia:

«También han atrancado esta escotilla de popa».

No podría salir por donde había entrado. Sin duda era algo hecho con toda intención.

«Alguien me ha tendido una trampa».

## La Tormenta

Sebastián trató de recomponer lo sucedido: que Qaytu no le abriese no quería decir que Umina le hubiese traicionado. Le costaba creerlo. Sabía que, en caso de alerta, la mestiza y su guardaespaldas debían refugiarse en el camarote y un pequeño espacio auxiliar, dejando libre el centro de la nave, para montar los cañones que guardaban el timón por estribor. Y como ella misma le había recordado, estaban llegando a aquellas revueltas aguas del Caribe, para enfilar ya la tierra firme de Panamá, donde menudeaban los encuentros indeseables. Eso explicaría que Qaytu hubiera tenido que dejar el puesto en el que habitualmente se mantenía, vigilante. Y nadie podía abrirle ahora la escotilla.

¿Quién había cerrado entonces el otro extremo, la puerta corredera que permitía el acceso al callejón de combate desde proa? Quizá fuese otra precaución más, una medida de seguridad en previsión del zafarrancho de combate. Pero más bien parecía una trampa que le habían tendido aprovechando que Umina y Qaytu debían refugiarse en un espacio más reducido, el que rodeaba con un tabique el camarote del capellán. De ser así, no tardarían en venir a por él.

Lo sacaron de estos pensamientos las campanadas de la comida. El momento en que Miguelito solía llevar su bandeja a Umina y Qaytu, poco antes de que se organizaran los ranchos. El paje estaba a punto de llegar. Y tendría que tocar a la puerta del tabique, para que le abriera Qaytu. Éste no lo podría oír, del mismo modo que no había podido atender sus llamadas. Entonces, al no encontrar al indio, el paje pasaría al interior, hasta el lugar donde se hallaba la trampilla bajo la cual estaba ahora él. En ese preciso momento, ni antes ni después, debería recabar su atención. Era su única oportunidad.

Permaneció atento y en tensión. Trataba de distinguir los pasos menudos del muchacho al bajar por la escalera. Varias veces creyó oírlos hasta escuchar su ligero tamborileo por los peldaños y al enfilar el pasillo. Pudo oír entonces sus golpes en el tabique y la aguda voz del paje, pidiendo que le abrieran. Al no escuchar respuesta, Miguel probó con la puerta que solía estar cerrada desde dentro, cuando Qaytu permanecía atento a ella. Ahora pudo franquearla sin ningún problema.

El ingeniero no se lo pensó dos veces, y tocó desde debajo de la trampilla para llamar la atención del niño.

Pero no obtuvo respuesta. Decidió, entonces, gritarle:

—¡Miguel, soy yo, Sebastián de Fonseca! ¿Me oyés?

—Le oigo, señor, ¿qué hace ahí abajo?

—Abre la escotilla, me he quedado encerrado.

Notó el forcejeo del muchacho. Aquello no cedía.

—¿Qué pasa, Miguel?

—Está sujeta con un nudo muy fuerte. No puedo desatarlo.

—¿Tienes un cuchillo?

—Aquí no, señor.

—¿Puedes conseguir uno?

Esperó la respuesta. Pero el muchacho ya no contestó. Sonaron voces arriba. Pegó el oído. Luego oyó los gritos del paje.

—¡Miguel! ¿Qué está pasando ahí afuera? —preguntó Sebastián.

Escuchó nuevos ruidos que no alcanzó a calibrar. Después, sintió que alguien hurgaba, hasta alzar la trampilla.

Un farol salió al encuentro de su rostro, deslumbrándolo. Y antes de que pudiera ver nada, una pistola se apoyó en su frente.

—Salga de ahí —le dijeron de forma muy poco amable.

Comprobó que no bromeaban. A medida que emergía del sollado y se enderezaba pudo ver al contraмаestre. Y, detrás de él, una patrulla armada. Probablemente, la guardia de la santabárbara.

—Espero que pueda darle al comandante una buena explicación —añadió el marino.

Cuando sus ojos se acomodaron a aquel nuevo espacio, lo primero que le llamó la atención fue el nudo con que habían bloqueado la escotilla. E, inmediatamente, algo que sucedía al fondo, hacia el atraque de la escalera que conducía a la cubierta superior. Dirigió hacia allí la vista, tratando de esquivar la luz del farol.

—¿Qué está mirando? —le interrogó el contraмаestre mientras se volvía hacia aquel lugar.

A Sebastián le parecía haber visto a un hombre con el brazo izquierdo vendado, el mismo en el que había clavado el formón a su atacante durante el intento de estrangulamiento.

Pero no tuvo ocasión de averiguar mucho más. En la escalera apareció el marqués de Montilla. El hombre que se había sumido en la penumbra le susurró algo al oído. Su mortal enemigo se dirigió al contraмаestre y pareció darle instrucciones. Luego abroncó de tal modo al pajecillo que el niño se echó a llorar. A Fonseca ni siquiera se dignó mirarlo. Se limitó a señalarlo a sus guardianes y ordenarles:

—Ése, a la sala de consejo.

Le indignó que el marqués tratase a la tripulación como si tuviera algún mando en aquella nave. Y mientras los soldados lo llevaban a la cubierta superior se preguntó qué pasaría ahora con Umina. ¿Conocía Montilla su presencia a bordo? ¿Cuál era el papel de la mestiza en todo aquello?

Al subir por la escalera de popa, advirtió en el barco una inusitada actividad. La tripulación había terminado de comer precipitadamente, deshecho los ranchos y desmontado las mesas, para dejar libres los cañones.

«Aquí pasa algo, y grave», pensó Sebastián.

Una vez en el alcázar de popa, les hicieron entrar en su parte superior, la amplia y luminosa cámara alta, con sus ventanales inclinados hacia adentro. En una mesa se afanaban el comandante Valdés y los oficiales.

Miguel lloraba a lágrima viva. Trató Fonseca de consolarlo para que no se presentara ante el capitán en aquel estado. Pero era imposible librar al niño de su abrumador sentido de la responsabilidad: nunca había sido castigado. Estaba convencido de que después de aquello no le dejarían hacer carrera en la Armada, y su vida ya no tendría sentido.

Valdés alzó la vista de los mapas y sus compañeros se apartaron a los lados. Dirigió una mirada inquisitiva al contraмаestre y a Montilla cuando los vio avanzar con el ingeniero y el paje.

El marqués se adelantó e hizo un aparte con él que Sebastián no pudo oír.

Tras ello, el comandante se irguió para preguntarle, en tono severo:

—¿Y bien, señor de Fonseca?

—Sólo quiero decir que Miguel no tiene nada que ver con todo esto... —empezó.

—¿Ah, no? —le interrumpió Montilla—. ¿Pretende usted hacernos creer que no ha sido su cómplice? Sólo él tiene acceso a esa parte de popa.

—Es cosa mía, exclusivamente mía —continuó el ingeniero, ignorando las palabras del marqués.

Lo miró Valdés, y por el modo en que lo hizo dejaba traslucir su aprecio hacia Sebastián, al verlo preocupado por el niño en un momento en que él mismo iba a dar con sus huesos en la sentina. Tampoco escondió el comandante de la nave su desagrado ante las injerencias de Montilla y sus acusaciones para inculpar al paje, presentando aquello como algo organizado y agravar así la situación de Fonseca.

—Si es como usted dice —argumentó el marqués—, ¿por qué este muchacho fue sorprendido intentando ayudarlo a salir del sollado?

—Mera coincidencia. Miguel estaba allí con una bandeja de comida...

Y calló ante la mirada de Valdés, porque se dio cuenta de que no debía decir nada más para no descubrir la presencia a bordo de Umina y Qaytu. Notó el alivio del comandante, y el reconocimiento por su discreción.

En ese momento entró en la estancia uno de los oficiales de servicio e informó, cuadrándose:

—Señor, una flotilla a la vista.

—¿A sotavento o a barlovento? —preguntó Valdés.

—A sotavento. Aunque tampoco las cosas están claras a barlovento, porque se está formando tormenta.

—Debería usted ordenar zafarrancho de combate y cañonearlos —dijo Montilla.

—Soy yo quien manda aquí, señor marqués —le respondió Valdés, decididamente molesto. E ignoró su presencia para preguntar al oficial de servicio—: ¿Llevan alguna bandera los de esa flotilla?

—No, señor.

Recordó en ese momento Valdés las señales secretas que le habían sido confiadas en la documentación reservada del navío y ordenó que iniciaran el mensaje en clave:

—Pues haga izar una roja en el tope del mastelero de velacho y un gallardete blanco en el palo mayor, por encima de la bandera. Venga a verme de inmediato cuando haya respuesta.

—¿Cuál debería ser, señor?

—Si es de los nuestros, izará gallardete blanco en el palo mayor y azul en el tope del velacho.

Volvió al poco el oficial, para informar. —No responden.

—¿Lo ve? —insistió Montilla—. Ya debería haberlos enfilado. Valdés ignoró de nuevo sus impertinentes palabras para dirigirse al oficial:

—Asegurémonos de que no se trata de un problema de visibilidad. Pruebe con los cañones. Dispare una vez por barlovento. Si no contestan con tres cañonazos a sotavento a intervalos regulares de un minuto, ordene zafarrancho de combate.

Se oyó al poco tiempo la detonación del *Africa*, pero ninguna por parte de la flotilla, cada vez más cercana.

—Señor —dijo el oficial—, han abierto las portas y embocado los cañones. Y acaban de izar bandera inglesa.

—¿Qué artillería llevan?

—Veintiséis de dieciocho en la cubierta superior, veinte largos de ocho en el alcázar de popa y castillo de proa y dos broncees largos del doce flanqueando el bauprés.

—Son fragatas inglesas, no cabe duda. Preparen zafarrancho de combate, pero no arrién velas. Mantenemos el rumbo.

—Señor —objetó el oficial, alarmado—, vamos a meternos de cabeza en la tormenta.

—De eso se trata.

En ese momento, el cañonazo de una de las fragatas enemigas hizo saltar un penacho de agua no lejos de la popa.

—¿Va a huir sin responder a esos matasietes? —le reprochó Montilla.

—No desdeñe a los ingleses, marqués —le replicó el comandante—. Son grandes marinos. Ese tiro de punto en blanco sólo ha sido un aviso. Y si no soltamos trapo para aprovechar el viento que tenemos a nuestro favor, dentro de poco estaremos a su alcance.

Sabía bien Valdés que no podrían con dos fragatas tan bien artilladas y maniobrables como aquéllas. Su única ventaja frente a los ingleses era que el *África* navegaría más seguro en medio de la tormenta abierta ante ellos. Sus enemigos tenían más que perder, y no se arriesgarían a seguirlos. Además, sus órdenes eran no entrar en combate hasta haberse aligerado de su pasaje en Panamá. Sólo entonces debía acometer la segunda parte de su misión, interceptando y plantando cara a las naves enemigas.

—¿Qué hacemos con éstos? —preguntó, resignado, el contraмаestre, señalando a Sebastián y Miguel.

—Enciérrelos en la cámara baja —ordenó Valdés.

Estaba aquel lugar debajo de la sala de consejo. Sebastián trató de calmar a Miguelito, que seguía llorando, inconsolable, balbuciendo que un paje de escoba y de la pólvora como él debería estar en ese momento llevando los cartuchos hasta su cañón, el Manotón. Cada brigada se refería siempre a su pieza con el apodo que le habían dado, convencidos de que tenía su propio carácter, como las personas.

Al ausentarse de la sala de consejo pudo ver Fonseca que Valdés estaba dispuesto a no plegar las velas, cerca de una treintena, manteniéndolas a pleno rendimiento. Con semejante trapo, ganó impulso el *África*, se hinchó con un aspecto tan majestuoso que imponía respeto verlo surcar las olas, cortándolas limpiamente. Y entre tanto redoblaban los tambores y se iba haciendo zafarrancho de combate. Se habían retirado los coyotes de los dormitorios y estibado en las redes de la cubierta superior, para que sirviesen como trinchera y parapeto a los soldados. Se echó arena en las cubiertas, a fin de evitar resbalones. Se desembarazó el navío, se señaló su sitio a todos, desde los primeros oficiales hasta el último grumete.

Se despejó el acceso de cualquier obstáculo hasta la santabárbara. Se abrieron las portas de los cañones, pero sólo las dos baterías superiores, por estar la mar muy picada y amenazar el agua con entrar por las troneras de la primera batería, demasiado cercanas a la línea de flotación. Y comenzaron a sacar cartuchos y distribuirlos según las libras de cada cañón. Se metió bala en éstos, se revisaron las mechas y pertrechos, y se situó a proa la piedra esmeril, para afilar picas, alfanjes y hachas de abordaje, los sables de los oficiales y las bayonetas de los infantes de marina.

Mientras Sebastián y Miguelito bajaban por la escalera principal del *África*, se le echó encima al navío un nublado que pareció hacer presa en el velamen, tan cargado de gaviás que el cabeceo ponía

espanto. Una nube se alivió de su granizo sobre ellos, haciendo resonar velas y maderas, acribillando las cubiertas y azotando el rostro del paje y el ingeniero. Se sintieron más protegidos al enfilar la escalera que flanqueaba el palo de mesana, por donde descendieron hasta quedar encerrados en la cámara baja, a pesar de las protestas del ingeniero, que pedía un arma para luchar.

Los vientos eran cada vez más fuertes, y el mar más encrespado, hasta dar en un color verde oscuro, opaco como la hiedra. El navío se abría paso entre las crestas blanquecinas de las enormes olas, para caer de bruces en los abismos abiertos bajo el casco, donde se precipitaba crujiendo por todos sus maderos. Grandes cortinas de agua barrían de borda a borda la cubierta, golpeada por violentos rociones que iban a estrellarse contra el castillo de proa. El aparato de rayos y truenos era tan estremecedor que la nave parecía arder en vivas llamas.

Era aquél un momento decisivo. Los ingleses estaban todavía a la vista, y sólo manteniendo el rumbo con mano firme lograrían quedar fuera de su alcance. Fue entonces, desde su encierro, cuando Sebastián y Miguelito notaron un fuerte golpe a popa, algo que destruyó los ventanales de la cámara baja y pareció caer todavía más abajo.

Se asomaron por la ventana rota, hasta donde llegaban las salpicaduras de las olas más bravas. Pero no vieron nada. Lo que había ocasionado aquel golpe se hallaba debajo de ellos.

Entendieron el alcance de lo sucedido cuando el barco empezó a perder rumbo y desde el alcázar se oyeron gritos:

—¡El timón no responde!

Cuando Sebastián se quiso dar cuenta ya era demasiado tarde. Miguel había atado un cabo a las patas de la mesa, bien sujetas al suelo, y se descolgaba por la ventana rota. Al asomarse vio lo que trataba de hacer el paje: desbloquear el timón, obstaculizado por el chinchorro de popa. Aquel bote, que colgaba de los pescantes traseros, se había soltado de uno de los cabos debido al violento cabeceo provocado por la tormenta. Y al quedar sujeto del otro cable se había comportado como un péndulo, cayendo primero contra el ventanal de la cámara baja, para empotrarse luego a la altura de la línea de flotación. Ahora la cadena y los cables del timón lo mantenían atrapado entre la pala de éste y la quilla. Sólo salvando aquel obstáculo podría recuperar el navío su rumbo y maniobrabilidad. De lo contrario, sería una presa fácil en manos de la tormenta y de los ingleses.

El ingeniero se dio cuenta de que él era, con toda probabilidad, el responsable de aquel desastre, al utilizar uno de los cabos para bajar desde el chinchorro hasta el camarote de Umina. Y no se lo pensó ahora dos veces antes de descolgarse, a su vez, para rescatar a Miguel.

Cuando logró sobrepasar la galería de la cámara baja, que le impedía verlo, entendió el peligro que corría el paje. Con un valor inaudito, esperaba el muchacho a que un movimiento de la nave hiciese girar el timón y dejara libre el chinchorro para soltar el cable del que colgaba el bote. Pero al hacer esto sería aplastado él mismo, tan pronto consiguiera liberar la pequeña embarcación.

En ese momento, una enorme ola verdosa barrió el navío a todo lo largo, hasta empenacharse en una cresta blanquecina y afilada como una cuchilla. Aumentaron las sacudidas del barco, tan recias que parecía a punto de descuadrarse. Se quedó suspendido el buque en lo alto de una ola, zozobró en el vacío y, mientras los marineros contenían la respiración, se precipitó en lo más hondo, gimiendo por toda su tablazón con los estertores de un moribundo.

Gracias a aquel brusco movimiento, Miguel logró soltar el chinchorro del cable que lo tenía atrapado. Cayó el bote, liberando el timón. El valiente pajecillo lo había logrado. Pero ahora era él

quien estaba a merced de los bandazos del barco, y corría peligro de ser aplastado. Un fuerte golpe, propinado por una de las bisagras de bronce de la pala, alcanzó al grumete en la cabeza y empezó a sangrar.

Perdido el conocimiento, habría caído al mar si en ese momento Sebastián no hubiese llegado hasta él, sujetándolo con firmeza. Con ello no había hecho sino sumarse a su misma suerte, poniéndose él también en grave peligro. No podía trepar por la cuerda. Para ello habría necesitado los dos brazos. Y uno lo tenía ocupado aferrándose a ésta, mientras con el otro retenía al niño, metidos como estaban en aquel mar impetuoso que amenazaba con llevárselos.

Vino en ese momento otra ola gigantesca, tan grande como una montaña. Embistió al buque, haciéndolo estremecer a medida que lo iba engullendo y recorriendo de proa a popa, zarandeándolo como un juguete. El navío se escoró tanto que estaba a punto de caer tumbado. Y con aquel golpe, el timón los aplastaría sin remedio.

## Amargo Despertar

Colgado del cabo que Miguelito había atado a la mesa de la cámara baja, Sebastián oyó una voz que le llamaba y sintió que alguien tiraba de él. Era Hermógenes, que había advertido lo que estaba sucediendo mientras arreglaba los desperfectos causados por el chinchorro al chocar contra el ventanal de popa.

—¡Aguante! —le gritaba—. ¡El piloto intenta hacerse con el rumbo!

De poco consuelo le sirvió esto: para cuando lo consiguiese, sería ya demasiado tarde.

Sólo tenía una vaga idea de aquel mecanismo. La pala del timón bajaba paralela al extremo de la popa, sobresaliendo del barco. E iba sujeta por su cabeza a la caña, un sólido travesaño horizontal que entraba en el buque a la altura de la primera cubierta. Ya en su interior, pasaba junto al techo del lugar donde dormía habitualmente Qaytu. Y, mediante un juego de poleas, giraba a babor o estribor gracias a una guía semicircular, siguiendo el arrastre de los cables enrollados a la rueda del timonel, que venía a funcionar como un cabrestante vertical.

Al haberse destensado, ahora le costaría al piloto recuperar su gobierno. Y le aplastaría a él mismo y a Miguelito.

Trató de frenar con los pies el avance de la pala, apoyando la espalda contra el casco. Pero su fuerza era irrisoria al lado de aquella poderosa palanca, que se les echaba encima de un modo inexorable. Sintió cómo empezaba a comprimir su cuerpo. Y quiso protegerlo, a la vez que el del paje, exánime y muy magullado por los golpes.

Cerró los ojos para que no le cegara la devastadora ola que barría el barco. Al entreabrirlos observó que el madero empezaba a ceder. Se estaba deteniendo. Y no parecía ser obra del piloto, sin plena maniobrabilidad todavía, sino de alguien que de un modo desesperado retenía la caña del timón.

La pala se mantenía inmóvil, con un temblor que trasladaba la enorme tensión que aquello debía implicar. Luego, dejó de presionarles. Y, por fin, ahora sí, el timonel pareció recuperar el control. El amenazador madero empezó a responder a la rueda y a apartarse de ellos. Primero, lentamente; después, de un modo ostensible.

Escuchó sobre él los gritos de júbilo de Hermógenes. Pero no entendió lo que estaba sucediendo hasta ver a Qaytu en la porta de uno de los cañones de popa, tirando con todas sus fuerzas del cabo del que colgaban, para izarlos a pulso, a él y al paje.

Tras entrar por la tronera, chorreando, vio que el indio había aplicado toda su fuerza a la caña que unía la cabeza del timón con la rueda, interponiendo un travesaño de madera, la calza de uno de los cañones, para evitar aquel giro que les habría resultado fatal. Un mecanismo que el escolta conocía bien, pues estaba encima del lugar donde dormía habitualmente. Con ello, les acababa de salvar la vida.

—Gracias, muchas gracias —dijo un desfallecido Fonseca antes de depositar en el suelo a Miguelito y caer exhausto en un rincón.

Se disponía Qaytu a inclinarse sobre el paje, cuando se oyeron voces. Y el ingeniero le hizo un gesto para indicarle que debía esconderse. Era Hermógenes, que acudía con más gente, a socorrerles.

Pero antes de que llegasen, y de que su salvador pudiera refugiarse en el espacio que tenía acotado

junto al camarote de Umina, Sebastián sorprendió en el indio un gesto de terror que lo paralizó.

Miró el ingeniero en la misma dirección y alcanzó a ver a alguien que los había estado observando en la sombra. No se distinguía su rostro, envuelto en la penumbra. Sin embargo, juraría que aquel hombre llevaba vendado el brazo izquierdo y era el mismo a quien ya había sorprendido junto a Montilla en el momento de ser hecho preso, tras quedar atrapado en el callejón de combate.

Impotente y extenuado, hubo de observar cómo se alejaba, pausadamente, al oír los gritos de quienes llegaban. Ahora, aquel hombre sabía que Qaytu iba a bordo.

Cuando Hermógenes y sus compañeros llegaron a su lado, el navío se había ido enderezando en medio de grandes crujidos de las cuadernas, que pugnaban por volver a encontrar su lugar. Hubo reacomodo de objetos desplazados, como si tras aquella huida desesperada el barco empezara a tener dominio de sí mismo. Recuperada su maniobrabilidad bajo el control del piloto, iba tanteando su camino entre las crestas espumeantes de las olas que empezaban a aflojar.

Muy atrás quedaban ya las fragatas inglesas. Y emergían ellos de la tormenta, que se alejaba mar adentro, mientras navegaban hacia el continente. El viento seguía soplando con fuerza, pero el timón respondía bien, pleno y ciñendo, permitiendo a las velas recogerlo de popa y volver a restallar en gualdrapazos regulares.

Entre tanto, Sebastián había hecho acopio de fuerzas para seguir a Hermógenes, quien ahora llevaba en brazos el cuerpo malherido de Miguel. Antes de llegar a la enfermería les salió al paso el médico con una lona, donde le pidió que depositara al muchacho, para transportarlo con mayores garantías. Cuando pasaron entre los hombres de la tripulación, que ya conocían la hazaña del paje, todos se quitaron los gorros en señal de respeto.

Pudo apreciar Sebastián que los efectos en el interior del navío habían sido igualmente devastadores. Los hombres de la expedición de Montilla se refugiaban por los rincones del barco, entre vaivenes, lamentos, arcadas y golpes de vómito tan prolongados que tal parecía que fuesen a echar el alma.

—Ha tragado mucha agua —advirtió Sebastián al médico.

—¿Qué esperan para traer el vino y el aceite? —se impacientaba Hermógenes.

—Están en ello —le atajó el galeno, molesto por que alguien se inmiscuyera en sus atribuciones

—. Levántele las piernas.

Mientras el carpintero ponía en alto los pies del pajecillo, le hurgó en la garganta con una pluma hasta que devolvió el agua de mar. No tardó en llegar el cocinero con vino caliente, que vertieron en el gáznate del muchacho. Cuando vieron que reaccionaba, le hicieron beber una taza de aceite de oliva para que el agua salada no le pudriera los intestinos.

A la espera de que rindiese efecto, el médico tomó su maletín e hizo señas a Sebastián, pidiéndole que lo acompañase a cubierta. Y allí, mientras curaba las heridas del ingeniero, le informó:

—Lo suyo no es nada, unos rasguños. Pero me preocupa el muchacho. Lo de él tiene mal aspecto.

—¿Es grave?

—Habrà que esperar. No se puede hacer nada más de momento. Y usted debería irse a descansar.

—Cuidelo mucho.

Tras el esfuerzo y los rociones, volvía el calor. Los hombres se despojaban de sus impermeables de lona alquitranada, se disipaba la neblina y el sol volvía a lucir en lo alto. Desde la cocina empezaron a servir café, porque después de la tensión del combate y la tormenta el cuerpo volvía por sus fueros.

Entre un trájín de perolas, el humo empezó a salir de los hornos, y se desplegaron algunos toldos para protegerse del sol. El sonido de la campana llamando a comer sonaba ahora en medio de una extraña calma, sobrevolando aquel mar sombríamente azul.

A pesar de que su heroico comportamiento le había permitido recuperar la libertad de movimientos, Sebastián no quiso probar bocado. Cayó rendido en su hamaca. Durmió muchas horas. Y cuando despertó y volvió a visitar al paje, le pareció que se recuperaba sin problemas.

—Como una rosa —bromeaba Hermógenes en la litera de al lado—. Ya me gustaría a mí estar como él.

El niño trataba de sonreír. Sin embargo, no era de esas sonrisas que le iluminaban el rostro. Notó algo extraño. Cuando se lo consultó al médico, éste le dijo, esquivando la cuestión:

—Le he dado un poco de láudano. Sólo queda dejar que la Naturaleza siga su curso. No le molesten, déjenlo dormir.

Mientras velaba el sueño de Miguelito, al ingeniero le preocupaba el otro frente que se había abierto: Qaytu y Umina. Ahora, alguien que estaba plenamente implicado contra él conocía la presencia a bordo del indio, y quizá a través de él podría deducir la de la mestiza.

El comandante Valdés, que también había acudido a visitar al pajecillo, le informó:

—Faltan pocos días para llegar a nuestro destino. Allí podrán cuidar mejor a Miguel, con más recursos que nosotros. —Luego alzó los ojos hacia el ingeniero y le advirtió—: En cuanto a usted, habré de ponerle a disposición de las autoridades, muy a mi pesar.

Una vez solo, y tras considerar que estaban a punto de concluir su viaje, Sebastián reaccionó de inmediato:

«Tengo que ver a Umina», se dijo.

Pero ¿cómo hacerlo? En todos aquellos días no había podido apartar de su cabeza lo que le contara ella la última vez que estuvieron juntos: aquellas páginas de la Crónica de Diego de Acuña en las que el escribano relataba los tristes sucesos que condujeron a la toma de Vilcabamba.

La frustrada embajada durante la cual había vuelto a encontrarse con Sirax había menoscabado el prestigio del intérprete. Ya se había encargado de ello Martín de Loyola, transmitiendo su propia versión de los hechos al virrey Francisco de Toledo. Éste deseaba acelerar la conquista del reducto rebelde. Y así, el 14 de abril de 1572, Domingo de Ramos, puso en marcha la formidable maquinaria bélica que debía terminar de una vez por todas con «aquella buitrrera de indios cimarrones».

Cuando estas medidas llegaron a oídos de Acuña, entendió de inmediato que se trataba de una expedición de exterminio, la última y definitiva. Él conocía el estado de debilidad del reducto, lo había visto con sus propios ojos, aunque nada dijera en mantenimiento de la promesa hecha a Sirax. Y empezó a luchar con todas sus fuerzas para formar parte de aquella comitiva. Deseaba, por encima de todo, evitar que mataran a Sirax.

El virrey estaba acopiando una fuerza abrumadora, con todos los vecinos útiles para una campaña

de gran alcance. Y como botín añadido ofreció un trofeo muy especial: quien capturase al rey rebelde se casaría con Beatriz Claya Coya, la hija de Sayri Túpac, el Inca que había firmado la paz con los españoles. Con la mano de aquella rica heredera recibiría la mejor encomienda del Perú, y sus descendientes ostentarían la mayor legitimidad en los derechos sucesorios. Una oportunidad así no se daba todos los días.

Cuando lo supo Diego, entendió la violencia que se hacía a Sírax. Como hija de Manco Cápac y hermana del Inca reinante, ella era la persona de mayor rango en su dinastía, después de Túpac Amaru. Pero en el camino de Acuña se interponían dos graves obstáculos: declarar la identidad y calidad de Sírax pondría en peligro la vida de la joven princesa, malogrando toda la laboriosa previsión de ocultamiento desplegada por su padre Manco Cápac y su madre Quispi Quipu. Y él mismo, el propio Acuña, aumentaría en los celos y sospechas de los suyos, quienes lo acusarían una vez más de ponerse del lado de los indios.

Toda la semana intentó sumarse a la expedición. Y siempre encontró la férrea resistencia de Martín de Loyola. No lo habría logrado sin el decisivo apoyo de su maestro de quechua, el jesuita Cristóbal de Fonseca, que aún mantenía su ascendiente sobre el virrey. El religioso tuvo que emplearse a fondo para que prevalecieran sus opiniones, haciendo ver las innegables ventajas de llevar consigo a Acuña. Pues además de ser el mejor intérprete del lugar, era el único que había estado en tiempos recientes en Vilcabamba.

Al fin, se le admitió en aquella comitiva que, una vez inspeccionada y aprestada, fue despedida con un brillante tedeum en la catedral. Poco después dejaron el Cuzco a través de un arco florido en dirección a la pampa de Anta, para encaminarse hacia el norte.

Tras varias escaramuzas de tanteo, se libró batalla en la tarde del tercer día de Pentecostés, el primero de junio de 1572. Eran los indios tan bravos que algunos veteranos de las guerras de Chile, y aun de Flandes, juraban no haber tenido nunca enfrente un enemigo tan encarnizado. Se metían ellos en tropel por las bocas de los arcabuces sin miedo a los daños que pudieran depararles, sólo por el ansia de llegar al cuerpo a cuerpo. Bien pudo comprobarlo Martín de Loyola, que iba en vanguardia. Bastaba verle para entender que no era un buen soldado. Nunca la crueldad ni la codicia suplieron al coraje. Si el sobrino de san Ignacio salió bien librado fue gracias a uno de sus ayudantes, que lo rescató.

Los naturales habían ido replegándose hacia Vilcabamba, para jugar allí sus mejores bazas. Conscientes del envite, los veteranos de anteriores campañas aconsejaron acampar en los alrededores, preparándose para el asalto final con un buen conocimiento del terreno. Trajeron para ello a uno de los prisioneros. Y fue entonces cuando se le planteó a Diego el gran dilema. Porque hubo de ver, en su trabajo como intérprete, que aquel indio los estaba encaminando hacia una emboscada, al desfiladero de la media luna, cuyas alturas sabía sembradas de galgas y pedruscos en cada recodo del camino. Se debatió Acuña largo rato entre el mantenimiento de la promesa hecha a Sírax y la revelación de aquella trampa que acabaría con toda la expedición española. Y se dio cuenta de que no podía seguir callado.

Declaró entonces al comandante de la expedición, Hurtado de Arbieta, que aquel acceso a la ciudadela estaba defendido por un fuerte muy apeñuscado y recio, con muchas piedras a mano para arrojar sobre el paso que defendía. Y que aquel baluarte almenado daba sobre un sendero angosto en extremo, asomado a pico sobre un río muy precipitado de aguas. Mientras se franqueaba había de

pasarse por debajo de una cuchilla de sierra tan afilada que hasta las nieblas hacían allí su partija. Era lugar perfecto para una emboscada, por ser muy fragosa y no poderse caminar sino de uno en fondo.

Desdeñó en un principio tales conocimientos Martín de Loyola, tratando de desacreditarlos como chismes de un intérprete medroso, poco conocedor de la milicia. Pero los más veteranos aconsejaron prestar oídos a Acuña y atacar desde arriba para descomponer la emboscada.

Sirviéndose de las indicaciones de Diego, subieron por entre la densa maleza con toda su impedimenta y arcabuces, armados hasta los dientes. El paso era tan estrecho y por una vereda tan vertida sobre un precipicio que hubieron de pasar gateando, a excepción de un portugués, tan fuerte que se atrevió a llevar consigo sobre los hombros una pequeña pieza de artillería, lo que provocó la admiración de sus hombres.

Desde allí, pudieron apercibirse de que todo estaba trazado de tal modo que si los enemigos pusieran por obra lo que tenían aparejado no quedaría un español vivo. Pues por la banda de arriba de aquellas ásperas sierras estaban emboscados en diferentes partes para darles batería. Y por la parte de abajo tenían dispuesta otra tropilla de quinientos indios chunchos, temibles flecheros que los rematarían.

Los españoles atacaron desde lo alto, pillándolos completamente desprevenidos. Y con su victoria bien podía decirse que los de Vilcabamba habían jugado su última carta, y que el camino hasta la ciudad quedaba expedito.

Esa noche descansaron, haciendo acopio de fuerzas para el asalto final. No pudo Diego comer ni dormir, pues en su conciencia entrechocaban el deber cumplido de revelar a sus compañeros la emboscada y haber traicionado la promesa de confidencialidad hecha a Sirax. Le atenazaba, sobre todo, la angustia por la suerte que esperaba a la joven cuando las tropas españolas entrasen en la ciudadela. Se estremecía al oír los soeces comentarios de los soldados, bromeando sobre sus obscenas intenciones con todas las indias que encontrasen en el lugar.

Un tiempo después, 24 de junio de 1572, era la fiesta de San Juan Bautista entre los cristianos, y la del Inti Raymi entre los incas, la mayor entre ellos, por celebrar el solsticio de invierno. Muy de mañana el general Hurtado de Arbieta mandó poner a toda su gente en orden para tomar la ciudad. Y después de hallarlo todo a plena satisfacción partieron hacia ella a tambor batiente, con los estandartes desplegados.

Caminaba Diego atento a cada esquina, buscando algún resquicio por donde pudiera tener noticia de Sirax. Pero no encontraron resistencia. El lugar se iba abriendo ante ellos desamparado y espectral. Sus casas, que no bajarían de las cuatrocientas, habían sido abandonadas, sin dejar nada de provecho en su interior. Los palacios, templos, depósitos de bastimentos y otros galpones todavía humeaban, destruidos por el fuego. Los indios habían quemado las provisiones que no les era dado llevarse en la huida, saqueándolo todo con tan buena mano que ni los propios españoles lo hubieran hecho mejor.

Explorado el lugar y sus alrededores, cumplía convocar el consejo para tomar una decisión. Los indios más principales se habían escamoteado una vez más. Diego hizo un recorrido por el lugar, y se sentó largo rato junto a la alberca en la que sorprendiera a Sirax y donde tan grata le fue su compañía. Y no pudo evitar amargas lágrimas por la tragedia que se avecinaba.

Allí vinieron a buscarlo para que sirviera de intérprete. Se disponían a interrogar a uno de los prisioneros capturados en los alrededores. Al ser apremiado a declarar el paradero de la familia real, confesó que el Inca había huido río abajo con los suyos, adentrándose en la selva, en el territorio de

los indios manarías, con una pequeña escolta de ochenta leales. Sintió Acuña un gran alivio en el fondo de su corazón, y mientras traducía las palabras ajenas se las apañó para preguntar al prisionero por Sirax, sin que él acertara a darle noticias de la joven.

Una de las expediciones enviada a dar una batida trajo el ídolo del Punchao, cuya captura había sido vivamente encarecida por el virrey Toledo. Otros vinieron con las momias de Manco Cápac y de Tito Cusí. Pero ninguna trajo al Inca ni a sus familiares más próximos. Fue entonces cuando Martín de Loyola se ofreció a encabezar una expedición para capturar a Túpac Amaru. Eligió unos cincuenta soldados y se dispuso a emprender la marcha de inmediato, con Diego de Acuña como inevitable intérprete.

Bajaron de este modo cuarenta leguas por el río, hasta un embarcadero donde sorprendieron a unos indios, a los que obligaron a revelarles hacia dónde se dirigía el Inca. Le dijeron que avanzaba poco a poco, porque su mujer estaba a punto de parir. Él la trataba con mucho amor y cuidado, ayudándola en todo, descansando a menudo. Y esto los retrasaba en gran medida.

Animado por este testimonio, Martín de Loyola apresuró la marcha. Tal rapidez resultó decisiva. Tras avanzar unas veinte leguas por la selva, al anochecer descubrieron una hoguera. Se acercaron con mucho sigilo y vieron que eran el Inca y su mujer.

Y así lograron tomar prisionero a Túpac Amaru cuando estaba a punto de embarcar en una canoa, a sólo tres horas de marcha del río Urubamba, donde su rastro resultaría imposible de seguir. Lo que más impresionó a Diego fue que nunca lo habrían atrapado de no ser porque prefirió cuidar de su mujer embarazada en lugar de huir para preservar el trono de sus mayores. Aquella demostración de amor en medio de las ferocidades de la selva le conmovió hasta lo más hondo, confirmándole las cualidades del monarca, que ya había comprobado durante su breve estancia en Vilcabamba.

En cuanto tuvo ocasión preguntó al Inca por Sirax. Y éste le respondió lacónicamente que no estaba con ellos.

En el camino de vuelta a Vilcabamba, trató de conseguir otras noticias de la joven hablando de nuevo con Túpac Amaru, pero éste nada le dijo. Fue su esposa quien, advirtiendo los verdaderos sentimientos de Diego y adivinando su angustia, le aconsejó que la buscara en el Cuzco.

Así terminaba la patética ficción de aquel reducto que había quitado el sueño a los españoles durante más de treinta y cinco años. Y al escribir ese final era imposible no percibir cómo la melancolía, antes que cualquier otro sentimiento, impregnaba la Crónica de Diego de Acuña.

O así lo entendía, al menos, Sebastián de Fonseca, embargado él mismo por la tristeza de los sucesos presentes y el silencio de la enfermería. Y en estas evocaciones se había quedado dormido.

Hasta que lo despertó el médico, que venía a ver al herido.

Tras la revisión que le hizo al paje, el ingeniero no pudo evitar preguntarle:

—¿Qué le pasa en la cara a Miguelito? Cuando intenta sonreír, es como una máscara.

Le hizo un gesto el médico para que no dijese nada y lo acompañara a cubierta. Y una vez allí, le confesó:

—Es el rictus sardónico.

—¿Cómo dice?

—Un calambre, un espasmo en la mandíbula, el cuello y la cara.

—¿Y eso es grave?

—Muy grave, el tétanos.

—¡Dios! ¿Y no tiene remedio?

—Ninguno. La muerte es terrible. ¡Pobre niño!

Pronto lo supo todo el barco. La marinería hacía corros, cada vez más apesadumbrados a medida que avanzaba la enfermedad. La rigidez progresaba sobre el débil cuerpo de Miguel, agarrotándolo. Le comprimia la laringe, convirtiendo su respiración en un silbido agónico.

A la medida que la enfermedad se iba adueñando de sus miembros, aumentaron las convulsiones. Se volvieron tan súbitas y fuertes que le desgarraban los músculos del vientre, provocándole horribles dolores. El médico aumentó las dosis de un láudano que él mismo preparaba, con opio de Esmirna, vino de Málaga, canela, azafrán, miel y levadura de cerveza. A pesar de ello, tuvieron que atar una cuerda a la viga del aposento, para poder moverlo con el mínimo de molestias. Más tarde empezaron las fracturas vertebrales, provocándole unos dolores como cuchilladas. Los alaridos del niño se oían en todo el barco.

Los marineros suspendían su trabajo cada vez que los escuchaban. La tensión se palpaba en el ambiente y Valdés estaba seriamente preocupado. Sabía bien lo querido que era el niño entre la tripulación. El capellán comenzó a frecuentar la cabecera del pajecillo cada vez con mayor asiduidad. Todos esperaban el fatal desenlace de un momento a otro. Hasta que dejaron de oírse aquellos gritos.

Hubo una afluencia general alrededor de la escotilla que conducía a la enfermería. Acudió Valdés y tuvo que hacer uso de toda su autoridad para conseguir que esperaran fuera, en la cubierta, prometiendo bajar él para informarles.

Cuando reapareció, emergiendo lentamente por la escalera, junto con el capellán, se cubrió con su sombrero mientras les informaba:

—El funeral tendrá lugar esta tarde.

Un silencio de muerte se extendió por todo el barco y hasta las velas parecían sudarios. Llegado el momento, se colocó el cadáver en cubierta, sobre uno de los enjaretados, las rejillas que cubrían los accesos. Estaba amortajado en su propio coy, cosido a todo lo largo como una crisálida que nunca alcanzaría ya su metamorfosis. Los pies, vueltos hacia el mar, fueron lastrados con balas de cañón. Rodeado por la tripulación en pleno, con las cabezas descubiertas y el gesto abatido, el capellán apareció revestido con estola y sobrepelliz. Rezó brevemente el oficio de sepultura. Acabado éste, inclinaron la plataforma por encima de la borda. Sonó la lona, siseando, al deslizarse sobre las rejillas. El pequeño bulto que contenía el cuerpo de Miguelito cobró impulso. Cayó levemente contra las olas. Tras el sordo chapoteo del impacto, un haz de burbujas afloró hasta romper en el azul turquesa del mar, recibiendo el tributo que se le rendía.

Valdés hizo un gesto al segundo oficial para que ordenase a cada cual volver a su puesto. Pero nadie se movió. Repitió la orden, y entonces se levantó un rumor, pidiendo responsabilidades.

Se oían preguntas sobre quién había dejado suelto el chinchorro que había provocado la catástrofe. Uno de los marineros alzó más la voz para preguntar:

—¿Quién va a popa, en el camarote de estribor del capellán?

Le pareció a Sebastián que alguien detrás de aquel hombre le dictaba las palabras. Alguien que se escabulló en cuanto trató de acercarse. No lo pudo ver bien, pero parecía llevar algo en la manga de su brazo izquierdo. ¿Las vendas de una herida, quizás?

Era ya demasiado tarde para perseguirlo. Aquel torbellino humano se dirigía hacia el camarote de popa que tanto les intrigaba.

Apartaron a Valdés, reteniéndolo varios hombres en el alcázar, mientras una docena de marineros bajaba hasta aquel lugar vetado para ellos. Sebastián comprobó que, por muy buen marinero que fuese el comandante, sus oficiales no lo tenían como suyo. Tampoco se sentían vinculados con un secreto que el capitán había sobrellevado en solitario, sin hacerlos partícipes.

No tardaron en subir con un aterrorizado Qaytu. Sin duda, el indio había salido a su encuentro para que no pasasen adelante y sorprendieran a Umina.

El ingeniero se dio cuenta de que lo iban a arrojar al mar. Se abrió paso hasta la cubierta superior y se puso a su lado, enfrentándose a quienes lo retenían:

—¡Escuchadme! Este hombre no puede hablar. Pero yo lo haré por él. No sólo no tiene ninguna culpa de la muerte de Miguel, sino que me ayudó a sacarlo de allí.

El marinero que parecía actuar como cabecilla se adelantó para gritar:

—Si lo defiende, es porque lo conoce y es su cómplice. Él lo sabía todo. ¡Al agua también!

Trató Hermógenes de hacerse oír, para confirmar el testimonio de Fonseca. Pero los hombres de Montilla lo apartaron a un lado, bloqueándolo. Y ni siquiera permitieron intervenir al capellán.

Iban a arrojarlos por la borda.

## Tregua

Ya avanzaba aquel frente hostil hacia Sebastián y Qaytu cuando desde las últimas filas de los amotinados surgió un rumor que se fue extendiendo hasta obligar a girarse a quienes estaban a punto de lanzarlos al mar.

Hicieron ellos lo propio, y al volver la cabeza advirtieron que los marineros se apartaban para ceder el paso a alguien, mientras las voces se contenían y acallaban. No podía ser Valdés, encerrado en su cabina. Se trataba, sin embargo, de alguien con gran autoridad. El aire estaba electrizado, y sólo se oían los gualdrapazos del viento en las velas, rematados con estallidos secos.

Entonces la vio. Era Umina. Caminaba erguida, envuelta en su rebozo, con el aplomo y la dignidad de una reina.

Mantenia el paso sin apresurarse ni mostrar temor. Y de este modo llegó al lado de Qaytu, tomándolo del brazo para llevárselo de allí.

Nadie se atrevió a rechistar; mientras, ella miraba de soslayo a Sebastián, preguntándole con los ojos a qué esperaba para unirse a ellos.

Comprendió el ingeniero que no había tiempo que perder, antes de que la marinería cambiara de opinión. Y los siguió hasta el alcázar, donde subió Umina y rescató a Valdés de su encierro.

Tan pronto lo hubo hecho, salió el comandante y ordenó a los hombres que regresaran a sus puestos, como si nada hubiera sucedido. E, increíblemente, le obedecieron.

El capitán de la nave estaba admirado ante la sangre fría de la mestiza.

—¿Qué habría hecho si se hubiesen abalanzado sobre usted? —quiso saber.

—Disparar —contestó ella.

Y abriendo su rebozo mostró el recio cinturón de cuero que llevaba debajo, con dos pistolas terciadas y bien amartilladas.

—Lo malo es que ahora la ha visto la tripulación y todos sabrán que está regresando a Perú —se lamentó Valdés.

—¿Tan importante era mantenerlo en secreto? —preguntó Fonseca.

—Todo mi plan se basaba en ello —confesó Umina con desaliento—. Ahora la iniciativa la llevarán mis enemigos.

—¿Qué enemigos?

—Los encomenderos. No conozco ni el rostro ni el nombre del agente que puedan haber enviado ahora, pero ellos no quieren que nada cambie. Y harán lo que sea con tal de evitarlo.

—Quizá yo pueda decirle quién es ese agente.

—¿Usted lo sabe?

—Me atacó por la noche, en la hamaca.

—¿Alguien le atacó? —se sorprendió el comandante—. ¿Por qué no me lo dijo?

—No tuvo mayor importancia. Logré ahuyentarlo hiriéndole en un brazo, el izquierdo.

—Debería habérmelo comunicado de inmediato. Ordenaré formar a la tripulación y al pasaje. Así sabremos quién es —aseguró Valdés.

—¿Podrá hacerlo después de este amago de motín?

—No ha habido tal, créame. Lo sucedido pasa a veces en un barco, sobre todo si se lleva mucho tiempo de navegación. Es la combinación de un nuevo capitán con una tripulación a la que el anterior comandante no ha sujetado debidamente. La marinería se ha sentido traicionada por presencias a bordo que se le ocultaban.

—Y ha contado con alguien dedicado a atizar el descontento.

—Quizá. Alguien que sabe cómo les desazonan los gafes.

—¿Se refiere a Qaytu? —preguntó Umina.

—Sí. Le ha tocado ese papel. Cualquier extraño habría valido. Ustedes dos, por ejemplo. Tuvieron suerte de que contaran con un candidato mejor. Acuérdense de Jonás. Es algo irracional. Y ahora, con su permiso —se disculpó Valdés—, vamos a pasar revista.

Mandó al segundo oficial que formara a todo el mundo a bordo, dejando al descubierto el brazo izquierdo. Y al cabo de una inspección exhaustiva hubo de reconocer que ninguno de ellos presentaba aquella herida.

—¿Han examinado la expedición de Montilla? —preguntó Sebastián.

—Sí. Y por si le interesa, falta uno. —Pues ése es.

—El marqués ya me había comunicado que uno de sus hombres desapareció durante la tormenta.

—¿Y va a darlo por bueno?

—He de hacerlo. Me lo dijo hace unos días, antes de ordenar esta revisión general.

—¿Cuál era su nombre?

—Un tal Ojeda, carpintero de ribera. Pero tanto daría cualquier otro. Los nombres pueden ser supuestos. Es lo normal.

Lo cierto es que no apareció por ningún lado el sujeto a quien Fonseca había herido en el brazo, hasta el punto de que habría pensado que se trataba de un mal sueño si no tuviese tan presente el peligro corrido. Y aquello le hizo temer lo peor.

Ahora que se había hecho oficial la presencia de Umina, quiso Valdés que honrara ella su mesa, e invitó también al ingeniero. La cabina era muy luminosa. En su techo se reflejaba, azuleando, el apaciguado ondular de las olas, creando un ambiente acogedor.

O quizá era la mestiza quien prestaba su plenitud al lugar. Estaba hermosísima, con uno de sus vestidos de gala, a la europea. Y hasta el comandante, de suyo tan comedido, hizo al ingeniero un gesto de complicidad para celebrar la presencia de la joven, mientras terminaba de consultar el cronómetro de longitudes, un macizo reloj que guardaba en una caja de nogal.

—En un par de días llegaremos a Panamá —les anunció.

—Ésta será, entonces, nuestra bienvenida y nuestra despedida, todo a un tiempo —dijo Umina—. ¿Qué sucederá cuando entremos en puerto?

—Nosotros emprenderemos misiones de vigilancia en aquellas costas, para evitar el contrabando. La expedición científica de Montilla tiene prioridad, y pasará de inmediato del Atlántico al Pacífico, siguiendo su viaje hacia Perú en una nave ligera. Las tropas tardarán algo más, porque han de distribuirse en varios frentes. ¿Y usted, qué piensa hacer?

—El negocio de mi difunto padre y su socio tiene delegación en Tierra Firme. Tan pronto como nos consigamos una embarcación cruzaremos también el istmo y navegaremos hacia el puerto del Callao,

para llegar a Lima lo antes posible.

Mientras el comandante abría una botella de su mejor vino, llamó a la puerta el repostero que había de servir la mesa, y pidió permiso para ir disponiéndolo todo. Fue trayendo jamón, huevos, tostadas, menestras, pato al horno y las rodajas de un pez espada recién capturado.

—¿Qué les parece el pescado? —se interesó.

—Casi lo prefiero al atún —dijo Umina.

—¿Qué quiere que le diga? —confirmó Sebastián—. Acostumbrado al rancho de a bordo, esto es un banquete de reyes.

—Bueno —añadió Valdés—, podría haberles atendido mejor si no estuviéramos concluyendo el viaje, con mi despensa personal vacía.

—¿Dispone usted de su propia despensa? —le preguntó ella.

—Es lo habitual en el caso del comandante de una nave.

—Ojalá lo hubiera sabido cuando estaba ahí abajo en la bodega —bromeó Fonseca.

Rieron los tres, y Valdés alzó su copa para confesarles, tras el preceptivo brindis en honor del rey:

—Si no fuera por estos ratos, la vida a bordo sería muy dura. Y pocas cosas se agradecen más en un navío que los buenos compañeros de mesa. Hacerlo con una dama como usted —añadió dirigiéndose a Umina— es como una lotería.

—Gracias. ¿Por qué le encomendaron el mando?

—El anterior capitán del *África* sufrió un accidente.

—¿Qué oportuna casualidad!

—Sí. Ésta no es una travesía normal. Yo hube de heredar una tripulación hecha a otras manos, cargar con una expedición que venía muy recomendada desde las alturas, hacer cambios en la zona del camarote del capellán de estribor para alojarles a usted y a su criado...

—Un viaje normal es menos movido, a lo que entiendo.

—Así es, aunque no me quejo al lado de la vida que llevan los marineros. Y todavía es peor cuando lo dejan. Si sobreviven enteros y no han completado los treinta años de servicio, se verán expuestos a ganarse la vida limpiando zapatos o botas en Cádiz o como jornaleros en el campo, dependiendo de cómo hayan quedado de válidos o mutilados. Incluso un piloto de carrera lo tiene mal —se lamentó Valdés—. No se aprecian suficientemente las ciencias, a pesar de los esfuerzos de un Jorge Juan...

—No me diga que estudió con él —le interrumpió Sebastián.

—Cursé la carrera en el colegio de guardiamarinas de Cádiz.

—Y yo en el Real Seminario de Nobles de Madrid.

—Pues entonces, qué le voy a contar. En nuestro país lo que más se estima no es saber manejar un octante, calcular ecuaciones o situarse en una carta de navegar, sino tener ingenio en los salones y actos sociales.

—¿Usted también ha tenido problemas con los ascensos?

—¿Y quién no? Lo que cuentan son las influencias y la familia.

—No me cabe en la cabeza —dijo Sebastián— por qué la tripulación de este barco ha reaccionado como lo ha hecho. Yo he visto con mis propios ojos que usted los trataba con firmeza, pero también con la mayor deferencia.

—La multitud es inhumana por naturaleza. Gentes que tomadas de una a una son personas se convierten en otra cosa en cuanto se les da ocasión. —Y dirigiéndose a Umina, que había rendido sus cubiertos, le preguntó—: ¿Ha terminado? En ese caso, pasaremos a tomar el café y la tarta que nos ha preparado el repostero.

Ni siquiera tan glorioso remate logró despejar en Fonseca el mal sabor de boca que le había dejado aquel conato de motín.

—No entiendo por qué se han cebado con Qaytu, que ni siquiera puede hablar. Por cierto, ¿qué le sucedió? —preguntó el ingeniero a Umina.

—Le cortaron la lengua por denunciar los abusos de los encomenderos —respondió la joven—. Y si se han cebado ahora en él, es por el miedo que siente la multitud a todo lo diferente. Nada más distinto que un indio y un español. El indio no tiene codicia, y el español no parece conocer su límite; el indio es flemático, y el español colérico; el indio es humilde, mientras que no hay casta más arrogante que la española; el indio se toma su tiempo en todo lo que hace, y el español mete prisa en todo lo que desea; el indio es enemigo de servir, y el español amigo de mandar, que no parece sino que hubiera nacido para ello...

—¡No siga, que nos pierde! —bromeó Fonseca—. ¿Qué le sucede, entonces, a una mestiza como usted, que lleva a los dos enemigos dentro?

—Si quiere conocer la respuesta, tendrá que arriesgarse y averiguarlo por sí mismo —le contestó ella, siguiéndole el juego.

Fue aquella comida como la firma oficial de alguna tregua. No sólo entre sus participantes, sino a bordo de toda la nave. Hasta el mar pareció declarar un tiempo bonancible y una inesperada calma.

Los marineros llevaban a Umina en palmas. Habían adornado con cintas y gallardetes el lugar donde solía sentarse, a popa, formando una guirnalda que contrastaba con el sobrio pasar de un navío militar. Y aunque ella no ocultaba su preocupación por lo sucedido, al menos le cabía el alivio de pasear por cubierta sin tener que andar escondida.

Sólo había alguien que parecía habérselo tomado a mal: la gata. No sobrellevaba bien la presencia de otra hembra a bordo. Era, además, plenilunio, se había puesto en celo y alborotaba sus dominios de punta a cabo, maullando de aquí para allá. Por la noche, los marineros le tiraban botas para que se callase, pero ella seguía, erre que erre.

De modo que cuando Luna vio que Sebastián y Umina se disponían a leer la Crónica juntos, se arrimó a ellos ronroneando, como si también le incumbiese la historia que allí se contaba.

---

## El Memorial

El relato de Diego de Acuña concluía siguiendo la suerte del último Inca, Túpac Amaru. Tras la caída de Vilcabamba y su captura en la selva a manos de las tropas mandadas por

Martín de Loyola, lo que más parecía preocupar al sobrino de san Ignacio era la entrada triunfal en Cuzco con su prisionero. Y había cuidado de promoverla a mayor gloria propia.

El día 21 de septiembre de 1572, festividad de San Mateo, se encontraba el intérprete formando parte de la comitiva prevenida ante la puerta de Carmenca. Esperaban para desfilarse por la antigua capital. Pero Diego ardía en deseos de buscar a Sírax.

Rompíó a tañer a todo rebato la campana de la catedral, marcando el rango de los toques. Y de inmediato se sumaron a esa matriz las restantes espadañas del lugar, hasta que toda la ciudad se estremeció con aquel repicar que inundó sus calles clamoreando caudalosamente. Era la señal que aguardaban.

Las primeras filas del recorrido estaban tomadas por los españoles. Sin embargo, detrás de ellos Diego pudo observar a los nativos, con sus miradas opacas, desbaratadas, huidizas. El encogimiento en que se les veía delataba su profunda desolación, el derrumbe de sus esperanzas.

Loyola sujetaba mediante una cadena a su prisionero, quien ostentaba en la frente a modo de corona la *mascapaicha*, aquella banda de tejido con la borla imperial. En el mismo cortejo seguían al Inca su esposa e hijos, hermanos y familiares. También, los cuerpos momificados de los dos monarcas muertos en Vilcabamba, Manco Cápac y Tito Cusí. Y por encima de todo destacaba por su brillo el ídolo de oro del Punchao.

Admiraba Acuña la presencia de ánimo de Túpac Amaru. No caminaba con el abatimiento pusilánime del vencido, sino con la gallardía propia de su condición, el último representante de un largo linaje de emperadores. Tanta, que debió de parecer excesiva a Martín de Loyola. Y cuando se aproximaron a la celosía tras la que se ocultaba el virrey, el sobrino de san Ignacio ordenó al Inca que se destocara, en señal de sumisión. El prisionero se negó, contestando con altivez que no lo haría ante quien sólo era un sirviente del rey español. Entonces, para añadir escarnio al oprobio, Loyola lo abofeteó.

Sintió Diego lo desgarrador de aquel espectáculo. Sobre todo para Sírax, que estaría entre aquella multitud asistiendo a la humillación de su hermano. Y pensó que, al verlo la joven en aquella comitiva, lo tomaría a él mismo por cómplice del atropello.

Una vez exhibido como un trofeo por las calles de la antigua capital, Túpac Amaru fue conducido hasta la Colcampata, en la ladera que dominaba Cuzco, donde antes se alzara el palacio del primer Inca y ahora se llevaría a cabo la instrucción religiosa del reo. Mientras, a toda máquina, se puso en marcha el proceso que debía entender su caso.

Acuña prosiguió sus pesquisas en busca de Sírax. Fue en primer lugar a la Casa de las Serpientes. Conocía su devoción a Quispi Quipu en todos los términos legales, por resolución de Felipe II. Y también la decisión de la anciana de dejarla a sus descendientes en el testamento redactado poco antes de morir. Pero aunque llamó a la imponente puerta del edificio, la aldaba resonó de vacío en su interior. Si Sírax estaba en el Cuzco, se habría alojado en un lugar más discreto. De nuevo se vio a sí

mismo buscándola por toda la ciudad.

Fue a encontrarla de modo inesperado en la Colcampata. Se tropezaron de improvisto, cuando Diego acababa de traducir el testimonio de uno de los encarcelados y Sirax acudía a visitar a su hermano Túpac Amaru. Lo hacía la joven sin declarar su parentesco, como si fuera una criada. Para mejor cumplir este papel la acompañaba la suya propia, Sulca. Y Acuña no la habría reconocido de no habérsela topado de frente.

Se contuvo a tiempo. Al verla vestida con ropas ordinarias, y no de acuerdo con su rango, entendió sus propósitos, y simuló no conocerla. La siguió luego hasta la puerta. Después, por una calleja. Y tan pronto perdieron de vista a la guardia, y antes de encontrarse con otras gentes, le pidió de modo apresurado que acudiera al mediodía siguiente a la sede de la Compañía de Jesús. El mismo lugar donde acogieron a su madre, Quispi Quipu, al ser desalojada de la Casa de las Serpientes.

Se negó ella, airada. Y hubo de ser Cristóbal de Fonseca quien convenciese a la muchacha del malentendido que cometía contra Diego al considerarlo cómplice de Martín de Loyola, cuando todo lo había hecho el intérprete para salvaguardar la vida de ella.

Al encontrarse los dos jóvenes, al fin, en la sede de la Compañía, ella rompió a llorar, reprochándole que hubiera traicionado la confianza prometida en Vilcabamba y formado parte de la expedición contra su hermano. Se le había partido el corazón al verlo entrar en Cuzco con los vencedores.

Trató de explicarle él las difíciles circunstancias en las que sucedió todo. Intentó convencerla de que había regresado para protegerla a ella y a los suyos. Y le aseguró que su hermano tendría un juicio justo, que en ello se trabajaba en ese momento.

Quiso ella creerle. Y, en su desesperación, le tomó de nuevo la palabra.

Sin embargo, y entre tanto, el virrey Toledo ya había decidido la muerte de Túpac Amaru. La noticia cayó en el Cuzco como una bomba. Nadie podía imaginarse que cuarenta años después de la ejecución de Atahualpa por Pizarro volviera a repetirse aquella indignidad.

Cuando Diego de Acuña lo supo, quedó anonadado. Carecía él de cualquier autoridad. Pero Cristóbal de Fonseca sí la tenía para pedir que se perdonase la vida al Inca. Una vez más hubo de acudir a su maestro. Le dijo éste que ya andaba en ello, y que no se inmiscuyera.

El virrey Toledo fue inflexible. Pareció pesar más en su ánimo la opinión de Martín de Loyola, a cuyas ambiciones se ajustaba la ejecución de quien él había capturado. Al habersele prometido la mano de la heredera, Beatriz Clara Coya, su futura esposa y la descendencia que con ella tuviera pasarían a ser los primeros en la línea sucesoria.

Cuando Diego lo supo a través de su maestro de quechua, trató de encontrarse con Sirax. Quería explicar a la joven lo sucedido. Pero ella no quiso verlo más, y el intérprete se torturaba en sus pensamientos.

El día previsto para la ejecución de Túpac Amaru, Acuña acudió a la prisión de la Colcampata junto con Cristóbal de Fonseca. El jesuita todavía abrigaba la esperanza de un indulto en el último momento.

Ambos vieron cómo el prisionero era sacado de su celda. Lo montaron sobre una mula de rúa, con gualdrapas de terciopelo negro. Y así comenzaron a bajar el cerro que les conduciría por las calles del Cuzco hasta el lugar donde se había erigido el patíbulo y degolladero.

Se alzaba en la Plaza de Armas, donde en tiempos no tan lejanos celebraban sus victorias los

reyes que le habían precedido en el trono. Todo el cadalso se hallaba cubierto de paños oscuros.

Mirando alrededor con detenimiento alcanzó Diego a distinguir a Sírax entre la multitud. Estaba en un balcón, el rostro derribado en sollozos. Y aunque trató de llamar su atención, e incluso hizo amago de abrirse camino hacia ella, todo fue inútil. Hasta el alguacil mayor, que iba delante a caballo, se las veía y se las deseaba para hacer vereda, manejando su bastón a diestro y siniestro.

Al paso del reo hincaban la rodilla en tierra muchos de sus súbditos. Túpac Amaru les correspondía con una inclinación de cabeza, sombrío e inexpresivo. Acuña pudo ver erizados de indios los cerros situados a la vista de la ciudad. Las calles y plazas estaban tan repletas y henchidas de gentes que era imposible romper rumbo en él. No bajarían de quince mil los asistentes. Y si se hubiera arrojado una naranja al aire, no hallaría dónde caer, por lo apiñados que bregaban los concurrentes.

Remontó el Inca el tablado con imperturbable dignidad. Más le costó mantenerla cuando, para despedirse de él, subieron al cadalso sus hijos, de tan corta edad. Hasta que vino a su encuentro el indio cañari que iba a officiar como verdugo. Al sacar éste la cuchilla con la que se disponía a decapitarlo, se levantó gran clamor entre la indiada que colmaba el recinto. Al ver que iba a morir su señor, toda aquella vasta marea humana se estremeció en un crecido oleaje. Fue tan grande el vocerío y retumbar de lamentos, lágrimas y gritos, que parecieron atronar los cielos.

Alzó entonces Túpac Amaru el brazo derecho y con la mano abierta lo llevó a la altura del oído. Luego lo bajó lentamente hasta ponerlo en el muslo. Era tanto el respeto en que le tenían, incluso en aquel trance, que bastó con la señal mandándoles callar para que todos obedecieran al instante. Quedó el lugar envuelto en un profundo silencio, sin que nadie se moviese. Y ello a pesar de que nunca lo habían visto, por hallarse él retirado en Vilcabamba. Les habló brevemente en quechua, aludiendo hasta en tres ocasiones al Punchao.

Muchos españoles también estaban conmovidos. Cristóbal de Fonseca rogó de nuevo al virrey que perdonara la vida al Inca, junto a otros religiosos presentes. Pero Toledo se negó a atender sus súplicas y dio la señal para que se procediese a la ejecución.

Fue entonces, en aquel tenso silencio, cuando se oyó un grito que cruzó la plaza de parte a parte. Era Diego, que se encontraba junto a Cristóbal de Fonseca. Apartó de un manotazo a Martín de Loyola y trató de avanzar hacia el patíbulo. No llegó muy lejos. El sobrino de san Ignacio lo derribó de un golpe en la cabeza y ordenó a dos de sus alabarderos que lo retuvieran.

Así pudo ver Acuña cómo, a una señal del virrey, el verdugo se dirigía contra el Inca. Lo tomó por los cabellos con la mano izquierda, blandiendo en la derecha una espada afiladísima, a la que imprimió giro con todas sus fuerzas. Brilló el tajo en el aire, trazando su fatal trayectoria en abanico, avanzando contra el cuello. Y lo alcanzó tan de lleno, con un golpe tan certero, que en el mismo momento del brutal choque separó la cabeza del tronco, entre el brotar de la sangre que salpicaba alrededor.

La levantó el ejecutor, trémula aún, los ojos parpadeantes, mientras el cuerpo se abatía lentamente sobre el tajón, desde donde resbaló hasta el tablado. Un grito unánime surgió de miles de gargantas, estremecida la villa en gemidos. Y los alabarderos hubieron de tender su barrera de picas para contener a la multitud.

En tal barahúnda trató de rehacerse Diego de Acuña, aún nublada la vista por el golpe recibido. Y sacó su espada.

Pero Loyola, bien prevenido, desenvainó de inmediato la suya, tirándole un mandoble al pecho que lo echó por tierra, muy malherido. Y aun lo hubiese rematado allí mismo si Cristóbal de Fonseca no acudiera en socorro de su pupilo, interponiéndose con riesgo de su vida y pidiendo ayuda para trasladarlo a la enfermería de los jesuitas.

Fue en aquel lugar, al volver en sí, cuando se encontró con Sirax a la cabecera del lecho.

Ella le contó el resto, en los espasmos de un llanto entrecortado. Tras la ejecución, la cabeza de Túpac Amaru fue colocada en un poste, junto al mismo cadalso de la Plaza de Armas donde había sido decapitado. Y al caer la noche una gran multitud de indios acudió a venerar a su Inca, sin que ningún castigo bastara para disuadirla. Su cuerpo, portado en unas parihuelas por religiosos y nobles indígenas, fue entregado a los padres dominicos para que lo enterrasen al lado de su hermano Sayri Túpac, en la cripta del convento de Santo Domingo donde antes se alzara el Coricancha o Templo del Sol.

Mientras se temió por la vida de Diego, Sirax permaneció a su lado en la enfermería, velándolo todas las noches. Experimentó luego mejoría, y llegó a verse tan animado al intérprete que entendieron que se recuperaría.

Pero se desató a los pocos días la gangrena. Y sintiéndose de nuevo en peligro, decidió declarar a su maestro la verdadera identidad de la joven. Cuando lo supo Cristóbal de Fonseca, empezó a temer por la princesa, si alguien la descubría. Y cuanto más averiguó sobre aquella historia, más se persuadió de que debía prepararlo todo para garantizar su seguridad.

También hubo de pesar en su ánimo el comportamiento de Martín de Loyola. Tras su boda con Beatriz Clara Coya, la muchacha quedó recluida en el convento de Santa Clara. Pues lo más importante ya estaba hecho: mediante aquel matrimonio, el virrey transfería al capitán de su guardia todas las encomiendas y tierras de la joven en el espléndido valle de Yucay, que habían pertenecido a su padre, Sayri Túpac. El sobrino de san Ignacio aún añadió una indigna solicitud: poder agregar a sus armas una cabeza cortada, en alusión a la del recién ejecutado Túpac Amaru, el tío de su ahora mujer. Pero le fue denegada. En la corte tenían más criterio que aquel ambicioso advenedizo.

Para la adolescente princesa heredera tanto dio haberse casado como no. Además de mantenerla encerrada en el convento, su marido no quiso hacer uso del matrimonio, por ser ella india, o ser él poco aficionado a las mujeres, según los maledicentes.

Ésta fue la última noticia que proporcionó Cristóbal de Fonseca a Diego de Acuña, antes de comenzar aquél sus preparativos para embarcarse con Sirax rumbo a España. Si lo pudo hacer, fue porque el virrey Toledo le había encomendado con gran secreto que llevara a Madrid el ídolo de oro del Punchao. Trataba así de brindar a Felipe II aquella presa tan preciada para apaciguar las protestas que se estaban enviando a la corte, por haber ejecutado a Túpac Amaru. Y sugería a su majestad que bien podría obsequiar con él al Papa. De ahí la elección de un jesuita para aquella misión, y del Buque Negro, que les garantizaba la total discreción.

Fue al conocer esos planes, el mismo día en que el intérprete tuvo noticia de ellos, cuando se incubó en su mente la más insólita de las decisiones tomada nunca por un escribano. Quiso añadir algo a su Crónica, para entregársela, y que la llevaran con ellos, de modo que pudiesen utilizarla en sus probanzas y reclamaciones.

Haciendo acopio de fuerzas, procedió a otorgar su memorial, un estremecedor documento sobre la destrucción de la cultura inca. Su propósito inmediato era, con toda probabilidad, apoyar los

derechos sucesorios de Sirax. Sin embargo, se convertía a los pocos renglones en una denuncia de tal rango que desautorizaba de punta a cabo la conquista y colonización. No sólo la española, sino cualquier otra. Por una vez, la Historia no quedaba reducida a aquel insufrible desfile triunfal de los vencedores, plagado tan a menudo de asesinos y ladrones.

A medida que Umina y Sebastián iban leyéndolo comprendieron que hubo de convertirse en un obstáculo insuperable para que fuese aceptado. Era un alegato a la desesperada, en su lucha por sobrevivir a las heridas físicas y a las del ánimo. Ráfagas sobrevenidas en aquella larga espera de la muerte, pobladas de imágenes que se iban difuminando y se extinguían con él, si antes no las dejaba asentadas en el papel.

Decía así:

*Yo, Diego de Acuña, vecino de la ciudad de Cuzco, cabeza de estas reinos del Perú, estando como estoy agravado de cuerpo, pero sano de la voluntad, en mi seso y cumplida memoria, quiero por la presente prestar testimonio, para descargo de mi alma.*

*En tal trance, declaro a la atención de su católica majestad, el rey don Felipe, nuestro señor, que cuando entramos en estos dominios, y se los quitamos a los Incas que los poseían y regían como suyos, andaba el país bien enderezado en su gobierno y costumbres. Sus gentes vivían en sosiego, las montañas blanqueaban de rebaños, los graneros rebosaban, bien atendidas las tierras en sus andenes y acequias.*

*Hasta que les arrebatamos el poder a fuerza de armas. Los despojamos de sus dehesas y pastos, sin reparar en que eran sagrados para ellos, pues veneraban cada risco, cada arroyo, cada árbol. No como nosotros, que consideramos igual un pedazo de tierra que el vecino, dejando atrás la sepultura de nuestros padres o el lugar donde nacieron nuestros hijos. Pues no tratan a la tierra como enemiga, sino como madre.*

*Se les impusieron tributos de cosas que ni tienen ni crían en sus aldeas. Aunque se les helasen las cosechas, se les obligó a pagar impuestos, sin dejarles con qué sustentarse. Aunque estuvieran enfermos, no osaban darse refrigerio alguno, por guardarlo para el tributo. Con la ropa que traen de día duermen de noche, y si alguien tiene vestido de respeto, es reputado por rico.*

*Se derrumbaron los andenes y terrazas que contenían las laderas en perfecto orden. Se cegaron canales y acequias. Se desbarataron calzadas y puentes, sin que nadie acudiera a reponerlos. Se vaciaron los graneros, se desperdiciaron los rebaños de llamas. Yo vi matar muchas de ellas sólo para comer los sesos, despreciando el resto, de tal modo que perecieron en cuatro años más animales de éstos que en cuatrocientos en tiempos de los Incas.*

*Hemos echado a perder gente de tanto gobierno como estos naturales, y tan quitados de cometer delitos ni exorbitancias. Tanto, que cualquier indio que tenía cien mil pesos de oro y plata en su casa la dejaba abierta, puesta una escoba o un palo pequeño atravesado en la puerta para señal de que no estaba allí su dueño. Con esto, según su costumbre, no podía entrar nadie dentro. Y así, cuando vieron entre nosotros ladrones, nos tuvieron en poco.*

*De tal modo ha ido viniendo este reino a la quiebra, por el mal ejemplo que hemos dado, que de no*

*hacer cosa mala antes de llegar nosotros han pasado sus naturales al estado presente, en que pocas hacen buenas.*

*Sin el alimento y la lana con que sus animales les surtían, hubieron de vagar hambrientos y medio desnudos, como almas en pena clamando de cerro en cerro. Y así, una raza que se encaminaba de modo seguro hacia sus propios logros, quedó arrumbada y sometida.*

*Es, en fin, gran vergüenza que un Huayna Cápac, reputado por bárbaro, mantuviera en sus dominios tan excelente orden que no lo mejoraría Alejandro Magno ni cualquiera de los más poderosos reyes de la antigüedad. Pues estaba su tierra llena y todos proveídos, mientras que ahora no vemos más que haciendas desiertas. Hubo de ser, entonces, más útil y mejor el pasado gobierno de los Incas, puesto que con él iban cada día los indios en mucho aumento, mientras que ahora, de seguir así, se acabará la población de estos naturales en no muchos años. Y cuando se acaben los indios, se acabará el gobierno del rey sobre ellos, se acabará la tierra y toda su riqueza, pues son ellos quienes la cultivan y le arrancan todo el oro y la plata con que se colma España.*

*Han perdido así las ganas de vivir, porque sienten que todo cuanto vivieren ellos, y sus hijos, y sus descendientes, se les irá en trabajar para los españoles, sin poder gozar nada.*

*Unos se dejan morir sin comer, otros se ahorcan o toman hierbas venenosas. Madres hay que matan a sus hijos en pariéndolos, por librarlos de los trabajos que ellas padecen. Y es gran lástima ver en semejante estado a gente tan humilde y bien mandada.*

Habían quedado en silencio Umina y Sebastián, profundamente conmocionados tras leer aquel memorial. Lo rompió el ingeniero para hacer notar: —Aún queda una página.

La leyó. En ella se contaba que Diego había traducido a Sírax este alegato final. Y la joven correspondió haciendo algo todavía más insólito. Pidió al escribano que no dejase la pluma, que siguiera escribiendo, pues le iba a dictar algo en quechua. Y descolgando de su cuello el quipu rojo lo tomó en sus manos como quien agarra un rosario, recitándole una lista de nombres al hilo de sus cuerdas y nudos.

—¿Qué lista sería ésa? —preguntó Umina a Sebastián mientras examinaba la última página de la Crónica—. Porque aquí hay algunas palabras en quechua. Pero no continúan. Deben de faltar hojas.

—Si Sírax se la dictó a Diego con el quipu en sus manos, debió de ser una transcripción.

—En ese caso, estaríamos ante algo excepcional, la única que ha quedado, y permitiría descifrar ese lenguaje de cuerdas y nudos.

El ingeniero apartó a un lado a la gata, que dormitaba en su regazo, para examinar la encuadernación del libro, Y al forzarla para abrirlo hubo de concluir:

—De poco nos va a valer. No tenemos ni lo uno ni lo otro. Alguien ha arrancado las tres últimas hojas. Y tampoco sabemos dónde está ese quipu.

Al mostrarle la encuadernación de la Crónica, donde aparecían mutiladas las tres hojas finales, quedó colgando un hilo.

La gata Luna estiró una de sus patas para atrapar la hebra que sobresalía. Sus uñas se engancharon en ella. Y al acudir Sebastián en ayuda del animal, apartándolo, se llevó consigo, sujeto a las garras, todo el hilo de encuadernar.

Las recias resmas de papel antiguo se desparramaron en un barajar de pliegos sueltos. Y mientras el ingeniero las recogía, tomó Umina aquel hilo rojo.

Lo apartó de la gata, para impedir que continuara jugando con él y le dijo, mostrándoselo:

—¿No hablaba del quipu...? Pues aquí lo tiene.

—¿Eso? —preguntó, incrédulo, Fonseca—. Parece seda.

—Es lana de vicuña, la más fina que se teje en los Andes. Y en estas cuerdas y nudos se encuentra lo que tantos han andado buscando.

Le señaló el inconfundible nudo de sangre con los cuatro bucles.

—¿Usted sabe descifrar eso?

—No —admitió ella—. Muy poca gente sabe leer un quipu como éste. Y caso de quedar alguien, será en la región de Cuzco.

Su conversación se vio interrumpida por las voces que daba el vigía desde la cofa al avistar tierra. Estaban llegando al final de su viaje. Pronto desembarcarían en Panamá. Y a bordo ya empezaban los preparativos para el atraque.

Se miraron los dos, conscientes de que se acercaba el momento de su separación y despedida. Ahora él sería entregado a las autoridades de Tierra Firme, mientras que Umina debería esperar en el malsano puerto de Nombre de Dios para transportar el grueso de la carga por tierra y, una vez en la orilla del Pacífico, ser acogida en una nave de comercio.

Pero también era la última oportunidad que se le ofrecería a Sebastián para descubrir quién era el asesino de su padre y de su tío.

—Ahora o nunca —dijo Fonseca poniéndose en pie.

—¿Adonde va?

—A descubrir de una vez a quién pertenece ese equipaje de la bodega.

—¿Qué hago con esto? —preguntó la mestiza señalando la Crónica y el quipu.

—Guárdelo. Métele en esta bolsa —respondió entregándole el envoltorio de hule—. Pero con una condición.

Y buscó entre los pliegos hasta localizar la carta que su tío Álvaro le había encomendado.

—Entregue esta carta a su destinatario, en Lima. En cuanto a la Crónica y al quipu, estoy seguro de que hará mejor uso que yo. Sospecho que sólo tienen valor en el lugar de donde proceden, y para eso hay que estar en condiciones de viajar al Perú. Además, en cierto modo, son suyos. Los Fonseca sólo somos los depositarios, como usted decía. En cualquier caso, eso puede esperar, ha sobrevivido durante dos siglos. Pero esto no. No habrá otra oportunidad. Al menos para mí.

## Frente a Frente

Tenía que averiguar la identidad de su enemigo, ahora que contaba con libertad de movimientos por primera y quizá última vez. Y el único modo de hacerlo era localizar el baúl que había visto embarcar con el capote cabriolé verde y el broche de plata roto. Si no lo lograba, aquel asesino tendría todas las bazas en su mano. Sobre todo ahora que conocía la presencia de Umina a bordo. Debía actuar, aunque fuese a la desesperada, aprovechando que la tripulación y el pasaje estaban ya pendientes de la llegada a puerto.

El problema era que para ello habría de acceder a la bodega y encontrar aquel equipaje.

Se dirigió hasta las escaleras de proa y bajó hasta el sollado. Una vez allí, examinó las cajonadas, aquellos soportes destinados a colocar los bagajes de la marinería. Pero no encontró el baúl que andaba buscando.

Descendió entonces a la bodega. Ahora estaba en un lugar bien conocido, su cobijo durante varias semanas. Debía darse prisa: en el momento en que atracasen empezaría la descarga.

Tomó un farol de mano, lo encendió y se internó en aquella parte que Hermógenes llamaba «el Santo Sepulcro». Sintió bajo sus pies el crujido de la zahorra de cáscaras de almendra que rellenaba el suelo, entre el lastre de piedras. Se acordó del dicho del carpintero: «Sentina hedionda, casco seguro». Según él, la mugre protegía el casco de la carcoma y la tiñuela. Si así era, el *África* estaba bien a salvo: aquel vientre tenebroso despedía un espesor de vahos podridos que cortaba el resuello.

Caminó con tiento por la plataforma que flanqueaba la bodega, un voladizo firmemente sujeto al casco al modo de un muelle de carga lateral. Abajo se apilaban las enormes pipas de agua, barriles altos y alargados que alcanzaban holgadamente las sesenta arrobas, e iban calzadas con cuñas para evitar su desplazamiento. Rendido su contenido durante la travesía, muchas estaban ya vacías.

Fue examinando los lugares a los que no había podido acceder durante su estancia clandestina en aquel lugar. Vio recias cajas de madera selladas con las marcas de la aduana. Pudo comprobar su contenido porque una de ellas se había roto durante la tormenta, dejando asomar paños finos.

Continuó con su inspección hasta detenerse en un rincón donde las lonas bien atadas ceñían un abultado equipaje. Lo habían disimulado entre la leña y los barriles de brea, pero ahora resultaba visible al haber descendido el nivel del combustible ya consumido. Debía de tratarse de contrabando. Le llamó la atención un hueco entre la tonelería, con un equipaje cuidadosamente estibado.

«¿Qué hace aquí, cuando el resto está en el sollado?», se preguntó.

No quedaba lejos del gran escotillón de carga abierto a proa, atendido por el cabrestante de esa zona, de forma que podía haberse introducido fácilmente desde el exterior y descargarse del mismo modo rápido y discreto.

Bajó por las muescas de uno de los puntales que sostenían el voladizo de la bodega y se llegó hasta aquel equipaje. No llevaba marca alguna de la aduana. Desató la cuerda que ceñía la lona y al recorrer su interior con el farol pudo ver que se trataba de telares.

«Telares mecánicos ingleses. Esto explica que los hayan escondido aquí. Contrabando, sin duda».

Pero aún había más. Rebuscando entre las piezas de los telares encontró armas.

«¡Todo un alijo de armas de fuego!».

Intentó hacerse cargo de la situación. Debía de ser el cargamento que viera apalabrar a Montilla en Cádiz, con los ingleses. ¿Tenía algo que ver con aquellas fragatas británicas que habían tratado de interceptarles? Montilla conocía la ruta del *África* y había insistido al comandante para enfrentarse a los buques enemigos. Sólo alguien como el marqués podía ser tan osado y hacer semejante contrabando en un navío militar. Alguien que pretendía contar con sus propias milicias, para moverse por el Perú con una misión muy concreta: buscar la ciudad perdida de los incas y sus tesoros bajo la cobertura oficial que le ofrecía su expedición *científica*.

Ahora tenía que localizar el cabriolé verde con el broche roto, y averiguar el nombre de quien estaba actuando a la sombra de Montilla para hacer todos los trabajos clandestinos y peligrosos, de modo que no se empañase la reputación del marqués.

Con la excitación y las prisas, comenzó a buscarlo sin atender al ruido que hacía. Tampoco reparó en que alguien se movía sobre él, tratando de ubicar su posición exacta.

No tardó en toparse Sebastián con un baúl bien ferrado que llevaba sujeto en su exterior el cabriolé verde.

«Por fin voy a saber quién eres, asesino», se dijo.

Forzó el baúl. Encontró en primer lugar ropa de muda. Al removerla empezaron a aparecer documentos. Y el nombre que vio allí lo dejó tan asombrado que el farol estuvo a punto de caérsele de las manos. Sobre todo cuando oyó una voz encima de él, a sus espaldas:

—Las ratas siempre vuelven a la bodega. ¿Ha encontrado algo interesante en mi equipaje?

Al volverse y alzar los ojos le deslumbró el brillo del hacha de abordaje que blandía su adversario. No alcanzaba a verle la cara a contraluz. Pero un bulto en el brazo izquierdo, bajo la casaca, permitía adivinar el vendaje de la herida que le infligiera al clavarle el formón.

O sea, que aquél era el hombre que Montilla había pretendido perder durante la tormenta y que en realidad se había escondido, porque Qaytu pareció reconocerlo. Tras fracasar en su propósito de arrojar al indio por la borda, se había visto obligado a permanecer oculto para su desembarco clandestino.

Ahora que había averiguado su identidad, aquel canalla no iba a dejarlo salir de allí con vida. Su enemigo tenía al alcance de la mano Tierra Firme, y podría escapar sin problemas. Debía de haber pensado, también, que ahora o nunca.

Sebastián era una presa fácil. Estaba desarmado. Como primera medida, apagó el farol. Así se compensarían sus desventajas, pues él conocía bien aquella bodega, apenas iluminada ahora por la linterna de su adversario y un levisimo resplandor que caía de lo alto de la escotilla.

Pero su enemigo también parecía moverse con soltura. Y no por haber apagado la luz eran menos peligrosos los hachazos que le tiraba en la oscuridad.

Pasaban éstos silbando, junto a su cabeza, obligándole a retroceder hasta que quedó arrinconado contra unos toneles.

Hubo en ese momento un tirón brusco, debido a las maniobras de ataque del buque, y varios de los barriles de brea se le vinieron encima. Apenas tuvo tiempo para pegarse al casco, evitando que lo aplastaran. Ahora, Fonseca estaba sepultado en un estrecho hueco, entre las pesadas barricas.

Trató de hacerse una rápida composición de lugar. Por de pronto, si su enemigo deseaba comprobar su muerte, o registrarlo, tendría que bajar hasta donde él se encontraba.

Veía la luz de su linterna. Su atacante estaba encima de él. Se sujetaba a unos toneles más livianos,

de agua, y había comenzado a descender hacia la posición en la que se hallaba atrapado. Por entre el hueco de las barricas refulgían las hebillas de plata de sus zapatos.

Tanteó a su alrededor hasta que descubrió una pala para extender y apelmazar por el suelo de la bodega la zahorra de cáscara de almendra. La boca de la pala era de hierro y estaba bien afilada. Su única posibilidad era esperar a tener a su adversario a tiro y propinarle un golpe en las piernas lo suficientemente fuerte como para derribarlo. Pero antes debía esperar a que él lo liberase, porque nunca podría salir de allí por sí mismo. Calcular el momento y el lugar sería crucial.

Percibía a su alrededor el esfuerzo de su adversario para desplazar los toneles valiéndose del hacha a modo de palanca, y cómo rodaban éstos hasta el fondo de la bodega. Ahora ya sólo quedaba uno, especialmente pesado, para dejar expedito el paso.

Tan pronto le quitó de encima la barrica que le impedía la salida, Sebastián golpeó los tobillos de su enemigo con un violento impulso de la pala. Oyó el grito de dolor, su intento de rehacerse, el hachazo que trató de propinarle y que se desvió hasta dar en aquel último tonel, que fue a caer sobre el ingeniero.

Estaban ya abriendo las escotillas y la luz del sol inundó el fondo de la bodega. Pudo oír cómo su adversario gateaba, resollando entre blasfemias y maldiciones, mientras trepaba por las muescas de uno de los puntales. Sin duda huía para no ser descubierto en lugar tan comprometido.

Atrapado bajo aquel barril, Fonseca empezó a percibir los ruidos propios de la entrada en el puerto. Primero fue el intercambio de saludos, luego los gritos de los marineros, que desde el barco pedían a los del muelle cuidado con las amarras. Después, las grúas, el estrépito de los cabrestantes y el chirrido metálico de las cadenas al ajustarse sobre los fardos.

Pero todo eso ya le empezaba a llegar en medio de una generalizada neblina de la mente. Aquel tonel tan pesado que lo atrapaba se había agrietado con el hachazo propinado por su adversario antes de caer. Y ahora volcaba su contenido sobre él, gota a gota.

Lo que caía no era brea, sino un hilillo plateado. Al descolgarse hasta su cuerpo y chocar con él se descomponía en diminutas bolas. En cada una de ellas podía ver distorsionado su rostro, presa de la angustia.

Luego, aquel derrame de metal líquido descendía hasta el fondo de la bodega y penetraba entre la zahorra, buscando donde asentarse. Era azogue. Y Sebastián sabía bien lo tóxicos que resultaban los vapores de mercurio.

Antes de que su cerebro se sumiera en la penumbra, mientras sus ideas chapoteaban, anegadas en aquellas miasmas, reparó en que estaba terminando el viaje como lo había empezado: enterrado en la misma bodega hedionda. Para eso había atravesado el Atlántico de punta a punta, leído aquella Crónica y averiguado, al fin, el nombre del asesino, cuya identidad iba a quedar sepultada con él. Digno final para un hijo del siglo del Progreso.

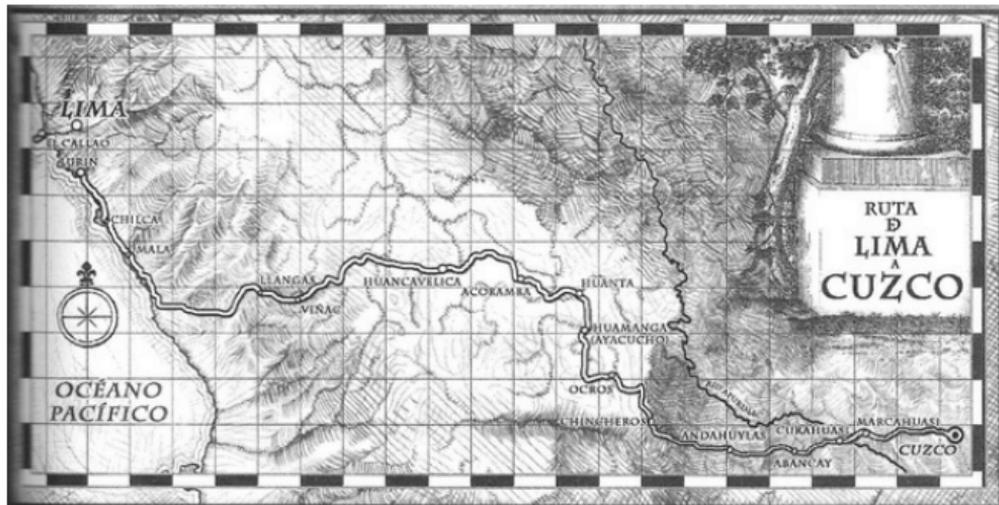
## **Tercera Parte**

---

### **La Piedra Cansada**

# I

## La Ciudad de los Reyes



## El Callao

En jarras, junto al timón, Umina discutía con el capitán de la nave. No se trataba ya del *África*, ni las aguas eran las del Atlántico. Estaban surcando el océano Pacífico en un lento paquebote de correo y transporte. Su nombre oficial era *Nuestra Señora de los Dolores*, pero sus marineros lo llamaban, sin rodeos, *La Ruina*. Y navegaban hacia el sur ceñidos a la costa, rumbo al Callao, el puerto de Lima.

—Necesito más huevos —le apremiaba la joven.

—Usted, señora, los está consumiendo todos —se lamentó el capitán.

—Y más que hubiera.

A su lado, Qaytu asentía, rotundo.

—Está bien, usted gana —accedió el marino.

Se aproximó hasta las jaulas de las gallinas y recogió los huevos que encontraba.

Umina los depositó con cuidado en una cesta y se dirigió a la cocina. Allí tomó un cuenco de buen tamaño y fue separando las yemas, para entregar las claras a Qaytu. Éste las batió vigorosamente, añadiéndoles agua. Tras ello, se acercaron a un lugar bien resguardado de la cubierta.

Habían construido un cubículo con los fardos de papel que transportaba el paquebote para la fábrica de cigarros. Y en medio, sobre un jergón, descansaba Sebastián de Fonseca.

—Tómese esto —le ordenó la joven, sujetándole la cabeza.

—¿Todavía más? —protestó él—. Tengo la garganta tan aclarada que podría cantar ópera.

—No, por Dios, no empeoremos las cosas... —rió ella—. Qaytu insiste en que es lo mejor para la intoxicación por azogue.

—¿Nos ha salido ahora curandero?

—Lo ha visto en las minas de mercurio de Huancavelica. Hágame caso, y con un poco más de reposo al aire libre volverá a parecer usted una persona.

Sebastián había llegado a encontrarse muy mal: fiebre, fuertes mareos, espasmos. Y aunque se hubiese recuperado, todavía le quedaba un ligero temblor en labios y párpados.

Umina y Qaytu lo habían rescatado de la bodega del *África*, asistidos por el personal del negocio familiar en Tierra Firme. Al ver el estado en que se encontraba, el comandante Valdés lo dejó al cuidado de la joven. Temía por la vida del ingeniero si lo llevaban a una prisión. Y, antes de reanudar su viaje, el marino había decidido entregar su documentación a la mestiza para que la presentara a las autoridades cuando Fonseca hubiese salido de peligro. Era muy consciente de que ella procedería a su leal saber y entender.

Tan pronto estuvo en condiciones de navegar, Umina movió las influencias de sus agentes en Panamá para regularizar la situación de Sebastián, esquivando los detalles enojosos de su embarque como polizón. Tras ello, lo habían subido al paquebote sin más explicaciones.

Los recuerdos del ingeniero fueron en un principio confusos, diluidos en los delirios de la fiebre. La joven había permanecido a su lado en todo momento. En más de una ocasión, al despertar sobresaltado, la encontró allí, sin despegarse de él, atenta a refrescar su frente. O tendida a su lado, ganada por el cansancio.

—¿Qué pasó en la bodega del *África*? —le había preguntado la joven.

—Ese hombre me atacó. Iba a por mí a tiro derecho. Pero logré defenderme, hiriéndolo y al abrirse las escotillas huyó para no ser descubierto en aquel lugar.

—¿Pudo averiguar quién era?

—Los documentos de su equipaje lo identifican como Alonso Carvajal y Acuña.

Cuando escucharon este nombre, Umina y Qaytu habían cruzado una mirada de incredulidad, quedándose paralizados.

—¿Está seguro?

Allí asentir con la cabeza notó que el rostro de la joven se desencajaba y el sudor goteaba por su frente. Y cuando ella sacó el pañuelo para enjugarlo vio cómo le temblaban las manos. Luego se las llevó a la cara, mientras exclamaba, con una mezcla de desesperación e impotencia:

—¡Dios mío!

Se había levantado, para alejarse de él, tan descompuesta que tardó largo rato en volver. Le pareció oír que vomitaba por la borda. Y cuando regresó a su lado estaba pálida. Muy pálida.

—¿Conoce a ese hombre? —le preguntó.

—Ojalá no lo conociera —había respondido Umina, sombría—. Pero así es, por desgracia. Ignoraba que el segundo apellido de Alonso Carvajal fuese Acuña. Nunca lo utiliza.

—Pues en él está la clave de todo. De atrás le viene al garbanzo el pico. Según los documentos y probanzas que lleva en el baúl, desciende de Diego de Acuña.

—Eso explica muchas cosas —musitó ella, con voz desfallecida.

Deseaba el ingeniero que continuase, pero a Umina le costó sobreponerse a aquella noticia que tanto parecía afectarla. Y era del todo evidente que no quería hablar delante de Qaytu. Esperó a que Fonseca hubiese terminado para tender el cuenco al indio, indicándole con un gesto que se lo devolviese al cocinero.

—¿Quién es ese individuo? —se preguntó Sebastián.

—Alonso Carvajal tiene cerca de Cuzco un obraje con telares, La Providencia. Pertenecía a los jesuitas hasta que fueron expulsados. Entonces lo compró él y empezaron los problemas.

—¿Con usted?

Aquí, ella pareció dudar. Apartó la vista, miró al suelo y respondió:

—Y con mi familia. Y con más gente. Él fue quien cortó la lengua a Qaytu cuando denunció los atropellos que allí se cometían contra los indios... No sólo se la cortó...

Sebastián hubo de hacerse cargo de los sentimientos que aquellos recuerdos despertaban en la joven, mezcla de espanto y de algo más que no alcanzaba a precisar. Esperó, paciente, a que pudiera continuar.

—... Hizo algo terrible, después de cortársela... —prosiguió Umina—... Se la echó a su perro, un mastín negro que tiene, para que se la comiera delante de él, cuando Qaytu aún tenía la boca llena de sangre.

Fonseca la había tomado de la mano, pidiéndole que se calmara, mientras trataba de atar cabos.

—Por eso quería librarse de él y arrojarlo al mar. Quiero decir que tan pronto supo que Qaytu iba a bordo, Carvajal trató de impedir que él lo reconociera entre los miembros de la expedición de Montilla.

—Supongo que sí —respondió ella—. Pero hay algo más...

De nuevo Umina pareció luchar con recuerdos muy dolorosos, hasta ser capaz de reaccionar y

concluir:

—Creo que fue él quien estuvo detrás de la muerte de mi hermano...

—¿Cuándo fue eso?

—Hace un par de años. En Lima. Se disponía a embarcar para España...

—Cuéntemelo...

Ella movió la cabeza, tratando de reprimir las lágrimas que acudían a sus ojos.

—Fue horrible...

Esperó Sebastián largo rato. Hasta darse cuenta de que Carvajal suponía para Umina una auténtica pesadilla. Aquel hombre parecía caer sobre sus víctimas de un modo tan atroz que hasta los supervivientes quedaban marcados de forma indeleble. Algo más había sucedido, tan pavoroso que ella era incapaz de asimilarlo. No quiso insistir. Se limitó a apretar de nuevo la yerta mano de la joven.

—Entiendo... Ésa es la razón por la que usted tuvo que ir a Madrid, en lugar de su hermano — dijo.

Asintió ella mientras se secaba los ojos con el pañuelo.

—Hay algo más que debe saber, y que quizá haya sido el detonante inmediato de lo que ahora sucede. Hace dos o tres años apareció en escena un cacique indio llamado José Gabriel Condorcanqui. Tiene tierras cerca de Cuzco y un negocio de transporte de mulas. En mil setecientos setenta y siete se trasladó a Lima para ser reconocido descendiente de Túpac Amaru y el heredero legítimo del trono de los incas. Mi madre y mi hermano se opusieron a esas pretensiones. Hubo gran revolver de papeles y archivos. Y ahora veo que con ello también se alertó a Carvajal. Éste se mantendría al tanto de los pleitos sobornando en la audiencia a unos y a otros, además de echar mano de los documentos de su propia familia.

—Y tirando de esos hilos habrá llegado a los Fonseca, empezando por Cristóbal y terminando por mi padre y mi tío Álvaro, que estuvo en Perú. Éste ya me dijo poco antes de morir que durante la expulsión de los jesuitas en Madrid y en Lima alguien andaba tras la pista. A partir de ahí, Carvajal se pondría en contacto con gente en España que lo llevaría hasta nuestros peores enemigos, los Montilla, para tener al marqués de su lado. Y no les habrá costado mucho obtener apoyos oficiales u oficiosos.

—Así ha debido de ser —ratificó ella—, a poco que hayan sabido presentar a ese cacique, Condorcanqui, como un aliado de los jesuitas y de los ingleses, para resucitar el trono de los incas e independizar el país de la Corona de España.

—¿Nos llevan ahora mucha ventaja?

—Carvajal y Montilla ya habrán llegado al Callao. Dieron prioridad a su expedición. Le aseguro que en cuanto desembarquen en Perú el marqués será el peón y Carvajal dejará de estar en la sombra para llevar la voz cantante. Estará en su elemento.

—Tendrá que ir con mucho cuidado. Esa gente la estará esperando.

—No serán los únicos en esperarnos. Mandé aviso para que nos recogieran en el puerto.

Mientras navegaban hacia el sur bordeando la costa, sobre aquellos tablones desaparejos que con tanto optimismo llamaban barco, se advertían leguas y leguas de tierra monótona. De Guayaquil a Paita era

un desierto árido, calcinado, sin más vida que algunos árboles derrengados y fantasmales. Y al fondo la cordillera de los Andes parecía prolongar en piedra el abrupto oleaje, cerrando la vista con su barrera insalvable, alzada sobre la estrecha franja costera. Sólo muy de tarde en tarde se abría paso entre aquellos yermos ocres una tímida cinta verde alrededor de un riachuelo que bajaba peleando desde las montañas.

No cambió apenas esta visión hasta el día en que, al caer la tarde, se toparon frente a ellos con el faro de la isla de San Lorenzo, con su siniestro presidio. El islote les cerraba el paso, desolado y cenciento, para señalar el puerto del Callao y las murallas del Real Felipe.

Echó la nave el ancla, pero el capitán les informó que habrían de permanecer en la rada. Ni los pasajeros ni las mercancías podían desembarcar durante la noche, para evitar el contrabando. Estaba en pleno vigor la real orden del año anterior que obligaba a la revisión de todo lo que ingresara en el puerto. Si querían aligerar aquellos trámites, les encareció que preparasen sus respectivos resguardos para que los cotejara el administrador de la aduana y el escribano del registro.

Tuvieron que conformarse con observar desde el barco las blancas casas del Callao, que iban amarilleando con el declinar del sol. Al ascender desde la costa, su luz mortecina iba engullendo la llanura, relevada luego por colinas parduscas, hasta perderse en las estribaciones de la cordillera. Los últimos rayos brillaron inciertos y cárdenos en sus cimas cubiertas de nieve, para amarotarse y dejar paso a la noche, presidida por la Cruz del Sur.

El amanecer lo sorprendió con su extraño silencio. El Callao parecía haber desaparecido, cubierto por una niebla espesa. A su través se entreveían adormecidos los navíos, urcas y barcazas que surcaban lentamente el puerto, entre el rebullir de gaviotas, petreles y pelícanos. Revolaban estas aves esquivando los mástiles para caer sobre los bancos de sardinas que se aglomeraban y deshacían entre las olas como un abanico al abrir y cerrarse.

Los edificios de la ciudad eran apenas una borrosa mancha. Se adivinaba el perfil quebrado de los tejados, el campanario tosco y oscuro de su iglesia y los baluartes con las amenazadoras baterías de cañones. Todo adquiría un aire irreal, dilatado, como visto a través de una lente.

Sebastián se había despertado temprano, inquieto, y estaba pegado a la borda, escrutando la entrada al puerto. Cuando, de pronto, abriéndose paso en aquel aire suspendido, se oyó un sonido bronco, entre resoplido y brama desapacible. Y se sobresaltó al ver aparecer, emergiendo de las aguas, una cabeza que le pareció de ternero.

—Es un león marino —le explicó Umina, de pie tras él, al advertir su sorpresa.

—Ah, hola, buenos días —la saludó.

—Están cortejando, y se pelean unos con otros —dijo señalando a los animales—. Pero son inofensivos, y a los navegantes les sirven de guía cuando el mar está brumoso. Les indican dónde están las rocas, aquí no hay campanas para señalar la niebla.

El capitán les informó de que ya tenían permiso para desembarcar y un bote que los conduciría hasta el muelle.

Llegados allí, echaron pie a tierra, mientras los descargadores iban depositando sus bultos en unos carros planos que encaminaban luego a la aduana.

Los esperaba a la salida un hombre alto y entrado en carnes. Vestía calzones y casaca de terciopelo azul, con gran trenzado de ojales y botonadura de oro. La casaqueta iba en rojo, a juego con las medias. En tres dedos de la mano brillaban anillos con joyas engastadas.

—Es don Luis de Zúñiga —explicó la mestiza a Sebastián—, comerciante y armador, socio de mi difunto padre y una de las personas más principales de Lima.

Rondaría los cincuenta años, y aunque en él la edad ya iba haciendo su oficio, se mostraba alegre y risueño. A ello contribuían la nariz bien poblada de venas y los carrillos arrebolados, que delataban a un comensal y bebedor avezado.

—Ve que recibiste mi mensaje —le saludó Umina, besándolo afectuosamente. Y haciéndose a un lado, añadió—: Él es Sebastián de Fonseca, de quien ya te informé por escrito. No hay inconveniente en que venga con nosotros, ¿verdad?

—Bienvenido, ya contaba con ello. Nos iremos de aquí en cuanto hayamos cargado los equipajes. No me gusta nada el aspecto de esa gente. —Y al decir esto señalaba la plazuela cercana al embarcadero.

Sebastián le dio las gracias y miró en aquella dirección. Era difícil saber a qué se refería exactamente don Luis de Zúñiga, por ser tanta la concurrencia que se perfilaba entre la humareda de los braseros, avivados por las afanosas mujeres indígenas. Desde allí llegaba el delicioso aroma de los chicharrones, pescados, carnes y papas con ajíes picantes. Y cuando se entreabría su cortina de humo se podían ver bloques de sal de Huacho traslúcida como el alabastro, fardos de corteza de quino, panes de azúcar moreno envueltos en hojas de plátano y nubes de moscas...

Pero Zúñiga no se refería a nada de aquello, sino a quienes rodeaban el coche de punto encargado de cubrir las casi tres leguas que separaban el puerto del Callao de la ciudad de Lima. Por entre los mozos de cuerda que ayudaban a cargar los equipajes advirtió Fonseca la presencia de varios hombres que trataban de controlar a los pasajeros. Y reconoció a uno de los marineros de la expedición de Montilla, aquel mastuerzo con el que se peleara, Bracamoros.

Tan pronto estuvo lista la calesa, subieron a ella y dio don Luis la orden de arrancar. Qaytu se había acomodado en el pescante, junto al conductor y, además del postillón, cuatro hombres a caballo y bien armados flanquearon el carruaje para escoltarlo. Sonó el cascabeleo del tiro al iniciar su marcha mientras traqueteaba sobre los adoquines de la calle mayor. Era poco más que una hilera de casas bajas y encaladas, de techos planos, con las terrazas ocupadas por oscuras aves carroñeras, buitres de poca alzada que parecían esperar el momento de dar cuenta de algún perro muerto o de los borricos que dormitaban resignados. Pero en su trazado pudo reconocer Sebastián las severas y racionales líneas que los ingenieros militares sabían imprimir a sus trabajos.

La subida hasta Lima era suave, aunque más allá de la aldea y cementerio de Bellavista la pendiente se dejaba sentir en algunos tramos del camino real. Una cruz señalaba el mayor prodigio del terremoto de 1746, cuando una gigantesca ola se alzó con tal violencia sobre el puerto que arrastró tierra adentro un poderoso navío con toda su tripulación, retirándose luego de forma tan limpia y rápida que quedó varado intacto en medio del arenal, sin que nadie sufriera daño.

Se habían detenido, para explicarle todo esto al asombrado Fonseca, cuando los hombres que los escoltaban y montaban la guardia les previnieron sobre unos jinetes que venían del puerto. Y el joven pudo reconocer entre ellos a Bracamoros y a otros componentes de la expedición de Montilla, que se perdieron camino de Lima entre una nube de polvo.

—Esa gente iba en el *África* —dijo Sebastián.

—Bueno es saberlo —le contestó Zúñiga.

Mientras reanudaban la marcha, Umina contó al armador y comerciante lo que sabían sobre la

expedición del marqués de Montilla y su complicidad con Alonso Carvajal.

No ocultó don Luis su preocupación por las noticias que le traían.

—Lo que nos faltaba... —aseguró moviendo la cabeza, contrariado—. Por si las cosas no anduvieran bastante revueltas en este país.

—¿Tan grave es la situación? —le preguntó ella.

—Mucho peor que cuando te marchaste. Esto anda más enredado que costura de beata.

El paisaje de arena grisácea empezó a cobrar vida. Regueros de cañas e hileras de sauces marcaban el zigzag de los acequiones. Estos descendían por entre los campos de alfalfa y maíz hasta el Rimac, el río que prestaba su nombre a Lima, tal como lo entendieron pronunciar los españoles a los naturales.

Cerca ya de la ciudad, verdeaban las huertas de hortalizas y frutas, con muros de tapial a los que se asomaban naranjos, higueras, parras y granados. Desde los palomares salía el zureo de las aves cuando se habían recogido las parvadas. Y a poco se encontraron con una alameda que conducía hasta la muralla y el río. Salvaron ambos por un puente para entrar a través de la calle de los Mercaderes y ganar la Plaza Mayor, presidida por la catedral, el palacio del virrey y el Ayuntamiento.

Don Luis de Zúñiga hubo de insistir al ingeniero para que aceptase su hospitalidad.

—No quiero molestarle —trató de resistirse Sebastián.

—Me molestaré si rechaza la invitación —le replicó Zúñiga—. Sepa que uno de mis apellidos es también Fonseca. Quizá seamos parientes lejanos. Además, sería usted un perfecto insensato si se alojase en cualquier posada. No sabe lo peligroso que es ese hombre, Alonso Carvajal.

---

## Lima

La calesa se detuvo frente al palacio, flanqueado por dos aparatosas balconadas de madera con celosías a la morisca. De inmediato se abrieron las amplias puertas claveteadas de bronce. Entró el carruaje en el patio, bordeó la fuente de azulejos que surtía en el centro y se detuvo junto a las macetas desbordadas de floripondios, claveles y jazmines. La entrada al zaguán ostentaba gruesos eslabones de acero, por ser aquélla una de las casas llamadas *de cadena*.

—Es un antiguo privilegio nobiliario —le explicó Umina a Sebastián—. La justicia de Lima no puede atravesar esa cadena sin permiso del dueño.

—Sólo los amigos —añadió don Luis de Zúñiga—. Considérese uno más de ellos. Conozco lo improvisado del viaje que le ha traído entre nosotros, y espero encontrar ropas que le cuadren. Si es de su conveniencia, le enviaré a mi barbero tan pronto se haya instalado.

Agradeció Sebastián tanta hospitalidad. Y más todavía cuando se halló en su habitación del piso superior. Allí pudo admirar lo refinado de los empapelados, cortinajes y alfombras, la magnificencia de los espejos, las leves yeserías de estilo andaluz, los muebles de madera enconchados de nácar, dorados y rasos. Por vez primera en muchos meses sintió el bienestar de un verdadero hogar.

Cuando Zúñiga lo supuso descansado, fue a comunicarle que había invitado para el día siguiente a algunos amigos de confianza, altos cargos de la colonia.

—Es gente de criterio —le informó—. Por lo que me ha contado Umina sobre los asuntos que les preocupan a los dos, sus opiniones les serán muy útiles. Al menos en Lima. Porque una vez metidos en lo más profundo del país, nadie está hoy a salvo.

Resultó ser aquélla, en efecto, una reunión social de fuste. No tanto por el número, que no sobrepasaba la media docena de comensales, sino porque Zúñiga los había convocado a efectos de pura amistad, para que la conversación fuese más franca que en un banquete protocolario. El hecho de reunir de improviso a personajes de tanto copete daba ya buena idea de su ascendiente.

Fue recibéndolos don Luis hacia el mediodía, y mientras esperaban la comida tuvo buen cuidado de no separarse de Fonseca, para que éste fuera entendiendo el trasfondo de sus conversaciones. Todos se comportaron con cordialidad. Pero no se le escapó a Sebastián el modo en que lo miraba uno de ellos, don Pedro de Ampuero, oidor de la Real Audiencia.

—¿Tiene usted familia en el país? —se interesó el magistrado.

—No me consta, señor, ¿por qué? —respondió el ingeniero.

—Por nada, por nada... —se zafó el juez, con algún embarazo, mientras se dirigía a saludar al resto de la concurrencia.

Se quedó en suspenso. Había sentido por parte del oidor Ampuero la misma actitud de Umina al verle por primera vez en Madrid. ¿Cómo llamar a aquel modo de recorrer con la vista los contundentes rasgos de su rostro? ¿Una mirada de *reconocimiento*? Sabía que era absurdo, pero así se lo parecía. O quizá fuera el apellido. ¿Acaso había tratado aquel hombre a su tío Álvaro durante la estancia del jesuita en Lima?

Lo sacó de sus pensamientos don Luis, tomándolo por el brazo para llevarlo hasta el círculo en que discutían sus invitados, en un fuego graneado de opiniones.

—Le explicaba a Fonseca que andamos entre dos virreyes —dijo Zúñiga—. En el interregno, las subidas de impuestos tienen al país muy de uñas. Y las revueltas están a la orden del día.

—Lástima que en América andemos tan escasos de tropas —intervino otro de los contertulios—. En todo el Perú, las regulares rondarán los tres mil quinientos soldados. Y ahora mismo entre Lima y el Callao difícilmente podría movilizar usted un millar.

Pensó Sebastián en la partida de Carvajal y Montilla, con sus cincuenta hombres bien armados que pronto andarían sueltos por el país.

—Entonces, quien cuente con medio centenar de hombres puede decirse que tiene un capital —apuntó el joven.

—Un lujo asiático. Sobre todo si están bien pertrechados y son gente curtida.

Don Luis hizo una seña a Umina para que procediera a colocar a los invitados en la mesa. Tocaba comida de mantel largo, que comenzó con una sopa teóloga y el inevitable puchero, al que Zúñiga presentó como un invitado más.

—Aquí está, no podía faltar, amigos. Sé que no es por mí, sino por este puchero, por lo que vienen a mi humilde casa tan pronto los llamo.

—Páseme su plato —pidió Umina al ingeniero.

Mientras le servía, Sebastián no pudo apartar la mirada de la joven, que estaba a su lado, presidiendo una de las cabeceras. Se había vestido para la ocasión con un riquísimo brocado, en el que la seda azafrañada se entretreía con las hebras de oro y plata en amplios florones. Y tan aparatoso ropaje, que en otra mujer habría anulado toda naturalidad, para nada atenuaba su gracia, la limpidez de sus rasgos mestizos, su innata sensualidad. Le bastó con arremangar ligeramente las blondas de los brazos para atender ella misma a los comensales.

Prosiguió la conversación, volviendo al punto que más intrigaba a todos, la llegada del nuevo virrey, y su capacidad para atajar las rebeliones.

—En peores nos hemos visto —bromeó uno, en quien ya se notaban los efectos del vino—. A falta de tropas, aquí hay un caudaloso y aguerrido tropel de funcionarios, una universidad de gran solera, una aristocracia de marqueses y condes para dar y vender... Es buen colchón para prevenir alzamientos.

—No estoy tan seguro —lo atajó Ampuero, que parecía menos dado a ironías que los demás—. La sierra anda muy revuelta. Acuérdense de ese tal José Gabriel Condorcanqui, que se hace llamar Túpac Amaru. Se pasó aquí en Lima buena parte del año mil setecientos setenta y siete, pleiteando para ser reconocido como heredero de los incas que reinaron antes de la llegada de los españoles. Y él pretende ser valedor de los indios contra los hacendados.

—Usted llevó el caso, ¿no es cierto? —le preguntó Umina. Y lo hizo mirando a Sebastián, para prevenirle sobre aquel asunto que los demás comensales conocían sobradamente.

—En efecto, señora —contestó el oidor—. Condorcanqui pretende ser descendiente de ese Túpac Amaru que fue el último inca de Vilcabamba, y al que ejecutaron en mil quinientos setenta y dos. Ha estudiado con los jesuitas en el Colegio de Nobles San Francisco de Borja, en Cuzco.

—Tengo entendido que el tal Condorcanqui es cacique en una provincia cercana a esa ciudad —precisó la joven—. Y que allí tiene una recua de trescientas cincuenta mulas que le permite comerciar y llevar una vida desahogada.

—Así es. Hace dos años y pico vino a Lima, alquiló una pequeña habitación que llenó hasta los

topes con los documentos que había traído consigo y que día tras día alegó para ser reconocido como el más legítimo representante de la casa real inca.

—Esa reclamación dista mucho de ser cierta —intervino Umina.

—Seguramente, señora —admitió su interlocutor, caballeroso—. Pero Condorcanqui se tiene por descendiente de Túpac Amaru, y ha adoptado su nombre, gastándose una fortuna en abogados.

—Nada de esto es nuevo —intervino don Luis—. Tomen ustedes cualquier época y siempre habrá un cuzqueño que pretenderá proclamarse inca, ayer Juan Santos, hoy Condorcanqui... Tampoco nos faltará la inevitable expedición científica: ayer Jorge Juan y Ulloa o Gaudin y La Condamine y otros caballeros del punto fijo; hoy Hipólito Ruiz, el marqués de Montilla o Perico de los Palotes. Y, siempre, los obispos que claman por sus privilegios, los frailes que quieren las mismas prerrogativas que el convento vecino, la universidad que anda a la greña por las cátedras, los comerciantes que queremos menos impuestos...

La concurrencia celebró la andanada. Sin embargo, Ampuero no ocultó su preocupación:

—Esta vez es distinto, amigo Zúñiga, créame. La división del virreinato ha hecho que Buenos Aires y Río de la Plata se lleven la parte del león. Los ingleses, que conocen este descontento, se encuentran al acecho. Los jesuitas, que andan por ahí expulsados, están resentidos...

—Todo eso habrá de quedarse al final en hostia sin consagrar —sentenció Zúñiga. Y ante la sorpresa que advirtió en el rostro de Sebastián, le explicó—. No lo tome por irreverencia, Fonseca. Es expresión que empleamos acá para el *se acata, pero no se cumple*.

—Dios está en el cielo, el rey en España y nosotros aquí. La Madre Patria queda muy lejos y sus leyes deben aclimatarse a estas latitudes —añadió uno.

—A largas distancias, largas mentiras. Un proceso enviado a la Península no es justicia, sino limbo de los justos y la vida perdurable, amén, Jesús —dijo otro.

—Pues bien que se cumplió la expulsión de los jesuitas —terció Ampuero, molesto por aquel cuestionamiento de su oficio.

—Ah, eso es otra cosa —dijo el primero—. Sus doctrinas, más que inculcar la fidelidad al rey, promovían la adhesión a la soberanía popular. Los reverendos padres enseñaban a la luz del día, claro y alto, que la autoridad no viene de Dios al Rey, sino al pueblo, y que es éste quien la deposita, o no, en el monarca. Más de un antiguo jesuita, que aquí vivió y comió la sopa boba, ahora está a sueldo de Inglaterra. Desde que el año pasado se suspendieron nuestras relaciones con esa nación. Ahora mismo, se sabe que apoyan muchos de los altercados de la sierra. Y también a ese tal Condorcanqui.

—Reconocerán ustedes que la expulsión de los jesuitas la ha aplaudido media Europa, y no la más inculta —apostilló otro.

Sebastián no pudo contenerse e intervino para decir:

—Sí, la misma Europa que todavía truena contra la de los judíos por los Reyes Católicos, la persecución de los protestantes por Felipe II, o la de los moriscos por Felipe III. ¿Acaso los jesuitas eran menos españoles que ellos, o menos peruanos los de aquí?

—No se podía tolerar su insensata soberbia, ese su modo de tirar la piedra y esconder la mano...

—Como tantos otros —contraatacó Fonseca—. Europa rebosa de libros filantrópicos macerados en la leyenda negra contra España, financiados, eso sí, con el dinero que obtienen los países protestantes con el tráfico de esclavos que arrancan a sus familias en África para llevarlos hasta sus colonias americanas.

—Calma, señores —terció el anfitrión—. No se puede hacer apología de los reverendos padres, pues supondría menoscabar la lealtad que debemos a nuestro soberano Carlos III. Apacigüense los ánimos de vucencias y pasemos a los siguientes platos.

Sacaron entonces unos pichones almendrados con salsa picante, tamales de maíz molido, con tiras de carne de cerdo asada en parrillas y envuelta en hojas de maíz. Vino también un ceviche de pescado con naranja agria y unas tortillas de camarones con rabanitos y cebollas.

Terminaron aquel aquelarre gastronómico con una ensalada de frutas, mezcla de dulces y agrias, suaves y picantes. Y aún remataron a modo de espuela con leche asada.

Vencidos los postres, o los comensales, pareció llegado el momento de hablar de la expedición científica de Montilla, a la que sólo se había mencionado de pasada, preguntando a los concurrentes su opinión al respecto.

—He oído hablar de ella —dijo uno—. Parece que ha de completar el trabajo de Hipólito Ruiz, que lleva dos años herborizando por acá. Y ésta del marqués de Montilla creo que busca un pino para mástiles.

Ahí es donde quería llegar Sebastián.

—No está solo en el empeño... —aventuró, tanteando el terreno y en manifiesta alusión a Alonso Carvajal.

Nadie recogió el guante. Se produjo un silencio incómodo, incluso entre los más parlanchines y sueltos de lengua.

Umina trató de desviar la conversación. Y cuando el ingeniero hizo amago de insistir, le bastó una mirada de la joven para comprender que no debía hacerlo. No, al menos, mientras permaneciera bajo aquel techo.

Don Luis de Zúñiga, que entendió de inmediato el conflicto, no dudó en levantar la mesa. Y se llevó aparte a Sebastián tan pronto como le fue posible, una vez que se hubo asegurado de que se escanciaban los licores y Umina quedaba a cargo de los invitados. Pero apenas pudo hablarle, porque no tardó en unírseles don Pedro de Ampuero, el oidor de la Real Audiencia, que preguntó a Fonseca:

—¿Le interesan los libros antiguos?

—Claro... —asintió el ingeniero.

—Amigo Zúñiga, ¿puede mostrarnos esa rareza que tiene en tanta estima?

—Por favor... —dijo el anfitrión señalándoles la biblioteca.

Cuando hubieron llegado allí, los dos hombres acompañaron a Sebastián hasta un atril donde había un volumen abierto. Lo examinó el ingeniero antes de dictaminar:

—No soy hombre de letras, pero parece un *Quijote* muy antiguo.

—La primera edición, de mil seiscientos cinco. A finales de ese año llegó un ejemplar para mi antepasado, el virrey don Gaspar de Zúñiga Acevedo y Fonseca. Es ése de ahí. —Y señaló un retrato de no mala mano, donde se veía a don Gaspar ante un cortinón de terciopelo con sus escudos heráldicos—. ¿Ve usted? Ése es el emblema de los Fonseca, cinco estrellas de gules en campo de oro.

Miró bien Sebastián y comprobó que aquel apellido suyo no incluía ningún nudo, ni gordiano ni de especie alguna.

Don Luis reclamaba su atención para enseñarle la dedicatoria del libro, que leyó:

—«A Juan de Avendaño, Miguel de Cervantes». Era un buen amigo de mi familia, y a su vez compañero de Cervantes en la Universidad. Su amistad no se enfrió nunca, porque le animó a que

viniese al Perú a reunirse con él. Y Cervantes lo solicitó, aunque el rey Felipe II le contestó en mil quinientos noventa: «Busque por acá el solicitante en que se le haga merced».

—Muy interesante —reconoció Fonseca—. Aunque ustedes no me han traído aquí sólo para enseñarme este libro.

—Desde luego que no —reconoció Ampuero—. Sospecho que usted y yo pensamos de modo muy distinto. Sin embargo, me paso la vida juzgando a la gente, y me creo capaz de reconocer a una persona honesta. Nadie habría defendido a los jesuitas como usted lo ha hecho, ahora que están en desgracia. Por eso mismo quería prevenirle para que no peque de imprudente, y no vaya por ahí preguntando por Alonso Carvajal. Ese hombre tiene oídos en todas partes. Me consta.

—¿No podría usted ser más explícito? Se lo ruego —le pidió Sebastián.

—Bien que me gustaría, pero no es posible. Sólo le diré que Carvajal siguió todos los detalles de las reclamaciones de Condorcanqui, y sacó a relucir sus propias probanzas y las de sus antepasados cuando lo creyó conveniente. Además, lo primero que ha hecho ahora, en cuanto ha llegado aquí desde España, ha sido ponerse al día en todos los papeles que se han removido con ocasión de estos pleitos. Nunca había habido tanto trajín de documentos desde la época de Vilcabamba. Ahora mismo, ese hombre prepara ya la marcha al Cuzco. Y una de las cuestiones que ha quedado pendiente ha sido el examen de la tumba de Túpac Amaru, que está en la cripta del convento de Santo Domingo de aquella ciudad.

—¿Le darán permiso para entrar en esa cripta? —se extrañó Zúñiga—. Mucha gente lo ha intentado, porque dicen que están los restos del Coricancha, el antiguo Templo del Sol. E incluso los tesoros escondidos por los incas.

—Quizá lo consiga. El convento está pasando grandes apuros económicos, y han elegido un prior muy emprendedor, interesado en demostrar que allí están enterrados los últimos supervivientes de la familia real inca. Si lo lograra, la casa ganaría en rango y donaciones, pasándose a llamar Santo Domingo el Real.

Sebastián se dio cuenta de que Umina y él tenían que ir a Cuzco e impedir que Carvajal y Montilla se les adelantaran. Pero antes debía cumplir otra misión en Lima, no menos delicada. Por eso preguntó al magistrado, pensando en los papeles que su tío Álvaro había traído hasta allí:

—¿Sabe usted si en todos esos pleitos se han sacado a relucir documentos del antiguo archivo de los jesuitas?

—No añadiré nada más, ya he hablado demasiado —concluyó Ampuero, haciendo ademán de retirarse.

—Espere —le pidió Fonseca—. Le ruego que me diga por qué me preguntó si tenía familia en Perú.

—Es muy delicado, no quisiera ofenderle.

—Estoy seguro de que esa intención ni siquiera se le ha pasado por la cabeza. Dígamelo, y le prometo que no saldrá de nosotros.

—De acuerdo, y le pido excusas de antemano por la inconveniencia. Me recuerda usted a ese José Gabriel Condorcanqui. Por mucho que se haga llamar Túpac Amaru, es de sangre mezclada, un mestizo, muy blanco para indio, aunque oscuro de piel para ser español.

—¡Por Dios! —se rió Fonseca. Y dirigiéndose a Zúñiga le preguntó—: ¿A usted también le recuerdo a Condorcanqui?

—No tengo el gusto de conocer a ese cacique —se escabulló don Luis.

Pero cuando el magistrado se hubo ido, su anfitrión le retuvo.

—Aun a riesgo de ser reiterativo, yo también debo prevenirle sobre Alonso Carvajal... Es muy cierto lo que le ha dicho Ampuero. Nadie soltará prenda sobre él. Es un individuo muy temido, uno de los hacendados más poderosos y despiadados, el brazo ejecutor de los intereses de los criollos. Y eso le permite mover muchos resortes e hilos en la sombra, aunque nunca dé la cara, para que no le puedan acusar formalmente de nada. Es mejor que no se cruce usted en su camino.

—Me temo que ya lo he hecho. Y no tiene vuelta atrás.

—En tal caso, sólo contará con un aliado, el único que no teme enfrentarse a él.

—Supongo que no se refiere usted a José Gabriel Condorcanqui.

—Desde luego que no. Aunque es enemigo declarado de Carvajal, por lo poco que he oído hablar de él dudo que usted se entendiera con ese cacique.

—Entonces me está hablando de Umina.

—¿Cómo lo ha adivinado?

—Empiezo a conocerla un poco. Y sé que Carvajal mató a su hermano.

—¿Le ha contado la historia? —se extrañó Zúñiga. Y el ingeniero pudo notar la alarma en el tono de su pregunta.

—Sí, pero no entró en detalles. Esperaba que me los dijera usted.

—No haré tal. Fue algo horrible. ¿Por qué cree usted que nadie quiere hablar?

## María de Ondegardo

Sebastián de Fonseca se había levantado tarde y había desayunado un espumeante chocolate oloroso a canela y vainilla, con tostadas. Se sentía bien, con ganas de echarse a la calle para explorar la ciudad de Lima, cumplir el encargo de su tío Álvaro y, sobre todo, averiguar su historia.

Intuía que tras el misterio de su muerte había mucho más que un simple ajuste de cuentas. Empezaba a asumir las implicaciones de Alonso Carvajal y Acuña. Si detrás de la historia familiar de Umina o de los Fonseca se agazapaba el espeso trasfondo revelado por la Crónica, ¿qué no habría tras el proceder de aquel hombre? Después de todo, era descendiente de quien la escribiera, Diego de Acuña. Y había tenido acceso a documentos ocultos u olvidados desde dos siglos antes.

Estaba preparado para lo peor. Pero, aun así, temía quedarse corto. Le preocupaba, en particular, la relación de Umina con aquel individuo. Algo terrible se le escapaba, sólo insinuado al bies de las conversaciones. Fugaces chispazos de recelo y temor en la mirada, encendidos al fondo de los ojos con un aviso, cuando intentaba averiguar lo sucedido al hermano de la mestiza.

Consiguió convencer a la joven y a don Luis de Zúñiga para que lo aliviasen de cualquier escolta. Le parecía muy delicado presentarse en casa de alguien flanqueado por extraños. O compartir con ellos la información que le había confiado Álvaro de Fonseca sobre aquel archivero limeño, Gil de Ondegardo, rogándole la mayor discreción. Al parecer, éste tenía la clave de cómo encajaba la Crónica con lo que estaba sucediendo. Debía entregar a aquel ex jesuita la carta encomendada por su tío. Y su nombre y su dirección eran las pistas más valiosas con las que contaba.

El día estaba fresco. Pero no era el frío lo que resultaba más molesto, sino la niebla y la humedad condensadas en el valle. El sol yacía amortajado bajo la garúa, una fina llovizna que lo enmohecía todo. Y hasta el sonido de los campanarios brotaba ahogado y cenagoso.

Era fácil orientarse por las calles de Lima, anchas, bien ordenadas, a cordel. Los edificios civiles distaban de ser impresionantes, incluido el gran palacio del virrey. Sólo al asomarse a su interior se manifestaba en ellos la riqueza de sus habitantes. Desde el exterior, sorprendían los desproporcionados y suntuosos balcones de las casas, con sus celosías tan familiares para cualquier español. Aquellas alegres jaulas eran como palomares plagados de murmullos, a donde de tarde en tarde se animaban los ojos femeninos para espiar con total impunidad.

Había llegado a la Plaza de Armas. En el centro se alzaba una fuente de bronce muy antigua, tomada al asalto por los aguadores con sus burros, albardas y barriletes. Algunos barberos se afanaban sobre la clientela, entre visita y visita a las alborotadas pulperías y los mentideros donde se fabricaba la actualidad.

Le sorprendió la propiedad con que se hablaba el español, como si a través de aquellas gentes escuchase a sus antepasados. No menos llamativo era el laborioso entretejer de sangres. Los colores de la piel proferidos desde el blanco de los chapetones peninsulares y los criollos autóctonos al cobrizo requemado de los indígenas o el negro de los esclavos africanos, mezclados entre sí en todas las combinaciones imaginables.

Y, por encima de su población, razas y deslices, destacaban las mujeres limeñas. Nada igualaba su desenvoltura, su viveza y flexible coquetería al caminar, subrayada por impolutos zapatos de raso

blanco. Todo en ellas declaraba la pura alegría de vivir, irradiada como un aura desde su piel de moreno terciopelo, sus risas o las incendiarias miradas que dirigían a Sebastián.

Eran bonitas, advertidas y alerta, tan rápidas de ingenio a la hora de las réplicas como un picaflor. Y, según le había avisado Umina, muy puestas al día entre sí a través de un gran movimiento de mensajes para estar al tanto de cualquier novedad. Saltaba a la vista que nada se hacía en aquella ciudad sin su concurso.

La mestiza le había prevenido especialmente sobre las tapadas, con sus atuendos casi uniformes, que les permitían el más absoluto anonimato. Se daba el caso de que algunas de estas embozadas, no reconocidas por sus maridos en plena calle, habían sido cortejadas por ellos, hasta tener que descubrirse para frenar sus avances y llamarlos al orden fulminantemente. Porque las limeñas salían solas, y cualquier transeúnte las parlamentaba sin que ello se considerase descortesía. Más aún, eran las tapadas quienes a menudo tomaban la iniciativa, sobre todo si un forastero llamaba su atención.

Ahora mismo lo estaba comprobando el ingeniero en carne propia. Había tratado de esquivar el tráfago de los vendedores ambulantes, que pregonaban bizcochos, tamales y tisanas de malvavisco. Al llegar al portal de Botoneros, donde paseaban las mujeres, se vio envuelto en su urdimbre de encajes y chismes. Y en un puesto de flores la mixturera que lo atendía le dijo, de un modo confidencial, casi al oído:

—Señor, cómprele unas marimonas, unos capulies o unos claveles.

—¿A quién? —le preguntó Fonseca. Ella se rió, picarona.

—No me va a decir que no la ha visto, señor... —Y al advertir su mirada de perplejidad, añadió, señalando discretamente tras él—: A la tapada aquella, la que está junto a la columna. Cómprele unas flores y la tendrá aún mejor dispuesta.

Se alejó Sebastián del lugar, dejando a la florista con la palabra en la boca. A decir verdad, él también había tenido la sensación de que aquella tapada buscaba su mirada de un modo insistente. Pues, como rezaba un refrán madrileño: «Es natural al más crudo varón ser algo retrechero y coquetón».

Pero, al no saber las costumbres, prefirió ser cauteloso. Ahora, aquella mixturera, que sin duda las conocía mejor, le confirmaba que la embozada estaba tomando la iniciativa.

Remoloneó por la plaza y comprobó que así era. La mujer se hizo la enconradiza, mostrando tan viva complicidad e insinuantes movimientos que necesitó recordarse a sí mismo la urgencia de la misión que le ocupaba, no sin antes preguntarse: «Si enseñando apenas un ojo esta mujer es capaz de poner en jaque a un hombre, ¿qué no hará con más recursos?».

Claro que también podía ser una trampa.

Además, había llegado a la catedral. Y la dirección puesta al frente de la carta de su tío Álvaro se hallaba en las cercanías del templo. Iba a nombre de María de Ondegardo, que supuso la madre del verdadero destinatario del envío, Gil de Ondegardo. Deseaba vivamente entrevistarse con él, esclarecer las oscuras razones que había tras la muerte de su tío y de su padre, noticias añadidas sobre Carvajal. También esperaba conocer la continuación de la historia de Diego de Acuña y Sirax. Pues parecía claro que era ella, y no otra, la mujer que en 1573 había viajado desde Perú hasta España en el Buque Negro.

Al llegar a la dirección indicada en el envío comprobó que se correspondía con una mansión de buena planta, situada en el fondo de un callejón sin salida. Halló las puertas de la casa cerradas a cal y canto, como si estuviese abandonada. Y le dio aquello mala espina.

Tocó con fuerza en la aldaba.

No respondió nadie, y volvió a golpear con insistencia.

Al cabo de un rato, oyó pasos dentro. No se abrió la recia puerta, sino un pequeño postigo enrejado, a la altura de los ojos.

—¿Qué desea el señor? —le preguntó quien había acudido a su llamada y supuso una criada.

—Traigo una carta para Gil de Ondegardo.

Aquella mujer lo miró con extrañeza, y un punto de temor, antes de decirle, secamente:

—El señor Gil de Ondegardo ha muerto.

Sebastián se quedó petrificado. Tanto, que sólo acertó a preguntar:

—¿Cuándo?

—Hace varios meses, cerca de un año —contestó ella mientras se disponía a atrancar la mirilla.

Al joven le costó reaccionar. Puso la mano para que no cerrara en su propio rostro y le mostró el envío:

—En realidad, la carta es para su madre.

—Ella también está muerta —le replicó la criada sin dudarle un instante.

—Pero... eso es imposible... —balbuceó el ingeniero.

Ya se disponía ella a volver la trampilla cuando se oyó dentro de la casa una imperiosa voz femenina interesándose por la persona con la que estaba hablando. Interrogó Fonseca a la criada con la vista, como preguntándole quién era, entonces, aquella mujer que le daba órdenes. Receló la criada al ver la contrariedad en sus ojos, y atrancó el postigo de un modo violento.

Llamó el ingeniero de nuevo, tocando la aldaba con vehemencia mientras alzaba la voz.

Fue inútil. No le abrieron.

Sus gritos sólo parecieron surtir efecto en la calle donde se encontraba, alertando a cinco individuos apostados en el solitario acceso a aquel tránsito sin salida.

Costaba verlos entre la niebla que lo empapaba todo, pertinaz y fantasmal. Pero no tenían un aspecto tranquilizador. Le pareció reconocer a algunos de los hombres que merodeaban en el coche de punto del Callao, en compañía de Bracamoros, el matón de la partida de Montilla con quien se peleara en el barco.

Volvió a aporrear la puerta. Lo hizo una y otra vez, con ímpetu renovado. Los cinco hombres que cerraban la calle empezaron a avanzar hacia él. De modo instintivo echó mano a la cintura, sólo para comprobar que no llevaba ni una mala arma encima. Gritó, golpeando con los dos puños en el postigo.

Y, de pronto, le abrieron. No la mirilla, sino la puerta.

Esta vez no se trataba de la criada, sino de tres varones. Tenían cara de pocos amigos, y dos de ellos estaban bien prevenidos de garrotes.

Quien le había abierto, con aspecto de mayordomo, miró con detenimiento la carta que de inmediato le mostró Sebastián.

No parecía ofrecer duda. Se correspondía con aquella dirección y llevaba el nombre de María de Ondegardo.

—La traigo desde España —le explicó.

La recogió aquel hombre sin decir palabra. Trató de entrar Sebastián, pero los otros dos no se lo permitieron, bloqueando el paso con sus garrotes. Miró Fonseca hacia la calle, y vio que los cinco hombres se habían detenido y parecían esperar acontecimientos.

Volvió poco después el mayordomo, hizo un gesto a sus compañeros, y éstos le franquearon el paso hasta el zaguán.

—Tenga la bondad de esperar aquí —le dijo.

Oyó entonces sollozos y gritos ahogados. Parecían de la misma voz que antes había interrogado a la criada.

Regresó ésta, al fin, y le preguntó su nombre.

—Por ahí podríamos haber empezado. Me llamo Sebastián de Fonseca.

Se fue la criada a anunciarle. Y volvió al cabo de unos minutos para acompañarlo a presencia de su señora.

Estaba la estancia en penumbra, y ella sentada en un sofá. Una mujer ajada, prematuramente envejecida. El dolor parecía haber dejado en su rostro tales surcos de amargura que saltaban a la vista incluso con aquella luz que pretendía atenuarlos.

A pesar de ello, era demasiado joven para ser la madre del archivero, a juzgar por lo que le había contado su tío Álvaro. Además, si la madre de Gil de Ondegardo había muerto, como le anunciase la criada, ¿quién era, entonces, aquella mujer?

Se sentó en el sillón que le indicaba, manteniéndose en silencio, a la espera.

—¿Es usted familia de Álvaro de Fonseca?

—Era mi tío.

—¿Era?

—Ha muerto hace unos tres meses.

Se llevó la mujer la mano al rostro y exclamó:

—¡Qué desgracia!

Sebastián percibió en ella el esfuerzo por mantener su compostura y dignidad ante un extraño. Al cabo de un largo silencio se atrevió a decir:

—Perdone la pregunta, señora, ¿cuál es su parentesco con Gil de Ondegardo?

—Soy su viuda.

—¿Su viuda?

Y al advertir la perplejidad del ingeniero, se creyó en el deber de darle una explicación.

—¿Acaso no sabía usted que estaba casado? Lo hizo conmigo tras abandonar la Compañía de Jesús. —Como Sebastián no reaccionara, le preguntó—: ¿Conoce el contenido de esta carta?

—No, claro que no.

Se la tendió.

Sebastián la rechazó con un gesto. —Preferiría que me la contase usted.

—Léala, por favor —insistió la viuda—. Yo no tengo fuerzas para contársela. Además, no me creería.

Se puso Fonseca de espaldas a la ventana, tratando de aprovechar mejor la escasa luz. Y a medida

que avanzaba por entre los trémulos renglones empezó a entender la actitud de aquella mujer. También la de su tío.

Aquella desdichada carta dejaba claro que Álvaro de Fonseca no sólo ignoraba la muerte de Gil de Ondegardo, sino también que estuviese casado. Mucho menos podía suponer que la leyese su viuda.

Porque revelaba que su tío y el marido de aquella mujer habían sido amantes.

Para prevenir a Gil del peligro que corría, Álvaro no dudaba en expresarle sus sentimientos. Y lo que allí se reflejaba era un hombre desesperado y al desnudo, capaz de cualquier cosa con tal de salvar a quien quería.

Entonces entendió el ingeniero aquella partida de dinero que su padre había tenido que dedicar al rescate de su hermano en el Perú, para comprar voluntades, de modo que se echara tierra sobre lo que debió suponer un tremendo escándalo. Quizá la causa de que, a la larga, Gil abandonase la Orden, tras el regreso de su tío a España.

Tanteó Sebastián las palabras, tras devolverle el pliego. ¿Qué decir tras aquella nueva noticia sobre su familia?

Pensó en Álvaro. En lo que debió de sufrir en Madrid, en el escondrijo del palacio de los Fonseca, mientras recibía impotente los indicios que le anunciaban el cerco en torno suyo, cómo iban matando a los conocidos que terminarían por llevar a sus enemigos hasta su amante. Y se preguntó, de nuevo, qué secretos familiares le esperaban todavía.

Entre sollozos, María de Ondegardo le confesó que su marido se podría haber salvado si ella no hubiese interceptado las cartas que le enviaba Álvaro. Porque en los últimos tiempos sospechó, empezó a leerlas y decidió ocultárselas para romper aquella relación.

—Celos. Horribles celos —se lamentó—. Y la esperanza de que él volviera a mí.

Sin embargo, como a continuación siguió contando su viuda Gil cada vez estaba más alejado, más intranquilo, más en otro lado. Ella había leído las advertencias que Álvaro de Fonseca le hacía a su marido. Eso era verdad. Pero las tomó como argucias de enamorado, intentos de llamar su atención. Hasta que llegó su muerte. Ahora se sentía culpable, incapaz de haber hecho lo que sobradamente manifestaba su tío, que había muerto antes que delatar a Gil, aunque ignorase que ya era demasiado tarde.

—Él le ha demostrado un amor que yo no supe darle —concluyó con un desolado quiebro en la voz.

Escuchó Sebastián todo esto sin saber qué decir. Trató de consolar a la viuda. Y mientras lo hacía, hubo de examinar la situación por puro instinto de supervivencia, considerar el sesgo que aquello iba tomando.

Fue entonces cuando se dio cuenta del error que acababa de cometer. Con su visita a aquella mujer había confirmado al asesino una pista hasta entonces dudosa. Quizá la última que necesitaba.

## El Chocolate de los Jesuitas

Pasado el primer momento, la viuda pareció encontrar un considerable alivio en poder desahogarse con alguien. Sobre todo cuando Sebastián le fue detallando lo sucedido a su tío y a su padre. Confidencia por confidencia, le dejó entrever ella las razones por las que una mujer de su rango se había casado con un mestizo como Gil de Ondegardo.

—¿Gil era mestizo? —se sorprendió el ingeniero.

—Sí, ¿no estaba al tanto?

¿Qué más sabía su tío pero no le habían concedido tiempo para contárselo? Era difícil responder a esta u otras preguntas que surgían de inmediato, aunque resultasen tan fuera de lugar en aquel momento. La secularización de Gil, ¿había sido sincera o un recurso a la desesperada? ¿O quizá de conveniencia? ¿Y su matrimonio? ¿Guardaba alguna relación todo ello con lo que había llegado a averiguar Ondegardo a través de los papeles del archivo jesuita? ¿Los utilizó para lucrarse o simplemente con alguien, a espaldas de Álvaro, e incluso de la Orden?

Cuando la viuda notó que él volvía de su ensimismamiento se lamentó:

—Es una pena que las mujeres españolas no dejaran su impronta en los naturales de este país, igual que las indias lo hicieron con los conquistadores, al compartir con ellos su intimidad. He de confesarle que mi matrimonio fue feliz.

—¿A pesar de todo? —se atrevió a preguntarle.

—Siempre estuvo velado por algunas sombras, pero no le di importancia. Esperaba que se despejasen con el tiempo. No fue así, por desgracia... He sabido después que alguien andaba detrás de mi marido.

—¿Por casarse con usted?

—No. Por ser un antiguo jesuita.

—Pero él dejó la Compañía.

—Se secularizó en mil setecientos sesenta y siete, para evitar la expulsión de Perú.

—¿Fue entonces cuando empezaron a molestarlo?

—Corrían muchas historias sobre las fabulosas riquezas de la Compañía de Jesús. Se decía que habían encontrado los tesoros de los incas, y que enviaban a España gran cantidad de chocolate, con el que procuraban ganarse la voluntad del rey, sus familiares y las personas que influían en sus pareceres. Un chocolate tan espeso y tan bien compuesto que se extendió un dicho: «Ser más pesado que el chocolate de los jesuitas». Hasta que alguien, alertado por tanto envío y tanto peso, abrió una de las cajas. Y dentro de cada onza de chocolate iba otra de oro. De algo debieron valer esos sobornos, porque aquí conocieron de antemano la orden de expulsión.

—Esa historia sí que la sé —corroboró Sebastián.

Y recordó lo que le contara su tío Álvaro, quien confió a Paco el Soguero el aviso que éste entregó a Hermógenes poco antes de embarcar, para que el carpintero lo llevara de Cádiz hasta el Callao y lo hiciese llegar, a su vez, hasta Gil de Ondegardo.

—Son rumores, vaya usted a saber —prosiguió la viuda—. Se dice que cuando fueron a expulsar a los jesuitas, éstos no se sorprendieron de ver allí a los agentes de la autoridad. Los aguardaban en el

refectorio, con el breviario en una mano y un bulto de ropa en la otra.

—O sea, que el aviso surtió efecto.

—Surtió tanto efecto que la misma víspera pudieron esconder algunos de sus bienes más preciados, distribuyéndolos en lugares seguros. Con ello —siguió explicándole María de Ondegardo— se agregaba un nuevo botín a la gran epidemia de Perú: la búsqueda de tesoros escondidos. Porque quienes procuraban la expulsión de la Compañía difundieron rumores sobre las minas de oro y las riquezas que atesoraba la Orden, para crear un estado independiente en América del Sur. Y la mejor baza era la vinculación de los principales santos jesuitas con la casa real inca. Incluso se decía que guardaban su reliquia más preciada, el Punchao, el ídolo del sol naciente con el polvo de los corazones de todos los emperadores.

—Unos rumores que vuelven ahora, si no estoy mal informado.

—Sí. Arrecia de nuevo la búsqueda en sus bóvedas y subterráneos, hasta el punto de que en Lima han estado a punto de echar abajo la iglesia de la Compañía, del picoteo que le vienen dando a los cimientos. Por eso tiene usted que disculpar mi desconfianza. En España hay toda una industria de picaros que falsifican mapas de tesoros y derroteros de fortunas enterradas en América. Dicen haberlos encontrado entre los papeles de familiares o de un difunto que se confesó a última hora en el penal de Ceuta, y otras historias así.

—¿Y por qué se centraban en Gil esas averiguaciones sobre los jesuitas?

—Era el archivero, el que manejaba los antiguos documentos. Además, era mestizo, sabía quechua. Y mantenía contactos con los indios para aclarar algunos documentos escritos en esa lengua que estaban a su cargo. Mucha gente lo tenía en el punto de mira.

—¿Oyó mencionar alguna vez a su marido unos papeles que trajo aquí, a Lima, mi tío Álvaro? —Y al advertir la duda en la mujer, continuó—: Procedían del archivo de Madrid y tenían que ver con un barco que viajó en secreto hasta las costas de Andalucía en mil quinientos setenta y tres.

—No sabría decirle. Gil se quedó muy preocupado desde el día en que un hombre lo visitó para preguntarle por unos documentos. No sé si serían ésos, los que trajo su tío de Madrid.

—¿Recuerda el nombre de esa persona? ¿No sería, por casualidad, Alonso Carvajal y Acuña?

Esperaba Sebastián que el nombre de Carvajal pusiera en guardia a la viuda. Sin embargo, no fue así.

—Gil no llegó a decírmelo. Pero como no le gustó su aspecto, por si acaso le sucedía algo, me explicó dónde le había escondido. Y me contó que la víspera de la expulsión los jesuitas le habían encomendado algunos de los papeles más delicados del archivo.

—¿Sabían sus superiores de su intención de abandonar la Orden?

—Sí, pero también les constaba su absoluta lealtad y honradez. Además, él ya conocía bien esos documentos... Como todo era tan urgente, en un principio Gil no sabía dónde esconderlos. Y viendo pasar a un negro por la calle, con útiles de albañilería, lo apalabró para que hiciera un trabajo muy en secreto. Le vendó los ojos y, tras dar varios rodeos, le ordenó construir un doble fondo para albergar los papeles...

—Entonces, usted puede conducirme hasta ellos —la interrumpió.

No fue oportuno. La viuda notó su ansiedad. Receló. Y Sebastián se dio cuenta de que dudaba en revelar el secreto que había costado la vida a Gil. De modo que le dijo, poniendo toda la carne en el asador:

—Doña María, si no confía en mí, la muerte de su marido, mi padre y mi tío habrán sido en vano. Y mi viaje hasta aquí también.

Carraspeó ella, mientras se lo pensaba, hasta arrancarse:

—Oí comentar a Gil que cuando estaba trabajando en el doble fondo del sótano el albañil negro se espantó por el gran ruido que oyó junto a él. Y que eso se debía a la descarga de los carros llenos de grano que traían, para guardarlos en el silo que hay al final de este callejón sin salida. A ese silo —concluyó María— se accede desde el sótano, sin necesidad de salir a la calle.

—Lléveme hasta el lugar, se lo ruego.

Tocó la viuda una campanilla de plata. Y ordenó a la criada, que no tardó en aparecer:

—Tráeme las llaves de abajo.

Una vez allí, advirtió Sebastián unos cabezales de piedra semiesférica con dos argollas. Eran, sin duda, los cierres. Un escondrijo perfecto. Los abrió, tomando todo tipo de precauciones en su ventilación, y comprobando con una vela que había suficiente aire para respirar. Cuando estuvo seguro de ello, no le costó localizar un doble fondo. Y, dentro de él, los papeles traídos de Madrid por Álvaro de Fonseca, junto a los reunidos por el archivero de Lima.

Le señaló la viuda una mesa en el salón y encendió un candelabro para que los pudiera examinar. Al revisar el resumen o memoria de aquellos documentos pudo confirmar que el intérprete y escribano

Diego de Acuña había muerto en el Cuzco en 1572, y que tras ello Sirax había embarcado rumbo a España junto al jesuita Cristóbal de Fonseca. Lo habían hecho en un barco clandestino.

Venían luego otros testimonios, como el de la madre superiora del convento de Cádiz en el que habían recluido a Sirax y del que se deducía que a ésta la mantuvieron aislada por completo del exterior, a excepción de las visitas de Cristóbal de Fonseca. Explicaba aquella religiosa que el comportamiento de la india y su criada había sido ejemplar, sin otro impedimento que no dejarse en modo alguno cortar el pelo, aquella larga y reluciente cabellera negra que cuidaba y peinaba como si en ello le fuera la vida. No quería la monja entrar en detalles, aunque daba a entender que hubo más, mucho más. Su testimonio iba encaminado a descargar al convento de toda responsabilidad sobre la muerte y suerte posterior de la princesa inca.

Otros registros de aquel expediente proporcionaban más noticias de Sirax, de modo fragmentario, con muchas lagunas. Sin embargo, algo quedaba claro: tras su muerte, el cadáver se entregó en 1573 a Cristóbal de Fonseca, quien en todo momento había servido como intérprete, aseguró que estaba bautizada y dijo disponerse a enterrarla en sagrado, en la capilla de la fortaleza que poseía la familia en sus posesiones gaditanas.

Aquí venía un dato fundamental, quizá la pista que tantos buscaban. En realidad, el cadáver momificado de Sirax había sido embarcado rumbo al Perú, al cuidado de Sulca, la criada india que la acompañara en todo momento. Una vez trasladado al Cuzco, el cuerpo se inhumó en la cripta del convento de Santo Domingo. Y, con él, sus secretos más preciados, todo lo que ella quiso que volviese a la tierra que la vio nacer. Ésa era, en el fondo, la más profunda de las razones para momificarla y devolverla hasta aquel lugar, donde en tiempos se alzara el Coricancha, el Templo del Sol de los incas. El mismo lugar en el que descansaba buena parte de su familia.

«¡Ya lo tenemos!», se dijo Sebastián, sin dar crédito a su buena suerte.

No pudo detener allí su lectura para asimilar todo lo que aquello implicaba. No disponía de tiempo. Porque continuando con aquel resumen e inventario llevado a cabo por Gil de Ondegardo, supo que Cristóbal de Fonseca había sido encarcelado. Y la acusación más grave fue no haber entregado el Punchao que le confiase el virrey Toledo para transportarlo a España. Alegó haber sido asaltado por los indios, presentando testimonios fehacientes de ello. De nada le valió. Encerrado en Cádiz, murió ya anciano, en 1596. Pero no de muerte natural, sino de las heridas recibidas durante el saqueo de los ingleses a la ciudad. La mayor parte de sus papeles fueron destruidos entonces por el fuego. Una pérdida irreparable, pues constaba que había escrito mucho sobre el Perú. Si algo había llegado a la posteridad era porque el Inca Garcilaso lo utilizó en sus *Comentarios Reales*, arguyendo que lo salvó de las cenizas, aunque no faltaban quienes sostuviesen que antes censuró y adulteró lo que el jesuita había escrito sobre los quipus. En especial sobre un quipu rojo que sólo conocían los emperadores y sus más allegados, por ser de un valor excepcional, ya que permitía entender el resto de esos mensajes escritos con nudos y cuerdas.

Otro de los documentos revelaba que fue entonces, a raíz de la muerte de Cristóbal de Fonseca, cuando la Compañía decidió establecer una sección de archiveros jesuitas especializados en quipus, que se dedicaron a buscar infatigablemente aquel ejemplar excepcional, así como otros testimonios que hablaran sobre ellos. El problema era que el Tercer Concilio de Lima, celebrado entre 1581 y 1583, los había declarado objetos de idolatría y ordenado destruirlos.

Aquellos legajos permitían constatar la tenaz persecución por parte de la Compañía de Jesús de cualquier rastro sobre el quipu rojo. Gracias a ese trabajo previo de sus antecesores había podido Gil de Ondegardo alcanzar un conocimiento inédito en tales cuestiones. Ahora, ese desbroce recopilatorio cobraba una importancia decisiva. Carvajal y Montilla sabían de su interés, y también lo que podía suponer para los planes de los ingleses u otros conspiradores.

Aún no se había recuperado Sebastián de tan importantísimas revelaciones cuando llamaron su atención tres hojas de papel. Eran de la misma textura y tamaño que la Crónica de Diego de Acuña. También coincidían la tinta y la letra. Y el borde dentado en su lado izquierdo mostraba a las claras que habían sido arrancadas de un libro encuadernado. Se trataba de una relación de nombres en quechua.

«Por eso las debió de sacar de la Crónica mi tío Álvaro —se dijo—, para traerlas a Lima y que se las tradujeran».

Estaba examinándolas Sebastián cuando entró la criada, inquieta. Murmuró algo al oído de la viuda y ésta se encaminó a la ventana. Apartó discretamente un visillo y miró hacia abajo. Luego regresó junto a Fonseca y le preguntó, señalando la calle, con tono de reproche:

—¿No me dijo que venía solo?

Se levantó y dirigió la vista en la dirección que ella le indicaba. Allí abajo, frente a la puerta de la casa, estaban al acecho aquellos cinco individuos a los que había visto merodear.

—No tengo ninguna relación con esos hombres —trató de explicar a María de Ondegardo—. Ni siquiera sé quiénes son.

—Le agradecería que se fuese, porque me compromete. Y usted mismo se está poniendo en peligro.

No estaba dispuesto a irse de allí con las manos vacías, ahora que calibraba la importancia capital de aquellos documentos. Y menos aún dejar que cayeran en manos de los sicarios. Sólo de pensarlo,

le acometió tal rabia y desesperación que se oyó decir, sin calcular el alcance de sus palabras:

—¿Podría llevarme estos papeles?

Con gran sorpresa por su parte, ella accedió:

—Hágalo. No puedo negárselos después de los riesgos que ha corrido. Y así me los evitará a mí.

—Gracias, señora —le dijo disponiéndose a esconderlos bajo la camisa.

—Si lo que me dice es cierto, esos hombres lo están esperando, ¿verdad?

—Me temo que sí.

—En ese caso, salga por la puerta de atrás. Da a la catedral.

—¿Tiene algún arma a mano? —se atrevió a pedirle.

—Sólo eso —dijo señalando una panoplia que adornaba el salón. Se refería a un par de dagas de defensa, con las que poco podría hacer.

—Preferiría uno de los garrotes que llevaban los dos hombres de la puerta.

Tocó ella la campanilla y acudió de nuevo la criada, a quien le transmitió el deseo de Fonseca antes de que enfilase la salida trasera.

Daba ésta a un estrecho callejón, donde la oscuridad del lugar y la niebla que apenas empezaba a levantar se aunaban para crear un ambiente amenazador. Sebastián se apresuró a lo largo del muro tratando de ganar la plaza que había en el extremo.

Pero a mitad de camino le salieron al paso los cinco sicarios que estaban esperándolo. Desenvainaron sus espadas y se desplegaron en torno suyo hasta acorralarlo contra la pared.

## La Tapada

El padre Tarsicio dirigía el rezo del santo rosario desde lo alto del pulpito. Flanqueaba aquel estrado el altar mayor de la catedral, adosado al gran pilar del lado del evangelio. La penumbra del templo era atravesada de tiempo en tiempo por algún esquivo rayo de sol que, sustraído a la neblina, se descolgaba de los ventanales. Desde allí se deslizaba oblicuo hasta el humear de los cirios, circundados por el murmullo de las beatas, bajo la mirada impertérrita de apóstoles, profetas y vírgenes.

Estaba destemplado, a pesar del brasero que el sacristán había tenido la precaución de poner a sus pies. Y también, para qué negarlo, a pesar de sus prudentes arrimos al vino de celebrar, al que había dado un par de empujones antes de enfrentarse a sus parroquianas. En aquellas alturas andaba, suspirando por otro trago, cuando oyó chirriar la puerta a su izquierda, en el lado opuesto del crucero, el de la epístola.

Se entreabrió la pesada hoja de madera y asomó la cabeza de un hombre. Oteó el recién llegado el panorama, a izquierda y derecha, sin decidirse a entrar. Se le veía sofocado, muy fuera de lugar entre la recua de suspicaces comadres que pastoreaba el padre Tarsicio. Las mismas que ahora miraban al intruso por el rabillo del ojo, fingiendo no verlo, mientras continuaban moscardeando sus rezos.

A juzgar por su actitud, bien se le alcanzaba a aquel entrometido cuan discordante resultaba allí su presencia. Sin embargo, entró, cerrando tras él. Compuso la figura como Dios le dio a entender, se atusó la capa, anduvo de puntillas hasta vadear el coro de entregadas feligresas y fue a sentarse detrás de ellas.

Poco después gimió la puerta de nuevo. Miraron todos los presentes en aquella dirección. Y pudieron ver hasta cinco individuos malencarados. No parecían urgidos por la devoción. Antes bien, tras examinar a la concurrencia intercambiaron unas torcidas sonrisas de medio lado. Cuchichearon entre sí, malévolos. Pero no se decidían a entrar.

El padre Tarsicio, impaciente, les hizo señas para que cerrasen, indicándoles que había corriente. Primero, con gestos discretos. Y luego con mayor vehemencia.

Al fin, aquellos individuos se retiraron.

Un par de misterios después, y no de los más gozosos, se oyó un nuevo crujido de la puerta. Creía el sacerdote estar ya avisado a esas alturas. Pero hubo de desdecirse cuando se abrió la hoja de madera para dejar paso a una tapada. Exploró aquella mujer el recinto, entre las escandalizadas miradas de la concurrencia, girando el único ojo que dejaba al descubierto su rebozo.

«¡Esto es el colmo!», pensó el cura.

No pudo evitar acordarse de aquel comentario que, al parecer, había hecho más de un siglo atrás el papa Clemente IX, al serle presentado el expediente para la canonización de Rosa de Lima. El Santo Padre torció el gesto, murmurando entre dientes: «¿Santa y limeña? ¡No puede ser!».

La tapada entró sin inmutarse. Taconeó por el lateral, flanqueando a las comadres, y fue a colocarse detrás del hombre, de aquel hombre que había entrado en primer lugar, el único varón en ejercicio dentro de aquel conciliábulo en desguace.

«¡Será descarada! —se dijo el padre Tarsicio, sin perder detalle—. Desde luego, el que no sirve

para san Miguel sirve para diablo a sus pies».

Lo que siguió aún lo dejó más estupefacto. La mujer abrió su bozo, acercó la boca hasta el oído del intruso y le susurró algunas palabras. Más hizo. Como aquel hombre pareciera dudar, gesticuló ella, señalándole detrás del pilar donde se enroscaba el pulpito desde el que dirigía el sacerdote las oraciones.

Luego, la tapada se levantó y, pasando por detrás de las beatas, se trasladó al lado opuesto, el del evangelio. El gran pilar donde se apoyaba la tribuna del padre Tarsicio la mantenía fuera de la vista de éste y de sus fieles. Sin embargo, bien pudo oír el oficiante, detrás y a su derecha, aquel inconfundible graznido: el que hacían las bisagras del confesionario al abrirse.

«¡Inaudito! ¡Mi confesionario!», pensó.

Además, había dejado allí dentro su manteo y su teja, como tenía por costumbre. Era un lugar frío sobremanera. La calva y los riñones se le quedaban yertos, totalmente amortecidos, mientras absolvía a sus penitenciadas.

Aún no se había repuesto cuando observó que el hombre también se levantaba. Le pareció en un principio que se disponía a irse por donde había venido, ya que se encaminó hacia la puerta de la epístola. Pero desde su observatorio se percató de que, en realidad, daba la vuelta por detrás del presbiterio y del altar mayor, para pasar al lado del evangelio, reuniéndose con la tapada.

Él, desde la privilegiada altura del pulpito, era el único que podía apercibirse de toda la maniobra, y se debatía entre interrumpir el rezo del rosario, escandalizando a su parroquia, o dejar hacer, por averiguar en qué paraba todo aquello. Se imaginaba el confesionario profanado, mientras su voz, ya desentonada, rompía entre aquellos latines glorificadores de la castidad. Más que nunca suspiró por otro trago de vino de celebrar.

Los chirridos del confesionario le impedían concentrarse en las oraciones. Le indignaba aquel atropello a la decencia en la casa del Señor. Claro que —trató de convencerse a sí mismo— ¿y si eran inocentes? ¿No estaba para eso el derecho de asilo? Porque aquellos individuos que asomaron después del intruso no eran precisamente hombres de paz. Menos aún de justicia. O de caridad. ¿Algún marido engañado en busca de venganza? En ese caso, ¿no amparó Jesús a la adúltera? Aunque en Lima no habría dado abasto, y quizá fuese el primero en arrojar la piedra, o un quintal de ellas, si a mano las tuviera.

Intentó volver al rezo. Notó que lo miraban impacientes sus parroquianas, interrumpiendo la regular granizada de *ora pro nobis*, en medio de un gran arrastrar de eses, como una descarga de fusilería que le pidiera cuentas de lo que allí estaba sucediendo.

Ya había retomado el hilo cuando oyó que se abría la puerta del confesionario. Se volvió discretamente y pudo ver a la tapada, que caminaba tras el presbiterio y altar mayor para pasar al otro lado y salir por la misma puerta de ingreso. La había seguido con la mirada, y al abrir la hoja de madera notó que se recogía un poco la falda para salvar un travesaño. Entonces, mostró parte de una pierna. Y no parecía aquella miembro de mujer, sino extremidad bien recia y peluda.

«¡Jesús, María y José! ¿Qué ha estado pasando ahí adentro, en mi confesionario?», se preguntó.

Sólo de pensarlo le entraron sudores fríos. Soltó el rosario para rebuscar el pañuelo en uno de aquellos inverosímiles bolsillos enfilados hacia atrás que flanqueaban la sotana. Y al volver a tomar la sarta se equivocó, saltándose uno de los misterios. Notó que las parroquianas se miraban entre sí, alarmadas, mostrándose las ristras con que llevaban la cuenta. Cuchichearon luego. Y una de las que le

eran más afectas, la Coronela, viuda de un oficial artillero de esa graduación, le hizo señales para que rectificara. Trató el padre Tarsicio de enderezar el entuerto, pero con tan poco tino que repitió un misterio que ya habían rezado.

A aquellas alturas del servicio religioso, su desconcierto era total. Pues acababa de oír de nuevo el sonido de la puerta del confesionario. Esperó con impaciencia a ver qué asomaba detrás de la columna, camino del rodeo procesional de la cabecera, antes de encaminarse a la salida. Y lo que vio era un sacerdote.

«¡Pero aquí no hay más cura que yo!», pensó mientras interrumpía en seco el rezo del rosario.

Las beatas alzaron la cabeza y lo esperaron, impacientes, haciendo tintinear sus rosarios.

Y mientras el otro cura salía de la catedral se dio cuenta de que se estaba llevando su manteo y su teja.

## Cartografías y otras Teologías

La calesa conducida por Qaytu bordeó la fuente de azulejos del patio y se detuvo junto a la cadena del zaguán y la amplia escalera que conducía al piso superior. Sólo entonces descendieron sus dos pasajeros, un cura y una tapada. Don Luis de Zúñiga celebró con jovialidad el disfraz clerical de Umina. Ella le contó cómo había seguido a Sebastián, embozada, haciéndose la encontradiza cerca de la Plaza de Armas. Y el modo en que acudió después a rescatarlo, entrando en la catedral.

—No sé cómo puede moverse con esto —refunfuñó el ingeniero, debatiéndose dentro de aquel atuendo femenino.

—Le queda mucho por aprender si tiene intención de cortejar a una limeña —le contestó ella.

—No se apure, amigo Fonseca, es achaque común: donde no llegan barbas, llegan faldas —intervino Zúñiga—. Aunque no había visto a nadie adentrarse tan lejos en su conquista de una tapada. Supongo que deseará ponerse algo más apropiado.

A Sebastián le quemaban las novedades descubiertas en casa de la viuda María de Ondegardo. Tan pronto se hubo cambiado bajó hasta el salón, donde se le unió Umina.

Ahora, más que nunca, tras haber vestido sus ropas, se admiró de cómo se movía la mestiza al verla bajar las escaleras. Su sensualidad no era algo impostado, sino una parte profunda de ella. Y al sentarse juntos en el sofá le perturbó el recuerdo de la proximidad física en la que habían estado dentro del confesionario.

Cartografías y otras (Teologías)

Sobreponiéndose a tales evocaciones, les resumió los documentos procedentes del archivo de los jesuitas. En particular, quiso mostrarle aquellas tres hojas:

—Por el papel, la letra y el idioma, creo que han sido arrancadas del final de la Crónica.

—En ese caso, podría ser la lista de nombres que Sirax dictó a Diego de Acuña antes de que éste muriese. Déjeme ver si están en quechua.

A lo largo de los tres folios desgajados se alternaban las palabras escritas totalmente en letras mayúsculas, a modo de epígrafes, con otras en minúsculas que se encontraban bajo éstas.

Umina comenzó examinando las primeras.

—PUCAMARCA, CHUMBIMARCA, ILLAMARCA... Son nombres de pueblos. *Pucamarca* quiere decir Pueblo Rojo; *Chumbimarca*, Pueblo del Tejedor; *Illacamarca*, Pueblo de Tesoro...

Otros epígrafes, en mayúsculas también, parecían guardar el mismo aire de familia.

—CACHIPUQUIU, CORCORPUQUIU, CHURUPUQUIU, MICAYPUQUIU... Manantial de la Sal, Manantial de la Caña Brava, Manantial del Caracol, Manantial de la Ciénaga... —tradujo Umina.

Y luego, bajo ellos, venían los nombres en minúsculas, que fue leyendo Fonseca mientras la mestiza escribía su transcripción.

—*Qenq Grande*.

—*Qenq*, en quechua, significa algo torcido, en zigzag. Está en las afueras de Cuzco, cerca de uno de nuestros almacenes, en el camino de Pisac. Allí vive una hermana de Qaytu, con su marido.

—*Ollantaytambo*.

—El tambo de Ollantay. Los tambos son albergues que construyeron los incas a lo largo de sus

calzadas. Muchos de ellos todavía se conservan. Pero también se usa para nombrar poblaciones, como ésta, que no anda lejos de las tierras de mi madre, en Yucay, en el valle del río Urubamba.

—Cóndor *Guachana*...

—Nido del Cóndor. Eso puede estar en muchos sitios. Imagínesse si hay cóndores. Quizá sea un santuario.

—*Ñusta Hispana*.

—Eso no puedo traducírselo —se negó Umina.

—¿Por qué?

—Tengo mis razones. Continúe.

—*Totorgoaylla*.

—Prado de la totora.

—¿Qué es la totora? —preguntó Sebastián.

—Una especie de junco o carrizo. Con él se construyen techos, casas, y hasta embarcaciones.

—*Cajana*.

—Debe de ser una forma de escribir *Qasana*, que significa Lugar del Hielo. Valdría para cualquier glaciar o nevero.

—*Pactaguañui*.

—¡Cuidado, la Muerte!

—*Guanipata*.

—Andén del Escarmiento. Otra advertencia de peligro.

—*Inca Ruminahui*

—*Nahui* significa ojo, y *Rumi*, piedra. Ahí tiene su Ojo del Inca, supongo que alguna cueva en una montaña.

—¿Qué pueden ser todos estos nombres? —preguntó Sebastián—. ¿Por qué son tan importantes y por qué tanta gente los ha estado buscando?

—Son demasiado genéricos. Si no se conocen de antemano, es imposible localizarlos. Quizá sean huacas —le respondió Umina.

—¿*Huacas*?

—Significa lugar sagrado.

—¿Templos?

—No necesariamente. Más bien se trata de hitos: picos de montañas, manantiales, cuevas o rocas con formas características que se utilizan como referencia. Los habitantes de los alrededores creían que sus ancestros salieron de esos lugares, y veneraban allí las momias de sus antepasados. Para muchos de los clanes era lo que los vinculaba a un territorio y los legitimaba para habitarlo. Su título de propiedad.

—¿Por qué querría Sírax ponerlos por escrito?

—Podía ser una gran baza si necesitaba utilizarlos fuera de los círculos indígenas. Se mantenían en secreto porque depositaban ofrendas, objetos valiosos. Y los indios tuvieron que ocultarlas a los españoles para que no las saquearan. O para que no las destruyesen los misioneros... Déjeme esa lista.

Tomó Umina aquellas tres hojas y fue señalando con el dedo.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Sebastián.

La joven pidió silencio con un gesto.

—Estaba contando los nombres —le dijo cuando hubo terminado.

—¿Para qué?

—Ahora se lo explicaré. Páseme el quipu que encuadernaba la Crónica.

Así lo hizo el ingeniero, sugestionado por la seguridad con la que ella parecía manejarse.

Se había levantado Umina. Tras acercarse a la mesa del salón, puso el quipu rojo encima y lo desenrolló. Tuvo buen cuidado de colocar recta la cuerda principal, de la que colgaban hilos más finos. Luego, fue contando estos últimos.

—Cuarenta y uno, exactamente cuarenta y un hilos. El mismo número que los nombres en mayúsculas —apuntó al terminar de contar—. Ahora, vaya llevando la cuenta de los nudos que hay en cada hilo mientras yo repaso los que van en minúsculas en esa lista.

Tras el minucioso recuento, coincidían punto por punto, hasta un total de trescientos veintiocho.

—¿Qué cree usted? —preguntó Sebastián.

—Hay una estrecha relación entre la lista de huacas escrita por Diego de Acuña y el quipu rojo.

—¿Qué tipo de relación?

—Eso sólo lo podrá establecer algún quipucamayó que conozca bien el lenguaje de estas cuerdas y nudos.

—¿Aún quedan quipucamayos?

—Sí acaso, en el Cuzco. Mi madre sabrá.

—Entiendo... Pero ¿qué le parece, así, en una primera impresión?

—Quizá este quipu fuera utilizado en el siglo dieciséis como un mapa del imperio inca, o al menos de la región del Cuzco y Vilcabamba. En ese caso, la lista serían lugares entonces bien conocidos. Ahora resultará mucho más difícil localizarlos, habrá que hacerlo sobre el terreno. Unos estarán deshabitados y nadie se acordará, otros habrán cambiado de nombre, cristianizados o españolizados.

—O sea, que mi padre no deliraba —concluyó el ingeniero.

—¿De qué me está hablando?

—Cuando lo visitó en Madrid, usted vio su mesa, ¿no?

—Sí, me llamaron la atención los casilleros.

—Los utilizaba para clasificar las referencias de la Crónica, dividiéndolas en apartados según su vinculación con lo tectónico, los tejidos o los textos.

—O sea, las huacas, los quipus y los documentos escritos.

—Eso es —corroboró Fonseca.

—No, su padre no deliraba en absoluto, estaba muy bien informado —reconoció Umina—. Y si quiere entenderlo aún mejor, no tiene más que mirar enfrente.

Dirigió el ingeniero la vista a donde le señalaba ella, un solar vecino en el que se construía un nuevo edificio.

—Lo veremos mejor desde la tenaza —le sugirió la joven. Subieron hasta la azotea. Y, señalando la casa vecina, en cuyas obras se afanaban los albañiles, le explicó ella que los frecuentes terremotos sólo permitían la solidez de la piedra o el ladrillo en las cimentaciones. Por otro lado, al no haber lluvias, se podía recurrir a materiales más ligeros.

Quienes levantaban la casa habían ido empotrando en el suelo unos postes a todo lo ancho y largo

del perímetro del edificio. Luego los unían mediante varas horizontales, sujetas con tiras de cuero crudo. Cuando concluían este armazón o esqueleto lo entrelazaban con cañizos, como si estuvieran tejiendo un cesto. Venía tras ellos un oficial que lo recubría de barro entremetido con paja, como el usado al hacer el adobe y tapial, hasta dejar completamente cubierta aquella malla, convertida en apariencia de pared. En los lugares donde ya estaba todo acabado, otro operario techaba y un segundo alquitranaba. Finalmente, los enyesadores estucaban el barro, y un artista que maldecía en italiano lo pintaba al fresco con celeridad, para dar la impresión de piedra o mármol.

De modo que, como pudo comprobar Sebastián, aquellos amazacotados edificios, en apariencia sólidos, eran en realidad grandes cestos o jaulas de cañas, carrizos y mimbres trenzados, asentados sobre el cascajo de los aluviones. Y se dio cuenta de que si sobre ellos cayeran los fuertes aguaceros o tormentas de otras latitudes, toda Lima se desharía. Convertida en un río de barro, se deslizaría hasta el Callao, dejando apenas unos contritos armazones de mimbre. Algo así como los guardainfantes o polleras de una dama desasistida de sus afeites y reducida a paños menores.

Entonces entendió lo que había estado buscando su padre con aquella extraña *mesa detective*, trasegando sin cesar sus papeletas divididas en los tres apartados de sus casilleros: TECHO, TEXTIL, TEXTO. Comprendió que una casa era una urdimbre, y que así debieron construirse al principio todas ellas, como la que tenían enfrente. Juan de Fonseca se había visto privado del quipu y de la transcripción en aquellas tres hojas arrancadas de la Crónica, así como de la información que Sirax dejara en su tumba. Sin embargo, prevenido por su hermano Álvaro de su existencia, intentaba reconstruirlas a través de los nombres citados por Diego de Acuña, sin perder de vista la estrecha relación que el texto de éste mantenía con las huacas y las arquitecturas de los poblados. En aquellas correspondencias, y en el quipu, debía encontrarse la pista del Ojo del Inca y la ciudad perdida de Vilcabamba.

Cuando hubieron regresado al interior de la casa, para reunirse en la biblioteca con don Luis de Zúñiga, le tocó a Umina sacar la inevitable conclusión:

—El único modo de localizar sobre el terreno esa lista de nombres y los nudos que los representan en el quipu rojo será ir a Cuzco, encontrar la tumba de Sirax y consultar con un quipucamayó.

—Deberéis daros prisa —les recomendó don Luis—. Sé de buena tinta que Carvajal y Montilla están a punto de salir para allí, con esa partida armada.

—Tenemos que llegar a Cuzco antes que ellos —dijo Sebastián.

Cabeceó Zúñiga, contrariándolo:

—Eso no será posible, Fonseca, si quiere usted morir de viejo, y no de médicos u otros accidentes. Aún nos llevará tres o cuatro días terminar de preparar la caravana de mulas que estamos ultimando para ir allí. Qaytu, que será su mayoral, anda en ello. Es un arriero muy experimentado, pero no se le pueden pedir milagros, necesita ese plazo para que todo esté a punto.

Les mostró el itinerario, sobre el mapa de América Meridional dibujado por Juan de la Cruz Cano y Olmedilla. Recorrió con un puntero aquellas montañas y valles mil veces pleiteados en batallas y sangres, y a pesar de ello, atiborrados de nombres de santos, Cristos, Concepciones y Trinidades.

—Esto, más que un mapa, parece un tratado de Teología —dijo Fonseca sin poder evitar el

comentario.

Sonrió su anfitrión.

—Sí, y aquí estaría el infierno, el puente sobre el río Apurímac entre Curahuasi y Marcahuasi — lo señaló en el mapa, añadiendo—: Van a repararlo, y tenéis que pasar por él antes de que lo corten. Cualquier rodeo supondrá una semana más de viaje.

—¿Por qué es tan peligroso ese puente?

—Está hecho de cuerdas, tendido en un tajo de una altura pavorosa, sobre aguas que no dan respiro. Se balancea como una hamaca. Antes de llegar allí bordearéis la costa hasta Asia, desde donde os internaréis por uno de los valles para ir subiendo poco a poco y dirigiros a Huancavelica. En ese trayecto tendrá usted que acostumbrarse al mal de altura. Porque la parte que sigue, hasta Huamanga, será una de las más duras del viaje. Hay que atravesar el Despoblado, la primera parte de la cordillera. En Huamanga repondréis fuerzas, antes de dirigiros a Andahuaylas y Abancay. Y ahí deberéis prepararos para el puente sobre el Apurímac.

—¿Cuánto tardaremos?

—Son unas ciento ochenta y cuatro leguas por la posta. Pero Qaytu conoce los atajos. Sobre unos veinte días, poco más o menos, dependiendo de los imprevistos...

—¿Imprevistos?

—La sierra anda ahora muy revuelta, habrá que afrontar hostilidades de unos y de otros. Pero bastaría con los obstáculos naturales de este trayecto, que es el peor del Perú. Aunque ya ha pasado la estación de las lluvias, habrá ríos crecidos, puentes rotos, derrumbes y avalanchas... Y aun sin todo eso, las mulas, por muy buenas que sean, no aguantan más de dos o tres jornadas seguidas, a razón de diez leguas diarias, porque en muchas partes no tienen qué comer y habrá que llevar forraje para ellas. Estamos intentando que todas sean veteranas de las ya probadas.

—¿Y la comida para nosotros? —preguntó Umina.

—En la sierra escasea la manteca, de modo que conviene que llevéis una buena provisión de tocino, que lo mismo vale para freír que para sazonar cualquier guiso. También deberéis proveeros de carne sancochada y fiambres, arroz, tomates, cebollas, ajos y limones para suplir al vinagre, que allí es raro o de mala calidad. Los huevos será inútil transportarlos, porque se romperían y, además, no son difíciles de conseguir en los pueblos.

—En ese caso, me pondré manos a la obra —dijo la mestiza.

—La acompañaré —se ofreció Sebastián.

Zúñiga negó con la cabeza.

—Después de lo sucedido, no creo que sea buena idea. Y tú, Umina, si vas a ir de compras por la ciudad, es mejor que te llesves a alguien que la conozca bien mientras yo ultimo algunos detalles con Fonseca.

—Iré con Qaytu.

—Qaytu está seleccionando las mulas en la tablada y va muy justo de tiempo. Ahora mismo te busco a otra persona de confianza.

Una vez que despidieron a la joven, don Luis pidió al ingeniero que lo acompañara hasta las cuadras, donde le mostró dos soberbios caballos.

—Son para usted y para Umina. Están criados en la sierra y han hecho cuatro veces este viaje.

Revisaron luego las armas, y pasaron el resto de la tarde ultimando otros pormenores. Zúñiga le

aconsejó sobre su vestimenta para el durísimo viaje que les aguardaba. Lo proveyó de ropa de abrigo, gruesas botas, una bufanda y un poncho de lana de vicuña que le cubría hasta más abajo de las rodillas.

En cuanto a las acampadas, le aconsejó desechar la hamaca, cuyas ventajas había podido apreciar a bordo del *África*.

—Es buena para preservar de la humedad y la suciedad de los cobijos —afirmó el comerciante—. Pero en la sierra le sería de escasa utilidad, porque cuando acampen al aire libre apenas encontrará árboles. Y tampoco podrá hacerlo en los refugios, son muy bajos de techo y sin salientes de resistencia. Le aconsejo esto, es una especie de colchón ligero de lana, con la parte de abajo impermeabilizada por un cuero. Podrá enrollarlo sin dificultad sobre la mula, y de ese modo también lo protegerá durante el viaje.

En ésas estaban cuando entró el escolta de Umina, sofocado y gritando:

—¡Señor! ¡Ha pasado algo terrible!

—¿Qué ha sucedido? —le preguntó don Luis.

El recién llegado mostraba la cuerda que le habían puesto al cuello, cenada con el inconfundible nudo, que Sebastián reconoció de inmediato mientras les decía:

—Han secuestrado a Umina.

## Carvajal

Luis de Zúñiga no conseguía calmar a Sebastián, que se paseaba arriba y abajo junto a la valla de la tablada. Tras ellos, reponían fuerzas veinte hombres armados. A su frente se encontraba el criollo Gálvez, un antiguo sargento de tropa que ahora vendía su experiencia al mejor postor. En circunstancias normales, no habría sido la primera elección de don Luis. Pero la suya era la única patrulla que se disponía a partir hacia Cuzco, para reforzar las medidas de seguridad de aquella ciudad. Y lo apalabró mediante una sustanciosa recompensa, con el compromiso de acompañar su marcha a la de la caravana.

Fonseca llevaba tres días entrenando junto con los arrieros, sin tomarse un respiro. Había logrado que fueran capaces de una aceptable coordinación, para proteger la comitiva.

—Debería descansar —le recomendó Zúñiga—. Está usted agotado.

—No tenemos tiempo. ¿A qué esperamos? —le respondió el ingeniero.

Se refería a los últimos preparativos de Qaytu, abreviados al máximo para salir de inmediato tras Carvajal y Montilla. Les llevaban dos días de ventaja. Y, sobre todo, tenían a Umina en su poder, tras capturarla en el colmado, mientras compraba las provisiones. Sus secuestradores no tuvieron ningún interés en aprehender al escolta. Lo dejaron libre para que les comunicase la noticia.

—Cada hora cuenta —insistía Sebastián.

—Sabe muy bien que pienso como usted, pero cualquier descuido ahora lo pagarán muy caro por el camino, créame. Es mejor que se centre en aprender el funcionamiento de la caravana. No tiene nada que ver con una columna militar.

Señalaba a Qaytu, quien en el ejercicio de sus funciones de mayoral estaba a punto de concluir la selección de medio centenar de mulas, asignándolas a una treintena de arrieros. Iba revisando con todo cuidado las monturas, aprobando unas y desechando otras, sin que a primera vista se apreciaran sus razones.

—¿Por qué ha separado éstas? ¿Es que no las encuentra buenas? —preguntó Fonseca, impaciente, refiriéndose a las que se apiñaban en un corral.

—Esas mulas son demasiado jóvenes —le respondió Zúñiga—. Para soportar un viaje tan duro han de tener al menos cuatro años.

—¿Y aquéllas que pastan entre la alfalfa? Bien las podía haber tomado, habríamos acabado y ya estaríamos de camino.

—Deben reponer fuerzas otro medio mes, porque hicieron el viaje hace poco.

—¿Y esas otras? —remachaba el ingeniero al ver unas ya aparejadas que se llevaba otro transportista.

—Esas valen para aquí abajo, pero no para la sierra. Las criadas en estos valles arenosos de la costa se lastiman en las alturas, que son de firme duro, se fatigan al subir las cuestas, y las bajan peor, despeñándose a menudo. Su vida va a depender de ellas.

Cuando Qaytu hubo terminado la selección de las mulas, quiso ir a su encuentro Sebastián para urgirlo. Pero Zúñiga lo retuvo por el brazo.

—Aún no ha terminado. Déjele hacer, estará listo en media hora. Y aprenda cómo se maneja una

mula, que no estará de más.

El mayoral acababa de tomar un lazo en una mano y en la otra un poncho, preparándose para lidiar con una acémila de gran fuerza y alzada, a la que no había modo de reducir.

Enseñaba el animal sus largos dientes amarillentos, tiraba bocados amenazadores y daba corcovetas, coceando tan recio que de alcanzarlo le hundiría las costillas. Qaytu se apartaba con tiento, pero tan pronto bajó la guardia aquella mula montaraz, él volvió a la carga hasta arrinconarla contra una esquina del corral, donde la enlazó y cubrió la cabeza con el poncho para privarla de la vista. Trató ella de brincar, y en cuanto estuvo en el aire, se le abalanzó el indio, abatiéndola al suelo con violencia. Antes de que se recuperara de aquel tremendo porrazo, hizo seña a sus peones para que la amarraran de pies y manos, mientras él le sujetaba la cabeza y la encabestraba. Rebullía el animal, bramaba como un toro, daba cabezadas en el suelo hasta sangrar por ojos y dientes, de un modo tal que impresionaba.

La soltaron luego, aunque sin desencabestrarla. Tan pronto como se hubo levantado comenzó a dar saltos y tirar coces. Qaytu la dejó hacer en un principio. Y, de pronto, cuando la mula ya no se lo esperaba, se abalanzó de nuevo contra ella y volvió a arrojarla al suelo con la misma violencia inusitada, hasta que el animal resolló como si estuviera herido de muerte. Pero habría sido gran error descuidarse. Aún quiso rehuir el sometimiento, y el propio mayoral sabía que su trabajo no quedaría completo si no la montaba.

Rehusó Qaytu unas espuelas de las llamadas nazarenas que le tendía uno de los peones. Prefirió usar de la suavidad o la rudeza según iba entendiendo el instinto y propósitos del animal. Y cuando juzgó que se le habían quebrado las intenciones cimarronas, la fue soltando con tiento. Pero aún no dio a la conversa por sobada, que es como llamaban a las mulas que, sacadas del asilvestramiento, estaban en condición de servicio. Antes, la escaramuceó un poco, hasta que cabalgó a media rienda y a su entera satisfacción. Sólo entonces la restituyó a la recua de mulas, todo aquel concilio anual que había seguido el trance con callado sobrecogimiento.

—¿Ha visto? —preguntó don Luis a Sebastián—. Nadie sino Qaytu sería capaz de hacer algo así.

—¿Y qué necesidad hay de cargar con un animal tan rebelde?

—Él nunca se iría sin *Cerrera*. La ha criado desde que era potranca, la sacó de una mina donde las meten casi recién paridas, porque luego no caben por las embocaduras, de estrechas que son. Una vez que entran, se pasarán allí el resto de su vida sin volver a ver la luz del sol ni respirar el aire libre, arrastrando cargas hasta que se mueran. Ambos son uña y carne. El problema es que si la deja largo tiempo sin montar, como ha sucedido ahora con su viaje a España, se le asilvestra, y ha de volver a domarla. Ella quiere comprobar si su dueño se ha reblandecido, o sigue siendo quien manda.

—Bien podía haber tomado otra.

—Ésta no es como las demás —le contestó Zúñiga—. Tiene un gran instinto para encontrar el mejor sendero. Las demás mulas parecen advertir esas cualidades, y la siguen a ciegas. Ponga a *Cerrera* delante de la recua y tendrá hecho medio camino.

—¿Dónde aprendió Qaytu tanto sobre estas bestias?

—En un obraje, una fábrica de tejidos. Allí es donde seguramente tratarán de llevar ahora a Umina.

—No le entiendo.

Y como viera don Luis que tan pronto había sacado a relucir a la mestiza recuperaba la atención

de Fonseca, añadió:

—No le han dicho nada, ¿verdad?

—¿Sobre qué? —se extrañó el ingeniero.

—Creo que debería conocer un poco a Carvajal dado que va a enfrentarse a él. Yo estoy tan preocupado como usted. Pero antes de volver a Umina, déjeme que le hable de él, de ese obraje y de Qaytu. Aún tenemos un cuarto de hora.

Le contó cómo los padres del mayoral, unos modestos indios que no podían alimentar a todos sus hijos, pusieron al primogénito, Qaytu, a trabajar en el obraje La Providencia, cerca del río Apurímac. Por aquel entonces, la fábrica de paños la regentaba la Compañía de Jesús. Y allí lo tomó a su cargo el administrador, el padre Lucas, que apreció la buena disposición del muchacho, enseñándole a leer y a escribir.

Aquel jesuita pronto se dio cuenta de que ganarían mucho más con los géneros que tejían si aportaban ellos mismos las materias primas y distribuían los productos elaborados, convirtiéndose en proveedores. Entendió también que el futuro del transporte estaba en las mulas. El problema era que iban caras, porque se criaban lejos, en los pastos cerca de Buenos Aires, y luego se las llevaba a invernar a las pampas de Salta y Tucumán, donde costaban mucho menos que después de remontar hacia el norte, al altiplano central, Cuzco o Huamanga. De modo que empezó a viajar al sur para comprar recuas en los criaderos. Y se llevaba consigo a Qaytu, quien a los diecisiete años ya era un gigantón, un compañero de viaje que le protegía, y al que se le daban bien los animales.

Allí se familiarizó con las acémilas. Se bregó en Salta, donde cada mes de marzo se arma gran feria, juntándose más de sesenta mil mulas. Él y el padre Lucas se llegaban hasta allí y compraban unas quinientas. El administrador retenía para el obraje entre ochenta y cien ejemplares. Otras las vendía a arrieros de los fundos rústicos del valle de Cuzco. Con el margen de ganancia, le salían gratis las adquiridas para el obraje.

Luego, el padre Lucas convocaba a los muleros, burreros y peones de las proximidades y le confiaba a cada cual su recua, según el número de las que éstos podían hacerse cargo. Así podían convertirse en arrieros por cuenta propia, primero dependientes del obraje, con el cual quedaban en deuda. Pero luego podían independizarse a medida que iban saldando el anticipo gracias a su trabajo de transportistas. El trato y las condiciones que les daban los jesuitas eran tan favorables que la mayoría de ellos preferían seguir vinculados al obraje La Providencia, que, haciendo honor a su nombre, se convirtió en un foco de prosperidad para la comarca. Atrajo indios de los alrededores y levantó no pocas envidias y celos entre otros hacendados, por el poder y pujanza que fue cobrando y el mal ejemplo que, según ellos, daban los jesuitas al tratar de modo tan ventajoso a aquellas peonadas.

Qaytu empezó siendo uno de los arrieros pobres, con apenas seis acémilas. Pero no tardó en tener una apreciable recua, que le permitía comprometerse en fletes más capaces, transportando lanas o tejidos. Su aspiración era tener dos piras de acémilas, para establecer rutas fijas, bien servidas. Y esto todavía gustó menos a algunos encomenderos, que sobrellevaban mal lo que hacían los jesuitas, pero en modo alguno podían permitirlo tratándose de un simple indio, por si su ejemplo cundía.

—Así fue como entró en contacto conmigo y el padre de Umina... En fin, abrevio. Llegó el año

mil setecientos sesenta y siete, y con él la expulsión de la Compañía de Jesús.

En un principio, siguió contando don Luis, se hizo cargo del obraje la Junta de Temporalidades, comisionada para administrar los bienes y patrimonio de los jesuitas. Y se mantuvieron los compromisos con los arrieros, para que pudieran pagar su deuda mediante los fletes de sus transportes. Qaytu vio en ello la salvación, porque era hombre emprendedor y se había ido haciendo con muchas mulas, endeudándose más y más.

Todo cambió al irrumpir en escena Alonso Carvajal, hombre acostumbrado a fabricar su casa y hacienda con las ruinas de su nación. El tenía propiedades en aquellas tierras, y había sido de los más recelosos del auge de los jesuitas, encabezando la resistencia de los encomenderos, de los que ya se postulaba como gerifalte. Ahora veía llegado el momento del desquite. Gracias a sus manejos y sobornos en Lima, consiguió hacerse con La Providencia y sus terrenos por una verdadera ganga, amenazando al administrador de la Junta de Temporalidades. No sólo adquiriría así uno de los mejores obrajes del Perú, sino que podía meterse de lleno en el negocio del transporte de mulas, en el corazón de la ruta que unía Lima con Cuzco y Potosí.

—Para ello necesitaba una importante financiación. Entonces fue cuando se arrió al padre de Umina, Santiago de Silva, mi socio. Por aquel entonces, ninguno de los dos conocíamos la verdadera catadura de Carvajal. Y éste es un hombre que puede resultar encantador cuando quiere. Frecuentó la casa de don Santiago en Cuzco, ganándose su voluntad y la de Uyán, la madre de Umina.

Sebastián no pudo ocultar su sorpresa:

—¿Ese canalla llegó a intimar con los padres de Umina?

—Hasta que empezó a interponerse Qaytu. Éste se mantenía en contacto con el único hermano de Umina, Manuel, mayor que ella y que ayudaba a su padre en los negocios. A través del arriero conoció cómo trataba Carvajal a sus indios. Les había subido los tributos y les vendía por la fuerza cosas que los naturales no necesitaban para nada. Incluso anteojos les vendió.

—¿Anteojos?

—Como lo oye. Había contrabandeado por error un cajón de gafas, no sabía qué hacer con ellas, y obligó a sus indios a asistir a misa con las antiparras. Imagínese la escena: esa pobre gente que apenas tiene para comer debía comprar a precios exorbitantes algo que para nada necesitaba. El descontento de los indios no se hizo esperar, claro. Y Carvajal debió de notarlo de inmediato en los ojos de Qaytu, hasta el punto de sentirse desafiado. Quiso entonces dar un escarmiento en alguien tan cercano a los jesuitas expulsados, que además sabía leer y escribir. Decidió reclamarle las mulas que le había prestado el obraje, con sus intereses. Sabía bien que no podía pagarle, y hubo de trabajar allí para redimir su deuda. Y como con él solo no bastaba, también reclamó a sus padres y familia.

Para alguien como Qaytu, acostumbrado al aire libre y a ir de aquí para allá con sus animales, a su albedrío, fue terrible pasar todo el día encerrado en el obraje. En vano rogó que le mantuvieran el crédito y le dejaran redimir la deuda con sus fletes y mulas. Le fueron arrebatadas y lo arrojaron a los peores trabajos, la zona de tintes, entre lejías, cal, vitriolo y otros mordientes. Para él fue una tragedia: en vez de sacar a sus padres de la miseria, los había arrastrado de cabeza a ella, al igual que a sus hermanos. Nunca volvió a ser el mismo.

En el obraje se tejía de continuo, en dos turnos de doce horas. Y allí trabajaban todos los indios, jóvenes o ancianos, mujeres o niños. Carvajal obligaba a las indias a servir en la cocina, fueran casadas o solteras, jóvenes o viejas, embarazadas o recién paridas. Algunas sufrían abortos a medio camino.

La criatura quedaba atravesada en el vientre de la madre, y tenían que ser auxiliadas cortándole a la criatura una pierna y sacándola muerta, para salvar a la madre.

—Muchos morían al pie del telar. Era como una galera varada en la sierra, que nunca dejaba de navegar, pero sin llegar a ningún puerto, que ni ese alivio les quedaba. Las condiciones de trabajo y los castigos eran y siguen siendo tan inhumanos que exceden a cuanto se pueda imaginar. Los obligados a trabajar en ese obraje tenían y tienen las mismas posibilidades de sobrevivir que los galeotes. De hecho, se usan como cárceles de trabajos forzados. Y los peor librados son los indios. Carvajal prefiere que se le mueran diez indios antes que un esclavo negro. Éste le ha costado su buen dinero, mientras que los indios le salen gratis.

—¿Nadie frena esos abusos? —le interrumpió Sebastián, indignado—. Bien tendrá que haber visitadores que inspeccionen los obrajes.

—Los hay, pero hacen la vista gorda, porque les llueven las amenazas si no lo hacen y rechazan los sobornos. Los que han pretendido denunciarlo han sido eliminados. Ésa es la especialidad de Carvajal. A estas represalias lo llaman escarmientos. Y de los escarmientos nacen los avisados.

—Había oído hablar de las minas, pero esto es igual.

—En este caso, peor, porque se les alimenta mal, se les encomiendan tareas desmedidas para sus fuerzas, se les priva del descanso y de sus derechos, se les defrauda y se les roba en sus jornales. Con razón dijo un virrey que no era plata lo que se llevaban a España, sino sudor y sangre de indios —concluyó Zúñiga.

—¿Y el hermano de Umina? ¿Qué pasó?

—Al ver que Qaytu no se presentaba en el Cuzco, Manuel viajó de improviso hasta el obraje, preguntando por él. Trató de amañarlo todo Carvajal, pero el arriero le dijo la verdad. Elevó una queja al corregidor, denunciando que en el obraje se incumplían todas las leyes. El corregidor, en vez de multar al propietario, le comunicó la denuncia y su procedencia, porque estaba sobornado. Y como advertencia para todos, Carvajal hizo cortar la lengua a Qaytu y se la echó a su perro para que se la comiera delante de él. Entonces fue cuando el hermano de Umina y yo le ofrecimos que trabajara para nosotros.

—¿Y Qaytu no denunció a Carvajal por ello?

—Su familia sigue retenida en el obraje. Además, ya ve para lo que valen ciertas denuncias. Mientras Qaytu siga a nuestro servicio y no haya cargos contra él, Carvajal no se atreverá a nada de un modo frontal. Aunque lo intentará todo bajo mano.

—¿Y qué pasó con el hermano de Umina?

—Lo de Manuel fue horroroso. Visto que sería en vano mover el asunto aquí, se dispuso a viajar a España. Uno de los motivos era hacer valer los derechos de su madre. También tenía intención de denunciar los manejos de Carvajal y de los encomenderos. No llegó a embarcar. Lo mataron.

—¿Cómo fue?

—No lo sé exactamente. Pero sí el modo en que se lo comunicaron a Umina y a su madre. Un buen día recibieron un cofrecillo en su casa de Cuzco. Y al abrirlo se encontraron con la cabeza de Manuel. Estaba frita en aceite, para que se conservara,

—¡Dios mío! Ahora entiendo su reacción en el paquebote cuando navegábamos hacia el Callao y le conté que era Carvajal quien estaba detrás de todo. En estos momentos tiene que estar aterrada.

—No lo dude. Su secuestro es una venganza por haberle ayudado a usted a escapar de sus

sicarios. Y ese individuo se lo habrá tomado como algo muy personal. Demasiado, diría yo. Nunca había actuado tan al descubierto, arriesgando tanto.

—Eso lo vuelve todavía más peligroso.

—Así es. Tenga, llévele esto a Umina. —Y le tendió el espejo negro de obsidiana—. Estaba en su alcoba, y sé que nunca se separa de él. Es como un talismán.

## El Despoblado

Cuando todo estuvo dispuesto, emprendieron el viaje hacia el sur, ceñidos a la costa. Perdida de vista la vega del Rimac, la ruta se prolongaba sobre un arenal desértico.

Al hacerle ver el criollo Gálvez lo salitroso del terreno, sus pastos ralos y poca agua, Sebastián decidió que en lugar de recalar en Chilca continuarían hasta el vecino pueblo de Mala, ganando así cinco leguas. Qaytu no objetó, porque lo sabía provisto de buenos alfalfares. Pero ya entonces pudo notar Fonseca que el mayoral no se llevaba bien con el ex sargento.

No hubo novedad en el trayecto de Asia a Llangas, donde los puentes colgantes que franqueaban el paso de los ríos estaban bien mantenidos. Las gentes eran hospitalarias, acostumbradas a ajustar precios racionales y en su punto. Al llegar a Viñac coincidieron con otras caravanas dedicadas a llevar hasta Huancavelica frutas y hortalizas. Era aquél un trajín fatigoso, entre altas sierras nevadas. Empezaron a escasear los pastos, reducidos a los resecos pajonales de ichu propios de la puna rígida, duros y pinchosos como agujas.

Recién entrado en ellos se agradecía el aire alto y frío que purificaba los pulmones. Mucho tenía de majestuosa la devastada soledad de aquellos parajes. Pero pronto decayó la atmósfera hasta dar en enrarecida y seca. Cualquier movimiento fatigaba. Y al ser engullidos por el Despoblado, la vida pareció volverse más lenta y esquiva. Sólo los cóndores en lo alto, señoreando el azul purísimo, acerado y resuelto. O algunas vicuñas huidizas que vagaban en pequeños grupos bajo la vigilancia de un macho que a la menor señal de alarma daba una patada y silbaba con un extraño relincho, poniendo a toda la carnada en fuga.

Apenas se percibía la presencia humana. Aquí y allá, algunos senderos, amojonados por las apachetas, montículos de piedra que iban dejando los viajeros. Muy de tarde en tarde, las ruinas de algún refugio al que arrimarse al caer la tarde. Entonces se sentía el frío con toda crudeza, y al amanecer colgaban carámbanos en los regatos y se esparcían las costras de hielo sobre las rocas salpicadas por el agua. Notó Sebastián la hinchazón de manos y labios, junto a la acometida del mal de altura.

Al iniciar una nueva subida, aumentaron las dificultades. La vereda estaba jalonada por carroñas de monturas que no habían podido soportar el esfuerzo. A la vera del camino, unos cóndores daban buena cuenta de los despojos de una mula despeñada. Los rodeaba un resignado corro de buitres reales, de menor alzada y envergadura, que no se atreverían a meter sus picos hasta que aquéllos hubiesen terminado y les cediesen el turno.

Todas ellas eran señales inequívocas de que se hallaban en el mismo corazón del Despoblado. Aumentó la altura, volviendo el viaje aún más agotador. A partir de aquel momento apenas tendrían otro refugio que cavernas, y durante buena parte del trayecto no encontrarían pastos, agua ni leña. Una tormenta que viniera mal dada podría costarles la vida.

Tuvieron que avanzar contra una ventisca helada y cortante, que azuzaba contra sus cuerpos agujas de arena junto con un granizo duro y menudo, hasta sentir el rostro acribillado por el frío. Pronto, la cellisca y la falta de luz les impidieron distinguir la senda en el suelo. Sebastián no se encontraba bien. El soroche o mal de altura hacía mella en él, provocándole mareos que le

desmadejaban los sentidos. Y cayó del caballo, inconsciente, al remontar una loma muy combatida por el viento. Qaytu ordenó a sus arrieros que lo recogiesen, apremiándoles para alcanzar lo antes posible el próximo refugio. Y el ingeniero lo habría tenido muy mal caso de no llegar al tambo.

Éste se reducía a un edificio bajo de piedra y baño, techado con pasto ichu y flanqueado por un corralejo cercado de piedras sueltas, donde se recogían por la noche las mulas y recuas de llamas. La angosta entrada se cenaba con una hoja de cuero sin curtir, el suelo era de simple baño, con una mesa y un banco desportillados. Los indios que ya se habían instalado les hicieron un sitio junto a su hoguera de estiércol seco. Estaban tumbados sobre sus zaleas, pieles de vicuña que usaban como yacija, extendidas alrededor del fuego.

Lo primero que negoció Qaytu fue su aportación al combustible. Sólo quedaba una reserva de cardos, que el mayoral desechó, por despedir mucho humo. En su lugar, compró a los arrieros una carga de la madera de durazno que transportaban. Muy cara, pero excelente para hacer fuego. Les repartió luego un odre de aguardiente. Tras ello se puso de inmediato manos a la obra, preparando un chupe, caldo picante con chuño de papa seca, algunos tropezos de calabaza, habas, ají, queso de Paria y chalona, una cecina de oveja machorra. Y se ocupó de suministrar a Fonseca algunas hojas de coca para que las fuese mascando, dándole preferencia junto al fuego y a la hora de la comida.

Mientras tanto, Gálvez conversaba con aquellas gentes, que venían del Cuzco. Tenía buena mano con los naturales, pues hablaba bien el quechua y, a pesar de ser blanco, no le recelaban los indios. Su condición de criollo nacido y asentado en el país le permitía tratarlos con naturalidad. Aunque era un poco suelto de lengua, se las arregló para llevar la charla de tal modo que pudo sonsacarles suficiente información. Sin nombrarlos, le dieron una idea de por dónde podrían andar en ese momento Carvajal y Montilla.

Luego, el ex sargento se acercó hasta el lugar donde yacía Sebastián para ponerlo al corriente.

—Esos hombres dicen que los caminos están bastante bien. El problema es que en algunos lugares anda la gente revuelta.

—¿Se han encontrado con la expedición de Carvajal y Montilla?

—Creo que sí. Hablan de una partida de unos cincuenta hombres, y uno de los jefes lleva un gran perro negro. Es el mastín de Carvajal.

—¿Y Umina? ¿Ha averiguado algo sobre Umina? —le preguntó, ansioso, el ingeniero.

—No han visto ninguna mujer.

—¿Eso no puede ser! —dijo Sebastián, alarmado.

—Cálmese. No se habrán atrevido a matarla.

—¿Cree que sigue viva?

—Lo único que me han dicho es que en la partida no va ninguna mujer.

—¿Nos llevan mucha ventaja?

—Unos dos días.

—Es la que nos llevaban de salida. Tenemos que forzar la marcha —insistió Fonseca.

—Imposible ir más rápido. Fíjese en usted mismo. Está al límite de sus fuerzas.

—Puedo aguantar.

—No podrá. Créame.

—¿Qué sucederá si llegan al puente sobre el río Apurímac antes que nosotros?

—Cualquier cosa. Témaselo peor.

—Ya, pero usted ¿qué haría en lugar de Carvajal?

—Lo cortaría, para obligarnos a dar un rodeo que nos supondría una semana más de viaje.

A Sebastián le costó conciliar el sueño. ¿Qué le habría sucedido a Umina? ¿Por qué no iba en aquella expedición? Sacó el espejo de obsidiana. Observó su imagen en él, febril y temblorosa, oscura y desvaída. Repasó todas las posibilidades, y las encontró tan espantosas que trató de alejarlas de sus pensamientos. Luego cayó en un profundo letargo, abrazado a aquel objeto que conservaba el imborrable olor de la mestiza, el imperceptible trazo de sus gestos.

Por la mañana se despertó con gritos. Era Gálvez, que discutía con Qaytu. Éste no podía responderle, pero dio a entender por gestos a Fonseca lo que sucedía.

Estaban rodeados por la escarcha, que se había abatido sobre todos sus enseres en el exterior, dejándolos tiesos como la mojama. Qaytu prefería esperar a que el sol templara algo la atmósfera, y Gálvez quería ponerse de inmediato en camino, aprovechar la luz para manejarse por entre aquellos resbaladizos congostos.

Con hartó dolor de su corazón, Sebastián hubo de dar la razón al criollo, y sintió en el fondo de la mirada del mayoral aquel poso de amargura que sólo Umina sabía apaciguar. Porque estaba seguro de que Qaytu había retrasado la marcha pensando en la recuperación del mal de altura que lo atenazaba.

Mientras cabalgaba junto a Gálvez, el ex sargento se empeñó en enconar la herida.

—Qaytu es terco como esa mula que siempre lleva. Cuando se le dan alas a estos indios, se comportan como los burros garañones. ¿Sabe cómo logran cruzarlos con las yeguas?

Fonseca se encogió de hombros. No le gustaba el tono de aquella conversación. Pero el criollo prosiguió:

—Lo más difícil es conseguir que un burro se sienta un caballo. Hay que tomar a una yegua a punto de parir y encerrarla en un lugar oscuro hasta el momento del parto. Entonces los mamporreros le quitan el potrillo, lo matan y desuellan. Visten con su piel a un asno recién nacido, y lo llevan a presencia de la yegua. En la oscuridad, engañada por la piel, lo toma por su hijo, y lo cría sin repugnancia. Pasado algún tiempo, se abre la caballeriza a la luz. Para entonces, ya ha sido adoptado. Y se comporta como un caballo. Tan metidos en su papel están estos pollinos sementales que desprecian a las burras a pesar de ser sus hembras naturales, y las que les habrían correspondido por su especie.

Sebastián cruzó su montura contra la del criollo y se le encaró:

—Escúcheme bien, Gálvez, porque no se lo voy a repetir. Es la última vez que discute usted con Qaytu delante de los demás hombres. El no puede contestarle, y usted no tiene por qué desautorizarlo. Si disiente de algo, se lo dirá delante de mí, a solas los tres. Y asegúrese de no volver a referirse a él en los términos en que acaba de hacerlo. ¿Ha quedado claro?

—Muy claro, señor de Fonseca.

Mientras veía alejarse al ex sargento, de nuevo echó de menos a Umina, lamentándose: «Ella lo habría sabido arreglar mejor, estoy seguro. Tiene más mano para estas cosas. Ahora me he creado un nuevo enemigo. Pero ¿qué otra cosa podía hacer?».

Tampoco él era así. Sabía bien cuan nefasto resultaba que los mandos anduviesen divididos. Llegado el momento de enfrentarse a un adversario, en vez de reaccionar como un solo hombre,

afloraban esas querellas. Le traicionaban los nervios y la ansiedad al pensar en el peligro que corra la joven, estuviera donde estuviese.

«Si es que aún sigue viva», pensó. Y de inmediato intentó alejar aquella idea.

Ahora que estaban bajando hacia los valles y empezaba a ceder el mal de altura, no podía apartarla de sus pensamientos. Umina le había hablado de la inabarcable variedad de aquel país, de los contrastes entre la abrasada costa desértica que veían desde la cubierta del paquebote y la heladora montaña del fondo, con sus continuos cambios de clima.

Pensaba hasta entonces en España como un país difícil de comunicar. Pero el paso de Despeñaperros le parecía un juego de niños al lado de cualquiera de aquellos desfiladeros. Allí la Naturaleza trabajaba a una escala inimaginable para un europeo. Los desiertos competían con el Sahara, y las altísimas y desoladas planicies con los Alpes. Todo era más gigantesco y salvaje. Los ríos, hondos y de gran correntada, se precipitaban desde las cumbres con increíble furia a través de profundos barrancos, quebradas vertiginosas, tajos insalvables. Y todo esto, que en otras circunstancias lo habría distraído de sus preocupaciones, ahora le llevaba de regreso a Umina.

A juzgar por la hondonada que se abría ante ellos, estaban entrando en terreno más propicio y de clima más templado. Descendían ya para encaminarse a Huancavelica por una ruta frecuentada, servida por mejores refugios y tierras. Empezaron a vislumbrar pequeñas aldeas que vivían de sus precarios cultivos y comedidos rebaños de llamas, y también gansos, patos o gallinas acuáticas. Cesó entonces la hostilidad de la Naturaleza, pero apareció en su lugar la de la población. No podían encontrar sitio donde pernoctar. Se estrellaron ante aquellos impasibles indios, firmes y estoicos en sus insondables fatalidades.

Incluso a Qaytu y a Gálvez les costó entender en un principio este cambio de actitud. Hasta que un atardecer llegaron a una aldea que encontraron en gran silencio. Tanto, que en un principio la creyeron desierta. Cuando se internaron en ella, vieron que no era así. Sus habitantes estaban escondidos, y en varias de las casas hallaron heridos. Uno de éstos les contó que habían sido atacados el día anterior por medio centenar de hombres. Y por las señas y trazas que les dieron se trataba de la partida de Carvajal y Montilla.

—Esto suena a un escarmiento —aseguró Gálvez—. Es una de las tareas habituales de Carvajal, descabezar aquellos lugares más señalados por sus enfrentamientos con los abusos de los encomenderos.

—¿Y por qué ha atacado este pueblo?

—Le habrán dado una lista en Lima, o se irá informando por el camino, a través de los hacendados.

—Pregúnteles si iba con ellos una mujer.

Así lo hizo el criollo, en su fluido quechua, describiéndoles a Umina. Todos negaron con la cabeza.

—¡No puede habérsela tragado la tierra! ¡Esto es desesperante! —se lamentó Fonseca.

Prefirieron no dormir allí, sino en un tambo solitario, poco provisto, pero fácilmente defendible, por su situación elevada, los muros que lo rodeaban y una sólida puerta.

Descansaban de la fatigosa subida, habían cenado y ya se disponían a acostarse cuando, en plena noche, oyeron relinchar a las caballerías y el grito de «¡alto!» que dio uno de los hombres de guardia.

Al salir vieron a un personaje extraño. La luz de la hoguera iluminaba su cabello largo y

enmarañado, un estropajo blanqueado por el sol y la intemperie. Los ojos, de aspecto enloquecido, estaban profundamente hundidos, y la piel se apergaminaba sobre un cuerpo flaco hasta dar en esquelético.

—Soy *cachicamayo* —dijo a modo de excusa por su aspecto.

—Un salitrero —tradujo Gálvez a Sebastián, en voz baja junto a su oído para que no lo oyera aquel hombre—. Es un oficio sucio y despreciado por los vecinos.

Venia a refugiarse allí porque iba de paso, a denunciar que le habían robado su salitre, ya apalabrado para entregarlo a las autoridades que administraban el estanco monopolizador de aquel producto.

—¿Se ha encontrado con una partida armada de unos cincuenta hombres? —le preguntó Sebastián.

—Sí, pero no me dieron buena espina. Los vi de lejos y me escondí, para no tropezármelos.

—¿Iba con ellos una mujer?

—¿Una mujer...? ¡Claro, ahora lo entiendo todo! —respondió el salitrero.

—¿Qué es lo que entiende? —insistió el ingeniero, acercándose a él.

—Yo estaba entre unas cañas, cerca de un arroyo. Y vinieron dos hombres hasta el río. Uno iba armado. El otro no. Me extrañó que el uno pareciese vigilar al otro. Sobre todo cuando se empezó a quitar la ropa para lavarse y le pidió que se alejara. Tenía la voz muy fina para ser un soldado, me pareció. Y el cabello muy largo cuando se quitó el sombrero. Y su cuerpo, incluso visto por detrás, no parecía el de un hombre. No pude ver más, porque el vigilante armado vino hacia la parte en que yo estaba escondido.

—O sea que llevan a Umina vestida de hombre. Se nos debería haber ocurrido —dijo Sebastián. Y dirigiéndose al salitrero, añadió—: ¿A qué distancia fue eso?

—A media jornada de aquí.

Le ofrecieron comida mientras Fonseca y Gálvez hacían un aparte para comentar el caso.

—Lo que cuenta este hombre no me gusta nada —dijo el ex sargento—. ¿Sabe por qué está sometido el salitre al monopolio real?

—Porque es un componente de la pólvora.

—Exactamente. Basta con añadirle azufre y carbón, que son más fáciles de conseguir. Cuando andan robando salitre es que alguien está tramando algo gordo.

A pesar de que se levantaron con el alba y forzaron la marcha, no consiguieron avistar la partida de Carvajal en todo el día. Y la noche los sorprendió tan de improviso que se vieron obligados a buscar albergue en una pequeña aldea.

Lo habrían pasado mal de no ser por el cura. Era un hombre joven, diligente y hospitalario, a quien los naturales respetaban. Y ante la negativa de sus parroquianos a alojar forasteros les ofreció él la casa parroquial. Estaba pegada a una iglesia de traza más bien desgalichada, con un campanario pequeño pero peleón, bien curado de terremotos y otros espantos.

Invitó a Sebastián y a Gálvez a compartir con él su escasa cena. Fonseca le preguntó si podía acompañarlos también Qaytu. Pero el mayoral declinó el ofrecimiento, prefiriendo comer con el resto de los arrieros. Mientras comentaban lo sucedido, preguntaron al sacerdote por la partida de Carvajal y Montilla.

—Por aquí no ha pasado ninguna banda armada.

—Deben estar evitando las poblaciones —afirmó Fonseca.

—No me extraña —dijo el cura—. Y ustedes deberían hacer lo mismo.

—Podemos defendernos —aseguró Gálvez.

—Lo dudo, si es cierto lo que me recelo. Cuando terminen de cenar les mostraré que no son imaginaciones mías.

Tras el frugal refrigerio les pidió que lo acompañaran al interior del templo, ya engalanado para los preparativos de la próxima fiesta del Corpus.

—¿Qué creerán que me he encontrado hoy mismo en la capilla de Santiago? —les dijo mientras se encaminaban hacia ella—. Miren esta imagen.

Señalaba la que presidía el altar lateral, guarnecido con piedra translúcida de Huamanga. Mostraba la talla un paladín bien barbado, un caballero sobre una montura blanca enjaezada con plumas. Iba tocado el santo con morrión de conquistador, la espada en una mano, la rodela y el pendón con la cruz en la otra, atropellando y derribando por tierra a un rey o noble inca investido de todos sus atributos. Para que no quedasen dudas respecto a su actitud, el estribo y el pie con espuelas del jinete se apoyaban sobre la cerviz del indio, amorrándolo contra la tierra hasta hacerle morder el polvo.

—Es Santiago Matamoros, ¿no? —aventuró Fonseca.

—Mataíndios —le corrigió Gálvez.

—¿Por qué le han atado las manos? —preguntó el ingeniero señalando la cuerda que rodeaba las de la talla, bien llena de nudos.

—Dicen que durante la conquista de Cuzco se apareció Santiago el Mayor para ayudar a los españoles. Desde entonces los indios lo temen. Y cuando sienten que arrecian las hostilidades tapan o maniatan sus efigies, para que el santo no pueda volver a las andadas

—Esto confirma lo que nos dijo el salitrero —afirmó Gálvez—. Se está preparando algo gordo.

—Y Umina se va a encontrar en la peor situación, entre dos fuegos —dijo Sebastián.

—Como todos los mestizos —sentenció Gálvez.

Iba a añadir el criollo alguna inconveniencia más. Pero calló al reparar en la mirada con que lo fulminaba Fonseca.

## Yahuar Fiesta

Las negociaciones con los naturales se fueron volviendo más complicadas en las pequeñas pulperías, mezcla de taberna y colmado, donde compraban queso, huevos y cecina. Por ello, tuvieron que detenerse en Huanta más de lo deseable, para reponer provisiones y averiguar si Carvajal había pasado por allí.

—Ni rastro —informó Gálvez a Fonseca—. Han esquivado la población.

—Y nos habrán sacado ventaja otra vez —añadió Sebastián apretando los dientes con rabia.

Qaytu les dio a entender que no todo estaba perdido. A Carvajal le resultaría difícil orillar la ciudad de Huamanga, por la necesidad de franquear la Quebrada Honda.

Partieron de inmediato. Pero su mala suerte quiso que al entrar en aquella ciudad se toparan de frente con la procesión del Corpus. Era interminable, como correspondía a la categoría del lugar, con más de veinte iglesias y un pingüe obispado y catedral. Allí estaba todo el curato y cabildo, con gruesos cirios de los de a cinco libras, y no de sebo, sino de la mejor cera.

Hubieron de apartar sus cabalgaduras para asistir al inacabable desfile. Primero, de los notables de la ciudad. Luego, las ruidosas cofradías, que portaban sus estandartes al ritmo de tambores, cascabeles y gran despliegue de charangos, instrumento en el que los huamanguinos no tenían rival. Tras los cofrades venían las órdenes religiosas, por la antigüedad de su fundación: dominicos, franciscanos y mercedarios.

Una docena de acólitos incensaba alrededor del palio que protegía la custodia de oro. Y cenaba una guardia de alabarderos.

Prosiguieron su camino en cuanto lo hallaron expedito. Atravesaron una región escabrosa, abrasada y estéril, dejando atrás Ocros y Chincheros. En ninguno de aquellos lugares pudieron obtener información alguna sobre la partida de Carvajal, tan refractaria era su actitud. Con todo, fue al llegar a Andahuaylas cuando hubieron de enfrentarse a la mayor hostilidad.

Lo primero que les llamó la atención fue el revuelo organizado a la puerta de la iglesia. La gente se arremolinaba ante un papel clavado en ella. Era un pasquín sedicioso, y no tenía desperdicio, como pudieron comprobar Sebastián y Gálvez.

En él se empezaba arremetiendo sin contemplaciones contra la alianza que en aquel momento mantenían los Borbones españoles y franceses contra Inglaterra, a modo de letanía o parodia de oración, propuesta para quienes acudiesen al templo:

Me *ca... igo* en la buena unión  
de españoles y franceses;  
me *caigo* trescientas veces  
en la gran expedición;  
me *caigo* en el espadón  
y en la trinchera también;  
me *caigo* en todo ese tren  
de morteros y cañones;

y me *caigo* en los mandones  
por siempre jamás, amén.

Y concluía de un modo más que ingenioso exaltando la competente flota y abundancia de navíos en la que nadaba Inglaterra, ensalzada en la primera quintilla:

Na-ves mil en su ensena-da  
na-ción fuerte y atrevi-da  
na-tural fiereza arma-da  
na-cida para temi-da  
na-da, na-da, na-da.

Frente a la cual se burlaba de la nadería de España, increpada en la segunda estrofa:

Na-ción triste y afligi-da  
na-ves de escuadra arruina-da  
na-da y a serás temi-da  
na-die te verá ensalza-da,  
na-da, na-da, na-da.

—Esto no me gusta nada, nada, nada —coreó Gálvez.

Fonseca no estaba para chistes ni juegos de palabras.

—Vámonos de aquí antes de que estalle algún tumulto.

—Contamos con nuestros fusileros —le dijo el ex sargento.

—No se trata de abrirse paso a tiros. Necesitamos a la gente de esta región para que nos ayude a localizar a Carvajal y a Montilla. En ningún caso deben confundirnos con esos matarifes.

Se mantuvieron muy alerta hasta atravesar una región más tibia y frondosa, surcada por grandes quebradas, entre cañas de azúcar, un sopor erizado de avispas que zumbaban sobre el agrio olor a melaza y bagazo de los trapiches.

Fue al remontar un barranco cuando los vieron.

—¡Ahí están, son ellos! —exclamó Sebastián mientras recorría la partida con su catalejo.

Le dio un vuelco el corazón al reconocer a Umina, vestida de hombre, el cabello recogido bajo un sombrero de ala ancha y copete alto. La flanqueaban Carvajal y Montilla. Y respiró aliviado al ver que parecía encontrarse bien.

Ordenó a la caravana que se mantuviera abajo, escondida en el barranco, mientras estudiaba la situación junto con Gálvez y Qaytu.

El mayoral trataba de decirle algo. No le entendía bien Fonseca, y vino en su auxilio el ex sargento:

—Creo que se refiere a la gente que acude al lugar desde todas partes.

Y señaló las veredas que se abrían paso entre las haciendas, para converger en Abancay.

—Están a punto de entrar en la ciudad —dijo Gálvez.

—¿No hay otro paso?

—No. Lo llaman «el pueblo cautivo», porque está rodeado de haciendas. La única forma de atravesar la vaguada es cruzar su calle principal.

Qaytu sacudió el hombro de Sebastián, para que observase lo que sucedía.

Era muy extraño, ciertamente. Un numeroso grupo de indios rodeaba la partida de Carvajal, hasta impedirle mantener sus monturas al trote. Y los obligaban a entrar en Abancay. La multitud estaba engrosando hasta tal punto que les habría resultado del todo inútil enfrentarse a ellos.

—¿Qué le pasará a Umina? —preguntó Sebastián, al ver cómo también la zarandeaban.

—No tema, a ella no le pasará nada. Carvajal la protegerá.

Al ingeniero no le gustó nada el tono irónico que había empleado el criollo, y que ya había advertido en otras ocasiones al referirse a la mestiza.

—¿Qué trata de insinuar? —se le encaró.

—Quiero decir que cualquier cosa puede suceder con un rehén tan valioso —le replicó Gálvez, ambiguo—. Probablemente irán a su hacienda, que comienza en las afueras del pueblo y termina en el obraje. Pero antes tendrá que atravesar toda la calle mayor para acceder a sus tierras.

Qaytu no respondió. Se limitó a señalar a otro grupo que acababa de sumarse al que había rodeado a la partida de Carvajal, empujándoles para que entrasen en la población. Parecían muy alegres y escoltaban un cano con una jaula.

—¿Qué es eso? —dijo al mayoral mientras le pasaba el catalejo.

El arriero miró a su través y se lo devolvió, mientras imitaba con sus brazos el aleteo de un ave. No le entendió bien Fonseca, y pidió su parecer a Gálvez.

—Es un cóndor —le contestó el criollo—. Debe de tratarse de la Yahuar Fiesta, la fiesta de sangre. Una especie de corrida de toros. No le gustaría. Creo que no debemos entrar ahí.

—¿Y cómo vamos a cruzar? —estalló el ingeniero, furioso—. Llevamos dos semanas persiguiendo a ese canalla, y ahora que lo tenemos a nuestro alcance usted pretende que no hagamos nada. ¿Para qué cree que ha venido con nosotros?

—Está bien —reculó Gálvez, al observar la ira de Sebastián, secundado por Qaytu—. Pero ahora sería inútil, está cayendo el día. Acampemos aquí y entraremos mañana en Abancay.

Así lo hicieron. Y al acercarse al lugar al día siguiente se tropezaron con una fiesta muy distinta a la del Corpus que hallaron en Huamanga. Aquí dominaban por completo los indígenas, que habían bajado de los alrededores hasta llenar la ciudad a rebosar.

Avanzaron entre ellos con grandes precauciones, sorteando las borracheras más concienzudas y entregadas que habían tenido ocasión de observar en todo el trayecto, pues abundaban los vendedores de chicha, la bebida fermentada de maíz.

Se sobresaltaron al escuchar violentas explosiones a su alrededor.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Sebastián.

—Sujete bien su caballo, esto va en serio —le recomendó Gálvez.

Tuvieron que atar corto a sus monturas y apaciguarlas ante aquel inesperado estruendo. Una guía de pólvora zigzagueó por entre ellos, uniendo los castillos de fuegos artificiales y desatando gran cohertera de lagrimilla. Cuando cesaron los estallidos, tras el cohete de remate, se oyó la llamada de un áspero instrumento de viento, profundamente lúgubre, hecho de cuerno de toro.

Notó el ingeniero que el grupo de indios que acompañaba a aquel pregonero se acercaba a Qaytu

para conversar con el mayoral, cuchicheando a su oído. Y lo señalaban a él, a Sebastián, como si parecieran conocerlo, o reconocerlo.

—Deberíamos desmontar —sugirió—. Se nos ve demasiado.

Pero ya era tarde. El arriero se acercó a Fonseca y trató de decirle algo a través de sus peculiares gestos. Como no le entendiera, Gálvez se dirigió a los indios y les habló en su idioma.

—¿Qué sucede? —preguntó Fonseca.

—Además de los abanquinos, aquí hay gentes de otros lugares que conocen a Qaytu y a su familia. Son de una zona que no está lejos, al norte, al otro lado del río. Uno de ellos incluso trabajó con él en el obraje. Nos están proponiendo que nos quedemos a ver la Yahuar Fiesta.

—¿La fiesta de sangre que me ha explicado usted?

—La misma. Les he dicho que dudo que a usted le guste, y que debemos pasar el puente del Apurímac cuanto antes. Pero están empeñados en que se quede.

—¿Por qué me señalan a mí?

—Lo toman por un gran señor, y le proponen presidir la fiesta.

—¿Yo?

—Ya les he dicho que de gran señor nada de nada de nada —dijo Gálvez—. Al parecer, se han quedado sin españoles.

—¿Y Carvajal?

El ex sargento trasladó la pregunta a los naturales, que parecieron bramar indignados.

—Dicen que se ha refugiado en su hacienda —tradujo—. Y que los demás encomenderos no las tienen todas consigo. Entre usted y yo, supongo que ven a la indiada muy levantisca. Además, Carvajal les ha asegurado que él ya ha cumplido poniendo el toro para la fiesta, y que llegaría un encomendero que podría presidirla. Refiriéndose a usted, claro.

—¿Está seguro?

—Eso me temo. Alguien debe de haberle advertido de nuestra presencia.

—Ya. Y mientras esta gente nos retiene, él logra cruzar el puente y lo inutiliza tras de sí, para que no podamos pasar nosotros. ¿Qué pasará con Umina?

Hubo un nuevo intercambio de preguntas y respuestas, al cabo de las cuales el criollo le respondió:

—Creo que toda la partida se ha dirigido al obraje.

—¿El obraje está cerca de aquí?

—Muy cerca.

—Bueno —replicó el ingeniero—. Pues dígales que nosotros también nos vamos para allá.

Intentó Gálvez explicar su actitud a los indios. Fue inútil. Ellos se negaron en redondo.

—No se enfade otra vez conmigo, Fonseca, pero llevan razón. Es que sin un español esta fiesta no tiene sentido.

—¿Y para qué lo quieren? ¿Para mantenerlo? Usted avise a sus hombres, porque no tengo ninguna intención de quedarme aquí.

—A sus órdenes —suspiró Gálvez, de mala gana.

Y se volvió hacia sus fusileros para decirles que era mejor abandonar discretamente la calle mayor, junto con Sebastián, Qaytu y el resto de la caravana, tan pronto encontraran una lateral por la que escabullirse.

Lo intentaron. Pero, advertidos de ello los naturales, les cerraron el paso, insistiendo en que no podían faltar a la Yahuar Fiesta.

Antes de que respondieran los rodeó una multitud vociferante, tan espesa que nada pudieron hacer. De hecho, aquella marea humana bloqueó su recua de mulas y los llevó en volandas por la calle principal hasta desembocar en la plaza mayor, donde se había aparejado el corral en el que debía celebrarse aquel sangriento encuentro.

Sólo se detuvieron al toparse con un individuo de aspecto entreverado, entre indio y chapetón. Era muy blanco para lo primero, pero demasiado atezado para lo segundo. La gente se destocó, inclinándose ante él con respeto, dejando por un momento de empujar a Sebastián, quien quedó frente a aquel hombre.

Por su comportamiento altanero, y también por su indumentaria, bien podría ser un noble español. O por su montura, un soberbio caballo que trotaba braceando hasta enseñar la herradura, enjaezado con rico aderezo de realces y docenas de anillos de plata en el trenzado. Los rasgos de aquel sujeto eran los de los naturales, quizá a excepción de los ojos, más grandes. Vestía casaca, camisa bordada y chaleco de tisú de oro, calzones de terciopelo negro, medias blancas de seda, hebillas de oro en las rodillas y en los zapatos. Encima de la casaca llevaba un sobretodo o *uncu* de lana del país, bordado sobre fondo morado, con las enseñas de sus antepasados. Cubría el pelo largo, enrizado, con un sombrero de tres picos. Y gustaba en el semblante la majestad de un señor natural.

Aquel hombre no separó la vista de Fonseca mientras Gálvez explicaba al oído del ingeniero:

—Es José Gabriel Condorcanqui, el que se hace llamar Túpac Amaru.

«O sea, que éste es el famoso Condorcanqui —pensó Sebastián—. Ése del que tanto hablaban en casa de don Luis de Zúñiga. El tercero en discordia, que ha andado en pleitos tanto con Carvajal como con Umina».

Sin embargo, y a pesar de estas referencias, había algo en él que le implicaba de un modo mucho más personal. Verse frente a aquel hombre era como mirarse en el espejo negro de Umina. Y Condorcanqui parecía compartir su sorpresa. La misma sorpresa, con una sombra de familiaridad y suspicacia, de la mestiza y Qaytu al descubrirle a él, Sebastián de Fonseca, en el teatro de Madrid.

Todo esto se revolvía en su cabeza mientras se veían arrastrados hasta una tribuna.

Frente a ella se alzaba otra, donde sentaron a aquel cacique. Y todavía se sintió el ingeniero más incómodo y agitado cuando Gálvez le hizo saber:

—El puesto que ocupa usted se suponía reservado para Alonso Carvajal.

—¿Bromea?

—Ya le dije que es él quien ha ofrecido el toro —le explicó el criollo—. Así ha conseguido zafarse. Evidentemente, no desea perder tiempo.

—No me extraña que Carvajal no quiera estar aquí. ¡Menudo embolado!

—Le prevengo que la corrida de toros no es al modo español. Hay un toro, desde luego, salvaje, criado en libertad, de ésos que embisten hasta su propia sombra. Y tendrá que enfrentarse a un cóndor cazado de propio para la ocasión.

—El que vimos en la jaula que llevaban en el carro.

—El mismo. Es el animal más sagrado para los indios, junto al puma y la serpiente.

—¿Cómo se las arreglan para luchar un toro y un cóndor?

—Ahora lo verá. La tradición procede de la colonia, pero no la practican los indios al servicio de españoles o criollos. Sólo lo hacen los que viven en sus propias tierras, en las comunidades que ellos llaman *ayllus*.

—¿Cuánto tiempo nos va a llevar?

—Nunca se sabe. Depende de lo que tarde el cóndor en vencer al toro.

—¿Cómo sabe que ganará el cóndor?

—Es lo que suele suceder. Tras ello es paseado en triunfo por el pueblo al compás de la música y luego lo liberan para que vuele hasta las cumbres, protegiendo al pueblo.

—¿Y si gana el toro?

—Rece todo lo que sepa para que no suceda eso. Si el cóndor sufre heridas de gravedad o, peor aún, llega a morir, es una señal de desgracia. Y ya están bastante alterados los ánimos.

Callaron al advertir la presencia del cohetero. Prendió éste la mecha, silbó la caña hacia lo alto y reventó para señalar la suelta de los animales. Se alborotó todo el entablado de madera que rodeaba la plaza mayor, se agitó la muchedumbre aglomerada en las cercas y se abrió la puerta de toriles.

El animal irrumpió en el coso corneando a diestro y siniestro. Sobre su lomo iba un cóndor, sujeto mediante unas argollas que le permitían valerse de las garras y del pico. Encadenado de esa forma a su víctima, se convertía en una con ella. Asustado por los cohetes, el trotar de su montura y el griterío de la muchedumbre, se revolvió de un lado a otro, y trataba de mantener el equilibrio batiendo las alas y clavándole en el lomo las garras y un pico que cortaban como guadañas.

Desesperado por tan temblé castigo, el toro corría enloquecido de aquí para allá, arremetiendo contra todo lo que encontraba. No tardó en quedar cubierto de sangre por completo, ofreciendo un espectáculo que impresionó vivamente a Sebastián.

Salieron entonces unos jóvenes indios, desnudos de cintura para arriba, vestida la cabeza con los colores de su comunidad, sin otro capote que algún mal poncho, o a cuerpo gentil, para esperar la embestida y hacer el quite, quebrando en el último momento. Y cada demostración de valor parecía dedicada a los palcos presididos por Fonseca, por un lado, y Condorcanqui, por el otro. No hacía falta saber quechua para entender que este apellido del cacique se refería al ave sagrada de los incas. Frente a frente, los dos hombres se acechaban lanzándose miradas furtivas por encima de la sangre derramada. Como si ésta les uniera, pero, a la vez, la recelasen.

Sebastián empezó a experimentar un extraordinario malestar. No sólo era la temblé violencia, que abominaba desde que vio su primera corrida en España. Era también el sentirse diana de aquellas miradas. El modo en que la confrontación del cóndor contra el toro traducía la lucha y resistencia de los invadidos contra el invasor. Pero incluso eso no agotaba la profunda desazón que aquello le producía, taladrándolo hasta lo más íntimo. Era algo que sentía revolverse en su propio interior, trasladándole hasta los tuétanos aquel feroz e implacable choque de sangres.

En semejante entrecruce de sobrentendidos era imposible no percibir el desquite de los indios, a tenor de lo que le iba explicando Gálvez. El cóndor, que volaba en libertad sin acatar fronteras ni lindes, se enfrentaba al toro en el que delegaba el encomendero, poseedor de la hacienda vallada y apropiada. Y la sangre vertida, fundamento de aquella fiesta, venía a ser un tributo a esa Madre Tierra, la *Pacha Mama*, para traspasarle su fecundidad, restituyéndole lo que legítimamente le pertenecía.

Se le hizo interminable la duración de aquel suplicio. Toro y cóndor fueron aneados una y otra vez, hasta que ambos quedaron exhaustos. El toro, lleno de desesperación, se refugió en un rincón con la lengua fuera, bañado en espuma, coceando en el suelo y arañándolo con su pezuña. Cubierto de cuajarones de sangre, lanzó un bramido que atronó la plaza. Empezó a tambalearse. Hubo intentos de los indios por apuntalarlo, pero nadie pudo frenar el desplome de aquella mole ensangrentada, que cayó sobre su costado, aplastando al cóndor.

Se produjo un momento de suspenso y estupor, de absoluto y pasmado silencio. Para cuando las miradas quisieron volverse hacia la tribuna del encomendero, la que ocupaba Sebastián, Qaytu ya había reaccionado. No quiso perder el tiempo calibrando lo que se avecinaba. Desde el mismo momento en que lo adivinó, hizo gestos a sus hombres para que trajeran las monturas y los arrieros se situasen tras la tribuna.

Gálvez se inclinaba ahora hacia Sebastián para decirle: —Por una vez, haga lo que le digo sin preguntarme nada. Vuélvase, busque a Qaytu, vaya a su encuentro y monte en el caballo que le ha traído. Tenemos que abandonar el lugar, y no debe parecer una huida.

Pero de poco les valieron tantas precauciones. Los indios ya los rodeaban por todas partes, sin dejar que se movieran ni una pulgada.

—Le dije que nunca debíamos entrar en este lugar —le advirtió Gálvez, siempre tan oportuno.

## El Obraje

En ese momento se oyó tras aquella muralla humana una voz bien timbrada y llena de autoridad hablando en quechua. Los indios se detuvieron, cesaron en su cerco sobre Sebastián. Luego, empezaron a apartarse frente a él, hasta abrir un pasillo que dejaba el terreno expedito. Pudo ver entonces quién se había dirigido a los naturales. Era José Gabriel Condorcanqui, aquél que se hacía llamar Túpac Amaru. Y atendían a sus palabras con el mismo silencio que dos siglos antes fue escuchado su antecesor en la plaza de Cuzco, según leyera en la Crónica.

Fonseca avanzó por el hueco abierto de modo tan providencial. Se mantenía alerta, pero nadie osó levantar ni un dedo contra él. Y así consiguió salir de la plaza.

Nada le dijo el cacique cuando pasó a su lado. Sin embargo, reiteró aquella escrutadora mirada que ya le dirigiese antes de la corrida. Y tuvo para sí el ingeniero que habría procedido de muy otro modo caso de no estar presente Gálvez. Resultaba evidente que Condorcanqui no quería implicar al ingeniero, ni comprometerse él mismo.

Se preguntó por qué había hecho aquello. Era verdad que al obrar así demostraba aquel hombre su buena cabeza política, por las responsabilidades que le habrían achacado si les hubiese sucedido algo. Presentía, no obstante, que en tal comportamiento concurrían otras razones que se le escapaban.

Por eso, cuando se hubieron hallado en las afueras del pueblo, junto con toda la caravana y su escolta, preguntó a Gálvez:

—¿Qué dijo Condorcanqui para aplacar a la multitud? —Les recordó que el verdadero responsable de todo aquello no era usted.

—Se refería a Carvajal.

—Desde luego. Porque añadió que dicha persona debería estar en la fiesta dando la cara, en lugar de huir y atrincherarse en su hacienda.

—El obraje, claro. Tenemos que ir a allí —aseguró Sebastián con firme determinación.

—¿Está loco? Ese cacique no podía ser más explícito, sus palabras eran una invitación a atacarlo.

¿Dónde cree que se dirige toda esta gente?

—¡Maldita sea su estampa, Gálvez! Allí está Umina. Y también la familia de Qaytu.

Se volvió el ex sargento hacia el mayoral, que venía detrás, y su angustiado rostro se lo dijo todo.

—Sin artillería no se puede tomar ese lugar, es inexpugnable —se revolvió el criollo—. Está en un desfiladero. Y, como usted mismo acaba de recordar, tienen rehenes. ¿Qué podemos hacer nosotros solos?

—No estamos solos.

Señaló Fonseca a la multitud enardecida que había abandonado el camino para adentrarse en la hacienda de Carvajal y que ahora se encaminaba hacia el obraje.

—Peor me lo pone —le replicó Gálvez—. Nos convertiremos en cómplices de toda esta chusma. Yo lo he acompañado con mis fusileros para escoltar su caravana, no para asaltar las propiedades de un encomendero. Y menos todavía las de Carvajal.

—No vamos a asaltar a nadie, nos limitaremos a rescatar a Umina y a esa gente que retienen dentro. ¿O pretende abandonarlos a su suerte?

—Ya veo que esa mestiza le tiene sorbido el seso. Pues sepa que a ella no le sucederá nada. Se lo he dicho por activa y por pasiva, pero usted no quiere entenderlo, sigue en sus trece. En más de una ocasión trabajé para el padre de Umina, escoltando sus caravanas, y me encontré a Carvajal en su casa de Cuzco. Allí era bien recibido. ¿Adivina por qué?

—¿Qué es lo que insinúa, miserable? —le preguntó Sebastián, encarándose con él.

Gálvez se le enfrentó, esperándolo, rodeado de sus fusileros. Y se dio cuenta Fonseca de que una pelea con el criollo podría degenerar en un enfrentamiento de consecuencias imprevisibles, justo en el momento en que Umina corría más peligro. Tuvo que contenerse y resignarse a oír las palabras del ex sargento, que ahora le aconsejaba:

—Si queremos ayudar a los rehenes del obraje, nuestra obligación es avisar a las milicias o tropas regulares más cercanas. Eso es exactamente lo que pienso hacer.

Y dirigiéndose a sus hombres, les dio órdenes para que en ningún caso abandonaran el camino real ni pisaran aquella hacienda, sino que prosiguiesen por la ruta prevista hacia su destino, Cuzco.

Sebastián y Qaytu los vieron partir, apretando los puños, impotentes. Se miraron. No era aquél un momento que permitiera grandes reflexiones. Sin necesidad de palabras se hacían cargo de las gravísimas responsabilidades en las que incurrirían si se internaban en aquella propiedad. Por mucho que les doliera, Gálvez llevaba razón: las autoridades no iban a hilar tan fino, y si los sabían presentes en un asalto, los considerarían unos asaltantes más. Sobre todo después de conocer la ayuda que les había prestado Condorcanqui y la arenga de éste a los indios.

En el caso de Fonseca, ello equivaldría a cruzar la delgada línea que lo mantenía dentro de una precaria legalidad. Si aparecía implicado en una revuelta de aquella envergadura, podía dar su carrera por concluida: sus largos años de estudio, las misiones más arriesgadas, los esfuerzos de su padre para arrancar los ascensos a la superioridad a costa de arruinarse... Todo se iría al garete. No sólo eso: se convertiría en un fuera de la ley. Ningún tribunal admitiría la presencia de un oficial en semejantes circunstancias, por muchas razones personales o humanitarias que alegara.

Le atormentaban, por otro lado, las dudas que Gálvez había ido sembrando sobre Umina y Carvajal. ¿Qué relación mantenían? Se adivinaba algo turbio y envenenado, que ahora resultaría decisivo.

A ello había que sumar los riesgos inmediatos. Se acababan de quedar sin protección armada, con una caravana que era una tentación para el pillaje. A pesar de sus esfuerzos entrenando a los muleros, en su inmensa mayoría se trataba de tiradores poco expertos, indios que no dispararían contra los suyos. Y la multitud avanzaba ya enardecida contra la fábrica, sin que nadie pudiera contenerlos.

—¿Hay algún lugar donde nos pueda esperar la recua con los arrieros? —le preguntó Sebastián a Qaytu.

Asintió el mayoral, y se dirigió a uno de sus hombres de confianza para transmitirle las instrucciones necesarias.

Hecho esto, y una vez que la caravana se hubo alejado, se miraron de nuevo entre sí.

—¿A qué estamos esperando? —dijo Sebastián.

Picaron sus cabalgaduras para atravesar la hacienda de Carvajal y enfilarse en un congreso que se iba estrechando progresivamente hasta quedar interrumpido por un muro. El del obraje.

Al acercarse pudo comprobar Fonseca que no había exagerado Gálvez al ponderar la solidez de las defensas que lo amparaban. Aquella pared, de gran altura, cerraba el desfiladero atravesándolo de

parte a parte. Su única puerta estaba flanqueada por aspilleras en las que se apostaban hombres armados. Y éstos no dudaban en disparar contra quienes se exponían, aventurándose en la explanada de acceso.

Pero los asaltantes eran muchos, y aunque menudeaban ya entre ellos los muertos y heridos, se les veía dispuestos a todo. Sus armas no parecían de cuidado. En la mayoría de los casos, se trataba de simples hondas. Sin embargo, cambió de opinión Fonseca al observar la mortífera puntería con que las manejaban. Y en especial cuando calentaban las piedras en las hogueras, antes de lanzarlas. Al caer sobre los edificios del obraje incendiaban los techos de pasto reseco, haciendo brotar columnas de humo en los lugares más estratégicos.

El fuego superaría pronto la capacidad de los defensores para sofocarlo, los edificios arderían por los cuatro costados y terminarían afectando al muro de defensa. Era el momento que esperaban para entrar en el obraje.

Lo que más preocupaba a Sebastián es que entonces sería ya demasiado tarde para rescatar a Umina. Y peor aún lo tendrían los operarios tomados como rehenes, a quienes habrían encerrado o encadenado. Bien lo sabía Qaytu. El mayoral iba de aquí para allá, gesticulando desesperado, tratando de explicar a los honderos el peligro que corrían los indios retenidos dentro del obraje. Ellos lo apartaban, mostrándole los muertos por los disparos y argumentando que no tendrían otra ocasión como aquella. Estaban seguros, por otro lado, de que los hombres de Carvajal saldrían huyendo por atrás y ellos conseguirían liberar a los trabajadores.

Uno de los pocos que compartía la opinión y preocupación del mayoral era el paisano encontrado en Abancay. Al igual que Qaytu, había servido en aquella fábrica, estaba en condiciones de suponer lo que sucedería y no era tan optimista como los asaltantes.

—Dueño es mala gente —explicó a Fonseca en su trabajoso español—. Habrá atado a todos a sus cepos. Si ve incendio en los galpones, él huirá. Pero indios no podrán. Morirán todos.

—¿A cuántos retienen ahí adentro? —preguntó el ingeniero.

Qaytu y su compañero se miraron entre sí y este último respondió:

—Difícil saberlo. Trescientos, tal vez cuatrocientos...

—Y Umina, ¿dónde estará?

El mayoral pareció deliberar con su paisano, gesticulando. Al fin, éste aventuró:

—Casa de Carvajal, al fondo del obraje.

—¿Podrías trazar un plano aproximado del lugar? —le pidió Fonseca a Qaytu, allanando la arena y tendiéndole un palo.

Mientras el mayoral dibujaba en el suelo la traza de aquellos edificios, su compañero los iba describiendo. Nunca había visto en el arriero un esfuerzo tan grande por hacerse entender, pues aquel asalto implicaba a personas que le eran muy cercanas y queridas: además de Umina, sus padres y hermanos, su familia y su comunidad.

Según se deducía del plano trazado sobre la arena, el obraje estaba rodeado en su totalidad por un cerco de adobe y tapial, muy reforzado en el frente, el muro que ahora veían.

Fonseca escuchó sin interrumpir, procurando no perder detalle. Pero ya empezaba a impacientarse:

—¿Y dónde se encontrará Umina en ese plano? ¿Dónde se aloja Carvajal cuando visita el obraje? —insistió.

—La vivienda del fondo. Detrás de los batanes —respondió el paisano.

—Si hay batanes —dijo el ingeniero—, necesitarán una aceña de cierto caudal para conducir el agua que los mueve.

Asintió Qaytu con vehemencia, trazando sobre la arena la corriente que discurría a lo largo de todo el lateral izquierdo del recinto. Y dibujó tres edificios al final de ella, antes de que se cerrara la tapia.

—¿Qué son esas tres casas?

—Los molinos de la pólvora —contestó el compañero de Qaytu.

—Entonces es mucho más peligroso de lo que creía. No tenemos tiempo que perder.

El ingeniero echó un vistazo a las columnas de humo y las llamaradas que salían del interior del obraje. Pronto todos los edificios estarían ardiendo.

—¿Por dónde entra al obraje la acequia de los batanes y molinos? —preguntó a Qaytu.

El indio hizo amago de señalarlo en el plano que había dibujado sobre la arena, pero Fonseca lo desengañó de sus propósitos.

—No me refiero al plano, sino al terreno. Vamos allí directamente.

El mayoral les hizo señales para que lo siguieran. El agua discurría a través de un canal excavado en la base rocosa del desfiladero, pegado a los cimientos de la tapia por su exterior. De modo que si se metían en su cauce, podrían acceder hasta detrás de la puerta principal a salvo de las llamas.

—¿Sabéis nadar? —preguntó Sebastián a Qaytu y su paisano.

Asintieron ellos, y los tres se echaron al agua. Un estrecho túnel horadado en la roca permitía llegar hasta la toma del batán. La aceña era reconducida hasta un baluarte de cal y canto, rematado en un armazón de madera. Allí se sujetaba la rueda de la noria, solidaria con un poderoso eje al que se amarraban las dos levas que servían para transmitir su movimiento a los mazos. A cada giro, los levantaba y dejaba caer alternativamente, con gran fuerza.

Sólo podía salvarse aquella tapia a través del agujero que permitía el paso de los ejes. Pero sería imposible hacerlo mientras los mazos siguieran golpeando sin pausa, porque les destrozaría la cabeza al arrastrarse por aquel conducto. El único modo de evitarlo sería arrancar una a una las palas de la noria para que el agua dejara de moverlas y, con ellas, el eje de las levas. De ese modo, lograron entrar los tres.

Dentro del recinto, el calor era sofocante. Una espesa humareda iba cubriendo el obraje, y las llamas se extendían ya por la totalidad de las techumbres. Apenas se podía respirar. Fonseca pidió a sus dos compañeros que lo imitaran, tapándose la boca con un paño humedecido. Luego siguieron a Qaytu, que los condujo a tiro derecho al edificio central, evitando los muros y techos que se desplomaban a su alrededor, envueltos en llamas.

Los defensores huían a la desbandada hacia la puerta trasera. Tuvieron que esperar a que uno de ellos quedara descolgado, y a su alcance, para caer sobre él, desarmarlo y obligarlo a buscar las llaves de los grilletes que retenían a los operarios.

—¿Dónde anda Carvajal? —preguntó Sebastián a su prisionero.

—En la casa —contestó él, señalando al fondo del obraje.

Miró hacia allí Fonseca, y vio que una cortina de llamas había prendido en el forraje de las caballerizas y ahora avanzaba hacia la vivienda y los molinos de la pólvora situados tras ella. Estaban éstos a una distancia considerable, pero el suelo plagado de maleza propagaría el fuego en cuanto

sobrepasara la casa.

—¿Cómo puedo llegar hasta allí? —gritó Sebastián para hacerse oír por Qaytu.

Le hizo un gesto el mayoral para que lo siguiera por el interior de uno de los edificios que, milagrosamente, aún se conservaba en pie y con el techo intacto. Lo primero que se encontraron fueron los enfurtidores, amarrados a sus puestos de trabajo. A medida que los liberaban de sus grilletes les daban instrucciones para que, a su vez, soltaran a sus otros compañeros.

En la zona de los tintes pudo rescatar Qaytu a uno de sus hermanos menores, que lo acompañó hasta el galpón de los telares donde estaban sus padres. El espectáculo era atroz. Y también el hedor a excrementos. Allí trabajaban desde niños hasta ancianos en los puros huesos, que apenas podían tenerse en pie, macilentos y atrofiados. Los más afortunados permanecían sentados sobre un tronco al que estaban atados por cadenas. Pero la mayoría no podía separarse de un tablón muy fuerte que les servía de lecho, con una cadena atravesada para sujetarlos, y que más parecía potro de tortura que lugar de descanso.

Los padres de Qaytu se le abrazaron entre sollozos, hablándole en su lengua. Debieron de preguntarle por su hermano, porque el arriero lo señaló entre los que estaban a salvo, y el muchacho los saludó alzando los brazos mientras se aproximaba corriendo.

Asegurada la liberación de aquella gente, Sebastián no podía esperar más. Tenía el paso libre hasta la casa de Carvajal, a la que habían alcanzado ya las llamas, al ascender por las balconadas de madera de la fachada. Y se dirigió hacia allí espada en mano, pues aún se veían hombres armados. Entre ellos le pareció reconocer a Montilla, de espaldas, huyendo.

La puerta principal de la vivienda le resultó infranqueable. La escalera que la hacía accesible se hallaba envuelta en fuego y los peldaños calcinados por completo.

Sin perder un instante rodeó el edificio, hasta encontrar una ventana que daba a la planta superior. Trató de trepar al alféizar, pero estaba demasiado alto. Buscó algún apoyo con el que salvar aquella distancia, y fue a encontrarlo en el armazón del telar mecánico que trajera Carvajal en el barco, aún sin montar. Lo apoyó contra el muro y de ese modo pudo alcanzar el segundo piso.

Desde allí, con la perspectiva de la altura, vio que el fuego rodeaba la casa y avanzaba y hacia los molinos de la pólvora. Si estallaban, se provocarían desplomes en el cercano desfiladero, las rocas caerían sobre la casa, y les resultaría muy difícil escapar.

La vivienda en la que acababa de entrar estaba construida en torno a una claraboya central por la que entraba la luz desde el techo, iluminando la caja de la escalera interior. Y a su alrededor se distribuían las habitaciones. Todo el lado frontal estaba en llamas, y rezó para que la mestiza no se encontrara en él.

Se quitó el paño humedecido de la boca para llamarla, gritando su nombre desesperadamente:

—¡Umina!

No obtuvo contestación.

—¡Soy yo, Sebastián! —insistió—. ¿Dónde estás?

Continuó hasta que su voz se quebró con el humo, enronquecida por las toses.

Era una imprudencia: se delataba y perdía toda su capacidad de sorpresa e iniciativa. Pero tenía que saber dónde se hallaba y acudir de inmediato a su rescate antes de que fuera demasiado tarde.

## Entre dos Fuegos

Le pareció oír la respuesta de Umina, llegándole ahogada entre el crepitar de las llamas. Tan débil era que primero se preguntó si no serían imaginaciones suyas, dictadas por el anhelo y la angustia de saberla en peligro. Luego se dijo que quizá no estuviera en aquella planta, sino en la de abajo. Repitió entonces su llamada, y le pareció que la contestación de la joven llegaba desde una de las habitaciones de aquel mismo piso.

Rodeó la caja de la escalera y avanzó abriendo las puertas de las estancias que encontraba a su paso.

Fue al salir de una de ellas cuando se topó de bruces con alguien.

Era Carvajal. Estaba furioso. Y aún tenía un aspecto más amenazador por lo tiznado del rostro y los ojos enrojecidos, en los que se reflejaban las llamaradas. Éstas ya habían devorado la fachada de la casa y ahora avanzaban hacia ellos en lengüetazos súbitos, invadiendo el hueco de la escalera.

—¿Dónde está Umina? —le preguntó Fonseca.

El obrajero no respondió. Llevaba la espada desenvainada y embistió contra él con el ímpetu de un toro. Sebastián hubo de retroceder al pronto para aguantar el primer envite. Tanteó luego, en el contraataque, explorando el temple de su contrincante. Debía mantenerse tranquilo, a pesar de encontrarse frente al asesino de su padre y de su tío. No podía dejarse llevar por sus emociones más primarias, pues también estaba en juego la vida de Umina. Y la suya propia. Porque no cabía duda: Carvajal era un formidable espadachín y conocía el terreno a la perfección. Ahora mismo había emprendido una ofensiva tan bien medida que le resultó imposible pararla, y tuvo que recular de nuevo. Se dio cuenta de que trataba de arrinconarlo contra la caja de la escalera interior, con la intención de arrojarlo al fuego.

Lo habría logrado de no suceder algo inesperado. Se oyó un ruido sobre sus cabezas, un estallido que se impuso por un momento sobre el rugido de las llamas. Éstas parecieron dividirse en multitud de fragmentos, como un calidoscopio. Y fue al sentir una quemadura en la mano que empuñaba la espada cuando se dio cuenta de que se trataba de una lluvia de cristales cayendo sobre ambos. Acababa de estallar la claraboya central.

Fue el obrajero quien se llevó la peor parte, pues había alzado la cara por un instante, consciente de lo que sucedía. La sangre que le manaba del rostro, herido por las esquirlas, pareció enfurecerlo todavía más. Se la limpió con la manga de la camisa y se lanzó de nuevo en tromba contra él.

—¿Dónde está Umina? —volvió a la carga el ingeniero.

—A buen recaudo. Yo en tu lugar me ocuparía de mí mismo, porque no saldrás vivo de aquí. De ella ya cuidaré yo.

Trataba Carvajal de provocarle, consciente de sus sentimientos hacia la mestiza. A diferencia de otros adversarios a los que se había enfrentado, la furia no hacía perder al obrajero su fría determinación, el modo en que calculaba los puntos débiles de su contrincante. Y fue capaz de intuir el de Fonseca. Éste no sólo estaba atento a la pelea, sino a conocer el lugar y, sobre todo, a determinar la habitación desde la que le llegaban los gritos de Umina. Ahora se escuchaban con mayor claridad, a medida que se acercaban a la habitación del fondo.

Se habían aproximado urgidos por las llamas, que los empujaban tras apropiarse de toda la caja de la escalera interior, al romperse la claraboya y aumentar el tiro. Convertida en una gran chimenea, aquella columna de fuego empezaba a lamer las paredes del encierro de la joven. Y arreciaban sus gritos de desesperación.

Sebastián ya había visto el candado que sujetaba la puerta, y percibía los golpes de la prisionera, tratando de echarla abajo.

Intentó maniobrar, desesperado, para acercarse allí. Sabía bien que esto debilitaba su posición, pues Carvajal carecía de este pie forzado, y ello le permitía anticipar los movimientos del ingeniero. Lo había arrinconado de nuevo.

Cayó en ese momento entre ambos una viga envuelta en llamas. Hubo de apartarse el obrajero para que no lo aplastara, y desde el otro lado de aquel obstáculo que les separaba dijo a Fonseca, con desprecio:

—Ahora que te veo bien, comprendo por qué ese maldito Condorcanqui te ayudó en Abancay. Los bastardos se entienden entre sí... Es muy cómodo dictar leyes desde España con el pretexto de proteger a los indios. Pero sólo es para acallar vuestras conciencias. Porque sabéis que no se cumplirán, que ya tenéis aquí quien se encarga del trabajo sucio... Y era inevitable que tarde o temprano te pusieras de parte de esa gentuza.

Nada dijo el ingeniero, pero la sorpresa debió traslucirse en su rostro, porque Carvajal continuó, azuzándole:

—Si no sabes de qué estoy hablando, deberías habérselo preguntado a Umina cuando tuviste ocasión. Ella sabe muchas más cosas de las que te ha dicho, infeliz.

Y al dejar caer tales insinuaciones reía, malévolamente. Sobre todo al percatarse de que había conseguido de lleno su objetivo: recordarle la presencia de la joven y sacar de sus casillas a Sebastián, que inició un contraataque en toda regla.

—Ya veo lo que sientes por ella —se burló mientras paraba sus estocadas—. Otro que ha caído en la trampa. Pero esta vez te va a costar muy caro.

Saltó Fonseca por encima de la viga derribada por tierra para dirigirse hacia el lugar de donde salían los gritos de Umina y sus golpes en la puerta. Y mientras Carvajal sorteaba aquel obstáculo, trató de abrirla. Pero nada pudo hacer, porque estaba cerrada con un grueso candado.

Mientras el obrajero avanzaba de nuevo hacia él, se dio cuenta de que una de las paredes estaba agrietada, a punto de ceder. Y a través de la ventana del fondo pudo ver que las llamas habían sobrepasado la casa y se acercaban al primer molino de la pólvora.

El tiempo jugaba en contra suya, y no esperó a que Carvajal llegara hasta él. Le salió al encuentro, lanzó un ataque a todo o nada, lo hizo retroceder y ni siquiera cedió al sentir en su pecho el corte del acero de su adversario. Siguió avanzando con tal decisión que en un último y desesperado esfuerzo logró desarmarle, arrojando su arma contra el fuego, en el pozo de la escalera.

Le puso entonces la espada al cuello, ordenándole:

—Abre esa puerta.

Sacó el obrajero la llave y la introdujo en el candado.

—¡Date prisa! —le urgió Sebastián.

Saltó la cerradura, con un chasquido. Pero no retiró los vástagos de los clavijeros que sujetaban la puerta. Antes de hacerlo se demoró para mirar tras Fonseca. Y si éste no hubiese estado tan

pendiente de apremiarlo, habría sorprendido en sus ojos el peligro que corría.

Para cuando se quiso dar cuenta, ya era demasiado tarde. El ingeniero sintió una punzada atravesándole el brazo derecho, una poderosa tenaza que lo inmovilizó, obligándole a soltar la espada. Y antes de que pudiera reaccionar ya se hallaba derribado por tierra.

Unas fauces abiertas buscaban su garganta, haciendo brillar contra las llamas los afilados colmillos húmedos de baba.

El perro de Carvajal, un mastín negro de gran alzada, hociqueaba gruñendo sobre su cuello, tratando de degollarlo.

El hacendado se abalanzó sobre la espada de Sebastián mientras se escuchaban los gritos de Umina. Cercada ya por el fuego, la joven forcejeaba con la puerta tratando de desencajar los clavijeros del candado.

Fonseca intentó proteger su garganta de las dentelladas del mastín. Pero el perro tenía una fuerza increíble, incrementada por su ímpetu asesino. Y Carvajal, que se había apoderado de su espada, buscaba un hueco para rematarlo.

Apenas se detuvo un instante al oír un estruendo en el exterior. Se produjo una formidable explosión, seguida de otras menores, silbidos de fragmentos de roca que se esparcían como metralla. Y un fuerte impacto en el techo, sobre la habitación en la que se encontraba Umina, seguido de los desgarrados gritos de la joven. Había estallado el primer molino de la pólvora, despidiendo sus restos por el aire.

En ese momento, algo pasó rozando junto al oído del ingeniero. Un objeto que no acertó a identificar agitó el aire flanqueando su rostro y fue a estrellarse contra aquella bestia que lo hostigaba. El mastín se estremeció de un modo que no alcanzó a entender. Soltó un alarido lobuno, de insoportable dolor, aflojó la presa, y pareció doblarse sobre sí mismo.

Fue entonces, al caer el peno sobre un costado, cuando Sebastián pudo ver a Qaytu. Llevaba en sus manos un macizo rastrillo metálico de dientes afiladísimos. Primero había golpeado al peno con el lateral de la herramienta, para apartarlo de Sebastián. Y una vez que lo hubo echado a un lado pareció descargar sobre él toda la furia acumulada en aquellos años en los que hora tras hora, día a día, cada vez que trataba de hablar, hubo de acordarse de aquella bestia que se había comido su lengua delante de él.

El indio alzó el rastrillo con toda su poderosa envergadura, como quien se dispone a cavar un surco en la tierra endurecida. Y propinó al mastín un golpe tan descomunal sobre el lomo que no sólo le partió en dos el espinazo, sino todo su cuerpo. El perro trató de arrastrar las inertes patas delanteras, pero sólo consiguió resbalar sobre el charco de su propia sangre y orines que lo separaba de las traseras.

Carvajal se había quedado tan aterrorizado que cuando vio venir contra él a Qaytu, rastrillo en ristre, retrocedió, tropezando en los restos de la viga carbonizada. Se levantó de inmediato, esquivando el golpe que le lanzó el mayoral. Y sin pensárselo dos veces corrió hasta la ventana que había al fondo del pasillo y se arrojó por ella.

Al asomarse, el arriero pudo ver cómo Montilla y sus hombres ayudaban a levantarse al obrajero, para emprender la huida cojeando hacia la parte trasera del recinto.

Se oyó en ese momento otra explosión. Sebastián forcejeaba ya con el candado para liberar a Umina mientras se producía una segunda lluvia de piedras sobre los restos de la casa en llamas.

Salió, al fin, la joven entre la humareda, tiznada de hollín, y se echó en brazos del ingeniero, abrazándolo entre sollozos. Y así habrían permanecido, fundidos en un solo cuerpo estremecido, de no urgirles Qaytu.

El mayoral había observado la escena triste y cabizbajo mientras se limpiaba la sangre que le salpicara. Y ahora los arrastraba hacia la ventana por la que había subido, la misma donde colocase Sebastián el armazón del telar.

A su alrededor caían pavesas, techumbres y edificios enteros. Les previno para que esquivaran también las caballerías que trotaban desbocadas mientras los conducía hacia la parte delantera del obraje, todo él erizado en llamas.

Al atravesar el patio explotó el tercer molino de la pólvora y se produjeron desplomes en las rocas del desfiladero. La fábrica fue sacudida de nuevo por la fuerte pedregada que llovió sobre ella, entre astillas de madera, fragmentos de piedra y esquirlas de metal.

Salieron a la explanada. Y una vez que hubieron conseguido ganar cierta distancia, les pareció que la mayor parte de los operarios estaban a salvo.

Iba a confirmarlo Sebastián, preguntando a Qaytu por su familia, cuando reparó en lo que le sucedía. Se había quedado atrás el mayoral, separado de todos. Y no podía apartar la vista del obraje, o lo que iba quedando de él. Su ancho corpachón estaba paralizado, recortándose contra el fuego. El perfil del rostro, cobrizo y arcaico, los pómulos amoratados como hematomas, se volvían aún más cenicientos en la penumbra del contraluz. Brillaban las llamas en sus ojos húmedos, empañados por los recuerdos, dejando entrever un ánimo tiznado por una orfandad y tristeza milenarias. Un mundo desbarrancado, plagado de despojos.

Parecía experimentar una mezcla de sentimientos encontrados. Como tantos indios, seguramente había soñado muchas veces con el fin de aquella pesadilla, con la destrucción de aquel degolladero. El obraje había aparecido ante él en los últimos tiempos como una alimaña que devoraba riqueza y población de aquella zona. Pero no podía evitar acordarse de los tiempos anteriores, cuando lo aprendió todo entre sus paredes. Y allí quedaban ahora sepultadas sus esperanzas, más de media vida. En los primeros tiempos, quizá lo más parecido a la felicidad que se le otorgara.

Qaytu se acercó luego a sus padres y estuvo largo rato sin poder contener las lágrimas, abrazado a ellos. Se les unió después Umina, junto con Sebastián. Y fue entonces cuando la familia del mayoral se dio cuenta cabal de la presencia del ingeniero. Antes de que la joven les dijera quién era, el padre de Qaytu se había adelantado hacia él y lo miraba con extrañeza.

—Su cara me resulta conocida —dijo aquel hombre en quechua.

Cuando Umina se lo tradujo, el ingeniero respondió:

—Quizá le recuerde a otra persona. Alguno me ha dicho que me parezco a José Gabriel Condorcanqui.

—No, no es eso —repuso su interlocutor—. He oído hablar de ese hombre, pero no lo conozco.

Esta respuesta todavía dejó más pasmado a Sebastián. Había pensado hasta entonces que lo confundían con aquel cacique, a juzgar por lo que le había dicho en Lima el oidor Ampuero. Pero incluso los que no conocían a Condorcanqui parecían sacarle algún parecido con alguien.

En cuando a la madre de Qaytu, cuando supo que su hijo se dirigía a la antigua capital, le encomendó que visitara a su hermana, que regentaba junto con su esposo uno de los tambos de los alrededores, y le entregó unas telas que había estado tejiendo para sus nietos, que guardaba

celosamente bajo la ropa.

—Tenemos que marcharnos —dijo al fin Umina.

Se impuso ese silencio hecho de renuncia y resignación que precede a las despedidas. Qaytu dijo adiós a sus padres y a su hermano, que ahora regresarían a sus tierras. La joven sabía que de tanto en tanto mantenían contacto con las gentes de la sierra que vivían más al norte. Y les pidió que los previnieran sobre lo sucedido, para que se mantuviesen alerta. Porque Carvajal no tardaría en rehacerse y buscar venganza.

Cuando el ingeniero la puso al tanto de lo sucedido, la joven se creyó en la necesidad de prevenirle:

—Mal asunto. Tan pronto llegue a Cuzco, Gálvez informará de lo que pasó en Abancay. Dirá que Condorcanqui os ayudó. Y en cuanto se sepa lo del obraje os implicarán a Qaytu y a ti.

De un modo natural, Umina había pasado a tutearle. Y ése fue también su tratamiento al dirigirse a ella:

—Carvajal tendrá que responder de tu secuestro. ¿Te hizo algún daño ese hombre?

Dio un respingo, antes de responder:

—No. Pero lo va a complicar todo.

—¿Qué hay entre tú y él? —insistió Sebastián.

—Ahora no, por favor —le pidió ella—. Ahora lo más urgente es pasar el puente sobre el Apurímac, antes de que Carvajal y Montilla se recuperen y reanuden la marcha. De lo contrario, ni siquiera podremos defendernos de sus acusaciones.

## El Puente

En uno de los tambos del camino real les esperaban los arrieros, con la caravana dispuesta para iniciar el ascenso hasta Curahuasi. Allí pensaban hacer noche y preparar el cruce del río Apurímac, que todos venían temiendo, bajando la voz al hablar de él. Esa preocupación había relegado ahora la de encontrarse sin escolta armada, al perder a Gálvez y sus hombres. Su desertión se compensaba sobradamente con el alivio de haber recuperado a Umina.

Sin apenas mediar palabras, ella había tomado el mando de aquella comitiva. Se veía retraído a Qaytu, refugiado en la atención a los detalles menores de arrieros, mulas y carga. El mayoral se sentía desplazado por la nueva familiaridad surgida entre Sebastián y la joven.

Había intentado el ingeniero volver a la carga mientras ella curaba sus heridas, interesándose por su relación con Carvajal y las insinuaciones de éste y Gálvez. Pero la mirada de la joven, su muda súplica pidiéndole una tregua, le hizo desistir de sus propósitos. Y se limitó a rebuscar en las alforjas para entregarle el espejo de obsidiana que le encomendara Zúñiga en Lima.

La mestiza lo recibió con gratitud, estrechando aquel preciado objeto contra su pecho, mientras le prometía, humedecidos los ojos:

—Algún día te contaré... Dame tiempo...

Llegaron así a Curahuasi, una pequeña aldea sepultada en una altiplanicie rodeada de montañas que quitaban el resuello en su ascenso. Allí hicieron alto en la posta, y apalabraron la cena y el albergue con los mantenedores del tambo, quienes les confirmaron que ya se había empezado a desmontar el puente: —El paso está cortado.

—¿No lo han atravesado recientemente unos fusileros? —les preguntó Fonseca, refiriéndose a Gálvez.

—Ellos sí —les contestó el encargado del puesto, dando por sentado que nadie se opondría a una fuerza armada.

—Pues nosotros también —aseguró Umina, con firmeza.

La mañana amaneció envuelta en una heladora niebla plateada que los envolvió mientras avanzaban tiritando hacia el río Apurímac. Tardó en alzarse aquel molesto celaje, y apareció el sol, fulgurando en la hierba, escarchada de gruesas gotas. Cuando al fin estuvo despejado, pudieron ver a su izquierda los imponentes nevados del Soray y el Salcantay.

Se habían encontrado ya muchos de aquellos pasos, inevitables para salvar los valles, gargantas y hondonadas por los que se despeñaban los torrentes. Pero ninguno tan impresionante y peligroso como el del río Apurímac.

Un temor reverencial parecía instalado en el ánimo de todos los indios de la caravana. No era ninguna superstición. Otro tanto le sucedía a quien alcanzaba a verlo por vez primera. El puente desplegaba su pasarela colgante como una gigantesca hamaca, con toda su inestable precariedad. Debía de diferir en poco de los construidos por los incas. En él rayaba a gran altura su extraordinario dominio de los tejidos, aquel modo de sacar de la propia tierra lo necesario para sortear sus obstáculos y domeñarlos sin ejercer más violencia de la necesaria. Dada la escasez de madera, estaba trenzado con criznejas, fibras del maguey, nombre que daban a la pita. Tejidas con gran habilidad,

conseguían gruesas sogas que se anclaban en unos estribos de las orillas. Y allí les aplicaban un torno o cabrestante para tensar las maromas.

Sebastián ya había tenido ocasión de estudiar su construcción al atravesar el río Pampas, entre Ocros y Uripe. Se tendían primero en horizontal tres sogas de gran diámetro, que servían de apoyo para el suelo del puente. No contaba éste, sin embargo, con un tablero rígido, sino con un material muy ligero, meros listones hechos del recio tallo de la inflorescencia de la pita. A las tres sogas del suelo se añadían más arriba dos tirantes laterales, sujetos al piso por lianas o tiras de cuero crudo, como el refuerzo de una cesta. Éstos, a la vez que evitaban un excesivo balanceo, servían como antepechos o pasamanos para que en ellos pudieran sujetarse los viajeros y tranquilizar a las caballerías, que debían atravesarlos con su carga completa sobre el lomo.

Pero el puente sobre el río Apurímac casi triplicaba en longitud al del río Pampas. No bajaría de los doscientos pasos de largo. Y estaba tendido sobre un precipicio que daba espanto.

Qaytu había tenido buen cuidado de calcular el itinerario de modo que llegaran al puente a primera hora de la mañana. Era el mejor momento para franquearlo. Después se levantaban vientos muy violentos que, encajonados en el cañón del río, golpeaban la pasarela. Y su bamboleo provocaba continuos accidentes.

La senda que les permitió llegar hasta el puente desembocaba junto al estribo con la choza del guardián y el torno para tensar los cables. La garganta se había ido volviendo más escabrosa, hasta quedar cenada por precipicios de rocas retorcidas, masas de piedra que se precipitaban a pico hasta un umbrío barranco. Desde él subía el fragor del agua encrespada y espumeante. Constreñida en tales estrechuras, sus torbellinos se estrellaban contra las aristas cortantes de las piedras del cauce, de modo que la caída sobre ellas suponía una muerte segura.

En medio de tan estremecedor paisaje aquella estructura se mecía con la fragilidad de una telaraña. Se encogía el ánimo sólo de pensar que debían atravesarla. Y más aún al comprobar los fuertes latigazos del viento, pese a lo temprano de la hora. Además, se habían iniciado las obras de mantenimiento, retirándose algunos de los cordajes laterales que servían de protección.

Cuando llegaron hasta la choza del guardián, éste les hizo saber que el puente estaba cenado. Tuvo que emplear Umina todas sus dotes de persuasión, y un sustancioso desembolso, para lograr que les permitieran el paso, bajo su propio riesgo y responsabilidad. Le costó otra larga discusión a la joven convencer al vigilante de que eso no excluía tensar más los cables mediante aquel cabrestante que los sujetaba, para contrarrestar el balanceo provocado por el fuerte viento.

Así se lo indicó a sus hombres el encargado, pero de tan mala gana que no quedaron parejos, sino desequilibrados. El puente estaba ladeado, y los cables que deberían servir como antepechos o agarraderos rayaban tan bajos que no rendían una protección segura. Además, las cuerdas que los sujetaban al suelo se veían muy gastadas, incrementando el peligro.

Qaytu los apremió, porque estaban perdiendo un tiempo precioso. La corriente de aire que barría el cañón soplaría con mayor fuerza a medida que avanzase la mañana. De manera que, sin más preámbulos, entró el primero. Sabía bien que su mula *Cerrera* serviría para dar ejemplo a las demás, y que el resto de la recua la seguiría. Umina y Sebastián cenaban la marcha, para anear a los más timoratos.

Al internarse en la frágil pasarela se dejó notar el viento con creciente violencia, produciendo una vibración que sacudía todo el cuerpo, hasta crear un profundo desasosiego. No era horizontal, como

sucedía con los puentes rígidos, sino que se desfondaba con una marcada curva en forma de U. En condiciones normales, bien tensadas las maromas, dejaría acusar una suave pendiente de bajada y otra de subida. Pero ahora era muy pronunciada. A lo inestable de su aparejo había que añadir lo resbaladizo de las tablas: húmedas, musgosas, embadurnadas por un mucílago verdoso. Y quebradas en algunos tramos donde resultaba fácil perder pie.

La situación más grave se produjo al cruzar el puente, con Qaytu a punto de llegar a la otra orilla, mientras Umina y Sebastián cerraban la caravana. Ahora todos se encontraban sobre la corriente. No podían dar marcha atrás. Habían puesto en medio las mulas más cargadas, con los objetos más valiosos. Y en ese momento se embolsaban en el fondo de la U formada por el puente. Éste era tan hondo que no alcanzaban a remontar la pendiente que les habría permitido franquearlo.

Gritó Umina para avisar a Qaytu, tratando de hacerse oír por encima del bramido del río y el rugido del viento. Se volvió el mayoral y, al aperebirse de la situación, hizo señas a los arrieros que venían detrás de él para que tirasen de sus mulas, de modo que permitieran remontar a las más lastradas. Pero éstas se estaban asustando, paralizando el tránsito de la caravana.

Si aquella situación se prolongaba, se volvería cada vez más peligrosa, pues cundiría el pánico entre hombres y bestias, el puente se iría hundiendo cada vez más, y allí perecerían todos. Umina se dio cuenta de inmediato. Y entonces pudo comprobar Sebastián, una vez más, la increíble resolución y sangre fría de la joven, que empezó a dar órdenes en quechua con un temple y precisión que ya hubiera querido el mejor estratega.

Ante todo, insisto a Qaytu para que no se detuviera:

—¡Apresúrate! —le ordenó—. ¡Sal de la pasarela y pon a las mulas a tirar del cabrestante para tensar las maromas!

A continuación, ordenó a los arrieros que estaban en lo más hondo del puente:

—¡Vosotros, desatad los fardos de las mulas y tiradlos al agua!

Dudaron sus hombres en obedecerla, pues sabían lo que esto implicaba. Muchas de aquellas mercancías habían venido desde España hasta Panamá, y desde allí hasta el Callao. Desprenderse de ellas suponía una pérdida enorme: no sólo arruinaría las ganancias de aquel flete, sino quizá las de toda la temporada.

—¿No me habéis oído? —insistió ella—. ¡Tiradlos!

Arrojaron al vacío los fardos de las mulas, uno tras otro.

—¡Seguid! —gritaba la joven—. ¡Más! ¡Más!

Umina no dejó de hacerlo hasta que el cabrestante consiguió suavizar la pendiente y los animales, ya aliviados, pudieron remontar la inclinada rampa, pasando todos hasta la otra orilla.

Una vez allí, no dio a nadie ni un instante de reposo. Sabía bien que continuaba el peligro. Y se dedicó junto con Qaytu a reorganizar las cargas y repartiéndolas entre todas las acémilas. Ahora tenían que subir hasta lo alto del cañón formado por el río.

Al mirar hacia arriba se apreciaba el empinado zigzag desplegado por el camino real para trepar penosamente. Se abría paso entre los riscos como mejor podía, serpenteando en innumerables vueltas y revueltas, enroscándose sobre sí mismo como un tirabuzón.

Era muy irregular, apenas se hacía pie por su estrechez. Los derrumbes lo habían borrado hasta el punto de no distinguirse el suelo firme. Un solo paso en falso significaba despeñarse entre aquellos riscos.

En muchos tramos, la ascensión se hacía a todo o nada: a un lado del sendero la pared vertical, a pico, y al otro el abismo. Algunos repechos eran tan extremados que se habían labrado peldaños, escaleras de caracol que se abrían en abanico para proporcionar cierta sujeción a las mulas. Aun así, los animales subían con tanta fatiga que había que dejarlos descansar a menudo, apoyándose los arrieros contra sus ancas para darles algún respiro.

Qaytu iba marcando estas pautas, abriendo el convoy con su mula *Cerrera*. En cada curva maniobraba con tiento, buscando el modo más seguro de abordarla. No tuvieron problemas en los primeros tramos. Sin embargo, a medida que subían, la violencia del viento se acrecentaba. Sobre todo al arrastrar arena, que se estrellaba contra el rostro. Las acémilas, hostigadas por aquel vendaval, se distraían de la senda, que solían seguir con gran seguridad.

Cuando ya estaban a punto de culminarlo, *Cerrera* tuvo dificultades para salir de una roca. Algo había barruntado el animal, pero Qaytu tuvo que obligarla a continuar hacia arriba por la pura fuerza. Quienes iban detrás seguían la maniobra con el ánimo en suspenso: si la mula llegaba a resbalar, los arrastraría a todos en su caída.

Por alguna razón, *Cerrera* se negaba a subir. Bajó Qaytu para revisar sus patas traseras. La mula siguió su instinto natural, buscando el apoyo de la roca más firme, que el mayoral no percibía por el corrimiento del terreno. Intentó corregirla, y el animal se desequilibró tratando de cambiar su posición. Si lo hacía, iba a resbalar sobre las demás, arrastrando a toda la caravana en su caída. Y el indio, lejos de las riendas, no lograba controlarla.

Umina no vaciló. Cedió a Sebastián su caballo, sacó el fusil de la funda y se apoyó contra un saliente de la roca para templar el pulso. No podía fallar. No tendría otra oportunidad.

—¡Qaytu, contra la pared! ¡Pégate a la roca! —le gritó.

Se oyó un disparo. La mula *Cerrera* tenía los ojos muy abiertos y espantados. Y justo entre ellos saltó el impacto del plomazo. El animal se dobló de costado. Sus patas traseras perdieron pie al caer por el precipicio. Primero panza arriba, luego girando a medida que se estrellaba contra las rocas, envuelta en una nube de polvo. La perdieron de vista, pero siguieron oyendo el crujido de huesos, el arrastrar de piedras, los golpes sordos, hasta que el bramido del río se la tragó.

Tras aquella agotadora subida llegaron al fin a la cima que dominaba el cañón del río. Umina puso su mano sobre el hombro del apesadumbrado Qaytu, diciéndole con aquel gesto más de lo que podían expresar las palabras.

Reparó Sebastián en la desorientación que se apoderaba del mayoral, en el modo en que pareció vagar por toda la recua, como alma en pena, en busca de otra mula. Y su forma de descargar una que iba en la posición de cola para montar en ella. Así continuó el resto de la jornada, lejos de todos, embargado por aquella sensación de desamparo que, más que nunca, contrastaba con su descomunal y desplomada humanidad.

Un trecho más tarde los montones de piedras de las apachetas les indicaron que se hallaban en la divisoria entre las dos cadenas montañosas. Sólo les quedaban tres postas para llegar a Cuzco.



---

## Cuzco

Al remontar el cerro de Carmenca apareció a sus pies la antigua capital. Las chimeneas esparcían un humo lento y adormecido, azuleando sobre las techumbres de tejas rojizas. Al fondo, la luz impregnaba el ocre de las colinas, para destellar luego a través del aire sutil y diáfano.

Los arrieros se destacaron en señal de respeto. Además de marcar el final de aquel viaje, para ellos seguía siendo una ciudad sagrada. Allí habían fundado los incas su *ombligo*, y de él surgían las principales rutas del Tahuantinsuyu, el Imperio de las Cuatro Direcciones.

A pesar de su gran altura, era un oasis en medio de tan accidentada geografía. La ciudad estaba situada en el más céntrico de los valles, en el corazón de la horquilla formada por el Apurímac, que la resguardaba por el oeste, y el río Urubamba, que corría por el este, antes de sumar sus aguas para convertirse en el Ucayali, una de las madres del Amazonas.

Cuzco se encontraba en el fondo de su propio bolsón, el valle del Huatanay o Río Anudado, uno de los afluentes del Urubamba. Era el arroyo que ahora tenían a sus pies, trazando una diagonal desde el noroeste hasta el sureste. Casi en paralelo a él, más al norte, discurría el Rodadero o Tullamayó. Y en medio de ambos cauces se desplegaba la ciudad vieja.

El núcleo de ésta era una lengua de tierra que se descolgaba de la colina central, protegida por la fortaleza de Sacsahuamán. El espolón descendía por entre los dos ríos, cuyas corrientes terminaban uniéndose hacia el sur. Y al hacerlo delimitaban un extenso terreno, trazando el perfil de un gigantesco puma, uno de los animales sagrados de los incas. La cabeza estaba al noroeste, en la cima de la colina central, laboriosamente remodelada con este fin. La cola la formaba la confluencia de los dos arroyos al sureste. En medio, la Plaza de Armas servía como corazón a aquel felino dibujado sobre el suelo. Más abajo, a la altura de las partes genitales del puma, se había edificado el Templo del Sol o Coricancha, ahora convertido en el convento de Santo Domingo.

—Ése es nuestro objetivo —dijo Umina señalando su torre—. Ahí está la tumba de Sirax.

—No será fácil entrar —aseguró Sebastián.

Se refería al opresivo despliegue del ejército español y a las numerosas medidas de seguridad que habían tenido ocasión de advertir a medida que se acercaban a la ciudad. Eran los preparativos para ahorcar a Farfán de los Godos y a otros sublevados contra los tributos impuestos por los nuevos gobernantes. En aquel tenso ambiente, tendrían que observar grandes precauciones, porque ya se sabía lo sucedido en el obraje. Y Carvajal estaría de camino para acusar a Sebastián y a Qaytu de participar en el asalto. Tan pronto fuese efectivo ese requerimiento les resultaría imposible moverse con libertad.

No tenían tiempo que perder. Mientras el mayoral y los arrieros se encaminaban a los almacenes situados en la ciudad nueva, Umina y Fonseca se dirigieron a la Casa de las Serpientes.

Se levantaba aquella mansión en pleno centro, junto a la Plaza de Armas, presidida por la catedral y la iglesia de los jesuitas. Tras la expulsión de la Compañía, esta última se había convertido en cuartel del ejército.

El ingeniero experimentó una extraña sensación al moverse por entre aquellos lugares donde tan reconocibles resultaban aún la población, cultura y costumbres incas. Todo lo que había tenido

ocasión de reconstruir vagamente mientras leía la Crónica, en un nebuloso desfile de rostros e imágenes, se le aparecía ahora palpable, concreto. Y, lejos de sentirse decepcionado, le atraía con una fuerza irresistible, sobre todo cuando llegaron a la casa de Umina, cuyo fuste quedaba tan a la vista. A diferencia de otros edificios de gran rango, ocupados en los bajos por pequeñas tiendas de plateros, tejidos o especieros, todo el palacio estaba a disposición de la familia. Y Fonseca no pudo ocultar su emoción al encontrarse frente al mismo lugar donde transcurriera la historia de Quispi Quipu y Sírax. Porque ahora veía aquel mismo portalón que dos siglos antes había escrutado Diego de Acuña en su ansiosa búsqueda de la joven.

Las serpientes enroscadas en el dintel parecían proteger la entrada. Umina le explicó que estaban talladas de tal modo que podían predecir los cambios de tiempo: los distintos vientos, al pasar a través de ellas, ponían en sus bocas diferentes sonidos.

Desde allí se pasaba a un zaguán realzado en sus dimensiones por la sobria disposición heredada de los incas y la cantería antigua del palacio de Huayna Cápac, que se alzara en aquel lugar. Una arquitectura estricta y despojada, atendida a la poderosa trabazón de los muros.

Gracias a ella, todo el edificio transmitía una convicción sin fisuras. La única renuncia en tan compacta enunciación de los volúmenes eran las dos troneras que controlaban la entrada y que, llegado el caso, podían usar los vigilantes para embocar sus arcabuces.

Aún conservaba una rampa empedrada que permitía a los carruajes y caballerías entrar directamente en el amplio patio de arcos toscanos, adornados en los entrepaños con macetas de geranios y diminutos limoneros. Desde allí se subía al piso superior a través de una escalera de piedra negra de gran ceremonial. Y el empaque aumentaba gracias a la robustez de los peldaños y la densa iluminación, caída desde lo alto como una cortina.

Uyán, la madre de Umina, descendió entre aquella luz como si emergiera desde otro tiempo. Al ver regresar a la joven sana y salva, corriendo a su encuentro, se le iluminó el rostro, todavía hermoso, donde dominaban los rasgos indios. Y exclamó mientras la abrazaba:

—¡Hija mía! ¡Qué larga se me ha hecho la espera! No vuelvas a dejarme sola nunca más.

Las lágrimas que corrían por sus mejillas no le impidieron examinar a Sebastián de arriba abajo. Siguió haciéndolo cuando la joven se lo presentó y, tras ordenar a los criados que se hicieran cargo de sus equipajes, los llevó hasta el salón. Peinaba ya canas, pero se mantenía coqueta y vivaracha.

La habitación estaba caldeada por braseros de plata. Cubrían las paredes finos tapices indígenas de lana de vicuña, alternando con otros flamencos y españoles. La pintura era de calidad. En los muebles convivían los cordobanes y el palisandro con las maderas de chonta y pisonay, los alisos de Paucartambo con los cedros de Amaybamba. Los bargueños de ébano y nácar alternaban con los jarrones de porcelana china y las arañas de vidrio veneciano. Con una particularidad, que no había visto Sebastián en parte alguna: el arte de los indios se hallaba allí a la par que el europeo, ya fuera en esculturas o terracotas, en pinturas de la escuela cuzqueña o en la profusión de textiles, de deslumbrante hechura y color. Todo estaba, en fin, tan mezclado de indio y español que ya no era lo uno ni lo otro, sino algo nuevo.

Este primor subía de tono en el oratorio privado, con un retablo de buena mano encomendado a una virgen de la devoción de Uyán.

—No he dejado de rezar por ti ni un solo día —dijo la mujer, cenando las puertas del oratorio—. Sobre todo tras recibir la carta que me envió don Luis de Zúñiga desde Lima.

—¿Eso hizo? —se extrañó Umina.

—Mandó un correo urgente tan pronto te secuestraron, para tranquilizarme, por si me llegaba la noticia a través de otros conductos. Y también hablaba de usted —añadió dirigiéndose al ingeniero—. El resto de las novedades ha corrido por la ciudad en boca de Gálvez y otros viajeros.

—¿Lo del obraje?

—Sí. Eso ha causado gran alarma. Tanta, que no se hablaría de otra cosa de no ser por la gravedad del asunto que ahora ocupa al corregidor de la ciudad.

—La ejecución de Farfán de los Godos, supongo —dijo Umina—. Hemos visto las patrullas del ejército.

—El ahorcamiento público es cosa de días —les informó Uyán—. Y cualquiera que dé un paso en falso o resulte sospechoso lo pagará caro. Las tropas están a la que salta, para dar un escarmiento ejemplar.

—¿Qué hará, entonces, Carvajal? —preguntó Sebastián.

Y notó que, al plantear esta cuestión, la madre miraba a la hija como si le consultara algo, retrayéndose en la respuesta y dejando la iniciativa a la joven.

—Vendrá aquí lo antes que pueda, no lo dudes —contestó Umina.

—Y nos implicará a Qaytu y a mí en el incendio del obraje —remachó el ingeniero.

—Eso desde luego. Pero, tal y como están las cosas, no creo que espere la resolución por procedimientos legales, que llevará mucho tiempo y le obligaría a responder de mi secuestro. Contando, como cuenta, con la partida armada de Montilla, preferirá actuar por libre, y de inmediato. A juzgar por las preguntas que me hizo te puedo asegurar que lo más urgente para él es localizar la tumba de Sirax en el convento de Santo Domingo. Y hacerlo antes que nosotros, por supuesto.

Tras escuchar a Umina, sacudió Uyán la cabeza, y se dirigió a ella para reprocharle:

—Lo que hiciste fue una imprudencia, hija mía. Sobre todo, después de lo que hubo entre Carvajal y tú.

Sebastián se quedó sorprendido, y recordó las malévolas insinuaciones de Gálvez y del obrajero.

—¿Qué quiere decir tu madre? —preguntó a la mestiza.

—Ya veo que no se lo has contado —le dijo Uyán a Umina con dureza.

Le contestó la joven en quechua, muy alterada. Replicó la madre en el mismo idioma y tono, tratando de hacer valer su autoridad. Y ambas prosiguieron su discusión en esta lengua, hasta que Uyán abandonó la habitación refunfuñando, dejándolos a solas.

Quedaron los dos en un incómodo silencio, que rompió Sebastián:

—¿Qué deberías haberme contado? —Que Carvajal y yo estuvimos prometidos. Se quedó estupefacto, mirándola de hito en hito. Luego caminó a grandes zancadas, alejándose hasta un rincón, mientras exclamaba:

—¡No me lo puedo creer!

—Tenía intención de contártelo, ya te lo dije. Y no es lo que piensas...

—O sea, que tomamos en Lima una escolta armada, forzamos la marcha, nos arriesgamos a seguimos creyendo que estabas en peligro... ¡Y todo era poco menos que una disputa de antiguos enamorados! ¡Qué estúpido he sido!

Esto pareció sacar a Umina de sus casillas. Se puso furiosa y fue hasta él. Primero se le encaró, impidiéndole avanzar. Pero luego pareció quebrarse. Lo miró con los ojos humedecidos y le suplicó:

—Escúchame. Yo era muy joven cuando Carvajal empezó a cortejarme. No conocía su calaña... Tampoco mi padre... Luego él murió. Y fue Qaytu quien le descubrió a mi hermano Manuel cómo trataba ese hombre a la gente en el obraje, y los planes e intereses que lo movían a asociarse con nosotros.

Nada dijo Sebastián, que se debatía entre los sentimientos más encontrados.

—Mírame a la cara, por Dios —le pidió Umina—. Supe bien a lo que me exponía cuando me metí en tus asuntos en Lima. Pero ¿qué debería haber hecho? ¿Dejarte abandonado cuando tú estabas en peligro?

Se separó él, caminó entre los braseros, llegó hasta la pared del fondo, y dio un puñetazo tan fuerte que resonó en toda la habitación. Luego se volvió hacia la joven, anduvo lentamente en dirección a ella, y cuando llegó a su altura, la tomó por los hombros, para decirle:

—Lo siento, debería haberme imaginado esa historia... Perdóname.

—Ese hombre y yo nunca llegamos a intimar... Además, no tienes que avergonzarte por lo que sientes. A mí me sucede lo mismo contigo. —Lo cogió de la mano y, señalando el brazo derecho, añadió—: Hay sangre aquí, se te han abierto las heridas y tendré que cambiarte la venda.

—Qué importa eso ahora... —le dijo él mientras la abrazaba.

Permanecieron así, muy juntos, pecho contra pecho, hasta que la voz de Uyán los devolvió a la realidad:

—Ya tenéis preparadas las habitaciones —les comunicó. Y añadió dirigiéndose a su hija—: He dejado en la tuya el vestido que te encargué para el Corpus.

Los acompañó Uyán mientras proseguía con su cháchara. Y esta vez tuvo Sebastián la sensación de que Umina agradecía a su madre el cable que les estaba echando al contarles aquellos pormenores. Pues, según explicó a Fonseca, era una costumbre inveterada estrenar ropa nueva durante la mayor fiesta de la ciudad, que acababa de tener lugar.

Se hizo lenguas de la de aquel año, sus salidas, llegadas, ceremonias en la catedral, procesiones y regresos.

—Han estado bien las carreras entre San Jerónimo y San Sebastián, a ver quién llegaba antes desde sus parroquias hasta el centro —informó a su hija—. Por cierto, que ganó San Sebastián...

Al darse cuenta de que ése era, justamente, el nombre de su huésped, añadió, no sin picardía, y a la atención de él:

—La fiesta dura tanto que obliga a algunos santos a dormir en lugares de santas. Y esto da mucho qué hablar sobre lo que hacen los unos y los otros tan juntos, aunque estén en lugar sagrado...

—Madre, nuestro invitado está cansado y deseará ordenar sus cosas, asearse y mudarse... —la interrumpió Umina, que temía como un nublado las indiscreciones de su madre.

Porque Uyán estaba aludiendo al lance del confesionario en la catedral de Lima, que sin duda le había contado Zúñiga en su carta: bueno era don Luis para dejar pasar esos detalles... Y al ver que su hija no soltaba prenda —ni lo haría mientras la oyera Fonseca—, cambió la madre al quechua para decirle que con ella no se hiciera la interesante ni la importante, ni se diera tantos humos, por el simple hecho de volver de España o de Lima.

Umina cruzó los brazos, desafiante, y preguntó a su madre, también en quechua:

—A ver, ¿qué es lo que quieres saber? ¿Si he pleiteado como me dijiste? ¿Si he tenido en cuenta las influencias de mi padre en Madrid?

—Para eso habrá tiempo de sobra —la interrumpió Uyán, en ese mismo idioma—. Yo lo que quiero es saber qué hay entre tú y este buen mozo.

—No hay nada.

—¿Nada? —rezongó—. Habéis venido en el mismo barco desde España ¿y me quieres hacer creer que no hay nada? Arriesgas tu vida por él, sabiendo que te enfrentas a Carvajal, ¿y quieres que tu madre se trague eso? Sobre todo después de lo que acabo de ver...

Sebastián, que no podía seguir esta conversación, si se percató de que Umina se sofocaba, ruborizándose.

—¿Lo ves? —dijo Uyán con aire triunfante y siempre en su idioma—. ¿Dónde os cambiasteis la ropa?

—¿Ya te lo ha contado en esa carta don Luis de Zúñiga? —suspiró la joven con resignación—. En la catedral de Lima.

—Claro, tenía que ser en esa Sodoma y Gomona...

—¡Pero si todo fue en un confesionario! —protestó la joven.

—¡Dios mío, ya no se respeta nada!

—No es lo que crees.

—Sí es lo que creo —contraatacó Uyán—. Eres peor de lo que pensaba. Incluso las limeñas, cuando van al confesionario, lo usan para purgar sus pecados. Tú, al parecer, lo haces para cometerlos. ¡Jesús, María y José!

Repararon entonces en la presencia de Sebastián y, esbozando una media sonrisa, dijo Uyán a su hija:

—Atendamos a nuestro invitado, que lo tenemos aquí al pobre como un estafermo. Parece muy atento y educado. Pero desengáñate, hija mía, los buenos yernos no siempre son buenos maridos. Y los buenos maridos no siempre son buenos amantes. Que hay que elegir en esta vida. Y no digo más.

—A ver si es verdad, madre, que menudo recibimiento me estás dando —suspiró la joven.

—Vamos a enseñarle la casa y su habitación —dijo Uyán, ya en español, dirigiéndose tanto a Umina como a Sebastián.

Era mucha la servidumbre del palacio. Tanta que en su recorrido por las distintas estancias pudieron ver a las criadas y criados indios ocupados en las labores más diversas mientras cuidaban a sus propios niños o cortaban el pelo a los muchachos. Y en medio de todo aquel alboroto, Uyán no perdía el hilo. Llamaba a cada cual por su nombre, conocía sus problemas, atendía a los proveedores o daba instrucciones a quienes arreglaban un tejado. Era el eje en torno al cual giraba la casa. No cundía la prisa, pero todo estaba en su sitio, nadie perdía el tiempo.

Llegada la noche, apareció Umina con el vestido que le había encargado su madre. La recordaba Sebastián ataviada de gran gala, a la europea, en el teatro de Madrid o en el barco. Y a la limeña, en casa de don Luis de Zúñiga. Ahora lo hacía al estilo indio. Y quizá era éste el que mejor destacaba sus negrísimos cabellos, la limpieza de líneas bajo los ojos levemente rasgados, pues se limitaba a una tela de raso blanco con topos rojos y cenefas de motivos geométricos, aquellos *tocapus* que equivalían en

un noble inca a las insignias distintivas de la casa real. Se preguntó él por la vida que llevaría la joven en aquel ambiente cuzqueño, que debía ser en ella el más habitual. ¡Cuántas cosas suyas le quedaban por conocer!

Habían encendido la chimenea en el comedor, presidido por una mesa que podía acoger holgadamente a más de veinticinco invitados, con manteles bordados por las monjas de Santa Clara. La cena, servida en cubiertos de plata y soperas del mismo metal, excedía sobradamente el apetito de cualquier cristiano, por muy hambriento que viniera de atravesar montañas, barrancos y altiplanos.

Tras los entrantes y sopas dispusieron en unas fuentes patatas de diversas altitudes y sabores, zanahorias, habas y ajíes variados. Y empezó Uyán su interrogatorio:

—Así que es usted militar —dijo a Sebastián—. Como mi difunto marido.

—Madre —la interrumpió Umina—. El señor Fonseca lo es de cañera, ingeniero. Y mi padre el único fuego al que se enfrentó fue el de esa chimenea.

—El dirigía las milicias.

—Las financiaba para beneficiarse del fuero militar y que le ampliaran sus concesiones de transporte. Le gustaba ponerse todos los domingos su casacón, peluca, fusta y escarapela e ir después de misa con los amigos a pegar cuatro tiros contra unos pobres pedruscos indefensos.

—Pues a ti bien que te enseñó a disparar.

Hizo un gesto la joven para que cambiase de tema, y así lo intentaron mientras venían los siguientes platos. Sacaron gallinas rellenas con salsa de pasas y almendras, conejillos de Indias y perdices con aceitunas de Angostura. Y remataron con un tiernísimo lechoncillo de Huaracón con su piel dorada y crujiente impregnada de hierbas aromáticas. El vino procedía de los valles yungas.

—Ve a la cocina y elige tú misma el postre —pidió Uyán a su hija.

Y mientras la joven estaba ausente se dirigió a Sebastián para preguntarle sobre el modo en que había conocido a Umina. Se lo explicó él, como mejor pudo, y concluyó, por decir algo:

—Es mucha mujer.

—Sí, tiene carácter, en eso ha salido a mí —corroboró Uyán—. Y menos mal que es menudita.

—A mí no me parece tan menudita.

—Umina no es alta —insistió su madre—. Lo que pasa es que anda muy erguida.

—No sólo anda. Toda ella es muy erguida.

—Es un poco orgullosa. La sangre española de su padre, criada en Lima, para acabar de arreglarlo. Siempre ha sido muy independiente y rebelde. A mí no me hará caso, ya lo ha visto. Por eso quería pedirle que cuide usted de ella. No sé qué planes tienen, pero prométamelo.

—¿Planes? —quiso aclarar el ingeniero—. ¿A qué se refiere?

—Perdone, no me he explicado bien. Me refiero a lo que andan buscando. En lo demás no me meto. Son cosas demasiado imprevisibles. Yo conocí a mi marido cuando aún saltaba a la comba y no había cumplido los diez años. Fueron mis padres quienes apalabraron el matrimonio. Al principio, él me parecía muy poca cosa, era pequeñito, como Umina. Pero llegué a quererlo con locura. ¡Quién me lo hubiera dicho!

Dudó Fonseca en plantearle una cuestión que le rondaba por la cabeza, la relación de su hija con Carvajal. Pero no le pareció educado hacerlo. Algo debió intuir ella, porque salió a su encuentro para decirle:

—Se preguntará usted cómo pudo comprometerse mi hija con ese canalla...

—No, por Dios, no quisiera ser indiscreto —mintió él.

—Pues fíjese, yo creo que ese hombre buscaba nuestras tierras de Yucay... No las hay mejores en todo Perú. Y significan mucho para mí, nunca han salido de mi familia. ¿Sabe quién fue Huayna Cápac?

—Creo que el último emperador inca antes de que llegaran los españoles.

Lo miró agradablemente sorprendida y continuó: —Pues esas tierras vienen directamente de él. Y en ellas metió mi marido todo su dinero, a pesar de que podía haber ganado mucho más, como le aconsejaba Zúñiga. Pero quisimos guardarlas y mejorarlas para nuestros hijos.

Aquí hizo una pausa, sin duda para superar la congoja que hubo de acometerle al acordarse de Manuel, su primogénito, muerto a manos de Carvajal, según sospechaban. Y antes de que Sebastián la interrumpiese, prosiguió:

—Ahora esas tierras son de Umina. Yo ya tengo mis años, deseo morir en ellas y ser enterrada allí junto a mi marido. Es el lugar donde nací y donde fuimos más felices. También quiero lo mejor para mi hija. Aquí o en cualquier otro lugar. Se lo merece. Se lo ha ganado. Ahí donde la ve, no lo ha tenido fácil. Puede parecer que sí, porque es guapa, muy echada para adelante, obstinada.

—Dígamelo a mí.

—Ha tenido sus motivos. Lo suyo ha sido una cuestión de fuerza de voluntad. Recién nacida, nadie daba un real por ella, decían que no duraría ni un par de días. Sobrevivió. Luego, temieron que no llegara a la semana. Consiguieron llegar. Después, que no alcanzaría al año. Pasó uno, y dos, y tres. Y seguía viva. Hasta cumplir los veinticinco que tiene ahora.

—Pero si es una mujer de hierro. En el barco y en Lima ha sido ella quien ha cuidado de mí —alegó Fonseca.

—Parece de hierro, por su cabezonería; sin embargo... —y no concluyó Uyán la frase al ver que regresaba su hija, seguida de tres criadas con los postres.

Colocaron en el centro de la mesa chirimoyas, higos rellenos de nueces, mazapanes, bizcochos de Oropesa... Todo ello regado con los licores de frutillas maceradas del valle de Yucay.

Les tocó entonces el turno a Umina y a Sebastián. Y contaron a Uyán sus averiguaciones y planes para visitar el convento de Santo Domingo y localizar la tumba de Sirax, donde junto a la Crónica y el quipu rojo parecía encerrarse la última pista para dar con el paradero de la Ciudad Perdida de los incas.

—Algo así me temía —dijo la madre, mirándolos preocupada—. Vilcabamba son palabras mayores. Además, no habéis podido elegir peor momento.

—¿Te refieres a la ejecución de Farfán de los Godos? —le preguntó su hija.

—Eso por un lado —respondió la madre—. Pero también están las demás algaradas que se quieren prevenir con esos ahorcamientos. Y atajar las pretensiones de otros como José Gabriel Condorcanqui. ¿Sabe quién es?

—Conoce la historia —le informó Umina.

—Sí —añadió Sebastián—. Me encontré a Condorcanqui en Abancay, con aires de gran señor. Y me ayudó a salir con bien de la encerrona tendida por Carvajal.

—He oído lo de la Yahuar Fiesta —intervino Uyán—. No sabía que hubiera estado usted allí, ni conozco en persona a ese cacique, pero lo suyo es preocupante. Se hace llamar Túpac Amaru.

—Sí, sí, lo sé —la informó él—. Un oidor de la Audiencia de Lima me puso al tanto en casa de

don Luis de Zúñiga. Nos contó sus pleitos para ser reconocido el único descendiente legítimo de los incas de Vilcabamba.

—A eso me refería cuando hablaba de los problemas que os traerá buscar esa ciudad. Si Condorcanqui anda reclamando la herencia del trono de Vilcabamba, no va a ser el mejor momento para hurgar en esos asuntos. Además, no ha faltado gente que ha pretendido implicarlo en el motín de Farfán de los Godos, aunque no se ha podido probar nada.

—¿Y el convento de Santo Domingo? —preguntó Umina.

—En ningún caso os dejarán entrar en la cripta —le respondió su madre—. Los frailes están hartos de los que quieren remover las tumbas para seguir la pista del tesoro de los incas. No sólo no os dejarán entrar, sino que avisarán a las autoridades.

—Pero mucha gente sabe que es allí donde está entenada la antigua familia real inca: Túpac Amaru, Sayri Túpac y Beatriz Clara Coya.

—Sí. Y también que está construido sobre el Coricancha —añadió Uyán—. Y el Templo del Sol era el lugar más sagrado de Cuzco y del imperio. Con toda la indiada alborotada, las autoridades españolas no están dispuestas a que nadie reivindique las dinastías incas. Han prevenido a los dominicos para que no se revuelva en esas tumbas. Os exponéis inútilmente yendo allí.

—No nos queda otro remedio —dijo Umina. Y dirigiéndose a Sebastián, le pidió—: Enséñale a mi madre la Crónica, el quipu rojo y las tres hojas con la relación de huacas.

Se disculpó el ingeniero para levantarse de la mesa y regresó al poco con aquellos objetos, que entregó a Uyán.

—De esto es de lo que te hemos hablado —le explicó la joven—. A Sebastián le ha costado mucho hacerse con estos documentos. Pero no valen nada sin lo que contiene la tumba de Sírax. Tenemos que encontrarla.

Uyán miró y remiró aquellas cuerdas con nudos, no sin aprensión.

—¿Conoces a alguien que entienda de quipus? —insistió su hija.

—Esto es muy complicado, necesitaréis un quipucamayó de verdad. Conozco a uno. Si él no sabe, nadie podrá ayudaros.

## Santo Domingo

A la mañana siguiente, Sebastián y Umina se dispusieron a explorar el convento de Santo Domingo. Iba vestida ella de india del común y él de tal modo que bien podría pasar por un mestizo de tez clara. Dos castas que abundaban entre sus más de cuarenta mil habitantes. A diferencia de Lima, ciudad de blancos, Cuzco lo era de indios, y por todos lados se escuchaba la lengua quechua.

Antes de echarse a la calle se habían informado sobre los dominicos. No se contaba el suyo entre los conventos mejor dotados de la ciudad, ni en claustro ni en iglesia. Estaba demasiado retirado del centro, y sólo lo frecuentaban las gentes principales en algunas festividades muy señaladas. Su comunidad, que en tiempos llegó al medio centenar, se había visto mermada hasta unos treinta religiosos. Y aunque mantenían novicios y lectorado, apenas dictaban Filosofía y Teología, limitándose a mantener las réplicas en los actos literarios a los que concurrían todas las órdenes.

Muy a su pesar, los frailes se veían obligados a atender en su iglesia a una parroquia de menos alcurnia que la deseable. E incluso permitían el acceso de los varones hasta la fuente que surtía en el centro del claustro. Era un manadero famoso, conservado intacto desde el tiempo de los incas, y la mejor agua del Cuzco junto con la del hospital. En condiciones normales, su uso era sólo interno. Pero ahora lo autorizaban en beneficio de los vecinos y los enfermos de aquel asilo, por las obras que en él se hacían, que enturbiaban su manantial. Sebastián se había provisto de un odre, con la intención de llenarlo en el convento y tener así una excusa para entrar en él.

Mientras caminaban por la antigua capital inca pudo apreciar Fonseca el refinamiento de aquella civilización. Era, en verdad, una de esas pocas ciudades que podían ser calificadas de imperiales: no sólo atendía a sus propósitos, sino al ensamblaje de vastos dominios. Lo que más impresionaba era la robustez y veracidad de su arquitectura. En comparación, Lima se revelaba como un inmenso decorado de estuco. Aquí, toda la angosta perspectiva de calles enteras estaba flanqueada por gruesos muros de piedra impecablemente tallada hasta encajar en oscuros taludes.

A su lado, los sillares de los advenedizos edificios coloniales parecían toscos, apresurados. Y, sin embargo, algo tenía Cuzco de las más antiguas y entreveradas ciudades españolas. Mucho de Toledo; menos de las poblaciones andaluzas, con sus balconadas y celosías de madera. Pero de un modo a menudo insólito, como si las viejas culturas de origen se hubieran concedido una tregua para reconsiderarse.

Al estar edificada a media ladera, podían bajar por sus pendientes las aguas que la limpiaban, gracias a unos albañales que corrían por medio de las calles a modo de arroyo vivo, para arrastrar los desperdicios e inmundicias. Que eran muchos: según Umina, no bajaban de dos mil las caballerías que transitaban la ciudad a diario, a las que había que añadir las del millar de visitantes que la mercadeaban cada jornada.

Umina parecía feliz, mostrando a Sebastián su ciudad.

—Mi padre era limeño —decía la joven—. Mi madre, ya la has visto, no puede ser más cuzqueña. A pesar de eso siempre se llevaron bien. Los limeños y cuzqueños viven los unos a espaldas de los otros. Si alguien de aquí baja hasta la costa, será por pleitos, no por gusto. Y si alguno de allí sube aquí, será por algún negocio o necesidad. No es viaje fácil. Hay que estar muy

acostumbrado para sobrellevar esta altura.

Se encontraban en la Plaza de Armas, en mitad de aquel espolón o lengua de tierra que se descolgaba de la fortaleza de Sacsahuamán, visible desde cualquier punto de la ciudad.

—En tiempos de los incas, aquí estaban los templos y los palacios de las familias nobles, y se celebraban las fiestas más importantes —le explicó Umina.

Se alzaba frente a ellos la catedral, pesada y quejumbrosa de volúmenes. Mucho más elegante era la iglesia de la Compañía de Jesús, en otro de los lados de la plaza. En pocos lugares destacaba tanto el poder de la Orden. A pesar de ser la última en llegar al Cuzco, había conseguido uno de los mejores lugares de la ciudad para construir sobre los terrenos del antiguo Amaru Cancha, el palacio de Huayna Cápac.

—Es una lástima que al expulsar a la Compañía la hayan convertido en cuartel para el ejército —se lamentó la joven.

Tras dejar la Plaza de Armas y caminar otro trecho, quiso Umina hacerle notar algo que reforzaba aquella ciudad como ombligo del imperio:

—El centro estaba rodeado por doce barrios. Y en cada uno se asentaban habitantes de los principales territorios, procurando mantener en el plano del Cuzco la posición que su provincia ocupaba en el país.

—O sea que la capital venía a ser como una maqueta del imperio.

—Algo así. Y ahora nos dirigimos hacia el final de la lengua de tierra entre los dos ríos que se cierran y unen para formar la Cola del Puma. Ahí estaba el Coricancha —señaló la mestiza, al aparecer ante ellos la iglesia y convento de Santo Domingo.

—¿Qué significa Coricancha?

—El Cercado del Oro. Se dice que los españoles arrancaron más de quinientas planchas, que pesaban entre cinco y doce libras cada una.

El convento dominaba la margen izquierda del Huatanay, bastante elevada sobre el arroyo. Se descendía hasta su cauce a través de varias tenazas, ahora descuidadas y llenas de maleza, que segaban unos hombres valiéndose de guadañas. Umina indicó el lugar donde se almacenaban grandes tiendas de lona, asegurando:

—No me gusta nada, creo que van a levantar aquí un campamento.

—¿Eso es normal?

—No. Pero la ciudad está llena de tropas, y en algún sitio tienen que meterse.

A medida que avanzaban pudieron apreciar un balcón asentado sobre un soberbio muro de época inca, de forma circular y esmerada talla en sus sillares, inclinados hacia dentro hasta formar un talud, para prevenir los derrumbes provocados por los terremotos.

No pudo pasar Umina de la iglesia, abierta para la celebración de un funeral. Pero a Sebastián sí que le permitieron entrar hasta el claustro y llenar el odre de agua.

En su breve visita, siempre guiado por un desconfiado hermano portero, observó la fuente del centro mientras se colmaba la bota de cuero. Estaba labrada en una sola pieza, un octógono con un caño de cobre en su fondo que necesariamente tenía que llegar desde algún canal subterráneo.

También reparó en las paredes maestras, y cómo se apoyaban los sillares españoles sobre la cantería inca. No lo dejaron pasar más allá de la zona del patio. Tampoco quiso insistir, para no infundir sospechas. Ahora, al menos, se había hecho una composición bastante clara del lugar.

Cuando se reunió con Umina, que lo esperaba en la iglesia, observó un comportamiento extraño. Parecía muy nerviosa. Le dirigía gestos disimulados para que se reuniera de inmediato con ella, apartándose de la puerta.

Así lo hizo, aunque supusiera inmiscuirse en el duelo de quienes asistían al funeral que allí se estaba oficiando, y que ya concluía.

Dominaban los indios entre la concurrencia. Quizá por ello, su salida estaba controlada por una nutrida patrulla de milicianos bien armados. Y a eso era a lo que se refería la joven:

—Vamos a tener que pasar entre esas dos filas de soldados —le dijo ella—. ¿Y sabes quién está al mando?

Miró Sebastián en la dirección que le indicaba discretamente y pudo verlos sobre los caballos, dirigiendo la patrulla:

—¡Carvajal y Montilla!

El marqués y el obrajero disputaban acaloradamente. No parecían muy de acuerdo en cómo llevar aquellos asuntos.

Sebastián y Umina se consultaron con los ojos, alarmados.

—O sea, que son ellos quienes acamparán ahí afuera, en las terrazas —dijo la joven.

A su alrededor, cerca del altar mayor, el sacerdote estaba dando por concluido el funeral mientras los deudos se disponían a armar el duelo y el acompañamiento del cadáver.

Un fraile empezó a arrear a los más rezagados, para cerrar la iglesia. Trataba de enfilarlos hacia la salida, donde Carvajal y Montilla vigilaban desde sus monturas, flanqueados por sus milicianos armados. Iba a llegarles también a ellos el turno de abandonar el templo.

En tal situación de peligro, Umina hizo algo sorprendente. Entabló conversación con un matrimonio de indios de los que integraban el duelo. Sebastián la miraba inquieto, y su temor aumentó a medida que se acercaban a la puerta. No parecían menos asombrados y recelosos aquellos dos naturales, al escuchar lo que les iba diciendo la mestiza en su idioma. Hasta que la joven les deslizo unas monedas. De inmediato, se quitaron los rebozos con los que se cubrían para entregárselos.

—Póntelo, rápido —dijo ella pasándole uno a Sebastián mientras ella se echaba encima el otro.

Tomó luego el cirio encendido que llevaba el indio, se lo dio al ingeniero y le dijo al oído:

—Agacha la cabeza, suéltate la coleta, échate el pelo por la cara y haz lo mismo que yo.

La mestiza lo agarró del brazo y lo obligó a unirse, de grado o por la fuerza, al cortejo fúnebre que acompañaba el cuerpo del difunto. Y tan pronto estuvo en medio de aquella comitiva rompió a llorar de un modo tan desgarrador que se la habría tomado por su viuda.

Siguió asombrándose Fonseca, al constatar las extrañas relaciones de Umina con el culto católico, que la impulsaba a cometer en las iglesias todo tipo de excesos indumentarios. Pero tuvo buen cuidado de seguir su advertencia, e imitarla en la medida de sus mucho más menguadas posibilidades.

Pasaron así mezclados entre indias que se mesaban los cabellos, lloraban a moco tendido y lanzaban unos lamentos que conmovían hasta lo más hondo. Mientras, los hombres acompañaban el cortejo con su vela en la mano, abatidos y cabizbajos.

Anduvieron hasta perder de vista toda traza del convento y llegar a un puente sobre el río que cruzaron los porteadores para transportar el cadáver al otro lado.

Por el contrario, la mayor parte de las mujeres se quedaron en la misma orilla, dejaron de llorar, se

enjugaron las lágrimas y rodearon a un individuo vestido de negro y subido en el pretil. Les fue dando una moneda a cada una, y a medida que recogían su estipendio se alejaban riendo y alborotando.

—No entiendo, ¿qué es lo que hacen? —se extrañó Sebastián.

—Van a la puerta del hospital, en busca de otro muerto, para llorarlo del mismo modo inconsolable. Son plañideras profesionales.

—¿Y nosotros?

—Nosotros ya hemos tenido bastante muerto por hoy. Vamos a volver a casa dando un rodeo por el otro lado del río. No contamos con ninguna posibilidad de entrar en esa cripta. Y con Carvajal acampado junto al convento, menos todavía. Me temo que él y Montilla andan encima de la presa y hemos perdido la partida. Él tiene autorización para exhumar esa tumba. Nosotros, no.

## Tahuantinsuyu

—Ha llegado el quipucamayó.

Se quedó sorprendida Umina al oír estas palabras en boca de su madre cuando ella y Sebastián estuvieron de vuelta en la Casa de las Serpientes.

Y es que ya conocía a aquel hombre. Pero no en esa faceta, que parecía llevar con total discreción. Se llamaba Chimpu y era un anciano aún vigoroso, la mirada y las entendederas muy alerta. A pesar de sus acusados rasgos indígenas, usaba traje a la española. Sus modales y apreciaciones delataban a una persona instruida, y no sólo en las noticias sobre los antiguos incas o las costumbres de su pueblo. Estaba tan versado como cualquier europeo en las novedades de aquel Siglo de las Luces.

Uyán se lo presentó a Fonseca:

—Chimpu es platero y anticuario. Me ayudó a buscar muchos de estos objetos —explicó, señalando los tapices y muebles que decoraban la casa.

—Veamos ese quipu —dijo el anciano—. Me dicen que es una pieza excepcional.

Pidió Umina a Sebastián que fuera a por él. Y al notar una cierta reticencia en el ingeniero, Chimpu se dirigió a él para preguntarle, con una chispa de malicia en los ojos:

—¿Se sorprende de que no lleve plumas o abalorios?

—No, por Dios —se excusó Fonseca.

—Mi padre quizá se pareciese a lo que usted esperaría de mí. Él sí que era un auténtico quipucamayó, un conservador de recuerdos a la antigua usanza.

—Le ruego que me disculpe si le he dado esa impresión. Es que sigo sin entender cómo puede escribirse con cuerdas.

—Algunos pueblos antiguos lo hicieron en arcilla, otros en piedra, cortezas de plantas, pieles de animales o en papel. ¿Por qué no con cuerdas? Los tejidos son fáciles de transportar, muy resistentes, apenas pesan y están hechos con los materiales que aquí se tienen a mano, el algodón o la lana. No hace falta ningún instrumento auxiliar, ni punzones, ni plumas, ni tinta. Sólo las manos. Pero, sobre todo, se ajusta a la perfección al imperio inca, al corazón y a la médula de su gente. No olvide que el nombre de nuestra lengua, *quechua*, significa cuerda. Al hablar es como si tejieramos.

—De manera que si en una situación extrema hubiesen querido transmitir algo excepcional, lo habrían puesto en un quipu.

—Sin duda —contestó Chimpu—. Un imperio como el inca, con millones de habitantes dispersos por lugares tan inhóspitos, necesitaba un sistema eficaz de registro, una gran organización. Los súbditos tenían asegurada la supervivencia a cambio de una obediencia estricta: vivir en tal sitio, labrar tal campo, sembrar tal planta en tal fecha. Era el precio a pagar. Ninguna ave volaba ni hoja alguna se movía sin permiso del emperador.

Eso —siguió explicándole— no podía hacerse sin conocer las necesidades y previsiones del reino, que se recogían en los quipus. Cuando el quipucamayó de un lugar establecía un inventario, debía mantener una copia en sus archivos y elevar otra a sus superiores. En aquellos hilos se estaba tramando a diario el país. Un tapiz permanentemente actualizado.

Pero había más. Con la enseñanza de los tejidos los habitantes recibían desde niños la ordenación

y jerarquía del espacio, su comportamiento dentro de él, sus valores, un sentido moral. Por el modo de trenzarse cada hebra con la de al lado aprendían la necesidad del equilibrio de opuestos, tan importante en todos los aspectos de su vida. El quipu dejaba constancia de elementos comunales mucho más ricos que la mera escritura, conclusiva y lineal. Trasladaba y potenciaba aquel modo abierto, colectivo y asambleario de razonar juntos, distribuir las tareas y los bienes, desplegar los nudos y redes de la convivencia.

Es lo que pretendía Huayna Cápac con la maroma de oro que ordenó forjar al nacer su hijo Huáscar. Antes de ello, los hombres y mujeres bailaban situándose a los dos lados de una sogá. Al usar aquel metal, considerado el sudor del sol, le concedía mayor rango. Y otros trenzados venían a revalidar los de los quipus. Como los puentes colgantes, cuya técnica era similar. O las ramificaciones de acequias y caminos, que seguían la misma pauta. De esa forma, aquellas cuerdas anudadas trazaban el espinazo de la comunidad.

—La tragedia de la conquista fue no haberlo entendido así —aseguró el quipucamayó.

—¿Se refiere a su prohibición?

—Quiero decir que desde el principio la escritura se interpuso entre los incas y los españoles. ¿Conoce el primer encontronazo en Cajamarca, en mil quinientos treinta y dos, entre Pizarro y Atahualpa?

—Vagamente.

—Un dominico que iba con Pizarro instó a los indígenas a reconocer como señor al rey de España, a quien Dios había concedido el derecho de aquellos territorios. Atahualpa se sorprendió de tales planes divinos sobre su reino, y pidió al fraile que le mostrara dónde obraban tales doctrinas. Entonces el dominico le entregó su Biblia, asegurándole que contenía la palabra de Dios. El Inca se llevó el libro a la oreja para escucharla y, al no oír nada, lo tiró al suelo, creyendo que lo embromaban. Los españoles lo interpretaron como una profanación y cargaron contra los indios, haciendo gran carnicería y tomando prisionero a su rey.

Iba a replicar Fonseca, pero Chimu le indicó con un gesto que la historia continuaba:

—Atahualpa no tenía un pelo de tonto, y en su cautiverio alcanzó a entender la importancia de aquel nuevo modo de registro que traían los invasores. Pidió a uno de los soldados de Pizarro que le escribiera en una uña el nombre de aquel Dios suyo. Y se lo mostró a distintos españoles. Para su sorpresa, todos lo leían del mismo modo, pronunciaban la misma palabra. Pero al enseñárselo a Francisco Pizarra, éste se quedó en silencio. Y dedujo Atahualpa que no sabía leer. Despreció entonces al jefe de los conquistadores, y lo tuvo en menos, por no estar a la altura de sus soldados. Pizarro, que a su vez se dio cuenta de ese menosprecio, nunca se lo perdonó. Y en ese resentimiento quisieron ver algunos la verdadera razón para que mandase ejecutarlo.

—Creo que entiendo lo que quiere decirme —admitió Sebastián—. No pretendo aferrarme a la escritura. Seguro que hay otros modos de registro. Pero, dígame, ¿qué es lo que se inventariaba en los quipus?

—Todo: el contenido de los almacenes, los tributos, los animales, las tierras, los ocupantes de cada casa... Todo.

El ingeniero movió la cabeza, escéptico:

—Difícil de creer.

Chimu sacó sus cuerdas, que llevaba consigo como un escribano su recado, y se dispuso a

hacerle una demostración tejiendo un quipu delante de él.

—Se trata del censo de una comunidad. El pueblo está representado por esta cuerda principal, la más gruesa, en la que se pone una señal distintiva para saber de qué localidad se trata.

Y uniendo la palabra a la acción tendió a lo largo de la mesa una cuerda de cierto grosor.

—De esa cuerda principal vamos a colgar, en perpendicular, un grupo de cuerdas más finas por cada casa o familia de habitantes. Y las usaré de distintos colores, para mayor facilidad. Una cuerda de color rojo representará a los varones adultos. Aquí está. E iré haciendo un nudo por cada varón adulto que haya en la familia. Esta otra cuerda azul será para las mujeres, también por edades, con otros tantos nudos.

—¿Estas cuentas eran anuales?

—Bianuales. Cada quipu daba razón de dos años. Ahora vea lo que ha resultado: tengo una cuerda horizontal, más gruesa, y una serie de cuerdas secundarias, verticales, sujetas a ella, una para cada miembro de la familia.

—O sea, que quedan como las ramificaciones sucesivas de un racimo.

—Eso es. También se pueden poner cuerdas de otros colores para indicar las cargas de maíz o de patatas que hay en los almacenes de un pueblo, los animales, y los varones en disposición de combatir y que, por tanto, son movilizables en caso de guerra. O las viudas cuyos campos hay que ayudar a arar porque no pueden valerse por sí mismas, o los enfermos a los que hay que cuidar y alimentar. Lo mismo sucede con cualquier otra información. Es muy útil y práctico. Luego, todo es cuestión de guardarlos ordenados.

—Bien. Eso parece posible —admitió Sebastián—. Es lo mismo que cuando se utiliza un ábaco. Pero ¿cómo se puede escribir con ellos?

—Se puede —sonrió Chimpu, al observar el escepticismo del ingeniero—. Se pueden preservar canciones, relatos, leyes. Hay fórmulas fijas que ayudan, como calendarios, genealogías, catálogos e inventarios. Por ejemplo, la narración de una reunión de jefes suele incluir la lista protocolaria de los invitados y sus séquitos, las provisiones que se consumen, los regalos que se intercambian, los discursos de cada uno, etcétera. Esas fórmulas y repeticiones proporcionan un esqueleto similar al de las cuerdas y nudos que facilitan su registro en los quipus. Después, son recitadas por expertos en adornarlas y hacerlas más atractivas para quien les escucha.

—Pero este modo de almacenar la información implica una concepción muy precisa del mundo, obliga a recordarlo en un determinado orden.

—Así es. Piense también en su utilidad. Porque esa plantilla, una vez convertida en modo de pensar, se usa para organizar el territorio, los árboles genealógicos, los riegos y labores agrícolas... Lo mismo que sucede con el alfabeto, que una vez aprendido en un orden determinado sirve para clasificar los documentos escritos.

En ese momento intervino Umina para apremiarles: —Quizá podamos utilizar el quipu rojo para continuar con los ejemplos.

No del todo convencido, Sebastián fue a buscarlo y se lo mostró a Chimpu. El quipucamayó lo examinó repetida y prudentemente, tanteándolo con los dedos.

—Está hecho de alpaca.

—¿Eso es raro?

—Bastante. Suelen ser de algodón o lanas bastas. La alpaca es mucho más fina y permite colores

más brillantes.

—Procede de Vilcabamba —le explicó Umina.

—¿Por qué estás tan segura? —preguntó Chimpu.

Umina le enseñó el espejo de obsidiana que perteneció a Sirax.

—Tiene el mismo nudo en el engaste de plata, es la firma o marca de Vilcabamba.

Y ni a Sebastián ni a Umina les pasó desapercibida la experta mirada que Chimpu dirigió al espejo. Ni el mayor cuidado con el que volvió a tomar en sus manos aquellas cuerdas entrelazadas: ahora sabía que se trataba de un quipu imperial.

El anciano lo tendió en la gran mesa, de modo que su cuerda principal, la de mayor grosor, se cenase sobre sí misma, formando un círculo. Y alrededor de ella fue distribuyendo las cuerdas secundarias, como si fuesen los rayos de un sol. Luego, las contó.

—Son exactamente cuarenta y un hilos.

Después, se dispuso a hacer lo mismo con los nudos.

—Ya supongo cuántos hay, trescientos veintiocho en total, entre todas las cuerdas.

—¿Cómo lo sabe? —le preguntó Sebastián.

—Porque este quipu es ciertamente excepcional. Contiene los ceques y huacas: el mayor secreto de todo el imperio.

—Umina me explicó qué son las huacas, esos accidentes del terreno convertidos en adoratorios, pero ¿qué son los ceques? —le preguntó Fonseca.

—Algo así como unas coordenadas. *Ceque* quiere decir raya. Líneas imaginarias que salían del Cuzco, desde el Coricancha, el Templo del Sol sepultado bajo el actual convento de Santo Domingo. Y desde allí se extendían por todo el territorio como los radios de una rueda, enhebrando las huacas. Formaban un gran tejido o tela de araña que se extendía en las Cuatro Direcciones del Tahuantinsuyu.

—O sea, que los ceques atravesaban valles, ríos y montañas convirtiendo el territorio del imperio en un gigantesco quipu tendido por tierra —intervino Umina.

—Pues sí, y las huacas serían como nudos en esas cuerdas del quipu formado por los ceques. Fue una necesidad que tuvieron los incas. Al principio sólo eran una pequeña minoría. Pero a medida que iban conquistando nuevos territorios, extendiéndose alrededor de la ciudad, hubieron de integrar a sus ocupantes vencidos. Por un lado, éstos debían sentirse arraigados en sus tierras, manteniendo sus propias huacas, donde estaban las momias de sus antepasados. Por otro, también tenían que acatar el nuevo orden de los vencedores, vinculándose a este punto central, el Cuzco, y en concreto a la Gran Huaca, el Templo donde estaba el PUNCHAO, el sol naciente.

—Y los ceques materializaban ese vínculo.

—Era el reconocimiento de que todos participaban de la misma religión solar, como si el astro irradiara desde el Coricancha. Y el Inca, que era hijo del Sol, reforzaba esos lazos convirtiendo en esposas secundarias a las hijas de los reyes y jefes tribales que iba sometiendo. Por eso éste es un *Yahuar Quipu*, un nudo de sangre, porque también refleja esas ataduras genealógicas que emanaban del emperador desde el Cuzco y lo emparentaban con los clanes esparcidos por todo el territorio. Esa política de enlaces y fidelidades se ve en la propia forma y distribución de esta ciudad, en sus barrios. Es como un resumen de todo el imperio, una embajada de sus gentes viviendo junto al palacio del Inca y el Templo del Sol.

—Eso ya me lo ha mostrado Umina —dijo Fonseca.

—Igual que el Tahuantinsuyu, Cuzco está dividido en cuatro distritos mediante otros tantos caminos que conducen a las Cuatro Direcciones. La división del noroeste se llama *Chinchaysuyu* y allí se hallaba la segunda ciudad del imperio, Quito. La del suroeste, *Cuntisuyu*, abarcaba una pequeña región hasta la costa. La del sureste, que se dirigía hacia el lago Titicaca, se llamaba *Coyasuyu*. Y la del noreste, la selva, *Antisuyu*.

—De modo que cuando llegaron los conquistadores españoles, hace dos siglos y pico, los ceques y huacas tenían la misma forma que este quipu, tal y como está ahora extendido sobre la mesa.

—Sí. Los trescientos veintiocho nudos que hay en estos hilos son las huacas principales, los lugares sagrados más importantes, que se utilizaban como referencia sobre el terreno y solían ser accidentes singulares de éste. Por lo general, cimas de montañas, rocas con formas reconocibles, cuevas o fuentes de donde pensaban que habían surgido sus ancestros. Los curas doctrineros españoles y los extirpadores de idolatrías destruyeron muchas de ellas porque los indios las veneraban. Otras fueron saqueadas en busca de las ofrendas que solían hacer allí.

—Entonces este quipu se puede leer como un mapa.

—Desde luego. Esos lugares sagrados se ponían bajo la custodia de las comunidades para mantener los derechos a las tierras y riegos. Ya habrá visto el enorme trabajo que supone construir tenazas o acequias. Y al venerar en esas huacas las momias de los antepasados, los adoratorios venían a ser el título de propiedad de cada clan.

El anciano recorrió con sus manos aquellas cuerdas y nudos, como quien reza el rosario, mientras recitaba toda una retahíla de nombres en quechua.

—¿Tienes a mano la relación de ceques y huacas que le dictó Sirax a Diego de Acuña? —pidió Umina a Sebastián.

—¿Una relación escrita? —se extrañó Chimpu—. ¿De dónde la habéis sacado?

—Del archivo de los jesuitas de Lima —le aclaró el ingeniero, antes de ir a buscar aquellos tres folios.

Cuando regresó, proseguía el quipucamayó recitando su retahíla de nombres en quechua mientras iba recorriendo las cuerdas y nudos del quipu rojo. Umina se los fue señalando y coincidían punto por punto con los ceques y huacas escritos sobre el papel. Sebastián hubo de rendirse a la evidencia.

Entonces terminó de entender lo que buscaba su padre con su *mesa detective* y el mensaje que le dejara al escribir la palabra quipu. Ésta era la clave que permitía entrelazar el *textil* de las cuerdas y nudos con el *texto* de la Crónica y con los accidentes *tectónicos*, los ceques y huacas del terreno, sus levantamientos arquitectónicos y las poblaciones que los habitaban. De manera que aquel quipu era a la vez mapa y árbol genealógico. Una doble coordenada espacio-temporal. Geografía e Historia. Nudo de sangres.

Umina lo devolvió a la realidad.

—En el mejor de los casos, este quipu nos daría un mapa, el que usaban en la época de Vilcabamba y la Crónica de Diego de Acuña. —Ya es mucho.

—Sí, pero no conocemos la orientación de ese mapa, ni su correspondencia con el terreno, ni el itinerario que habría que seguir para encontrar la Ciudad Perdida.

—Me temo que eso que nos falta está en la tumba de Sirax, en la cripta de Santo Domingo —admitió Sebastián.

—¿Cómo vamos a entrar allí, con Carvajal y Montilla acampados junto al convento?

En ese momento intervino Uyán, que había seguido aquellas explicaciones con aire impasible:  
—Se puede —dijo—. No resultará fácil. Pero se puede.

## Pleitos

La madre de Umina les contó la historia de uno de sus antepasados, Carlos Inca, sobrino nieto de Quispi Quipu, la viejecita que aparecía en la Crónica y a quien Diego de Acuña vio salir de aquella Casa de las Serpientes. Carlos fue uno de los escasos nobles incas que se casó con una mujer española, María Esquivel. A los pocos meses de la boda ella empezó a echarle en cara que, a pesar de su alto rango, viviera tan apereado, casi en la indigencia. Llegó un momento en que el marido no pudo soportar aquel rosario de reproches. Y un buen día le dijo a su esposa:

—Ven conmigo y comprobarás que poseo más riquezas que el mismo rey de España.

Le vendó los ojos, la tomó de la mano y la hizo andar hasta flanquear una corriente. Chapoteando en ella se metieron en una cueva donde, tras mover una piedra de gran tamaño, accedieron al subsuelo de la ciudad. Antes de entrar en aquel túnel aún alcanzaron a escuchar las campanadas del reloj de la catedral. Una vez en el interior, otros ruidos más inquietantes las sustituyeron. Sus pasos resonaban en una galería o bóveda de gran altura donde gorgoteaba el agua, hasta ser ahogados por un rugido sobrehumano, como de fiera descomunal. El lugar infundía pavor, y los dientes le castañeteaban cuando le pidió que la sacara de allí.

Pareció cesar aquella amenaza, o alejarse, en el momento en que se desviaron por un conducto lateral y bajaron una escalera de piedra. Allí le quitó la venda. Cuando sus ojos se hubieron acostumbrado a la escasa luz, le costó creer lo que veía. Estaban rodeados de innumerables riquezas. En unos nichos de las paredes se podían ver, hechas del oro más fino, las estatuas de los reyes incas. Y hasta donde alcanzaba la vista se extendían piezas labradas en metales preciosos y otros objetos que bastaron para persuadir a María Esquivel de que se encontraba frente al mayor tesoro del mundo.

—La mujer, codiciosa, delató a su marido ante las autoridades españolas. De poco le valió. Para entonces Carlos Inca ya había huido, refugiándose en Vilcabamba. Y con él se había llevado su secreto.

—Pero, madre, sólo es una leyenda —objetó Umina.

—Eso creía yo, hija, eso creía yo. Hasta que me topé con un viejo pleito.

Fue Uyán hasta un bargueño, sacó unos papeles amarillentos y se los entregó a la joven. Se remontaban aquellos documentos al año 1534, cuando los españoles habían procedido al primer reparto de solares de la recién conquistada Cuzco. Seguía luego, al cabo del tiempo, el litigio entre los vecinos y la Orden de Predicadores del convento de Santo Domingo. Disputaban por una acequia subterránea que bajaba desde lo alto de la colina y fortaleza de Sacsahuamán. Desde allí, aquel canal pasaba por la Colcampata, que estaba a media ladera. Recorría todo el subsuelo de la ciudad, atravesando las inmediaciones de la Plaza de Armas y la Casa de las Serpientes. Y concluía en el antiguo Templo del Sol. Es decir, en el convento de los dominicos.

—No es raro en el Cuzco —apuntó el quipucamayó—. A menudo aparecen estos canales al hacer obra en las casas sin que se sepa de dónde vienen, ni cómo se desparraman tales laberintos acuáticos.

—Pues eso sucedió con el de este pleito —siguió contando Uyán—. Los frailes de Santo Domingo lo han documentado a través de la donación del solar para levantar el convento. Su corriente alimenta la fuente octogonal del patio, hecha a la manera inca.

—Las malas lenguas sostienen que los dominicos dejaron en su claustro esa pila del antiguo templo pagano para no alterar la concesión de aguas original y que nadie se la disputara —hizo notar Chimpu.

—En cualquier caso —continuó Uyán—, en uno de estos documentos, un protocolo notarial, se cuenta cómo lograron los frailes demostrar que la acequia era la pleiteada. Subieron hasta lo alto de la fortaleza de Sacsahuamán con el escribano, y en uno de los registros del agua arrojaron unas plumas de colores, bien marcadas con muescas. Luego bajaron hasta el convento, y esperaron a que aparecieran allí las plumas. Con ello quedó también claro que su trazado discurría a buen recaudo por cañerías selladas, sin que se produjera desviación ni canal secundario que implicase servidumbre de riego o provisión de agua de ninguna especie.

—Debe de formar parte de la Chincana Grande —aventuró el quipucamayó.

—¿Qué es eso? —preguntó Sebastián.

—La Chincana era el laberinto de túneles que unía la fortaleza de Sacsahuamán con el Templo del Sol, pasando a través de los templos y los palacios de los incas construidos en la parte más antigua de la ciudad, el espolón de tierra entre los ríos Rodadero y Huatanay.

—El cuerpo del puma que delimitan los dos arroyos, por donde caminamos antes —añadió Umina, dirigiéndose al ingeniero.

—Eso es —confirmó el quipucamayó—. El agua servía allí arriba, en la fortaleza, para llenar el estanque de un observatorio en el que se reflejaban las estrellas durante el solsticio de junio. Mediante éste hacían las predicciones del año. Luego se abrían las compuertas del estanque y se dejaba bajar el agua hasta el Templo del Sol, donde manaba en esa fuente...

—Y sigue manando —precisó Fonseca—. Allí llené un odre. En el mismo sitio, en medio del claustro del convento de Santo Domingo. Eso quiere decir que ese conducto está abierto, no estamos hablando sólo del pasado. ¿Se sabe por dónde va?

El quipucamayó examinó aquellos papeles y respondió:

—Une en línea recta las principales iglesias de Cuzco: San Cristóbal, la catedral, Santa Catalina, la capilla de Santa Rosa y Santo Domingo, todas ellas construidas sobre antiguos templos incas. Debieron de aprovechar un conducto subterráneo natural para tener un escape desde la ciudad hasta la fortaleza de Sacsahuamán.

—¿Por dónde se puede entrar en él?

—En tiempos de los incas, se accedía desde algunos templos y palacios. Luego, los accesos fueron cegados al construir sobre ellos los españoles. Los únicos que los conservaron y ampliaron, al parecer, fueron los jesuitas. La entrada estaba entre las tumbas del panteón de la iglesia de la Compañía, en la Plaza de Armas.

—El problema es que ahora la usa el ejército como cuartel —objetó Umina.

—Eso es verdad, hija —dijo Uyán—. Pero la iglesia de los jesuitas y la Casa de las Serpientes, donde nos encontramos, se construyeron ambas sobre el Amaru Cancha, el antiguo palacio de Huayna Cápac. Comparten un manantial que proporcionaba agua cuando era sitiada la ciudad. Y desde ése se podía acceder al gran túnel que aseguraba la escapatória del Inca, permitiéndole huir hasta el cerro que la domina, dentro ya de la fortaleza de Sacsahuamán.

—O sea, que se puede llegar a ese panteón desde aquí. ¿Cómo no me lo habías dicho antes? —le reprochó Umina.

—Porque no lo sabía. Ni yo ni nadie. Ha surgido con todos los pleitos recientes, al revisar los derechos de agua de esta casa y los conductos de esa fuente que hay bajo el sótano y que fue cenada por razones de seguridad.

—¿Y cómo se entra en ese subterráneo desde aquí?

—Ha de ser la continuación de la escalera.

—¿El lugar donde está el león de piedra negra?

—Debieron de ponerlo para disimular la entrada. Una especie de guardián.

—Entonces, y si no entiendo mal, desde aquí podríamos llegar hasta el panteón de la iglesia de la Compañía de Jesús y, una vez en ese lugar, buscar la entrada al túnel principal —dijo Sebastián.

—Así es.

Discutieron aún largo rato. No pudieron disuadir al quipucamayó, que quiso ir con ellos a toda costa, e insistió en que debían llevar el quipu rojo.

La madre les propuso una solución: que Chimpu los acompañara, pero al cuidado de Qaytu, quien podría hacerse cargo del anciano si le flaqueaban las fuerzas.

—Además, Qaytu tiene más sentido común que vosotros dos juntos —dijo Uyán a su hija y a Sebastián—. Y mientras lo mando llamar haré que despejen esa entrada.

## Coricancha

La continuación de la escalera que se hundía en el subsuelo de la Casa de las Serpientes no desembocaba directamente en el panteón de la iglesia de los jesuitas.

Conducía hasta el manantial compartido por los dos solares en que fue dividido el antiguo Amaru Cancha. Las piedras talladas que lo delimitaban, así como el gran pilón hecho de una sola pieza, daban buena idea de la importancia concedida a aquel recurso y privilegio.

Desde allí, un pasadizo comunicaba la fuente con los subterráneos del templo de la Compañía. Se atenúa entonces la cantería incaica, más ciclópea, para dar paso a otra más liviana, a la española, labrada al modo de un mausoleo, con las lápidas de varias tumbas.

Proyectó Sebastián la luz del farol sobre ellas hasta detenerse frente a una. Y a medida que limpiaba el sano y la humedad de la piedra, trató de leer el nombre:

—¡Diego de Acuña! —se sorprendió.

Al acercarse Umina, ambos se quedaron mirándolo, en silencio. ¿Cómo no recordar el memorial y los últimos momentos de su Crónica, lo sucedido dos siglos antes, justo encima de donde ahora se encontraban?

—¡Lástima que un hombre de sus cualidades esté sepultado aquí, en una iglesia abandonada —dijo Umina.

Buscaron alguna otra indicación, pero nada más decía la escueta losa. Y Qaytu se impacientaba, junto a Chimpu, señalándoles lo que habían encontrado.

Se trataba de un abarrotado espacio, donde el panteón parecía transformarse en caótico trastero. El mayoral iluminaba un lienzo de considerable tamaño, completamente enmohecido. Tomó Sebastián un trapo y procedió a retirar la flor del hongo que lo cubría con su pátina.

Le ayudó Umina en aquella tarea. Avanzaron en la limpieza desde cada uno de los dos extremos, hasta juntarse en el centro. Y en ese trayecto fue emergiendo una imagen que el ingeniero conocía bien: la misma de aquel grabado que parecía perseguir a los Fonseca. A la izquierda se representaba el matrimonio de la sobrina de Túpac Amaru, Beatriz Clara Coya, con Martín García de Loyola, el sobrino nieto de san Ignacio. Y a la derecha el de la hija de ambos, Lorenza Ñusta, con Juan Enríquez, nieto de san Francisco de Borja.

—Aquí está. El cruce de la genealogía de los incas con la de los jesuitas —dijo Sebastián.

Desde la perspectiva del presente, aquella pintura parecía profética, al ligar la Compañía su suerte al linaje del Tahuantinsuyu, vinculándose con su aciago destino.

—Mira eso —observó Umina señalando a una de las princesas del cuadro—. El vestido es muy parecido al que me puse anoche para la cena. Lleva los mismos *tocapus* de la familia de mi madre, esas cenefas con dibujos heráldicos de colores.

De nuevo el pasado les saltaba a la cara y a la memoria. Había algo de triste obsesión en aquel lienzo, como en tantos otros de la escuela cuzqueña. Y mucha desesperación en el permanente trabajo de los pinceles contra el olvido, ocupados sin tregua en reproducir tan desalentadoras imágenes de sus reyes incas. Acongojaba aquel melancólico despliegue de sombras ceremoniales. Sobre todo al acordarse de la Crónica de Diego de Acuña, tan transida del mismo sentimiento.

Sabía bien Sebastián de la destreza de los jesuitas para poner figuras a los conceptos, y clavar éstos de modo indeleble en la carne viva de las emociones más tiernas de sus pupilos. Él mismo había usado la técnica del *examen de conciencia* y la *composición de lugar*. En realidad, aún la seguía practicando para ordenar sus impresiones más huidizas. Muchas veces, en el Colegio Imperial de Madrid, ocupado en el cotidiano trasiego de imágenes, se había sorprendido al no poder librarse de ellas durante el sueño. Regresaban, libres de sus anclajes, navegando a la deriva y colándose de rondón en las estancias inadvertidas de sus temores más íntimos, desplegado su cortejo, celebrado sus imprevisibles nupcias. Y la mezcla había llegado a constituir una segunda naturaleza.

Con todo, pocas veces había visto un símbolo tan elocuente de la condición mestiza. A través de aquel cuadro no sólo bullían sangres y razas, sino dos pueblos armados de sus propias tradiciones. Y a pesar de los afanes celebratorios de los reverendos padres, de tanto alarde y apoteosis, podía sentir sus congojas y sometimientos. Le bastaba dejarse llevar por la voz de Umina, cuando ella cambiaba del español al quechua para pronunciar los nombres de los soberanos incas.

Los sacó de su ensimismamiento el quipucamayó, anunciándoles lo que había encontrado Qaytu en sus exploraciones:

—Poco más allá ya no aparecen sillares en el pasadizo.

En su lugar hallaron tierra excavada.

—Aquí se aprecian las señales de los picos en la arcilla. Esto es obra de españoles.

Se miraron, inquietos:

—¿A dónde conducirá esto? —preguntó Umina.

—Quizá sea el acceso al túnel principal —aventuró Sebastián.

Trataron ambos de convencer a Chimpu para que no continuase y regresara por donde había venido.

—Me encuentro bien —les aseguró el anciano—. Y nunca me perdonaría desperdiciar esta oportunidad única para visitar el Coricancha. Además, sin mí, ¿cómo vais a entender lo que hay en esa tumba?

A medida que se internaban entre aquellos conductos arcillosos fue aumentando la sensación de humedad. Empezaron a percibir las filtraciones de agua.

—Creo que es el río Huatanay, que cobra mayor impulso al bordear los restos del Coricancha —dijo Chimpu.

El túnel pareció confirmar sus palabras, al ampliarse, revestirse de sillares y conducirlos hasta una pared soberbiamente aparejada. Allí la cantería inca estaba trabada a la perfección, trazando una impecable curva de gran sutileza.

Umina examinó las piedras, siguiendo con los dedos el perfil de un dintel.

—Aquí hay una entrada —afirmó—. Esto sólo puede ser la cabecera del antiguo Templo del Sol, que ahora sirve de ábside a la iglesia del convento de Santo Domingo, donde estuvimos en aquel funeral.

El acceso a la galería estaba cegado por la grava. Sebastián y Qaytu hubieron de echar mano de los picos que llevaban para retirar aquel primer escollo. A medida que lo hacían fue apareciendo un estrecho vano que hendía la pared en todo su grosor.

La impaciencia los llevó a redoblar sus esfuerzos, sin calcular que los golpes repercutían de modo muy directo en la cabecera de la iglesia de los dominicos y en su altar mayor.

Al retirar la última capa de cascajo y aluvi6n se abri6 ante ellos un recinto. Tan pronto hubieron liberado un estrecho agujero, Fonseca introdujo la cabeza y se asom6 a su interior.

—Aquí está la cripta.

Animados por aquel descubrimiento, aceleraron el desescombroy, hasta acceder al interior de una b6veda de considerable tama6o.

—Esto parece obra espa6ola.

Se lo confirmaron sus paredes, los nombres de las l6pidas y las fechas, del siglo XVII.

Pero al cabo de un minucioso examen la decepci6n apareci6 en sus rostros. No era aquello lo que andaban buscando. Chimpu se6al6 la escalera de piedra que descendía desde lo alto, cenada por una trampa de madera y les advirti6:

—Estamos debajo del altar central de la iglesia del convento. Y esa tumba que buscamos debe encontrarse a mayor profundidad. Hay que revisar las losas que pisamos. La disposici6n pudo cambiar tras el terremoto que sacudi6 Cuzco en mil seiscientos cincuenta.

En uno de los rincones había nuevos escombros. Al apartarlos, apareci6 el inicio de una rampa que se adentraba en el subsuelo.

—Tendremos que seguir excavando —admiti6 Sebasti6n, resignado.

—Con cuidado, por favor, o nos oir6n desde arriba —les pidi6 Umina se6alando la trampa de madera que comunicaba la b6veda con la iglesia.

Se refería a las voces que sonaban encima de ellos, cánticos y rezos propios del oficio religioso.

Hubieron de ahondar en el desescombroy tratando de no golpear las paredes maestras, que compartían con el templo cristiano. Y al cabo de aquella faena qued6 expedito el pasadizo.

Sebasti6n se arrastr6 por 6l hasta toparse con un subterráneo bien distinto del anterior. Lo examin6 antes de dejar caer el farol, y descolgarse 6l mismo. Luego, recorri6 aquel reducto y vio que se hallaba vaci6 por completo.

—¡Aquí no hay nada! —grit6.

—Baje la voz —le pidi6 Chimpu—. Y mire bien las paredes. Busque desajustes en las piedras.

Así lo hizo. Vio que en uno de los muros los sillares no encajaban bien, como si hubieran sido movidos. Al limpiar el polvo y las telara6as apareci6 el contorno de lo que bien podría ser un antiguo acceso. Tambi6n, un conducto para el agua, que atravesaba la pared. Debía tratarse de la misma ca6era del pleito que les mostrara Uy6n, y la que viera manar en la fuente octogonal del convento. Dedujo que desde allí se encaminaba hasta el claustroy. En ese caso, estaban en el buen camino.

Cuando se lo hubo comunicado a sus compa6eros, el quipucamay6 les pidi6 que lo ayudaran a bajar. Y una vez que se unieron Umina y Qaytu, confirm6 sus sospechas.

—En este lugar había un pasadizo, no cabe duda. Lo debieron de cegar con este relleno tras el terremoto, porque las piedras no cargan unas sobre otras.

—Entonces podemos abrirlo sin temor a que se derrumbe.

Buscaron un hueco donde asentar los picos para hacer palanca. Los sillares de granito eran muy pesados. Pero al no soportar directamente la carga del muro lograron desencajarlos poco a poco.

Hasta que, de pronto, al remover uno de ellos se produjo un silbido.

—¿Qu6 ha sido eso? —pregunt6 Umina.

—Gases. Suele haberlos en las c6maras cenadas. Y a veces son un peligro, hay que apartarse —precis6 Sebasti6n.

Esperaron unos momentos antes de reanudar su trabajo. Al empujar una de las piedras, cedió, cayendo hacia dentro. A través del hueco se veía un pasadizo. Y al final de éste se adivinaba una cámara más amplia.

A medida que iban retirando el relleno que cegaba el antiguo conducto inca, oyeron crujidos.

—El terremoto pudo desajustar la pared. Tendremos que apuntalar esto —dijo Sebastián.

Cuando hubieron pasado al otro lado, colocaron en el hueco dos de los sillares, de modo que sujetaran provisionalmente el muro. Y al adentrarse en el conducto salieron, por fin, a una cripta con varias tumbas. Su aspecto era muy distinto de la anterior, tanto en la cantería como en los monumentos funerarios, que no se hallaban en las paredes, sino exentos.

La emoción les embargaba a medida que la recorrían con sus faroles. No se atrevían a respirar, a la espera del veredicto del quipucamayó.

—Se trata de la bóveda de los incas, ciertamente —aseguró Chimpu, señalando el gran sepulcro que presidía el recinto.

Era el de mayor rango, y estaba marcado con una cruz. Umina se acercó hasta él para leer con voz entrecortada las tres palabras que componían el nombre y que resonaron como una invocación.

—Felipe Túpac Amaru.

—Hay que comprobar que se trata de él —añadió Chimpu.

Se afanaron los cuatro para recorrer la tapa. La pesada losa fue deslizándose poco a poco. Aparecieron primero unos zapatos gordos de hocico con tacones altos. Siguió luego un vestido de color naranja, de paño antiguo y mucho mérito. Llevaba encima un *uncu* de color negro de gran ceremonial. Y a medida que terminaban de apartar la piedra fueron descubriendo un cuerpo de considerable estatura, con los brazos tendidos hacia las rodillas.

Al llegar a la cabeza vieron que la tenía separada del cuerpo. Las dos partes estaban momificadas y en un estado de conservación más que aceptable.

—Es Túpac Amaru, no cabe duda —dijo Umina con un nudo en la garganta, y la turbadora impresión de quien está contemplando a uno de sus antepasados. El último Inca.

Qaytu se hizo a un lado, con respeto, mientras Chimpu musitaba unas palabras en quechua.

Al vislumbrar otros sepulcros, Sebastián se había apartado para no estorbar el recogimiento de sus compañeros. Entre las restantes tumbas destacaba la de Sayri Túpac, el hermano de Túpac Amaru que le había precedido en el trono de Vilcabamba. De manera que allí se encontraban dos de los Incas que reinaran en la Ciudad Perdida.

Pero el tiempo corría en contra suya. Era muy arriesgado permanecer en aquel lugar, donde podían sorprenderlos y caer sobre ellos de improviso con sólo abrir la trampilla situada junto al altar mayor de la iglesia de los dominicos.

El sepulcro que les interesaba ahora era otro.

Sebastián buscó más al fondo. Por las inscripciones grabadas en las lápidas, no le costó mucho identificar la tumba de Beatriz Clara Coya y de Quispí Quipu. Suntuosa la primera; mucho más modesta la segunda.

Y aún había una tercera, al margen de toda jerarquía. Además del nombre, llevaba esculpido el inconfundible nudo de sangre a modo de emblema, en lugar de las cruces que presidían los otros sepulcros.

Sintió un escalofrío mientras tanteaba aquellas señales con las yemas de los dedos. A su memoria

acudieron los retazos del escudo familiar y la tumba vacía del castillo en tierras gaditanas.

Una mano se posó en su hombro. Era Umina, que se le había unido y ahora se agachaba junto a él. Lo miró, adivinando sus pensamientos, mientras recorría con la vista las letras que se hundían en la piedra.

—«SIRAX» —leyó la joven—. ¿Es ella, verdad?

—Es ella, por fin. No me lo puedo creer.

Se alzaron, haciendo una seña a Qaytu para que los ayudara a abrir y descorrer la tapa del sepulcro.

—Con cuidado, con mucho cuidado —pidió Umina—. No sabemos lo que hay dentro.

La losa era más ligera que la de Túpac Amaru, y el cuerpo que fue apareciendo mucho más menudo. También estaba momificado, e igualmente bien conservado, desde la cabeza hasta los zapatos negros picados a la antigua. Tenía cruzadas las manos sobre el pecho, la derecha sobre la izquierda.

La examinaron de arriba abajo, tratando de hallar alguna pista sobre el itinerario a la Ciudad Perdida de los incas.

Pero lo que veían los dejó desconcertados. Allí sólo yacía la momia de Sirax.

—¿Esto es todo? —preguntó Umina, con incredulidad.

—Pongámonos en su lugar —dijo Sebastián—. En un país extraño, cuya lengua no hablaba, sin saber lo que era la escritura. Intentando dejar a los suyos un mensaje que debía sobrevivir a dos océanos y luego, una vez aquí, a la cordillera. ¿Cómo pudo indicar el paradero de Vilcabamba? ¿Un mapa en papel?

—No, porque podrían haberlo interceptado y robarlo —contestó la joven.

—¿Un quipu?

—Aquí no hay ningún quipu —señaló Chimpu.

Volvieron a inspeccionar el sepulcro, ahora con impaciencia. Buscaron y rebuscaron por todos sus resquicios. Y tras aquel minucioso registro hubieron de rendirse a la evidencia.

—Lo que tenemos es una momia envuelta en una tela blanca, y nada más —concluyó Sebastián sin poder ocultar su decepción—. ¿Seguro que no ha entrado alguien antes?

—Usted mismo lo ha visto —le respondió el quipucamayó—. Desde luego, no en tiempos recientes.

Pero Umina no se rendía fácilmente. Había seguido examinando el cuerpo, y ahora les pedía silencio:

—Un momento. A ver qué hay debajo de esta *ñañaca*.

Se refería al paño que rodeaba la cabeza del cadáver, para recoger sus cabellos. Y lo que vieron cuando lo hubo retirado los dejó pasmados.

## En el Vientre del Puma

Al despojar a Sírax de la manteleta que cubría su pelo, éste se esparció sobre la tela blanca del sudario, mostrando la laboriosidad del peinado. Una trenza se asentaba en lo alto de la cabeza, con un rodete circular. Y desde allí irradiaban otras más finas, descolgándose en torno suyo, pautadas a intervalos regulares por una serie de nudos.

Umina fue recorriendo aquellos trenzados que brotaban como una diadema.

—Exactamente cuarenta y uno —aseguró—. Déjame el quipu rojo —pidió a Sebastián.

Se desabrochó el ingeniero la camisa y lo desató de su cuello, para tenderse. Tomó ella en sus manos aquellas cuerdas rojas, y fue recorriendo sus nudos, comparándolos con los de las trenzas.

—No cabe duda, este peinado tiene la misma forma que el quipu —concluyó la joven.

—¿Cómo han podido conservarse tan bien los cabellos? —preguntó Fonseca.

—Era una de las partes de su cuerpo que más mimaban las princesas incas, lavándolo con jugos de plantas. Pero Sírax lo llevó hasta el extremo de convertirse ella misma en un quipu que la sobreviviera.

—De modo que lo reprodujo exactamente en su pelo, antes de encuadernar la Crónica con él.

—Seguro que se sabía ese quipu de memoria —afirmó Umina.

—Y que tuvo buenos motivos para copiarlo —insistió Sebastián—. Pero entonces, ¿qué le añade este peinado? —Quizá esto.

Señaló ella un hilo rojo que enlazaba transversalmente varios de los nudos de las diferentes trenzas que irradiaban del rodete y añadió:

—Si el quipu que llevas al cuello es un mapa, si sus cuerdas señalan los ceques y sus nudos las huacas, este hilo trazaría el itinerario hasta la Ciudad Perdida.

—En ese caso, tenemos que incorporar ese recorrido al quipu.

—Nada más fácil —le contestó Umina.

Y desatando el cordón de seda blanca con que ceñía su cabello se lo tendió a Chimpu, para que uñera en las cuerdas equivalentes del quipu rojo los mismos nudos que aparecían enlazados en el tocado de Sírax.

—Si deseaba dirigirse a su gente, ¿por qué tuvo que recurrir a un mensaje así? —preguntó Sebastián—. Era muy arriesgado, y podría haberse perdido fácilmente.

Se miraron los dos jóvenes, tratando de colmar con sus conjeturas las lagunas que mediaban entre la Crónica de Diego de Acuña y los documentos hallados en Lima. Algo grave, muy grave, le había sucedido a aquella mujer, hasta verse obligada a proceder de un modo tan desesperado. ¿A qué problemas hubo de enfrentarse Sírax para que sólo pudiera confiar en su propio cuerpo?

—La respuesta debe estar en el itinerario que señala este hilo —aventuró Umina.

—Pero ¿cómo conocer la correspondencia de ese trayecto con el suelo? —volvió a la carga el ingeniero. Y añadió, dirigiéndose al quipucamayó—: Porque esos ceques o radios que salen desde el Cuzco en todas direcciones, ¿son líneas tangibles? ¿Se pueden ver cuando uno camina por ellas?

—No —respondió Chimpu—. Son tan imaginarias como las fronteras de un mapa. Resultan de

unir varias huacas que están sobre el terreno, a veces a considerable distancia unas de otras.

—Eso quiere decir que quienes las trazaron perderían muchas veces la visibilidad de las huacas contiguas.

—Así es, las hay que están separadas por montañas u otros obstáculos.

—¿Y cómo podían alinearlas con los ceques más allá del horizonte si las perdían de vista?

—Mediante las estrellas. Los principales lugares contaban con observatorios astronómicos. En el caso de Cuzco, estaba en lo alto de la fortaleza de Sacsahuamán.

—Entonces sólo sabremos cómo se corresponde este itinerario con el suelo si disponemos de los instrumentos de medición que usaron allí los incas para tejer este quipu que recoge los ceques y huacas...

Se interrumpió al oír en ese momento un ruido sordo en el otro extremo del pasadizo por el que habían accedido a la cripta.

—¿Qué ha sido eso? —dijo Umina

—Parece un desplome.

Miraron al techo. Estaban debajo de toneladas y toneladas de piedra sillar. Si se derrumbaban sobre ellos, o se cegaban los conductos que habían utilizado, nadie podría rescatarlos.

—Creo que ahora necesitamos algo mucho más urgente: salir de aquí —se lamentó Fonseca. Y dirigiéndose a Chimpu, le preguntó—: ¿Ha terminado de copiar el itinerario en el quipu rojo?

—Sí, aquí lo tiene —le aseguró el anciano mientras se lo devolvía—. Ahora están unidos los mismos nudos de las mismas cuerdas que en ese peinado.

Al intentar volver sobre sus pasos sintieron sobre ellos un fuerte estruendo, y una polvareda se les vino encima, invadiendo el pasadizo.

—¡Atrás, atrás! —gritó el ingeniero.

Pronto cedió por entero, llenándose de grandes piedras.

—Ha caído el muro maestro. Ahora no podremos mover los sillares.

Recorrió con el farol las restantes paredes. Tampoco se apreciaba en ellas salida alguna.

—¡Dios! —se lamentó Fonseca—. Estamos sepultados entre los cimientos de ese Templo del Sol, y tenemos encima la iglesia del convento.

—Ha de haber otra salida —dijo Umina.

—El problema es cómo encontrarla... —Giró sobre sí mismo y añadió—: ¡Un momento!

Se había encaminado hasta el fondo de la bóveda y tanteaba en el suelo. Volvió luego, tomó su pico y dirigiéndose a Qaytu, le pidió:

—Vamos a perforar el canal embebido entre el suelo y el muro. Nosotros no podremos dar con esa salida. Pero el agua sí, de ser ciertos los papeles de ese pleito que nos enseñó la madre de Umina.

Tras los primeros golpes toparon con la corriente, que empezó a brotar, inundando la cripta. Demasiado tarde se dieron cuenta de que, al bajar desde lo alto, tenía una presión considerable. Cada vez salía más aprisa, taponando con sus arrastres el desagüe y haciendo subir el nivel de un modo alarmante. Pronto los cubrió hasta medio cuerpo.

—¡Menuda idea la mía! —se maldijo el ingeniero—. Si continúa a este ritmo, moriremos ahogados.

Se disponían a subir a Chimpu sobre uno de los sepulcros, para mantenerlo a salvo de las aguas, y a hacer ellos lo propio, cuando oyeron un crujido. Era la pared del fondo, que estaba cediendo. El

agua había buscado una ruta alternativa entre las grietas provocadas por el derrumbe, hasta resquebrajar el muro. Éste se estaba abombando, deformándose.

Hubo una brusca sacudida y la pared se desplomó hacia fuera.

La corriente los succionó, arrastrándolos hasta arrojarlos contra un cauce subterráneo natural. Tras algunos forcejeos, fue Qaytu el primero que pudo sujetarse, ayudando a los demás a salir a tierra firme.

—¿Estamos todos bien? —preguntó Umina.

Fueron respondiendo uno tras otro. La joven hizo señas a Sebastián y a Qaytu para que ayudaran a Chimpu, que era el más quebrantado.

—¿Se ha roto algo? —se interesó ella.

—Creo que podré caminar por mí mismo —respondió el viejo quipucamayó.

Habían perdido las linternas con las que se iluminaban. Y, sin embargo, podían ver sin demasiada dificultad.

—¿De dónde viene la luz? —preguntó Fonseca—. De ahí —le respondió la joven.

Señalaba una estrecha hendidura que descendía desde considerable altura.

—O mucho me equivoco, o estamos debajo de la fuente octogonal, en medio del claustro. Con el reventón, ha dejado de manar.

—Eso quiere decir que, en cuanto investiguen lo sucedido, Carvajal estará sobre nuestra pista.

—Y no le va a gustar nada que nos hayamos adelantado.

—Quien más me preocupa es mi madre —confesó Umina.

—Ese hombre no se atreverá con ella —intentó tranquilizarla Chimpu—. Uyán tiene amigos muy influyentes en el Cuzco.

Consideraron sus posibilidades. Ante ellos se abría un conducto subterráneo que se iba ampliando al recorrerlo, como pudieron comprobar Sebastián y Qaytu en una somera exploración. Trajeron también un par de antorchas de las que flanqueaban las paredes a intervalos.

—No tenemos otra salida que este pasadizo —aseguró Fonseca. Y añadió dirigiéndose al quipucamayó—. ¿Se siente con fuerzas?

—Por nada del mundo me lo perdería —respondió el anciano—. Éste es el túnel que atraviesa toda la ciudad en paralelo a los dos ríos y que conduce hasta lo alto de Sacsahuamán.

Debía de ser el antiguo cauce, antes de que la colina lo separase en dos. Tras quedar bajo tierra, los incas lo habían apuntalado para contar con una ruta de escape. Así lo confirmaba la calidad de sus refuerzos de piedra. Y al adentrarse en él se percibía el gorgoteo de las cortinas subterráneas.

Allí, más aún que en la superficie, se agudizaba el conflicto de jurisdicciones que libraban desde lo más hondo la ciudad española y las civilizaciones que la precedieron, sepultadas bajo el puma rampante que dibujaba la antigua capital, delimitándola. Ahora avanzaban a través del vientre de aquel animal sagrado, devorados por él, encaminándose hacia su garganta y boca. Y al internarse en sus entrañas parecía ceder la rebatía de conquistas, pergaminos y probanzas. Todo volvía a su estado mineral originario: la piedra a la piedra, el agua al limo, tras bajar desde los lejanos nevados y rendir allí sus esfuerzos.

El largo recorrido resultó en extremo fatigoso. La cuesta arriba se hizo más acusada y brusca al acometer la subida a las tenazas de la Colcampata, el palacio del primer Inca, edificado en la falda del promontorio que dominaba Cuzco, y a cuyo través ascendía el túnel en espiral, empujándose en la

colina.

—Ahora ha de venir el mayor peligro —les previno Chimpu—, la *Chincana Grande* que protege esta entrada.

Se refería al laberinto de pasadizos subterráneos que comunicaba las distintas fortificaciones de Sacsahuamán, labrado con tantas calles y pasajes, tantas vueltas y revueltas, que hacían perder la orientación.

Sebastián, que llevaba una de las antorchas, les pidió que guardaran silencio:

—Escuchad.

Se oía un ruido lejano, en oleadas intermitentes. Un rugido que parecía venir de lo alto, a medida que enfilaban los tramos más cortos y accidentados del laberinto, llenos de recodos que no permitían saber con qué se iban a encontrar al doblarlos.

A medida que los recoman, el rugido se escuchaba más cercano y amenazador, haciendo vibrar las paredes del túnel.

—¿Qué es eso? —preguntó Chimpu.

Ninguno quiso decirlo, pero a sus memorias acudió la historia de Carlos Inca y María Esquivel que les contara Uyán, cuando aquel antepasado suyo vendó los ojos a su esposa para acallar los reproches que le hacía, conduciéndola hasta el tesoro de los incas. Se estremecieron al acordarse de aquel rugido, como de «fiera descomunal», que había hecho castañetear los dientes de la mujer.

Pero nadie más asustado que el viejo quipucamayó. Había oído hablar tanto de aquel dédalo de galerías, de sus peligros y sobresaltos, que todo le parecía posible en semejante lugar. Pues de algún modo debía ser protegido el acceso desde la colina, repartido a lo largo de toda la fortaleza y de su sistema de aljibes y captación de aguas.

Dio la alarma Umina, gritando el nombre de Qaytu, que caminaba delante con la otra antorcha. De pronto, había desaparecido.

Avanzó hacia él Sebastián, y al doblar una de las paredes de aquel dédalo una fuerte corriente de aire apagó su tea, arrebátandose la de las manos. Trató de encontrarla en aquella oscuridad. Y fue al tantear cuando se tropezó con el mayoral.

—¡Qaytu está aquí! —gritó en dirección a Umina y Chimpu, intentando hacerse oír por encima de aquel ruido ensordecedor que saltaba de los tonos más graves y lúgubres hasta un aullido agudo que ponía los pelos de punta.

—¿Dónde están las antorchas? —le preguntó la joven.

—Las hemos perdido.

—Imposible avanzar a oscuras.

—Creo que no tenemos elección. Aunque las encontráramos, no podríamos encenderlas con esta corriente de aire.

—¡Hemos de abandonarla! —gritó ella, para hacerse oír.

—Quizá sea la única garantía de que nos acercamos a la salida.

Intentaron avanzar contra el vendaval y la oscuridad.

—Iré yo delante —propuso Sebastián—. Daré el brazo a Qaytu, que me sujetará cuando yo le avise de algún pozo u obstáculo. Detrás de él irá Chimpu. Y Umina cenará el grupo.

Fue advirtiendo Fonseca a sus compañeros de todos los tropiezos, en aquel lento y angustioso ascenso. Pronto se encontraron subiendo por una amplia rampa, que alternaba en los tramos más

cenados con una escalera de caracol. Los peldaños eran muy altos y resbaladizos. Y tan erosionados e inseguros que cualquier traspies provocaría una peligrosa caída. Hubieron de salvarla con infinitas precauciones.

Animados como subían al núcleo que servía de eje a aquella espiral, comprobaron que era de allí de donde salía el estremecedor sonido, al modularse con el soplado de las corrientes laterales que barrían el dédalo. Lentamente, fue cediendo aquel ciclón que azotaba el laberinto en transversal. Empezó a vislumbrarse una luz tenue, procedente de lo alto.

—Es extraordinario —dijo Chimpu—. Estamos en la garganta del gran puma que forma la ciudad. Y estas corrientes de aire y el sonido que producen han de asustar a cualquiera que pretenda meterse dentro.

Cuando aumentó la luz se dio cuenta Fonseca del modo tan cuidadoso en que había sido diseñado tanto aquel conducto central como los laterales que provocaban las corrientes. Capturaban el aire en amplias galerías que luego iban estrechándose, obligándolo así a ganar en velocidad, provocando vibraciones que variaban al pasar por los diferentes orificios, como el tañido de una gigantesca y lúgubre caracola. Ello, unido a la oscuridad total y a la imposibilidad de encender allí luz alguna, hacía zozobrar el sentido de la realidad, dejando a los intrusos a merced de sus peores tenores.

Se detuvo el ingeniero, para reponer fuerzas, y cuando hubo recuperado el resuello, preguntó al quipucamayó:

—¿Cómo se orientaban aquí los incas?

—Al parecer, gracias al Punchao que estaba en el Coricancha. Durante el solsticio de junio, el sol incidía en una patena alrededor de la cabeza del ídolo, concentrando los rayos en otros espejos cóncavos repartidos por todo el túnel. Estaban afinados con tal precisión que la luz así reflejada desvelaba el recorrido del laberinto.

Retomaron la marcha hacia el ascenso final, que les permitía ver ya la luz. Apenas les faltaban dos cuerpos para salir de aquel conducto cuando Sebastián hizo un nuevo alto.

—Un momento —les pidió—. No nos precipitemos. ¿Qué es lo que nos espera ahí?

—Con un poco de suerte, estaremos en la fortaleza de Sacsahuamán —respondió Chimpu.

—Pero esa colina es inmensa —objetó Umina—. Y con las vueltas que hemos dado en esas galerías ignoramos dónde habremos ido a parar.

## Agua de Estrellas

Decidieron que Sebastián y Qaytu se asomarian al aire libre de un modo concertado. Cada uno lo haría en una dirección distinta, para prevenir cualquier peligro. Cuando se acercaron y miraron hacia lo alto se quedaron sorprendidos al comprobar que el conducto por el que entraba la luz del sol desembocaba a través de un orificio semejante en todo al brocal de un pozo.

Al trepar por él y otear el exterior se encontraron en el centro de una extraña construcción de piedra. A su alrededor se extendía un amplio círculo vacío, rodeado por tres muros paralelos de pequeña altura. Se desplegaban éstos dibujando otros tantos anillos concéntricos, cruzados por doce paredes transversales, como segmentos de radios.

—¿Qué es esto? —preguntó el ingeniero al mayoral.

Qaytu se encogió de hombros, dando a entender que aún no acababa de hacerse cargo de dónde se hallaban.

No se veía a nadie. Al salir constataron que estaban en el núcleo de lo que, a juzgar por su envergadura, podría tomarse por las ruinas de una fortaleza. Debía de coincidir con la cabeza del gran puma rampante que cerraba la ciudad por el noroeste. Y, dentro de aquel plano o diseño, el agujero por el que habían emergido desde el interior era como el ojo vigilante del animal.

Se encontraban en lo alto de la colina de Sacsahuamán que dominaba Cuzco. Y al mirar hacia la ciudad extendida a sus pies advirtieron gran despliegue de tropas en las puertas. Se acercaba el tiempo de las ejecuciones de los rebeldes y los controles parecían mayores aún de lo habitual. No se distinguía desde allí el campamento de Carvajal y Montilla, junto al convento de Santo Domingo. Pero ya habrían descubierto lo sucedido en la cripta, y andarían buscándolos.

Cuando hubieron ayudado a Umina y a Chimpu a salir del orificio, el quipucamayó examinó con detenimiento la construcción.

—Parecen los cimientos de una ciudadela —aventuró Sebastián.

—Creo que son los del torreón de Muyumarca —añadió Umina.

—Así lo llaman —corroboró el anciano—. Pero ni son cimientos ni forman parte de ningún torreón.

—¿Qué son entonces? —se interesó Fonseca.

—La solución a los problemas que usted me planteó antes —aseguró Chimpu—. Yo sólo conozco las huacas de las inmediaciones del Cuzco, los accidentes del terreno y los hitos hasta donde alcanza el horizonte desde aquí, desde lo alto de esta colina. ¿Recuerda que me preguntó cómo se prolongaban las líneas de los ceques más allá de las montañas que rodean esta ciudad?

—Sí. Usted me contestó que mediante las estrellas. Y que para saber cómo funcionaba el quipu rojo habríamos de recurrir al mismo sistema de medición que usaron los incas para tejerlo.

—Exactamente. Pues bien, estamos dentro de él.

—¿Esto?

—Es un observatorio astronómico. Las tres circunferencias que rodean el agujero por el que hemos salido y los doce segmentos de radios que las atraviesan forman parte de él. Nos encontramos

en un enorme reloj solar y calendario. Con él controlaban las estaciones, establecían las tareas agrícolas y las grandes festividades. La mayor de todas tenía lugar por estas fechas, durante el solsticio de junio, el Inti Raymi.

—¿Y este gran redondel que rodea el brocal?

—Servía para observar las estrellas durante la noche. Aunque ahora esté seco, en realidad es un estanque circular. En tiempos de los incas había una fuente. Con el agua de ésta llenaban la alberca y por la noche la usaban como un espejo para ver el cielo. Hacían las anotaciones correspondientes en los anillos concéntricos de piedra, tomando como referencia esos doce segmentos de radios y otras marcas que había en ellos.

—Entonces, si lo llenamos de agua, esperamos a la noche y recuperamos su uso, podríamos reconstruir el sistema que utilizaban los incas y conocer la orientación de ese itinerario que hemos copiado en el quipu.

—El quipu rojo ha de estar ajustado mediante este observatorio. Pero tendremos que pasar aquí toda la noche.

—No podemos desaprovechar esta oportunidad.

—¿Se arrepiente ahora de que los haya acompañado?

—Si he de serle sincero —confesó Fonseca—, cuando me veía a mí mismo resollar en esos malditos escalones, pensaba en usted. Y me entraba tal coraje de no oírle quejarse que es lo único que me ha servido de acicate ahí adentro. Puro amor propio.

—¿Y qué me dice de Umina? —le preguntó el quipucamayó con complicidad.

—Me tiene admirado. Nunca vi una mujer tan valiente.

—Tampoco yo, y por lo menos le doblo a usted la edad —se rió Chimpu—. Ni tan guapa. Claro que todo eso tiene su explicación.

—¿Ah, sí?

—Los miembros de la casa real matrimonaban con las doncellas más hermosas, escogidas en todo el imperio. Luego tenían descendencia con sus favoritas, y éstas debían imponer a sus hijos en la línea dinástica. Necesitaban mucho carácter para sobrevivir a las intrigas palaciegas. Y de casta le viene al galgo.

Después de un examen a fondo, Sebastián comprobó que el estanque central estaba seco porque la corriente de agua que lo nutría había sido desviada hacia el río Rodadero. Pero el canal y las compuertas aún podían apreciarse y se hallaban en buen estado.

—Creo que se podría restablecer fácilmente la irrigación, llenar el estanque y usarlo esa noche.

—Y tenemos el quipu. Magnífico. He soñado con algo así toda mi vida —admitió Chimpu, frotándose las manos.

Con la ayuda de Qaytu, se puso el ingeniero manos a la obra. No fue tarea ardua. Y al concluir decidieron reponer fuerzas, dando buena cuenta de las provisiones que habían llevado.

Tras ello, mientras esperaban que anocheciera y se llenase el estanque, Umina y Sebastián procedieron a un cuidadoso examen del lugar para evitar imprevistos.

Lo primero que se encontraron, mirando hacia el norte, en los promontorios que se divisaban desde la ciudad, fue un cerro remodelado para conseguir que su perfil ostentase en horizontal la efigie del rey Carlos III, tal y como aparecía en las monedas. Vano intento de obligar a los indios a expresar fidelidad a un monarca tan lejano, recurriendo a sus ancestrales costumbres de esculpir a gran escala

los accidentes del terreno. Pues, como le explicó Umina, sus antepasados creían que los incas habían salido de la propia tierra, de las piedras, y el primer rey que los gobernó surgió de su interior, de una cueva.

Volvieron luego la vista al otro lado, hacia la ciudad, que desde aquella fortaleza de Sacsahuamán se dominaba en toda su extensión.

—Cuzco es hermosa, muy hermosa —dijo Sebastián.

—Cuando subía aquí de niña, a jugar con cometas, mi madre me explicó muchas veces cómo era en tiempo de los incas —recordó la joven, melancólica.

Y calló largo rato.

—¿Estás preocupada por ella, verdad? —le preguntó.

—No debería hacerlo —contestó Umina—. Chimpu lleva razón, Carvajal no se atreverá a molestarla. Pero ya has visto cómo es mi madre. No le gusta desentenderse de los problemas, se los toma muy a pecho, como suyos. Estará al tanto de lo sucedido.

—¿Te refieres a lo que ha pasado en Santo Domingo?

—Habrá estado pendiente, ya sabrá lo del derrumbe. Y si empieza a revolver amistades e influencias, puede empeorar las cosas. Casi la que me da miedo es mi madre. Hace tiempo que debería haberse retirado a nuestras tierras de Yucay.

—¿Tú crees que con la ciudad pendiente de esas ejecuciones va a importarles lo que haya podido pasar en el convento?

—Al corregidor de la ciudad no, desde luego. Pero Carvajal y Montilla están acampados allí mismo, ya saben bien lo que hacen... En fin, no quiero seguir pensando en ello. Tenemos lo que andábamos buscando y hemos de averiguarlo sin más tardanza.

Siguieron examinando la fortaleza. En realidad, aquello era mucho más que una ciudadela. Sus extensas terrazas estaban reforzadas por muros ciclópeos, ásperos y recostados, que no se limitaban a sujetar la tierra. Los enormes bloques se extendían por el terreno en zigzag, como los dientes de una sierra. No eran piedras domesticadas o inertes.

Se las diría vivas, celebrando todavía la luz y el aire de las pampas de las que procedían. Y con el sol rasante del atardecer semejaban la mandíbula abierta de un dragón o un monstruo fabuloso. Quizá los dientes del puma que simulaba el perfil de Cuzco.

Sus dimensiones eran tan formidables que no parecían sillares, sino parte de la montaña. Había piedras que superaban en altura a tres hombres puestos uno encima del otro, y en anchura a otros tres con los brazos extendidos.

—¿Cómo pudieron transportarlas desde las canteras con su solo esfuerzo? —se preguntó Sebastián, admirado—. Porque tengo entendido que no usaron ruedas.

—No las conocían. Tampoco bueyes ni otros animales de tiro, ni hierro o acero para tallarlas.

—¿Cómo pudieron ajustarlas con tanta precisión sin poleas ni máquinas? ¿Cuántas veces tendrían que subir y bajar una piedra sobre otra, con la sola fuerza de sus brazos, hasta encontrar el ajuste perfecto? No he visto nada semejante en ningún lugar de Europa.

Umina se acercó hasta uno de los baluartes y pareció rascar su superficie.

—Alguno de estos plomazos ha de ser obra mía —confesó—. Aquí solía venir con mi padre y sus milicias a practicar el tiro al blanco.

Pasadas las murallas, llegaron hasta un extenso promontorio que cerraba la explanada por el norte.

En su cima podía admirarse el llamado Trono del Inca. No lejos de allí los tallistas se habían empleado con generosidad sobre un gran afloramiento rocoso, labrándolo de mil formas, hasta dejarlo harto historiado. El resultado era un gran bloque esculpido a troche y moche, una interminable algarabía de figuras geométricas.

—Es la *Sayacusa*, la Piedra Cansada —precisó la joven—. La llamaron así porque, debido a los muchos trabajos que pasó por el camino, se cansó y lloró sangre, no pudiendo llegar al edificio.

—¿Desde dónde la trajeron?

—Dicen que desde más de trece leguas. Y ocupó en su arrastrar a veinte mil indios, que pasaron muchas fatigas. Iban con tiento, la mitad tirando por delante de sogas muy gruesas, la otra mitad sosteniendo la peña por detrás con otras maromas para que no cayese cuesta abajo.

Pero aun así se despeñó, matando a tres mil o cuatro mil. Fue ya imposible moverla de donde cayó. Entendieron que la roca no quería seguir adelante, por eso lloraba sangre. Y aquí la dejaron.

Estaba poniéndose el sol. Se reunieron con Qaytu y Chimpu, que ya se habían sentado junto al estanque lleno de agua. El cielo se mostraba en todo su esplendor, despejado y limpísimo.

A medida que se hacía de noche fue apareciendo el deslumbrante firmamento andino. El anciano, que había pedido a Sebastián el quipu rojo, lo tomó en sus manos, señalando el reflejo de una nítida y luminosa cicatriz diagonal:

—Es la Vía Láctea. En quechua se llama *Mayu*, *el río*. Los incas pensaban que de él brotaba la lluvia y que sus compuertas las abría el rayo.

Chimpu estaba feliz. Veía aquel observatorio convertido ahora de nuevo en el ojo del puma que remataba la sagrada ciudad de Cuzco. Y de ese modo comunicaba el cielo y el suelo, para que a través de él el Imperio de las Cuatro Direcciones vertiera sus destinos, uniéndose a la totalidad del cosmos.

—De aquí salen los cuarenta y un ceques, como los radios de una gran rueda que enhebran a lo largo del territorio las trescientas veintiocho huacas. Dicen que estaban elegidas tan sabiamente que su distribución coincide con la disposición de las estrellas en el cielo.

—¿Por qué necesitaban unos muros tan ciclópeos? —le preguntó Sebastián.

—¿Cree que, de lo contrario, permanecerían aquí? Si aún siguen en su sitio, es gracias a su enorme tamaño, de lo contrario los habrían utilizado para hacer iglesias o palacios. Los reyes incas se proclamaban hijos del Sol. Y toda la estabilidad del Tahuantinsuyu dependía de su conocimiento y observación del firmamento, que se organizaba desde este lugar. Esas piedras servían para clavar en tierra este eje inmutable.

Evocó Chimpu aquella ceremonia mientras descansaba de sus largas y pacientes observaciones, tanteando sus equivalentes estelares en las cuerdas y nudos del quipu rojo.

Contó cómo, durante el solsticio de junio, el Inca se sentaba alrededor de la misma fuente redonda junto a la que se encontraban. A su lado permanecían el sumo sacerdote, un representante de cada una de las Cuatro Direcciones y un quipucamayó. Esa noche se guardaba en todo Cuzco el más absoluto silencio, para que nada distrajera de la minuciosa observación del cielo. El sacerdote, tras escrutar el firmamento reflejado en aquel estanque, iba señalando la aparición de las estrellas más importantes, que también estaban grabadas en un altar del Templo del Sol. Y se detenía sobre todo en el río cósmico de la Vía Láctea.

Una serie de marcas grabadas en oro y colocadas en el muro circular del estanque servían para indicar a lo largo del año el desplazamiento de las constelaciones. Hechos sus cálculos, dictaba sus vaticinios, que iba registrando el quipucamayó sobre lana de vicuña. Luego, éste consultaba los registros anteriores, guardados en sus archivos, y se determinaba el tiempo de siembras y cosechas, los meteoros y climas que serían esperables. De la exactitud de sus registros en aquellas cuerdas y nudos iba a depender la prosperidad de todo el imperio. Y los consejeros de las Cuatro Direcciones se aprestaban a viajar a sus lugares de origen para trasladar las medidas oportunas.

Tras ello, se abrían las compuertas que comunicaban ese estanque con la red de acequias extendida por toda la ciudad. Y se dejaba salir la llamada «agua de las estrellas», que descendía a lo largo del túnel que acababan de recorrer hasta llegar al Templo de Sol para alimentar la fuente que ahora adornaba el claustro del convento de Santo Domingo. De ese modo se vertía por la capital el mensaje celeste, quedaban unificados los dos mundos, el superior y el inferior, reflejo el uno del otro, hermanando los lejanos ceques y huacas, los manaderos y rocas que habían sido enderezados hasta la ciudad, ordenándola y enfilándola hacia el paisaje que una vez fue.

Eso es lo que ahora tenían que reconstruir, aquel vasto quipu desparramado por el territorio al que la ciudad prestaba su centro, tanteando los astros para generar sus ejes sagrados. Y a medida que iban transcurriendo las horas y Chimpu estudiaba aquellas cuerdas y nudos rojos, se afianzaban sus convicciones sobre el modo en que estaba tejido. Cerca, como se hallaban, del solsticio de junio, debían buscar ahora las estrellas con las que se correspondía el itinerario señalado en él al copiar el trazado en el pelo de Sirax.

Los doce segmentos de los radios de piedra que cortaban los tres círculos en torno al estanque permitían orientarse, como les hizo notar el quipucamayó:

—El recorrido que copié en este quipu empieza en Qenqo Grande, una huaca en las afueras del Cuzco.

—Cerca de allí tenemos un tambo y un almacén —dijo Umina.

—En efecto, son terrenos vuestros. Creo que mi padre hizo la comprobación genealógica y Qenqo perteneció a la rama de la familia real inca de la que descendéis. Luego, el itinerario coincide con estas constelaciones de la Vía Láctea —y las fue señalando mientras las nombraba—: La Llama, el Cóndor y la Serpiente. La Serpiente es tan larga que se acusa mediante dos nudos del quipu: uno para la cola y otro para la cabeza, y en concreto el ojo.

—¿Y cómo se refleja eso en tierra? —le preguntó Sebastián.

—La Vía Láctea se corresponde en el suelo con el Valle Sagrado, la parte central del río Urubamba, donde la madre de Umina tiene su hacienda de Yucay. La constelación de la Llama, con el poblado de Ollantaytambo, que está cerca y en sus laderas dibuja la figura de uno de esos animales, del mismo modo que Cuzco perfila la de un puma. A partir de allí deberéis averiguar las correspondencias sobre el terreno del Cóndor y la Serpiente.

—O sea, que nuestro primer destino ha de ser Qenqo Grande —dijo Umina.

—Eso es. Y el segundo, Ollantaytambo. Conozco a su quipucamayó, mi amigo Sinchi. Os daré un quipu para él, con un mensaje a modo de presentación, pidiéndole que os ayude a encontrar los siguientes lugares.

Empezaba a amanecer sobre Cuzco, acunada la ciudad entre aquel dilatado despliegue de sierras. Resplandecía ya el sol en sus cimas nevadas, tajando el aire delgado y diamantino con los precisos

contornos del paisaje. El silencio era roto, pausada y paulatinamente, por el picoteo de los *chihuacos* que piaban y se respondían mientras toda la Naturaleza despertaba, esparciendo sus efectivos por los desbaratados dientes de sierra de los baluartes de Sacsahuamán.

Señaló Qaytu hacia la ciudad. Numerosas tropas se estaban distribuyendo por los caminos que se dirigían a Cuzco, para sellarlos de cara a la próxima ejecución de Farfán de los Godos e impedir algaradas.

—Suben hacia aquí, copándolo todo —dijo Umina.

Propuso, entonces, un rápido plan.

—Hemos de dirigirnos a Qenqo Grande, ¿de acuerdo? Sebastián y Qaytu no pueden regresar a Cuzco, correrían grave riesgo con ese despliegue militar, porque habrán sido denunciados por el asalto al obraje. Pero Chimpu y yo nos moveremos con libertad.

—¿Y si te encuentras con Carvajal y Montilla? —dijo, inquieto, Fonseca.

—Sé dónde están acampados, intentaré esquivarlos. Pero es un riesgo que he de correr. Además, tengo que tranquilizar a mi madre, asegurarme de que se encuentra bien, informarla de nuestros nuevos planes y organizarlo todo.

—¿Y nosotros? —preguntó el ingeniero.

—Qaytu conoce bien estos lugares. Tú y él iréis por el interior de los montes hasta el tambo donde trabaja su hermana, muy cerca de Qenqo. Allí me esperaréis hasta que yo llegue con lo necesario para el largo viaje que nos aguarda.

### III

## La Ciudad Perdida



## Qenqo

Sebastián y Qaytu se impacientaban en el interior del albergue que, situado a las afueras de Cuzco, atendía la ruta hacia el valle del río Urubamba y el pueblo de Pisac. Aunque trataban de disimularlo, se les veía inquietos. Estaban sentados en una mesa discreta, pegada al rincón más alejado de la puerta de vaivén, y vestían como los indios de la región. De la cocina venía el olor y el trajín de los pucheros en que se afanaba Usca, la hermana de Qaytu. Afuera, junto al camino, su marido Anco reparaba la cerca de madera.

Escucharon en eso a tres caballos a media rienda, procedentes de Pisac. A medida que se acercaban fueron rebajando el galope hasta detenerse frente al tambo.

El ingeniero y el mayoral se miraron, poniéndose en guardia. De un modo instintivo, el indio comprobó que tenía su cuchillo a mano, y Fonseca tanteó la pistola bajo el chaleco.

Al abrirse la puerta entraron un sargento y dos soldados españoles. Tras ellos venía Anco, quien los acompañó hasta una mesa para preguntarles qué deseaban tomar.

Aunque los militares habían saludado, y se destacaron cortésmente, ni Sebastián ni Qaytu las tenían todas consigo. Tampoco el cuñado de éste. Hizo una señal a su hija mayor para que recogiera a los tres hermanitos, que jugaban a la rana en el exterior. Y las miradas que cruzó con ambos indicaban sobradamente lo inoportuno de aquella visita para sus planes.

Anco sirvió la comanda con diligencia, deseando que los recién llegados se marcharan pronto. Y quedó a la espera, atento a cualquier novedad en el camino. Sin embargo, el sargento y los soldados españoles no parecían tener prisa por llegar a Cuzco. Alargaron la sobremesa de tal modo que sucedió lo inevitable.

Se oyó afuera una voz de mujer, pidiendo paso franco hasta el patio trasero. Anco hizo un gesto casi imperceptible a su cuñado y a Sebastián, para que no se movieran de la mesa, lo que habría infundido sospechas. El mismo se dispuso a abrir el corral. Pero antes de que se ausentara le preguntó el sargento qué se debía. Y en cuanto hubieron pagado tomaron los tres militares sus armas y abandonaron el lugar junto con el indio.

Fonseca y Qaytu corrieron de inmediato a una de las ventanas y desde allí pudieron observar el carromato en el que venía Umina. El sargento la observaba sin perder detalle, apoyado en la pared enalada, donde el sol repercutía con fuerza. Y no era aquella mirada de las que solía levantar la mestiza, de admiración. Ciertamente, había procurado pasar desapercibida, para sortear los controles de salida, menos severos que los de entrada al Cuzco. Aun así, no ocultaba aquel hombre su desconfianza, que terminó impulsándolo a acercarse a la joven para conversar con ella. Por los gestos de ésta dedujeron el ingeniero y el mayoral que trataba de explicarle a dónde se dirigía y cuál era el objeto de su viaje.

Nada de ello evitó que los soldados siguieran sospechando: ya se habían subido al carro y lo registraban.

Sebastián miró a Qaytu, alarmado. El arriero lo sujetó por el brazo para calmarlo, tratando de explicarle por gestos que Umina contaba sin duda con aquella eventualidad, porque ya la habrían inspeccionado antes.

—No es lo mismo —le respondió Fonseca—. En la salida de Cuzco no estábamos nosotros, ni sabían que iba a detenerse en este tambo.

Gesticuló Qaytu, haciéndole ver que todo parecía transcurrir con normalidad en aquel control. Y señalaba al sargento y a los soldados, que bajaban del carro para proseguir su marcha hacia la antigua capital.

Cuando hubieron perdido de vista a los militares, Sebastián corrió hacia Umina.

—¿Estás bien? —le preguntó cogiéndola de la mano, para ayudarla a bajar del pescante.

—Creo que todo ha salido según lo previsto.

—¿Y tu madre?

—No correrá peligro, al menos mientras permanezca en el Cuzco.

—¿Qué pasa con Carvajal y Montilla?

—Han acudido al corregidor de la ciudad, pero no les hará mucho caso hasta que se cumplan las ejecuciones. La prueba es que están levantando el campamento que montaron junto al convento.

Fonseca se alarmó.

—Eso quiere decir que se van a poner de camino. —Seguro. Han apalabrado rastreadores que conocen bien la zona a la que nos dirigimos.

—Pero no saben nuestra ruta.

—El arranque hacia las sierras de Vilcabamba no tiene muchas alternativas desde Cuzco, hay que tomar el valle del Urubamba. Carvajal sabe que allí está nuestra hacienda de Yucay.

—Entonces evitaremos las calzadas más concurridas.

—No siempre podremos. Tenemos que recorrer un itinerario prefijado. Ahora lo más urgente es empezar por nuestra primera huaca, la de Qenqo Grande, aquí al lado, y abandonar este lugar lo antes posible. Se halla muy expuesto, junto al camino.

Qaytu, su hermana y su cuñado habían introducido el carromato en el corral trasero. Y venían ahora para discutir con ellos las provisiones que debían preparar, de modo que estuviesen listas a su regreso.

—Usca y Anco dicen que lo mejor es ir a pie mientras ellos cargan los caballos y las mulas —informó Umina a Sebastián.

Hizo entonces un aparte Qaytu para consultar a Anco, por señas, sobre aquel lugar de Qenqo. Le respondió su cuñado con un largo parloteo en quechua. Fonseca, que los observaba, dedujo que tras ello le correspondería al mayoral explicar a la mestiza el plan que se les presentaba. Pero a medida que el arriero escuchaba al marido de su hermana se fue sonrojando, pareció sentirse muy violento, casi anonadado. Hasta el punto de que, cuando se acercó Umina a él, ésta hubo de preguntarle:

—¿Qué sucede?

No contestó él, ni siquiera con las señas que solía, sino que se enzarzó con su hermana y su cuñado en una reñida discusión.

Estaba perplejo el ingeniero, sin saber a qué atenerse. Hasta que al fin, y ante la impaciencia de la mestiza, que los llamó al orden, la hermana de Qaytu se la llevó aparte y pareció darle cumplidas explicaciones. Hubo cuchicheos al oído entre las dos mujeres, asentimientos de cabeza y, por fin, todo pareció estar en orden para dirigirse a la cercana vaguada de Qenqo Grande.

Mientras se encaminaba hacia allí junto al mayoral y la joven, Sebastián le preguntó a ésta:

—¿A qué viene tanto secretismo?

—Nunca he estado en ese sitio —le respondió Umina—. Según Chimpu, es la huaca donde empieza el Chinchaysuyu, la orientación norte de las Cuatro Direcciones del imperio inca.

—¿Y por eso es el arranque del itinerario de Sírax?

—No lo sé.

—¿Qué se supone que debemos hacer una vez allí?

—Ya lo verás cuando lleguemos —concluyó ella de un modo un tanto abrupto, como si le hubiera acometido, de pronto, la misma incomodidad que había podido apreciar en Qaytu, Usca y Anco.

Y por más preguntas que le hizo, fue incapaz Fonseca de sacarla de ahí. Todo fueron evasivas. Se preguntó el ingeniero qué le sucedía a la joven, la razón de aquella actitud que no acertaba a explicarse.

Siguiendo las instrucciones de su cuñado, Qaytu los condujo por una hondonada que se abría paso entre dos lomas. Llegaron así hasta el origen del arroyo junto al cual discurría la vereda, una fuente de agua clara y abundante.

No era el único lugar ceremonial de la huaca. Había también un montículo rocoso. Y bien se echaba de ver su importancia, por el cuidado con que había sido esculpido, aquel modo singular que Umina le mostrara en la Piedra Cansada que coronaba la fortaleza de Sacsahuamán. Un trabajo de talla de los aplicados por los incas a sus adoratorios más importantes, parajes que deseaban honrar de forma especial.

El afloramiento rocoso se distribuía en terrazas semicirculares hasta formar un anfiteatro natural, con escalones y profusión de figuras geométricas.

Frente a él, claramente separado, destacaba un alargado monolito de piedra. Orientado al mediodía, guardaba la misma disposición que la parte abierta de una herradura respecto a su arco, de manera que su sombra se proyectaba sobre el semicírculo.

En la grieta más ancha del afloramiento rocoso se abría una entrada. Parecía de origen natural, aunque perfeccionada por la mano del hombre. Dentro observó, y lo que quizá fuera un altar. Varios peldaños facilitaban el descenso, adentrándose en aquella oquedad. Umina permaneció unos instantes callada, en recogimiento, antes de disponerse a bajar.

Iba a seguirla Sebastián, cuando sintió que se posaba sobre sus hombros la mano de Qaytu. Al volverse, el arriero le hizo una señal inequívoca para que la dejara sola.

Y mientras ella estaba allí dentro, su mayoral pareció controlar con sumo cuidado el curso de la sombra del monolito sobre el anfiteatro de piedra, por el que se desplazaba como el gnomon de un reloj solar.

Transcurrió un largo rato. Hasta que en un momento determinado el arriero se levantó y fue a avisar a Umina.

Cuando la joven salió de la gruta la acompañaron los dos hombres hasta el pie de aquel montículo. Una escalera tallada en la roca ascendía hasta lo más alto de la huaca.

Una vez allí, buscó ella la sombra del monolito, que había ido avanzando, proyectándose sobre la profusión de tallas. Y se detuvo junto a una ranura excavada en la piedra, por la que discurría, surcándola, hasta dar nueve quiebros.

—Decías que Qenqo significaba algo en zigzag ¿Es a esto a lo que te referías? —preguntó el ingeniero.

Umina ignoró totalmente su pregunta, e incluso su presencia. Ni siquiera prestaba atención a la

ranura, sino a dos protuberancias redondeadas sobre ella, en su extremo, entre las cuales arrancaba. Y también al curso del sol, que en ese momento proyectaba su sombra entre los dos machones.

Sebastián no entendía nada de lo que estaba haciendo la joven. Pero tampoco tuvo ocasión de ver mucho más. Porque Umina se dirigió a Qaytu en quechua, con un tono que parecía ofendido, como si éste estuviese incumpliendo unas instrucciones que le había explicado con claridad. El arriero pareció arrugarse a todo lo ancho y alto de su gigantesca humanidad. Muy compungido, manoteó sus disculpas, al tiempo que le agarraba con brusquedad para llevárselo de allí.

Intentó oponerse el ingeniero. De nada le valió. Qaytu lo arrastró sin contemplaciones hasta el otro lado, manteniéndolo fuera de la vista de Umina. Y cuando al cabo de un rato hizo Fonseca amago de acercarse, pudo ver en los ojos del mayoral que aquello no era ninguna broma: iba muy en serio, y debía mantenerse lejos de la joven.

Una sorda indignación embargaba a Sebastián cuando Umina bajó de lo alto de la piedra. Tenía la joven una expresión extraña.

Trató de sonsacarla. Fue inútil. La mirada que ella le dirigió la preocupación de su rostro resultaban demasiado elocuentes.

Y ya se disponía Fonseca a iniciar una de sus inoportunas discusiones cuando sonó un disparo.

Parecía venir del tambo.

---

## Yucay

Al subir al cerro desde el que se dominaba toda la vaguada vieron, consternados, lo que sucedía en el albergue. Lo rodeaba una cincuentena de hombres armados. Y alguien yacía tendido en un charco de sangre. Sacó Sebastián su catalejo y reconoció enseguida al herido. Era Anco, el cuñado de Qaytu. Salieron en ese momento del edificio los jefes de aquella partida, y no le costó identificarlos.

—¡Carvajal y Montilla!

Sujetaban entre ambos a Usca, manteniéndola separada de su hija mayor, que iba detrás, con los tres niños más pequeños.

Al ver a su marido tendido en tierra y desangrándose, trató de socorrerlo. Pero Carvajal se lo impidió. La obligó a entrar en el corral, para mostrarle el carromato de Umina y las monturas que aparejaban.

—¡Malditos canallas! —se lamentó Fonseca—. Intentan sonsacar a la hermana de Qaytu.

Sin embargo, ella insistía en señalar el camino a Pisac.

—Creo que trata de confundirlos, desviándolos de aquí, para que no nos encuentren.

Carvajal y Montilla aún permanecieron un buen rato en las dependencias del tambo, registrándolas.

Luego montaron en sus caballos y se perdieron junto con sus hombres en la dirección indicada por Usca.

Cuando los tres llegaron al albergue, poco pudieron hacer por Anco, quien ya agonizaba y no tardó en morir. Umina y Sebastián se llevaron de allí a los niños, mientras Qaytu trataba de consolar a su hermana.

No resultó fácil separar a la mujer del cuerpo de su esposo, para enterrarlo. Y sólo pudieron persuadirla de que abandonase el lugar haciéndole ver el peligro que corrían todos si no se apresuraban. Le ordenó Umina que se dirigiese de inmediato a Cuzco y se presentara a su madre explicándole lo sucedido, para que les diesen protección en la casa.

Tan pronto la vieron partir con los cuatro niños, aprestaron los dos caballos que traía el tiro del carromato. Dispusieron luego en una mula lo necesario para el viaje, montó Qaytu en otra y, sin más tardanza, tomaron un atajo hacia el norte, evitando las rutas frecuentadas por los viajeros.

—¿Había estado Carvajal en ese tambo? —preguntó Sebastián a Umina.

—El sabe muy bien que mi familia lo utiliza cuando nos dirigimos a la hacienda de Yucay.

—¿También la conoce?

—Desgraciadamente, sí.

—¿Y qué hará ahora?

—Supondrá que nos dirigimos allí por el valle, e intentará alcanzarnos a través de ese camino. Por eso tenemos que adelantarnos, para avisar a nuestros arrendatarios, porque si no nos encuentra en Yucay, tomará represalias contra ellos. Vámos a viajar a tiro derecho por esta meseta, en lugar de rodear por Pisac.

—¿Qué ventaja nos dará eso?

—Si han de hacer altos para aprovisionarse y registros en las poblaciones y haciendas que

encuentren, al menos dos días.

—He consultado el mapa y podíamos haber tomado desde el principio este atajo para dirigirnos a Ollantaytambo. Entonces, ¿por qué fuimos a Qenqo Grande?

—Porque así figura en el itinerario de Sirax —le respondió la joven—. No creo que ella quisiera señalar sólo la ruta a Vilcabamba, sino también la suya propia.

—¿Su historia personal? ¿Un mensaje en paralelo?

—Aún no lo sé. No acabo de entender del todo cómo se corresponde el quipu con el terreno. Eso sólo lo podremos comprobar en cada lugar cuando hayamos examinado varios.

Llegaron a las tierras de Yucay ya vencido el día. Encontraron a las gentes de la hacienda retirándose de sus faenas, y no quiso Umina que preparasen ninguna cena especial, sino compartir la que hervía al fuego para los propios guardeses. Bastaría con que la sirvieran en uno de los comedores, donde pidió que los acompañasen tanto Qaytu como Yarpay, su hombre de confianza allí, para discutir sus planes con discreción.

—Escúchame —advirtió la joven al encargado indio—. Sólo estaremos dos noches, lo contrario sería arriesgado. Pasado mañana nos levantaremos antes del amanecer para continuar hacia Ollantaytambo y hablar con su quipucamayó. Nadie debe saber a dónde nos dirigimos, porque nos anda buscando una partida armada. Tú conoces a su cabecilla.

—¿Quién es? —preguntó Yarpay.

—Alonso Carvajal.

Al escuchar el nombre pudo comprobar Fonseca que se demudaba el rostro del encargado.

—Por eso hemos venido —continuó Umina, tratando de tranquilizarlo—. Para prevenirnos. Y para que mañana nos muestres las antiguas defensas, y revisarlas de manera que no os pillen de improviso.

Les puso al tanto Yarpay de cómo estaba la hacienda y trazaron un primer plan.

—Ahora debemos retirarnos a descansar —propuso la joven—. Mañana nos espera una dura jornada de trabajo.

Al romper el día se despertó Sebastián con el ajetreo de la casa. Abrió la ventana de su dormitorio y le asaltaron los primeros rayos de sol. Desde el vecino patio llegaban los mugidos de las vacas, gordas como toneles y listas para el ordeño. Olía a leche, y reían las muchachas indias mientras la batían, sirviéndola espumosa en copas de cristal tallado.

Le llamó la atención una de ellas, a la que veía de espaldas, el cabello destrenzado y los hombros desnudos, con un descuido lleno de picardía. Hasta que las otras jóvenes le advirtieron de su presencia, y ella se volvió para mirarlo. Era Umina. Por su sonrisa y el modo en que lo saludó, parecía sentirse allí a sus anchas, lejos de aquella tensa preocupación que la atenazara en Qenqo Grande. Y nunca la había visto tan hermosa.

Fue la mestiza hasta él con una bandeja donde había dispuesto una cestilla con frutas, bizcochuelos, chocolate y dos copas de leche.

—Recién ordeñada —le dijo—. Vamos a desayunar.

No le pasó desapercibida a la joven la sorprendida mirada del ingeniero al sentarse a la mesa. A Sebastián le costaba apartar los ojos de la camisa desabrochada, que destacaba las formas de Umina.

—Esto no es Lima, ni Cuzco —le dijo ella, riendo—. Aquí se vive en plena naturaleza y las costumbres son otras, más libres.

—Claro, claro —admitió él, aplicándose a los bizcochuelos.

—Mi madre me trajo aquí de niña para que me criara. Está más abrigado de los vientos de la sierra que Cuzco, y a menos altura.

—¿Eso era cuando se preocupaba por tu salud?

—Veo que te lo ha contado. Luego se me llevó, porque decía que me estaba convirtiendo en una salvaje.

Apuraron el chocolate y salieron al patio, donde ya les esperaban Qaytu y Yarpay. El encargado mostró a Fonseca el foso y la muralla de la antigua hacienda, ahora muy abandonados. Los examinó el ingeniero y preguntó al encargado:

—¿De qué armas disponen?

—Poca cosa. Algunas escopetas, lanzas, espadas y hondas.

—Estamos hablando de una partida de cerca de cincuenta hombres bien provistos —le recordó Fonseca, preocupado—. Hay que hacer obra en la muralla, poner empalizadas con espinos contra las caballerías y llenar ese foso de agua. Con eso y una guardia permanente se evitarán al menos las sorpresas y, llegado el caso, daría tiempo a pedir ayuda a las haciendas vecinas. ¿A qué distancia queda la guarnición española más cercana?

—A una legua.

—Bien. Pues entonces, manos a la obra. ¿De dónde se podría tomar el agua para llenar este foso? Hace falta una acequia de buen caudal, fácil de reponer.

—La madre principal, que faldea la montaña a media ladera —aseguró Yarpay.

—Yo te la mostraré —dijo Umina a Sebastián.

Treparon los dos hasta la meseta que dominaba aquel exuberante vergel, el trecho más fértil regado por el río Urubamba. A medida que ascendían, se encontraron entre añosos sauces, duraznos, granados y naranjos. Luego, el sendero discurría entre una retama tan crecida que formaba auténticos bosques.

Tras Yucay, el sol iluminaba la nieve y los glaciares de los picos de Calca y Paucartambo como un esplendoroso telón de fondo. Sus abruptas paredes descendían hasta el río, suavizándose al quebrar en andenes escalonados, manantiales y arroyos, convirtiéndolas en un jardín lleno de verdor incluso en pleno invierno y trazando un paisaje plagado de colorido.

—No hay mejores tierras en todo el país —dijo Umina, respirando hondo.

—¿Siempre han pertenecido a la familia de tu madre?

—Siempre. Son su mayor orgullo. Eran un pantano insalubre hasta que las hizo drenar Huayna Cápac, el padre de Quispi Quipu y antepasado de mi madre. En muchas de esas terrazas se quitaron las piedras de una en una para mejorar los cultivos. Ahora parece natural, pero todo es mano del hombre.

Señaló Umina unas ruinas que se alzaban sobre las amplias tenazas dominadas por los glaciares de Calca.

—Es el palacio de verano de Huayna Cápac. Mi madre dice que aquí reunió lo mejor de su gente

y que dejó el más importante legado de nuestra cultura antes de que llegaran los españoles.

—¿El Plan del Inca?

—En cierto modo, sí. Fíjate cómo están organizadas las tenazas y acequias.

Hubo de hacerlo muy a conciencia el ingeniero mientras buscaban el camino más corto para llevar el agua desde la falda de las muelas que circundaban el valle hasta el foso de la antigua hacienda.

Reparó en el enorme esfuerzo que suponían los andenes: nivelar las irregularidades, edificar paredones que los apuntalaran, rellenarlos, construir presas y canales. Y lo habían hecho respetando la fisonomía de cada lugar, tanteando su identidad oculta. De modo que ésta terminaba aflorando a través del profundo conocimiento que el agua era capaz de establecer sobre cada terreno, fluyendo de un nivel a otro, perfilándolo.

Sabía bien el trabajo que implicaban las obras hidráulicas, incluso en condiciones infinitamente mejores. Los cálculos debían comenzar en lo más alto, al borde mismo de las nieves y glaciares, despejando sus escombros antes de poder utilizar las corrientes de agua. Luego, había que recolectar todo aquel disperso deshielo en un solo canal, domeñándolo con cauces de piedra y atenuando su ímpetu con represas. Después, ganado ya un terreno menos abrupto, desviar ese arroyo por varias acequias. Y, finalmente, distribuirlos de un andén a otro, con inclinaciones y gradientes que compensara las diversas formas, niveles y recorridos, para que irrigara de un modo uniforme todas las terrazas y cultivos. Era necesario construir éstas con infinito cuidado, de manera que retuviesen lo justo del agua que necesitaban, sin ser erosionadas ni arrastradas por ella.

Eso suponía planificar un bien meditado sistema de depósitos que regularan las corrientes a leguas de distancia, con la altura justa, ni más ni menos, estancándolas cuando eran excesivas, liberándolas cuando iban escasas. También, conocer palmo a palmo sus ciclos y comportamientos. En el viaje había comprobado que se podía seguir el curso de alguna de estas acequias durante horas y horas. Y estaba seguro de poderlo hacer durante días, quizá semanas, sin interrupción, discurrendo constantes y tenaces, zigzagueando por los entrantes y salientes de los cerros, manteniendo la pendiente exacta a través de túneles y acueductos, quebrándose hacia acá o allá según lo exigían los accidentes de un terreno que era puro recoveco y derrumbe. Así hasta formar toda una red que, junto a la integrada por las calzadas tendidas sobre montes y ríos, parecía encaminada a atrapar un animal salvaje, capturando una Naturaleza indómita.

Pero había más. Ahora, al ver a sus pies las tierras de Huayna Cápac, extendidas como un mapa, se percibía mejor el alcance de aquel renovador Plan del Inca.

—¿Te has fijado en la forma de estas tierras? —preguntó a Umina.

Tras otear el valle de extremo a extremo, hasta donde alcanzaba la vista, la joven le preguntó, a su vez:

—¿A qué te refieres?

—Me estoy acordando de lo que nos dijo Chimpu. Aseguraba que los quipus servían como modelo para todo. Y eso incluía el territorio. Por ejemplo, las acequias. Son la clave, sin ellas no hay cultivos, y es lo primero que hubieron de calcular los ingenieros incas. El agua corre por un canal principal que baja desde las montañas. De él van ramificándose en perpendicular otros secundarios para cada tenaza. Y de ellos salen, a su vez, los surcos.

—El canal principal sería como el espinazo de un peine, y los secundarios sus púas —dijo la joven.

—Eso es. Y a partir de ahí se distribuyen los andenes y los caminos. Siguen idéntico patrón. Y lo mismo las escaleras, los estanques de riego y las viviendas. Nunca un quipu fue más parecido a un mapa.

—¿Crees que es algo intencionado?

—Es casi inevitable. Si las acequias y los andenes estaban ordenados como un quipu, esto facilitaría levantar un plano mediante ese sistema de registro.

—Y también llevar las cuentas. A partir de ellos se podían establecer los turnos de trabajo según lo que hubiese que hacer en cada momento, siembra, cultivo o cosecha. También, organizar los riegos y los pastos, la producción de cada lugar.

—Todo eso tenía que facilitar el almacenamiento de la información, proporcionar de un simple vistazo toda la estructura del sistema, para verificar cualquier dato. Y transmitía la idea de orden, de control, de gobierno, de poder. Prestigio político.

—Los mismos principios que intentaba transmitir Huayna Cápac en su arquitectura —reconoció Umina.

—Y quizá Sirax con este quipu —añadió Sebastián descolgándolo de su cuello y comparándolo con aquel panorama que se extendía ante ellos.

Cada vez comprendía mejor lo que había tratado de hilar su padre. Allí quedaba patente el modo en que se podía expresar un territorio de forma directa, sin escrituras intermediarias, como un mapa vivo.

Tierras, aguas y astros habían configurado parajes únicos, abonados por los cuerpos de los ancestros, regados con su sudor, engarzados en un gran quipu de tenazas y acequias. Y en sus gentes afloraba idéntico entrelazo de quebradas, torrenteras y linajes.

Quando hubieron establecido las acequias que les permitirían llenar el foso con rapidez y seguridad, las fueron marcando con jalones rematados en gallardetes rojos. Y Sebastián dedicó el resto del día a dirigir los trabajos para conducir las aguas. No permitió Umina que tomara las herramientas por su propia mano.

—Tienes el brazo derecho resentido por las heridas y lo vas a necesitar para el viaje que nos espera. Guarda tus fuerzas. Aquí sobra gente que domina estas faenas.

Antes bien, le impuso un ayudante, el hijo mayor de Yarpay, un joven muy despierto que no habría cumplido los dieciséis años. Luego, ella misma inspeccionó las armas mientras el encargado de aquella hacienda se ponía al frente de quienes restauraban la vieja muralla y Qaytu dirigía la tala de los árboles necesarios para reforzarla con una empalizada.

A media tarde aquel laborioso ejército había concluido. Y estaban lavándose, satisfechos del trabajo realizado, cuando sonó el repique de la campana que anunciaba la hora de la merienda, que les serviría a la vez de comida y de cena.

Se habían armado varios tableros bajo la enamada de un frondoso pisonay, un árbol tan alto y ancho que podía acoger a su sombra holgadamente a cuantos se habían esforzado por dotar a la hacienda de defensas. Y desde aquel andén atenazado se dominaba toda ella, incluidos los horizontes de las montañas y las praderas que bordeaban el río.

Había dado instrucciones Umina para que no faltase de nada en la mesa. De modo que se veían

tamales, humitas y choclos verdes con queso fresco, comida toda ella más ordinaria, pero también cabrito asado o capones con huevos. Corrió en abundancia la bebida, en especial la cerveza de maíz, vino y un aromático pisco.

Se empeñó Umina en que probara Sebastián las ñuuelas, ofreciéndole por su propia mano aquella especie de duraznos de piel aterciopelada. Notó el ingeniero que toda la mesa estaba pendiente de su juicio. Y hubo de reconocer, tras su degustación:

—Nunca había comido una fruta tan delicada.

Aplaudieron todos, con alborozo. Sin embargo, se percató el ingeniero que esperaban de él algo más. Yarpay, que estaba a su lado, le dio un codazo disimulado, pasándole una fruta que no había visto en su vida.

—Gracias, pero estoy lleno —le dijo Fonseca.

Hubo risas en la mesa, sobre todo entre las mujeres. El encargado de la hacienda le susurró al oído:

—No es para usted. Cuando una muchacha ofrece algo así a un hombre, un bocado especial como las ñuuelas, él debe corresponder. Ésta es una papaya de Lares. Désela a ella.

Se alzó Sebastián para cumplimentar a la mestiza, ruborizándose hasta la punta de las orejas. Hubo nuevas risas de las mujeres. Y una de las muchachas, que parecía integrar el coro de las compañeras de infancia de Umina en aquel lugar, se puso en pie empujada por el resto.

Cundió el silencio en torno suyo cuando se arrancó a cantar un yaraví. La voz, limpia, cadenciosa, fue desgranando las palabras en quechua, con esa mezcla de picardía y sentimiento propia de las canciones de amor en que las mujeres vierten su deseo sin tapujos:

*Caylla llapi*

*puñunqui.*

*Chauptuta*

*samusac.*

—¿Qué quiere decir? —preguntó Sebastián a Umina—. «*Al cántico, / dormirás. / Media noche, / yo vendré*» —tradujo ella.

Se pidió más música, al concluir. Y fue la señal para ir a buscar guitarras, qenas y charangos. Reinaba la alegría mientras el sol declinaba ya en el horizonte. Y hasta Qaytu, de ordinario tan taciturno, parecía haberse sumado a ella, en buena compañía.

—¿Quién es esa chica india tan guapa que está con Qaytu? —preguntó Sebastián a Umina.

—Un amor de juventud. Qaytu es de los que las matan callando. ¿Quieres dar un paseo?

—Me gustaría.

La joven le propuso llegarse hasta las ruinas del palacio de Huayna Cápac, desde donde se tenía al atardecer la mejor vista de aquellos parajes.

Su privilegiado emplazamiento había llevado a aprovechar el lugar para trazar un jardín con escalinatas, setos de arrayanes y una fuente de mármol. En el centro estaba la tumba del padre de Umina. No era nada tétrica. Menos aún en aquel momento, cuando llegaba desde el valle un pausado tintineo de esquilas entre los olores de la madreselva. Parecía más bien una celebración del regreso a la

tierra.

—Tu madre me dijo que quería ser entenada aquí —dijo Sebastián—. Ahora lo entiendo.

—Esto es lo más parecido al paraíso.

—Y el palacio, ¿por qué está así? —preguntó señalando las ruinas—. Usaron sus piedras para construir los conventos e iglesias del valle...

—¿Qué ha sido eso? —preguntó el ingeniero al oír un ruido.

Le sorprendió el temor en los ojos de la joven. Sabía bien que no era medrosa. Y se volvió en la dirección hacia la que apuntaba su mirada.

Entre las ruinas se movía una extraña figura, silenciosa como un fantasma. Se levantó Fonseca para dirigirse allí, pero Umina le hizo un gesto para que lo dejara estar y no se separase de su lado.

Apareció un indio, un hombre viejísimo, encorvado por el peso de los años. Su cara arrugada aún resultaba más grotesca porque le faltaba un ojo, tajado por una gran cicatriz oblicua. También, por la mascada de coca que hinchaba su mejilla. Vestía pantalones de vellón de llama, tan astrosos y sucios que bien podrían sujetarse por sí solos sin ninguna asistencia humana.

—¿Quién es?

—Un loco que dice guardar estas ruinas. Ya era viejo cuando yo no levantaba algunos palmos del suelo. De niña me producía terror, pero dicen que es inofensivo.

Molestos por su presencia, terminaron sentándose junto a un estanque apartado.

—¿Qué distancia tenemos desde aquí hasta Ollantaytambo? —preguntó Sebastián

—Unas cuatro leguas. Si madrugamos podemos estar allí a primera hora de la tarde.

El viejo se sentó en un bloque de piedra tendido por tierra que señalaba la entrada a las ruinas del palacio. Como si fuera la cosa más natural del mundo, sacó un martillo de picapedrero y se aplicó sobre el pedrusco. Apenas se dignó mirarlos. Se limitó a aplastar un saltamontes que se posó a su lado, chasqueando sus labios finos y descarnados, ennegrecidos por la coca. El resto del tiempo permaneció ajeno a ellos y sólo desapareció cuando hubo caído la noche.

A sus pies se extendía el Valle Sagrado, y en lo alto la insondable profundidad de la noche andina. El aire era tan tenue y limpio que las estrellas casi se podían tocar. El cielo no aparecía negro ni vacío, sino cuajado de luz. Destacaba la Vía Láctea, como un espejo y correspondencia cósmica del río Urubamba. Sus constelaciones chisporroteaban con tal intensidad que se entendía la familiaridad de los incas, para quienes resultaba tan cercana como los propios paisajes y animales de la tierra.

—Ahora veo por qué se la compara con un río —dijo Sebastián mostrando el reflejo en el estanque y acordándose de aquella otra noche en que la habían observado en lo alto de Sacsahuamán.

—¡Ay de los que llevan en la frente una estrella! —exclamó Umina, poniéndole un dedo en el entrecejo.

—¿Por qué dices eso?

—Es lo que mi madre me viene repitiendo desde niña, que tengo muchos pajaritos en la cabeza.

—¿Es cierto que al nacer no te daban ni una semana de vida?

—Sí. Pero sobreviví. A lo mejor porque se me habían metido muchas estrellitas por los ojos. Casi tantas como las que se reflejan ahora en el estanque.

Señaló Sebastián los astros que cabrilleaban, lagrimeando sobre el agua.

—Parecen luciérnagas. De niño, llegué a confundirlas. Una noche de agosto estaba en el campo y hubo una lluvia de estrellas fugaces. Vi una luz en la hierba y la recogí. La guardé en la palma de la

mano, creyendo que era un trozo caído del cielo. Dejé aquella lucecita en mi mesilla de noche, bajo un vaso de cristal puesto al revés. Y me quedé mirándola en la oscuridad hasta dormirme. Cuando desperté a la mañana siguiente descubrí que un gusano se había comido mi estrella.

Rieron los dos. Al cabo de un rato, Umina rompió su silencio para susurrar:

—Te he visto trabajar hoy, aquí, mezclado con nuestra gente. Me gustó mucho cómo te manejabas entre ellos. No parecías un militar.

—Mi verdadera vocación es la de ingeniero. Construir.

—¿Y por qué no te dedicaste a ello directamente?

—Porque en España no hay un cuerpo de ingenieros civiles, como en Francia. Y porque una vez expulsados los jesuitas, los únicos lugares al día en las ciencias positivas eran las escuelas militares.

—Perdona, no quería ofenderte.

—No me has ofendido. Yo mismo me he hecho esa pregunta cientos de veces.

Calló luego, disuadido por la vibración de la noche, que parecía apelar a sus cuerpos como un reclamo. Era demasiado fuerte la atracción que sentía. Un punzante estremecimiento tiraba de él, sumergiéndolo en lo más hondo de sí mismo, para verse abocado hacia Umina de inmediato, subyugado por completo. Sin embargo, algo en el interior de Sebastián, un pudor incomprensible, le impedía pasar adelante. ¿Cuántas estrellas habían terminado en simples gusanos a lo largo de su vida al crecer los desengaños? Por otro lado, ¿por qué pensaba eso ahora, precisamente ahora? No sabía bien si formaba parte de su educación jesuítica, de aquella rancia sarta de abolengos y prejuicios de la limpieza de sangre o, como se temía, eran los destrozos que le habían producido sentimientos anteriores desbaratados por el camino.

Habían cesado los cantos y la música allá abajo, en la hacienda. Ahora sólo se oía el rebullir del agua atareada y el crepitar de los grillos, como una traslación sonora de la majestuosa bóveda estrellada al reverberar contra el valle. Podía sentir el respirar de la mestiza, mezclado con el suyo propio, disuelto en el palpitar y la magia del lugar. Pero no se atrevía a hablar. Fue ella quien lo hizo:

—Mañana tenemos que madrugar. Creo que hoy ya nos hemos ganado el descanso.

Bajaron hasta la casa y, una vez allí, la acompañó hasta su dormitorio. Al llegar a la puerta, Umina se volvió hacia él. Lo tomó de la mano, pidiéndole delicadamente que se acercara. Levantó luego el candil, para encender el de Sebastián con la llama del suyo. Llevaba la joven el cabello suelto, sus labios entreabiertos mostraban una boca anhelante y propicia. Los ojos le brillaban con rara intensidad. De lejos, aparecía en ellos toda su voluntariosa ejecutoria, su fuerza y capacidad de resistencia. Pero ahora, de cerca, se le abrían. Se le abrían hasta la muchacha que allí fuera feliz, pidiéndole que no temiese rescatar tantos sentimientos arrumbados.

Abrió ella la puerta mientras él hacía acopio de fuerzas, respirando entrecortado, mordiéndose los labios, para no decir más de la cuenta. Dudaba. Había sido un día perfecto, de éstos en los que el cansancio del cuerpo se prolongaba hasta una sensación íntima de plenitud como no recordaba desde hacía años. Algo demasiado hermoso para echarlo a perder por una decisión precipitada.

Separó su candil del de Umina y dijo, con voz trémula:

—Buenas noches. Que descanses.

Oyó cómo cenaba la puerta a sus espaldas mientras avanzaba por el pasillo, sonámbulo, como un autómatas, en busca de su propia habitación. Podía ver sus pies, caminando al compás, al margen de su voluntad, el corazón latiéndole en el pecho, desbocado, la garganta reseca. Se maldecía por su

timidez en esos trances. Pero ya no tenía remedio.

Sintió en ese momento un grito. Volvió corriendo sobre sus pasos y llamó a la puerta.

Salió Umina y le dijo señalando la ventana enrejada:

—¡Ahí, ahí afuera!

Se asomó al patio. Y le pareció que se agitaba el seto junto a la pared.

—Era ese viejo indio tuerto —se lamentó ella—. Tengo miedo —lo tomó de la mano, mientras le pedía—: Sebastián, no me dejes sola.

Se miraron en silencio. No era sólo deseo lo que dejaban traslucir aquellas palabras. Un anhelo compartido, que les surgía desde muy dentro, abriéndose camino hasta brotar por todos los poros, a tal temperatura que se sintieron transportados fuera de aquel lugar y tiempo. Pero ella le estaba diciendo mucho más. Le ofrecía también su mundo. Sus juguetes y recuerdos de niña reposaban en una alacena, junto al espejo de obsidiana. Al reclamarlo desde aquel universo secreto, al abrirle las puertas de su paraíso, le estaba pidiendo que lo compartiera. Y a él le conmovía su entrega, su desarmante acometida, disponible a las caricias.

## Ollantaytambo

La salida del sol los sorprendió de camino. A Umina le había costado dejar atrás Yucay. Detuvo el caballo en el momento en que iban a perder de vista la hacienda, y Sebastián quiso respetar su recogimiento mientras las monturas abrevaban en el río. Ella había vuelto a atarse el pelo en una trenza. Se le acercó y apoyó la cabeza en el hombro del ingeniero para recibir su calor, aquel tácito entendimiento de los cuerpos tras derribar todas las barreras. La tibieza de la piel en el entumecido frescor de la mañana.

Cuando llegaron a Ollantaytambo la luz, que caía hacinada y plena, les ayudó a entender por qué, dentro de las equivalencias terrenales de la Vía Láctea, el lugar se correspondía con la constelación de la Llama. La montaña sobre la que se asentaba el poblado había sido atenazada por los naturales de tal modo que el perfil cultivado y edificado de su falda se asemejaba a uno de estos animales, puesto así bajo su protección astral.

En la torre más elevada del recinto amurallado se veían restos de hogueras. Un sistema de señales que permitía comunicarse con los alrededores para trasladar de inmediato cualquier aviso.

La cruz que se asomaba al valle marcaba el núcleo habitado del pueblo. Al acercarse, los naturales los miraron con desconfianza. Preguntaron por Sinchi, el quipucamayó, y les dieron las señas de su casa.

Estaba construida en torno a un patio en el que se alimentaban libremente cerdos, patos, gallinas y conejillos de Indias.

Al llamarlo, salió el quipucamayó. Su recelo se disipó cuando le mencionaron a su colega de Cuzco y le entregaron el mensaje que Chimpu les había proporcionado, a modo de presentación. Tras consultarlo, les dio la bienvenida, ordenó a uno de los indios que condujera sus monturas a un alfalfar cercano y los hizo pasar al interior.

Salió un momento para volver con un quipu que tomó entre sus manos. Fue recorriéndolo con los dedos, mientras les explicaba en un trabajoso español:

—Mi amigo Chimpu, en su mensaje, hace preguntas —les informó—. Quiere saber mis quipus. Si entre ellos alguno hay sobre Vilcabamba. Yo digo sí. Alguno hay. Una historia hay. Una princesa inca.

—¿Cuándo fue eso? —preguntó Sebastián.

—Hace dos siglos por aquí pasó. La princesa, digo. Es historia vieja. Escrita está en los quipus. Una vez al año, en estas ruinas, al aire libre la representan, como teatro la hacen. La gente de los alrededores llega aquí, poblados enteros. Les gusta. Muchos lloran.

Y por todo lo que les fue diciendo Sinchi se hicieron cargo de cómo todo aquel sistema de quipus, ceques y huacas se fundía con los lugares ligados al recuerdo de lo que allí había sucedido.

—En la fiesta se recuerda al difunto —resumió el quipucamayó—. Sus vestidos, sus cosas. Sus hechos se cantan. Sus lugares se recorren. Por donde anduvo, se anda. Donde se sentó, se sientan. Aquello que miraba, se mira.

—¿Y ése es el modo en que se guarda la historia de esa princesa inca de la que nos hablaba? —le preguntó Umina.

Asintió Sinchi y, tomando el quipu que había traído de su archivo, procedió a recitar aquella pieza, que se sabía de memoria, bastándole con acudir de tanto en tanto a los nudos y cuerdas para retomar el hilo y trama de su recuento.

—Está en verso, y tendrías que conocer la lengua quechua para entenderlo bien —dijo la joven a Sebastián.

El idioma, al resonar armonioso entre las ruinas, devolvía la vida al lugar. Era un lenguaje firme en las consonantes, de respiración contenida en los resuellos, eco de la fiera esparcida por aquellos peñascos guerreros. Pero también reflejo del valle feraz, que atemperaba la materia épica concertando las vocales, hasta el punto de resultar cantarín, hipnótico, persuasivo. Y la queja vertida desde lo más profundo de la garganta terminaba procurando alguna concordia entre tanta rebelión y carga de destino.

A medida que Umina se lo iba traduciendo al oído, notaba que la joven apenas podía contener su emoción al trasladarle algunos versos. Era una historia de amor, de un amor desesperado, de una princesa enfrentada a los poderes que se oponían a la consumación de su amor. Y eso prestaba a aquel lugar otro aire, otra intención.

—Quizá por eso lo eligió Sirax como una de sus huacas personales —dijo Umina—. Porque estaba convencida de que Ollantay tambo perduraría. Y porque las leyendas sobreviven mejor cuando se relacionan con un territorio.

—Otra razón hay —añadió el quipucamayó—. Este lugar es paso obligado. A un santuario lleva, río abajo, nunca conocido de españoles.

—¿El Nido del Cóndor?

—Sí, Cuntur *Guachana* lo llaman. Las mujeres allí aún tejen esta historia. En sus telas la cuentan, a su modo. A esa princesa inca recuerdan en ella —dijo Sinchi. Y dirigiéndose a Umina, añadió—: Tú eres mujer. Te la contarán.

Y se disculpó, pues debía preparar la estancia donde pasarían la noche.

Entre tanto, Sebastián y Umina decidieron visitar la antigua fortaleza inca. Buscaban, también, un rincón tranquilo.

—¿Crees que es Sirax esa princesa inca de la leyenda que ha recitado Sinchi?

—No me cabe duda.

—¿Por qué estás tan segura?

—Por lo que pude observar en Qenqo Grande.

—¿Y qué es lo que viste allí?

—Intento meterme en su cabeza...

—¿En la de Sirax?

—Sí. Pero sólo consigo adivinar algunas cosas. Y cada vez me asombra más su coraje. Ella empezó allí su recorrido.

—En el mismo sitio donde estuvimos nosotros hace un par de días.

—Sí, en aquella vaguada cerca del tambo. Después hubo de pasar por aquí con destino a ese Nido del Cóndor. Y lo que le sucedió debía ser algo importante para aquellas gentes, cuando ha quedado recogido en las leyendas y tejidos que todavía hilan las mujeres de este lugar. Sospecho que así lo hubiera querido, que lo hizo a propósito.

—¿A propósito?

—Creo que dejó un itinerario que sólo podría reconstruirse si la gente que continuaba viviendo a lo largo de él mantenía la memoria de su pasado. De lo contrario, no merecería la pena, era como reconocer que se debían esperar tiempos mejores.

Habían entrelazado sus manos cuando se vieron interrumpidos por un vozarrón áspero:

—¿Qué hacen aquí?

Al volverse, vieron a un hombre de rostro juanetudo.

—¿Quién es usted? —se le enfrentó Sebastián.

—El párroco del pueblo —contestó.

Lo era, a juzgar por su hábito, ahora que se le veía de cuerpo entero, chaparroy y recio, propio de labrador prófugo del arado, las manos apenas amansadas por misas y bendiciones.

—¿Qué hacen un hombre y una mujer solos a estas horas? Y, además, por lo que oigo, usted es español. Un español vestido de indio. Ya me imagino lo que andan buscando. ¿De dónde vienen?

A punto estuvo Fonseca de despacharlo con viento fresco. Pero Umina le apretó la mano para que se contuviera.

—De Yucay —respondió la joven.

—¿Y dónde se alojan aquí?

—En casa de Sinchi.

—¿El quipucamayó? Eso confirma mis sospechas. Si no, ¿por qué habrían de buscar la hospitalidad de ese idólatra, en vez de acudir a cumplimentar al cura, como buenos cristianos?

A esas alturas Umina y Sebastián ya se habían dado cuenta del estado de embriaguez en que se hallaba el sacerdote.

—Seguro que andan buscando tesoros —continuó—. Y no quieren compartirlos con este pobre siervo del Señor. Pero tengan cuidado. Aquí los indios andan muy asilvestrados y tan supersticiosos, a pesar de mis esfuerzos por traerlos al buen camino. Tendrán problemas si se dedican a hurgar entre las ruinas. Si estuvieron en Yucay, verían en el palacio de Huayna Cápac a un indio, armado con un martillo.

Umina y Sebastián se miraron entre sí, al acordarse del viejo tuerto, pero callaron. Esto no desanimó al cura, que continuó su perorata:

—Ya veo que sí —se rió, sarcástico—. Ese hombre no para de recorrer este valle. Sepan que tomará buena nota de cuanto hagan. Tiene más de cien años y nunca ha sido cristianizado. Aún hace sacrificios en las huacas. Ahora estará espiando para los indios rebeldes que infestan los alrededores. Y seguro que sabe de memoria dónde esconden los malditos tesoros que por aquí enterraron los incas. Por eso vigila, para que nadie se los lleve.

Como notara de nuevo el escepticismo en su mirada, les advirtió:

—Si es eso lo que están buscando, me necesitan.

Se inclinó hacia Sebastián, tambaleándose, para espetarle con su aliento queapestaba a aguardiente:

—Conozco bien esta zona, les mostraré los lugares donde excavar si hacen partición conmigo de las riquezas que encuentren. No estaría bien que yo anduviera por ahí con un burro, un pico y una pala —se rió—. Pero nada me impide aceptar donativos.

Sebastián lo rechazó, con un gesto. El cura insistió, vociferando:

—Déme, al menos, algo de beber.

El ingeniero trató de sacudírselo de encima. El cura se apartó, no calculó bien, dio un traspies y rodó ladera abajo.

Cuando se levantó y logró ponerse en pie, empezó a proferir amenazas. Y tenía todo el aspecto de cumplirlas.

## Cuntur Guachana

Ya había amanecido cuando los despertaron unos fuertes golpes en la puerta de la casa. Fue a abrir Sinchi, y regresó con un muchacho indio al que reconocieron de inmediato. Era el hijo de Yarpay, el encargado de sus tierras en el valle.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó Umina, alarmada.

Contestó el muchacho en quechua, habló largo rato con la voz atropellada, hasta quebrársele y desembocar en un sofocón de lágrimas.

La joven estaba anonadada por lo que acababa de oír. Pero trató de sobreponerse a la rabia que le desencajaba el rostro, para resumírselo a Sebastián.

—Carvajal... Ha incendiado la hacienda de Yucay.

—¿Y la gente? Habrá resistido...

—Lo intentaron, pero alguien abrió una de las puertas.

—¿Quién?

Umina le trasladó la pregunta al muchacho, y luego le tradujo su respuesta.

—El viejo tuerto que encontramos entre las ruinas.

—¡Maldito loco! —exclamó Sebastián.

—No fue lo único que hizo. Tras entrar en la hacienda, Carvajal preguntó de inmediato por nosotros. Yarpay negó que hubiéramos pasado por allí. Pero ese viejo indio lo puso en evidencia, dijo que él nos había visto, y también que nos había oído que nos dirigíamos aquí, a Ollantaytambo. Y dieron al encargado una paliza de muerte.

—¿Lo mataron?

—No. Carvajal no haría algo así con tantos testigos, a no ser que pudiera acabar con todos. Pero Yarpay nunca podrá volver a valerse por sí mismo. Le han roto todos los huesos...

—Al menos podrán acusar a ese canalla de haber quemado la hacienda.

—Tampoco. Cuando el viejo indio le dijo que habíamos pasado la noche en mi habitación, Carvajal pareció ponerse fuera de sí. Sin embargo, tuvo buen cuidado de mantenerse a la vista de todos mientras el tuerto pegaba fuego a mi cama. Y sólo se marcharon cuando los edificios ardían por los cuatro costados.

—¿Es una venganza por el incendio del obraje!

—Mi pobre madre se morirá cuando lo sepa. No lo resistirá.

Vino en ese momento el quipucamayó a prevenirles:

—Hombres... hombres armados. Abajo en el valle... Hacia la entrada del pueblo se están desviando.

Se asomó Fonseca a una de las atalayas desde la que se dominaba la vega, tendió su catalejo y comprobó que era una avanzadilla:

—Ahí está Carvajal. Supongo que Montilla vendrá detrás, rastreando el camino con la retaguardia... Está hablando con ese cura borracho que nos amenazó anoche. Y señala en esta dirección.

—Tenemos que irnos inmediatamente —dijo Umina—. ¿Hay otra salida del pueblo?

—Por detrás, el camino de Chuica —respondió el quipucamayó—. Allí tendrán que tomar otro. Junto al valle lo tomarán. Donde baja otro río. Silqe se llama.

—No podemos seguir por el valle del Urubamba, nos verían todos los que viven allí y también desde arriba. Seríamos una presa fácil —aseguró Umina.

—El valle, sólo cruzarlo, bajando a él después de Chuica —les aseguró Sinchi—. Luego volverán a subir por el río Silqe. Una vieja calzada inca hay allí. Va muy alta, une este río con el Cusichaca y el Pacamayó.

—¿Sabrás encontrarla? —preguntó la joven a Qaytu.

Movió la cabeza Qaytu, pesaroso. No estaba muy convencido el arriero. Sabía que por aquel camino, mucho más abrupto que el del valle, evitarían a los lugareños y quizá algún control militar, gente que podría informar a Carvajal de su paso. Pero a cambio se enfrentarían a otros encuentros indeseables, contrabandistas o saqueadores de huacas.

—Es buena senda —insistió Sinchi—. Al Nido del Cóndor lleva derecha.

—¿Cómo hemos de preguntar por él? —dijo la joven.

—Digan *Cuntur Guachana*.

Cubrieron la primera parte de su recorrido sin ningún sobresalto, manteniéndose sobre la orilla derecha del río Urubamba hasta llegar a Chuica. Allí, tal como les había indicado Sinchi, descendieron al valle y lo atravesaron para cruzar hasta la margen izquierda en el lugar donde desembocaba el río Silqe, e internarse en su cañada.

A medida que ascendían siguiendo el cauce fueron ganando parajes más escarpados y solitarios, sobrevolados por los aguiluchos cordilleranos y los halcones perdigueros. El silencio apenas era roto por el silbido de los mirlos que saltaban de roca en roca en medio del arroyo, picoteando lombrices. Chapoteaban los patos de los torrentes, lanzándose al agua al oír los cascos de sus caballerías.

Tras pasar un asperísimo puerto, empezaron a descender hacia la zona templada. La niebla se volvió más cálida y perezosa, mientras los flancos del camino desbordaban con la vegetación de los bosques húmedos de la ceja de selva. Alternaban los helechos gigantes y los rastrojales de bambú, el enmarañado trenzar de árboles cubiertos de musgo y salvajina que se entredevoraba con sus colgadizos plagados de bromelias y orquideas moteadas de púrpura. Los pájaros picaflores aleteaban en la espesura, junto a los tucanes de montaña de aguzado pico, buscando las fresas silvestres y las granadillas maduras.

El trazado del camino inca tenía mucho de peregrinación, por el modo en que remoloneaba aquí y allá, invitando al viajero a acatar la grandiosidad del paisaje. Aun así, Sebastián no estaba preparado para lo que les esperaba al doblar el último recodo. Fue entonces, de improviso, cuando apareció a sus pies uno de aquellos reductos secretos cuya existencia ni siquiera llegaron a sospechar los españoles.

El espectáculo de aquella ciudadela impresionaba. Sus ruinas retrepadas de selva se extendían como un yunque, descolgándose de un alto picacho cónico que cenaba el paisaje al fondo. Y desde allí se desplegaban en una vorágine de andenes, plazas y edificios desparramados por un cerro abrumado de montañas, coronado de nubes.

Un pastor, junto con un muchacho, cuidaba su rebaño de llamas, y se sobresaltó al verles

aparecer. Descabalgaron, para tranquilizarlo, y le ofrecieron compartir su comida con ellos.

Le preguntaron cómo se llamaba aquel lugar. Respondió que algunos le decían Machu Picchu, que significaba Montaña Vieja. Y les confirmó que en las ruinas de aquella ciudad había un santuario conocido como el Nido del Cóndor, que muchos consideraban su cogollo, pues todo aquel conjunto había tenido en tiempos, según decían, la forma de este animal.

Se ofreció a acompañarlos hasta esa huaca principal, que se encontraba en el centro de recinto. Era una peña de granito labrada de tal modo que simulaba la cabeza, el pico y collarín de un cóndor. Tras ella, dos rocas que se alzaban hacia las alturas parecían cumplir el papel de alas desplegadas.

A juzgar por los ocho caminos que confluían allí, aquél debía de ser un importante centro ceremonial. También un observatorio astronómico muy singular, como lo demostraba el cercano *intihuatana*.

—¿Qué es un *intihuatana*? —preguntó Sebastián.

—Un amarradero solar —le respondió Umina—. Un machón de piedra tallado en una roca y situado en un lugar alto. Sirve para atar ritualmente el sol en el solsticio de junio, el día más corto del año en estas latitudes, y traerlo de regreso.

De su conversación con aquel hombre dedujo la joven que allí jamás se había dicho misa alguna, ni había moneda. Sólo se practicaba el trueque. Por lo tanto, no contaban con curas, comerciantes u otros intermediarios de mercancías o de almas. Ni siquiera estaban censados para la guerra.

—Benditos ellos —dijo Sebastián cuando se lo hubo traducido Umina.

Para mayores detalles, se ofreció a acompañarlos hasta el poblado vecino, donde se disponía a recogerse junto con su hijo.

En la plaza, las mujeres tejían bajo un árbol, usando el pie y la mano izquierda para sujetar las telas, de modo que éstas parecían brotar de sus cuerpos como una función natural. Conservaban las tramas y motivos antiguos, repletos de los vibrantes colores de los campos, el azul del cielo, el amarillo del sol, el fluir de las aguas. Y de ese modo, sobre la urdimbre imperturbable de los ciclos sucedidos, al hilo de las estaciones, trenzaban las historias que surgían de aquellos parajes.

El pastor los llevó ante una mujer que parecía llevar la voz cantante. Y cuando Umina le preguntó qué contenían sus tejidos, le respondió:

—Las leyes, la fundación, la costumbre. Son también como un calendario: dicen los días, las cosechas, todo.

Le contó que aquellas telas se llamaban *quechua*, y que sus tramas no se cortaban. Eran de una continuidad total, como las propias generaciones que las tejían. Telas como seres vivos. Le mostró el motivo dominante: rombos y más rombos entrelazados, el espacio como un lugar sin límites, aquella malla diagonal que jamás cuadraba, extendida hasta el infinito. Un puente de matrices prolongando la vida. Las mujeres celebrando su fertilidad en contacto con la tierra, desarrollando su peculiar inventiva, acogidas a una tradición que les permitía ser libres, expresar sus alegrías, ilusiones, dolores y angustias. También sus creencias más íntimas, en aquellos tejidos que eran a la vez su abrigo, techo y protección...

Cuando le pareció que ya se había ganado su confianza, Umina le mostró el paño que habían encontrado en la tumba de Sirax, sujetando sus cabellos. Lo examinó aquella mujer con detenimiento. Y no pudo ocultar su incredulidad al comprobar la urdimbre. Lo mostró a las otras comadres, y parlotearon entre ellas. Sebastián alcanzó a entender varias veces las palabras *Ñusta Hispana*. Era

otro de los hitos recogidos en el itinerario de Sirax, pero en su momento Umina se había negado a traducirle su significado.

La matrona que gobernaba aquel gineceo estaba seria. Se diría que preocupada. Y dijo algo a la mestiza que obligó a ésta a pedir a Sebastián y Qaytu que se marcharan. Al parecer, y al igual que había sucedido en Qenqo Grande, se trataba de algo sólo apto para mujeres.

Sentados junto a un andén, los dos hombres pudieron ver desde lejos lo que sucedía. La matrona tomó en sus manos aquel tejido y se lo acercó mucho a los ojos. Lo puso del revés, volvió a ponerlo del derecho, y hasta pareció contar las hebras, tratando de entender el sentido de aquel hilado. Aún se extendió en este examen largo rato, recabando opiniones de sus compañeras. Hablaron, al fin, con Umina, haciendo como cenado. Tras ello, la joven fue a rescatar de su destierro a Sebastián y a Qaytu.

—¿Qué has conseguido averiguar sobre Sirax? —le preguntó el ingeniero.

—Conocen la historia de una princesa inca como la que nos contó el quipucamayó de Ollantaytambo. Este lugar debió de ser uno de los últimos refugios de la sabiduría inca, donde se conservó para que pudiera ser restaurada algún día. En ese caso, Sirax completaría su formación en el santuario donde acabamos de estar, tras vivir en el Cuzco con su madre, Quispi Quipu.

—¿Y es cierto que estas mujeres recuerdan todo eso en sus telas?

—Dicen que ellas todavía tejen a la manera antigua, usando un motivo llamado Cola de la Serpiente, que está relacionado con esa princesa y la *Yurac Rumi*, la Piedra Blanca de Ñusta Hispana, en el valle del río Vitcos, un afluente del Urubamba, al norte de aquí. Creo que nos darían más detalles si les enseñaras el quipu rojo.

—Está bien, vamos allá —aceptó Fonseca, disponiéndose a entreabrir su camisa.

—No, por Dios —le dijo Umina—, quitátele del cuello y dáselo en mano. Muéstrales tu confianza, no actúes como si te lo fueran a robar.

Cuando se lo entregó a la mujer, miró ella aquel trenzado de cuerdas y nudos. Y pareció quemarle, porque se lo pasó de inmediato a una compañera. Otro tanto hizo ésta, hasta que terminó de correr de mano en mano. Discutieron entonces entre sí. Y concluyeron con un gran silencio.

Movió la cabeza la matrona, murmurando entre dientes que eran aquellos asuntos muy arduos. Y terminó negándose a hablar en redondo. Llamó, finalmente, al pastor, y le dijo algo en un tono tan agrio que apenas dejaba lugar a dudas sobre su actitud.

—¿Qué sucede? —preguntó Sebastián a Umina.

—Dice que nos marchemos.

—¿Pero porqué?

—Sospecho que ese *nudo de sangre* contiene pistas que no quieren revelar.

—¿Vilcabamba? —aventuró Fonseca.

—Calla, no digas nombres, que los pueden entender. No se fían. Otros lo habrán preguntado antes y no quieren problemas.

Al ver que no se marchaban, uno de los hombres que se mantenía a la expectativa se adelantó hacia Umina y le dijo algo que no pareció muy agradable.

—Nos vamos —dijo la mestiza a Sebastián y a Qaytu—. A caballo, inmediatamente, para que no haya lugar a dudas.

Las mujeres trataron de poner paz. Tampoco deseaban que se produjera violencia alguna. Dijeron a la joven que no hiciese caso a aquel individuo, que era un cholo que andaba de aquí para allá y no miraba bien a nadie, ni a indios ni a *chapetones*.

Mientras se alejaban, bordeando el río Urubamba desde el alto, Umina se lamentó:

—Lo único que hemos sacado en claro ha sido la dirección para encontrar Ñusta Hispana, donde se inicia la cola de nuestra última constelación, la de la Serpiente. Pero quizá hayamos pagado un precio demasiado alto por esa información.

—¿Por qué lo dices?

—Las preguntas que hemos hecho a esta gente se pueden volver contra nosotros, nos hacen aparecer como buscadores de Vilcabamba. Y saben que ahora nos dirigimos a Ñusta Hispana. Carvajal contará con exploradores y aliados entre los indios. Les habrá prometido una buena recompensa. Ahora lo avisarán y pondrán sobre nuestra pista. Ese cholo, por ejemplo.

No se equivocaba. Cuando se hubieron alejado del poblado, Qaytu llamó su atención sobre las señales de humo que pasaban de cerro en cerro. Las mismas que luego se multiplicaron por la noche, en forma de hogueras, siguiendo las atalayas del antiguo sistema de comunicaciones inca. Alguien estaba previniendo a los siguientes poblados, avisándoles de que se dirigían hacia allí. Y también a sus perseguidores.

## Ñusta Hispana

Ahí está la Piedra Blanca —dijo Umina. Se refería a una roca de gran tamaño, que destacaba entre el reguero desparramado por la falda de un cerro. Dominaba todo el conjunto. Un manantial le brotaba debajo y descendía espejeando por la ladera hasta desembocar en el río Vitcos, que hendía el valle. Su granito de color claro se perfilaba contra el fondo de un lago de aguas inquietantemente oscuras, impregnado de esa inconfundible atmósfera, absorta y ensimismada, de los lugares sagrados.

—Sobre ella colocaron los incas de Vilcabamba la imagen de oro del Punchao.

—¿La que estaba en el Templo del Sol de Cuzco? —preguntó Sebastián.

—Sí. La trajeron aquí para que no la robaran los españoles.

Las nubes y el sol se alternaban bajo una lluvia dispar y un cielo disputado. Al acercarse y rodearla pudieron ver que toda la piedra había sido profusa y cuidadosamente tallada con escalones, plataformas, nichos, cubos... Aquellas aristas acabadas con tanto esmero bien podrían configurar otro observatorio astronómico, por el concertado juego de luces y sombras que proyectaban sus vértices.

Era, en fin, el mismo tallado que habían tenido ocasión de admirar en la *Piedra Cansada* del Sacsahuamán cuzqueño o en el promontorio rocoso de Qenqo Grande. Y el mismo enigma: ¿cuál era su propósito?

Aquí, en Ñusta Hispana, parecía intermediar entre el agua que brotaba de lo profundo de la tierra y el sol que caía desde lo alto, cuyos rayos incidirían en el ídolo del Punchao cuando éste se colocara en su cima. Diego de Acuña aventuraba en su Crónica que quizá fuese la tumba de Manco Inca, el padre de Túpac Amaru. Otro parentesco más con el Templo del Sol de Cuzco, también panteón real. Quizá Sírax, con su itinerario, había intentado trazar la ruta entre ambos santuarios solares, tan vinculados a su familia, para utilizar aquel eje como referencia entre el principal adoratorio de la antigua capital y la nueva de Vilcabamba. Y también para marcar su linaje y su propia historia.

Umina miraba aquella gran piedra como si quisiera arrancarle su secreto.

—¿Qué significa Ñusta Hispana? —preguntó Sebastián. Y era la segunda vez que lo hacía.

—Quiere decir Doncella o princesa española. Pero su verdadero nombre es *Ñusta Jispana*.

—¿Y qué diferencia hay?

Tardó en responder Umina. Notó Fonseca en ella un cierto embarazo. Hasta que, después de un largo silencio, pareció decidirse a hablar y le dijo:

—Son cosas de mujeres. Ven por aquí.

A través de unos peldaños tallados en la roca, lo llevó hasta lo más alto. La cima había sido aplanada y sus grietas convertidas en canales. Le mostró una fina ranura excavada en su lomo que descendía hacia uno de los bordes. Y, de un modo inconfundible, olía a orines.

—*Ñusta Jispana* quiere decir orinal de la princesa. Mira esta grieta.

—Sigo sin entender.

—¿Te acuerdas de Qenqo? —le preguntó Umina.

—Sí, me acuerdo muy bien. En lo alto de la roca había dos bultos redondos con una grieta parecida en medio.

—Exacto. Aquello era una prueba de virginidad. La doncella que debía pasarla orinaba entre los dos machones. Si acertaba en la ranura del medio, era virgen. Tras ello, su orina debía bajar por aquella acanaladura que tenía nueve quiebras, y gotear por el lado derecho. Esto es algo parecido. Los incas sabían que una mujer sin desflorar puede controlar mejor que una que ha sufrido deformaciones por el miembro de un hombre, y es capaz de concentrarlo todo en un punto determinado como éste.

—¿Y si no era virgen?

—Sígueme.

Bajaron por el mismo lugar que habían subido. Lo llevó Umina hasta un costado de la gran roca que, orientado hacia el norte, se hallaba cubierto de musgo y líquenes. Todo él estaba recorrido por una franja horizontal excavada en el lecho de granito. Y de esa raya sobresalían unas prominencias de forma cúbica.

—¿Las ves? —le preguntó, señalándolas—. Son como los nudos en una cuerda, escriben algo, dicen algo. ¿Cuántos hay?

—Nueve.

—¿Lo entiendes ahora?

—Puede ser casual.

—¿Casual...? Ven conmigo.

Lo llevó hasta el lado oriental de la piedra. En él se abría una cueva, flanqueada por una pared de la que sobresalían otros cubos nítidamente tallados. Le pidió que los contara.

—Nueve otra vez —hubo de admitir Sebastián.

—Si esta roca se parece a la Piedra Cansada de Cuzco y la de Qenqo Grande es porque quizá servía para estudiar los movimientos del sol, siguiendo las sombras proyectadas en todas esas formas geométricas que resumen los más importantes lugares sagrados, la alineación de huacas.

—Un equivalente en piedra del quipu de Sírax.

—Quizá un complemento. Además, toda la zona que rodea la piedra hubo de estar cultivada, aunque ahora se la vea en tanto abandono. Esas hendiduras horizontales y verticales que vemos aquí eran seguramente un esbozo de andenes agrícolas. De modo que esto es como una maqueta del Tahuantinsuyu, podía servir de calendario, oratorio y pronóstico de fertilidad. Una fertilidad en la que también se incluía a la mujer.

—Entiendo. Estos nueve machones son el calendario de un embarazo, sus nueve meses.

—Dicho de otro modo, Sírax estaba embarazada.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

Sacó entonces Umina la manteleta que había cogido de su tumba en la cripta del Templo del Sol, y que había mostrado a las mujeres que hilaban en las cercanías del Nido del Cóndor.

—¿Te acuerdas de este tejido? —le preguntó—. Se llama *lloqe pañamanta*. Es excepcionalmente fino y sólo lo puede hacer alguien muy hábil, porque hay que alternar cinco hebras hacia la derecha con otras cinco a la izquierda. Gracias a eso queda un canal en medio, por el que se desliza el agua, sin penetrar. De ese modo, es perfectamente impermeable.

—¿Y qué prueba esto?

—Es un tejido protector que se ponen las embarazadas. Eso me dijeron.

—Bien. Admitamos que lo estuviera y que la tumba y el itinerario de Sírax sirviesen para contar su historia. Recapitulemos.

—Ella está en el Cuzco, con su madre Quispi Quipu, en la Casa de las Serpientes, hasta el momento en que Túpac Amaru sube al trono y la reclaman de Vilcabamba para cumplir el Plan del Inca. Unos emisarios suyos bajan a buscarla.

—Y entonces es cuando la conoce Diego de Acuña al salvarla del acoso de los soldados españoles.

—Eso es. Desde Cuzco, la llevan primero a la roca de Qenqo Grande, luego a Ollantaytambo, y después a la ciudadela del Nido del Cóndor. Allí fue donde debió de tener lugar la unión con alguien del más alto rango, y donde aprendería todos los secretos que debía transmitir. Y luego la trajeron aquí, a la Piedra Blanca, cuando supusieron que había quedado embarazada.

—¿De quién?

—Si seguía el mismo plan que su madre, embarazada de su propio hermano, Túpac Amaru, para conseguir una descendencia de la máxima legitimidad. Eso sería lo más lógico.

—Entonces, ¿qué problema hubo que la obligó a marcharse y a embarcar en el Buque Negro? ¿Por qué no se quedó en estas tierras o en Cuzco, como habría sido lógico?

—La respuesta sólo debió de conocerla la criada que viajó con ella hasta España, esa tal Sulca. La que momificó el cuerpo tras su muerte, volvió con él para enterrarlo en Santo Domingo y luego regresó hasta su tierra natal para morir allí. En Vilcabamba. Ése es el rastro que debemos seguir ahora. El Ojo del Inca. La cabeza donde remata la Serpiente que arranca aquí, en Ñusta Hispana. Ten en cuenta que Túpac Amaru significa Serpiente Real.

—Deberíamos buscar un sitio para pasar la noche.

—Éste es un lugar demasiado abierto. Necesitamos otro más alto y protegido.

Subieron a sus monturas y continuaron por un camino cascajoso que les iba a permitir salir de la hondonada.

Pero de poco les valió. Porque al doblar un recodo y entrar en una zona emboscada, donde se estrechaba la senda, se toparon con media docena de indios que, por su actitud, sin duda los esperaban.

Umina se acercó a Sebastián.

—No sabemos si son rebeldes, bandidos o saqueadores de huacas. No hagas movimientos bruscos que les hagan pensar que vas a sacar algún arma, por lo que más quieras —le aconsejó.

—Creo que aún podríamos dar la vuelta —sugirió el ingeniero.

Como si hubiesen escuchado sus palabras, se oyó un ruido tras ellos. Y al volver la cabeza se encontraron con otros tantos indios que habían salido de la espesura, para cortarles la retirada.

Los dos grupos estaban bien armados, los tenían pillados entre dos fuegos.

—No hay escapatoria —se lamentó Fonseca.

—Ni testigos.

## Totorgoaylla

Haciendo de tripas corazón avanzaron hacia el grupo que había salido de frente. A medida que se acercaban pudieron darse cuenta de que tampoco ellos las tenían todas consigo. Su actitud delataba inseguridad, desconfianza. Y eso los hacía aún más peligrosos. Umina se dirigió en voz baja a Qaytu y a Sebastián, que la flanqueaban, para insistirles:

—Acerquémonos despacio, sin tocar las armas y sin mostrar temor.

No contaba con quienes tenían detrás. El cabecilla del grupo que les había cenado la retirada a espaldas suyas se había aproximado hasta la joven y sujetó su caballo por las riendas. Sebastián vio que le hablaba en quechua de un modo insinuante, mientras ella lo miraba con desdén.

Qaytu sí que había entendido sus palabras, porque se adelantó hacia aquel hombre, se inclinó en su montura y le cruzó la cara con el rebenque.

Se produjo un silencio insoportable cuando aquel cabecilla se rehízo, lanzó una risa tan forzada como siniestra y apuntó al mayoral con su fusil. Umina se interpuso y, sin perder la calma, se dirigió al grupo que estaba frente a ellos, el primero que había interceptado el camino, hablándoles en su idioma con voz firme.

Sebastián no podía entender aquellas palabras. Seguía los acontecimientos con el alma en vilo. Y vio cómo, tras otro largo silencio, uno de los hombres avanzaba hacia ella. Después, aquel individuo se dirigió a quien apuntaba a Qaytu con su arma. Y con dos palabras como dos bofetadas le hizo bajar el fusil, abortando su intento de réplica.

Descabalgó entonces Umina, miró alrededor y, dirigiéndose a quien acababa de hablar, que parecía el jefe de toda la partida, señaló un lugar en la espesura, a orillas del camino.

Aquel hombre dio una seca orden a sus compinches, antes de disponerse a seguirla. Cuando advirtió que Qaytu y Sebastián se preparaban también para echar pie a tierra, les hizo clara señal de que aquello no rezaba con los dos. Luego, acompañó a la joven hasta la enramada, donde ambos parecieron entrar en un refugio bien disimulado.

A medida que pasaba el tiempo, el ingeniero se encontraba más intranquilo, preguntándose qué descabellada idea habría tenido Umina. Qaytu estaba aún más inquieto que él.

Pasó otro largo rato. No se oía ni una mosca, y Sebastián pensó en lo peor: nada resultaría más sencillo para aquel hombre que abusar de Umina, matarlos luego a ellos dos y quedarse con sus monturas y provisiones. Por el modo en que aquellos bandidos las calibraban, ésa era la intención de los saqueadores.

Le preocupaba igualmente Qaytu. Quien lo había amenazado, aquel individuo gritón que parecía el lugarteniente del grupo, no perdía de vista al mayoral. Y le lanzaba de vez en cuando lo que parecían improperios, mascullados de la manera más soez. Advirtió Fonseca que la falta de respuesta del arriero era tomada por el bandido como una provocación, e intervino para decirle:

—Este hombre no puede hablar.

Se revolvió su asaltante como una víbora, dirigiéndose al ingeniero con los ojos inyectados en sangre. Y empezó a gritarle de un modo amenazador, con una violencia y crispación de inusitada ferocidad. Aquello estaba cobrando un cariz horrible.

En ese momento salió Umina de entre la espesura. Parecía estar bien, dueña de sí. Debía de haber escuchado las voces, y de inmediato se hizo cargo de la situación. Se enfrentó al lugarteniente, hasta hacerlo retroceder. Pero aquel hombre señalaba a uno de los suyos, y luego gritaba, dirigiendo su dedo hacia Sebastián.

El jefe de la partida se encaró con el ingeniero mientras Umina iba traduciendo sus palabras.

—Dice que te descubras, que te quites el sombrero. —Y al observar sus dudas, insistió—: Obedece, por lo que más quieras.

Así lo hizo. Y aquel hombre lo miró largo rato, con asombro, intercambiando algunas palabras con quien se había referido a él.

Habló entonces con Umina, y ésta dijo algo a Qaytu en quechua. Los dos, la mestiza y el mayoral, se marcharon al refugio junto con el jefe. Y cuando volvieron, al cabo de un buen rato, el arriero se acercó a su mula, sacó la bota en la que solía llevar un aguardiente más que bravo y se lo tendió al cabecilla. El desconfiado bandido le hizo un gesto que claramente quería decir: «Después de tí».

Bebió Qaytu primero, le pasó el odre al jefe, y éste le dio un buen tiento. Su lugarteniente, detrás de él, debió reclamarlo, pero su superior le contestó con un gruñido y se lo pasó a Umina, quien no quiso beber, trasladándose a Sebastián.

Umina y Qaytu se acercaron hasta las dos mulas de carga y empezaron a entregar al jefe provisiones, un par de cuchillos y un hacha. Pareció conforme con aquello, y gritó un par de órdenes a los suyos. Pero luego se dirigió a la joven y señaló hacia Fonseca, mirándolo otra vez detenidamente.

Umina preguntó a Sebastián:

—¿Dónde llevas la pólvora y las balas?

—¿Cómo dices?

—Quiere tu fusil —dijo ella recalcando bien las palabras—. Y también munición.

—Pero... vamos muy justos. Nos quedaremos desarmados.

—Dáselo ya si quieres que salgamos de aquí con vida. Él es el jefe, y no se puede conformar con cualquier cosa. Bastante me ha costado convencerlo de que no tenía por qué convertirse en un ladrón y que podíamos pagarle un peaje a cambio de que nos dejara pasar por sus dominios. Supongo que una cantidad superior a la que le ha prometido la gente de Carvajal al lugarteniente.

Le hizo caso Fonseca, sin mayor resistencia. Tomó el cabecilla su fusil, el cuerno con la pólvora y la bolsa con las balas. Comprobó que sus hombres habían cargado con el resto y les dio la orden de retirada para que salieran del camino.

Cuando se hubieron marchado y ellos reemprendido su marcha, el ingeniero preguntó a Umina:

—¿Quieres contarme qué diablos ha pasado?

—Es muy sencillo —resumió ella—. Por el modo en que discutían esos dos hombres deduje que uno era el jefe, el que mandaba el grupo que nos salió de frente. Y que el otro, quien mandaba a los que nos cortaron la retirada, era su lugarteniente, el típico bocazas. Había que acudir al jefe como interlocutor, y ponerse de su parte, para reforzar su autoridad, ignorando la del lugarteniente.

—Y mi fusil era la guinda.

—Ha sido más complicado que todo eso. Era el modo de hacerle sentir importante. Ya sabes cómo son los hombres para estas cosas.

—Ni idea, pero seguro que tú estás al cabo de la calle.

—No te ofendas. No fue tan sencillo. Creo que el lugarteniente era más partidario de ponerse del lado de quienes nos buscan.

—O sea, de Carvajal...

—Supongo. Mientras que el jefe parecía más inclinado hacia Condorcanqui, o quizá de jugar con todos los palos de la baraja. A ese hombre le gusta creer que en vez de simples bandidos son rebeldes sublevados contra los abusos de los españoles. Y enseguida sospechó que éramos quienes andan buscando por el incendio del obraje. La familia de Qaytu y la gente que liberamos allí ya han hecho correr la noticia. Por eso nos trató tan bien.

—Entiendo. No tienes precio como estrategia. Ni como negociadora.

—Más bien te lo debemos a ti.

—¿Bromeas?

—Uno de sus hombres le dijo al jefe que tu cara le resultaba familiar. Y mencionó a José Gabriel Condorcanqui. Entonces fue cuando el cabecilla quiso algo tuyo, algo personal. Yo le sugerí un arma, el fusil. Sin ello no habríamos cenado el trato.

Se quedó asombrado Sebastián por lo del parecido de su rostro. No era la primera vez que le sucedía aquello. De hecho, esa sensación de algo ya visto la había sorprendido en otras gentes que no lo conocían de nada. Desde el propio Condorcanqui, a raíz de su encuentro en Abancay durante la Yahuar Fiesta, hasta la primera vez que se encontrara con Umina en el teatro de Madrid. De modo que cuando reemprendieron su camino sintió que algo raro estaba pasando. Y que, aun habiendo salido ahora con bien, todo aquello podía acarrearles a la larga consecuencias funestas.

A esta preocupación se sumó lo accidentado del terreno. Porque a partir de ese momento, escarmentados por el asalto de que habían sido objeto, tomaron de nuevo trochas escabrosas, evitando las más frecuentadas de los valles, así como los poblados, tambos y refugios. Habrían de tener mucho cuidado con las hogueras que encendiesen y no dejar rastros comprometedores.

Llegaron así hasta un abra donde se partían las vertientes, dando origen a dos senderos. Uno, muy destruido, se dirigía hacia el norte, ceñido a un afluente del río Pampaconas. Y el otro, más dado a páramos y punas, se encaminaba hacia el sur. Preguntaron a un indio que arreaba su rebaño de llamas, y les informó que siguiendo este último se había topado en el monte con viejas construcciones cubiertas por la densa vegetación. Y algunos decían que eso no era nada en comparación con una ciudad grande, custodiada por gente belicosa, de la que nunca proporcionaban el derrotero.

Decidieron tomar aquella ruta, que muy pronto acusaba las trazas de un antiguo camino inca y discurría asomada al borde de estrepitosos barrancos y precipicios. Cabalgaron por aquella ceja de selva donde la montaña se descolgaba hasta los bosques húmedos. El calor era sofocante, y los mosquitos y tábanos aprovechaban la lentitud de su paso para martirizarlos con sus picaduras.

Imposible saber en cuál de aquellos parajes podría haber ruinas. Cualquier cerro o quebrada podía ocultar la ciudad perdida de Vilcabamba. La vegetación era tan tupida que, fuera de los senderos, no se alcanzaba la tierra ni metiendo sus espadas hasta la empuñadura: lo impedía la maleza. La única posibilidad para localizarla sería dar con las antiguas calzadas o los fuertes y tambos que las flanqueaban.

Creyeron haberlo logrado cuando Qaytu detectó un viejo camino pavimentado con lajas de piedra que trepaba hasta atravesar la cuchilla de la sierra para internarse en un desfiladero que perdía vegetación al ganar en altura.

Ya habían avanzado largo rato por aquel cañón cuando al mirar hacia arriba los vieron: una partida a caballo que espiaba sus movimientos.

—¿Desde cuándo nos vienen siguiendo? —se preguntó Sebastián. Sacó su catalejo y, tras un detenido examen, confirmó lo que se temían los tres:

—Son Carvajal y Montilla. Con más de treinta hombres bien armados. Y se disponen a bajar contra nosotros.

Apretaron el paso hacia el interior del desfiladero. Éste se iba estrechando progresivamente, hasta dar sus flancos en paredes verticales. Y demasiado tarde se percataron de que no tenía salida.

—Hemos caído en una trampa.

En cuanto al suelo, a medida que fueron avanzando hacia el fondo se fue encharcando, convirtiéndose en un pantano por donde sus monturas no podían avanzar. Tuvieron que descabalgarse, tomarlas por las riendas y caminar hundidos en aquel fango traicionero. Croaban a su alrededor las ranas y sapos como zambombas. Callaban a su paso, y luego se recuperaba aquel latido de la ciénaga.

Sus enemigos aparecieron cuando los tres habían logrado subir hasta una estrecha franja de tierra desecada que cerraba el barranco, formada por los desplomes de un farallón cortado a pico. Desde allí pudieron comprobar que Carvajal y Montilla contaban con guías locales que les permitían evitar los trayectos más peligrosos, avanzando con seguridad por entre las totoras, aquellos carrizos amarillentos y empenachados.

—Pronto nos habrán rodeado —dijo Fonseca.

En ese momento, Qaytu les hizo señas para que llevaran las monturas hasta la pared rocosa que cenaba el cañón, pegándose a ella.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó Umina.

Los gestos del mayoral le respondieron sobradamente. Porque, echando mano de su chisquero, golpeó la rueda dentada contra la piedra, hasta que prendió la mecha de algodón azufrado. Sopló para avivarla, se internó en el pantano y cuando estuvo a una distancia prudencial que les permitiría mantenerse a salvo, empezó a incendiar la reseca vegetación.

Jugaba con el viento a su favor, y pronto se alzó ante él una cortina de fuego que avanzó por entre las espadañas contra sus perseguidores, obligándolos a retroceder a toda prisa, chapoteando a través de la charca.

Qaytu había regresado hasta la franja de tierra donde se refugiaban Umina y Sebastián. Todo había ido bien hasta ese momento. Pero desde allí pudieron ver cómo se torcían sus planes.

—¡Está cambiando el aire! —previno el ingeniero.

El fuego volvía ahora sobre sus pasos. Algunas pavesas volaron hasta los esqueletos de aquellos grandes árboles cargados de musgo, hendidos por las avalanchas. Empezaron éstos a arder, sus ramas negruzcas a caer envueltas en llamas, incendiando el frente de vegetación que el mayoral había preservado junto a ellos, por precaución.

—Estamos atrapados entre el fuego y esta pared de piedra. Y apenas se puede respirar —dijo Umina.

—¡Cuidado con los caballos!

Desde hacía rato, sus monturas estaban aterradas, distribuyéndose a lo largo de aquella estrecha franja para escapar de las llamaradas. Y ahora parecían haber detectado una amenaza aún mayor. Relinchaban, huyendo de algo procedente del pantano.

Intentaron sujetarlas sin conseguirlo. Se mostraban cada vez más inquietas, coceando enloquecidas, hasta el punto de volverse peligrosas. Qaytu hizo señales a sus compañeros para que no trataran de retenerlas. Ni siquiera pudieron tomar sus armas. Sólo él, que estaba más familiarizado con el animal, pudo acercarse a la mula de carga, más mansa, y coger las mantas que acarrea, para tratar de protegerse humedeciéndolas. Y tan pronto soltaron a las caballerías, éstas se metieron en aquel cenagal, encaminándose a una muerte segura.

—¿Qué pasa ahí delante? —preguntó Umina.

Apenas tuvieron tiempo de reaccionar. Algo sucedía en el escaso flanco de carrizos aún sin quemar que tenían frente a ellos. Los penachos de las plantas se agitaban en su dirección. Era un avance que delataba una presencia de considerable envergadura, a juzgar por la amplitud de los movimientos.

—Hay algo que viene hacia aquí.

Hasta que se entreabrieron las últimas espadañas y apareció lo que había asustado a sus monturas, provocando la estampida.

Umina fue la primera en darse cuenta del nuevo peligro que los amenazaba.

—¡Una manada de pumas!

Eran cuatro de estos animales, de gran tamaño, con dos cachorros. Empujados por el ruego, se veían obligados a avanzar contra ellos, para luchar por el poco espacio que aún no ardía bajo sus pies.

Sebastián, Umina y Qaytu retrocedieron, pegándose a la pared.

El macho de mayor porte, que parecía regir la manada, se les encaró rugiendo, flanqueado por sus compañeros. Se agazapó mientras barría el suelo con la cola, las orejas desplegadas y alerta, los afilados ojos arañados de furia, las fauces abiertas, mostrando los colmillos, tensos los músculos de las poderosas garras, dispuesto a saltar.

## Qasana

El mayoral intentaba hacerse entender. Pero en semejantes circunstancias incluso Umina tenía dificultades para comprenderle. Y a cada movimiento, a cada palabra de la mestiza, el puma respondía con un rugido, del que se hacía eco el resto de la manada.

—Qaytu trata de decirnos que nos estemos quietos y callados, protegiéndonos con las mantas, creo... —dijo la joven con un hilo de voz.

El gran macho seguía frente a ellos, sin bajar la guardia, mientras otro de los animales, una hembra, se alejaba, arreando a los cachorros.

Cayeron en la cuenta de que el jefe de la manada estaba protegiendo la retirada del resto. La madre de los dos pequeños pumas se había detenido ante una estrecha grieta horizontal en la pared rocosa, pegada al suelo, de donde brotaba una de las surgencias del pantano.

Cuando sus cachorros hubieron entrado en la grieta, los siguió ella. Se les unieron luego los otros dos adultos. Y, por fin, el gran macho que hasta ese momento tenía frente a ellos. Retrocedió, y tras trotar hasta el mismo punto por donde habían entrado sus compañeros, se agachó, pegándose al suelo, y desapareció engullido por el farallón rocoso.

—Debe de haber una cueva —dijo Umina, consultando a Qaytu con la mirada.

El humo los estaba asfixiando y aquel calor infernal amenazaba con achicharrarlos. El arriero les confirmó con un gesto que no tenían tiempo que perder.

—Si nos metemos ahí dentro, los pumas nos atacarán al verse acorralados, ¿no es cierto? —preguntó Sebastián.

—Tendremos que arriesgarnos. O eso o morir aquí abrasados. Esos animales no se habrían metido de no contar con alguna salida.

Sebastián se ciñó a aquella surgencia que había terminado por horadar la roca, arrastrándose por el baño. El paso, sumamente estrecho, no permitía ver ni oír nada de lo que pudiera haber en el interior de la cavidad. El avance era muy incómodo, al llevar delante, como mínima protección, la manta y el macuto con algunas de sus pertenencias. En compensación, salía una intensa corriente de aire frío, impidiendo que el humo penetrara en el angosto corredor.

Gateaba tan pegado al techo que sentía los salientes más aguzados clavándose en las costillas. Al llegar a la parte central, donde la galería giraba formando un recodo, la oscuridad fue total. Rezó para que los pumas no lo hubiesen venteado ni lo estuvieran esperando. Sería una presa fácil.

Contuvo el aliento al ver la luz, mientras la estrecha boca se ampliaba al cabo de un trecho que se le hizo interminable. El pasadizo crecía hasta permitirle ponerse en pie.

Lo que más le sorprendió fue la luz procedente del interior. Miró hacia lo alto y la vio descender desde una amplia grieta del techo, que servía de chimenea.

Buscó a los pumas, pero no encontró rastro de ellos.

Se asomó a la boca por la que había accedido a la cavidad y gritó:

—¡Podéis entrar, el camino está libre!

Al aparecer Umina y Qaytu les dijo, señalando hacia lo alto:

—Esa grieta y las corrientes de agua y aire indican que esto tiene otras salidas. Hemos de

aprovechar la luz para buscarlas.

Fue una larga y penosa ascensión, siguiendo una torrencera. Subieron hacia la luz y el aire, cada vez más frío. Al principio, el frescor de la gruta reconfortaba. Pero pronto se volvió gélida.

Y cuando salieron al exterior se encontraron con un reborde duro y escamoso de hielo compacto.

—Esto ha de ser la *Cajana* o *Qasana*, el Lugar del Hielo que aparecía en la relación de ceques y huacas —dijo Umina.

Al trepar sobre aquella meseta se ofreció ante ellos la extensa y azulada superficie de un glaciar. Aquel río helado se descolgaba entre los picos que comprimían sus costados, formando una áspera lengua que descendía hacia el frente.

Antes de continuar, les pidió Qaytu por señas que tomaran precauciones, imitándole. Con su cuchillo, tajó una estrecha banda de su manta, y se envolvió las botas con ella, protegiendo los pies del frío. Y cortó los brotes de un matorral, la chachacoma, extrajo la resina y les frotó con ella el rostro y las manos para aislarlos de la cruda intemperie. Luego, los ayudó a abrigarse con sus cobijas, haciendo él lo propio.

Comenzaron la bajada, franqueando un ventisquero. Cuando dejaron atrás aquel paso, saliendo al descubierto, les sorprendió un ruido opaco, que resonó como una gran explosión en el fondo de un pozo.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Sebastián.

—Yo diría que un cañonazo —respondió Umina.

—¿Un cañón aquí? Imposible.

Qaytu hacía gestos desesperados para indicarles que no se pararan, que siguiesen adelante.

Al cabo de un buen rato volvieron a escuchar el mismo ruido ominoso, una refriega de truenos enmarañados que brotaba del suelo, en vez del cielo. Esta vez más cerca, mucho más cerca.

La superficie empezó a temblar bajo sus pies. Y, de pronto, antes de que pudieran darse cuenta, se abrió con un crujido ensordecedor. A punto estuvieron de ser, tragados por aquella grieta. Pero, al menos, supieron de dónde procedían los estallidos. Y también el peligro que suponía el continuo reajuste de la lengua de hielo al deslizarse imperceptiblemente sobre el terreno, provocando una opaca vibración de fondo, la vasta extensión del glaciar resquebrajándose en hendiduras y derrumbes, librando en las entrañas una sorda batalla.

Buscaron el centro, aquel espinazo resbaladizo de un fascinante azul turquesa, que en otras circunstancias habría resultado hermoso. La luz, cegadora hasta entonces, cedió paso a un cielo encapotado. Empezó a nevar. La cellisca barría el desierto de hielo en rachas que se congelaban sobre sus cuerpos. Si llegaban a detenerse, pronto serían un carámbano arracimado, un montículo más cubierto de nieve.

El aire enrarecido por la altura dificultaba la respiración. La fatiga les acalambra las piernas con una rigidez de madera. Qaytu se detuvo para pasarles hojas de coca que les ayudarían a sobrellevar el cansancio.

A medida que declinaba el día, los témpanos fulguraban como gigantescas gemas, al quebrar en sus aristas los rayos de sol. Iban cambiando de color, desde el azul intenso y el rojo crepuscular hasta dar en un violeta cárdeno y aterido.

Y cuando cayó la niebla comenzó un baile de formas fantasmagóricas, como si la Naturaleza, haciendo propios sus delirios y asombros, soñase ciudades y ruinas, pirámides, dólmenes, chapiteles

de una improbable catedral de hielo, cúpulas y alminares, el desfile de espejismos de quien empieza a verlo todo con temor.

El camino se perdía con la nieve, adquiriendo un tono irreal, diluyendo el sentido de las distancias. Hacía mucho frío. La luz se había ido ocultando entre los grandes picos. Apenas se veía.

Qaytu empezó a hacerles gestos para que lo siguieran, desviándose hacia uno de los costados.

—Creo que lleva razón —dijo Sebastián a Umina—. No podemos arriesgarnos a dar pasos en falso. Tenemos que retirarnos a algún flanco del glaciar para encontrar un refugio antes de que caiga la noche.

Abandonaron el recorrido longitudinal a lo largo del lomo de la lengua de hielo para acercarse a uno de los bordes laterales, donde surgía un islote de roca y tierra sobre el que crecían algunos arbustos. Una gran hendidura los separaba de él, y sólo podían acceder a la roca a través de una arista helada, a modo de puente, colgada sobre un gran precipicio.

Pasó primero Umina, que era la más ligera. Discutieron luego Sebastián y Qaytu. El mayoral lo convenció de que, por su peso, él debía atravesarlo el último. Así lo hicieron. Cuando éste se hallaba en el centro se oyeron fuertes crujidos, seguidos de algunos desprendimientos, trozos de hielo que cayeron rebotando hasta el fondo de la grieta. Y al llegar el arriero al otro lado, apenas le dio tiempo a sujetarse a las manos que le tendían Fonseca y la joven. Aquella pasarela empezó a desmoronarse y se vino abajo con gran estrépito. Los témpanos que la componían se replegaron sobre sí mismos y se desplomaron, golpeando en las paredes.

Umina recontó el perímetro rocoso y constató, angustiada, asomándose a aquel abismo:

—Nos hemos quedado aislados en todas direcciones. Sebastián trató de animarla.

—No pienses ahora en eso. Está cayendo la noche y tenemos que damos prisa para construir un refugio en ese hueco de la roca. ¿Por qué no buscas leña mientras Qaytu y yo traemos piedras para cenarlo? Sin fuego no sobreviviremos.

Se metieron dentro cuando ya las estrellas colgaban en lo alto como carámbanos congelados.

No resultó fácil encender una hoguera. Ardió al fin la leña y pudieron calentarse. Cenaron con una de las mantas el estrecho paso por el que habían entrado y se dispusieron a conservar el calor que les brindaba.

Umina recordó la lista de ceques y huacas, y concluyó:

—Si *Totorgoaylla* es el prado de la totora de la zona de pantanos que acabamos de dejar atrás y esto es la *Qasana*, por el hielo del glaciar, sólo nos quedan dos huacas para llegar a Vilcabamba: *Pactaguañui*, que significa ¡Cuidado, la Muerte!, y *Guanipata*, que quiere decir Andén del Escarmiento.

Mientras afuera aullaba el viento se miraron en silencio a la luz de las llamas, sumidos en la incertidumbre de lo que sucedería cuando se apagase la hoguera.

—¡Y pensar que detrás de esas montañas está Vilcabamba! —se lamentó la joven—. Mi pobre madre ni siquiera sabrá lo que nos ha sucedido. Después de que le hayan dicho que ha perdido su hacienda en Yucay, nadie le sabrá decir qué fue de su hija.

—Encima van a salirse con la suya esos dos miserables, Carvajal y Montilla, sin recibir su merecido.

—Además, si nadie ha avisado a la gente que vive cerca de allí, los pillarán desprevenidos, será una carnicería. Y con ese tesoro en su poder pueden hacer mucho daño.

—¡Qué pena que haya permanecido oculto y a salvo tantos siglos para terminar en sus manos!

—¿No te subleva haber pasado tantas fatigas para quedarte al final tan cerca? —le preguntó ella.

—Tampoco estuvo tan mal... Gracias a eso nos hemos conocido. Aunque me había imaginado un final mejor que terminar aquí, aislados en medio de la nieve.

—¿Como qué?

—No sé, cuando era joven pensaba en algo más glorioso. Desde luego, una forma más rápida de morir.

—Sobreviviremos. Yo tengo el espejo de obsidiana y tú el quipu rojo. Son dos talismanes.

Umina había pegado su rostro al de Sebastián, para que ambos cupieran en la oscura superficie pulimentada del espejo. Se veían reflejados en ella como dos habitantes de un mundo antiguo surgidos de la piedra para asomarse a un presente incierto.

—Lo que más siento es haberte conocido tan tarde —dijo él—. Cuando estuve contigo en Yucay pude imaginarme una vida juntos... Me gustó...

—Sigue, no te detengas ahora —le pidió ella.

Él mismo se extrañó al oírse decir aquellas palabras. Sobre todo en presencia de Qaytu. E hizo un gesto a la mestiza, señalando en dirección al arriero.

Se encogió de hombros el indio, sonriendo como quien piensa: «Bendito pudor, a estas alturas y en estas circunstancias...». Y tras una serie de gestos señalando sus labios terminó tendiendo al ingeniero la bota de aguardiente.

—Dice Qaytu que él no se lo va a contar a nadie —tradujo Umina—. Y supongo que el aguardiente es por si necesitas armarte de valor, como los soldados a quienes se lo dan antes de entrar en combate.

El arriero rebuscó en sus bolsillos y sacó algunos restos de bizcochos, parecidos a las galletas del barco. Los devoraron en un santiamén.

—Despacio, masticadlas despacio —les recomendó el ingeniero—. Hermógenes, el carpintero del *África*, me contó que durante un naufragio, cuando apenas les quedaba qué comer, para desayunar repartían una galleta a cada uno, la miraban con ternura y la guardaban.

Para el almuerzo, a una señal, la sacaban, la chupaban, y volvían a guardarla. Y para cenar, se la comían. Así consiguieron sobrevivir...

Rieron los tres. Varias rondas del odre de aguardiente dejaron la bota exhausta y sus cuerpos más confortados.

Luego se hizo el silencio, hasta caer dormidos, rendidos por el cansancio. Y, ya fuera por las impresiones recibidas, o por el alcohol, o por la estrecha proximidad física con la mestiza, que dormía entre sus brazos envuelta en la misma manta, tuvo Sebastián un extraño sueño.

En él veía una gran piedra, que le pareció la de Ñusta Hispana. Sobre ella estaba sentada Umina. Bajo su falda parecía brotar una profusión de figuras talladas, desbordando en todas direcciones. Al ganar distancia se iban convirtiendo en valles, ríos y montañas que se perdían en el horizonte. La joven parecía saber que él la estaba mirando, alzaba la mano derecha. Al principio, no entendía aquel gesto. Sólo más tarde se percataba del hilo rojo que sujetaba ella entre los dedos. Y al levantar aún más la mano podía ver el otro cabo del hilo, deshilachando el pecho de la mestiza. Quizá su corazón.

Imposible saberlo, porque se abría allí un hueco, se desfondaba en un laberinto sin fin de puertas y escaleras, alejándose hacia lo más profundo de su interior. Luego, el hilo rojo cobraba vida propia, se descolgaba y unía a la roca bajo la falda, hasta chorrear convertido en un líquido espeso, un manantial oscuro. Era sangre, como la que lloró aquella Piedra Cansada por los muchos muertos dejados en el camino. Y no era entonces una roca dura lo que servía de trono a la mestiza, sino algo entrelazado y viscoso, como de víscera que latiera, esparciendo un serpentear de venas o tentáculos que tiraban de él, trepaban por su cuerpo, ahogándolo, arrastrándolo, sin poder desatar aquella maraña...

En esas angustias andaba, cuando sintió un zarandeo.

—Despierta —le decían.

—¿Qué sucede? —se sobresaltó.

—Oye eso —le pidió Umina.

Frente a ellos se escuchaba un estruendo pedregoso y entrecortado. Venía de la parte del glaciar. A medida que se acercaba se iba convirtiendo en un rugido atronador que crecía por momentos.

—Es una avalancha —aseguró la joven.

Un primer frente golpeó su frágil refugio, que tembló de arriba abajo. Sintieron luego el impacto de las primeras avanzadillas, el rápido despliegue de la nieve arrasándolo todo a su paso. Por suerte, el hueco en el que se habían parapetado estaba protegido por un sólido espolón rocoso que les servía de techumbre. Pero no así el frente que ellos habían construido para cenarlo, desasistido de cualquier apoyo.

—¡Tenemos que sujetar estas piedras, o se nos caerán encima! —gritó Sebastián, intentando hacerse oír por encima del zumbido de las ráfagas que los traspasaba por todos los costados.

Se entrelazaron para soportar la embestida. El alud de nieve llegaba ahora hasta ellos. Los rodeó, extendiéndose en torno al refugio. Una bronca marea los cubrió por completo. Estaban sepultados.

## Guanipata

Trataron de ahorrar fuerzas, conservando el calor a la espera de que amaneciese. Sólo empezaron a abrirse paso cuando una luz lechosa iluminó difusamente la nieve que se extendía frente a ellos, cubriéndolos. Retiraron luego la manta que habían utilizado como puerta para emerger hasta al islote de piedra en el que se habían refugiado.

Qaytu fue el primero en salir al exterior, y se volvió hacia ellos, gesticulando como un desesperado.

—No sé si son buenas o malas noticias —dudó Sebastián.

—¡Ayúdanos a salir! —gritó Umina al mayoral.

Tras asomarse ella al exterior, tendió a su vez la mano al ingeniero, diciéndole:

—¡Podemos continuar! ¡Podemos seguir nuestro camino!

Se abrazaron alborozados mientras señalaban el lecho que se abría bajo ellos, donde antes se extendía la enorme fisura que los dejara aislados tras la rotura del puente de hielo. El alud había rellenado parcialmente la grieta. Eso no les permitiría subir hasta el otro lado, pero sí bajar hasta el fondo y tantear aquella salida.

—Será muy peligroso —aseguró Sebastián.

—Después de haber visto la muerte tan cerca, cualquier cosa es preferible.

Descendieron por el talud de nieve hasta internarse bajo una gran bóveda congelada que penetraba en las entrañas del glaciar. Al bajar y aumentar el deshielo, menudeaban los temblores. Aquella masa gélida crujía amenazadora, con bruscas sacudidas. Y hubieron de pegarse a los bordes del túnel para evitar el arroyo formado en el centro. Hasta que la corriente aceleró, ganando fuerza y arrastrando bloques que se bamboleaban al flotar, percutiendo contra las paredes y provocando nuevos desprendimientos.

Al cabo de un prolongado descenso escucharon el ruido de un gran golpe de agua. El cauce se despeñaba, resuelto en un choque de tímpanos, y la corriente que venían flanqueando aceleraba para precipitarse contra unas rocas afiladas. Desde arriba, la veían abatirse por la hendidura, agitándose en remolinos y espumas, dividida en docenas de cascadas, desbordadas las unas sobre las otras. El rebote de aquella catarata, al estrellarse contra el lecho del río, vertía en cortinas de agua, surcadas por los colores del arco iris al romper la luz del sol a través de la boca de una cueva.

Era el momento de abandonar sus orillas para ganar tierra firme. Se hallaban en una gran oquedad de piedra negra. Y el contraluz de su boca estaba obstruido por troncos y ramas atravesados de pared a pared, a modo de bañera que parecía natural.

Cuando los estaban retirando para salir de la cueva, notaron que aquel parapeto ofrecía una resistencia mucho mayor de la esperada, y que encima de ellos retemblaba la montaña. La reacción instintiva de Qaytu y Umina fue abandonar el lugar a través del hueco que habían conseguido abrir.

Pero Sebastián se les opuso, gritando:

—¡Atrás! ¡No salgáis!

Se oyó un gran estruendo, como si el techo se desplomara. Y, frente a ellos, en el angosto pasadizo por el que habían intentado escapar, empezaron a caer ingentes pedruscos que les habrían

aplastado si hubiesen salido de aquel refugio.

—Creo que esta cueva es esa huaca que se llama ¡Cuidado a *muerte!* —dijo Sebastián—. ¿Os acordáis de la descripción que hace Diego de Acuña en su Crónica? Es uno de los caminos que debía evitar, por las galgas que había encima. Están conectadas con cuerdas a estos troncos que cierran la entrada a la cueva, de modo que las piedras caen sobre el sendero cuando alguien los mueve.

—Entonces, es uno de los accesos a Vilcabamba —le respondió la joven.

—La ciudad sigue bien protegida. Quizá porque todavía está habitada.

Al gatar entre los pedruscos salieron a un paso estrecho, como cuchillada dada en la montaña. Su forma de media luna coincidía con la descripción de la Crónica. También la pared de más de doscientos pasos de alto, almenada con cuatro torres que se alzaban en los flancos.

Cundía un olor a putrefacción. Y debajo de la última avalancha de piedras descubrieron otra anterior, que debía de ser reciente, con una veintena de hombres aplastados. Por sus atuendos y armas, la mayoría parecían españoles.

—Aquí no están ni Carvajal ni Montilla —dijo el ingeniero—. Pero esta gente debe pertenecer a su partida. Han caído en la trampa mientras trataban de hacer el camino inverso, para entrar en la cueva. De modo que deben de quedar otros tantos.

—Tendremos que andar muy vigilantes, porque o nos atacarán ellos, o lo harán quienes vivan aquí.

Salvado aquel desfiladero, el camino descendía abruptamente hasta una quebrada, al hilo de las torrenteras. Gracias al atajo de la cueva, se hallaban en una zona mucho más templada, con hondonadas bien mantenidas, círculos concéntricos dispuestos en tenazas a distintos niveles. Eran terrenos de aclimatación, cada uno con sus propios cultivos, variedades de diferentes regiones, latitudes y alturas, para adaptarlas a aquel lugar.

—Por fin algo que llevarnos a la boca. ¿Qué plantas son ésas? —preguntó Sebastián.

—Papas, lo que vosotros llamáis patatas —le respondió Umina.

—¿Todas son patatas? —se extrañó el ingeniero.

—Tenemos miles de variedades. Hay poblados, y hasta familias, que cuentan con las suyas propias, que guardan en secreto, como un tesoro.

—¿Por qué? Sólo son patatas.

—Porque siembran cinco o seis tipos distintos. Si hace frío, algunas morirán. Pero otras lograrán sobrevivir a las heladas gracias a que las plantas cierran sus hojas durante la noche, para protegerse. Al contrario, si hace demasiado sol, ésas se pudrirán, pero no otras mejor preparadas para el calor. Por eso es tan importante que una comunidad establezca lazos de parentesco en territorios con diferentes alturas y climas, para que siempre sobreviva algún cultivo por mal dado que venga el año y poder socorrerse unos a otros.

—Esto indica que aquí vive gente —dijo Sebastián—. La ciudad perdida no debe de andar lejos, y nuestra próxima huaca es *Guanipata*, ese Andén del Escarmiento. No suena muy tranquilizador.

Cuando hubieron repuesto fuerzas y reemprendido su camino, empezaron a encontrar ruinas extendidas al pie de una ladera. No eran simples chozas, sino edificios antiguos. Aceleraron el paso, impacientes. Al remontar un cerro se abrió antes ellos un claro en la espesura, distribuido en andenes,

galpones y canales.

—¡Vilcabamba, por fin! —exclamó Umina.

Allí estaba, la última ciudad que habían construido los incas en su desesperado intento por sobrevivir y ser libres.

—Me la había imaginado de otro modo —hubo de reconocer Sebastián.

Lo que aparecía ahora ante ellos era poco más que un trozo de selva reclamado de nuevo por la vegetación, devorado por el afanoso trenzar de árboles, lianas y maleza.

Qaytu los devolvió a la realidad, al peligro que corrían, haciéndoles un gesto para que permaneciesen alerta y evitaran cualquier ruido: el chasquido de las ramas rotas al pisarlas o el rodar de escombros despiezados, al caminar entre las ruinas.

Los muros exteriores aún conservaban muchas de sus hileras rectangulares de granito. Una rampa muy empinada conducía hasta las murallas, torres y baluartes defensivos. Otros edificios debían de servir de cuarteles. Cuando sobrepasaron las primeras circunvalaciones de defensa, se abrió ante ellos el núcleo de la ciudad, esparcida sobre una prominencia rocosa.

Umina seguía fascinada, caminando como en trance, sin dar reposo a la vista.

—¡Cuánto había esperado este momento! —dijo apurando el paso—. No te separes de nosotros —le pidió Sebastián—. El lugar está muy emboscado y es fácil tender una trampa.

Sin embargo, tras examinar el terreno detenidamente no encontraron indicio alguno de vida humana.

—No hay nadie, nada que temer —insistía ella—. Eso es lo que más me preocupa.

Frente a ellos varias tenazas apuntaban la tierra hasta volverla llana. Y desde allí descendía escalonada hacia el río que bajaba de las cercanas montañas. Grandes muros de contención la protegían de las avalanchas. Ahora estaban agrietados, y en ellos se acumulaban rocas amenazadoras.

—¿Lo ves? —le dijo Umina, señalándolas—. El lugar está abandonado. Ésa ha de ser la plaza principal.

Se refería a la explanada abierta al cabo de una amplia escalinata de piedra que debió de ser magnífica y ahora ondulaba desbaratada por los arbustos.

—Aquí fue donde Diego de Acuña hubo de esperar hasta que lo llevaron a presencia de Túpac Amaru —evocó Sebastián.

Tras salvar los troncos carcomidos y caminar sobre un lecho de hojas podridas salieron a un claro bañado por el sol.

Tampoco allí se veía a nadie. Los árboles —cedros, yanais y quebrachos— eran más corpulentos y destacaban por encima de las construcciones, muchas de ellas derruidas y sepultadas por la vegetación.

Y entre todas destacaba por la calidad de su sillería el palacio del Inca, protegido por un bastión semicircular que lo aislaba de miradas ajenas. Junto a un muro de gran altura, semiderruido, todavía se conservaba un estanque termal rodeado de estancias de mediano tamaño que Sebastián reconoció de inmediato.

—Ésa ha de ser la alberca donde se bañaba Sirax cuando la sorprendió Diego tras saltar la tapia.

Su atmósfera desprendía un hálito sofocante, mezcla del olor de las rojas flores del Inca y los vahos sulfurosos de los manantiales de agua caliente. Alrededor se distribuían las plantas colgantes, volviéndolo más íntimo, sin que eso impidiera contemplar desde él una magnífica vista del valle.

—Nada. Ni un alma —dijo Sebastián, sorprendido, haciendo visera con la mano, a medida que repasaba los canales de riego, los lugares de reunión, el templo, los enormes depósitos de grano—. Si la ciudad está habitada, como nos han dicho, ¿dónde han construido el nuevo poblado?

—Quizá al otro lado de esa corriente —respondió Umina.

Se refería a la última esquina de la explanada, la única que les quedaba por explorar, al otro lado de un riachuelo de aguas agitadas, que allí pasaba estrecho y encajonado. El único modo de salvarlo era gateando sobre un tronco tendido por encima de su cauce, que se cimbreaba peligrosamente.

Cuando lo hubieron cruzado, todo aquel deslumbrante paisaje cambió de arriba abajo. Columnas de humo espeso salían de detrás de unas peñas, marcando, por fin, la presencia humana.

—¿Qué está pasando ahí detrás? —se preguntó la joven, inquieta.

—No tenemos ni una maldita arma —se lamentó Sebastián imitando a Qaytu, que había echado mano a un árbol para arrancar una tranca de madera.

Avanzaron hacia allí con grandes precauciones. Aquél sí que era, claramente, un lugar habitado, con viviendas mucho más modestas. Pero se quedaron estupefactos al adentrarse en las primeras casas.

—¡Dios mío! —exclamó Umina—. ¿Qué le han hecho a esta pobre gente?

Todo era desolación en tomo suyo. Las techumbres yacían derribadas por tierra, sus vigas tiznadas. Y las aves cañoneras sobrevolaban un árbol del que habían colgado los cuerpos mutilados de varios indios.

—Se han cebado con ellos —dijo Sebastián—. Esto es obra de Carvajal. Una venganza por la muerte de sus hombres, los que vimos aplastados a la salida de la cueva.

Qaytu, que había entrado en otro de los edificios, más amplios salió horrorizado, con los ojos extraviados. Trató de impedir que entrara allí Umina. Pero ella quiso verlo, y también Sebastián.

Entre las ruinas humeantes asomaban los cadáveres de ancianos, mujeres y niños. Y en el aire flotaba el inconfundible hedor de la sangre quemada y corrompida.

Intentaron retroceder. Demasiado tarde. Al salir de aquel edificio los rodearon indios armados. Y cuando quisieron reaccionar, se les echaron encima, reduciéndolos sin contemplaciones.

Los golpes llovieron sobre ellos con furia enconada. La peor parte se la llevó Qaytu, por parecerles el más peligroso y difícil de someter.

Tras maniatarlos, Sebastián fue alzado del suelo a empellones. Sacudió la cabeza, parpadeando para librarse del polvo que se le había metido en los ojos. Y reparó en la extraña ropa y adornos de sus captores.

«¿Por qué van vestidos así? —se preguntó—. ¿Están celebrando alguna fiesta, o quizá algún sacrificio?».

De buena gana se lo habría preguntado a Umina. Ahora se daba cuenta de hasta qué punto había llegado a depender de ella para conocer aquel país y sus gentes.

Pero hubo de esperar a que los juntaran a los tres mientras los conducían a la explanada del nuevo poblado.

Interrogó a la joven con la mirada, señalando a aquellos hombres enfurecidos que parlotaban entre sí, excitados ante la perspectiva de las nuevas capturas.

A Umina le bastó escuchar sus palabras para deducir lo sucedido.

—Creen que formamos parte de la retaguardia de Carvajal y Montilla —explicó a Sebastián.

—Hay que sacarlos de su error.

—Eso es más fácil de decir que de hacer. Lo que quieren es venganza.

Intentó hablarles, sin que le hicieran ningún caso. Alzó entonces la voz, y se detuvo, gritándoles para que la escuchasen.

Se quedaron desconcertados. Si ya les sorprendía la presencia de una mujer, lo que menos esperaban, seguramente, es que la emprendiera a gritos con ellos.

No parecían muy dispuestos a atender sus reclamaciones. La hicieron callar con palabras despectivas.

—¿Qué te han dicho? —le preguntó Sebastián.

—Que soy una mestiza, la menos adecuada para hablar. Y tú también.

—¿Me toman por un mestizo?

—Sí. Les he dicho que tú no conocías nuestra lengua, y que Qaytu no puede hablar, que por eso lo hacía yo. Pero les ha dado igual, porque a él lo suponen un indio renegado, como los que han conducido hasta aquí a los españoles armados.

—¿Han matado a toda la gente de Carvajal y Montilla?

—No lo sé. Ahora lo averiguaremos. Mira ese hombre de ahí. Creo que es un sacerdote inca.

Estaban llegando a una plaza, y venía hacia ellos un personaje, que, a juzgar por su actitud y vestimenta, ostentaba un alto rango en algún tipo de culto.

No parecía gustarle Umina, porque la mandó callar de inmediato con una mirada iracunda, amenazando con golpearla. Y al rebuscar en el morral de la joven se topó con el espejo de obsidiana.

Lo que más pareció llamar la atención del personaje fue el nudo de sangre que decoraba aquel objeto. Se alborotó mucho y dio grandes gritos en dirección a una de las casas.

—Espero que ese talismán haga efecto —dijo Sebastián—. Lo vamos a necesitar.

Tanto insistió aquel individuo, que al fin salió de la casa quien parecía el jefe del poblado. No se movió de la plataforma que se alzaba frente a su puerta. Los esperó en lo alto, con expresión grave.

Seguía hablando el sacerdote. Sin embargo, él no parecía escucharle. Sus ojos estaban fijos en Sebastián. Y ello hasta tal punto de que hizo algo que no debía de ser usual. Bajó la escalera, se adelantó hacia él, y lo tomó por el cuello de la camisa, que se había entreabierto en los forcejeos con quienes lo sujetaban.

Todos se quedaron sorprendidos de esta reacción. Pero él no pareció inmutarse. Agarró la prenda con las dos manos, las asentó firmemente, tiró con fuerza y la rasgó de arriba abajo.

Quedó entonces al descubierto el quipu rojo que pendía de la garganta del ingeniero. El jefe del poblado señaló el nudo de sangre con que iba marcado. Y quienes los rodeaban empezaron a aullar como posesos, blandiendo sus armas contra Fonseca.

Éste se dio cuenta de inmediato de lo que eso significaba, y dijo a Umina:

—Nuestros talismanes se han vuelto contra nosotros. Los nudos que hay en el espejo y el quipu nos relacionan con este lugar. Creen que nosotros hemos servido de guía a la gente de Carvajal y Montilla. Y nos acusarán de haber traído hasta aquí la desgracia.

## Intihuatana

El jefe del poblado, tras reparar en el nudo de sangre que cenaba el quipu, subió las manos hasta el rostro de Sebastián. Y tanteó sus rasgos lentamente, como pudiera hacerlo un ciego o un escultor que los modelase en arcilla.

—¿Qué intenta, palpándome la cara? —preguntó a Umina, inquieto.

—No lo sé —le contestó ella—. Me preocupa más lo que dice este otro.

Se refería al sacerdote, quien proseguía con su vehemente perorata y se enzarzó en una violenta discusión con el jefe.

Terció Umina, con el resultado de que ambos se le enfrentaron. Pero no sólo no se calló ni se arredró la joven, sino que esto pareció redoblar su ímpetu.

Trató Sebastián de adivinar el curso de la conversación a través de sus gestos, de las inflexiones de sus voces. O auscultando el rostro de Qaytu, que solía resultar más indicativo.

Imposible saberlo. Por de pronto, no los soltaron, siguieron manteniéndolos bien amarrados.

Y a una orden del jefe les hicieron caminar, conduciéndolos en procesión hasta un aterramiento que no parecía de nueva traza, sino parte de la vieja ciudad inca.

—¿No será esto, por casualidad, el *Andén del Escarmiento*? —le preguntó a Umina, refiriéndose a la penúltima de las huacas que figuraba en su lista.

Esperó ella a estar a la par de él para responderle: —No lo sé. Pero quienes les han atacado han sido Carvajal y Montilla.

—¿Cómo han llegado hasta aquí?

—Los han guiado indios renegados que conocen la zona. Al parecer, esos insensatos buscaban a tiro derecho el Ojo del Inca.

—Supongo que les habrás dicho que no tenemos nada que ver.

—He tratado de convencerlos de que esos hombres eran también nuestros enemigos. Pero no se han creído ni una palabra. Como tú suponías, el nudo de sangre de mi espejo y tu quipu nos convierten en fuente de información. El sacerdote va más lejos e insiste en que somos nosotros quienes lo hemos organizado todo... El jefe del poblado no lo ve del mismo modo, y habla de tu cara.

—¿Qué tiene que ver mi cara?

—No lo sé. Pero mientras el jefe del poblado parece dispuesto a concedernos el beneficio de la duda, el sacerdote no. Está furioso porque el ataque los ha pillado desprevenidos, y cree que la elección de esta fecha no es casual. Se disponían a celebrar el Inti Raymi, la fiesta del solsticio de junio. Entonces, y para zanjar la discusión con el jefe del poblado, le ha propuesto someternos a una sencilla prueba.

—¿Qué prueba?

—Tampoco lo sé. De ella dependerá nuestra suene.

Los apremiaron en ese momento, haciéndolos callar y señalando al sol. Faltaba poco para que se pusiera, y pronunciaron varias veces la palabra *intihuatana*.

Los arrearon sin contemplaciones en dirección a un estrecho camino que se abría paso entre las rocas. Debía de ser otro de los accesos a la ciudad perdida. Antes de entrar en él hubieron de sortear

varios agujeros en el suelo. Salía de ellos un hedor pestilente, y bordoneaban alrededor moscas y tábanos.

—Mira —le dijo a Umina—. Ahí abajo.

—¡Es hombre!

—Han caído en otra trampa.

Se referían a los nuevos cadáveres de mercenarios españoles. Yacían atravesados en el fondo, erizado de varas de bambú cortadas a bisel.

—¿Y Carvajal? ¿Y Montilla? —preguntó ella.

—Imposible saberlo, tenían las caras destrozadas.

Gritó el sacerdote, señalando hacia el sol que declinaba a ojos vistas, y los empujaron de nuevo para que se apresurasen.

Llegaron al fin a una plataforma circular de piedra, una gran roca que había sido desbastada del natural para allanarla, dejando en su centro un saliente en ángulo recto que remataba en un gnomon enfundado de oro sobre su afilada punta.

—Ahí está el *intihuatana* —dijo Umina.

Señaló el amarradero que iba a protagonizar aquel solsticio de junio, cuando el día más corto del año amenazaba con privarles de la presencia del astro.

—¿Qué pasará ahora?

—El sacerdote tiene que atar el sol a ese estribo de oro. Ellos creen que el metal está forjado con el sudor de sus rayos. De ese modo volverá a lucir y reemprender el camino de vuelta hacia jornadas más largas y luminosas.

—¿Y cómo piensa lograrlo?

—Con invocaciones y sacrificios.

—¿Eso va por nosotros? —preguntó Sebastián.

Les hicieron callar, los desataron y empujaron, encaminándolos hacia la piedra. Faltaba poco para que el sol se pusiese, justo enfrente de ellos, sobre los picos que cerraban la ciudad, protegiéndola por el oeste.

Al avanzar hasta el *intihuatana*, Sebastián, a quien habían obligado a ir delante, se detuvo para prevenir a Umina.

—Ten cuidado. ¿No preguntabas por Montilla? Aquí lo tienes.

Un cuerpo yacía derribado por tierra, hecha jirones su ropa a la española. No resultaba fácil reconocerlo por lo desfigurado que había quedado. Pero era el marqués, sin duda.

—¡Dios mío! ¿Qué le han hecho? —preguntó la joven.

Los moratones de su rostro, los párpados hinchados, el pelo lacio pegado a los pómulos por los costrones de la sangre, las erosiones purulentas de las rodillas, los miembros aplastados y desmadejados, daban buena cuenta del castigo cruel al que lo habían sometido.

No le dio tiempo a compadecerse de él, porque hubo de ponerse de nuevo en guardia, prevenida por el grito de Sebastián.

—¡Cuidado, es Carvajal, allí detrás! ¡Y está armado!

Se había hecho fuerte escondiéndose en el parapeto que cenaba la parte posterior del *intihuatana*.

—Han debido de obligar a Montilla para que se enfrentara a él, y ha pretendido negarse —continuó el ingeniero—. Es una advertencia sobre lo que nos espera si hacemos lo mismo.

Carvajal tenía varias armas de fuego ya prevenidas, y los indios no se atrevían a acercarse. Pero necesitaban hacerlo por la ceremonia del Inti Raymi. Y su intención era utilizarlos para hacerlo salir de allí. Además, así sabrían si eran amigos o enemigos de aquel hombre.

Cuando los desataron, pidió el ingeniero algún arma. Ellos se la negaron, empujándolos para que se acercaran a la plataforma de piedra. Umina fue la primera en aproximarse.

—Dejadme —les dijo—. A mí no me disparará.

—¡No lo hagas! —le gritó Sebastián.

Se lanzó sobre la joven, haciéndola caer al suelo. Sonó un disparo, y una bala silbó junto a sus cabezas.

—Carvajal no bromea. Está tirando a dar.

Fonseca hizo un gesto a Qaytu para que sujetara a Umina mientras él se encaramaba a la plataforma.

Tan pronto como lo hizo, sonó un tiro. Pudo esquivarlo, advertido por el movimiento de su adversario. Y se arrojó al suelo cuan largo era, buscando el precario resguardo del gnomon de piedra.

Carvajal no quiso volver a fallar, y salió de su escondrijo para apuntar desde más cerca.

Aprovechó ese momento Umina, recuperando la espada de Montilla y arrojándola hasta donde se hallaba el ingeniero, pegado a tierra.

Éste no pudo alcanzarla. El arma chocó contra el *intihuatana*, resbaló y cayó, yendo a parar junto a Qaytu. El mayoral se adelantó entonces para alcanzársela y, al lanzarla, se oyó un nuevo disparo. Cayó el arriero, tiroteado por Carvajal. Umina trató de socorrerlo.

—¡No te muevas, o te dará a ti también! —la previno Sebastián.

Empuñó la espada y, antes de que su adversario volviera a cargar el fusil, avanzó hasta él, obligándolo a batirse.

Carvajal se lanzó contra el ingeniero con una furia desesperada, presa de la tensión del asedio, de la sed y el hambre a que había sido sometido. Vio en ello Fonseca su mejor arma. Aguantó a pie firme las primeras embestidas, y fue ganando terreno lentamente, hasta llevarlo al borde de la plataforma, que caía sobre el precipicio.

Se hallaban ambos junto al abismo, peleando cuerpo a cuerpo, espada contra espada, rostro contra rostro, para ver quién arrojaba al otro al barranco. Y en eso oyó el grito de Umina:

—¡Cuidado, está sacando una pistola!

El obrajero había echado mano a la trasera de su cinturón, y tras extraer el arma le apuntó al corazón. Estaban tan cerca que no podía fallar.

Sintió Sebastián el plomazo a quemarropa. Primero, el impacto en el pecho, un calor intenso, y el borbotón de sangre que le surgió mientras caía hacia un costado.

Después, sólo percibió lo sucedido de un modo difuso, como si el tiempo se dilatara y las palabras le llegaran entre ecos. Había oído el grito de Umina. Luego, el de Carvajal. No comprendió bien el de éste hasta entender que maldecía a Qaytu.

En el momento de disparar, el mayoral se había lanzado contra los pies de su mortal enemigo, haciéndole perder el equilibrio y, en parte, la puntería. El hacendado se sacudió al arriero, propinándole una patada que lo lanzó hacia atrás, al borde mismo de la torrentera, donde Qaytu trataba de sujetarse desesperadamente.

Pero al hacerlo, Alonso Carvajal había perdido el equilibrio, cayendo a su vez contra el afilado

gnomon de oro que marcaba el medidor solar del *intihuatana*. Se oyó el crujido de la tela al rasgarse, el golpe seco de la carne y el retremblar del metal al recibir el cuerpo. Y allí quedó ensartado, atravesado el pecho de arriba abajo, la sangre goteando a lo largo del filo dorado.

Apenas se había repuesto Sebastián de aquello cuando se oyó el grito desesperado de Umina:

—¡Qaytu! ¡No! ¡No!

La joven se había lanzado al suelo tratando de agarrar la mano del mayoral. En vano. Para entonces el arriero ya había resbalado, precipitándose al vacío. Y se le oyó caer, rebotando en las piedras hasta ser engullido por las aguas que espumaban allá abajo, mientras los naturales del poblado asistían atónitos a aquel desenlace.

Se arrastró el ingeniero hasta ella y, tomándola por los hombros, la apartó de tan peligroso lugar para abrazarla contra su pecho mientras le decía:

—Lo siento, lo siento de veras.

Sollozó ella largo rato. Y fue al abrir los ojos entre las lágrimas que le nublaban la vista cuando la joven se dio cuenta del alcance de la herida que tenía Sebastián en el hombro izquierdo:

—Estás perdiendo mucha sangre —le dijo.

—No ha alcanzado el hueso. Bastará con sacar la bala y vendar.

Por un momento se habían olvidado de los naturales. Pero la actitud de éstos había cambiado por completo. El propio jefe del poblado ayudó a la joven en la cura de Fonseca mientras eran retirados los cuerpos de Carvajal y Montilla.

Luego, señaló el sol, a punto de ponerse sobre la montaña que dominaba la ciudad, al ocultarse tras la roca más alta que la flanqueaba por aquel lado.

—¡Sinca! —dijo, extendiendo el brazo en aquella dirección.

—Algo dice de una nariz —alcanzó a traducir Umina, enronquecida y llorosa—. ¡Qué importa ahora eso!

El jefe no parecía de la misma opinión, y estaba dispuesto a que le prestaran atención de grado o por la fuerza, pues lo apremiaba el sacerdote. Señalaban ambos la alineación del *intihuatana* con el cerro, la última huaca de su itinerario. Y, a juzgar por sus palabras, ése iba a ser el momento en el que relumbraría el Ojo del Inca.

Los separaron al uno del otro y los obligaron a contemplar la puesta de sol, que en el aire purísimo de los Andes adquiriría una belleza sobrecogedora.

Por alguna causa desconocida, alcanzaba a brillar el astro a través de una fisura o cueva que se abría a media ladera de la montaña, ahora a contraluz, que protegía Vilcabamba.

El sol deslumbraba y hacía daño a la vista. Pidió Umina, aún llorosa, que le devolvieran el espejo negro de obsidiana, y se lo ofreció a Sebastián para que mirase a través de su reflejo

Lo que allí vieron los llenó de asombro.

Al tomar como referencia el Ojo del Inca y aquel pico de Sinca en forma de nariz, aparecía ante ellos la silueta de un rostro. La montaña, perfilada contra el sol, con las sombras que arrojaba en aquel preciso momento, dibujaba una cara humana, yaciendo en posición horizontal.

—Ahora entiendo por qué me miraban de ese modo —hubo de admitir Sebastián.

—Esa montaña es tu vivo retrato.

Una vez descartada cualquier complicidad con sus atacantes, sin duda lo tomaban por alguien estrechamente vinculado al Inca en cuyo honor eligieron y remodelaron aquellos ceños. El quipu que

llevaba al cuello así se lo confirmaba. Y les hacían gestos para que se dirigieran hacia allí sin pérdida de tiempo.

## Punchao

La ladera de aquel pico estaba cubierta de una vegetación / muy tupida. Los naturales se abrieron paso entre ella para conducirlos a través de sendas que trepaban hacia una terraza dominada por un árbol gigantesco. Debido a algún extraño efecto, el sol parecía brotar de entre sus raíces. Éstas habían atrapado con sus tentáculos una construcción incrustada en la montaña, desparramándose sobre ella como un rayo solidificado en madera. Al crecer, aquel soberbio ejemplar había estrujado los sillares, descabaland y cuarteando la piedra hasta borrar todo rastro del dintel. Pero no había podido cenar la entrada de la galería, a través de la cual surgía ahora la luz.

Los indios desbrozaron el camino de acceso, golpeando con los machetes para espantar a las serpientes que allí pudieran esconderse. Junto con Umina, ayudaron a entrar por el hueco del árbol a Sebastián, resentido por su herida. Esquivaron las raíces que se abrían a los dos lados del pasadizo, en busca de la humedad. Y al hacerlo trazaban un baile de formas inquietantes, con aquel extraño modo de recibir la luz del sol.

Llegaron así al punto en que la galería se internaba dentro de la montaña. Encendieron sus acompañantes las antorchas que allí había prevenidas. Y se las entregaron sin querer pasar adelante. Desde aquella distancia prudencial, el jefe del poblado les indicó un corredor con escalinatas excavadas en la roca dura y negra para que siguieran por él.

—Esto no me gusta nada —dijo Umina.

—Sí —coincidió Sebastián—. Ellos se quedan de nuevo atrás, como antes de empujarnos hacia el *intihuatana* donde se escondía Carvajal. Pero ¿qué podemos hacer?

—Escucha eso.

Pararon en seco para que sus pasos no perturbaran los sonidos que llegaban hasta ellos, rebotando difusos en la piedra. Se oía un ruido angustioso y rítmico, la agónica respiración de una tráquea obstruida. Y chillidos lejanos, agudos, que se alzaban entrecortados, sobrevolando en ráfagas intermitentes.

—Esos gritos me ponen la carne de gallina —dijo la joven—. ¿Qué hay debajo de nosotros?

—No se ve nada. El único modo de averiguarlo es seguir bajando.

—¿Y ese olor? ¿Lo sientes?

Era un tufo acre y amoniacal, que hendía la oscuridad, penetrando como un escozor en los intersticios de los demás sentidos, ahora puestos a prueba y en sordina.

Después de un prolongado descenso, desembocaba aquel tránsito en una cámara de gran amplitud y considerable altura. Los mismos sonidos se escuchaban ahora más nítidos, amplificados por la reverberación. Y a ellos se añadía un siseo inquietante, convertido en silbido opaco al pasar por algunos lugares.

En la pared de la caverna se abrían varias hornacinas, y en el suelo se alzaba un ara de piedra, que ellos veían ahora desde arriba y desde lejos. Al descender hacia aquel altar percibieron el resplandor de un ídolo de oro con forma humana. Alrededor de su cabeza se desplegaba en abanico una gran patena, a manera de espejo cóncavo. Y al concentrar los rayos del sol que sobre ella caían, reflejándolos, bañaban la imagen en una atmósfera irreal, fuera del tiempo, como si emergiera de la

luz.

—¡Es el Punchao! —exclamó Umina, con la emoción en carne viva.

—Nunca imaginé que llegaría a verlo —confesó Sebastián.

Allí estaba, el Sol naciente y renaciente, aquel testigo que cada solsticio aseguraba el regreso del astro al asentarlo sobre su pecho. Aquel relicario donde se guardaba el polvo de los corazones de todos sus hijos, los Incas que le habían consagrado el Tahuantinsuyu, el Imperio de las Cuatro Direcciones, gobernándolo en su nombre.

Pero el Punchao no estaba solo. Ni, al parecer, desprotegido. Entre ellos y aquel idolo de oro se interponían en el suelo varios esqueletos humanos.

Comprendieron entonces que los naturales los estaban sometiendo a la prueba definitiva.

—Era de temer —dijo Sebastián.

—¿De qué han muerto? —preguntó Umina, señalando los despojos.

—No tienen aplastamientos, ni flechas, ni señal de arma alguna. Esto es mucho peor que Carvajal.

Un enemigo invisible.

—¿Y ese olor? ¿No notas un olor extraño?

Arreciaba aquel tufo acre, tan intenso que ahora raspaba en la garganta. Y el ruido de fondo, ominoso y rítmico, se convertía en un claqueteo tumultuoso, un castañetear encima de ellos, pronto seguido de gran alboroto y desapacibles chillidos.

Al alzar la vista se les ofreció un panorama que los perturbó profundamente. Las teas, al barrer las anfractuosidades de la roca, fueron descubriendo en ellas bultos apretados de un color más claro que la piedra volcánica de la que parecían brotar. Las llamas de las antorchas se reflejaban en unos puntos diminutos como alfileres, que rebullían al ser alcanzados por la luz.

—¿Qué diablos es eso? —preguntó Sebastián.

—Murciélagos —le respondió ella.

Cientos y cientos de murciélagos colgaban cabeza abajo en racimos siniestros como tumores.

Umina fue la primera en reaccionar.

—¿Te acuerdas de la Crónica de Diego de Acuña?

—Claro.

—¿Recuerdas que Sirax estaba tejiendo un vestido ceremonial para Túpac Amaru?

—Sí, cuando él la sorprendió en la alberca.

—Era de pelo de murciélago.

—Y tú crees que lo sacaban de aquí.

—¿De dónde, si no?

Resonaba ahora con mayor fuerza el batir de alas, quizá la preparación de aquella infame turba para salir a la caza de insectos. Uno de los animales manó al intentar sujetarse, rechazado por uno de sus compañeros. Se descolgó y descendió en quiebras irregulares, en dirección al altar del Punchao. Y cayó fulminado al salir de la zona iluminada por los rayos de sol. Éstos trazaban una senda intangible al ser reflejados por la patena desplegada alrededor de la cabeza del ídolo. Se oyó un golpe sordo al estrellarse contra el suelo.

Fue entonces cuando se dieron cuenta cabal de dónde se encontraban: en el interior de un tubo volcánico que horadaba la montaña, desde lo alto hasta las profundidades. A su través soplaba el viento y entraba el sol, al ponerse tras el pico de Sinca. En algunos de los conductos había

emanaciones de gases. Y los rayos, al reflejarse mediante espejos cóncavos de oro, señalaban el camino libre de ellas. Un camino que ahora se estaba borrando, al desaparecer la luz, que no volvería a entrar en aquel recinto hasta encontrar otro conducto más bajo que el ahora iluminado.

—Si nos metemos en las galerías contaminadas, estaremos perdidos —dijo Sebastián.

—Acuérdete de la advertencia que le hacía Sirax a Diego: «Evita la cueva, porque encierra grandes peligros. Pero si te vieras obligado a ello, camina sólo por los lugares donde veas murciélagos».

—Nos mantendremos debajo de ellos.

Avanzaron hacia el interior sintiendo sobre sí aquel despacible paraguas que les garantizaba poder respirar aire. Trataban de este modo de abrirse paso hasta la cámara principal en la que se encontraba el Punchao, embebida en las entrañas del pico, donde los rayos del sol aún incidían a través de una chimenea natural de ventilación.

Cuando llegaron allí, se quedaron boquiabiertos.

—Mira eso —dijo Sebastián a la joven.

—¡El tesoro de los incas! No era ninguna leyenda.

A ambos lados había lingotes de oro y plata, vasijas llenas a rebosar de monedas y alhajas, animales fundidos en estos metales. Y envolviéndolo todo se retorció aquella gigantesca serpiente dorada que parecía custodiarlo.

—La cadena con eslabones de oro que Huayna Cápac mandó hacer para celebrar el nacimiento de su hijo Huáscar.

—¿Y esto? ¿No son quipus? —le preguntó él, señalando toda una batería de cuerdas, cuidadosamente alineadas y ordenadas.

—Parece un archivo. Quizá contenga el inventario de otras huacas que a su vez guardarán tesoros y la memoria de sus gentes.

—Con éste que llevo al cuello se podrían localizar y rescatar.

—Quizá sea el quipu de los quipus.

—Y eso, ¿qué es eso?

Se refería el ingeniero a un objeto perfilado al final de la cadena de oro. Al acercarse, apenas repuestos de su asombro por el tesoro, vieron en su centro algo todavía más pasmoso y que nunca habrían esperado encontrar allí.

—¡Es un cofre! —exclamó Umina

—Un antiguo cofre español —corroboró él.

Costaba creerlo. En tal latitud y lugar, aquello parecía un despropósito tan exótico como un quipu en los páramos castellanos.

Pero no ofrecía lugar a dudas. Y ahora, de pronto, todo su viaje, aquella larga peregrinación y peripecia, parecía cobrar una dimensión que amenazaba con sobrepasarlos. Sus manos temblaban cuando se adelantaron hasta él.

Sebastián sujetó su antorcha en el suelo para dejar libre el brazo sano, miró a la joven y se dispusieron a abrirlo juntos. Cedió la tapa, cayendo hacia atrás con un crujido.

Su interior parecía perfectamente inofensivo. Banal, incluso. Sólo había prendas femeninas. Prendas europeas, desgastadas y antiguas. Y no pudieron evitar mirarse, decepcionados:

—¿Para esto lo acarreo alguien hasta aquí? —se preguntó ella.

—¿Desde tan lejos? No puede ser.

Al revolver los vestidos, sucedió algo inesperado, que resonó en el fondo, amortiguado:

—¿Qué ha sido eso? —dijo él.

—Algo que había oculto. —Y metió la mano para rebuscar entre las ropas.

—¡No hagas eso! —la previno Sebastián, sujetándole el brazo. Pero ya era tarde. Había tropezado con algo, y ahora lo sacaba para mostrárselo.

—Es un canuto de plomo.

Un cilindro de un dedo de diámetro y algo menos de dos palmos de largo, cenado por un lacre.

—Lleva el mismo nudo de sangre que el espejo y el quipu —dijo él. Lo sujetó Umina, para que él rompiera el precinto.

Pudo entonces extraer ella un papel recio. Lo desenrolló, acercándolo a la luz.

—Está escrito en español...

—Y, a juzgar por la letra, se corresponde con la época de las ropas y la Crónica de Diego de Acuña.

—Está fechado en mil quinientos setenta y tres.

—El mismo año en que Sirax llegó a España.

El resto del documento dejaba poco lugar a dudas. Era una probanza, una acreditación, en la que figuraba como testigo Sulca, la criada. Y explicaba las razones que había tenido su dueña para proceder como lo hizo. Era, pues, el testimonio de la doncella de Sirax tras la muerte de ésta, preservado para la posteridad por el jesuita Cristóbal de Fonseca.

Comenzaba trazando los antecedentes familiares de aquella princesa inca, contando cómo su madre, Quispi Quipu, trató de reproducir el mismo sistema que habían empleado con ella y su hermano Manco Cápac. En el caso de Sirax, intentando asegurar una descendencia secreta de Túpac Amaru con la hermana más cercana, para conseguir la máxima legitimidad en la línea genealógica.

—Por eso la hubieron de someter antes a las pruebas de virginidad de Qenqo Grande —aseguró Umina—. Sobre todo tras el incidente con los soldados españoles en Cuzco.

Luego, a través de Ollantaytambo, la llevaron hasta el santuario del Nido del Cóndor, para que terminase de conocer las tradiciones de sus mayores. Y allí, en aquel lugar que nunca habían descubierto los invasores, fue visitada por Túpac Amaru desde su refugio de Vilcabamba. Cuando supusieron que había quedado embarazada, cumplieron en ella el rito de fertilidad de la Piedra Blanca de Ñusta Hispana.

—Hasta aquí lo previsto, y lo que ya habíamos deducido tú y yo —dijo Umina.

Después, las cosas discurrieron de muy otro modo. En realidad —proseguía el documento—, Sirax todavía no estaba embarazada. Ni ella ni Túpac Amaru se prestaron a aquel plan, pretextando que los augurios no habían sido favorables. Alegaron no haber recibido el permiso de las momias del padre de él y de la madre de Sirax, preceptivos ambos para aquella unión. Aunque quizá todo se debió a que sus afectos estaban en otro lado. En el caso del Inca, en el amor por su esposa, que le daría un hijo en breve.

Sucedió, en cualquier caso, que el embarazo de Sirax no fue de su hermano Túpac Amaru, como podría haberse creído y esperado por quienes se mantenían al tanto del Plan del Inca, sino de Diego de Acuña.

—¡Fue Diego! —advirtió Sebastián.

—Claro, esto explica muchas cosas —añadió Umina—. Sirax sabía que en cuanto naciera aquel

hijo estarían perdidos. Los matarían a los tres, a ella, al hijo y a Diego.

—Y tras la ejecución de Túpac Amaru, al ver que Acuña iba a morir, se lo contaron todo a Cristóbal de Fonseca.

El virrey Toledo había encomendado entre tanto al jesuita una misión extremadamente confidencial. Se trataba del Punchao, el ídolo más buscado por los españoles desde hacía cuarenta años, y el más estimado por los incas. Muertos los reyes autóctonos y destruidas sus momias, era el único vestigio de haber sido un pueblo libre y soberano. Sabía bien el solitario virrey los riesgos corridos al ejecutar al último emperador. Y deseaba hacer llegar a Felipe II algo que justificara y atenuase en la medida de lo posible aquella acción suya. Le enviaría aquel ídolo, sugiriéndolo como el mejor obsequio para el Papa. El monarca español estrecharía así su relación con el Sumo Pontífice en sus querellas por el reparto de América. Era tanto como poner a los pies de Su Santidad el polvo de los corazones de todos los Incas, el principal objeto de idolatría del más poderoso imperio en aquel continente.

De ahí surgió el viaje a la Península, entre 1572 y 1573. Al llevarse a Sírax consigo, Fonseca trataba de jugar sus propias bazas, valiéndose de las redes de la Compañía de Jesús. Pero ella estaba dispuesta a aprovechar cualquier oportunidad. La primera condición, y la más difícil de aceptar por parte del jesuita, fue que el Punchao no saliera de aquellas tierras. Pues las reiteradas alusiones de Túpac Amaru a aquel ídolo poco antes de ser ejecutado, durante su discurso desde el cadalso, venían a ser como una consigna. Se sabía que el virrey Toledo tenía los días contados: ya iban camino de España los informes sobre lo sucedido, que le costarían el cargo. Tan pronto embarcara el sacerdote podía considerarse fuera del alcance de Francisco de Toledo. Y no había ninguna prueba de aquella misión, que debía conservarse en secreto por todos los medios. La segunda condición impuesta por Sírax era que con ella fuese la Crónica de Diego de Acuña, como un documento que pudiera utilizarse en su día, a la espera de acontecimientos. Y la tercera, que —cualquiera que fuese su suerte— el cuerpo de ella sería entenado en el Cuzco, en la cripta del Templo del Sol. Como garantía de su cumplimiento, la acompañaría en el viaje su doncella Sulca.

Así se hizo. El Punchao desapareció camino de Lima. Hubo un ataque concertado por parte de un grupo de leales, que asaltaron la comitiva de Cristóbal de Fonseca y Sírax para despojarla del ídolo. Éste fue ocultado a la espera de ser devuelto algún día a Vilcabamba. Continuaron ellos hasta la costa. Tomaron un buque clandestino. Desembarcaron en Andalucía, eliminando testigos incómodos. Y Sírax quedó a buen recaudo en un convento de Cádiz.

Comenzaron entonces las laboriosas gestiones y tanteos del jesuita, sin revelar el paradero de la princesa, que avanzaba en el embarazo. A pesar de sus esfuerzos, la familia de Diego rechazó la perspectiva de acoger a alguien como Sírax.

—Los padres no querrían un mestizo, y ninguno de los hermanos segundones iba a permitirlo —afirmó Sebastián—. Menos aún después de que Diego escribiera ese memorial a Felipe II, renegando del proceder de España en América. Y semejante actitud invalidaba la Crónica para las ambiciones de los Acuña.

—Aunque eso no evitó, al cabo de los años, que alguno de ellos tanteara la suerte viniendo aquí a Perú, donde arraigó la rama de la que procedía Alonso Carvajal.

El parto de Sírax se adelantó y se complicó —proseguía aquel documento—. Supo que iba a morir. Cristóbal de Fonseca no estaba en ese momento con ella, y no pudo recoger su última

voluntad. Habían empezado los problemas con sus superiores, que terminarían recluyéndolo. Ella se dio cuenta de que el único modo de asegurar la supervivencia de su hijo sería encomendarlo al jesuita a través de su criada Sulca, para que lo diera en adopción a alguien que supiese guardar el secreto hasta que las condiciones fuesen más propicias. Y hacerlo con la suficiente discreción como para que no lo matasen, dado que era un vástago de la familia real inca. Atrapada en el dilema de salvaguardar la vida de su hijo o la herencia de Vilcabamba, eligió en primera instancia velar por él. Pero sin descuidar la segunda, dejando un mensaje que no pudiera ser entendido fuera de su gente, aunque capaz de asegurar su reconocimiento por los herederos cuando las cosas cambiaran.

Ordenó entonces a su criada que trezara en su pelo el itinerario hasta Vilcabamba, siguiendo el modelo del quipu rojo que ella sabía de memoria y había utilizado para encuadernar la Crónica de modo que no se separara de ésta, entregándola a Cristóbal de Fonseca. Y pidió a Sulca que la embalsamara y encomendase al jesuita velar por el regreso junto con su cuerpo, para ser entenido en el Templo del Sol de Cuzco.

A su vuelta a Cádiz, Cristóbal de Fonseca se hizo cargo de todo. Oficialmente, inhumó el cuerpo de Sirax en la capilla del castillo familiar. Aunque en realidad lo entregó a su criada, para que lo llevara de regreso al Perú. También dejó instrucciones para incorporar al escudo de la familia adoptiva del niño, como señal, el Nudo de Sangre de Vilcabamba.

Todo lo cual había hecho constar el jesuita en aquel documento, del que hizo una copia para Sulca, como testigo que era.

Se miraron Umina y Sebastián. Nada decían, pero tampoco lo necesitaban. Su pensamiento era idéntico: aquello no habría sido posible sin la fe de Sirax en el futuro de los suyos, sin la tenacidad de su pueblo para salvaguardar la propia memoria, incluso careciendo de escritura. Tampoco sin el poder preservador de la sangre para anudar vidas, encauzar deseos y enderezar destinos.

—Ahora entiendo el calvario de esta mujer —dijo ella—. La pusieron entre la espada y la pared: o ser fiel al legado encomendado o asegurar la supervivencia de su hijo.

—Y los derechos de sus descendientes. Así se comprende mejor de dónde proceden las historias y leyendas que hemos visto.

—Pero ¿qué pasó con el hijo de Sirax y Diego de Acuña?

—Esa familia con la señal del nudo de sangre no puede ser otra que la mía, los Fonseca. Y sólo quedo yo.

—¿Qué piensas hacer? —le preguntó ella.

—No lo sé. ¿Cómo solucionaban los incas estas dudas?

—Lo preguntaban a sus antepasados.

—¿A sus momias? —se extrañó Sebastián—. Ellas no pueden hablar.

—Su voluntad era interpretada por un oráculo.

—En ese caso, necesitamos uno.

—Ahí lo tienes —dijo ella señalando al Punchao—. No lo hallarás mejor. A él le consultaban las decisiones más importantes.

Un último rayo de sol cayó desde lo alto, reflejándose en el rostro hierático del ídolo. Rebotó en la patena que lo rodeaba y se proyectó hacia delante, envolviendo a Umina y a Sebastián, iluminándolos.

Fue como si los eslabones de la cadena que serpenteaba por entre el tesoro y el cofre se

resolviesen en una estela dorada, destilándose sobre ellos, aunándolos. Como si los corazones desecados en el pecho del Punchao aún continuaran latiendo, sorteando las generaciones que impregnaban sus rasgos y gestos, las ramificaciones de una sangre impulsada a través de tantos anhelos y batallas, ambiciones y oscuras herencias. Aquella sangre capaz de anudar con sus apremios la distancia de siglos o mares. Y que ahora en ellos no desmentía.

# Atando Cabos

## (Nota del Autor)

El *nudo de sangre* debe tal nombre a su uso en el látigo de nueve colas con que se azotaba a los marinos. Su confección fue un secreto muy bien guardado hasta que el ingeniero naval Jack Purvis logró desmontarlo en 1910 con ayuda del microscopio, y lo publicó en una revista.

Por el contrario, los *quipus* siguen siendo un enigma, a excepción de los numéricos. Aún no se ha encontrado la Piedra de Rosetta que permita descifrarlos, como sucedió con los jeroglíficos egipcios o los glifos mayas. Carecemos, pues, de la clave para acceder al núcleo íntimo de una de las más importantes culturas históricas.

Los dos grandes fondos hoy existentes son el del Museum für Volkerkunde de Berlín, con unos trescientos quipus, y el del American Museum of Natural History de Nueva York, que ronda el centenar. Otras colecciones privadas y públicas aumentan esas cifras hasta cerca de seiscientos. Muestra insignificante en comparación con los miles y miles que hubieron de trenzarse a lo largo del Tahuantinsuyu.

Su investigación científica es reciente. Gary Urton mantiene un proyecto en la Universidad de Harvard que considera su sistema binario en términos de almacenamiento digital de la información. Otros expertos lo han comparado con el protocolo EAN-13 de los actuales códigos de barras. De hecho, para obtener un quipu bastaría con sustituir por hilos anudados esas barras verticales de grosores variables que marcan los artículos sujetos a los controles modernos.

Dadas sus innumerables variedades, las hipótesis continúan hoy abiertas. Susan Niles y Frank Salomón han vinculado los quipus con la organización del territorio, complementada por el sistema de ceques y huacas, sobre el que tampoco hay unanimidad. El de esta novela tiene en cuenta tanto los trabajos de Zuidema como los de Bauer, y se basa en la relación establecida por el jesuita Bernabé Cobo en el siglo XVII. No es casual que se debiera a un sacerdote de la Compañía de Jesús, por el persistente interés que dedicó la orden a tales cuestiones. En cuanto al peinado de Sirax, se inspira en el de sendas momias conservadas en la Casa del Inca Garcilaso en Cuzco y el Museo del Oro en Lima.

Estos indicios, y otros que podrían añadirse, subrayan la profunda originalidad de la cultura incaica, con su apuesta por un sistema de registro alternativo al de la escritura, vinculado al textil, al parentesco y al territorio. A ese respecto, el trasfondo que sustenta *Nudo de sangre* es deudor del *Universalismo constructivo* de Joaquín Torres García y *El paradigma amerindio* de César Paternosto. Este último recuerda que el término sánscrito *Tantra* equivale a *telar*, *tejido*, *urdimbre*, mientras que *Sutra* designa al *hilo*, el *Ching* —el reverenciado libro oracular chino— significa *trama*. De un modo similar, las tres categorías a las que recurre Juan de Fonseca (techo o Tecton-textil-texto) remiten a un ancestro común, el latín *texere*, tejer. Palabra ligada, a su vez, a la raíz indoeuropea *teks*, urdir un armazón, de donde derivan los vocablos griegos *tektion* (carpintero, constructor) y *arquitecto*. Y también *tékhne*, técnica, que en origen significó trenzar, para designar luego cualquier destreza, la principal de las cuales fue en un principio la gran revolución de las cuerdas, la cestería y los tejidos.

Para procurar sobre tales asuntos una perspectiva compatible con el siglo XVIII se recurre aquí a

un artefacto denominado *mesa detective*. El anacronismo es deliberado, ya que la palabra *detective* no resulta operativa hasta Edgar Allan Poe. Pero sólo afecta al término, porque el mueble se inspira en el clasificador de Albrecht von Haller (1708-1777), el padre de la Neurología, por sus estudios del tejido nervioso. Hace algunos años su ciudad natal, Berna, le dedicó una exposición que lo consideraba «el primer internauta» u «hombre en red». Y es que utilizó la correspondencia masiva — unas diecisiete mil cartas en distintos idiomas— para ampliar sus informaciones, gracias a una malla de más de mil doscientos corresponsales que iban de Dublín a Moscú, y de Estocolmo a Málaga. Por ello, su mesa clasificadora ha sido vista como un mediador entre sus trabajos sobre las redes neuronales y las futuras de Internet.

Muchos de los personajes de esta novela son históricos: los Pizarro, Manco Capac, Túpac Amaru, Beatriz Clara Coya, Francisco de Toledo, Martín García de Loyola, Farfán de los Godos, etcétera. Otros mezclan realidad y ficción, como Quispi Quipu, inspirado en la princesa Quispi Quipi, hija del emperador Huayna Cápac, a quien se suele aludir por su nombre cristianizado, Beatriz Manco Cápac.

Lo mismo sucede con los hechos que se cuentan. De entre los autores de las numerosas crónicas y testimonios consultados he de destacar a Mansio Serra de Leguizamón, en cuyo testamento se basa el memorial a Felipe II atribuido a Diego de Acuña. Uno de sus descendientes, Stuart Sterling, ha reconstruido las circunstancias de tan excepcional documento.

La suerte corrida por el Punchao es un misterio. Consta que en 1572 este idolo de oro formaba parte de la comitiva triunfal de Martín de Loyola cuando entró en Cuzco. También consta que el virrey Toledo quiso enviárselo a Felipe II para que se lo regalara al Papa. Pero la famosa reliquia nunca ha aparecido. En las narraciones *Sol de los soles* y *Espejo de Constelaciones*, Luis Enrique Tord especula con su ocultamiento en algún lugar del Perú y el uso astronómico del torreón de Muylamarca, que he tenido en cuenta para ciertos detalles de los capítulos 51 y 54.

Otro de los personajes históricos, José Gabriel Condorcanqui, acaudilló en noviembre de 1780 la mayor rebelión de la América hispana, proclamándose heredero de Túpac Amaru e invistiéndose con su nombre. La sublevación fue aplastada y su cabecilla cruelmente ejecutado en 1781. Pero no se logró extirpar su memoria. En 1816, vísperas de la declaración de independencia, el general Manuel Belgrano expuso en el Congreso de Tucumán su *Plan del Inca*, que suponía restaurar el trono de los antiguos reyes del Perú. Una idea ya acariciada por José de San Martín, quien propuso para ello a Juan Bautista Condorcanqui, hermano menor de José Gabriel y discípulo, como éste, de los jesuitas. Tras estar recluso durante treinta y cinco años en el presidio de Ceuta, en 1822 fue puesto en libertad y viajó a Buenos Aires. Allí murió en 1827, siendo enterrado en el cementerio de la Recoleta.

La ubicación de Vilcabamba no ha podido establecerse de modo seguro. A lo largo de distintas épocas se ha identificado con Choquequirao, Vitcos, Machu Picchu o Espíritu Pampa. Las opiniones parecían inclinarse hacia este último lugar. Pero en 1987 María del Carmen Martín Rubio aportó nuevas pistas al encontrar un manuscrito perdido del cronista Juan de Betanzos. Valiéndose de ellas, en 1997 Santiago del Valle empezó sus expediciones por una zona apenas cartografiada, en la cara norte del Nevado Choquesafra, a cuarenta kilómetros al sureste de Espíritu Pampa, cincuenta al noroeste de Choquequirao y ochenta al oeste de Machu Picchu.

En cuanto a las fabulosas riquezas de los incas, ninguna comparable a la patata, que Pablo Neruda llamó «tesoro interminable de los pueblos». Cada hora se consumen en el mundo unas ochocientas

toneladas. Por no hablar de su valor humano, al salvar de las hambrunas a generaciones enteras. Su domesticación fue una hazaña extraordinaria, aunque rara vez se rinda a agricultores y héroes anónimos el tributo que con tanta largueza se concede a otras castas, como la militar.

Finalmente, he de dejar constancia de algunas libertades y deudas con otros autores.

En aras de la claridad he reducido a un solo nombre —Urubamba— el del río que en el siglo XVIII aparece en los mapas como Vilcamayo, recibiendo en su cabecera el de Vilcanota, y Ucayali tras unirse al Apurímac, para formar una de las corrientes madre del Amazonas.

Los versos que se citan de la refundición *El nudo gordiano* pertenecen a la *Trilogía de los Pizarro* de Tirso de Molina.

El supuesto refrán madrileño «Es natural al más crudo varón/ser algo retrechero y coquetón» procede de *El diablo mundo* de Espronceda.

El cuadro que se describe en el capítulo 13 es una paráfrasis del óleo *Bordando el manto terrestre*, de Remedios Varo.

Alguno de los recursos que se barajan, como el «chocolate de los jesuitas», está inspirado en las *Tradiciones peruanas* de Ricardo Palma.

Deseo expresar mi agradecimiento a Alberto Cabeza, de la Biblioteca «María Moliner» de la Universidad de Zaragoza. A Pablo Jiménez y Daniel Restrepo, del Instituto de Cultura Mapire. Al Centro Bartolomé de las Casas de Cuzco, por su gentileza durante mi estancia en aquel lugar en marzo de 2000. A Concepción Oliveros, Juan José Mendy y Ana Martínez de Aguilar. Y a Juan Marquésán y Amparo Martínez, por sus inestimables juicios.



**AGUSTÍN SÁNCHEZ VIDAL.** Es catedrático de Historia del Arte en la Universidad de Zaragoza. Tras doctorarse con una tesis sobre el poeta Miguel Hernández, ha publicado varios estudios relacionados con los movimientos vanguardistas españoles. Es también especialista en historia del cine, y ha sido colaborador de Luis Buñuel y Carlos Saura, sobre los que también ha escrito numerosos libros. Asimismo, es guionista y colaborador habitual en proyectos de cine y televisión relacionados con el surrealismo español. La llave maestra es su primera novela.